

# El Diluvio



ENRIQUE SIENKIEWICZ

# **El Diluvio**

*biblioteca sopena*

---

Enrique Sienkiewicz

# El Diluvio



EDITORIAL RAMON SOPENA, S. A.

Provenza, 95

Barcelona

Traducción:  
Pedro Pedraza y Páez

Título original:  
*Potop*

Edición íntegra.

Editorial Ramón Sopena, S. A.  
Depósito Legal: B. 1.719-1960  
Gráficas Ramón Sopena, S. A.  
Provenza, 93 - Barcelona - 1968 (11229)  
Impreso en España - *Printed in Spain*

## ENRIQUE SIENKIEWICZ

*Oriundo de lituanos fugitivos de su país a causa de la invasión rusa, el futuro gran novelista vio la luz en Wela Okrsejska (Polonia), en 1846, y durante toda su vida se sintió polaco de corazón. Tras seguir estudios de Leyes y Letras en la Universidad de Varsovia, empezó a darse a conocer como crítico desde muy joven (1869). Al año siguiente publicó su primera novela, En vano, y algo más adelante sus primeros cuentos: Nadie es profeta en su tierra (1872), Las dos voces (1873) y Hania. Hizo largos viajes, especialmente a América del Norte, lo cual le permitió colaborar en los periódicos de la capital polaca con relatos de sus impresiones, escritos en estilo epistolar.*

*Sigue viajando (África central, Inglaterra, Francia, Italia, España, Grecia) y da a conocer una serie de novelas largas (Juan el músico, Diario de un preceptor de Poznán, Bartek el vencedor), hasta que se encuentra a sí mismo en un aspecto del género que le habría de proporcionar popularidad mundial: la narración histórica. La trilogía A sangre y fuego (1884), El diluvio (1886) y Un héroe polaco (Pan Wlodyjowski) trata de las guerras de Polonia contra suecos, turcos y rusos en el siglo XVII. El vigor narrativo y la brillantez de estilo de Sienkiewicz, al servicio de un tema que sentía hondamente, conmovieron al público y a los críticos de su país. Y es que este autor poseía la especial virtud de saber situarse con maestría en el ambiente de épocas pretéritas, hasta el punto de que habría de ser una novela de la antigüedad romana, Quo Vadis...? la que le diera fama y estimación fuera de Polonia. La fuerza de las descripciones, el acabado de los caracteres, el interés de la acción y la belleza de la prosa motivaron una ininterrumpida serie de ediciones en todos los idiomas, que se ha prolongado a lo largo de los años. A un cuando Sienkiewicz acometió también otro tipo de novelas (La familia Polaniecki, por ejemplo, en la cual intenta una explicación de los defectos más arraigados en el alma eslava) nunca llegó en ellas a la altura de las citadas anteriormente.*

*En 1905 le era otorgado el premio Nobel, y once años más tarde fallecía en Vevey (Suiza), siendo sus últimas palabras reveladoras de su infatigable patriotismo:*

*«Hubiera querido vivir más, para tener la dicha de ver a Polonia libre».*

## PRIMERA PARTE

### I

Residía en Imud una poderosa familia, llamada Billevich, originaria de Mengoog, que estaba emparentada con las más encopetadas del país, y era la más respetada del distrito de Rossyeni. Los Billevich no habían ocupado nunca altos cargos, y los que desempeñaron fue en su provincia. Sin embargo, durante las guerras habían prestado grandes servicios a su país, por lo cual fueron muchas veces recompensados. La posesión que sirvió de cuna a sus ascendientes (y que aún existe hoy día), se llamaba Billevich; pero poseían muchas otras fincas, unas cerca y otras lejos de Rossyeni, hacia Krakin, Lauda, Shoi, Nyevyaja y más allá de Ponyevyej. Andando el tiempo, los Billevich se dividieron en tantas ramas, que sus individuos acabaron por perderse de vista y por desconocerse entre sí. Reuníanse, sin embargo, cuando había revista en la milicia de Imud. Sucedió, a veces, que algunos militaban bajo las banderas de la caballería de Lituania y de las Dietas provinciales, y como eran muy ricos y poderosos, hasta los Radzivil, que se creían omnipotentes en Lituania e Imud, no podían prescindir de ellos.

Durante el reinado de Juan Casimiro, el jefe de la familia Billevich era Heráclito, coronel de caballería ligera y chambelán de Upita.

No residía en su país natal, porque a la sazón había sido arrendado a Tomás, portaespada de Rossyeni. Heráclito Billevich era también propietario de los dominios de Vodokty, Lyubich y Mitruny, situados en las inmediaciones de Lauda, y rodeados, como una isla, por otras haciendas pertenecientes a individuos de la pequeña nobleza.

Además de los Billevich, existían en los alrededores otras familias respetables, tales como los Sollohub, los Montvill, los Schylling, los Koryzni y los Sitsinski; pero toda la comarca de Lauda que atravesaba el río del mismo nombre estaba ocupada por los *nastsiazki*, o sea por aldeas habitadas por la nobleza de Lauda, célebre en la historia de Imud.

En algunas regiones de aquella gran comarca, las familias adoptaban el nombre de sus posesiones y éstas tomaban el de sus propietarios, como se acostumbraba en Podliasye; pero no ocurría así en el territorio de Lauda. En Morezi vivían los Stakyan, señores también de Bathory, que les fue cedido como premio de su conducta valerosa en el combate de Pskoff. En Volmontoviki, donde el país era muy fértil, hormigueaban, por decirlo así, los Butrym, los hombres más fuertes y robustos de Lauda, gente de pocas palabras y enérgicos hechos, que en tiempo de las Dietas provinciales recorrían el país gastando y deslumbrando con su esplendor y que cuando estallaba la guerra marchaban en apretadas filas y en silencio.

Las tierras de Drojeykani y Mozki cultivábanlas la numerosa población de los Domasjevich, famosos cazadores que atravesaban el desierto de Zielonka hasta Wilkomir en busca de osos. Sus mujeres eran tan famosas por su belleza, que a todas las jóvenes de los alrededores de Krakin, Ponyevyey y Upita se las consideraba como si fueran de Patsuneli. Los Sollohub, de Maly, poseían muchos caballos y ganados, que pastaban en vastas dehesas; los Gostsyevich, de Goshchuni, hacían alquitrán en los bosques, por lo cual les pusieron el mote de *Negros o Ahumados*.

Había, además, en aquellas comarcas, muchas otras aldeas y familias, cuyos nombres aún se conservan; pero, en general, los pueblos estaban en aquella época dispuestos de muy distinto modo y situados en otros puntos, y las familias llevaban otros nombres.

Muchos pueblos fueron destruidos por los incendios, la guerra y otras calamidades, y no se reedificaron; así es que el aspecto de la comarca está ahora muy cambiado.

Pero en aquella época la antigua Lauda se hallaba en estado floreciente, y los nobles habían alcanzado la más alta reputación muchos años antes, cuando, combatiendo contra los cosacos insurgentes, cubriéronse de gloria bajo el mando de Juan Radzivil.

Todos los hombres válidos de Lauda servían en el regimiento del viejo. Heráclito Billevich, los más ricos con dos caballos, otros con uno, y los pobres en calidad de escuderos. Aquellos nobles eran, por regla general, valerosos y batalladores, muy aficionados a la carrera de las armas; pero en los asuntos que habían de discutirse en la Dieta provincial, eran mucho menos expertos. Sabían que había un rey en Varsovia, que Radzivil y Klebovich eran los *estaroostas* <sup>(1)</sup> de Imud, y que Billevich lo era igualmente en la región de Lauda. Con saber aquello les bastaba y votaban según Billevich les aconsejaba, seguros de que así complacían también a Klebovich, que estaba de perfecto acuerdo con su colega. Radzivil era el brazo derecho del rey en Lituania y en Imud, y el rey, a su vez, era el jefe de la República, y el padre de la legión de los nobles.

Billevich era, en efecto, más amigo que cliente de los oligarcas de Birji y, como tal, uno de los hombres más estimados. A su voz, contestaban un millar de hombres de Lauda, y se empuñaban otros tantos sables. Éstos, en manos de Stakyan, Butrym, Domasjevich y Gashtovt eran temidos en todas partes. Pero esto varió al cabo de poco tiempo, cuando murió Heráclito.

Aquel padre y bienhechor de la nobleza falleció en 1654. Aquel año ardía en tremenda guerra el país a lo largo de las fronteras orientales de la República. Billevich no tomó parte en ella, por su avanzada edad y por la sordera que padecía; pero marcharon los hombres de Lauda. Cuando supo que Radzivil había sido derrotado en Shlov, y que el regimiento de caballería de Lauda, en un encuentro con la infantería mercenaria francesa, había quedado casi en cuadro, dióle un ataque apoplético y murió.

Aquellas noticias las trajo Miguel Volodiovski, joven y afamado guerrero, quien, por orden de Radzivil, había mandado el regimiento de Lauda en lugar de Heráclito. Los supervivientes volvieron a Lauda en lamentable estado: astrosos, hambrientos, misérrimos, y todos a una se quejaban del capitán general, quien, fiando en el terror que infundía su solo nombre, se había atrevido a desafiar con débiles fuerzas un enemigo diez veces más poderoso, ocasionando casi la ruina de todo el ejército y el luto de toda la comarca.

Entre tantas recriminaciones y desdichas, no se levantó una voz contra Volodiovski. Por lo contrario, todos los que habían podido salir con vida del desastre le ponderaban y alababan sin medida a causa de su sagacidad y de su valor heroico. El único consuelo que quedaba a los supervivientes del desastre, eran las proezas que se habían realizado, gracias a la inteligencia del joven coronel: recordaban que en el ataque pasaron a través de las primeras filas de las reservas como si se hubiese tratado de una columna de humo,

---

<sup>1</sup>() Caballero investido de un feudo, cedido a él por el rey a título vitalicio, para premiar sus servicios militares. Tenía su corte y a veces, jurisdicción alta y bala. (*N. del T.*)

que topando entonces con los mercenarios franceses habían hecho gran carnicería en ellos, y que en aquella ocasión Volodiovski mató con su propia mano al jefe enemigo. Rodeados por todos lados, abrasados por el fuego que por todas partes se hacía contra ellos, pudieron escapar de aquel caos, gracias a una defensa desesperada en la que perdieron muchos hombres, pero no tantos como los franceses.

Los hombres de Lauda que, no formando parte del contingente de Lituania, estaban obligados a servir a la milicia territorial, escuchaban con sentimiento, y, al propio tiempo con orgullo, el relato de aquellas proezas. Todos creían que la milicia territorial sería llamada en breve para defender la patria. Se convino que, en tal caso, Volodiovski sería nombrado capitán del contingente de Lauda. Aunque no pertenecía a la nobleza del país, no había caudillo que gozara de más fama.

Sus soldados afirmaban que había salvado de la muerte al propio capitán general. Todo Lauda le llevó en triunfo: los Butrym, los Domasjevich, los Gashtovt, se la disputaban deseando tenerlo de huésped. En cuanto a él, de tal manera apreció a los nobles del país, que cuando las tropas de Radzivil se retiraron a Birji para reorganizarse, marchó con ellas y se hospedó en la casa de Pokosk Gashtovt, que gozaba de gran autoridad en la comarca. Por otra parte, el joven coronel no hubiera podido continuar su viaje hasta Birji por impedirselo una fiebre altísima y una grave herida que había recibido en el brazo derecho durante el combate de Tybiovo.

Las tres hijas de su huésped, notables por su belleza, le rodearon de los más solícitos cuidados, asegurándole que muy pronto podría recobrar la salud por completo. Entretanto, los nobles del país se cuidaron de los funerales de Heráclito Billevich.

Terminada la fúnebre ceremonia, se abrió su testamento, por el cual instituía heredera a su nieta Alejandra, exceptuando de la herencia el lugar de Lyubich, y poniéndola, hasta su casamiento, bajo la tutela de la nobleza entera de Lauda, «la cual —decía el testamento— me tiene dadas tales pruebas de cariño, que no dudo querrá velar por la huérfana en estos tiempos de maldad y corrupción, en que ninguna mujer puede estar al seguro del libertinaje de los hombres y vivir en paz. Preserven, pues, a la huérfana de todo mal, para honrar mi memoria.

»Cuiden, además, de que mi nieta goce libremente de mi herencia, excepción hecha de la aldea de Lyubich, que lego y transmito al caballero portaespada <sup>(1)</sup> de Orsha, a fin de que pueda tomar posesión de ella sin ningún obstáculo. Por si alguien se sorprendiera de mi predilección por Andrés Kmita y hallase en esta mi última voluntad una injusticia para con mi nieta Alejandra, debo declarar que, desde la infancia hasta su muerte, unióme fraternal amistad con el padre de Andrés. Fui conmilitón suyo, peleamos juntos en la guerra, me salvó la vida varias veces, y cuando la maldad y la envidia aconsejaron a los Sitsinski que hicieran hasta lo imposible para sumirme en la miseria, él me ayudó a defender mis bienes de fortuna. Por eso yo, Heráclito Billevich, chambelán de Upita, indigno pecador y próximo a comparecer ante el supremo tribunal de Dios, fui a ver, hace cuatro años, a Kmita, padre de Andrés y portaespada de Orsha y le juré gratitud y amistad eternas.

»En aquella ocasión convinimos, según la antigua costumbre cristiana, en que nuestros hijos, es decir, Andrés y Alejandra, se casarían, a fin de que su prole creciera en el santo temor de Dios y para bien de la patria, que es lo que más ardientemente deseo. Así, es mi voluntad que mi nieta se case con Andrés Kmita, salvo el caso (que Dios no permita) de que el caballero portaespada de Orsha manchase su propia reputación con malas acciones y deshonorase su nombre. Aun cuando éste perdiese todos sus bienes, incluso Lyubich, lo cual podría suceder fácilmente, esto no impediría el casamiento de ambos. Mas, si por especial gracia de Dios, mi nieta prefiriese ofrecer a Él su virginidad y

---

<sup>1</sup>() Calificación del grado de alférez reservado a los candidatos a la charretera, con el privilegio de llevar la dragona de oficial. (*N. del T.*)



vestir el hábito monjil, de buen grado apruebo su resolución, porque el culto de Dios se debe anteponer al culto del hombre.»

De esta manera dispuso Heráclito de su propia fortuna y de su nieta, sin que nadie se mostrase sorprendido.

Alejandra habíase dado cuenta desde hacía tiempo de lo que la esperaba, y los nobles conocían la amistad que unía de antiguo las familias de Billevich y de Kmita. Además, en aquellos días desdichados, todos pensaban más en la derrota padecida que en el testamento de Billevich.

Sin embargo, todo el mundo hablaba de los Kmitas, o, mejor dicho, de Andrés, pues el viejo portaespada había muerto. El joven Andrés habíase batido en Shlov a sus órdenes, y después, mandando los voluntarios de Orsha, se hizo dueño de grandes propiedades; pero la guerra había devastado sus estados. Comarcas fértiles quedaban convertidas en desiertos, y la mayoría de sus habitantes habían muerto. Después de la derrota de Radzivil, nadie opuso gran resistencia. Goyevski no tenía soldados; los capitanes de la Corona resistían heroicamente con las fuerzas que les quedaban en Ucrania, pero no podían acudir en su auxilio porque, como toda la República, estaban exhaustos a consecuencia de las pérdidas que habían experimentado en la lucha con los cosacos. El diluvio de la guerra inundaba comarcas y más comarcas. Alguna vez sus aguas se detenían ante las murallas de las fortalezas, pero éstas caían como había caído Smolensko. Las posesiones de los Kmita, que radicaban en la provincia de Smolensko, se consideraban perdidas. En aquel caos universal, en medio del terror general, la gente se desparramaba como hojas arrastradas por el huracán, y nadie sabía lo que se había hecho de Andrés el portaespada de Orsha.

Los estragos de la guerra no habían llegado hasta Imud, y la nobleza de Lauda se rehacía poco a poco de las pérdidas sufridas. En los *zaztsianki* se empezó a discutir acerca de los asuntos públicos. Los Butrym, duchos en el arte de la guerra, decían que sería conveniente ir a Rossyeni en demanda de las milicias generales y del capitán general Goyevski para vengar la derrota de Shlov; los Domasjevich habían atravesado las desiertas comarcas de Rogovo para sorprender a varios destacamentos enemigos, y regresaron con interesantes noticias; los Gostsyevich preparaban en sus barracas las carnes ahumadas necesarias para nuevas expediciones. En cuanto a los asuntos privados, se decidió enviar algunos mensajeros en busca de Andrés Kmita.

Los ancianos Pokosk Gashtovt y Casiano Butrym, eran los dos patriarcas de la región. La nobleza, lisonjeada por la confianza que en ella depositó el último Billevich, prometió bajo juramento observar con toda fidelidad las disposiciones del testamento y cuidar con gran solicitud de Alejandra.

En Lauda reinaba calma completa, y los estados de la joven heredera no tenían que sufrir, los embates de gente extraña. Por el contrario, todos los nobles se disputaban el honor de enviar a Alejandra lo que producían sus tierras; así, los Stakyan, que residían a orillas del río, le mandaban salazones; los Butrym, de Volmontoviki, la proveían de trigo; los Gatsoysts, de heno; los Domasjevich, de caza, y, por último, los Gostsyevich le mandaban alquitrán y cola.

Por aquel entonces se conoció el edicto que llamaba a las armas a toda la nobleza. Los hombres de Lauda empezaron a marchar. Hasta los que no habían pasado de la adolescencia y los que llegaban ya a los límites de la vejez montaban a caballo y partían.

Juan Casimiro llegó a Grodno y decidió que allí se verificaría la reunión general de las milicias. Los Butrym abrían la marcha en silencio; seguían los demás nobles. La nobleza de las otras comarcas acudió también, y el país quedó indefenso, pues todos los hombres de Lauda habían partido.

Volodiovski no pudo marchar, porque aún no tenía sano el brazo y quedó como comandante del distrito para proteger a los niños y mujeres.

Los alrededores estaban desiertos, y sólo los ancianos y las mujeres se sentaban en torno del hogar. En Ponyevyej y Upita reinaba la paz más profunda; pero todo el mundo ansiaba tener noticias de la guerra.

Alejandra, por su parte, permanecía encerrada en Vodokty, donde no hablaba sino con sus criados y con alguno de sus tutores.

## II

Principió el año 1055. Enero fue frío pero seco; un invierno de los más crudos había cubierto de un cándido manto la tierra de Imud. La nieve caía sin cesar y las ramas de los árboles cedían bajo su peso; de día su blancura deslumbraba los ojos reflejando los rayos de un sol espléndido; de noche, a la luz de la luna, centelleaba como un inmenso espejo. Los animales que viven en los bosques se acercaban a las aldeas, y los pajarillos picoteaban los empañados cristales de las ventanas.

Una noche estaba Alejandra sentada en la sala de los criados con sus doncellas. Era antigua costumbre de los Billevich que los amos pasaran las primeras horas de la velada con la servidumbre cuando no había huéspedes en el castillo, cantando himnos sagrados y edificando sus mentes sencillas con el buen ejemplo. Así lo hacía la señorita Alejandra, fiel a las tradiciones de su familia, y hacía lo sin el menor esfuerzo, pues sus doncellas pertenecían casi todas a la nobleza de segunda categoría, pobres huérfanas que se veían obligadas a servir, aunque gozaban de más consideraciones que las criadas plebeyas. Entre éstas había rústicas campesinas, que se distinguían especialmente por su lenguaje, pues no sabían hablar polaco.

Alejandra y su tía Kulviets estaban sentadas en el centro de la estancia, rodeadas de las doncellas que ocupaban unos bancos a su alrededor hilando activamente. En el hogar ardían dos gruesos troncos de pino. Cada vez que se levantaban las llamas, se advertían todos los detalles de la habitación, cuyas paredes estaban ennegrecidas por el humo y por la acción del tiempo. Cerca de la puerta había un hombre de Imud de aspecto selvático, con la cabellera y la barba hirsutas, que hacía dar vueltas a una devanadera.

Alejandra dejaba correr entre los dedos las cuentas de su rosario; las doncellas hilaban en silencio.

La luz del hogar iluminaba sus rostros juveniles y rubicundos. Hilaban con destreza, aguijoneadas por las severas miradas de la señora Kulviets. A veces, se miraban a hurtadillas y volvían después sus ojos hacia Alejandra, esperando a que se decidiera a dar por terminada la tarea y a cantar el himno. Pero la joven no se movía y las demás continuaban hilando sin chistar.

Alejandra levantó por fin la cabeza como asombrada del silencio que en la habitación reinaba. El resplandor del fuego iluminó su rostro y sus ojos azules sombreados por larguísimas pestañas.

La joven era hermosísima, con el pelo rubio, la tez blanca y las facciones delicadas. Tenía la belleza del lirio. El traje de luto aumentaba el señorío de su persona. Sentada junto a la chimenea, parecía absorta en su ensueño. Sin duda meditaba acerca de su suerte, porque dentro de poco iba a decidirse su destino. El testamento de su abuelo le

imponía como marido un hombre a quien no había visto desde diez años antes; y como ya tenía veinte, no recordaba apenas a su novio. Recordaba únicamente a un muchacho revoltoso y decidido que cuando iba con su padre a Vodokty prefería correr por campos y bosques a conversar con ella.

—¿Dónde estará? ¿Cómo aparecerá a mis ojos?

Tales eran los pensamientos de la doncella. Le conocía únicamente por lo que de sus aventuras y proezas le había contado el difunto chambelán, que cuatro años antes de su muerte había emprendido un largo viaje hasta Orsha. Según las noticias que de él tenía, resultaba que Kmita era un hombre de gran valor y temperamento violento.

En la especie de contrato que hicieron Billevich y el anciano Kmita, se estipulaba que el joven debía ir pronto a Vodokty para darse a conocer a su novia. Pero corrió a los campos de batalla en vez de volar al lado de su prometida. Herido en Berestechko, volvió a su casa donde su padre murió al cabo de poco tiempo; de nuevo se rompieron las hostilidades y transcurrieron cuatro años sin que Kmita hubiese podido presentarse a su futura esposa. Tiempo hacía ya que había muerto el anciano coronel y no se tenían noticias del joven caballero.

Se comprende, pues, que Alejandra se mostrase preocupada, tenía razón para ello, y que su corazón palpitase de amor y de ansiedad. No conocía aún lo que era el amor, y, por lo mismo, su alma pura estaba en condiciones propicias para experimentar una impresión profunda. Bastaba una ligera chispa para encender en aquel pecho virginal una llama tranquila, pero inextinguible como el fuego sagrado de Lituania.

La muchacha sentía una vaga inquietud, tan pronto dulce como penosa. Se hacía a sí misma muchas preguntas que quedaban sin respuesta, o por mejor decir, cuyas respuestas debían llegar de muy lejanas tierras.

Se preguntaba ante todo si el joven se casaría con ella siguiendo los impulsos de su corazón, tal como ella se sentía dispuesta a hacerlo. La palabra de matrimonio que los padres daban por sus hijos era en aquella época cosa muy frecuente. Aun cuando murieran los padres, los hijos, fieles a su voluntad, la respetaban casi siempre. Alejandra hallaba muy natural aquel compromiso; pero no siempre acompañaba la satisfacción al cumplimiento de un deber, y de aquí la ansiedad que turbaba el corazón y la mente de la hermosa rubia.

—¿Me amaré? —pensaba, y un tropel de pensamientos se agolpaban a su mente—. ¿Quién eres? ¿Qué especie de hombre eres? ¿Vives aún o duermes ya el sueño eterno de la tumba? ¿Estás lejos de mí o muy cerca?

Aquel corazón era como una puerta abierta para acoger al huésped anhelado. Involuntariamente su fantasía le representaba lejanos países, selvas y caminos cubiertos de nieve envueltos en las tinieblas de la noche.

—¡Ven, joven héroe! —exclamaba en su interior—; no hay nada tan penoso como una larga espera.

En aquel instante, como contestando a su pensamiento, se oyó sonar una campana.

La joven se estremeció; pero pronto recobró su presencia de ánimo recordando que casi cada noche iba al castillo un joven en busca de medicinas para el coronel herido.

La señora Kulviets corroboró su idea diciendo:

—Alguien viene de Qashtovt para pedir medicinas.

La campana continuaba resonando; de repente cesó, pareciendo que alguien se había detenido junto a la puerta.

—Ve a ver quién hay —dijo la anciana al criado del pelo hirsuto.

Al cabo de pocos momentos llegó éste diciendo:

—Pan <sup>(1)</sup> Kmita.

---

<sup>1</sup>() Señor o caballero.

—¡El verbo se ha hecho carne! —exclamó Panni <sup>(2)</sup> Kulviets; en alta voz.

Las mujeres de la servidumbre se levantaron precipitadamente.

También se levantó Alejandra. Él corazón parecía saltársele del pecho, y una oleada de sangre tiñó sus mejillas, que después palidecieron. Para disimular su emoción se volvió de cara al hogar.

En el umbral de la puerta apareció un hombre de alta e imponente estatura, envuelto en una pelliza y cubierta la cabeza con una gorra de pelo. Era un joven que adelantó hasta el centro de la estancia y que al ver que había entrado en la de la servidumbre exclamó con voz sonora y sin descubrirse:

—¿Dónde está vuestra señora?

—Soy yo —replicó con acento claro y resuelto Alejandra.

Entonces el recién llegado se quitó la gorra, y después de inclinarse profundamente, dijo:

—Yo soy Andrés Kmita.

Los ojos de Alejandra se fijaron un instante en el joven y se bajaron en seguida; pero aquella mirada bastó para hacerse cargo de lo que quería saber.

Una cabellera abundosa y rubia coronaba su alta frente; tenía azules los ojos, alterado el rostro, y el bigote negro contrastaba con el color del pelo. La expresión del rostro era franca, alegre y simpática.

Después de un momento de silencio, dijo:

—Aún no he ido a Lyubich, porque ansiaba venir a postrarme a los pies de la noble nieta del chambelán. Quiera Dios que sea un buen viento el que me ha traído aquí directamente.

—¿Sabíais la muerte de mi abuelo? —preguntó la joven.

—Desde hace tiempo, y creed que lloré amargamente la muerte de mi bienhechor. Era un amigo sincero, casi un hermano de mi padre. Sin duda sabéis que hace cuatro años estuvo en Orsha y que nos prometieron uno a otro. Me enseñó vuestro retrato, y desde entonces, ni de día ni de noche se ha separado vuestra imagen de mi pensamiento. Quise venir a veros; pero la guerra es una madrastra que une a los jóvenes no a las doncellas, sino a la muerte.

Aquellas razones atrevidas confundieron un tanto a Panna <sup>(2)</sup> Alejandra, que replicó:

—¿Decís que no habéis estado aún en Lyubich?

—Tiempo hay para ello —contestó Andrés—. Lo que más ansiaba, la herencia más deseada la tengo delante. Pero veo que miráis siempre a la chimenea; aun no he visto el color de vuestros ojos, ¡Qué diantre! ¡Mirémonos!

Y diciendo esto cogió la mano de Olenka <sup>(3)</sup> que, más y más confusa, parecía dominada por invencible vergüenza y bajó los ojos.

Kmita soltó su mano y se apartó un poco.

—¡Dios mío! ¡Cuán bella sois! —exclamó—. Quiero hacer decir cien misas por mi bienhechor por haberos prometido a mí. ¿Cuándo nos casamos?

—No corre eso tanta prisa —contestó Olenka.

—No pienso así yo —replicó el joven—. Como hay Dios, suponía que erais bella, pero no tanto. Ahora veo que el pintor que os retrató tuvo la mano torpe, pues no supo reproducir toda vuestra belleza. Merece cien azotes ese mal artista. ¡Que vaya noramala a pintar estufas, pero no a retratar bellezas que fascinan! Creed que me considero el hombre más feliz de la tierra.

—Mi difunto abuelo decíame que sois muy atolondrado.

---

<sup>2</sup>() La señora.

<sup>2</sup>() Señorita.

<sup>3</sup>() Olenka, diminutivo cariñoso de Alejandra.

—Todos somos así en Smolensko; no nos parecemos a los de Imud. No hay más remedio que hacer lo que queremos.

Olenka sonrió y dijo mirando al caballero:

—Así debe ser, en efecto, porque entre vosotros hay muchos tártaros.

—Conforme. Pero me pertenecéis por testamento de vuestro abuelo y hasta por elección de vuestro corazón y...

—¡Oh! Esto aún no lo sé.

—Si así no fuese me mataría.

—Y lo decís riendo... Pero ahora advierto que estamos en la sala de los criados. Dignaos pasar al estrado. Supongo que después de un largo camino no rehusaréis una buena cena. Os ruego que me sigáis.

Olenka se volvió hacia la señora Kulviets y añadió;

—Venid con nosotros, tía.

El caballero se volvió rápidamente.

—¿Tía? —dijo—; ¿qué tía?

—La mía; Panni Kulviets.

—Pues también lo es mía —dijo Kmita acercándose y besándole la mano—. En mi compañía hay un oficial llamado Kulviets Hippocentaurus: ¿es acaso pariente vuestro?

—Sí, pertenece a mi familia —contestó la vieja solterona.

—Es un buen muchacho; pero una especie de torbellino, como yo.

Apenas hubieron salido del cuarto de la servidumbre, todas las criadas empezaron a hacer comentarios acerca del novio de Alejandra, y, según parecer general, Kmita era un real mozo merecedor del cariño y de la persona de Olenka.

—¡Qué majestuoso! Parece el hijo de un rey —dijo una.

—Tiene ojos de lince que atraviesan los corazones —replicó otra.

—En seguida ha tratado a nuestra dueña como una novia.

—Se ve que gusta a nuestra ama. ¿Pero a quién no gustaría?

—Es cierto; sería imposible encontrar en la tierra un hombre más guapo que Pan Kmita; en todo Kyedani no lo hay, desde luego.

—Yo creo que el oficial de caballería que tiene Pakosk a sus órdenes es más guapo que él.

—Sí; pero no tan simpático.

—Yo creo que en todo el país no hay un hombre tan apuesto como Pan Kmita.

Así continuaron charlando las domésticas, mientras que en la sala hablaban Olenka y el joven portaespada, y la tía preparaba una buena cena.

Andrés no cesaba de mirar a su prometida; sus ojos llameaban y se iban animando cada vez más. Al fin dijo:

—Hay hombres que ansían poseer grandes propiedades; otros gozan con la guerra y las batallas; dan aquéllos preferencia a los caballos; pero yo no renunciaría a vos por todos los tesoros del mundo. Cuanto más os miro, más vivo es el deseo que siento de haceros mi esposa. Vuestros ojos tienen el color y el resplandor del cielo. Vuestra belleza me encanta de tal modo, que me quita el don de la palabra.

—Creo, por lo contrario, que os produce efecto opuesto, según lo que habláis.

—En Smolensko somos tan ardientes en los campos de batalla como con las mujeres. Será preciso, que os acostumbréis a ello, reina mía, porque siempre seré así.

—Deberíais olvidar tal costumbre, porque a mí no me agrada.

—Cederé a vuestros deseos. Por vos, reina mía, estoy dispuesto a aprender otros modales. Tened en cuenta, sin embargo, que soy un pobre soldado que ha vivido más en los campos de batalla que en los salones de los castillos. Sírvame eso de disculpa.

—Eso no importa. También mi abuelo era soldado —replicó Olenka—. De todos modos, agradezco vuestra buena voluntad.

Al decir estas palabras sus ojos se fijaron con dulzura en Kmita, que se sintió trastornado.

—Haréis de mí cuanto queráis —contestó el joven.

—Me parece eso difícil, tratándose de un hombre inconstante.

—Os engañáis; cuando niño, me dieron soberanas palizas mis maestros para enseñarme la constancia y la firmeza, y mis padres para hacerme recordar las máximas saludables que habían de guiarme por la senda de la vida.

—¿Y cuál es entre todas estas máximas la que ahora recordáis?

—Ésta: cuando se ama, hay que adorar de rodillas a la mujer adorada.

Y uniendo la acción a la palabra, se arrodilló ante Olenka, que lanzó un grito y retrocedió asustada.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó—. Eso no está bien. Levantaos o me enfado. Mi tía va a venir.

—Que venga un escuadrón de tías, no me importa —replicó Andrés sin moverse y mirándola fijamente.

—Levantaos.

—Bien.

—Sentaos.

—Ya está.

—Sois un traidor, un Judas.

—No lo creáis; cuando beso lo hago con sinceridad, os lo aseguro.

—Sois una serpiente.

Alejandra pronunció sonriendo aquellas palabras y su rostro adquirió una juvenil alegría..

—¡Oh! ¡Qué ojos, qué rostro! —exclamó Kmita—. ¡Ayudadme, santos del Paraíso, porque no podré ya marchar de su lado!

—No hay necesidad de invocar a los santos. Bastantes años habéis pasado sin acordaros de mí. Sentaos, pues, y estad quietecito.

—No pensaba en vos porque sólo os conocía por retrato. Cuando lo vi, me dije: «¡Es bonita, preciosa! Pero muchachas bonitas hay muchas en el mundo y tengo tiempo sobrado para ir a verla.» Mi padre no cesaba de incitarme para que viniera, pero le respondía invariablemente: «No hay prisa.» El Cielo es testigo de que no me disgustaba la disposición testamentaria de mi padre; pero también es cierto que antes debía cumplir con mis deberes de guerrero. ¡Ahora comprendo cuán insensato fui! Hubiera podido casarme primero y después ir a la guerra. ¡Cuántas delicias me hubieran estado reservadas a mi regreso! Bendito sea Dios que no ha permitido que me mataran. Permitid que os bese la mano.

—No, no os lo permito.

—Entonces no os lo pediré más. Los de Orsha decimos: pide lo que quieras; si no te lo dan, tómallo.

Y así diciendo, Andrés cogió la mano de Alejandra, que no se atrevió a retirarla, por temor a un peligro mayor.

En aquel instante entró Panni Kulviets.

Al ver lo que ocurría, abrió desmesuradamente los ojos, como asustada. No le hacía mucha gracia tal familiaridad, pero, sin atreverse a decir nada, anunció que la cena estaba pronta.

Los jóvenes pasaron al comedor, cogidos de la mano. La mesa estaba cubierta de gran variedad de manjares, de carne ahumada y de vinos generosos.

Alejandra había ya cenado, así es que Kmita se sentó solo a la mesa y empezó a comer con tanta animación como antes hablara.

Olenka lo miraba a hurtadillas, satisfecha de verlo comer y beber con tanta ansiedad.

Cuando hubo saciado en parte su hambre, Olenka le preguntó:

—¿No venís directamente de Orsha?

—No sé deciros de dónde vengo. Un día estaba en un país, otro en otro. Iba como un lobo hambriento en busca de ovejas y tomaba al enemigo cuanto podía.

—¿Y cómo os atrevisteis a luchar contra un enemigo tan poderoso, ante el cual el propio capitán general hubo de rendirse?

—¿Que cómo me he atrevido? Yo me atrevo siempre a todo; tal es mi temperamento.

—Sí, ya me lo decía mi abuelo. ¡Fortuna que no os mataran!

—Una vez lograron meterme en la jaula como un pajarillo —repuso el joven riendo—, pero me escapé y les batí cuando menos se lo esperaban. De aquel día data esta cicatriz que tengo en la cabeza... Este pato es excelente.

—¡En nombre del Padre y del Hijo! —exclamó Olenka, asombrada de oír hablar con tanta tranquilidad de una herida tremenda—. ¿Teníais muchos soldados a vuestras órdenes? —preguntó luego.

—Sí; tenía mis pobres dragones, que eran excelentes soldados, pero que en un mes fueron hechos pedazos. Luego tomé voluntarios a mi servicio. Buenos chicos y valerosos en los campos de batalla; pero picaros redomados. Los que aún viven, acabarán, tarde o temprano, en la horca.

Andrés sonrió, vació su copa y añadió:

—Nunca vi parecidos malandrines. ¡Que el diablo los proteja! Son oficiales pertenecientes a buenas familias, gente muy apta y atrevida; pero no hay uno solo sobre el que no pese una sentencia.

—¿Habéis venido, pues, con vuestro escuadrón?

—El príncipe vaivoda <sup>(1)</sup> me señaló Ponyevyej como cuartel de invierno.

—Comed, os lo ruego.

—Comería veneno por amor vuestro. He dejado parte de mis voluntarios en Ponyevyej, otros en Upita y a los oficiales más dignos les he ofrecido hospedaje en Lyubich.

—¿Dónde os hallaron los hombres de Lauda?

—Camino de mi cuartel de invierno.

—¿Fueron los que os dieron la nueva de la muerte de mi abuelo y de su testamento?

—Sí. ¿Los mandasteis vos?

—No; estaba demasiado absorta en mi dolor.

—Yo quería recompensarlos por el trabajo que se habían tomado; pero me contestaron arrogantemente que tal vez los nobles de Orsha aceptaban propinas, pero no los de Lauda. Merecían una mano de palos por orgullosos.

—Son gente de antigua y noble raza, aunque venida a menos. Mi abuelo les estimaba en mucho e iba a la guerra con ellos.

—¡Que me maten si no es cierto que lo ignoraba! Sin embargo, me parecen demasiado altivos para ser tan pobres. Cada cual debe estar en su sitio; el campesino no es, a mis ojos, más que campesino; el noble, ya es otra cosa.

—Mi abuelo decía que las personas se distinguen por el honor y no por las riquezas; y que éstos son hombres de honor, lo demuestra el hecho de que él me haya puesto bajo su tutela.

Andrés Kmita abrió tamaños ojos y replicó:

—¿De modo que vuestro abuelo os ha puesto bajo la tutela de la mísera nobleza de Lauda?

—No lo toméis a broma, Andrés. Si les tratáis con desprecio, no sólo atraeréis su enemistad, sino que no podréis conquistar mi corazón.

---

<sup>1</sup>() Título que se daba a los príncipes soberanos electivos y a los gobernadores generales de las provincias. (*N. del T.*)

—Respeto la voluntad del difunto —contestó Andrés con menos altivez—. Comprendo que vuestro abuelo os dejara bajo la tutela de esos *nobles*, hasta que yo llegara, pero ahora yo seré vuestro tutor, y nadie más; disputaría tal derecho al mismo Radzivil.

Alejandra quedó pensativa, y por fin dijo:

—Hacéis mal en dejaros arrastrar por vuestro orgullo. Los hombres de Lauda son gente buena y pacífica, y por poco de buena voluntad que pongáis por parte vuestra, ni siquiera notaréis que yo esté bajo su tutela.

Kmita reflexionó un instante.

—Verdad es —dijo luego— que no vale la pena pensar siquiera en ello. La boda hará cesar todo esto. Pero, entretanto, bueno es que sepan que no soy capaz de tolerar la menor violencia. Cuanto más pronto nos casemos, mejor.

—El abuelo mismo me impuso la condición de que no me casará antes de seis meses.

—Hasta entonces viviré en perpetuo tormento. Sea así, y os juro, reina mía, que no os daré motivo de queja. ¿Es culpa mía si en un momento de cólera siento deseos de hacer pedazos a un individuo para componerlo en cuanto me ha pasado la rabia?

—Vivir con un hombre así hace poner la carne de gallina —contestó Olenka ya más tranquila.

—¡Bebo a vuestra salud! Buen vino es éste. El vino y el sable son las bases de mi existencia. ¿Qué decís de terror? Con vuestros ojos me dominaréis y permaneceré hecho un esclavo a vuestros pies. Es verdad que mis modales son algo rudos: pero no los he adquirido viviendo entre damas, sino rodeado de soldados y muy cerca de los cañones. Hasta nuestras mujeres usan botas de montar y saben manejar el sable. Pero, si en la guerra sabemos luchar como se debe, en la Dieta no callamos, y cuando no bastan razones echamos mano de la espada. Somos así, ¡qué le hemos de hacer! El difunto chambelán me conocía, y por eso me escogió para ser vuestro esposo.

—Siempre he respetado la voluntad de mi abuelo —dijo la joven bajando los ojos.

—Permitid que os bese de nuevo la mano. Deslumbrado como estoy por el brillo de vuestras pupilas, no sé si sabré llegar hasta Lyubich.

—Os daré un guía.

—No es necesario. Estoy acostumbrado a andar de noche. Además, tengo un criado que conoce el camino. En Ponyevyej me esperan Kokosinski y sus camaradas. Kokosinski fue desterrado, con razón, por incendiar la casa de Orspishennski, robar una muchacha y matar algunos criados de ésta. Es un excelente compañero. Dadme la mano y separémonos.

El reloj dio las doce de la noche.

—Ya es tiempo de que me vaya —exclamó Kmita.

Ambos llegaron hasta la puerta. Allí Kmita se envolvió en su capa de pieles, montó en la *slita*, y dijo:

—¡Buenas noches, reina mía! Estad segura de que me dormiré pensando en vuestra belleza. ¡Buenas noches!

—¡Dios os guíe!

Olenka se retiró y la casa quedó silenciosa. Nunca como entonces Alejandra se había sentido sola y abandonada. Sin querer prestaba oído al carruaje que se alejaba, pareciéndole que con aquel joven se iba la alegría del hogar.

Volvió a su cuarto, arrodillóse y trató de rezar un padrenuestro; pero a cada momento la visión de su prometido le asaltaba. Recordaba la alta frente rodeada de rubios cabellos, sus ojos azules, su hermosa boca que, al sonreír, mostraba doble hilera de blancos dientes. La joven no podía disimular el amor que sentía por el apuesto y valiente mozo. Le asustaba un poquillo a causa de su impetuosidad, pero al mismo tiempo pensaba que aquello era indicio de un carácter franco y apasionado.



—No es conquistador de mujeres —se decía—, sino un hombre en el verdadero significado de la palabra; un soldado como los que gustaban a mi abuelo.

Al pensar en esto experimentó un sentimiento de indefinida, felicidad, no exenta de inquietud. Pero de una inquietud que le agradaba. Cuando se estaba desnudando, abrióse de improviso la puerta y apareció la señora Kulviets.

—Has velado hoy demasiado —dijo—, pero no quise turbar vuestro primer coloquio. Kmita parece un arrogante y cortés caballero. Y a ti, ¿qué te parece?

Alejandra no contestó, pero se acercó a su tía y la abrazó estrechamente, exclamando:

—¡Ah, tía, tía mía!

—Entendido —murmuró la solterona levantando los ojos y la vela hacia el cielo.

### III

Cuando Andrés estuvo cerca del castillo de Lyubich, las ventanas veíanse ya espléndidamente iluminadas, y en el primer patio se oía un gran ruido. Los criados, en cuanto oyeron la campana, se encaminaron a la entrada para dar la bienvenida a su amo, pues estaban advertidos de su llegada. Le saludaron cordialmente, besándole la mano y tocándole los pies. El viejo mayordomo Znikis le esperaba a la puerta del castillo con el pan y la sal tradicionales, y le hizo el homenaje debido, que consistía en darse repetidos golpes en la frente. Kmita les tiró una bolsa llena de oro y preguntó por sus camaradas, extrañado de que no hubiesen salido a recibirle.

Estos celebraban un banquete hacía muchas horas y probablemente no habían oído siquiera el ruido del coche.

Cuando apareció en la sala, un solo grito salió de todos los pechos:

—¡Ha llegado el amo! ¡Ha llegado el amo!

Y todos se pusieron en pie y fueron a su encuentro con las copas en la mano. El los miraba sonriendo por su desenvoltura, mientras ellos desfilaban en su presencia con rostro grave y solemne.

Apareció primero el gigantesco Jerónimo Kokosinski, famoso soldado y valentón que tenía una terrible cicatriz que le atravesaba la frente y la mejilla. Era lugarteniente y amigo de Kmita, y había sido condenado en Smolensko a perder el honor y la vida por asesino, raptor de muchachas e incendiario. La guerra que estalló en aquella ocasión y la protección de Kmita, que era de su misma edad, le salvaron del patíbulo. Avanzó llevando con ambas manos un jarro lleno de *dembniak* <sup>(1)</sup>.

Después venía Ranitski, de noble familia, natural de la provincia de Mstislavsk, de la cual fue desterrado por haber matado a dos individuos de la nobleza. La guerra le salvó también de manos del verdugo.

El tercero era Rekuts-Leliva. No estaba manchado éste de otra sangre que de la suya propia, que derramó muchas veces en la guerra; pero se había arruinado jugando y bebiendo durante los tres últimos años; vivía a costa de Kmita.

---

<sup>1</sup>() Especie de hidromel.

Después venía Uhlik, de Smolensko también, condenado a muerte y degradación por innumerables homicidios; Kmita le protegía porque tocaba muy bien la flauta.

Además de éstos estaban Kulviets Hippocentaurus, que tenía una fuerza desmedida y alta estatura, y Zend, gran caballista que sabía imitar perfectamente el grito de todos los animales feroces y de todos los pájaros.

Todos estos rodearon al coronel. Kokosinski, levantando la jarra, entonó una canción, e invitó después a Kmita a que bebiera.

Este tomó el jarro y lo llevó a sus labios exclamando:

—¡A la salud de mi novia!

—¡Bravo! ¡Bravo! —exclamaron los otros con voces tan estentóreas que retemblaron las paredes.

Después empezaron a hacerle preguntas.

—¿Es muy bonita? ¿Es tal como nos la habías descrito? ¿Se parece a alguna de las muchachas que hay en Orsha?

—Las muchachas de Orsha son unos monstruos comparadas con ella. ¡Voto a mil diablos! En todo el mundo no hay una igual.

—¡Viva Yendrus! <sup>(1)</sup> —gritaron todos a una.

—¡Poderosos señores! —gritó Rekuts-Leliva—; cuando se celebre la boda, nos emborracharemos todos como cubas.

—Corderinos míos —dijo Kmita—, dispensadme, o para hablar más correctamente, idos todos al diablo. Voy a dar un vistazo a la casa.

—¡Déjate de tonterías; ahora es cuestión de beber!

—Ya lo hemos hecho nosotros por ti —agregó Ranitski—. Lyubich es un rincón del paraíso.

—Hay una excelente caballeriza —exclamó Zend—: dos jacas, dos magníficas yeguas, un tronco de caballos de Imud y otro de Calmucki, todo por parejas, como los ojos de la cara.

Y dicho esto, Zend se puso a relinchar imitando perfectamente al caballo, con lo cual provocó la hilaridad general.

—¿Y dónde dejas la bodega? —observó Rekuts—. Toneles, pipas y botellas más bien alineadas que el mejor escuadrón.

—Demos gracias a Dios. ¡A la mesa, a la mesa!

Apenas se sentaron a la mesa y llenaron las copas, cuando Ranitski se puso en pie brindando a la salud del chambelán Billevich.

—¡Imbécil! —exclamó Kmita—; ¿tienes acaso por costumbre brindar por los muertos?

—¡Imbécil! —repitieron los demás—. Ahora debemos beber a la salud del amo actual. ¡A tu salud, Kmita!

—¡Ojalá seas feliz en tu nuevo estado!

Kmita miró a su alrededor y vio en las paredes muchos ojos que parecían mirarle fijamente. Aquellos ojos pertenecían a unos retratos antiguos de los Billevich, suspendidos a corta distancia del suelo, porque el techo de la sala era muy bajo. Sobre los retratos corría una larga fila de cabezas de ciervos, alces y gamos, algunas ennegrecidas por el tiempo, otras muy bien conservadas.

—Aquí la caza debe ser magnífica —dijo Kmita—; pues veo una abundancia extraordinaria de trofeos.

—Mañana o pasado daremos una batida —contestó Kokosinski—. Dichoso tú que tienes un techo que te cobije.

—No eres como nosotros —suspiró Ranitski.

—Triste destino el nuestro —exclamó Rekuts, con su voz atiplada—; nuestra única esperanza estriba en que no nos eches a la calle, pobres huérfanos como somos.

<sup>1</sup>() Diminutivo cariñoso de Andrés.

—¡Dejadme en paz —dijo Kmita—, lo que es mío, es vuestro!

Al oír aquellas palabras todos se levantaron y rodearon al portaespada, y sobre aquellos rostros de león se vieron rodar gruesas lágrimas.

—No reniegues de nosotros —decía Ranitski—; no nos desampares, si no, estamos perdidos.

Y poniéndose un dedo en la frente, en actitud pensativa, agregó:

—A lo menos hasta que haya cambiado nuestra suerte.

—O que heredemos uña fortuna.

—O que alcancemos un buen destino.

—¡A vuestra salud! —exclamó Andrés.

Los brindis se sucedieron, y de tal manera se bebió que cada cual se escuchaba únicamente a sí mismo.

Ranitski, que era un gran tirador, se desafiaba con un invisible adversario sin empuñar ningún arma.

El gigantesco Hippocentaurus, después de observarle algunos instantes, exclamó:

—¿Estás loco? A pesar de tu habilidad, nunca podrás vencer a Kmita.

—¿Por qué no?

—Yo tiro mejor a pistola.

—Un ducado por cada blanco.

—Bien; pero, ¿dónde está el blanco?

Ranitski miró a su alrededor, y señalando una de las cabezas de ciervo, gritó:

—Apuesto un ducado a que toco esa cabeza entre los cuernos.

—Bien —exclamó Kmita—. Zend, trae las pistolas.

Los gritos eran cada vez más ensordecedores. Al cabo de un instante Zend trajo las pistolas, un saquito de balas y un cuerno lleno de pólvora. Ranitski cogió una de aquellas armas.

—¿Está cargada?

—Sí.

—Apuesto tres, cuatro, cinco ducados, lo que queráis —gritaba Kmita, ya embriagado.

—Apunta despacio, te puede fallar el tiro.

—Daré en el blanco; una... dos...

Todos los ojos se fijaron en la cabeza de ciervo que apuntaba.

—¡Tres!... —gritó Andrés.

El pistoletazo resonó en la sala, que se llenó de humo.

—¡Errado! —gritó Hippocentaurus.

Oyóse otro disparo, y los criados entraron asustados.

—¡Apartaos, apartaos! —exclamó Kmita—. ¡Dejadme tirar! ¡Uno... dos... tres!...

Sonó otro tiro. Esta vez saltó un trozo de la cabeza.

—¡Dadnos las pistolas! —gritaron los demás a coro.

Al cabo de algunos instantes reinaba una confusión espantosa en la sala. Densas nubes de humo obscurecían la luz de las velas, y los tiradores apenas se veían unos a otros.

Los retratos de los Billevich quedaron destrozados.

Ranitski, dominado por un súbito furor, empezaba: a dar sablazos a los trofeos de caza y a los retratos.

Los criados estaban aterrados. Los perros ladraban furiosamente. La gente del pueblo, al oír aquel ruido estrepitoso, se detenía junto al castillo. Las muchachas se habían acercado a las ventanas de la gran sala para ver lo que ocurría. Zend las vio, y exclamó de pronto:

—¡Mirad cuántas muchachas! ¡Bailemos!

—¡Bailemos! ¡Bailemos! —gritaron los demás con voz ronca.

Los borrachos abandonaron la sala y se dirigieron hacia el atrio. Las muchachas, chillando, huían en todas direcciones, pero ellos las persiguieron a través del patio, las alcanzaron y arrastráronlas a la sala. Algunos instantes después comenzaron a bailar como locos alrededor de la mesa sobre la cual corría a ríos el vino que se escapaba de las botellas derribadas.

Así celebró Kmita con sus compañeros, la toma de posesión de Lyubich.

#### IV

Andrés continuó yendo a Vodokty todos los días y volvía cada vez más enamorado. No se cansaba de admirar a Olenka, a la que luego ponía por las nubes ante sus compañeros. Un día dijo a éstos:

—Amigos míos, hoy iremos a combatir sin armas; mi novia y yo hemos convenido en ir a Mytruny y haremos una jira por el bosque. Portaos de un modo decente, porque mataré al que ofendiera a mi prometida esposa.

Los caballeros se apresuraron a hacer los preparativos, y a la hora convenida estaban dispuestos cuatro trineos. Kmita subió al primero, tirado por dos fogosos caballos, capturados al pasar por Kalmuk y adornadas la cola y las crines con cintas y plumas a estilo de Smolensko. Un joven de aspecto montaraz guiaba los caballos. Andrés vestía una zamarra de terciopelo verde con alamares y cordones de oro y llevaba en la cabeza un gorro de marta cibelina adornado con plumas. Estaba muy alegre como de costumbre y hablaba con Kokosinski que estaba a su lado.

—Óyeme, Kokosinski —decía— Creo que hemos bromeado demasiado estas noches y especialmente la primera. No hay medio de vivir en paz teniendo a Zend entre nosotros, y ahora el castigo va a caer sobre mí. Voy a perder mi reputación.

—Déjame en paz con tu reputación; maldito para lo que sirve.

—¿Y de quién es la culpa sino vuestra? Acordaos que por causa de vosotros dicen que soy el perturbador de Orsha, y las malas lenguas murmuran pestes de mí.

—¿Y a mí me cuentas eso? ¿Quién arrastró a Tumgrat por el hielo? ¿Quién mató al oficial que preguntaba si en Orsha la gente andaba en dos pies o a gatas? ¿Quién mató a los Virinski, padre e hijo? ¿Quién disolvió la última Dieta provincial?

—Es verdad lo de la Dieta; pero se trataba de asuntos que a todos concernían, asuntos de familia. En cuanto a Tumgrat, me perdonó al morir; y por lo que hace a los demás, no hay que hablar de ello, pues al hombre más pacífico le puede ocurrir tener que desafiarse.

—Pues todavía no lo he dicho todo. Por ejemplo, los procesos...

—Yo nada tengo que ver con eso. Lo único que se me puede censurar es haberos dejado robar a tanta pobre gente. Pero basta ya del asunto. Punto en boca, Kokosinski. No digáis nada a Olenka de los duelos ni de los retratos, ni de la caza de muchachas. Si alguien habla de eso os echaré la culpa a vosotros. He advertido ya a los criados y a las chicas que al primero que diga una palabra le despellejo vivo.

—¡Cuántos melindres por una muchacha! En Orsha eras otro hombre.

—¡Estás loco, Kokosinski! De todos modos, id con cuidado con Olenka, porque ya os digo que no es posible hallar otra mujer tan hermosa y tan lista como ella. En un instante aprecia lo que es bueno y lo que es malo. Juzga todas las cosas desde el punto de vista de la virtud. El chambelán la educó muy bien. Tened en cuenta que hasta aquí hemos llevado una vida desordenada y que no conviene que ella lo sepa.

—He oído decir que en las aldeas cercanas hay muchachas preciosas, pertenecientes a la nobleza, y que no son muy esquivas.

—¿Quién lo dice?

—Quién ha de ser, sino Zend. Ayer, mientras probaba un caballo, se dirigió a Vulmontoviki y vio un grupo de muchachas que volvían de vísperas, todas preciosas y bonitas, que le miraban sonriendo y enseñándole sus dientecitos blanquísimos.

—Vamos también nosotros a ver a esas muchachas —exclamó Kmita.

—¿Qué dices? ¿Y tu reputación?

—¡Por Satanás! ¡No me acordaba! No debo exponerme a ciertos riesgos, si quiero vivir en paz con estos nobles que fueron nombrados tutores de Olenka por el difunto chambelán.

—Ya me hablaste de esa tutela, pero me parece imposible. ¿Cómo ha podido vivir en la intimidad con esa gente?

—El chambelán fue con ellos a la guerra, y cuando estuvo en Orsha dijo delante de mí que por las venas de esos hombres corría sangre noble. De todos modos, me sorprendió desagradablemente el saber que los había instituido tutores de mi futura esposa.

—Pues no tendrás más remedio que acatar su voluntad.

—Antes ciegues que tal veas. Calla, que tus palabras me hacen hervir la sangre en las venas. ¡Ellos son los que habrán de inclinarse ante mí! Su contingente debe estar pronto a obedecerme en cuanto lo llame.

—Pero no serás tú quien mande este contingente. Zend me ha dicho que hay un coronel, cuyo nombre he olvidado... me parece que es Volodiovski, que ya ha mandado en Shlov. Se portaron como héroes, pero fueron vencidos y diezmados.

—He oído hablar de un Volodiovski, de un célebre guerrero... Pero henos ya cerca de Vodokty.

—Se conoce que el chambelán debía ser hombre de buen gobierno. Verdad es que el enemigo no se dejaba ver por aquí con frecuencia.

—Espero que no habrá llegado la noticia de nuestras barrabasadas a Lyubich —dijo Kmita como hablando consigo; luego, añadió, dirigiéndose a su compañero—: Kokosinski, te lo digo a ti, y tú lo repetirás a los otros, que debéis portaros decentemente en esta casa, porque si cualquiera de vosotros cometiera una indiscreción, ¡juro a Dios que lo mato!

—Procura tú, por tu parte, no poner los ojos en mi Casia, porque, si no, te mato yo a ti —contestó Kokosinski con calma.

—¡Arrea! ¡Arrea los caballos!, —mandó Kmita al cochero.

Este restalló alegremente la fusta y los conductores de los demás trineos le imitaron.

Todos se lanzaron a escape como si corriesen a una fiesta de carnaval.

Por fin llegaron a Vodokty. Bajaron de los trineos y entraron en una gran antecámara, y después, al comedor, que estaba adornado de cabezas y cuernos de ciervo como el de Lyubich. Allí se detuvo la comitiva mirando hacia la puerta por donde debía aparecer Alejandra Acordándose de las advertencias de Kmita, sus endiablados compañeros se pusieron a cuchichear sin atreverse a levantar la voz.

—Tú, que sabes hablar bien —dijo Uhlik al oído de Kokosinski—, saluda a la joven en nombre de todos nosotros.

—Ya iba componiendo un discurso por el camino, pero Andrés no me ha dejado acabar de coordinarlo.

—Pues entonces, dile lo que te parezca.

—¡Silencio! ¡Aquí está!

Alejandra entró y se detuvo un momento en el umbral de la puerta, asombrada de ver a tanta gente.

Hasta Kmita se quedó extático al contemplar la belleza de la doncella. No la había visto, hasta entonces, sino de noche, y de día su hermosura era aún más sorprendente.

Alejandra no bajaba los ojos, sino que los miraba a todos con la expresión afable y digna de una dama que recibe a unos huéspedes en su castillo. Aquellos guerreros no habían visto una figura tan imponente, de modo que permanecieron inmóviles como si estuvieran ante un superior, y luego se inclinaron todos a un tiempo.

Kmita se adelantó, y besando la mano de Alejandra, le dijo:

—Ved, alma mía a estos famosos guerreros de quienes os he hablado y con los cuales combatí durante la última guerra.

—No es poco honor para mí —contestó Alejandra Billevich— recibir en mi casa a tan valerosos caballeros, cuyas virtudes excelentes y cualidades conozco por boca de su comandante Pan Kmita.

Al decir estas palabras, se inclinó cortésmente con rara dignidad. Kmita se mordió los labios, pero cobró ánimos al oír hablar con tanta desenvoltura a su prometida.

Los caballeros saludaron otra vez, diciendo Kmita a Kokosinski:

—¡Ea, empieza!

Kokosinski adelantó un paso, tosió, y dijo:

—Poderosa señora, no sé qué debo celebrar más en nombre de Orsha entera, si vuestra extraordinaria belleza, vuestra virtud o la inefable fortuna de nuestro capitán y conmillitón Pan Kmita; porque mientras yo creía acercarme a las nubes... mientras me veía próximo a llegar a las nubes... digo, a las nubes...

—¡Acaba de una vez con las nubes! —exclamó Kmita.

Los demás caballeros lanzaron una sonora carcajada, pero acordándose al punto de la compostura que debían guardar, tornaron a ponerse serios.

Kokosinski quedó confuso, se ruborizó, y dijo:

—Ya que me habéis interrumpido, continuad vosotros.

—¡No sabré emular vuestra elocuencia, valerosos caballeros! —contestó Alejandra—; pero sé que no merezco los homenajes que me ofrecéis en nombre de Orsha entera.

Aquellas palabras y la reverencia con que las acompañó acabaron de trastornar a los caballeros, que se hallaban como el pez fuera del agua. Unos se retorcían el bigote, otros armaban ruido con las espadas, y por más que procuraban presentarse como consumados cortesanos, no lo conseguían.

Kmita tuvo compasión de ellos y dijo!

—Hemos venido a buscaros para hacer juntos la jira a Mitruny, pasando a través de la selva. La nieve está helada y el camino es bueno.

—He enviado ya a mi tía a Mitruny para que prepare la comida. Entretanto, señores, hacedme la merced de aguardar un instante; voy a tomar mi manto.

Alejandra salió de la sala.

—Y bien, queridos —preguntó Kmita a sus camaradas—, ¿no es verdad que parece una princesa? Decidme si habéis visto jamás una mujer que se le parezca.

—Confieso que no esperaba tener que dirigirme a tal dama —replicó Kokosinski.

—El difunto chambelán —agregó Kmita— vivió casi siempre con ella en la corte del príncipe vaivoda, salvo el breve tiempo que residieron en Hlebovich. Allí adquirió esos modales de reina. ¿No es verdad que su belleza deslumbra?

—¡Hemos hecho una triste figura! —dijo Raditski despechado—; pero quien se distinguió fue Kokosinski.

—¿Por qué me interrumpisteis? Debíais lucir vuestra elocuencia en vez de fastidiarme —replicó Kokosinski.

—¡Silencio, silencio! Muchachos —dijo Kmita—, os es permitido admirar, pero no disputar.

—Me echaría al fuego por ella —dijo Rekuts—. Mátame, Yendrus, pero no puedo retirar mis palabras.

Kmita estaba muy satisfecho, se retorció el bigote, y miraba a sus compañeros con aire triunfal.

Alejandra entró con una gorra de marta en la cabeza, bajo la cual su hermoso rostro parecía más radiante.

Todos salieron. Kmita hizo subir a Olenka al trineo más bonito, cubrió sus piernas con una espléndida manta de paño blanco forrada de piel de zorra azul, se sentó a su lado y gritó al cochero:

—¡Adelante!

El viento frío azotaba el rostro de los novios, mientras la *slita* corría sobre la nieve con la rapidez del rayo.

Andrés se inclinó hacia su prometida, y le preguntó:

—¿Os gusta?

—Me place —contestó Olenka tapándose la boca con un pañolito.

El día era límpido y sereno, la nieve helada crujía bajo las herraduras de los caballos, los tejados de las cabañas estaban cubiertos por una cándida capa, y de las chimeneas salían densas columnas de humo que se perdían en el espacio azul.

Bandadas de cuervos levantaban el vuelo graznando, asustados, al oír el ruido de los trineos.

A treinta millas de distancia de Volokty llegaron a un ancho camino que atravesaba un bosque de pinos, blanco, triste, silencioso, como dormido.

Los trineos corrían siempre rápidamente, como si los caballos tuvieran alas. Aquella carrera vertiginosa sumió en una especie de éxtasis a la doncella, la cual se echó hacia atrás, cerró los ojos, y se entregó por completo a aquel misterioso encanto, invadida por una dulce embriaguez, e imaginando que aquel invicto guerrero de Orsha la había robado violentamente.

Sentíase más y más debilitada; hubiese querido gritar, pero no tenía fuerzas para ello, y, entretanto, el trineo corría con creciente rapidez. Olenka sintió que la ceñían dos brazos robustos y que la estrechaban fuertemente, mientras dos labios ardorosos se posaban sobre los suyos. Quería defenderse, pero no pudo siquiera abrir los ojos; le parecía soñar, y entretanto huían, huían siempre.

De repente una voz murmuró a su oído:

—¿Me amas?

La joven abrió los ojos y contestó:

—¡Sí, alma mía! ¡Te amo y te amaré siempre, mientras dure mi vida!

Al oír aquellas dulces palabras, Kmita se inclinó hacia ella y la besó con transporte apasionado.

Atravesaron otro bosque de pinos sin que los caballos moderasen su marcha.

El frío era cada vez más intenso; los caballos avanzaban, pero los dos amantes no veían ni sentían; estaban arrobados.

—Quisiera correr así hasta el fin del mundo —exclamó Kmita.

—¿Qué es lo que hacemos? ¡Esto es un pecado! —bisbisó Olenka.

—¿Un pecado? —repuso Kmita—; ya que es tan hermoso, cometámoslo otra vez.

—¡Imposible! Estamos cerca de Mitruny.

—¡Qué importa!

Kmita, levantándose de pronto, extendió los brazos hacia adelante y comenzó a gritar como en un acceso de locura:

—¡Ei-hop! ¡Ei-hop!

—¡Hop! ¡Hop! —gritaron sus compañeros desde los otros trineos.

—¿Por qué gritáis así? —preguntó la joven.

—Porque soy feliz.

—Vuestros compañeros se van a reír.

La alegre comitiva se abandonó a una hilaridad salvaje, no menos salvaje que la carrera.

Kmita se puso a cantar de repente una canción.

—¿Quién os ha enseñado estos versos? —preguntó Alejandra.

—La guerra, Olenka. Los cantamos siempre en el vivac para ahuyentar el aburrimiento.

Aquí la conversación se interrumpió de improviso a los gritos de:

—¡Para, para!

Andrés se volvió contrariado preguntando a sus compañeros qué ocurría para hacerle detener.

A pocos pasos de distancia vio Kmita un jinete que avanzaba a galope tendido.

—¡Vive Dios! ¡Es mi sargento Soroka!

El que llegaba detuvo su caballo y dijo con voz sofocada por el cansancio:

—¡Coronel!

—¿Qué ocurre, Soroka?

—¡Upita arde! ¡Hay lucha!

—¡Jesús, María! —gritó Olenka.

—¡No tengáis miedo! —contestó Kmita—. ¿Quién lucha?— preguntó al sargento.

—Los soldados contra los campesinos. Un incendio ha estallado en la plaza. El pueblo se ha enfurecido y ha enviado a pedir refuerzos a Ponyevyej. Yo he venido aquí al galope para advertiros.

Durante este diálogo habían bajado los compañeros del joven de sus trineos y rodeaban a los dos interlocutores.

—¿De qué se trata? —preguntó Kmita.

—Los campesinos no quisieron dar ni caballos ni hombres, porque no tenían orden para ello, y los soldados los requisaron a la fuerza. Atacamos al alcalde y a todos los que se habían hecho fuertes en la plaza, pegamos fuego a dos casas y entonces estalló la lucha y las campanas tocaron a rebato.

Los ojos de Kmita lanzaban rayos de cólera.

—Hay que ir en socorro suyo —gritó Kokosinski.

—¡La plebe insulta al ejército! —exclamó Ranitski, soltando una blasfemia.

Zend, entretanto, reía e imitaba el grito de la hiena; los caballos estaban asustados.

Rekuts, levantando los ojos al cielo, gritaba:

—¡Ea! ¡No hay más remedio que matar a todos los malandrines!

—¡Silencio! —rugió Kmita con voz formidable—. No tengo ninguna necesidad de vosotros. Sentaos en dos de estos trineos y dejadme el tercero. Volved a Lyubich y esperad que yo os pida auxilio.

—¿Qué quiere decir esto? —preguntó Ranitski oponiéndose.

Andrés le cogió por el cuello y gritó con tono amenazador:

—¡Cállate!

Todo quedó en silencio. Evidentemente Kmita era muy temido a pesar de la familiaridad con que le trataban sus compañeros.



—Olenka —dijo—, volved a Vodokty, o si no, id a Mitruny, donde está vuestra tía. No podemos realizar nuestra jira. ¡Paciencia! Otro día tendremos más suerte. Tranquilizaos, pronto estaré a vuestro lado.

Después de estas palabras, besó la mano de la joven, la envolvió en la manta, y saltando a otro trineo, gritó al cochero:

—¡A Upita!

## V

Habían pasado muchos días, y Kmita no volvía; pero tres hombres de Lauda fueron a Vodokty para hablar con Alejandra. El primero era Pakosk Gashtovt, de Patsuneli, el que albergaba en su casa al coronel Volodiovski. Era el patriarca de la aldea, famoso por sus riquezas y por sus seis hijas, tres de las cuales se habían casado, recibiendo cada una cien táleros en dinero contante, además del equipo de novia y de numerosos ganados. El otro era Casiano Butrym, el cual había conocido al célebre Bathory. Con él venía el yerno de Pakosk, llamado Yuzva Butrym. El último, aunque estuviese en la flor de la edad y dotado de una fuerza terrible y de una inteligencia admirable, no formaba parte de la milicia, porque en la guerra contra los cosacos una bala de cañón le había destrozado un pie. A pesar de estar lisiado era un hombre terrible a quien temían todos sus compañeros, porque no se perdonaba a sí mismo ni a los otros.

La joven les recibió cariñosamente, aun cuando adivinara que venían para quejarse y para hablar o para hacerla hablar de Kmita.

—Deseábamos presentarnos a Pan Kmita, pero quizá no ha vuelto de Upita —dijo Pakosk—. Quisiéramos saber dónde es posible verle.

—Kmita no ha vuelto aún —contestó la joven—. De todos modos, quedará contento de veros, mis respetables tutores, pues ha oído hablar muy bien de vosotros, primero a mi abuelo y después a mí.

—Conque no nos acoja como a los Domasjevich cuando fueron a comunicarle la noticia de la muerte del coronel Uvormord Yuzva...

—Sois injustos en vuestras apreciaciones —contestó vivamente Alejandra—; quizá Kmita estuvo un poco brusco, pero tened en cuenta que volvía de la guerra donde había sufrido muchas fatigas.

Pakosk, que deseaba siempre estar de acuerdo con todo el mundo, dijo:

—No nos ha sorprendido. Si una fiera se alarma al ver, de improviso, a otra, ¿por qué no ha de suceder lo mismo a los hombres? Iremos a Lyubich para saludar a Pan Kmita, a invitarle a hacer vida común con nosotros y a que con nosotros vaya a la guerra, como hacía el difunto chambelán.

—Y bien, querida hija, ¿os gusta o no os gusta? —preguntó Butrym—. Deber nuestro es preguntároslo.

—Os doy las gracias por vuestra afectuosa solicitud; Pan Kmita es un digno caballero, y aunque yo tuviera algo que decir en contra suya, me lo callaría en estos momentos.

—Supongo, hija mía, que no habrás notado nada...

—Nada absolutamente —interrumpió Alejandra—. Además, no tenemos derecho a juzgarle, y Dios nos guarde de mostrarle desconfianza. Más bien deberíamos darle las gracias.

—¿Por qué tan pronto? —observó el rudo Yuzva, que era cauto y previsor—. Si de ello se hace digno, no le escatimaremos las pruebas de nuestro agradecimiento; pero antes no hay que hablar de eso.

—¿Habéis hablado ya de la boda? —preguntó Casiano.

Olenka bajó los ojos.

—Kmita desea que nos casemos lo antes posible.

—No es extraño. ¿Quién no desearía lo mismo? Sin embargo, no hay prisa. Antes es preciso ver qué casta de pájaro es. Vamos, Casiano, decid lo que pensáis y no estéis aquí dormido como una liebre al mediodía.

—No duermo, reflexiono —contestó el anciano—. Nuestro Señor Jesucristo ha dicho: «Como Jacob será para con Dios, así será Dios para con Jacob». Nosotros deseamos toda clase de felicidades al caballero Kmita, y esperamos que, en cambio, nos tendrá él por sus amigos.

—¡Ojalá fuera como deseamos! —exclamó Yuzva.

Alejandra frunció el ceño y dijo con altivez:

—Tened presente que no se trata de admitir o rechazar a un criado. El caballero Kmita es aquí el amo, y su voluntad debe ser tan respetada como la nuestra. No olvidéis que ha de sucederos en vuestra tutela sobre mí.

—¿Quiere eso decir que aquí estamos de más? —preguntó Yuzva.

—No; significa sencillamente que debéis ser amigos suyos, como él desea serlo vuestro. Además, hará valer sus derechos y cada cual es dueño de defender lo suyo. ¿No es cierto, señor Pakosk?

—La pura verdad —respondió el anciano.

Yuzva se volvió de nuevo hacia el viejo Butrym y le dijo:

—No durmáis.

—No duermo —repitió el interpelado—; reflexiono.

—Hablad, pues.

—Voy a complaceros, Kmita es un hombre de noble familia, de nobilísima sangre, mientras que nosotros somos de humilde cuna; además, es un soldado valeroso; sólo él peleó contra el enemigo cuando ya los demás habían depuesto las armas; pero tiene por compañeros a unos hombres perdidos, sin honor, y sin conciencia... Si hicieron daño al enemigo, también lo han hecho a los ciudadanos; incendiaron, robaron, cometieron toda clase de crímenes, se portaron peor que los tártaros. Si no fuera por la protección del caballero Kmita, tiempo ha que estarían pudriéndose en un calabozo. Sin embargo, Pan Kmita los protege y les sirve en lo que puede. No creáis que exageramos. La primera noche que pasaron en Lyubich destruyeron a tiros todos los retratos de los Billevich.

Olenka se cubrió los ojos con las manos y exclamó:

—¡No puede ser! ¡No puede ser!

—Estamos seguros. Pan Kmita ha dejado disparar contra sus bienhechores, con los cuales está a punto de emparentar. Luego obligaron a las mozas a entrar en la estancia, para entregarse a otros excesos. ¡Esto no debía haberlo permitido! —añadió el viejo con indignación.

Olenka se ruborizó y entonces Yuzva añadió:

—No es raro que en Upita haya ocurrido lo que ocurre. En un ejército, conforme son los oficiales son los soldados. Robaron un rebaño de ovejas, apalearon a los hombres pacíficos que conducían las provisiones, y ahora están cometiendo nuevas violencias en Upita. Todo esto clama venganza. Estábamos tranquilos y ahora es preciso vigilar de día y

de noche con las armas en la mano. ¿Por qué sucede esto? ¡Porque Pan Kmita y sus hombres están allí!

—¡Oh! ¡No habléis así! —exclamó Olenka.

—¿De qué manera he de hablar? Si Kmita no es cómplice de ellos, ¿por qué tiene junto a sí tales hombres? ¡Oh grande y poderosa señora, decidle que es preciso que eche a sus camaradas a la calle, que los entregue al verdugo, que bien lo merecen! ¿No es un verdadero crimen disparar contra los retratos de familia y entregarse a la disolución de manera tan desenfadada? Creedme, todo el país está indignado, no se habla más que de ellos.

—¿Qué puedo hacer yo? —preguntó Olenka—. Sus compañeros han combatido a su lado; ¿creéis, acaso, que si se lo digo los despedirá?

—Si no lo hace —contestó ásperamente Yuzva—, señal es de que vale tanto como ellos.

—No digáis eso —exclamó Olenka—, no tiene más remedio que escoger entre ellos y yo. Si es verdad lo que decís, y hoy lo sabré todo, creed que, aunque yo soy una pobre huérfana y ellos una muchedumbre armada, no les temo.

—Os ayudaremos —dijo Yuzva.

—Que hagan lo que les parezca —prosiguió la joven—, pero no aquí, ni en Lyubich, y que no arrastren a Kmita a cometer iguales excesos. ¡Qué vergüenza! ¡Qué desgracia! En sus semblantes llevan retratada la perversidad, y yo, insensata mujer, no lo vi. Os agradezco que me hayáis abierto los ojos. Veré lo que me conviene hacer.

—Bien está —dijo el viejo Casiano—; la virtud habla por vuestra boca, señora; os ayudaremos, sí, en todo cuanto podamos.

—No censuréis a Kmita; podéis creer, porque os lo aseguro yo, que si ha obrado mal alguna vez ha sido porque sus compañeros le han compelido a ello. Si Dios me da vida, eso no ha de durar mucho tiempo.

Olenka sentía cada vez más el dolor de la herida que acababan de inferirle. Estaba indignada contra los compañeros de Kmita, porque pensaba que ellos eran, sin duda, los que arrastraban a su prometido a cometer las depredaciones de que le acusaban.

—¡Nosotros te defenderemos! —exclamaron a un tiempo sus tres interlocutores, que no cabían en sí de gozo por la enérgica resolución de su bella pupila, la cual continuó:

—No sólo exigiré que salgan de Lyubich, sino de toda la comarca.

—Querida niña —dijo el viejo Casiano—, nosotros no censuramos al señor Kmita; sabemos que son sus compañeros los que le empujan al camino del mal, y no es por odio por lo que hemos venido aquí, sino porque nos apesadumbra verle en tan pésima compañía. Es evidente que sólo se trata de calaveradas de la juventud. El propio estarosta era, en sus mocedades, bastante loco, lo que no impide que ahora nos ate corto a todos.

La cólera y el dolor se manifestaron por último en lágrimas, que corrieron con abundancia por las mejillas de la hermosa joven.

—¡No llores! ¡No llores! —dijo Yuzva.

—¡No llores! —repitieron los otros dos.

Hubieran querido consolar a Alejandra, pero no lo lograron. Al fin se despidieron, dejando a la joven afligida e indignada.

Había transcurrido una hora desde que se retiraron sus tutores, y todavía rodaban las lágrimas por las mejillas de Olenka, cuya alma noble y sensible sufría inmensamente pensando que quizá el hombre que había conquistado su corazón estaba ya irremediabilmente pervertido por la compañía de aquellos malvados.

Comprendía que le era forzoso inducirle a que los abandonara, pues de lo contrario aumentarían los horrores y las violencias que perpetraban.

Mientras estaba absorta en tales pensamientos, oyó gran rumor en el patio, y pensando que podría ser Andrés que volvía de Upita, se enjugó los ojos y salió a la antecámara.

En el momento en que iba a entrar en ella, penetraban por la puerta opuesta los amigos de Kmita, los cuales, cansados de esperarle en Lyubich, acudían a Vodokty confiando encontrarle o saber noticias suyas, cuando menos.

Viendo aquellos hombres que osaban penetrar en su casa con aire insolente, y recordando lo que le acababan de decir de ellos, la joven se sintió poseída de noble indignación y exclamó señalándoles la puerta:

—¡Salid!

Los malandrines palidecieron, y ninguno encontró una palabra para contestar; pero algunos de ellos llevaron la mano temblorosa al puño de la espada mientras sus ojos lanzaban rayos de cólera.

Pero se calmaron pensando que aquella casa estaba bajo la protección de Kmita, del cual aquella joven era la prometida. Hubieron, pues, de devorar su cólera, en silencio, mientras Alejandra, altiva, imponente, continuaba con el brazo extendido hacia la puerta mirando a aquellos infames con ojos llameantes.

El primero que recobró su sangre fría fue Kokosinski, el cual dijo:

—¡Ya que de manera tan cortés se nos ha recibido, no nos queda otro deber que retirarnos, inclinándonos profundamente ante tan egregia señora!

Y diciendo estas palabras, se inclinó hasta tocar el suelo con el sombrero que llevaba en la mano. Sus compañeros le imitaron y todos salieron en buen orden de la casa.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras el último, Olenka experimentó una sensación dolorosa y se echó en una silla respirando con dificultad, pues había tenido que hacer alarde de una fuerza moral y de un valor que en realidad no poseía.

En cuanto a los amigos de Kmita, celebraron una especie de consejo junto a la casa, sujetando a los caballos por la brida.

El primero que tomó la palabra fue Kokosinski, quien dijo:

—Y bien, ¿qué os parece, amigos míos?

—Si no fuera porque es la novia de Kmita —contestó Ranitski—, pronto habríamos ajustado cuentas con esa señorita.

—¡Como que te ibas a atrever con Kmita! —exclamó Rekuts con una especie de rugido.

—Con Kmita y con todos vosotros, ahora mismo si queréis.

Los dos hombres tiraron de las espadas e iban a acometerse, cuando el gigantesco Hippocentaurus se lanzó entre ambos exclamando:

—¿Veis estos puños? ¡Pues juro a Dios que destrozaré la cabeza al primero que dé un paso!

—Tiene razón Hippocentaurus —dijo Kokosinski—. Hay que andar con cuidado y procurar ver en seguida a Kmita, porque si esa señorita lo azuza contra nosotros, nos retira su protección, y los habitantes de este país nos darán caza como si fuésemos lobos.

—¡Bah! —dijo Ranitski—; ya se guardarán de tocarnos. Dame la mano, Rekuts, yo te perdono.

—¡Ea! —repuso Hippocentaurus—. Aquí hace un frío de mil diablos, y no sé por qué estamos parados ante esta casa. ¿Vámonos?

—¿Adónde?

—¡A Upita!

—Sí, vamos a ver a Kmita.

—Nos quejaremos a él.

—Si lo encontramos.

—¡A caballo!

—¡A caballo!

La rabia que se había apoderado de todos se desfogó haciendo galopar a los caballos desenfrenadamente.

Upita estaba muy lejos y se vieron obligados a contener el paso de sus cabalgaduras al atravesar la aldea de Volmontoviki.

Las calles del pueblo estaban llenas como todos los domingos. Los amigos de Kmita, poniendo sus caballos al trote, atravesaron por entre la muchedumbre, demostrando, en sus rostros cejijuntos y foscos, la rabia de que estaban poseídos.

Los Butrym volvían de Mitruny, después de haber hecho su peregrinación, y miraban con asombro aquellos viajeros que tenían un aspecto entre marcial y canallesco. Las jóvenes, que sabían los actos vituperables a que se habían entregado en Lyubich, les miraban con curiosidad y terror a un tiempo.

Al cabo de media hora, los oficiales de Andrés llegaron a una posada llamada «Dola», a mitad del camino entre Volmontoviki y Mitruny.

Aquella era la posada donde habitualmente los Butrym se detenían también al volver de la iglesia; así es que delante de la puerta había gran número de trineos y de caballos.

—Detengámonos aquí —dijo Kokosinski— para entrar en calor con unos tragos de *goraika* <sup>(1)</sup>.

—¡Hace un frío terrible!

Desmontaron, ataron los caballos a unas anillas, y entraron en una habitación donde ya había muchas personas.

Varias de ellas, sentadas en unos bancos de madera, bebían grandes tragos de cerveza, o de una especie de ponche compuesto de hidromel, aguardiente y especias.

Eran los Butrym gente fuerte, valerosa y grave, y tan parcos de palabras que apenas se oían aquí o allá algunas exclamaciones. Todos llevaban abrigos de paño gris tejido en Rosssyeni, forrados de piel de oveja, y cinturones de cuero, de los cuales pendían los sables con vaina de hierro. Aquella uniformidad de trajes podría hacer creer que eran soldados, idea que en seguida desechaba el observador, al advertir que todos eran o viejos que pasaban de setenta años o jóvenes que no llegaban a los veinte.

Apenas vieron a los famosos jinetes de Orsha, se arrinconaron y empezaron a examinarles. Les gustó su marcial aspecto y, al cabo de pocos instantes, uno de los Butrym preguntó;

—¿Vienen de Lyubich?

—Sí, somos soldados de Pan Kmita.

Sentáronse todos alrededor de una mesa, y Kokosinski ordenó que trajeran un ponche. Cuando éste empezó a infundir en las venas de los caballeros un grato calorcillo, la alegría renació entre ellos.

De repente Zend empezó a imitar el graznido del cuervo, imitándolo tan bien que todos se volvieron hacia él.

Reían los caballeros, y los nobles, alentados por aquella alegría, se fueron acercando poco a poco, especialmente los jóvenes.

Zend continuaba graznando y cerraba los ojos. De súbito se oyó el quejido de la última agonía que se repetía siempre más débil y lastimoso, y que terminó con un supremo grito desesperado, al cual sucedió un largo silencio, el silencio de la muerte.

Los Butrym escuchaban atónitos. Aun cuando Zend había acabado su canto, no se movieron de sus sitios, esperando que empezaría otro. Pero en vez del canto que esperaban oyeron la voz estridente de Rekuts, que exclamaba:

—¡Mirad cuántas mujeres cerca del fuego!

—Es verdad —dijo Kokosinski.

---

<sup>1</sup>( ) Aguardiente.

—¡Voto a sanes! No las había visto. Está esto tan oscuro que no se ve nada — replicó Uhlik.

—¿Qué hacen?

—No sé, quizá han venido para bailar.

—Voy a preguntárselo —exclamó Kokosinski—. ¡Eh, muchachas! ¿Qué estáis haciendo?

—Nos calentamos los pies.

Los caballeros se levantaron, acercándose al fuego.

Sobre un largo banco se hallaban sentadas unas diez mujeres, entre viejas y jóvenes, que apoyaban sus desnudos pies sobre un tronco atravesado en la chimenea, cerca del fuego, entretanto que secaban sus zapatos.

—¿Os calentáis los pies?

—Sí.

—¡Vaya unos piececitos! —exclamó Rekuts.

—¡No os acerquéis tanto!

—Me gusta estar cerca de vosotras; conozco un medio mejor de calentarse los pies.

—¿Cuál?

—Bailar.

—Bailemos, pues —añadió Uhlik—. Ya que no hay violines, ni contrabajo, tocaré mi flauta.

Y uniendo la acción a la palabra sacó de una bolsita de cuero que llevaba colgada junto al sable, una flauta que se puso a tocar.

Los compañeros de Kmita trataron de hacer bailar a las mujeres, y éstas quizá hubieran accedido a sus pretensiones, a no ser porque la mala reputación de los oficiales las puso en guardia contra sus empresas. El gigantesco Yuzva Butrym, aquel a quien faltaba un pie, se levantó, y acercándose a Hippocentaurus le dijo con áspero acento:

—¡Si queréis bailar, hacedlo conmigo!

Hippocentaurus dilató los ojos como un gato salvaje, y empezó a retorcerse convulsivamente el bigote.

—Prefiero bailar con una muchacha; después bailaré con vos, si lo queréis.

Ranitski, viendo que iba a comenzar una pendencia, se acercó preguntando:

—¿Qué queréis, villano?

Uhlik dejó de tocar la flauta y Kokosinski gritó:

—¡Aquí, camaradas, aquí todos!

Los Butrym, por su parte, se agruparon alrededor de Yuzva, gruñendo como mastines.

—¿Qué queréis vosotros? ¿Tenéis acaso necesidad de una paliza? —preguntó uno de los caballeros en tono de amenaza.

—¡Callad! ¡Fuera de aquí! —gritó Yuzva imprudentemente.

Ranitski, que estaba impaciente por empezar la lucha, hirió a Yuzva con el puño de su sable en el pecho, y gritó:

—¡Sus! ¡A ellos!

Las hojas desenvainadas centellearon. Las mujeres comenzaron a chillar y el tumulto fue espantoso. El gigantesco Yuzva cogió un banco, y levantándolo como si fuera un fusil, empezó a gritar con voz estentórea:

—¡Fuera de aquí!

Una nube de polvo que se levantaba del pavimento envolvía a los que luchaban, y bien pronto la pelea se generalizó y oyéronse ayes y lamentos.

## VI

A la noche de aquel mismo día Pan Kmita llegó a Vodokty a la cabeza de un centenar de hombres que conducía desde Upita para enviarlos a Kyedani, viendo que no era posible alojar tanta gente en un país tan reducido.

Bastaba ver a aquellos hombres para convencerse de que era difícil hallarlos de peor catadura en toda la República. Pero Kmita no pudo encontrarlos mejores. Después de la derrota del capitán general, el enemigo había invadido toda la región. Los restos de las tropas regulares de la Lituania se habían retirado a Birji y a Kyedani para reorganizarse.

Los nobles de Smolensko, Vitiex, Polotsk, Mstislavsk y Minsk, siguieron al ejército o se refugiaron en la provincia, que aun no estaba ocupada. Los hombres de mayores bríos se dirigieron a Grodno para ponerse a las órdenes del tesorero Pan Goyevski, pues el real edicto que ordenaba movilizar las tropas señalaba aquella ciudad como centro de las operaciones.

Desgraciadamente, pocos se conformaron con estas órdenes, y estos pocos que escucharon la voz del deber, lo hicieron sin entusiasmo, excepto Pan Kmita, el cual combatía por cuenta propia, animado más bien de su caballeresco valor que de verdadero patriotismo. Así, tomó cuantos hombres pudo sin reparar en su procedencia, pues si no les guiaba a la pelea el sentimiento del deber, la férrea mano de Kmita los transformaba en terribles soldados. Si Pan Kmita hubiese reunido la prudencia a su valor, hubiera podido rendir grandes servicios a la República. Pero también él era un verdadero subordinado. Hacía continuas correrías y tenía predilección por la gente desvalida y pronta a todo. Bien pronto su nombre consiguió siniestra fama, y el enemigo no se arriesgaba fácilmente a encontrarse con la gente de Pan Kmita.

Los habitantes de los pueblos temían a los suyos tanto como al enemigo, especialmente si éste no estaba a la vista de su capitán. Cuando tomaban el mando algunos de sus oficiales Kokosinski, Uhlik, Kulviets, Zend, y especialmente Ranitski, el más salvaje y cruel de todos, decíase por doquier: «¿Son nuestros defensores o nuestros piratas?»

A veces Kmita los castigaba con severidad porque no se sometían a sus caprichos; pero a veces también se ponía de parte de ellos en contra del mundo entero.

Cuando estos hombres se pararon delante de la casa de Vodokty, Alejandra, que los veía desde la ventana, quedó helada de espanto; tal era el aspecto que tenían de ladrones y asesinos.

Olenka se retiraba de la ventana cuando entró Pan Andrés, alegre y satisfecho como de costumbre, y acercándose a ella estrechó sus manos con expresivo ademán.

La joven, que estaba resuelta a recibirle con digna frialdad, se vio incapaz de ocultarle la alegría que le causaba su llegada. «¡Cómo le amo!», pensaba entre sí, y para obtener que se alejara de sus indignos compañeros, comprendía que debía mostrarse seria y agraviada.

—Sentía tales ansias por veros, que me daban ganas de pegar fuego a Upita y de volver en seguida al lado vuestro —dijo Kmita.

—Estaba inquieta pensando que podían haberos herido. ¡Gracias a Dios que os veo sano y salvo!

—¡Qué batalla! Los soldados habían empezado a matar gente...

—¿Y vos los contuvisteis?

—Dejad que respire un momento, alma mía, y os contaré lo que ha ocurrido. Os aseguro que estoy rendido. ¡Qué dulce calor hace aquí dentro! De buena gana nunca me movería de este sitio mirando vuestros hermosos ojos y contemplando vuestro rostro

encantador. Si pudiera ser, os agradecería que hicierais traerme algo caliente, porque os aseguro que ahí fuera hace un frío espantoso.

—Ahora mismo os traerán vino caliente con yemas de huevo batidas, y os haré compañía.

—Os agradecería también que hicierais dar a mis soldados un barrilito de *goraika*, permitiéndoles al mismo tiempo que se repararan en el establo, pues deben de estar ateridos.

—No se quejarán de mí vuestros soldados.

Diciendo estas palabras, Alejandra salió; y Kmita, esperando que volviera, se puso a pasear por la sala, pensando cómo se las arreglaría para decir a la joven lo que había ocurrido en Upita.

—No tengo más remedio que decirle la pura verdad —murmuró en voz baja, impaciente porque Olenka tardaba en volver.

Entró un muchacho con una luz y se retiró en silencio. Pocos momentos después volvía la hermosa joven trayendo en una mano un vaso y en la otra una bandeja con un gran tazón de plata, del que se escapaba un rico aroma de vino hirviendo.

Apenas la vio Andrés, cuando se lanzó a su encuentro.

—Como tenéis las manos ocupadas —exclamó—, no os escaparéis.

Y al decir esto empezó a besarla apasionadamente.

—¡Apartaos, traidor! Si no, os tiro encima el vino y os quemo.

El joven despreció la amenaza y continuó besándola.

Por fin se sentó y ella le llenó el vaso de vino caliente.

—Decidme ahora cómo castigasteis a los culpables de Upita.

—Hice una especie de juicio de Salomón.

—Me alegro —dijo la joven—; no podéis imaginaros cuánto deseo que todos os aprecien en este país.

Kmita bebió un gran trago y dijo:

—Es preciso que os explique el origen de los hechos. Los ciudadanos y el alcalde se negaban a abastecernos de vituallas sin orden expresa del capitán general. «Vosotros, señores —dijeron a los soldados—, sois voluntarios y, de consiguiente, no tenéis derecho a imponer contribuciones. No os concedemos cuartel, y, en cuanto a víveres, os daremos todos los que queráis, siempre que los paguéis de antemano.»

—¿Tenían ellos razón para hablar así?

—Realmente, hablaban de conformidad con la ley; pero si ellos tenían la razón de su parte, los soldados llevaban sus espadas al cinto y ya se sabe que no hay mejor argumento que una buena estocada. «Os tenemos que acribillar a cuchilladas», respondían los soldados, y al punto comenzó la trifulca. El alcalde y los labriegos se parapetaron tras las barricadas que levantaron en un santiamén. Luego, para asustar a los campesinos, los soldados pusieron fuego a algunas casas, y por fin se consiguió aquietar a aquellos...

—¿De modo que lo lograron?

—El que recibe un sablazo en la cabeza, queda quieto para siempre.

—¡Dios mío! ¡Eso es un asesinato!

—Entonces es cuando yo llegué. Los soldados vinieron hacia mí quejándose y diciendo que les perseguían sin motivo. Inmediatamente hice avisar al alcalde, quien me dijo que los soldados se habían extralimitado, pues ellos les habrían dado todo lo que necesitaban si lo hubieran pedido con buenos modales, y añadieron que yo tendría que responder de lo que mis soldados habían hecho.

—¡Bendito seáis si les disteis la debida satisfacción! —exclamó Olenka.

Kmita no sabía cómo explicar lo que ocurrió después. Por fin tomó una resolución, y dijo precipitadamente:



—¡Reina mía! No os encolericéis contra mí.

—¿Qué hicisteis, pues?

—Ordené que dieran cien palos al alcalde y a cada uno de los concejales.

Olenka no contestó, pero inclinó la cabeza, y se escapó un raudal de lágrimas de sus ojos.

—¡Tomad mi cabeza! —gritó Kmita—, pero no me guardéis rencor. Aún no os lo he dicho todo.

—¿Qué más hay? —gimió la joven.

—Que después aparecieron un centenar de milicianos con sus oficiales en socorro de los campesinos, y que yo dispersé a los hombres, pero ordené que los oficiales fueran arrestados, azotados y después se les echara desnudos sobre la nieve.

Olenka levantó la cabeza; sus severos ojos relampagueaban, y sus mejillas se tiñeron de carmín.

—¡No tenéis ni pudor ni conciencia! —exclamó.

Kmita la miró atónito, calló un instante, y luego preguntó con voz cambiada.

—¿Habláis seriamente o pretendéis amedrentarme?

—Hablo seriamente. Tal conducta es la de un bandido, pero no la de un caballero. Repito que vuestra reputación me es muy cara, y que, por lo tanto, es vergonzoso para mí que todos os señalen con el dedo como si fuerais un hombre peligroso.

—¿Qué me importa a mí la gente? ¡Todos son unos miserables!

—No, son pobres, pero su nombre no está manchado. La justicia no les herirá a ellos sino a vos.

—¡En nombre de Dios, no me amenacéis, porque no me conocéis aún!

—Mi pobre abuelo era el que no os conocía.

Los ojos de Kmita lanzaron relámpagos de ira, pero la sangre de Billevich empezaba a arder en las venas de la muchacha.

—Gesticulad cuanto queráis, rechinad los dientes, si os place; no tengo miedo aunque estoy sola y vos tenéis una banda de asesinos. Mi inocencia me defiende. ¿Creéis, acaso, que no sé que destrozasteis a tiros los retratos de mis antepasados y arrastrasteis a las muchachas a la sala para abusar de ellas? Vergüenza da hasta recordarlo. Mi abuelo quería que me casara con un hombre honrado y he de exigir de vos esa honradez.

Kmita pareció comprender la razón que asistía a la joven e inclinó la cabeza avergonzado.

—¿Quién os ha dicho eso?

—Todos los nobles del distrito; no se habla de otra cosa.

—Yo castigaré a esos traidores —contestó Kmita con voz ronca—. Si algo malo se hizo en Lyubich, fue por el vino, pues os juró que, de otro modo, no hubiera acaecido. En cuanto a las muchachas, no intervine para nada.

—Ya sé que esos compañeros vuestros son unos bandidos, unos asesinos.

—No digáis eso, son mis oficiales.

—Y les he arrojado de mi casa.

Al decir esto, Olenka miró fijamente a su interlocutor para observar el efecto que producían sus palabras; pero, con gran sorpresa, notó en el rostro de Kmita cierta expresión de alegría.

—¿Les echasteis de aquí? —exclamó éste.

—Sí.

—¿Y no se volvieron contra vos?

—No.

—¡Como hay Dios, que tenéis el valor de un hombre! Pero no sabéis qué gente es ésa. A más de uno le ha costado caro conocerla. ¿Sabéis por qué os obedecieron? Porque tenían miedo de mí.

Kmita miró orgullosamente a Olenka retorciéndose el bigote.

Aquello acabó de irritar a la joven, que dijo:

—Es forzoso que escojáis entre ellos y yo.

—¡Yo dejaros! —exclamó Kmita con indecible estupor.

—Sin duda. Si no me dejáis, os dejaré yo. No me casaré nunca con un hombre manchado con sangre inocente y que tantas lágrimas ha hecho derramar, con un hombre a quien todos señalan con el dedo llamándole proscripto, ladrón, traidor.

—¡Traidor! No me hagáis enloquecer si no queréis que haga algo propio de un loco. Máteme un rayo en este instante si soy traidor. ¡Yo, que fui el único que resistió cuando los demás capitulaban!

—¡Sí! Pero para asolar vuestro país, para cubrirlo de ruinas; sois un sicario que no respeta las leyes de Dios ni la de los hombres. Aunque mi corazón se destroce, no me casaré con vos hasta que hayáis cambiado de conducta.

—No me rechacéis, porque, de lo contrario, os robaré, aunque se opusieran Radzivil, el rey en persona y todos los diablos del infierno.

—¡No invoquéis al espíritu maligno!

—¿Qué queréis de mí?

—Que seáis honrado.

Siguió un largo silencio. Las últimas palabras de Olenka habían traspasado la coraza que defendía la conciencia del joven.

Se sentía vencido, no sabía qué responder ni cómo defenderse. Empezó a pasearse por la estancia, mientras Olenka permanecía inmóvil. Sentíanse ambos excitados, y el silencio hacía insoportable.

—¡Adiós! —dijo, de repente, Kmita.

—¡Id, y quiera Dios tocaros el corazón! —repuso ella.

—Iré. Amargo fue el pan y amarga la bebida que me disteis.

—¿Y creéis, acaso, haberme tratado a mí con dulzura? —contestó con voz temblorosa.

—¡Adiós!

—¡Adiós!

Al llegar cerca de la puerta, Kmita se volvió de repente y, lanzándose hacia ella, le cogió ambas manos exclamando!

—¡Por las llagas de Cristo! ¿Queréis que me suicide?

La joven prorrumpió en llanto.

—No lloréis, Olenka —exclamó el joven estrechándola entre sus brazos— ¿De qué soy culpable para con vos? Haré cuanto queráis. Arrojaré a esos hombres, iré a constituirme preso en Upita, quiero ser bueno, porque os amo. ¡Haré cuanto queráis, pero no lloréis y amadme aún!

—Idos de momento —contestó Olenka—. Dios quizá haga que pueda olvidar vuestros actos. No estoy encolerizada, pero mi corazón sufre mucho.

La luna apuntaba en el cielo cuando Andrés partía de Vodokty para Lyubich, seguido de sus soldados. El sargento Soroka se acercó a su jefe.

—Coronel —dijo—, ¿dónde nos alojaremos en Lyubich?

—Déjame en paz.

Y continuó andando sin hablar a nadie. Era la primera vez en su vida que pasaba cuentas con su conciencia y aquellas cuentas le resultaban muy amargas.

Había llegado a aquel país con mala reputación, y, ¿qué había hecho para mejorarla? El primer día había permitido ya los excesos de Lyubich, y los desórdenes continuaron los días siguientes. Había asaltado la guarnición de Ponyevyej, y hecho azotar a los oficiales y dejarlos tendidos sobre la nieve. Por estos hechos sería condenado a la pérdida de sus bienes, de sus honores y quizá de su vida. Mas, ¿por qué no había de continuar

burlándose de las leyes como antes? ¿Por qué había de casarse y establecerse en Vodokty, donde podría sentir todo el peso de la justicia? Por otra parte, aunque sus delitos quedaran impunes, había en ellos algo de abyecto e indigno de un caballero. Al separarse de Olenka leyó en sus ojos el perdón y parecía tan buena y pura como los ángeles del cielo.

—¡Virgen Santa! —pensó— y haré cuanto ordene Olenka; remuneraré generosamente a mis camaradas y les enviaré muy lejos, ya que efectivamente son ellos los que me arrastran a cometer tantos excesos.

Entonces pensó que al entrar en Lyubich los encontraría probablemente embriagados, y aquel pensamiento le produjo tal ira, que sintió deseos de matar a alguno a sablazos.

—¡No me han visto nunca como hoy me verán!

Y como acometido de un acceso de locura, comenzó a castigar con sus espuelas al caballo con tal furia que el animal se encabritó.

Viendo lo que hacía Andrés, el sargento Soroka pensó:

—El coronel está loco. Dios nos libre de caer en sus manos.

Andrés parecía verdaderamente enloquecido. Reinaba gran calma en la campiña, pero en el corazón del guerrero estallaba una tempestad. Nunca le había parecido tan largo el camino de Lyubich.

Un presentimiento extraño empezó a agitarle al atravesar la triste y profunda obscuridad de la selva. Por fin pudo dominar su emoción y, volviéndose a los soldados, mandó:

—¡Adelante!

Y espoleando a su caballo partió como una flecha, seguido de sus soldados. Por fin, al doblar un recodo del camino, aparecieron los tejados de Lyubich y entonces moderó la marcha.

La gran puerta estaba abierta, y Kmita quedó pasmado de que nadie saliera a su encuentro.

Esperaba encontrar las ventanas iluminadas y oír un gran estruendo, pero todo permanecía oscuro y silencioso, exceptuando dos ventanas del comedor donde brillaba una luz incierta. El sargento Soroka saltó del caballo y aguantó el estribo de su coronel.

—¡Id a dormir —dijo Kmita—. Los que encuentren sitio en el departamento de los criados quédense aquí; los que no, vayan al establo. Llevad los caballos a la cuadra y dadles buenos piensos.

La puerta de entrada estaba abierta y la antecámara solitaria.

—¡Eh! ¿No hay nadie por aquí? —gritó Kmita.

Nadie contestó.

—¡Hola! ¡Eh! —gritó con voz más fuerte.

Igual silencio.

—¡Están borrachos perdidos! —murmuró Andrés.

Y aquello le dio tal rabia que rechinó los dientes. Entró en el comedor. Sobre una gran mesa ardía una lámpara llena de grasa, cuya llama rojiza iluminaba tristemente. El viento agitaba la llama de tal modo, que Andrés estuvo unos instantes si ver nada. Solamente cuando cesó el temblor de la luz vio una hilera de cuerpos tendidos en el suelo.

—Están borrachos y duermen como lirones —pensó Andrés.

Se acercó al hombre que tenía más cerca y reconoció en él a Uhlik. Comenzó a moverle con el pie.

—¡Levántate, borracho! ¡Levántate! —gritó.

Pero Uhlik permaneció inmóvil y no dio señales de vida.

Kmita advirtió que todos yacían en igual posición y un terrible pensamiento invadió su alma. Entonces se lanzó a la mesa, tomó la lámpara, y miró trémulo las caras de aquellos hombres.

Se le erizaron los cabellos al ver la horrenda escena. Uhlik estaba muerto, con una horrible herida en la garganta; a su lado yacía Zend con los dientes apretados y los ojos desmesuradamente abiertos, en los cuales la vidriosa inmovilidad delataba el terror que había precedido a la muerte. Ranitski tenía los ojos cerrados, y la cara cubierta de manchas violáceas. Kokosinski, que era el oficial más querido de Kmita y que gozaba de la intimidad de éste, parecía dormir plácidamente; pero también estaba degollado. El atlético Hippocentaurus tenía el pecho acribillado de heridas. Únicamente Rekuts daba señales de vida. Parecía a Kmita que sus párpados temblaban ligeramente al ver la luz.

—¡Rekuts! ¡Rekuts! ¡Soy yo! —dijo.

El moribundo abrió los ojos un momento, reconoció a su amigo y murmuró:

—¡Andrés! ¡Tráeme un sacerdote!

—¿Quién os ha matado?— gritó Kmita fuera de sí.

—¡Los Butrym! —contestó Rekuts en voz baja; luego, pusiéronse rígidos sus miembros y expiró, quedando con los ojos abiertos.

Kmita dejó la lámpara sobre la mesa, se desplomó en una silla y se pasó muchas veces la mano por el rostro como aquel que, despertándose, no sabe aún si estaba dormido o despierto. Los cabellos se le habían erizado, y de repente empezó a gritar con voz tan terrible que temblaron los cristales de las ventanas.

—¡Venid, venid! ¡Cuanto estéis vivos, venid!

Los soldados, al oír aquellos gritos, acudieron y se precipitaron al comedor.

Kmita les señaló los cuerpos exánimes de sus compañeros, repitiendo con voz ronca:

—¡Asesinados! ¡Asesinados!

Los otros soldados acudieron también y resonaron gritos de rabia y de venganza. Kmita, que por un instante había quedado como aplastado, estremeciése y gritó:

—¡A caballo!

Media hora después, un centenar de hombres galopaban por el ancho camino. Pan Andrés iba delante como un loco, con la cabeza descubierta y el sable desenvainado, lanzando de cuando en cuando gritos salvajes.

La luna resplandecía en la límpida bóveda del cielo, cuando de improviso su luz quedó ofuscada por el Resplandor de un incendio. Oleadas de fuego envolvieron la aldea de los Butrym, y los salvajes soldados de Kmita, entre el fuego y el humo, mataban a los habitantes del pueblo. Los habitantes de los lugares circunvecinos, despertando sobresaltados, se precipitaron fuera de las casas.

Los Smoky, los Zoyevski, los Stakyan, los Gashtovt y los Domasjevich, agrupados en el camino, miraban el incendio diciendo:

—Un destacamento enemigo debe haber incendiado la aldea de los Butrym.

—¡Vamos a socorrerles! —gritaron los más valerosos—; no dejemos morir así a nuestros hermanos.

Todos montaron a caballo, y en Krakin y en Upita las campanas de las iglesias tocaban a rebato...

En Vodokty Alejandra se despertó sobresaltada al oír una voz que gritaba a la puerta de su cuarto:

—¡Olenka, levántate! —llamaba la señora Kulviets.

—¡Entrad! ¿Qué sucede?

—Han incendiado Volmontoviki. Se oyen disparos, se baten... ¡Dios nos proteja!

Olenka lanzó un grito de terror, saltó del lecho y comenzó a vestirse. Su cuerpo temblaba como agitado por la fiebre. Había adivinado qué enemigos eran los que asaltaban la aldea de Butrym.

Un instante después, todas las mujeres de la casa se precipitaron en la estancia gritando y sollozando. Olenka se arrodilló ante una imagen, las demás mujeres la imitaron, y todas se pusieron a rezar la letanía. De repente, un golpe violento conmovió la puerta de la antecámara.

Las mujeres se pusieron en pie, diciendo:

—¡No abráis! ¡No abráis!

Los golpes redoblaron. El joven Koitek se precipitó en la estancia con el rostro aterrado, diciendo:

—Un hombre llama a la puerta, ¿debo abrir?

—¿Viene solo?

—¡Solo!

—¡Abre!

El muchacho salió y Alejandra fue al comedor seguida de toda la servidumbre. La joven acababa de dejar la lámpara sobre la mesa, cuando entró Pan Kmita, ensangrentado, anhelante, desorbitado y como un loco.

—¡Mi caballo ha caído en el camino de la selva! —dijo—. ¡Me siguen!

Alejandra le miró fijamente.

—¿Habéis incendiado Volmontoviki?

—Yo... yo...

Hubiera querido añadir más, pero de pronto se oyó un estrépito de voces y un ruido de caballos que se acercaban con indecible rapidez.

—¡Los demonios quieren mi alma! —gritó Kmita delirando.

Alejandra se volvió a las criadas diciendo:

—Si preguntan por él, decidles que no está.

Y volviéndose hacia Kmita añadió:

—¡Escondeos aquí!

Y le indicó un cuartito contiguo donde le metió casi a viva fuerza, cerrando en seguida la puerta tras de sí.

Entretanto, una muchedumbre de hombres armados llenó el patio y en un instante los Butrym, los Zoyevski y los Domasjevich se precipitaron dentro de la casa.

Viendo a la joven se detuvieron.

—¿Qué ha sucedido? ¿Qué queréis? —preguntó ésta permaneciendo impertérrita ante las terribles miradas de los caballeros y el siniestro centelleo de las armas.

—¡Kmita ha incendiado Volmontoviki! —gritaron los nobles a coro—; ha matado hombres, mujeres y niños. ¡Queremos su cabeza y su sangre!

—¡Seguidle! —dijo Alejandra—. ¿Qué hacéis aquí? ¡Seguidle! ¡Seguidle! ¡Aquí no está! La casa estaba cerrada, buscadlo en los establos o en los graneros.

—¡Se ha escondido en el bosque! —gritó uno de los nobles—. Vamos, hermanos, sigámosle.

—¡Señora! —dijo Yuzva Butrym con voz tonante—. ¡No escondáis a ese hombre maldito!

—¡Yo también me uno a vosotros para maldecirle! —exclamó Olenka.

—¡Amén! —contestaron todos.

—¡Amén! —contestaron de nuevo el rumor de las armas y los pasos.

Los nobles montaron a caballo y partieron.

Alejandra escuchó hasta que las voces y el ruido se perdieron en lontananza.

Luego llamó a la puerta del cuarto donde encerrara a Kmita y dijo:

—¡Salid!

Andrés salió con el semblante descompuesto.

—¡Olenka! —exclamó con voz suplicante.

—No quiero oírlos ni verlos. ¡Tomad un caballo y huid! —replicó la joven severamente.

—¡Olenka! —gimió Andrés extendiendo las manos.

—¡Hay sangre en vuestras manos como en las de Caín! —gritó saltando hacia atrás como a la vista de una serpiente—. ¡Idos y no volváis jamás!

## VII

Triste y melancólico apuntaba el nuevo día en Volmontoviki alumbrando un montón de ruinas. Entre aquellas cenizas, todavía ardientes., se veían varios hombres y mujeres buscando los cuerpos de sus deudos y amigos. La nobleza, que era muy numerosa allí, había obtenido una victoria sobre las tropas de Pan Kmita; pero, ¡cuán triste victoria! Además de los Butrym, que sucumbieron casi todos, no había en los alrededores una sola aldea en la cual los supervivientes no llorasen la muerte del esposo, del hijo o del padre.

Ni uno solo de los hombres de Andrés Kmita había conseguido escapar de la muerte. Algunos perdieron la vida en Volmontoviki, otros fueron sorprendidos en los bosques y muertos sin misericordia. El mismo Kmita, obligado a huir, parecía que se lo había tragado la tierra.

Los Butrym que sobrevivieron, marcharon a Vodokty, junto a cuyas murallas acamparon.

La casa estaba llena de mujeres y niños. Los que no pudieron encontrar sitio se dirigieron a Mitruny, que Alejandra puso a la disposición de aquellos cuyas casas habían sido incendiadas.

Había también en Vodokty un centenar de hombres armados, divididos en pelotones, que se relevaban regularmente, temerosos de que Kmita volviera para atender contra Panna Billevich.

Las más distinguidas familias de la provincia enviaron a Vodokty gente armada para poner a cubierto de un golpe de mano la casa de Alejandra.

Esta hablaba con los soldados, con los nobles y con las mujeres; y triste, pálida, apesadumbrada, escuchaba el llanto del pueblo y las imprecaciones que se lanzaban contra Pan Kmita, que le herían como agudos dardos, porque creía ser la causa inmediata de todas aquellas desventuras.

Por ella había ido aquel hombre endemoniado a turbar la quietud de aquella comarca y derramar sangre inocente; por ella había dejado como una estela sangrienta detrás de sus pasos; por ella, por fin, había quebrantado todas las leyes, matado a inocentes campesinos, y destruido a sangre y fuego aldeas enteras, y todos se asombraban de que hubiera podido cometer tantos horrores en tan poco tiempo.

Comprendía que había un abismo entre ella y Pan Kmita en lo sucesivo; pero comprendía también, que aquel hombre, ni enteramente corrompido, ni del todo malvado, era capaz de grandes acciones, de convertirse en un verdadero héroe, de ser un modelo de caballeros y de atraerse, no el desprecio, sino la admiración de los hombres.

A veces pensaba Olenka que era una enfermedad, un poder misterioso el que impulsaba al joven a cometer excesos y violencias, y entonces sentía profunda lástima por el desgraciado y una llama de amor inextinguible brotaba en su corazón, cuyo fuego

alimentaba el recuerdo de su apuesta figura, el armonioso sonido de sus palabras, de sus súplicas y de las vivas expresiones de su amor.

Entretanto en la ciudad se habían formulado tremendas quejas contra Kmita, y el estarosta Pan Hlbovich mandó a sus hombres que le arrestaran.

La ley debía condenarle.

Mas pasó un mes y no se supo nada del joven caudillo. Los más poderosos entre los nobles retiraron de Vodokty las tropas que allí habían enviado, y los otros, los que no tenían tanta importancia, se retiraron también.

Los notables de Lauda querían obtener una sentencia que les permitiera ocupar Lyubich a mano armada, y darla a los Butrym como compensación de las pérdidas que sufrieron; pero Alejandra se opuso enérgicamente.

—No debéis emplear la violencia contra la violencia; si así lo hicierais, vuestra causa sentirá ciertamente sus efectos. Dejad que la inocencia resplandezca de un modo absoluto por vuestra parte. Considerad que es un hombre poderoso, que tiene parientes en la Corte y que si le ofrecierais el menor pretexto de represalias, podría cometer nuevos y peores males. Decid a los Butrym que estoy dispuesta a darles todo lo que necesiten. Y si acaso Kmita reapareciera por aquí dejadle en paz hasta que haya recaído una sentencia contra él. Considerad que mientras él viva tendréis siempre quien os responda de las pérdidas sufridas.

De tal manera habló la sabia y prudente doncella, que todos se adhirieron a sus palabras, no advirtiendo que la dilación que les aconsejaba redundaba en beneficio de Andrés, pues de esa manera podría salvar su vida. Tal era, con efecto, «el deseo de Olenka, y la nobleza consintió, pues desde mucho tiempo antes se había acostumbrado a considerar las palabras de la heredera de los Billevich como las del Evangelio.

Lyubich permaneció intacta, y Pan Andrés había podido volver al pueblo sin ser molestado.

Pero un mes después llegó a Vodokty un hombre de extraño aspecto que entregó una carta a la castellana. Era de Pan Kmita, y decía así:

«¡Querida de mi corazón, tesoro mío, inolvidable Olenka! Natural es que todas las criaturas, y especialmente los hombres, se venguen del daño recibido; cuando un hombre ha sufrido por causa de otro, le devuelve con alegría el daño que le ha causado. Yo he matado a los insolentes nobles. Dios sabe que no lo hice por crueldad, sino porque mataron a mis oficiales despreciando toda ley humana y divina, sin considerar cuán jóvenes eran ni tener en cuenta su noble cuna. Los mataron de modo tan cruel, que ni aun los cosacos ni los tártaros lo hubieran hecho. Entonces no me pude contener, e hice lo que sabéis. No trataré de negar que en aquellos momentos estaba poseído de una rabia infernal; pero, ¿no era muy justa mi ira provocada por la vista de la muerte de mis oficiales, asesinados sin motivo? Entretanto estoy expiando los males que otros hombres han hecho, pues desde que os he perdido no duermo de día ni de noche, estoy desesperado y no puedo olvidar un momento vuestro adorable rostro ni mi amor. Pronuncien los tribunales su sentencia, lancen una infamante condena sobre este desgraciado, lo soportaré todo resignado; pero vos, Olenka, ¡no me rechacéis, no me borréis de vuestro corazón! Haré todo lo que ellos quieran, resarciré todos los daños ocasionados, me someteré a todo lo que se me imponga, con tal que vos me prometáis que me seréis fiel como así lo manda vuestro abuelo desde el otro mundo. Me salvasteis la vida; salvad también mi alma; ayudadme a reparar mis culpas y a mudar de vida. Estoy seguro de que si me abandonáis, Dios me abandonará también, y entonces... entonces la desesperación me obligará a cometer otros actos más terribles.»

¿Quién podría decir lo que sintió el alma de Olenka al leer, aquella carta? El amor pasa rápido como el polen de una planta que arrastra el viento; cuando el amor arraiga en el corazón, como un árbol echa raíces en el seno de la tierra, entonces no se puede arrancar si no se destroza el corazón al mismo tiempo. Alejandra era una de esas mujeres que aman con toda la fuerza de un corazón honrado, pero no podía olvidar nada de lo ocurrido ni perdonar a la primera palabra de arrepentimiento. Indudablemente la contrición de Kmita era sincera, pero se veía que su alma continuaba indómita y salvaje.

¿Cómo podría decir a un hombre que había ensangrentado toda la provincia: «Venid; en cambio de las vidas, de los incendios, de la sangre, de las lágrimas, os daré mi corazón y mi mano»?

He aquí lo que le contestó:

«Os dije que no quería oídos ni veros, y me mantengo en lo dicho, aunque mi corazón deba destrozarse. No solamente habéis perdido vuestra hacienda, sino la reputación. Si aquellos a quienes habéis ofendido os perdonan, os perdonaré yo también. Si os reciben, os recibiré. Pero como esto no ocurrirá nunca, buscad en otra parte vuestra felicidad. Pedid perdón a Dios, antes de pedirselo a los hombres. Éste es el que más necesitáis.»

El aldeano portador de esta carta marchó: los días, las semanas, los meses transcurrieron sin que se tuvieran otras noticias de Kmita. Pero, entretanto, lo que se sabía de los asuntos públicos era cada vez más terrible y los comentarios siempre más pesimistas. Los ejércitos de Moscovia, mandados por Holvanski, habían invadido ya gran parte de la República. Sólo una parte de Vilna, Brest-Litovs, Trostk y el «gobierno» de Imud estaban libres de invasores, pero se esperaba de un momento a otra la desagradable visita del enemigo.

La República había llegado al más deplorable abatimiento, viéndose impotente para oponer una seria resistencia a aquellas fuerzas que hasta entonces había dominado y vencido. Ahora estaban sostenidas por la inextinguible rebelión de Mielniski, que era una verdadera hidra de cien cabezas; pero, a pesar de aquella rebelión y de que las fuerzas del país se habían casi agotado con las precedentes guerras, los lituanos se sentían dispuestos a rechazar victoriosamente todo ataque, así viniera del interior como del exterior. Desgraciadamente, las luchas intestinas paralizaban los esfuerzos de los ciudadanos, que estaban dispuestos a sacrificar por tal causa sus vidas y sus haciendas.

Entretanto, millares de fugitivos, nobles y plebeyos, habían buscado refugio en las comarcas que antes estaban desiertas. Ciudades, pueblos y aldeas se poblaban de hombres reducidos por los azares de la guerra a la miseria y a la desesperación.

El invierno fue en extremo riguroso, y cuando llegó la primavera todavía quedaba nieve, no sólo en la selva sino en los campos. Cuando las provisiones se agotaron, el hambre, hermana de la guerra, dejó sentir su nefasta influencia.

Los más siniestros presagios reinaban en toda la República. Sostenían guerras desastrosas y las terribles desventuras derivaban del nombre del rey.

Decían que las letras I. C. R. impresas en las monedas, no significaban «Iván Casimiro Rey» sino «Initium Calamitatis Regni», Nuevas guerras se aseguraban y no faltaban motivos para ello. Las grandes familias de la República se habían jurado odio mortal unas a las otras, y no podían estar en paz ni sus individuos, ni los súbditos que de ellas dependían.

En Lituania la tremenda lucha entre Juan Radzivil, capitán general, y Goyevski, vicecapitán y vicesorero de Lituania, alcanzó casi las proporciones de una guerra abierta. Apoyaba al último el poderoso Sapihea, a quien la grandeza de los Radzivil, siempre había dado celos, y que acusaba con acritud al capitán general de haber dejado destruir el ejército de Shlov y haber entregado el país a los furores de una invasión enemiga.



Afirmaba, además, que Radzivil aspiraba a proclamarse rey, y que perseguía a los católicos.

Entretanto el enemigo avanzaba, detenido aquí y allá por algún castillo fortificado, mientras en otras partes podía adelantar sin resistencia. Todo aquello era motivo para que los habitantes de la comarca de Lauda estuvieran siempre alerta y sobre las armas. Pablo Sapihea opuso fiera resistencia al enemigo y se cubrió de gloria. Juan Radzivil, famoso guerrero cuyo solo nombre inspiraba terror antes de la derrota de Shlov, alcanzó también algunas victorias; pero, de todos modos, las tropas estaban rendidas y el tesoro exhausto. Ni siquiera se podía contar con la milicia general de las provincias, porque el enemigo las había ocupado en gran parte.

De Ucrania llegaban nuevas de heroicas batallas, lo cual animaba a los abatidos. La fama citaba gloriosamente el nombre de Esteban Charnieski, que corría de boca en boca. Pero la gloria no bastaba para cubrir las bajas de la tropa, y los capitanes de Lituania creyeron deber batirse en retirada sin dejar por ello de pelear entre sí. Finalmente Radzivil llegó a Imud, y en Lauda reinó momentáneamente la paz.

El hombre pasa fácilmente del abatimiento a la alegría, y toda la comarca de Lauda resurgió de pronto como animada a nueva vida.

Alejandra Billevich vivía tranquila en Vodokty. Volodiovski, que residía en Patsuneli, hizo esparcir la voz de que el rey vendría con nuevas tropas en la primavera y de nuevo empezaría la guerra. Los nobles, animados por la momentánea paz, volvieron a las tareas agrícolas. La nieve se había fundido y las plantas crecían pomposas. El cielo pareció sonreír sobre aquella región y los habitantes miraron con menos terror el porvenir.

Entonces un acontecimiento inesperado volvió a turbar la paz. Quedaron de nuevo abandonados los arados, y los sables no tuvieron tiempo de enmohecerse en la vaina.

## VIII

Pan Volodiovski, célebre y experto soldado, aunque joven, habitaba, como hemos dicho, en Patsuneli con el patriarca del pueblo, Pakosk Gastovt, que gozaba fama de ser el más rico de los nobles de Lauda. Había dotado ricamente a tres de sus hijas, casadas con los Butrym, y las otras tres permanecían solteras y eran las que cuidaban de Volodiovski, cuyo brazo, aunque curado, le dolía mucho a cada cambio de tiempo. Toda Lauda se interesaba profundamente por su curación, pues le habían visto combatir en Shlov y en Sepyel y sabían que era difícil encontrar otro guerrero como él en Lituania.

El joven coronel estaban tan bien cuidado allí, que no quería marchar a la ciudad. El anciano Pakosk se consideraba feliz en darle hospitalidad, porque tener de huésped a caudillo de tal renombre acrecía su importancia en Lauda.

Después de la derrota y de la desesperación de Kmita, la nobleza, que sentía la más viva simpatía por Volodiovski, concibió el proyecto de casarle con Panna Alejandra.

—Ya que el traidor es indigno de ella —decían—, es necesario que la señora lo olvide; porque tales son las disposiciones indicadas en el testamento por una cláusula especial. Cásese con Volodiovski. Nosotros, a fuer de tutores suyos, tenemos la obligación

de velar por ella, y así, la doncella tendrá un marido valeroso y nosotros un hermano y un protector.

La proposición se adoptó por unanimidad; la mayoría de los nobles fueron a ver a la «señora» que, sin vacilar un punto, contestóles:

—Mi abuelo tenía derecho a disponer de Lyubich, y su propiedad no puede ser quitada a Pan Kmita hasta que los tribunales hayan pronunciado contra él sentencia de muerte. En cuanto a mi matrimonio, no se hable de él siquiera. He olvidado al elegido de mi abuelo, pero no me traigáis aquí a Pan Volodiovski, porque a pesar de sus méritos no lo he de recibir.

La negativa era tan categórica y resuelta, que los nobles volvieron a sus casas profundamente contrariados. No lo quedaron tanto Volodiovski, y menos aún las tres hijas de Pakosk, Terka, Maryska y Zonia. Eran las tres rubias, sonrosadas, de ojos azules y de opulentas formas. Además, el viejo Pakosk les había dado una educación magnífica. El organista de Mitruny les enseñó a leer, a escribir y a cantar los himnos sacros; la mayor sabía tocar el laúd. Como tenían buen corazón y eran amables, asistieron a Volodiovski, procurando de continuo competir en asiduidad y ternura. La gente murmuraba que Maryska estaba enamorada del joven, pero, a decir verdad, las tres le amaban desesperadamente.

También él las amaba, especialmente a Maryska y a Zonia. Durante las largas veladas de invierno sucedía a menudo que el viejo Pakosk, después de beber su ponche, se acostaba, y las tres doncellas quedaban con Volodiovski junto al fuego. Terka hilaba, la dulce Maryska bordaba, y Zonia cosía. Pero apenas Volodiovski comenzaba a hablar de guerras o de espectáculos que había visto en la Corte, todas interrumpían su trabajo y permanecían absortas escuchándole.

Volodiovski, a medida que se restablecía, estaba más alegre y contaba con mayor gusto sus aventuras. Una noche que estaban sentados como de costumbre junto al fuego, Volodiovski rogó a Terka que le cantara algo acompañándose con el laúd.

—Cantad vos —contestó ella rechazando el instrumento que le ofrecía—. Yo debo trabajar. Sin duda sabréis algunas canciones mucho más bellas que las que yo he aprendido.

Volodiovski tomó el laúd y empezó a cantar una alegre tonadilla soldadesca.

Cuando acabó, ofreció de nuevo el laúd a Terka, que no lo rechazó esta vez y cantó con voz dulcísima una melodía deliciosa.

Volodiovski aplaudió con entusiasmo y aseguró que ni en Varsovia había oído cantar tan divinamente.

—Deberíais vestiros de hombre, y entonces podríais cantar en la catedral de San Juan, donde el rey y la reina tienen su capilla particular.

—¿Para qué debe vestirse de hombre? —preguntó Zonia, la más joven de las tres hermanas, picada de curiosidad al oír hablar de Varsovia, del rey y de la reina.

—Porque en Varsovia las mujeres no cantan en la iglesia, y sí solamente hombres y muchachos. Les he oído cantar más de una vez, y en verdad os digo que lo hacen como serafines del cielo.

—¿Habéis visto muchas veces al rey? —preguntó Zonia.

—Le he hablado como os hablo a vos. Después de la batalla de Berestechko me estrechó la mano. Es un hombre tan afable, que todo el que le ve no puede por menos de quererle.

—Nosotras le queremos sin haberle visto. ¿Lleva siempre la corona en la cabeza?

—Necesitaría una cabeza de hierro. Su Majestad el rey lleva un birrete de terciopelo negro cuajado de diamantes, de tal esplendor, que iluminan todo el castillo.

—Dicen que el castillo del rey es todavía mayor que el de Kyedani.

—El de Kyedani es una choza a su lado. El castillo del rey es inmenso, fabricado de piedras, sin un solo pedazo de madera. Tiene infinidad de salones a cuál más rico. Adornan sus paredes multitud de frescos y cuadros que representan batallas, por ejemplo las de Segismundo III y las de Wladislao. El que tiene la fortuna de ver tan maravillosas pinturas, no se cansa de admirarlas, pareciendo las escenas tan reales, que se cree ver moverse a los soldados y escuchar los gritos del combate. Algunas salas están decoradas todas ellas de oro puro, sedas, brocados y terciopelos bordados de pedrería. Las mesas son de mármoles y alabastros finísimos, y atesora, en fin, tantas maravillas, que no existen palabras para describirlas. También tienen los reyes en el castillo un precioso teatro para su diversión particular.

—¿Qué es un teatro?

—El teatro es el lugar donde se representan comedias y bailes con extraordinaria maestría. Consiste en un gran salón, mayor que una iglesia, rodeado de preciosas columnas. En una parte de él se sientan los espectadores y la otra está destinada a los artistas. Un gran telón que se levanta por ingeniosos mecanismos, lo separa de la concurrencia. En la escena, tan pronto se produce la obscuridad como luce el día, aparecen las nubes o se ven la luna, el sol o las estrellas.

—Nuestro rey debe ser un hombre feliz —observó Terka suspirando.

—Sería feliz si no fuera por las desdichas que la guerra produce en su reino, en castigo de nuestras discordias y pecados. Todo lo que sucede apena el ánimo del rey, pues se le atribuye lo que ocurre y aun se lo reprochan en las Dietas. Infaustos tiempos son éstos, más infaustos que nunca. Nuestro más despreciable enemigo nos desprecia hoy a nosotros, que hace poco sostuvimos una guerra victoriosa contra Turquía. Así castiga Dios la soberbia. Plegue al Cielo que yo pueda manejar pronto libremente mi brazo, pues ya es hora de combatir por mi rey y por mi patria.

—No habléis de iros.

—Es difícil quedarme. La estancia que he hecho aquí me place, pero un soldado anhela el campamento. Se lucha mientras dura la vida, y después de la muerte, Dios, que lee en los corazones, premia a los que combatieron por puro amor a su patria, y castiga a los que lo hicieron por ambición personal.

Las jóvenes se conmovieron y se humedecieron sus ojos.

—Nos abandonáis y nos olvidáis. ¿Quién nos libraré en estos lugares de los probables ataques del enemigo?

—Me voy porque lo exige el deber, pero creed que mi gratitud será eterna. ¿Teméis todavía a Pan Kmita?

—Sí, todavía tememos que vuelva.

—No volverá; y aunque volviese no irán con él los malandrines que le acompañaban. Es muy sensible que un soldado tan valiente como él haya manchado su nombre y haya perdido sus bienes.

—Dicen que Alejandra llora día y noche.

—¿Llora por Kmita?

—¡Quién sabe! —replicó Maryska.

—Tanto peor para ella, porque no volverá. El capitán general ha destacado fuerzas para capturarlo, y Kmita se guardará muy mucho de aparecer por aquí.

—Probablemente, nuestros hombres deberán volver a la guerra —dijo Terka—; han descansado mucho tiempo.

—El capitán general los ha licenciado porque no tiene dinero para sostenerles.

Diciendo esto, Volodiovski se levantó y se dispuso a dejar la sala, pero apenas había dado un paso hacia su cuarto, cuando de repente se oyó un gran rumor en el patio, y una voz asustada dijo:

—¡En nombre de Dios! ¡Abrid! ¡Abrid en seguida!

Las jóvenes se asustaron horriblemente.

Volodiovski se precipitó hacia su cuarto para tomar su sable; pero aun no lo había cogido cuando Terka abrió la puerta y un desconocido entró y, echándose a los pies del caballero, exclamó:

—¡Coronel, han robado a la señora!

—¿Qué señora?

—La de Vodokty.

—¡Kmita! —exclamó Volodiovski.

—¡Kmita! —gritaron las muchachas.

—¡Kmita! —repitió el mensajero.

—¿Quién eres?

—Soy el mayordomo de Vodokty.

—Nosotras le conocemos —dijo Terka.

Apareció entonces el viejo Gashtovt y los dos criados del coronel, al oír aquel ruido.

—¡Ensillad los caballos! —gritó Volodiovski—. Corra uno de vosotros a avisar a los Butrym y otro que me traiga un caballo para mí.

—Ya están avisados.

—¿Cuándo robaron a la señora?

—Hace pocos minutos. Los criados todavía luchan.

El viejo Gashtovt se restregó los ojos.

—¿A quién han raptado? —preguntó.

—Kmita ha robado a Panna Billevich.

—¡Aprisa! ¡Aprisa! ¡Avisad a todos los nobles, decidles que se armen! Kmita ha robado a la señora.

—¡Venid! Montemos a caballo —dijo Volodiovski.

Un momento después montó y partió con sus siervos Ogarek y Sygruta. Al pasar por la aldea llamaban en puertas y ventanas, gritando:

—¡Al arma! ¡Al arma! ¡Han robado a la señora de Vodokty!

Al oír aquellos gritos, la gente se precipitaba fuera de las casas y todos exclamaban:

—¡Pobres de nosotros! ¡Kmita está aquí! ¡La señora ha sido robada!

Por fin llegaron más nobles, todos armados, y se dispusieron a seguir a Volodiovski, el cual envió varios destacamentos en distintas direcciones, y con uno de ellos se adelantó hacia Volmontoviki para unirse a los Butrym.

Eran las diez de la noche, y aunque no había salido todavía la luna, se veía bastante bien. Los nobles no cesaban de maldecir a Kmita, que había disturbado su sueño. Así llegaron a Volmontoviki, donde toparon con otra banda de hombres armados que iban a su encuentro.

—¡Quién vive! —gritaron algunas voces.

—¡Los Gashtovt!

—¡Somos los Butrym! Los Domasjevich han llegado ya.

—¿Sabéis algo de la «señora»?

—Kmita la ha llevado a Lyubich.

—¿A Lyubich? —preguntó Volodiovski asombrado—. ¿Cómo se defenderá? ¡Lyubich no es ninguna fortaleza!

Kmita corría efectivamente un grave peligro en su audaz empresa, porque no sabía que la mayoría de las fuerzas de los nobles habían vuelto de la guerra, y que, por lo tanto, estaban más pobladas que antes, villas y aldeas.

Mientras Volodiovski adelantaba, otros nobles se unieron a él. El caudillo comprendió que la mayoría de aquella gente eran soldados acostumbrados a la disciplina, de lo que se alegró, pensando que dentro de poco quizá le tocaría conducirles a muy remotos países.

Todos galopaban hacia Lyubich. Había sonado ya media noche. La luna apareció en el firmamento y con sus rayos argentados iluminó el bosque, el camino y los grupos de los guerreros. Los nobles hablaban, entretanto del extraño acontecimiento que había interrumpido su sueño.

—Hace algún tiempo —dijo uno de los Domasjevich—, nosotros pensamos que fueran desertores, y eran espías.

—Sin duda alguna. Cada día aparecían nuevos menestrales pidiendo limosna.

—¿Qué soldados tiene Kmita?

—Se dice que son cosacos.

—¿Cómo ha podido traer los cosacos de tan lejos?

—¡Dios lo sabe!

—Pan Kmita se defenderá rabiosamente —observó uno de los Gasthoyevich—, porque es un hombre valeroso y resuelto; pero nuestro coronel es también muy valiente.

—Los Butrym han hecho voto de que, aunque deban morir todos, no le dejarán salir vivo de Lyubich.

En aquel instante Volodiovski, que caminaba delante, se volvió, y dijo:

—¡Silencio, señores!

Callaron los nobles porque Lyubich estaba a la vista. Todas las ventanas estaban iluminadas y la luz llegaba hasta el patio que estaba lleno de soldados y caballos. No se veía un centinela, ni se notaba precaución alguna. Era evidente que Kmita tenía demasiada confianza en sus propias fuerzas.

Acercándose más, Pan Volodiovski reconoció pronto a los cosacos, contra los cuales había combatido tanto a las órdenes de Jeremías.

«Sí, son cosacos; el malandrín ha rebasado ya todo límite», pensó.

Entonces se volvió y mandó hacer alto. En el patio reinaba gran agitación; algunos cosacos sostenían antorchas, y otros corrían de un lado a otro, entrando, saliendo de la casa, y transportando muebles y objetos de toda especie, que cargaban en carros.

Cristóbal, el más viejo de los Domasjevich, se acercó a Volodiovski, y le dijo:

—Se conoce que quieren llevarse todo lo que hay en la casa.

—No se llevarán nada, ni siquiera su propia piel —contestó Volodiovski—. En verdad que no comprendo cómo Kmita, que es un soldado experto, no ha puesto centinelas. ¿Es éste el único camino que conduce a la casa?

—Es el único, porque, por la otra parte, la casa está rodeada de pantanos.

—¡Tanto mejor, desmontad!

Los nobles obedecieron. La retaguardia se desplegó formando un círculo alrededor de la casa. Volodiovski se adelantó directamente hacia la puerta.

—¡Atención! —dijo en voz baja—; esperad la orden y no hagáis fuego a destiempo.

Los nobles estaban a poca distancia de la puerta, cuando les vieron los que se hallaban en el patio. Unos cuantos hombres se lanzaron hacia fuera y gritaron con tono amenazador:

—¿Quién vive?

En el mismo instante, Volodiovski ordenó:

—¡Fuego!

La descarga fue general; y aun no se había disipado el humo, cuando Volodiovski gritó de nuevo:

—¡Al asalto!

Al oír tal orden, los hombres de Lauda se precipitaron hacia adelante como un torrente desbordado.

Los cosacos contestaron, pero no tuvieron tiempo de volver a cargar sus armas. Una terrible lucha se empeñó en el patio. Los Butrym, que eran temibles en los combates cuerpo a cuerpo y que odiaban a muerte a Kmita, iban delante y se lanzaron sobre los

enemigos, derribándolos y matándolos sin misericordia. Detrás de los Butrym seguían los Domasjevich y los Gostsyevich. Los cosacos de Kmita se defendían con valor, disparaban desde todas las Ventanas y desde el tejado, pero sólo de tiempo en tiempo, porque las luces se apagaban y no se distinguían amigos de enemigos. Al poco tiempo empezaron a oírse voces que pedían perdón. Los nobles habían triunfado; pero cuando estuvieron solos en el patio, una verdadera lluvia de balas cayó sobre ellos. La mayor parte de los cosacos se habían refugiado en la casa y tiraban desde las ventanas.

—¡Derribad la puerta! —gritó Volodiovski.

Pero esto no era empresa fácil, porque ésta estaba construida de planchas de roble macizo con grandes clavos, contra los cuales se rompían las hachas sin abrir brecha. Además había sido reforzada por dentro con puntales de hierro.

Después de una hora de varios esfuerzos, los hombres que manejaban las hachas se relevaron.

Cuando empezaron a saltar astillas y a abrirse boquetes, aparecieron en ella cañones de fusil y de trabuco. Sonaron algunos disparos; dos de los Butrym cayeron con el pecho destrozado. De repente se oyó ruido de nuevos combatientes que llegaban. Eran los Stakyan, que venían en socorro de sus hermanos seguidos de los campesinos de Vodokty, que iban armados hasta los dientes. La llegada de estos refuerzos contuvo a los sitiadores y de pronto oyóse una voz que gritaba:

—¡Alto! ¡Escuchad, con mil diablos! ¡Hablemos!

Volodiovski dio orden de suspender el asalto y luego preguntó :

—¿Quién habla?

—El portaespada de Orsha, Kmita. ¿Y con quién hablo yo?

—Con el coronel Miguel Volodiovski.

—¡Me inclino ante vos!

—¡No es ocasión de cumplidos! ¿Qué queréis?

—Me parece que soy yo quien debería preguntar. Ni yo os conozco ni me conocéis; ¿por qué me atacáis?

—¡Traidor! —exclamó Volodiovski—. Aquí estoy con la gente de Lauda que viene a pedirnos cuentas de la sangre que derramasteis y de la doncella que habéis robado. ¿Sabéis lo que quiere decir un *raptus puellae*? Ahora pagaréis con vuestra vida.

Reinó un instante de silencio.

—¡Si no hubiera esta puerta de por medio, no me llamaríais traidor por segunda vez! —contestó Kmita.

—Podéis abrirla. ¿Por qué no lo hacéis? ¿Quién os lo impide?

—¡Antes que la abra, más de un hombre de Lauda morderá el polvo! ¡No me cogereis vivo!

—Entonces os cogemos muerto. Os aseguro que me es igual.

—Oídmeme, ¡Si no me dejáis tranquilo, os juro que vuelo la casa con todos los que estamos dentro! Adelante, pues; venid a cogermos si os atrevéis.

El silencio duró mucho rato esta vez. En vano Volodiovski buscaba una respuesta. Los nobles se miraban unos a otros con temor.

Las palabras de Kmita resonaron con tal energía, que la horrible amenaza fue tomada en serio. El asalto podía costar la vida a Panna Alejandra.

—¡Con mil diablos! —dijo unos de los Butrym—; este hombre está loco, y es capaz de hacer lo que dice.

—Queda otro recurso —gritó de repente Volodiovski—. ¡Batios conmigo, traidor! Si me vencéis podréis iros en paz.

—¡Dadme vuestra palabra de caballero y me bato con vos!

—Es imposible —gritaron a coro los Butrym.

¡Callad, voto a bríos! —aulló Volodiovski—. ¿Queréis que os haga volar a todos?

Los Butrym callaron. Un momento después dijo uno de ellos:

—Sea como queráis.

—¿Qué es lo que decidimos? —preguntó Kmita en tono burlón—, ¿Consentís, o no?

—Sí —contestó Volodiovski—, os doy mi palabra, y estos nobles jurarán sobre su espada.

Y levantando la voz añadió ante un silencio sepulcral:

—Todos me son testigos de que he desafiado a Pan Kmita, portaespada de Orsha, a singular combate, y que he jurado que si me vence podrá marcharse libremente. ¡Juradlo todos vosotros en nombre de Dios y de la Santa Cruz!

—Entendámonos —dijo Kmita—; saldré libremente con mis hombres y con la señora.

—No —contestó Volodiovski—; «la señora» permanecerá aquí, y los hombres quedarán prisioneros de los nobles.

—No puede ser.

—¡Pues haced saltar la casa!

Siguióse el silencio.

—¡Pues bien, sea! Si no la tengo hoy, la tendré de aquí a un mes. Supongo que no podréis esconderla bajo tierra. ¡Jurad!

—¡Jurad! —repitió Volodiovski dirigiéndose a los nobles.

—¡Lo juramos! —contestaron éstos.

Volodiovski y los nobles retrocedieron y se abrió la puerta.

Andrés se adelantó imponente, alto y erguido como un árbol.

El alba apuntaba y el primer rayo del día alumbró aquel rostro noble, altivo y juvenil. Se detuvo en el umbral, y fijando atrevidamente la mirada en el grupo de nobles, dijo:

—He puesto mi confianza en vosotros; si he hecho bien, Dios lo sabe; ¿quién de vosotros es Pan Volodiovski?

El coronel adelantó unos pasos y dijo:

—¡Soy yo!

—¡Voto a sanes! No sois un gigante —exclamó Kmita—. Creía ver una figura más imponente, aunque debo confesar que me parecéis un soldado muy experto.

—No puedo decir lo mismo de vos, pues os habéis descuidado de poner centinelas —replicó Volodiovski—. Si no valéis más peleando que mandando, poco me costará venceros.

—¿Dónde nos batiremos?

—Aquí. El patio es liso como una tabla.

—Acepto. Preparaos a morir.

—¿Estáis seguro de ello?

—¡Se conoce que no habéis estado nunca en Orsha! No solamente estoy seguro sino que lo siento, porque me han dicho que sois un valeroso soldado. Por última vez os digo que me dejéis marchar. ¿Por qué me atacáis? La muchacha me pertenece por testamento de su abuelo. Es verdad que maté a los nobles de Volmontoviki, pero, ¿quién fue el primero en matar? No es ahora la ocasión de discutir si mis oficiales eran o no hombres violentos; no hacían daño a nadie y fueron asesinados bárbaramente desde el primero al último. Yo puedo jurar por las llagas de Cristo, que vine sin mala intención.

—¿Y habéis traído sin mala intención esos cosacos? —preguntó Volodiovski.

—No los traje para causar daño a mi país, sino para defender mis particulares intereses.

—Basta de charla inútil. Poneos en guardia, si no, creeré que sois un cobarde.

—¡El cobarde seréis vos! —replicó Kmita poniéndose en guardia.

Los nobles formaron círculo en torno de los dos combatientes.

Cruzáronse los aceros. Volodiovski, con la mano izquierda en la cadera, parecía únicamente defenderse, haciendo ligerísimos movimientos con la muñeca. A veces

adelantaba un paso y luego retrocedía; parecía que quisiera formar concepto del valor de Kmita. Andrés se acaloraba; Volodiovski, por el contrario, como un maestro que trata de probar a su discípulo, cada vez parecía más tranquilo y más frío.

De súbito describió un semicírculo con su sable, y el de su adversario, volando por encima de la cabeza de Volodiovski, fue a caer detrás de él.

—Esto se llama «hacer saltar una espada».

Kmita quedó pálido como un muerto, y no menos pasmado que los nobles de Lauda.

El coronel apartóse un poco, y le dijo casi sonriendo:

—Tomad vuestra espada.

Durante un momento pareció que Kmita quisiese lanzarse sobre él, pero Volodiovski, adivinando su intención, apoyó el puño de su sable en el pecho, presentándole la punta. Kmita tomó su sable y cayó sobre su adversario.

Todos los presentes admiraban aquel combate encarnizado, y reconocían en el coronel un espadachín temible.

Volodiovski continuaba divirtiéndose cruelmente, como un gato con un ratón, y parecía defenderse de cualquier modo. Kmita, por el contrario, respiraba con dificultad y echaba espumarajos por la boca. Después exclamó con voz ronca:

—¡Acabemos! ¡Ahorradme, al menos, esta vergüenza!

—¡Sea! —respondió Volodiovski, y en el mismo instante se percibió una especie de silbido, después de un grito sofocado. Kmita abrió los brazos, soltó el arma y cayó al suelo.

Resonó un grito unánime de asombro y algunas voces gritaron :

—¡Acabad con el traidor!

Muchos de los Butrym acudieron con los sables desenvainados, pero en aquel instante hubiérase dicho que Volodiovski se agigantaba a los ojos de los presentes. El sable de aquel de los Butrym que estaba más cerca al coronel saltábale de la mano, a tiempo que Volodiovski gritaba con ojos relampagueantes:

—¡Atrás! ¡Atrás! Ahora es mío y no vuestro. ¡Atrás!

Todos callaron temiendo su cólera.

Después añadió:

—No quiero verdugos. Sois nobles y debéis conocer las reglas caballerescas que prohíben maltratar a un herido. Esto no lo hacen ni los enemigos.

—¡Es un traidor! —murmuró uno de los Butrym.

—Si es un traidor, lo entregaremos al capitán general y sufrirá el justo castigo. Pero repito que ahora me pertenece. Cuando se cure tendrá que presentarse ante los tribunales, y os será más fácil obtener satisfacción de un hombre vivo que de un hombre muerto. ¿Hay alguno que sepa curar heridos?

—Cristián Domasjevich. Ha curado a muchos en Lauda.

—Pues bien, que cuide a éste; yo, entretanto, iré a confortar a la desventurada Panna Alejandra.

Diciendo esto, Volodiovski envainó la espada y los nobles se apoderaron de los hombres de Kmita, que no opusieron resistencia. Algunos, empero, lograron huir por las ventanas cercanas que daban a la parte posterior de la casa. Enterraron luego a los muertos de uno y otro bando, y esperaron a que bajara Volodiovski.

Para hallar a Alejandra, Volodiovski atravesó toda la casa y por fin hallóla en la habitación llamada del tesoro, a la que se entraba por una puertecilla situada en un ángulo de la alcoba. Era un aposento muy reducido, con ventanas sólidamente enrejadas.

La joven estaba sentada sobre una caja, triste y abatida. No levantó los ojos siquiera al oír los pasos del caballero. Sin duda creyó que era Kmita o alguno de los suyos.

Volodiovski se detuvo en el umbral, tosió un par de veces y luego dijo:

—Señora, sois libre.

Entonces ella pareció sobresaltarse y fijó sus ojos azules en el caballero.



Éste repitió:

—Señora: Dios ha protegido la inocencia. Estáis libre. Podéis volver a Vodokty.

Esta vez un rayo de inteligencia brilló en los ojos de Panna Billevich, que se levantó y preguntó:

—¿Quién sois?

—Soy Miguel Volodiovski, coronel de dragones, agregado al vaivoda de Vilna.

—El ruido que oí, ¿fue rumor de lucha?

—Sí, señora; hemos acudido para salvaros.

—Os doy cumplidas gracias —dijo en voz baja la joven.

Quedó pensativa un momento y luego añadió:

—¿Qué es de él?

—¿Habláis de Kmita? No temáis, señora. Yace inanimado en el patio, gracias a mí; lo digo sin orgullo.

Volodiovski pronunció estas palabras con acento altivo, pero si esperaba alguna respuesta se engañó. La joven no contestó; vaciló como si fuera a desmayarse y cayó sentada donde estaba cuando entró el joven coronel.

El caballero corrió hacia ella.

—¿Qué tenéis, señora?

—Nada, nada —contestó con voz ronca; y luego añadió—: ¿Kmita ha muerto?

—¿Qué le importa Pan Kmita? Ahora se trata de vos.

Al oír aquello, Alejandra recuperó las fuerzas, se levantó y, fijando sus ojos en los del caballero, gritó con cólera, impaciencia y desesperación:

—¡Respondedme, en nombre de Dios! ¿Pan Kmita ha muerto?

—No, está herido —contestó Volodiovski sorprendido.

—¿Vive?

—Vive.

—Gracias.

Y con paso vacilante fue hacia la puerta.

Volodiovski miró estupefacto y murmuró para sí:

—No sé si me da las gracias porque herí a Pan Kmita, o porque vive.

Siguió a Olenka, que había ido al cuarto del herido. Andrés parecía muerto.

Inmediatamente, Alejandra, tan pálida como el mismo Kmita, se inclinó sobre él.

—¿Sois vos, Panna Billevich? —le preguntó Cristián.

—Sí. Os lo recomiendo —contestó con un hilo de voz.

Volodiovski miraba y escuchaba algo colérico.

Entretanto Cristián lavó la herida, sobre la que extendió después un ungüento que siempre llevaba consigo.

—Ahora —dijo cuando hubo terminado— hay que dejarlo tranquilo.

Y volviéndose hacia Alejandra, añadió:

—Sois valiente, pues no os causa horror la sangre y me habéis ayudado a curar al herido.

Alejandra no contestó, pero aumentó su palidez y su rostro cambió de expresión.

—Nada tenéis que hacer aquí, señora —le dijo entonces el coronel—; habéis cumplido un acto de caridad cristiana con un enemigo; abandonad ahora esta habitación.

Y, al decir esto le ofreció el brazo. Pero ella, sin mirarle, se dirigió a Cristián, diciéndole:

—Acompañadme.

Salieron juntos, y Volodiovski les siguió.

La gente que estaba reunida en el patio, al ver a su señora prorrumpió en aclamaciones. Pero ella pasó vacilante, pálida, con los ojos llorosos.

Media hora después, Volodiovski, poniéndose a la cabeza de las tropas, volvió hacia la aldea.

Los hombres de Lauda discurrían acerca de los acontecimientos de la noche.

Alababan todos el valor y la destreza de Volodiovski.

Pero éste cabalgaba delante de todos pensativo y cabizbajo.

He aquí lo que pensaba:

—Esta muchacha es un prodigio de hermosura que no se puede contemplar sin quedar encantado; yo le he salvado el honor y quizá la vida, pues aunque la pólvora no hubiese hecho saltar el cuarto del tesoro, ella habría muerto de espanto. ¡Parece que debiera agradecerme! ¿Quién es capaz de comprender los misterios del corazón de una mujer? Hace poco me miraba como si fuese un mísero esclavo. ¿Era altivez? ¿Era perplejidad?

## IX

Atormentado por sus pensamientos, no pudo Volodiovski conciliar el sueño en toda la noche. Durante muchos días pensó aún en Panna Alejandra, que le había causado profundísima impresión. Por otra parte, los nobles de Lauda no habían abandonado su proyecto de matrimonio. La doncella, es verdad que había rehusado al coronel; pero entonces no le conocía. Ahora era distinto. La había arrancado caballerosamente de manos de un hombre violento, y, por decirlo así, la había conquistado como se conquista una fortaleza. ¿A quién debía pertenecer sino a él? ¿No podía suceder que un principio de amor se hubiese insinuado en aquel corazón por la puerta que abriera la gratitud?

Entonces cruzó por su mente el recuerdo de las muchas mujeres por las cuales había suspirado. Muchas de ellas eran bellísimas y nobles, pero ninguna podía compararse con Alejandra.

—¿Por qué vacilar? —añadió mentalmente—. ¿Puedo encontrar, acaso, otra mejor? ¡Vamos! Lo probaré.

Pero una dificultad se presentaba; la guerra se acercaba; tenía el brazo perfectamente curado, y era una vergüenza pensar en tales cosas mientras la patria estaba en peligro.

Había servido siempre a su país por amor, jamás por ambición o por interés. Y por lo mismo, se creía más que nunca obligado a servir a la República.

La cuestión presentaba, además, un lado escabroso. ¿Qué impresión produciría en el ánimo de la joven al verle llegar como un acreedor importuno que se presenta a cobrar inmediatamente el favor que ha dispensado?

Después de haber hecho estas y otras consideraciones, Pan Volodiovski envió al diablo estos escrúpulos y, decidiéndose súbitamente, pensó:

—Iré.

Pero una nueva duda asaltó su mente.

—Y si dijese: «Ve a la guerra, noble soldado, y después de la guerra hablaremos, porque yo no puedo conceder mi alma y mi corazón a un hombre que no conozco...» En tal

caso, adiós bodas, porque Volodiovski no es capaz de garantizar su propia constancia, sabiendo por experiencia que se enamora uno con gran facilidad.

Después de tanto reflexionar, resultó que se quedó tan perplejo como antes y sin saber qué partido tomar. Maquinalmente salió para tomar el sol, y, al llegar a la puerta, se encontró con uno de los cosacos de Kmita que salía también en busca de calor y tocaba un instrumento llamado «bandura».

—¿Qué haces aquí? —le preguntó Volodiovski, contento de encontrar alguien que le hiciera olvidar sus preocupaciones.

—Ya lo veis, me distraigo...

—¿De dónde eres?

—De Vialha.

—¿Por qué no huiste como otros de tus camaradas?

—Prefiero morir aquí como un perro.

—¿Por qué?

—Porque me han herido en la pierna y la hija del amo me ha curado. No he visto nunca otra mujer más bella, y tanto me importa morir aquí como en otra parte.

—¿Cuál es la que tanto te gusta?

—Maryska.

—¿De modo que quieres permanecer aquí?

—Si muero, me llevarán; pero, si vivo, quiero permanecer a su lado.

—¿Crees que podrás casarte con la hija de Pakosk?

—No lo sé.

—Primero te mataría que darte a su hija.

—Tengo dos bolsas de oro ocultas en los bosques —dijo el cosaco.

—Aunque poseyeras un saco entero, siempre serás un aldeano y Pakosk es un noble.

—Yo soy un boyardo.

—Eres un traidor.

—No he servido al enemigo.

—¿Dónde os encontró Pan Kmita a ti y a tus hermanos?

—En el camino. Yo serví a las órdenes del vicecapitán general, pero mi escuadrón fue destrozado. Como, por otra parte, sabía que mi casa había sido quemada, no tenía ningún interés en volver a mi país.

Volodiovski quedó maravillado.

—¿De modo que estás enamorado de Maryska?

—¡Oh! ¡Ya lo creo!

Pan Miguel salió, y mientras andaba pensó:

—He aquí un hombre resuelto; a éste no le torturan dudas ni vacilaciones. Es posible que el viejo Pakosk le conceda la mano de su hija. ¿Y por qué? Porque se atreve a pedir, y sabe querer. Pues bien, seguiré su ejemplo.

Pensando así continuó andando, diciéndose:

—Voy; es preciso que vaya.

Volvió a casa y a la puerta encontró a dos criados que jugaban a la taba.

—Ensillad mi caballo —les dijo— y vestíos decentemente.

Luego, yendo a su habitación, se puso sus botas amarillas con espuelas doradas, y un uniforme rojo nuevo. Calóse una gorra de piel de lince, y al bajar de su cuarto encontró al viejo Pakosk que le preguntó a dónde iba.

—Voy a preguntar a la señora de Vodokty cómo está, porque de lo contrario me creería mal educado.

—Estáis arrogante —dijo el viejo—, y a menos que no tenga ojos, de fijo se enamora de vos.

Cuando llegó a Vodokty, Panna Alejandra no le reconoció en seguida y tuvo que repetir su nombre. Ella le saludó cordialmente, pero con alguna reserva. Miguel se inclinó respetuosamente, y poniendo una mano sobre el corazón le dijo:

—He venido ¡oh señora mía! para saber cómo estáis y preguntaros si aún os dura el susto de la otra noche.

—Gracias mil por haberos acordado de mí —dijo la honesta doncella—. De gran peligro me salvasteis; sed bien venido y tomad asiento.

—Señora —contestó Volodiovski—, si os hubiera olvidado no merecería la gracia que me concedió el Cielo, permitiéndome prestaros el auxilio de mi brazo.

La joven calló, al propio tiempo que un ligero rubor coloreaba sus mejillas, y bajaba sus hermosos ojos.

Volodiovski pensó que aquella confusión era de buen agüero.

Y añadió:

—Supongo que sabréis que he mandado los hombres de Lauda después que vuestro abuelo.

—Lo sé —contestó Olenka—. Díjome mi abuelo antes de morir que el vaivoda de Vilna os había concedido el mando porque erais un soldado experto y valeroso.

—¿Eso os dijo?

—Podéis creerlo. Además, he oído alabaros por cuantos me han hablado de vos, especialmente por los hombres de Lauda, y después de las últimas guerras.

—Soy un simple soldado indigno de tales alabanzas. Sin embargo, celebro no ser un extraño para vos.

—Vuestro nombre es muy conocido —repuso Olenka—. En Lituania hay diversas familias que llevan vuestro blasón.

—Aunque lleven mi nombre no son parientes míos. Yo desciendo de un caballero llamado Atila Korchak, el cual, viéndose perseguido por el enemigo, hizo voto a la Santísima Virgen de abjurar del paganismo si escapaba con vida. Y cumplió su voto, después de atravesar felizmente tres ríos, que son los que figuran en nuestro escudo.

—¿De modo que vuestra familia no es de este país?

—No, señora; soy originario de la Ukrania, desciendo de los Volodiovski de Rusia, y antes tenía allí muchas aldeas que ahora están en poder del enemigo. Me he batido a las órdenes del gran Jeremías y al lado de Kretuski en Zbaraj, en Berestechko, en Mahnouka y en Konstantynov, y he merecido el honor de que nuestro serenísimo rey me estrechase la diestra. Dios me es testigo de que no he venido aquí para citar mis campañas, pero quiero que sepáis ¡oh señora! que mi vida entera ha transcurrido en una honrada actividad, y que mi conciencia no se ha manchado con una acción indigna.

—¡Ojalá todos fueran como vos!,— dijo Olenka suspirando.

—Me figuro ¡oh señora! que pensáis en aquel malandrín que osó levantar la mano sacrílega contra vos.

Panna Alejandra miró al suelo y no contestó.

—Ya ha recibido su merecido —continuó Volodiovski—. Aunque cure de sus heridas, no escapará al castigo de que se ha hecho merecedor. Todas las gentes honradas le condenan, aun cuando no sea un traidor, pues sé que los cosacos que capitaneaba los encontró en el camino y no fue a buscarlos al campo enemigo.

—¿Cómo sabéis eso?

—Me lo ha dicho un cosaco. Es un hombre singular ese Kmita. Cuando le acusé de traidor antes de nuestro duelo, no contestó, aunque mi acusación era injusta; lo que demuestra que es orgulloso y altivo.

—¿Y habéis dicho a los demás que no es un traidor?

—Ahora que lo sé no dejaré de hacerlo. Sería una vileza dejar en pie tal calumnia, aunque ese hombre sea mi enemigo.

Olenka miró a Volodiovski con expresión de simpatía y gratitud.

El corazón de Miguel palpitó de alegría, y dirigiéndose a la joven, habló así:

—No puedo aprobar el procedimiento de Kmita, pero comprendo casi que os robara: le impulsó a ello la desesperación, y otra vez volverá a hacerlo si la ocasión se le presenta. No podéis permanecer aquí sola sin nadie que os proteja. Hay otros hombres, además de Kmita, en el mundo; por lo tanto, estaréis expuesta a otros peligros. Dios me ha concedido por una vez el inmenso favor de seros útil; pero si yo me alejo, ¿quién os defenderá? Hermosa señora, se acusa a los soldados de inconstancia, pero injustamente. Mi corazón, que es fiel, no puede permanecer indiferente a tan deslumbradora belleza.

Al decir esto, Volodiovski cayó a los pies de Olenka y prosiguió con énfasis:

—Noble y bella dama, he heredado de vuestro abuelo el mando; permitid que herede la nieta; concededme la honra de ser vuestro protector durante toda la vida, y así, cuando vaya a la guerra, mi nombre será vuestro escudo.

La joven se puso en pie con un gran asombro retratado en el rostro.

—Soy un pobre soldado, pero noble y hombre de honor. Os juro que ni sobre mi conciencia ni sobre mi escudo hay la más leve mancha. Quizá os parezca demasiado atrevido en este instante, pero pensad que la patria me llama y quizá deba partir pronto. ¿No tendréis piedad de mí?

—¡Pedís una cosa imposible! —contestó Olenka.

—Depende sólo de vuestra voluntad.

—Precisamente, por eso repito que es imposible.

Volodiovski se puso en pie.

—¿Tal es vuestra última palabra? —preguntó.

—¡Última e irrevocable!

—¿No me daréis alguna esperanza?

—¡No puedo! ¡No puedo!

El caballero no insistió; aquella negativa le había ofendido profundamente.

—Me desdeñáis —dijo—; sed feliz, aunque sea con Kmita, que quizá os hará más dichosa que yo.

Olenka se oprimió la cabeza entre las manos y repitió muchas veces:

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

Aquel ímpetu de dolor no impresionó a Volodiovski, que después de saludar fríamente a la doncella, se alejó, montó de un salto sobre su caballo y partió diciendo en alta voz:

—¡No pondré más los pies en esta casa!

De repente, cuando ya galopaba por el camino, exclamó:

—Ahora lo comprendo; no hay duda que ama a ese hombre. Es cierto que Pan Kmita es un gran soldado, pero, ¿cómo ha podido fascinarla de ese modo?

Su criado, que fue a su encuentro, le hizo olvidar sus preocupaciones, diciéndole:

—Me parece que esos dos hombres que vienen a nuestro encuentro deben traer algún recado para vos.

—¿Por qué lo dices?

—Porque creo reconocer el caballo de Pan Karlamp.

Éste mandaba uno de los escuadrones de caballería ligera en Lituania y era gran amigo de Volodiovski.

—Vengo para darte un encargo y entregarte una suma de dinero —dijo Karlamp, después de saludar a Miguel.

—¿De parte de quién?

—Del príncipe vaivoda de Vilna. Te encarga que comiences la leva. Además, tengo un encargo para Pan Kmita, que debe andar por ahí.

—¿También para Pan Kmita? ¿Cómo hacer dos levadas en el mismo distrito?

—Lo ignoro.

—¿De manera que sabías dónde podrías encontrarme?

—Sí. El príncipe se ha informado previamente. Está encantado de ti, y dice que ha heredado del príncipe Jeremías el más esforzado caballero.

—¡Ojalá herede también los triunfos de aquel gran príncipe! Estoy dispuesto a cuanto me mande el capitán general. Aquí hay muchos hombres, pero faltan armas y víveres. ¿Has traído mucho dinero?

—Ya lo contarás en Patsuneli.

—¿Has estado allí?

—He aquí la carta del vaivoda para ti —contestó Karlamp, desentendiéndose de la pregunta de su amigo.

Volodiovski la abrió y leyó:

«Valeroso coronel Volodiovski:

»Conociendo vuestro sincero deseo de ser útil a la patria, os ordeno hacer una leva, pero no de esas que se acostumbran, sino con todo cuidado, porque *periculum est in mora*.

»Deseo que el nuevo escuadrón pueda entrar en campaña a fines de julio. No sé si podréis encontrar buenos caballos con el poco dinero que os mando; pero no he logrado reunir más. Daréis la mitad de esa suma a Pan Kmita, para quien Pan Karlamp tiene un encargo. Sabemos que ha cometido algunos excesos en Upita; en caso de que éstos fueran demasiado graves e infamantes, dejo a vuestra discreción que entreguéis o no el dinero y la autorización para hacer la leva. En caso contrario, entregad la carta a Pan Kmita, dejando así que aproveche la ocasión que se le ofrece para prestar un gran servicio a su patria, entendiéndose que ya no deberá comparecer ante ningún tribunal, porque solamente depende de nuestra jurisdicción.

»Fío en vuestra prudencia y severidad,

Juan Radzivil.»

»Príncipe de Birji y Dubinki, vaivoda de Vilna.»

Cuando Volodiovski acabó la lectura, dijo:

—Me mostraré digno de la confianza que el príncipe pone en mí. Dame la carta que tienes para Pan Kmita; yo se la entregaré. Llegas a tiempo.

—¿Por qué dices eso?

—Porque vive en esta misma aldea y porque yo me he batido con él aún no hace ocho días.

—¿Está herido?

—Sí, pero ya mejora. ¿Qué noticias traes?

—Malas de todo punto. El vicecapitán general se muestra contrario al príncipe.

—Algunos acusan a éste.

—Son los que le quieren mal. ¿Estás tú, con los Sapihea, contra los Radzivil?

—Yo no tengo partido; yo sirvo a mi país.

—¿Y qué dicen por aquí de la guerra?

—La mayoría de la gente la teme, pero no por eso dejarán de seguirnos al combate.

¿Y qué se sabe de los suecos?

—Que están a punto de declarar la guerra a Polonia. Los tártaros les ayudan, en Ukrania, apoyados por los turcos, y creo que los suecos no respetarán los seis años de tregua que deben guardar según los tratados.

—Siempre fueron traidores.

—¿Quieres llevar tú mismo la carta a Pan Kmita?

—Sí.

—Me alegra la decisión, porque traigo mucha prisa —contestó Karlamp—. Tengo que ver a Pan Stankyeovich, luego he de llegarme hasta Kyedani para transportar cañones, y después volver a Birji para ver si todo está preparado para la defensa.

—Me extraña todo eso.

—¿Por qué?

—Porque el enemigo está aún lejos de Birji, en los confines de Curlandia.

—Yo también estoy asombrado —contestó Karlamp—; pero, de todos modos, debo informar de cuanto ocurra al príncipe Bogislao Radzivil, quien, según lo que ocurriere, enviaría al ingeniero Pertson.

—No sé, en verdad, lo que significa todo esto. Juraría que el capitán general cuida más del prestigio de su propia casa que del de la República, y que es capaz de todo para conseguirlo, aun cuando tenga que llamar en su auxilio a franceses, suecos e ingleses.

—Eres un gran hombre de Estado, Miguel —replicó Karlamp—. Debieras casarte para que tanta sabiduría no acabe contigo.

Volodiovski le miró fijamente para ver si hablaba en serio, y le contestó:

—Precisamente ahora acaban de darme calabazas.

—¿A ti?

—A mí, sí. Doy gracias a Dios porque me envía esta distracción, pues creo que me hubiese muerto de pena.

La perspectiva de todos aquellos acontecimientos futuros contribuyó no poco a despertar el buen humor de Volodiovski, el cual, una hora después, cuando llegó a Patsuneli, maldito si se acordaba de la negativa de Olenka.

La noticia de la leva se esparció rápidamente por todas las aldeas circunvecinas, y los principales nobles del país fueron a conferenciar con Volodiovski. Empezaron a entusiasmarse, mostrando gran actividad, y prometíanse una segura victoria. Los Butrym callaban, pero su silencio no causaba extrañeza, porque se sabía por propia experiencia que tal era su costumbre y que cuándo llegara el momento oportuno todos se moverían como un solo hombre.

Nadie hablaba ya de Pan Kmita ni de Alejandra, sino de la futura campaña.

Volodiovski mismo olvidóse del todo de la doncella y de su negativa y pensó seriamente si entregaría o no la carta del capitán general a Pan Kmita.

## X

Volodiovski trabajaba sin cesar desde hacía unos días.

La semana siguiente a los días en que se desarrollaron las escenas narradas en el capítulo anterior, el coronel trasladó su cuartel general a Upita, donde empezó la leva. Tal era la reputación de que gozaba en toda la comarca, que los nobles acudieron en gran número a ponerse a sus órdenes, y especialmente todos los hombres útiles de Lauda. Cuando llegó el momento oportuno, fue a visitar a Pan Kmita, quien estaba ya casi curado. Andrés reconoció al punto a su visitante, y viendo en sus labios una alegre sonrisa, le alargó la mano diciendo:

—Os doy gracias por vuestra visita. Vuestra cortesía es digna de un perfecto caballero.

—He venido para preguntaros si me guardáis rencor.

—¡De ninguna manera! —contestó Kmita—. Comprendo que el que me ha vencido no es un vulgar guerrero, sino un esgrimidor famoso.

—¿Cómo estáis ahora?

—Casi curado, aunque parece mentira que no haya muerto. Dentro de unos días podremos empezar de nuevo, si gustáis.

—No he venido con tal intención.

—O sois el diablo en persona o un hechicero. Dios sabe que no trato de alabarme, pero creed que tenía fama de ser un tirador insuperable. ¿Quién os enseñó a manejar tan bien el sable?

—Mi padre fue mi maestro desde la infancia, y me perfeccioné estando a las órdenes del vaivoda de Russ. Pocos eran los que, ya de joven, se atrevían a medirse conmigo.

—Esperad —replicó Kmita—. Si no me equivoco, he oído hablar de vos al vaivoda de Vilna. ¿Os llamáis Miguel?

—Precisamente.

—¿Sois, pues, aquel Volodiovski de quien se dice que casi partió a Bogum de un sablazo?

—Yo soy.

—Pues bien, no siento vergüenza de haber sido vencido por un hombre como vos. Ojalá fuéramos amigos. Pero me habéis llamado traidor, y no lo soy.

—Confieso mi error. De lo contrario, no hubiera venido aquí.

—Las malas lenguas me han calumniado y continúan aún calumniándome —dijo Andrés con amargura—. Confieso que no he obrado correctamente, pero aquí se me recibió de mala manera.

—Lo que más os perjudica es el incendio de Volmontoviki y el rapto de Panna Billevich.

—Es verdad que quemé el pueblo y maté mucha gente, pero bien sabe Dios que estaba ciego de ira. Aquella misma noche había hecho voto de vivir en paz con todos esos nobles y de dar una satisfacción a los de Upita, a quienes traté como un verdadero tirano. Pero volví a casa y encontré a todos mis compañeros, a los que me habían seguido en la guerra y compartido glorias y fatigas, bárbaramente asesinados. Cuando supe que eran los Butrym los asesinos, juré vengarme de un modo terrible y cumplí mi palabra.

—Realmente —contestó Volodiovski— fueron muy crueles con vuestros camaradas, pero éstos, según se dice, habían obrado antes de una manera muy censurable.

Al oír aquellas palabras se estremeció Kmita, y después de un instante de silencio contestó:

—En cuanto al rapto, debéis saber que ella me había salvado la vida cuando me perseguían, y que después me ordenó que desapareciera de su presencia. ¿Qué otro recurso me quedaba?

—Obrasteis como un tártaro.

—No sabéis lo que es el amor.

—¿Que no sé lo que es el amor? —exclamó Volodiovski—. Desde que llevo sable he estado siempre enamorado, pero nunca fui correspondido. Por eso, sin duda, es por lo que he amado a muchas mujeres.

—No comprendo cómo el amor cambia tan fácilmente de objeto —replicó Kmita.

—No siendo correspondido, ha de cambiar por fuerza, Pero vos, portándoos como lo hicisteis, habéis dado argumentos en contra vuestra a vuestros enemigos, y, además de estar próximo a perder la vida, habéis corrido el riesgo de perder para siempre a la mujer amada.



—Por qué decís eso? —preguntó Kmita sentándose en la cama— ¿Qué le ha ocurrido?

—Nada, que un hombre quería casarse con ella a toda costa.

—¿Quién es ese hijo de Satanás?... ¡Decídmelo! —gritó Kmita, y en un ímpetu de rabia trató de levantarse.

—¡Yo! —contestó Volodiovski.

—¡Vos! ¡Vos! ¿Es posible?

—Sí, yo.

—¡Traidor! ¡Esa acción es digna de vos! ¿Y ha acogido vuestras pretensiones?

—Ha rehusado sin vacilar un instante.

Después de esta declaración, callaron ambos. Kmita respiraba fatigosamente mirando a Volodiovski, quien repitió:

—¿Por qué me llamáis traidor? ¿Soy acaso vuestro hermano o vuestro mejor amigo? ¿He faltado a algún juramento?

—De todos modos, uno de los dos está de más en el mundo. Si con la espada no he podido mataros, lo conseguiré con mi pistola.

—Ni con la pistola ni con la espada —repuso Volodiovski—, porque no he de volver a batirme con vos. ¿Sabéis por qué se negó a mi demanda?

—¿Por qué?

—Porque os ama.

—¿Cómo sabéis eso?

—Porque tengo ojos y veo, porque tengo un cerebro y observo. Cuando, después del duelo, fui a decirle que estaba libre porque os había herido, en lugar de demostrarme gratitud, me volvió la espalda y no se cuidó más de mí, sino que sólo pensó en vos. Finalmente, la acogida que me dispensó cuando la fui a visitar, fue para mí una revelación.

—Todo eso es verdad —dijo Kmita con voz débil—. No podáis encontrar mejor bálsamo para mi herida.

—Pero es un traidor el que vierte ese bálsamo.

—¡Perdonadme! Me hacéis el hombre más feliz del mundo. Después de lo que ha ocurrido no podía esperar que me desease.

—Os he dicho que os ama, pero no que os desee.

—Si no me desea me romperé la cabeza contra la pared.

—Si queréis haceros perdonar, se os presenta una ocasión oportuna. Dentro de poco estallará la guerra. Podéis prestar importantes servicios a nuestro país; podéis conquistar muchos laureles con vuestro valor, haciendo así olvidar vuestras malas acciones. Pecasteis cometiendo violencias; absteneos ahora de ellas, y portaos como conviene a un caballero noble y leal. Éste es el medio mejor y más seguro para lograr lo que deseáis sin necesidad de que os rompáis la cabeza.

Kmita escuchaba atentamente a Volodiovski. Por fin dijo:

—Habláis como mi mejor amigo.

—No soy amigo ni enemigo vuestro; lo que hago es en favor de la patria, porque sé que sois un soldado valeroso.

—¿Podré seguir acaso vuestros consejos? ¿No sabéis que deberé comparecer ante un tribunal que de fijo me condenará?

—He aquí el remedio —contestó Volodiovski, sacando la carta dirigida a Andrés.

—¡Una carta para mí! —dijo el enfermo—. ¿Quién me la envía?

—El capitán general.

Volodiovski leyó la carta de Radzivil, y luego dijo:

—Ya veis que estáis libre de toda pena.

Kmita no contestó; dejó caer la cabeza sobre las almohadas y permaneció inmóvil, con la mirada fija en el techo. Dos lágrimas brillaron en sus párpados.

—Sois el hombre más noble y generoso que existe en la tierra —exclamó al fin con voz profundamente conmovida—. Otro, en vuestro lugar, habríase vengado de la repulsa de Olenka.

—Obro así porque no quiero sacrificar a mi interés personal los intereses de la patria, a la cual podéis prestar grandes servicios.

—¡Todos debieran tomar el ejemplo de vos! —añadió Kmita—. Dadme la mano. Concédame Dios la dicha de poderos ser útil como lo merecéis, ya que desde ahora podéis contar conmigo por vida y por muerte.

—Bien, bien, ya hablaremos de eso en otra ocasión. No penséis ahora sino en hacer olvidar lo pasado, y conquistad gloria; conozco yo cierta señora que recompensará pródigamente vuestro valor.

—¡Quiero levantarme en seguida! —exclamó Kmita—. ¡Pronto! Dadme vestidos. Máteme un rayo si permanezco un momento más ocioso.

Volodiovski sonrió satisfecho y dijo:

—Vuestro espíritu es más fuerte que vuestro cuerpo. Paciencia, dentro de poco estaréis fuerte y vigoroso.

Diciendo estas palabras, el coronel se levantó y salió.

Había anochecido cuando llegó a Lyubich para dirigirse a Vodokty.

—De fijo que me recibirá mejor hoy que cuando le ofrecí mi mano —pensó Miguel por el camino, y suspirando murmuró—: ¿Quién podría decirme si en este mundo existe una mujer predestinada para consolarme de mis tribulaciones?

Absorto en estos pensamientos llegó por fin a Vodokty.

Un hombre de Imud salió a abrirle:

—La señora no está en casa —dijo.

—¿Dónde ha ido?

—No lo sé.

—¿Cuándo volverá?

—¡Quién sabe! Quizá no vuelva nunca, porque ha marchado llevándose muchos sirvientes y equipajes.

Miguel guardó silencio un instante. Luego murmuró:

—¡Seguramente se ha marchado para huir de mí!.

## XI

Cuando, al terminar el invierno, los ardientes rayos del sol atraviesan las nubes y aparecen los primeros brotes de los árboles, cuando las verdes hierbas crecen en los prados y la Naturaleza parece renacer, se abre el corazón del hombre a nuevas esperanzas.

Pero la primavera del año 1665 no se presentaba adornada de rosas y alegre y sonriente a los ojos de los atribulados vasallos de la República.

Rara e inexplicable inquietud embargaba todos los corazones. La noticia de una guerra inminente corría de boca en boca por aldeas y ciudades, y se aseguraba que las amenazas procedían de Suecia.

En apariencia nada confirmaba esas voces de alarma, puesto que la tregua con Suecia debía durar todavía seis años; sin embargo, se hablaba de esos peligros en la misma Dieta, convocada por el rey Juan Casimiro en Varsovia para el 12 de mayo.

Se dudaba entre el temor y la esperanza, hasta que puso término a esta dolorosa incertidumbre una proclama de Bogislao Leshenchynski, comandante de la Gran Polonia, que apellidaba a la milicia general de las provincias de Posnania y de Kalisk para defender la frontera contra la inminente invasión de los suecos.

El grito de ¡guerra! resonó como un trueno formidable en todas las provincias de la República.

Verdadera guerra de exterminio amenazaba a Polonia. Mielniski, que había vuelto de Guturlin, avanzaba devastando el país del Sur al Este. Holvanski y Trubetskoi hacían lo propio en las fronteras septentrional y oriental, y Suecia amenazaba desde el Oeste. El círculo de fuego se convertía en círculo de hierro.

El país entero parecía un campamento sitiado y en este mismo campamento germinaba el mal. Un traidor, Radzeyovski, había desertado al enemigo e indicaba a éste los puntos más débiles de la frontera. Además, crecían el malestar y la envidia y no faltaban magnates enemistados entre sí, o airados contra el rey, que les había negado mercedes. Todos éstos se hallaban dispuestos a sacrificar la causa del país a su interés personal.

La Gran Polonia, país rico y próspero y hasta entonces no azotado por la guerra, derramó el oro en defensa propia. Ciudades y aldeas dieron, además, todos los hombres que se les habían pedido. Estanislao Dembiski mandaba los soldados de Posnania; Pan Vlotovski, los de Kosthian, y Pan Golts, famoso soldado de ingenieros, los de Vallets. Los campesinos de Kalisk obedecían a Estanislao Kretuski, descendiente de un linaje de valerosos guerreros y primo del célebre Juan de Zbaraj; Gaspar Jghlinski capitaneaba a los molineros de Komin. Entre los guerreros citados nadie aventajaba a Ladislao Korashevski en conocimientos estratégicos.

En tres puntos, Pila, Ustsie y Vyelunie acamparon los capitanes en espera de la llegada de los nobles pertenecientes a la milicia general. La infantería se ocupaba, sin levantar mano, en la construcción de trincheras y aguardaba con ansiedad la llegada de los escuadrones.

Entre los dignatarios llegó el primero Andrés Grudzinski, vaivoda de Kalisk, que se alojó en la casa del podestá con numerosa servidumbre.

Los nobles, entretanto, seguían acudiendo al campamento. Después de Grudzinski, llegó el vaivoda de Posnania, Cristóbal Opalinski, con gran séquito de hombres armados, clientes y siervos, que procedían y rodeaban la carroza en la que se sentaba el poderoso príncipe al lado de su bufón Staha Ostrojha, cuyo oficio consistía en alegrar durante el camino el humor melancólico de su amo.

La llegada de tan alto dignatario inspiró a todos valor; al contemplar su porte majestuoso, su aristocrático semblante en el que brillaban, bajo la frente espaciosa, dos ojos escrutadores y severos, los nobles se convencieron de que el destino debía doblegarse a las exigencias de un poder tan alto.

Los que estaban habituados a honrar los cargos y las personas, se dijeron que los suecos no se atreverían a tocar con su mano sacrílega a tan poderoso señor.

Se le acogió con estruendosos aplausos y entusiásticos gritos de alegría.

Apenas extinguido el eco de este alegre concierto, llegaron correos con la noticia de la venida de su primo el vaivoda de Podliasye, Pedro Opalinski, acompañado de su criado Jerónimo Rozdrajewski, vaivoda de Iroslav. Cada uno de éstos llevaba quinientos soldados, además de muchos nobles con sus respectivos siervos.

Y luego no pasó día sin que llegase algún dignatario.

La ciudad se hallaba tan llena de gente, que no se encontraba alojamiento para los numerosos nobles. Los prados de los alrededores presentaban un cuadro de alegre y variado aspecto, porque en ellos se levantaban las tiendas de la milicia general.

Se organizaron como se pudo los servicios, y por último se constituyó el Consejo de guerra, presidido por el vaivoda de Posnania, en el cual tomaron parte gran número de funcionarios, que maldito lo que entendían en asuntos de guerra.

Los dignatarios convocados a Consejo mirábanse unos a otros indecisos, esperando que hablara el vaivoda de Posnania. Éste lamentó la ingratitude y la inercia del rey y la ligereza con que se les había arrancado de sus casas para hacerles sufrir y morir en aquellos campos. Cuando se trató de la cuestión capital, no supo dar el consejo que de él se esperaba. Pan Ladislao Korashevski propuso establecer tres campos: uno en Pila, otro en Vyelunie y otro en Ustsie, posición principal, que fue ocupada por el vaivoda de Posnania con sus hombres. Una parte de la caballería quedó en Vyelunie y otra en Pila, mientras Ladislao Korashevski fue a Chaplinko para observar los movimientos del enemigo.

Llegó el mes de julio. Los días eran largos y calurosos, el sol lanzaba con tal fuerza sus rayos sobre la tierra, que los nobles tuvieron que refugiarse en los bosques, donde algunos hicieron levantar sus tiendas.

Si Witemberg hubiese venido pronto, probablemente no habría encontrado dura resistencia; pero, como era experto capitán y concedor de los hombres, tenía sus razones para demorar el ataque.

La primera y segunda semana transcurrieron bastante bien, pero a la tercera, aquella prolongada inactividad empezó a aburrir a todos. El calor aumentaba cada día. Los nobles rehusaban tomar parte en los ejercicios, dando por excusa que sus caballos, atormentados por las moscas, no querían estar quietos; por lo demás, el mal ejemplo venía de arriba. Pan Korashevski había enviado desde Chaplinko la noticia de que los suecos estaban cerca, y aun cuando se estuviera en vísperas de un asedio o de una batalla, Tingmund. Grudzinski obtuvo permiso para abandonar el campamento. Aquello suscitó tales quejas y desórdenes, que el vaivoda de Posnania tuvo que acudir con muchos capitanes para aquietar los ánimos. Dijo que Grudzinski había obtenido una breve licencia para asuntos particulares. Pero el mal ejemplo produjo los peores efectos. El mismo día que marchó Tingmund, muchos centenares de nobles marcharon a la chiticallando.

También una parte de la infantería, siguiendo el ejemplo de sus jefes, empezó a desertar. Se convocó un nuevo Consejo de guerra, al cual se negaron a asistir muchos nobles. Siguió una noche verdaderamente tempestuosa, llena de clamores y disputas. Los nobles se acusaban unos a otros de querer desertar, y el grito de «todos o ninguno» resonaba de continuo.

Las cosas llegaron a tal punto que el vaivoda de Posnania se dio golpes en la cabeza en pleno Consejo, y gritó:

—Dé consejos quien sepa; yo, por mi parte, me lavo las manos, ya que es imposible sostener una defensa con tales soldados.

Al día siguiente aún fue mayor el desorden. Decían que había en el ejército algunos disidentes, especialmente los calvinistas, que en ocasión oportuna se pasarían á los suecos.

Al saber aquello, todos los sables salieron de las vainas y hubo una verdadera tempestad en el campamento.

—¡Castiguemos a esos traidores, a esas serpientes, capaces de desgarrar el seno de su madre! ¡Descuarticémoslos, si no queremos perecer todos víctimas de su mala fe!

Nadie acertaba a poner fin a aquel desorden.

Todos, hasta los jefes, creían que Pan Rei se había puesto a la cabeza de los disidentes y que había vendido a su país.

Había servido muchos años en Germania, combatiendo en las filas de los luteranos, y casi era extranjero en su patria. Se le expulsó, y aquello aquietó los ánimos excitados.

Cuando renació la calma, algunos cayeron en un estado de absoluta postración. Otros no hacían más que pasear a lo largo de las trincheras y baluartes, mirando con melancolía hacia la gran llanura por donde debía llegar el enemigo. Otros, poseídos de loca alegría como si estuvieran contentos de morir, bebían y cantaban para pasar divertidos los últimos días de su vida.

Mientras en el campamento polaco unos reían y cantaban y otros oraban y gemían, y mientras la milicia general convocaba la Dieta como en la elección de rey, por entre las vastas y verdes praderas del Oder adelantaban las legiones suecas.

A la cabeza marchaba la brigada de la guardia real, mandada por Benedicto Hora, terrible soldado, cuyo nombre infundía terror en Germania entera. Otro alemán, Carlos Schedinez, mandaba otra brigada formada por dos regimientos de infantería y uno de caballería pesada.

Las dos brigadas de Smaland las mandaba Irwin, llamado el Manco, porque perdió la mano derecha defendiendo su bandera.

La brigada de Westmanland marchaba a las órdenes de Drakenborg; la del Helsinghor, compuesta de tiradores célebres en todo el mundo, obedecía a Gustavo Oxenstiern, pariente del famoso canciller. Fersen mandaba la brigada de Gothland; las de Nerik y de Wetland las conducía el mismo Witemberg, que al propio tiempo era el general jefe.

El ejército constaba de 17.000 hombres, y eran tan aguerridos, especialmente los de infantería, que la guardia real no podía ser comparada con ellos.

El 27 de julio, en los bosques cercanos a la aldea de Hinrichsdorf, las legiones suecas se encontraban ya en la frontera polaca. En aquel instante todo el ejército lanzó un formidable grito de alegría, trompas y tambores resonaron y tremolaron todas las banderas.

Witemberg, que cabalgaba a la cabeza, rodeado de un brillante Estado Mayor, pasó revista.

El camino polvoriento iluminado por el sol se perdía en lontananza, confundiéndose con el horizonte.

Cuando las tropas hubieron atravesado el bosque, apareció ante sus ojos un país fértil y sonriente.

Al ver aquellas vegas, gritos de alegría se escaparon del pecho de los soldados, especialmente de los suecos, acostumbrados como estaban al árido y salvaje aspecto de su país nativo. Los corazones de aquellas gentes ardían en deseos de posesionarse de las riquezas que aparecían ante sus ojos. Pero los soldados que habían hecho la guerra de los Treinta Años pensaban que la conquista de aquellas riquezas no era empresa fácil, sabiendo que en tales campos habitaba gente fuerte y valerosa que sabría defenderse.

Witemberg miraba a los regimientos que desfilaban ante él, como el pastor contempla su rebaño. De repente, se volvió hacia un hombre que llevaba un sombrero con plumas y una peluca rubia que le llegaba hasta los hombros.

—¿Cree Vuestra Gracia que con estas fuerzas nos será posible abrírnos camino entre las tropas que ocupan Ustsie?

El hombre de la peluca sonrió y dijo:

—Vuestra Gracia puede fiar en mí. Si los de Ustsie fueran tropas regulares, yo sería el primero en aconsejar que esperásemos a Su Alteza Real; pero, para luchar contra la milicia general y los nobles de la Gran Polonia, nuestras tropas son más que suficientes.

—¿No habían recibido refuerzos?

—No, porque, en primer lugar, todas las tropas regulares, que son poco numerosas, están en Lituania o en Ucrania; y en segundo lugar, porque nadie cree que Su Majestad Carlos Gustavo haya emprendido realmente la guerra a despecho de la tregua.

El hombre de la peluca rubia se quitó el sombrero, se enjugó el sudor de la frente y añadió:

—Trubetskoi y Dolgoruk en Lituania, Mielniski en Ucrania y nosotros a las puertas de Polonia... Eso ha hecho el gobierno de Juan Casimiro.

Witemberg fijó una mirada atónita en su interlocutor, y dijo:

—Parece que eso complace a Vuestra Gracia.

—Sí, me gusta, porque el daño que se me ha hecho y mi inocencia quedarán vengados. Además, sé que la espada de Vuestra Gracia y mis consejos pondrán en las sienes de Carlos Gustavo esta nueva corona, que es la más bella del mundo.

Witemberg miró a lo lejos y repuso:

—Es, realmente, un país muy fértil y delicado. Vuestra Gracia puede estar seguro de que durante la guerra el rey no dará a otro la vicecancillería.

El hombre de la peluca rubia dio otra vuelta a su sombrero.

—Yo, por mi parte, juro no reconocer otro señor ni otro rey —dijo mirando al Cielo.

El hombre que pronunciaba aquel sacrilego juramento y que seguía a Witemberg, era Jerónimo Radzeyovski, el último vicecanciller de la Corona, vendido a los suecos.

Durante aquel coloquio las tropas estaban pasando la frontera.

—No veo a Oxenstiern —prosiguió diciendo Witemberg—. Temo que le haya ocurrido alguna desgracia. He hecho mal en enviarle a reconocer el campamento enemigo.

—No lo creo; aun cuando le reconocieran, los polacos son muy corteses y muy nobles, y quieren siempre ganar la estimación de los extranjeros. Vuestra Gracia puede estar tranquilo respecto a Oxenstiern.

—¿Creéis que el mensaje que le hemos encomendado producirá buen efecto?

Radzeyovski sonrió:

—Con permiso de Vuestra Gracia, os diré lo que va a suceder. El vaivoda de Posnania es un hombre muy distinguido y culto, y su respuesta tendrá un carácter heroico. Dirá que antes de ceder verterá toda su sangre, que es preferible la muerte al deshonor, y que el amor del propio país le impone la obligación de morir por su patria.

Y Radzeyovski soltó otra carcajada más estrepitosa.

—¿Cree Vuestra Gracia que ocurrirá eso?

—Creo que ama a su país, pero a su modo. Estoy seguro de que, después de haber dictado una respuesta heroica, acabará por desearnos que el éxito corone nuestra empresa, nos ofrecerá sus servicios y pedirá que sean respetadas sus propiedades y las de sus parientes.

—¿Y cuál creéis que será el resultado de nuestra carta?

—Creo que después de dos o tres combates sin importancia, ocuparemos la Gran Polonia.

—Quiera Dios que Vuestra Gracia sea profeta.

—Estoy seguro de lo que digo, porque conozco a fondo a mis paisanos.

—Prestáis al rey un señaladísimo servicio y no quedaréis sin la merecida recompensa —dijo Witemberg—. ¿Puedo considerar desde ahora este país como cosa propia?

—Sí, sí, podéis.

—Pues bien, ocupo esta tierra en nombre de Su Majestad Real Carlos Gustavo —dijo Witemberg con acento solemne.

Mientras el ejército sueco pasaba Heinrichsdorf y hollaba el suelo de la Gran Polonia, llegó al campamento polaco un heraldo sueco con una carta de Radzeyovski y Witemberg para los vaivodas. Ladislao Korashevski en persona condujo al heraldo a presencia del vaivoda de Posnania, el cual tomó la carta, que fue leída inmediatamente en Consejo.

El vaivoda recomendó a sus criados que atendieran al mensajero, como era costumbre entre soldados, pero los nobles, sin poder disimular su curiosidad, se apoderaron de él y le dieron vino.

Pan Korashevski, que observaba al sueco con ojos escrutadores, sospechando que pudiera ser un oficial disfrazado, fue a encontrar al vaivoda, para comunicarle sus recelos; pero el vaivoda le contestó que tal idea era absurda, y no permitió que se arrestara al heraldo.

Mientras tanto, éste hablaba con los nobles en alemán, lengua que éstos entendían por tener relaciones en las ciudades de Prusia. Les contaba las victorias obtenidas por Witemberg en diversos países y enumeraba las fuerzas que mandaban hacia Ustsie. Los nobles se asombraron con estas noticias, que, más o menos exageradas, empezaban a correr por el campamento.

Aquella noche, nadie pudo cerrar los ojos. A eso de la medianoche, volvieron a Ustsie los soldados que hasta entonces habían permanecido en otros campamentos, esto es, en Pila y en Vyelunie.

Los dignatarios continuaron hasta la madrugada discutiendo acerca de la respuesta que debían dar al heraldo. Los nobles mataban el tiempo refiriendo historias acerca del poder de los suecos.

Al rayar el día, Estanislao Kretuski vino al campamento con la nueva de que los suecos habían llegado a Valch, a una jornada de distancia. Esto produjo un pánico terrible. Casi todos los caballos se hallaban pociendo en los prados, al cuidado de los siervos, y se envió a buscarlos con urgencia. El momento que precedía a la batalla era el más temible para aquellas tropas indisciplinadas; por lo tanto, hubo de pasar mucho tiempo antes de que los habitantes lograsen apaciguar algo el tumulto e introducir en el campamento un poco de disciplina.

Poco a poco se obtuvo el orden. La innata capacidad militar de los nobles suplió a la falta de experiencia, y al mediodía el campo presentaba un conjunto bastante imponente.

Entretanto el vaivoda de Posnania despidió al heraldo con una respuesta concebida más o menos en la forma predicha por Ladzeyovski, y resolvió enviar un destacamento a la orilla septentrional del río Notets para adquirir noticias sobre los movimientos del enemigo.

Pedro Opalinski, vaivoda de Podliasye, primo del vaivoda de Posnania, era el designado para formar con sus dragones el destacamento, y a él debían unirse los capitanes Korashevski y Kretuski y voluntarios escogidos entre los nobles de la milicia general.

Los dos capitanes, cabalgando por entre las filas, repetían:

—¡Adelante, señores! ¡Adelante los voluntarios! ¿Quién tiene deseos de percibir el olor a pólvora?

El vaivoda de Podliasye se incorporó al grupo cuando ya se hallaban en el campo.

Se les vio distintamente atravesar el río, pero poco después se perdían de vista.

A la media hora, el vaivoda de Posnania hizo entrar a las tropas en sus tiendas, porque era imposible dejarlas formadas cuando el enemigo se encontraba a una jornada de distancia.

Habían terminado la ansiedad y la incertidumbre; las disputas y las discusiones cesaron porque la proximidad del enemigo aumentaba el ardimiento, según lo había previsto Kretuski. Al caer la noche ocurrió un hecho que pareció a todos de buen agüero.

El sol estaba próximo a su ocaso cuando se vio surgir de pronto en la margen opuesta al río una nube de polvo, en la cual se divisaban muchos hombres como a través de una niebla transparente. Todos se precipitaron a los reductos para ver de qué se trataba. En aquel momento llegó a rienda suelta un dragón de la guardia, con un aviso de Grudzinski de que el destacamento estaba de vuelta.

—Me parece que el destacamento es más numeroso —observó un noble.

—¿Han hecho prisioneros? —preguntó otro.

—¡Sí, sí, traen prisioneros! .

El destacamento estaba tan cercano que podían distinguirse las caras de los hombres. A la cabeza cabalgaban Korashevski y Kretuski, seguidos de los dragones y los voluntarios que rodeaban a una docena de infantes que llevaban grandes sombreros redondos. Eran realmente prisioneros suecos.

Ya había cerrado por completo la noche cuando llegó un heraldo de Witemberg con una carta que exigía á los polacos la rendición inmediata.

Al oírle, los nobles querían despedazar al mensajero, pero el vaivoda no desdeñó el mensaje, aunque en el fondo y en la forma era insolente como pocos.

El general sueco anunciaba que Carlos Gustavo enviaba sus tropas a su pariente Juan Casimiro como refuerzo contra los cosacos, y que por eso la Gran Polonia debía rendirse, ceder sin intentar la menor resistencia. Grudzinski no pudo contener su indignación al oír la lectura de la carta y se desahogó golpeando con ambas manos la mesa; pero el vaivoda de Posnania le calmó con algunas preguntas.

—¿Tenéis fe en la victoria? ¿Tomáis sobre vos la responsabilidad de tanta sangre noble como se derramará mañana inútilmente?

Después de largo debate se acordó no responder y aguardar los acontecimientos, pero no tuvieron que esperar mucho.

El 25 de julio las avanzadas anunciaron que el ejército sueco se hallaba a la vista frente a Vilna.

Los nobles montaron en sus caballos y atravesaron el río en busca del enemigo, que se acercaba cada vez más, dibujando una línea negra en el horizonte.

Esperaban a cada momento ver a los mosqueteros suecos, pero la distancia era demasiado grande para distinguirlos. Se veían solamente en las bajas colinas algunos grupos formados de hombres y caballos que empezaban a moverse en distintas direcciones. Al notarlo, Korashevski ordenó:

—¡A la izquierda! ¡Atrás!

Pero no había pronunciado aún la frase entera, cuando se vio levantarse una blanca nube de humo, un grande estrépito resonó en el aire y al mismo tiempo se oyeron vivos lamentos.

—¡Alto! —gritó Korashevski.

Las balas silbaron por segunda vez por el campamento y de nuevo se oyeron los lamentos de los heridos. Los nobles no aguardaron las órdenes de su jefe, y emprendieron rápidamente la retirada. La división entera se desbandó, y en un abrir y cerrar de ojos se volvieron al galope hacia el campamento.

Después de haber dispersado con tanta facilidad a los polacos, Witemberg adelantó hasta llegar frente a Ustsie, precisamente junto a la trinchera defendida por los nobles de Kalisk. Los polacos, rompieron el fuego, mas el enemigo no contestó. El humo se desvaneció lentamente y se vio a los regimientos de caballería e infantería suecos desplegarse con el mayor orden y precisión, con la calma que da la certidumbre de la victoria.

En las colinas emplazaron los cañones y abrieron trincheras; en suma, procedían ordenadamente, sin prestar atención a las balas de los fusiles polacos, que no causaban daño alguno y sólo hacían caer un poco de tierra sobre los soldados que trabajaban en las trincheras.

Korashevski avanzó con otros dos escuadrones de la gente de Kalisk, esperando que, por medio de un atrevido asalto, desbarataría a los suecos. Pero los nobles le seguían de mala gana y pronto se produjo un desorden general en sus filas. En tanto que los más audaces agujoneaban sus caballos contra el enemigo, los cobardes se daban a la fuga. Los regimientos de caballería, mandados por Witemberg, avanzaron a paso de carga, y



después de un breve encuentro, obligaron a los nobles a retroceder. Finalmente, la noche puso término a la incruenta escaramuza.

El cañón retumbó hasta la medianoche; después calló. Pero entonces se produjo en el campo polaco un fuerte tumulto que se oía en la parte opuesta del río.

Algunos centenares de hombres de la milicia general habían tratado de escapar aprovechándose de la obscuridad. Los demás empezaron a amenazar a los fugitivos para detenerles, brillaron los aceros, y el grito de: «¡Todos o ninguno!» corrió de boca en boca.

Parecía que todos quisieran abandonar el campo y se manifestó general descontento contra los jefes. Toda la milicia gritaba :

—¡Nos han mandado aquí para que el enemigo nos destruya!

A intervalos se oían gritos de:

—¡Salvaos, hermanos!

Y otros aullaban:

—¡Traición, traición!

En medio de esta traición los vaivodas perdían el tino y no se atrevían siquiera a dictar órdenes. Aquella noche Witemberg hubiera podido tomar por asalto el campamento sin encontrar la menor resistencia.

Surgió el alba triste de un día tétrico y nebuloso iluminando un verdadero caos de gente descorazonada y quejumbrosa, en parte embriagados y en parte más dignos de oprobio que de gloria. Los suecos, en tanto, habían pasado el Notets en Dzyembovo, y rodeaban ya el campamento polaco.

Los caudillos y los nobles no pensaban ya más qué en las condiciones de rendición, y enviaron parlamentarios al enemigo. En contestación al mensaje, llegó del campamento sueco un brillante escuadrón, a cuya cabeza venían Radzeyovski y el general Wirtz, ambos con verdes ramas en la mano.

Los jinetes se dirigieron sin pérdida de tiempo a la casa donde estaba hospedado el vaivoda de Posnania. Radzeyovski se detuvo ante los nobles, saludó y dijo con voz meliflua:

—¡Señores y hermanos queridísimos, nada temáis! No venimos como enemigos. Depende de vosotros el evitar que se derrame más sangre. Si en vez de un tirano que conculca vuestras libertades, que os impone el yugo de un poder absoluto, que condena vuestro país a la destrucción, deseáis un soberano cuya gloria es tal que su nombre ahuyenta a los enemigos de la República, poneos bajo la protección de Su Majestad Carlos Gustavo. Señores y hermanos queridísimos, os garantizo el mantenimiento de vuestras libertades, de todos vuestros derechos, de vuestra religión. De vosotros solamente depende la salvación de la patria. Señores, Su Majestad el rey de Suecia quiere subyugar a los rebeldes cosacos y poner fin a la guerra en Lituania. Sólo él puede hacerlo. Apiadaos de nuestro desventurado país, si es que no os apiadáis de vosotros mismos.

En este punto la voz del traidor se tornó temblorosa y pareció sofocarse con los sollozos. Los nobles le oían atónitos; aquí y allá se gritaba: «¡Viva Radzeyovski, nuestro vicescanciller!»

Éste picó espuelas, se inclinó, y por último entró con Wirtz y su escolta en casa del vaivoda de Posnania.

La muchedumbre de los nobles aumentaba sin cesar delante de aquella casa, porque todos presintieron que allí iba a debatirse no sólo su suerte, sino la del país entero. Los criados del vaivoda salieron para invitar a Consejo a los más notables capitanes. Éstos entraron inmediatamente y tras ellos algunos jefes de menor cuantía. Transcurrían las horas y el Consejo no terminaba.

De pronto la puerta se abrió con gran estrépito y salió Korashevski. Todos los nobles quedaron estupefactos. Aquel hombre, por lo común tan amable y tranquilo, mostraba entonces una cara terrible. Sus ojos lanzaban llamas, su vestido aparecía roto en el pecho

y con ambas manos se mesaba los cabellos cual un demente, y al fin gritó con voz estentórea:

—¡Traición! ¡Asesinato! ¡Infamia sin nombre! ¡Ahora ya no somos polacos, sino suecos!

Un horrible presentimiento asaltó los corazones de todos. Korashevski se precipitó en medio de los nobles y exclamó con desesperado acento:

—¡A las armas! ¡A las armas! ¡Que todo el que crea en Dios se arme!

Por la multitud corrió un sordo murmullo, un ruido confuso parecido a los primeros silbidos del viento que precede a la tormenta. Vacilaban los corazones, vacilaban las inteligencias; y en la general confusión la voz desesperada de Korashevski no cesaba de gritar:

—¡A las armas! ¡A las armas! ¿No veis que están vendiendo a la patria, como Judas vendió a Cristo, y cubriéndola de oprobio? No les basta entregar al enemigo el campamento, las armas y los cañones, y entregaros a vosotros mismos; han autorizado con sus firmas, en nombre de todos nosotros, que quedan rotos los vínculos que nos unían a la patria; que renegamos de nuestro rey; que todas nuestras ciudades, castillos y lugares, pertenecen desde hoy a Suecia.

—¡Traición! —gritaron centenares de voces—. ¡Traición! ¡Despedacemos a los traidores!

—¡Unámonos! —gritó Kretuski.

—¡Contra los suecos hasta la muerte! —exclamó Klodzinski.

Entrambos se dirigieron al campamento gritando: «¡Unámonos! ¡Unámonos!», y algunos nobles les siguieron con el sable desenvainado.

Pero la inmensa mayoría permanecía inmóvil, y parte de los que acompañaban a Kretuski y Klodzinski, viendo que su número era pequeño, empezaron a mirar a su alrededor y se detuvieron.

Finalmente se abrió la puerta de la casa en la que se había celebrado el Consejo y de ella salió el vaivoda de Posnanía, Opalinski, con el general Wirtz a la derecha y Radzeyovski a la izquierda. Venían en pos Andrés Grudzinski, vaivoda de Kalisk, el castellano de Kryvinsk; Gembitski, castellano de Myendzyrechka, Andrés Slupski.

Opalinski agitaba en la mano un pergamino sellado: tenía la cabeza erguida, pero su faz estaba pálida y su mirada incierta, aunque se esforzaba en parecer tranquilo y alegre. Abarcó con la vista la multitud y, en medio de un silencio de muerte, habló con voz penetrante, si bien insegura y ronca:

—Señores, hoy nos ponemos bajo la protección de Su Majestad el rey Carlos de Suecia. ¡Viva Carlos Gustavo!

Estás palabras fueron acogidas en silencio; mas una voz de pronto gritó:

—¡Veto!

El vaivoda volvió la mirada al sitio de donde había partido la voz y dijo:

—Esto no es una Dieta provincial y, por lo tanto, el veto está fuera de lugar. Y si alguien persiste en luchar, diríjase en busca de los suecos que tienen apuntados sus cañones hacia nosotros.

Después de esta pausa, el orador añadió con más énfasis:

—Se respetarán todos los privilegios de los nobles y del clero; no se aumentarán los tributos y los hoy existentes serán cobrados en la forma acostumbrada; nadie sufrirá el menor daño. Los ejércitos de Su Majestad no tendrán derecho a acuartelarse en las heredades de los nobles, ni a exacción alguna más que cuando lo exija el sostenimiento de los escuadrones polacos.

Nadie respondió; pero oyóse un vago murmullo, como si los nobles trataran de comprender mejor el significado de aquellas palabras. El vaivoda hizo un ademán y añadió:

—Además, contamos con la palabra del general Wirtz, que la da en nombre de Su Majestad, de que si la nación entera sigue nuestro plausible ejemplo, las armas suecas se dirigirán al punto a Lituania y a Ucrania y no cesará la guerra hasta que se sometan todas las tierras y fortalezas de la República. ¡Viva el rey Carlos Gustavo!

—¡Viva el rey Carlos Gustavo! —gritaron algunos centenares de voces, y este grito se repitió después por todo el campamento.

A la vista de todos, el vaivoda de Posnania, acercándose a Radzeyovski, le abrazó cordialmente y luego abrazó a Wirtz; tras lo cual todos se abrazaron. Los nobles siguieron el ejemplo de los dignatarios, y el júbilo fue general. Eran tan ruidosos los vivas, que resonaron en la comarca entera.

Con todo, el vaivoda de Posnania suplicó a sus «amadísimos hermanos» que se mantuviesen en la más perfecta calma, y dijo con acento casi paternal:

—Señores, el general Witemberg nos invita a una fiesta que se celebrará hoy en su campamento, a fin de cimentar entre los brindis y vítores la fraternidad con el valeroso pueblo sueco. Y luego, queridísimos señores, volveremos a nuestras casas y, con la ayuda de Dios, cumpliremos con nuestro deber pensando que en este día hemos salvado la patria.

—Y que nuestros descendientes nos harán justicia —añadió Radzeyovski.

—¡Amén! —repuso el vaivoda de Posnania.

En aquel momento advirtió que los ojos de muchos nobles estaban fijos en algo colocado sobre su cabeza. Se volvió y vio a su bufón que, asido con una mano del arquitrabe de la puerta, escribía con un pedazo de carbón en el muro: «Mane, *Tecel, Fares*».

El cielo estaba cubierto de densas nubes y próxima a estallar la tormenta.

## XII

En el distrito de Lucovo, en la frontera de Podlasye, se levantaba la aldea de Bujets, propiedad de Kretuski. En un jardín que se extendía entre la casa y un estanque, estaba sentado en un banco un viejo, a cuyos pies jugaban dos niños, uno de cinco años y otro de cuatro, tostados por el sol, rubicundos y sanos. El viejo era robusto; la edad no había encorvado sus espaldas y en su único ojo (puesto que el otro lo tenía vaciado) brillaban la salud y el buen humor. Tenía blanca la barba, sonrosada la faz y en la frente una profunda cicatriz que le llegaba al hueso.

Los niños le tiraban de continuo por la manga, pero su mirada permanecía fija en la parte opuesta, esto es, hacia el estanque, que resplandecía con los rayos del sol y en el que los peces jugueteaban alegremente.

Al fin se volvió hacia los niños y les dijo:

—Dejadme en paz; si no, os agarraré de una oreja y os mandaré a paseo. ¡Sois un tormento! Voy a echar a uno de vosotros al estanque.

Era evidente que los niños no hacían mucho caso del viejo ni temían sus amenazas, porque el mayor de los dos, Yaremka, no cesó de atormentarle.

—Vete, bribonzuelo, déjame tranquilo —repuso el anciano torciendo el gesto.

Pero Yaremka hacía oídos de mercader y continuaba su diversión.

—¡Ah, estos chiquillos me matarán! ¡Son un verdadero castigo de Dios! —exclamó el anciano perdiendo la paciencia.

Al decir esto se levantó, asió por los cabezones al pequeño Longinek y se dirigió con él hacia el estanque.

Pero Longinek tenía un valiente defensor en su hermanito Yaremka, que en tales casos no se llamaba Yaremka, sino que tomaba el nombre de Miguel Volodiovski, capitán de dragones. Yaremka-Miguel acudió a los gritos del otro, armado de un bastón, siguió al viejo y pretendió apalearle. Longinek seguía gritando por más que sabía que no debía tener miedo. Yaremka gritaba y aparentemente zurraba la badana al viejo, hasta que éste, fingiéndose vencido, soltó su víctima y volviendo al banco se dejó caer en él como postrado y respirando afanosamente.

En aquel mismo instante se abrió la puerta de la casa que daba al jardín y en el umbral apareció una mujer bella como el sol, alta, vigorosa, con cabellos negros, rostro pequeño y colorado, de aterciopelados ojos. Un niño como de tres años se cogía a sus sayas. Aquella mujer era la señora Elena Kretuski, de la familia del príncipe Basilio Korzevik.

Viendo a Zagloba, pues éste era el anciano, sentado en el banco con Yaremka y Longinek, se acercó a ellos y dijo:

—Venid acá, niños; estáis molestando a vuestro abuelo.

—Nada de eso —respondió el viejo—: siempre me parecen muy amables.

Los niños, tranquilizados por estas palabras, corrieron al encuentro de su madre, que llamó a Zagloba y le preguntó.

—¿Qué queréis beber, padre? ¿Hidromel o vino?

—Hoy hemos comido cerdo y, por consiguiente, sabrá mejor el hidromel.

—Os lo enviaré en seguida —dijo la señora.

Llamaba a Zagloba padre y éste la amaba como a una hija, por más que ni siquiera fuesen parientes. La familia de la dama habitaba al otro lado del Dnieper, en los antiguos dominios de Visyevski, y en cuanto a él, sabe Dios dónde habría nacido, pues se referían a su respecto diversas historias. Pero había prestado señalados servicios a la esposa de Kretuski cuando ella era todavía una niña y la había salvado de grandes peligros, por lo que su marido le trataba como a un padre. Además, se le respetaba en toda la comarca por el valor que había demostrado en todas las guerras, especialmente contra los cosacos. Su rey estaba prendado de su inteligencia y de sus maravillosas aptitudes de narrador.

Poco hacía que la joven había entrado en la casa, cuando salió un muchacho con un frasco y un vaso Zagloba se sirvió una cantidad de hidromel, lo apuró, y luego cerró los ojos saboreando con evidente placer aquella bebida.

Era la una de la tarde y ningún rumor turbaba el silencio; todo se hallaba en calma y en la tierra reflejábanse la esplendorosa y dorada luz del sol.

El viejo clavaba sus ojos en el cielo, siguiendo con la mirada las bandadas de aves que desaparecían en el eterno azul, pero a medida que el hidromel desaparecía del frasco, los ojos poníansele pesados.

—¡Sí, sí, Dios nos ha favorecido con este tiempo! —murmuró de pronto—. El heno se ha secado en seguida y lo llevaremos al granero.

Diciendo esto cerró los ojos; después los abrió murmurando algo y se durmió por completo. De pronto despertó la voz de dos hombres que se acercaban rápidamente.

Uno de ellos era Juan Kretuski, el héroe de Zbaraj, que un mes antes había vuelto de Ucrania para curarse de la fiebre. Zagloba, medio dormido, no reconoció al otro individuo, aunque se asemejaba muchísimo por su estatura y porte, al caballero Juan.

—Padre —le dijo este último—, te presento a mi primo Estanislao Kretuski, capitán de Kalisk.

—Os parecéis mucho a Juan —respondió Zagloba afectuosamente—. Dondequiera que os hubiese encontrado, habría exclamado sin vacilar: ¡He aquí a un Kretuski!

—Celebro muchísimo haber conocido a Vuestra Gracia —respondió Estanislao—, tanto más cuanto que vuestro nombre es conocido en toda la República y se lo he oído pronunciar con respeto a muchos caballeros.

—Sin jactancia puedo asegurar que he hecho lo que he podido, hasta que me lo permitieron mis fuerzas. Aun hoy no me disgustaría volver a... Pero, señores, ¿por qué fruncís el ceño y por qué está Juan tan pálido como la muerte?

—Estanislao trae malas noticias —respondió Juan—. Los suecos han penetrado en la Gran Polonia y la han ocupado por completo.

Zagloba saltó en el banco como si de pronto se hubiera rejuvenecido cuarenta años. Abrió los ojos y llevó su mano al cinto como si buscarse el sable ausente.

—¿Cómo? ¿Qué dices? —exclamó—. ¿La han ocupado por Completo?

—Sí, porque el vaivoda de Posnania y otros se han concertado con el enemigo en Ustsie —dijo Estanislao.

—¡Qué es lo que escucho! Por el amor de Dios, ¿se han rendido?

—No sólo se han rendido, sino que han firmado un pacto por el que rompen con el rey y la República. Desde ahora ya no somos polacos, sino suecos.

—Por la misericordia divina y por las llagas del Crucificado, ¿qué decís? Ayer Juan y yo hablábamos de este peligro, pero creíamos que todo se arreglaría con la renuncia de nuestro rey Juan Casimiro al trono de Suecia.

—En vez de este perdemos una provincia y sabe Dios cómo terminarán las cosas.

—Esta es una traición, una traición sin precedente en la historia —exclamó Zagloba temblando de furor.

—Decís bien —observó Estanislao—. El ejército era numeroso, y vos, soldado de gran experiencia, sabéis que la milicia general puede ocupar el puesto de las tropas regulares, sobre todo la de la Gran Polonia. Si por lo menos hubiéramos encontrado un jefe, habríamos podido oponer alguna resistencia, o por lo menos detener al enemigo hasta que la República hubiese obtenido un refuerzo.

—¿Pero nadie ha resistido? ¿Nadie protestó? ¿Nadie ha proclamado la traición en presencia de aquellos miserables? ¿Todos han traicionado a la patria y al rey?

—La virtud perece y con la virtud la República, porque casi todos aprobaron el convenio. Yo, los dos Korashevski, Tsisvitki y Klodzinski hemos hecho todo lo posible para excitar a los nobles a la resistencia, pero todos nuestros esfuerzos han sido vanos. La mayoría nos desoyó, prefiriendo asistir al banquete prometido por Witemberg a librar una batalla. Viendo esto, muchos se han vuelto a sus casas, otros han ido a Varsovia, y yo, que no tengo mujer ni hijos, me reúno con mi primo.

—¿Venís directamente de Ustsie?

—Sí. Los cosacos se hallan al presente en Posnania, y de allí invadirán la República entera.

Siguió a estas palabras un penoso silencio.

—¡Por amor de Dios! —exclamó por último Zagloba—, ¡yo he presenciado muchas cosas tristes; pero ahora me abandona la fe!

—¿Qué pensáis hacer, Juan? —preguntó Estanislao.

—Ciertamente no estaré inactivo, por más que ahora me molesta la fiebre. Pero antes de partir tengo que poner a salvo a mi mujer y a mis hijos. Mañana los conduciré a Byalovyej, donde está mi primo Stabrovski. El enemigo no llegará a ese punto.

—Tal precaución no ha de ser inútil —dijo Estanislao—, porque, si bien estamos muy distantes de la Gran Polonia, ¡quién sabe si el incendio no se propagará a este país!

—Conviene advertir de esto a los nobles —dijo Juan—, convocarles para tomar las necesarias medidas de defensa; nadie sabe todavía lo que hay que hacer. Y tú, padre —añadió dirigiéndose a Zagloba—, ¿vendrás con nosotros?

—¿Yo? —preguntó a su vez Zagloba—. Si mis pies echasen raíces en el suelo no podría moverme; pero tened la seguridad que pediría se me desarraigase. ¡Que el diablo lleve a todos los que han firmado en Ustsie el pacto infame y que mis maldiciones puedan alcanzarles! Veremos si ha envejecido Zagloba. Juan, acordemos inmediatamente lo que se debe hacer.

—Ante todo veamos a dónde conviene ir. Reunirse con el capitán general en Ukrania es cosa difícil, porque el enemigo le ha separado de la República. A mi juicio sería necesario ir a Varsovia para defender a nuestro amado soberano.

—Con tal que tengamos tiempo —observó Estanislao—. El rey deberá reclutar soldados y marchar contra el enemigo antes de que lleguemos nosotros; tal vez esté ya en marcha.

—Puede ser.

—Vamos, pues, a Varsovia sin pérdida de tiempo —dijo Zagloba—, y pensad que el que defiende a la patria y al rey no es aquel que está a su lado, sino el que derrota al enemigo, y para esto no hay más que servir a un valeroso guerrero. ¿Por qué ir a Varsovia cuando puede ser que el rey esté en Cracovia? En mi opinión, debemos acogernos a la bandera del capitán general de Lituania, príncipe Radzivil. Es un hombre de honor y un verdadero soldado. Dicen que es orgulloso, y precisamente por esto rechazará el yugo del rey de Suecia. Allí podremos combatir seriamente, porque está cogido entre dos fuegos; y en cambio veremos a Miguel Volodiovski que sirve en el ejército de Lituania, y tendremos el gusto de hallarnos juntos como en otro tiempo.

—Sí, esto es lo mejor —respondió con vivacidad Juan—. Estaremos al lado de Miguel. Conocerás, Estanislao, al primer soldado de la República, a mi mejor amigo, a mi hermano. Vamos en busca de Elena para comunicarle nuestra resolución, a fin de que se prepare para el viaje.

—¿Sabe lo de la guerra? —preguntó Zagloba.

—Sí, porque Estanislao habló en su presencia. ¡Está llorando la pobre mujer! Pero si le digo que es necesario, aprobará mi decisión.

—Quisiera partir de madrugada —dijo Zagloba.

—Nos marcharemos antes del alba —respondió Juan—. Debes estar fatigado, Estanislao, pero podrás descansar hasta mañana. Esta noche enviaré caballos a Byala, a fin de preparar el relevo. Hoy partirán, además, varios carros con víveres. En cuanto a mi mujer y a mis hijos, estoy tranquilo, porque en Byalovyvej estarán más seguros que en una fortaleza. Ahora vámonos a casa, señores; tengo que hacer mis preparativos.

Por la noche partieron, según lo dispuesto por Juan, los caballos y carros, y al amanecer del día siguiente salió la carroza, en la que tomaron asiento Elena y sus hijos con una vieja sirvienta. Estanislao y Juan, con cinco criados, todos a caballo, la escoltaban, y viajando día y noche sin interrupción llegaron a Byelsk al quinto día, y en la mañana del sexto penetraron en el desierto por el lado de Hainovskayna. Se encontraron de pronto en la obscuridad de un bosque de pinos gigantescos, que en aquella época ocupaba algunas docenas de leguas cuadradas. Ningún invasor había hollado el suelo de aquella inmensa selva, que se extendía hasta más allá de la frontera de Prusia, y en la que se extraviaba infaliblemente todo el que no estaba habituado a viajar por aquel sitio.

Senderos apenas transitables conducían a míseras aldeas, habitadas por pobres gentes que extraían el alquitrán y por cazadores que nunca habían salido de aquellas selváticas regiones. A Byalovyvej se llegaba por uno de tales caminos, que se prolongaba hasta Suha, donde los reyes de Polonia solían entregarse a la caza.

Strabrovski, montero mayor del rey, era un viejo que vivía constantemente en la selva, donde rara vez llegaban noticias del mundo. Por eso se turbó al saber por Juan que la guerra era inminente.

—Esta morada será muy triste para vos —dijo Strabrovski a la dama—, pero es seguro asilo porque el enemigo no penetrará en este lugar salvaje. Más fácil le sería conquistar toda la República —¡Dios nos libre de ello!— que internarse en este bosque. Vivo aquí hace veinte años y todavía no lo conozco todo, porque hay puntos en los que sólo pueden penetrar alimañas. Por lo demás, estaréis aquí como en el paraíso, si prescindís del fastidio.

Juan estaba muy contento de haber encontrado para su esposa semejante refugio; Strabrovski trató en vano de detenerle a fin de que le contase algo de los suecos; los caballeros pasaron allí una noche y al despuntar el alba emprendieron su camino por los laberintos de la selva, merced a expertos guías que el montero les había facilitado, a fin de que no se extraviasen.

### XIII

Cuando Kretuski, con su primo Estanislao y Zagloba, llegaron, finalmente, a Upita, a través del desierto, Pan Miguel Volodiovski, que desde hacía tiempo no tenía noticias tuyas, experimentó una intensa alegría al verlos, y les comunicó que tenía orden de ir a Kyedani, donde le esperaba el príncipe Radzivil. Todos, pues, se pusieron en marcha inmediatamente. No es para descrita su sorpresa cuando supieron, al llegar, que Goyevski y Pan Yurytski habían sido arrestados.

Alguien les dijo que los dos heroicos guerreros habíanse hecho sospechosos de traición, pero ellos no podían creer semejante acusación, y la acogida que les dispensó el príncipe, ofreciéndoles honores y mercedes, ofrecimientos que les parecieron prematuros, hicieron lugar en sus ánimos a la duda y la tristeza.

—Juan Radzivil es un hombre de corazón, un verdadero héroe —observó Estanislao.

—¿Queréis que os diga mi parecer? —exclamó a su vez Juan—. El príncipe trata de ganar amigos, porque ha concebido un proyecto para el que necesita que le ayuden.

Hablando así llegaron al gran patio en el que entraban continuamente grupos de nobles armados, carros y carrozas que llevaban mujeres y niños de la vecindad.

De pronto, redoblaron los tambores y los soldados salieron del cuerpo de guardia y se formaron en filas para hacer el saludo a un obispo que entraba en aquel momento. El prelado pasó de largo repartiendo bendiciones a derecha e izquierda.

—El príncipe es un modelo de cortesía —observó Zagloba—, pues, aunque no reconoce la supremacía de nuestra Iglesia, rinde honores al obispo. ¡Plegue al Cielo que éste sea su primer paso para la conversión! Pero, ¿por qué no rompen filas los soldados? Sin duda que ha de pasar algún otro dignatario.

Mientras decía esto, apareció a lo lejos un largo cortejo.

—Son los dragones de Ganhof —dijo Pan Miguel—, pero entre ellos viene una carroza.

De nuevo volvió a redoblar el tambor.

—Seguramente se trata de un personaje más importante que el obispo de Imud —murmuró Zagloba.

—Vienen dos carrozas —observó Estanislao—. En la primera se ve a Korf, vaivoda de Venden.

—Es un conocido mío de Zbaraj —exclamó Juan.

El vaivoda los reconoció en seguida, especialmente a Volodiovski, a quien había visto más a menudo que a los otros.

—Os saludo, señores —dijo al pasar, asomando la cabeza por la portezuela—. ¡Salud, viejos camaradas! Ya veis, os traigo nuevos huéspedes.

En la segunda carroza, que ostentaba el escudo del príncipe Radzivil e iba tirada por cuatro caballos blancos, se sentaban dos señores, vestidos como extranjeros y que llevaban largos cabellos.

—¿Quiénes son? —preguntó Zagloba.

—No los conozco; es la primera vez que los veo —repuso Volodiovski.

Pasaron las carrozas y dieron la vuelta al patio de modo que se situaron frente a la entrada principal del castillo; pero los dragones permanecieron fuera de la puerta. Volodiovski conocía a los oficiales que escoltaban a los desconocidos.

—¿Qué casta de pájaros nos traéis? —preguntó a uno de ellos.

—Son suecos.

—¿Suecos?

—Sí, y hombres de ilustre prosapia. El de más edad es el conde Lovenhaupt, y el más joven se llama Benito Schitte y es barón de Dudenhoff.

—¿Y qué se les ha perdido por aquí?

—¿Quién sabe! —respondió el oficial—. Tal vez han venido para abrir negociaciones...

—¿Qué negociaciones ni qué diablos! —exclamó Zagloba mientras todos los que le rodeaban se volvieron hacia él—. ¡Nosotros queremos la guerra!

Entre los nobles y los soldados corrió un estremecimiento de indignación.

—¡Guerra! ¡Guerra! —exclamaron todos a un tiempo.

Korf y el coronel Ganhof, después de haber calmado los ánimos tras no pocos esfuerzos, volvieron al lado del príncipe, que estaba conferenciando con los enviados suecos, el obispo Sarchevski, el padre Byalozor y otros magnates.

—¿Quién ha producido ese alboroto? —preguntó Radzivil rojo de ira.

—Ese noble que ha poco estaba aquí, el famoso Zagloba —respondió Korf.

—Un valiente caballero —repuso Su Alteza—, pero ya empieza a fastidiarme.

Al decir esto hizo señas al coronel Ganhof de que se acercara y le susurró unas palabras al oído. Entretanto, Zagloba, muy satisfecho de sí mismo, se dirigió a la sala de la planta baja, acompañado de Volodiovski y los dos Kretuski.

—Apenas llego —les dijo— y enciendo los corazones en el amor a la patria. Ahora el príncipe podrá mandar más fácilmente a paseo a los enviados suecos. Pero dime, Miguel, ¿por qué estás ahí inmóvil y con los ojos clavados en la carroza que se acerca a la puerta?

—¡Es ella! —exclamó Volodiovski—. ¡Es ella en persona!

—¿Quién?

—Panna Billevich.

—¿La que te dio tan enorme calabaza?

—Sí. Miradla, señores, y decidme si no es capaz de hacer perder el seso al más pintado.

Zagloba replicó:

—Te lo diremos cuando la veamos de más cerca.

Entretanto, la carroza, describiendo un semicírculo, se aproximaba cada vez más a la puerta de entrada.



En el carruaje iba sentado un hombre de edad madura, de aspecto noble y austero, que acompañaba a la señorita Alejandra, tan hermosa como siempre, tranquila y grave.

—Se conoce a la legua que es de ilustre prosapia —observó Zagloba—. Confieso que la hallo hermosísima, pero me parece demasiado delicada. Prefiero una de esas muchachas que sólo al verlas se pregunta uno involuntariamente: ¿Es una mujer o un cañón?

—¿Conocéis al que viene con ella? —preguntó Pan Miguel a un noble que estaba a su lado.

—¡Ya lo creo! —contestó el interpelado—. Es Pan Tomás Billevich, portaespada de Rossyeni, vasallo de Radzivil.

#### XIV

El príncipe, que había comido con los enviados suecos y con varios dignatarios, con los cuales había celebrado consejo, no se dejó ver de los nobles hasta el anochecer; pero había dado orden de que estuviesen preparados los regimientos de su guardia, y el castillo estaba rodeado de infantería como si fueran a sitiario.

Los criados de Su Alteza cargaban en los carros los objetos de más valor que, según Harasimovich, debían pasar a Tykotsin, porque no era prudente dejar en el castillo de Kyedani el tesoro.

Kmita llegó al caer la tarde, cuando las salas estaban ya iluminadas y los huéspedes comenzaban a reunirse. Al entrar en el cuartel para cambiar de traje encontró a Volodiovski y trabó conocimiento con los demás.

—Celebro veros aquí rodeado de vuestros valientes amigos —dijo a Miguel, estrechándole cordialmente la mano—. Me habéis herido, pero os soy deudor de un favor que con nada podría pagaros y que os agradeceré hasta la muerte.

—No hablemos más de eso, os lo ruego —repuso Volodiovski.

—Me arrojaría al fuego para demostraros mi gratitud, aunque en ello perdiera la vida —agregó Kmita—. Y si alguno lo duda que dé un paso adelante.

Así diciendo paseó una mirada retadora por todos los presentes, pero nadie le respondió, porque todos querían y respetaban a Pan Miguel como merecía.

Éste, por su parte, pensaba: «No me seguirías con tanto gusto si supieras a quién vas a encontrar aquí.» Y estuvo a punto de comunicar a Kmita la noticia de la llegada del portaespada de Rossyeni y de su sobrina; pero no se atrevió, y le preguntó sencillamente:

—¿Dónde está el escuadrón?

—Aquí —respondió Andrés—. Harasimovich me comunicó la orden de tocar a botasillas a medianoche. Le pregunté si nos pondríamos todos en marcha y me contestó que no. No acierto a comprender lo que significa esto. Otros oficiales han recibido la misma orden y los restantes no. La infantería extranjera, sin embargo, está preparada.

En aquel momento Harasimovich entró precipitadamente.

—¡Grande y poderoso abanderado de Orsha! —exclamó doblándose hasta el suelo.

—¡Aquí estoy! —contestó Kmita—. ¿Qué ocurre? ¿Se quema la casa?

—El príncipe os llama.

—Voy en seguida. Concededme el tiempo necesario para cambiar de traje.

Momentos después se presentaba en los aposentos del príncipe, el cual se disponía para salir.

—¡Hola! —exclamó éste—. ¿Estáis dispuesto?

—A las órdenes de Vuestra Alteza.

—¿Y el escuadrón?

—Preparado ya.

—¿Podemos fiar en esos soldados?

—Por vos se arrojarían al fuego.

—Perfectamente. Hombres así son los que necesito y, sobre todo, hombres como vos.

—Alteza, mi único deseo es el de luchar contra los enemigos de mi patria, y aunque mis servicios no pueden compararse con los que prestaron los antiguos soldados, Dios sabe que tampoco me quedaré a la zaga.

—Tengo muy en cuenta los servicios de los veteranos, pero hay momentos en que los peligros son tantos y tales que aun los más fieles y decididos pueden llegar a temblar.

—¡Perezca como un perro el que abandone a Vuestra Alteza en la hora del peligro!

—¿De manera que vos no me volveréis nunca la espalda? —le preguntó el príncipe mirándole fijamente.

Kmita se estremeció.

—¿Qué queréis decir, Alteza? —preguntó, a su vez, sorprendido—. Os he confesado todos mis yerros y jamás podré corresponder debidamente a vuestra indulgencia paternal y a vuestra magnanimidad. Se me puede tachar de todo menos de ingrato, y...

—Tampoco de desleal —interrumpió el príncipe—. Os confesasteis a mí como a un padre y yo os quiero como a un hijo, Kmita. Sólo os pido sinceridad —añadió Radzivil tras una breve pausa, tendiendo una mano al joven, que la estrechó con fruición.

Permanecieron silenciosos un momento. Luego dijo el príncipe mirando en los ojos a Kmita:

—Panna Billevich está aquí.

Andrés se puso intensamente pálido y murmuró unas palabras ininteligibles.

—La he llamado para que cese todo desacuerdo entre vosotros. La veréis pronto, ya que su luto ha terminado. Ha hablado con el portaespada de Rosseyeni.

—¿Cómo pagar a Vuestra Alteza este beneficio? —exclamó el joven.

—Le he dicho que deseo veros unidos, y no me parece mal dispuesta. Sois un valiente soldado, pero es necesario que sentéis la cabeza, y para eso nada hay mejor que el matrimonio. Tomad, pues, por esposa a la mujer amada, y acordaos de que os la doy yo.

—Alteza, temo enloquecer de alegría. Mi vida y mi sangre os pertenecen. ¿Qué debo hacer para demostraros mi gratitud?

—Devolverme bien por bien. Tened confianza en mí y creed que todo lo que hago es por el bien público. No me abandonéis aun cuando veáis la traición y la desertión en los demás, aun cuando la malicia o la maldad de la gente se pronuncie en contra mía, aun cuando...

El príncipe calló de improviso.

—Os lo juro —exclamó el joven con ardor—. Empeño mi palabra de honor de permanecer fiel a Vuestra Alteza, mi jefe, mi bienhechor, mi padre, hasta exhalar el último suspiro.

De pronto Kmita notó con sorpresa el súbito cambio que se había verificado en Radzivil, cuyo rostro estaba encendido y de cuya frente brotaban gotas de sudor, en tanto que sus ojos brillaban con fulgor extraño.

—¿Qué tenéis, Alteza?

—¡Nada, nada!

Radzivil se levantó, acercóse a un reclinatorio y, tomando un crucifijo, dijo con voz vibrante, aunque alterada:

—Jurad sobre esta cruz que no me abandonaréis hasta la muerte.

No obstante la habitual prontitud de su carácter y su juvenil ardor, Kmita fijó en el príncipe una mirada de sorpresa y pareció dudar.

—¡Jurad sobre este símbolo de la pasión de Cristo! —insistió Radzivil.

—¡Por Dios lo juro! —profirió Kmita tocando con su mano el crucifijo.

—Amén —dijo el príncipe en tono solemne.

Y asiendo del brazo al joven lo llevó a la puerta. Atravesaron algunos aposentos y antes de llegar a la gran sala hirieron sus oídos los acordes de la orquesta, dirigida por un francés que enviara Bogislao.

Se tocaba un *minué*, baile a la sazón en boga en la corte de Francia.

Radzivil se detuvo y aplicó el oído.

—Quiera Dios —dijo al cabo de un instante— que toaos mis huéspedes de hoy no se vayan mañana con el enemigo.

—Creo, Alteza, que no todos son partidarios de los suecos.

—¿Qué queréis decir? —preguntó el príncipe, sobresaltado.

—Nada, Alteza. Me parece que estos valientes soldados sólo piensan ahora en divertirse.

—Vamos a verlo —repuso Radzivil, y avanzó resueltamente.

Llegaron a la puerta de la sala, en cuyo umbral había una veintena de pajes, gallardos jovencitos vestidos lijosamente. Al ver al capitán general se separaron en dos filas a los lados de la puerta. Abriéronse las hojas y Radzivil y Kmita se dirigieron al estrado en el que estaban ya colocadas algunas poltronas para los huéspedes más distinguidos.

En la sala se notó un gran movimiento. Todas las miradas se fijaron en el príncipe y de todos los pechos brotó un grito de: «¡Vida Radzivil!»

El príncipe dio las gracias, inclinando ligeramente la cabeza, y empezó a cumplimentar a sus huéspedes.

Kmita, oculto tras el baldaquín, miraba también a los invitados. Sus ojos iban de rostro en rostro buscando el de la hermosa joven que en aquel momento llenaba toda su alma.

—¡Está aquí! —se decía—. Dentro de un instante la veré y hablaré con ella.

Y suspiraba cada vez con mayor agitación.

Por último, en el fondo de la sala, junto al cortinaje de una ventana, vio moverse algo blanco. Sus ojos se ofuscaron: ¡era Olenka, su dulce y querida Olenka!

La orquesta empezó a tocar. La muchedumbre comenzó a moverse, las damas pasaban de un grupo a otro, pero él no veía ni sentía nada. Toda su alma se concentraba en la mirada ardiente que tenía fija en la mujer adorada.

Alejandra estaba a corta distancia de él, pero no advirtió su presencia, y en medio de aquella multitud le pareció una extraña.

El corazón de Kmita latió con inusitada violencia, impulsado por la ira al mismo tiempo que oprimido por el dolor.

La orquesta cesó de tocar y Andrés oyó a su lado la voz del príncipe que le decía:

—Venid conmigo.

Kmita se agitó como si despertara de un sueño.

El príncipe había bajado del estrado para reunirse con sus huéspedes. Se detuvo a hablar con las damas y con los nobles más distinguidos, teniendo para cada uno de ellos una palabra cortés y cautivando todos los corazones con sus frases de afecto.

Por último se halló frente al portaespada de Rossyeni Pan Billevich, y le dijo:

—Os doy las gracias, mi querido amigo, por haber venido, por más que estoy enojado con vos. Billevich no dista cien millas de Kyedani, y, sin embargo, muy rara vez se os ve por aquí.

—Alteza —respondió el noble—, el que os roba vuestro tiempo perjudica al país.

—Pues bien, yo había pensado vengarme yendo a Billevich, con la esperanza de que acogeríais cordialmente a un viejo camarada.

Billevich, al oír esto, se sonrojó de placer.

El príncipe continuó:

—¡Falta el tiempo, falta el tiempo! Pero cuando caséis a vuestra sobrina, prometo asistir a la boda, tanto más cuanto que os debo una visita de atención. Entretanto, os presento a Pan Kmita, portaespada de Orsha. Conoceréis este nombre por habérselo oído a Heráclito, que amaba al viejo Kmita como a un hermano.

—Me inclino ante el portaespada de Rossyeni y le ofrezco mis servicios —dijo Andrés atrevidamente y con cierto orgullo—. Heráclito fue para mí un padre y un bienhechor y no he dejado de amar a los Billevich como si su propia sangre corriese por mis venas.

—Y especialmente —añadió el príncipe apoyando familiarmente su mano en el hombro del joven— desde que empezó a amar a cierta señorita Billevich, cosa que me confesó hace mucho tiempo.

—Y que repetiré ante el mundo entero, si es preciso —exclamó audazmente Kmita.

—¡Calma, calma! —dijo el príncipe sonriendo—. Este joven caballero ha hecho que hablen un poco de él; pero, precisamente por ser joven e impetuoso, lo he tomado bajo mi especial protección y espero que, mediante nuestros ruegos, obtendremos la revocación de cierta sentencia que ha pronunciado contra él un juez encantador.

—Vuestra Alteza hará lo que mejor le plazca —respondió el señor Billevich—. La doncella tendrá que repetir las palabras de la sacerdotisa de los paganos a Alejandro Magno: «¿Quién podrá oponerse a tus deseos?»

—Y nosotros, como el macedonio, nos atendremos a la profecía. Pero llevadnos al lado de vuestra sobrina, pues tendré sumo placer en saludarla.

—Estoy a las órdenes de Vuestra Alteza. Aquí está la muchacha, que se halla bajo la protección de Panna Voynilovich, que también es parienta nuestra. Perdone Vuestra Alteza su turbación, porque no he podido avisarle.

La previsión de Billevich era muy justa. Afortunadamente para Alejandra, no era la primera vez que veía a Kmita al lado del capitán general; y así conservó su serenidad; pero al ver al caballero se estremeció. Imaginaba que aquel desventurado joven erraba todavía por los bosques, solo y sin techo que le cobijara, perseguido por la justicia, que quería castigarle. Sólo Dios sabía cuántas lágrimas había derramado en secreto por Andrés. Y ahora le encontraba en Kyedani libre, altivo, brillante, con su uniforme de coronel, con la cabeza erguida, imponente, sereno, heroico. De pronto sintió aliviado su pecho, y luego se arrepintió de haberse compadecido de aquel hombre; por último sintió gozo y al mismo tiempo una sensación de debilidad y de admiración rayana en terror al ver a su amado.

Entretanto, el príncipe, el portaespada y Kmita se acercaron a ella. Alejandra bajó los párpados y levantó los hombros, como pájaro que quiere esconder la cabeza. Comprendió que los caballeros la buscaban a ella. Sin mirarlos les veía, sentía que se le acercaban cada vez más y, por último, adivinó que se hallaban a su lado. Tan segura estaba de esto que, sin levantar los párpados, se puso en pie y saludó al príncipe con una ligera inclinación de cabeza.

—¡Por la pasión de Cristo! —exclamó éste—. No me extraña que este joven haya perdido la cabeza, pues jamás he visto una flor más hermosa. Os saludo, encantadora doncella, con todo mi corazón y mi alma entera. ¿Me conocéis?

—Sí, Alteza.

—Yo no os hubiera reconocido. Cuando os vi la última vez erais una niña. Pero alzad vuestras pupilas. ¡Dichoso el que alcance semejante tesoro! ¡Desgraciado el que lo tenga y lo pierda! He aquí a este desgraciado. ¿Le conocéis?

—Sí, Alteza —contestó Olenka sin levantar los ojos.

—Es un gran pecador y lo he traído para que se confiese con vos. Imponedle la penitencia que os plazca, pero no le neguéis la absolución, porque la desesperación podría llevarle a cometer pecados mucho más graves aún.

El príncipe se volvió hacia el portaespada Voynilovich.

—Dejemos a estos jóvenes —dijo—, porque no conviene asistir a una confesión, cosa que también prohíbe mi fe.

Al fin Kmita y Olenka quedaron solos. El corazón de la doncella latía con fuerza y él estaba también conmovido.

—¿No esperabais verme, Olenka? —murmuró Andrés.

—No —bisbisó la joven.

—En verdad, mostraríais menos inquietud si estuviérais en presencia de un tártaro. No temáis. Aunque estuviéramos solos, no deberíais tener miedo, porque me he jurado respetaros. Tened confianza en mí.

—¿Cómo fiar en vos? —respondió ella levantando dulcemente los ojos.

—Es cierto, he faltado, pero fue en el pasado; en lo sucesivo no lo volveré a hacer. Hallándome en trance de muerte, a consecuencia de mi duelo con Volodiovski, me decía: «El corazón de Olenka no es de piedra y su cólera pasará; verá tu arrepentimiento, tu sincera conversión, y te perdonará». Al borde del sepulcro juré enmendarme y cumpliré mi juramento. Me hallo bajo la protección del capitán general, que no sólo me ha perdonado, sino que me defenderá contra todos. Ya no seré un proscrito, sino que ganaré gloria sirviendo a mi patria y repararé todo el daño que he causado. ¿Qué me respondéis, Olenka?

Ella le miró conmovida y juntó las manos en actitud de súplica.

—¿Puedo creerlo? —murmuró, vacilante.

—Sí, por Dios os juro que debéis hacerlo. Me ha creído el príncipe, que es el hombre más noble del mundo; ¿por qué no tener vos confianza en mí?

—Porque he visto los efectos de vuestras acciones: las lágrimas de la gente y las tumbas que la hierba no ha cubierto todavía.

—La hierba cubrirá esas tumbas y yo las regaré con mis lágrimas.

—Empezad por hacer eso.

—Lo haré; pero prometedme que cuando haya inundado con mis lágrimas esas fosas habré conquistado vuestro perdón y recobrado a vos misma. En nombre de Dios, os suplico, Olenka, que juréis no conceder vuestra mano a nadie antes de que me haya reconciliado yo con la nobleza.

—Ya sabéis que, en virtud del testamento de mi abuelo, no soy libre de casarme con otro que no seáis vos. Lo único que podré hacer es encerrarme en un convento.

—¡Ay de mí y de vos misma si tomáis esa determinación! —exclamó Kmita—. Sé que habéis rechazado a Volodiovski, porque me lo ha confesado él mismo, animándome a reconquistar vuestro corazón con mis acciones. Pero, ¿de qué me serviría si tomaseis el velo? Vamos a la guerra y no os pido que seáis mañana mi esposa; pero si me decís una palabra de consuelo viviré tranquilo. Escuchadme, bien mío: no deseo morir, pero en las batallas la muerte puede alcanzarme, y creo que debéis perdonarme como si tuviera ya el pie en el borde del sepulcro.

—¡Que Dios os preserve de todo mal! —respondió la doncella con tal dulce acento que Andrés no dudó de que sus palabras habían producido el efecto apetecido.

Como la nieve se derrite al primer calor de la primavera, así se disipó la desconfianza de los dos jóvenes. Sus corazones latieron con más libertad y sus ojos brillaron con

inusitado fulgor de alegría. Sin embargo, Alejandra nada había prometido aún, y él fue bastante hábil para no atreverse a pedir más.

Entretanto, el mayordomo anunció que la cena estaba servida y en seguida se produjo un gran movimiento en la sala. El conde de Lovenhaupt dio el brazo a la princesa y avanzó el primero. Le siguieron el obispo Parchevski y el padre Byalozor, ambos inquietos y cariacontecidos.

Kmita había ofrecido el brazo a Olenka y caminaba resuelto y radiante de felicidad.

A los acordes de la orquesta que tocaba una especie de marcha, entraron todos en la sala del banquete, inmensa como un campo. La mesa, en forma de herradura y capaz para trescientas personas, se doblaba al peso de la vajilla de plata y oro.

El príncipe Juan, por cuyas venas corría sangre real, se sentó en lugar preferente al lado de la princesa, y todos los que pasaban por delante de ellos se inclinaban y buscaban el asiento que por dignidad les correspondía.

Pareció a todos que el capitán general estaba hondamente preocupado. Dibujábase en sus labios una sonrisa, pero su mirada era la de un hombre presa de febril ansiedad. De vez en cuando nublábase su frente y en vano se esforzaba por mostrarse alegre.

En las alas de la larga mesa se conversaba animadamente, pero en el centro reinaba un silencio extraño; se murmuraba sólo una que otra palabra o se cambiaban tímidas e inquietas miradas.

—El capitán general está siempre taciturno y concentrado antes de emprender una guerra —observó el viejo Stankyevich volviéndose a Zagloba, que estaba sentado a su lado.

—También el león ruge melancólicamente antes de la acometida, para cobrar mayor odio al enemigo —replicó Zagloba.

—Mirad, señores: el obispo está pálido como un muerto —dijo Estanislao.

—Será porque está sentado a la mesa de un calvinista y temerá que le envenenen —contestó Zagloba en voz baja—. No es que yo desconfíe del príncipe, pero os aconsejo que no comáis, pues Dios protege a las personas precavidas»

—¿Qué estáis diciendo? Nunca he oído decir que los calvinistas sean capaces de envenenar las comidas que dan a sus huéspedes. En la Gran Polonia hay muchos luteranos y secuaces de Calvino y no ha habido que temer de ellos semejante traición.

En tanto que los coroneles discutían respecto a la guerra, Zagloba se puso a referir el asedio de Zbaraj, y los oyentes se entusiasmaron al oír el relato de las hazañas llevadas a cabo por los heroicos guerreros de aquel tiempo; parecía que el espíritu del inmortal Jeremías cerníase en aquella sala e infundía en las almas de aquellos soldados los más nobles propósitos.

El calor empezaba a hacerse insoportable y la sangre hervía en las venas de los guerreros. Los ojos lanzaban llamas; las frentes estaban bañadas en sudor.

En aquel momento dieron las doce en el reloj de la sala. De pronto temblaron las paredes y los vidrios de las ventanas y resonó el estampido del cañón.

Se produjo un silencio sepulcral. De improviso oyóse una voz que decía en el extremo de la mesa: «¡Dios mío! El obispo se ha desvanecido. ¡Agua! ¡Traed agua!».

La confusión era general. Algunos se levantaron para ver mejor lo que ocurría. El obispo no se había desmayado, pero se sentía tan mal que el mayordomo lo sostenía entre sus brazos, mientras que la mujer del vaivoda de Venden le rociaba el rostro con agua.

Se oyó otro cañonazo y luego otro y otro.

—¡Viva la República! ¡Mueran sus enemigos! —gritó Zagloba.

—¡Silencio! ¡El príncipe quiere hablar! —profirieron algunas voces.

Siguió a estos gritos un profundo silencio y todas las miradas se fijaron en Radzivil, que estaba en pie con una copa en la mano. Su rostro aparecía en aquel momento verdaderamente horrible. No estaba pálido, sino lívido y con los ojos desencajados.

—¿Qué sucede? ¿Qué le pasa al príncipe? —murmuraron los comensales, y un siniestro presentimiento oprimió los corazones.

Al fin Radzivil comenzó a hablar con voz débil:

—Señores, este brindis mío causará sorpresa a muchos, si es que no los llena de terror; pero todo el que me ame y tenga confianza en mi causa, repetirá conmigo: «¡Viva Carlos Gustavo, que desde ahora es nuestro rey!»

—¡Viva! —repitieron los dos enviados suecos y con ellos algunos comandantes forasteros.

Pero nadie les imitó. Los coroneles y los nobles se miraban atónitos y como preguntándose si el príncipe se habría vuelto loco. Por último, varias voces se atrevieron a preguntar:

—¿Hemos oído bien?

De nuevo reinó profundo silencio. Todos los semblantes denotaban estupor. Al fin, Radzivil, como aliviado de un gran peso, añadió volviéndose a Pan Komorovski:

—Ya es hora de hacer público el tratado que hemos firmado hoy a fin de que todos sepan a qué atenerse. Leed.

Komorovski se levantó, desenrolló un pergamino y comenzó a leer el terrible tratado, que decía así:

«En vista de que se ha perdido toda esperanza de salvación y de la situación desesperada en que nos encontramos; no pudiendo esperar ya auxilio ninguno de nuestro serenísimo rey, nosotros, señores y magnates del gran principado de Lituania, obligados por fuerza mayor, nos sometemos a la protección del serenísimo rey de Suecia, bajo las siguientes condiciones:

»I. Se aliará en guerra contra nuestros comunes enemigos, exceptuando el rey y el reino de Polonia.

»II. El gran principado de Lituania no será anexado a Suecia, sino que permanecerá, como hasta ahora, unido federalmente al reino de Polonia, con igualdad entre los habitantes, el senado y los caballeros en todo y para todo.

»III. Se conservará la libertad de palabra en la Dieta.

»IV. Se respetará la libertad de cultos.»

Y así sucesivamente, Komorovski continuó leyendo en medio de un penoso silencio, hasta llegar al último párrafo, que estaba redactado en los siguientes términos:

«Autorizamos el presente acto, con nuestra firma, por nosotros y nuestros descendientes; prometemos y estipulamos...»

En este punto se levantó en la sala un rumor parecido al primer soplo del huracán.

Pero antes que estallase la tempestad, levantóse Stankyevich, pálido como un muerto, y dijo con acento suplicante:

—¡Alteza, no podemos dar crédito a nuestros oídos! ¿Es posible que abandonemos de este modo a nuestros hermanos y a la patria? Recordad el nombre que lleváis, los servicios que habéis prestado al país, vuestra fama, hasta ahora inmaculada. Romped y pisotead ese vergonzoso documento. Sé que hablo no sólo en mi nombre, sino en el de todos los nobles y soldados aquí presentes. A nosotros toca decidir de nuestros destinos.

—¡Rasgad ese tratado! ¡Compadeceos de la República! —repitieron centenares de voces.

Todos los coroneles se levantaron y acercáronse al príncipe gritando:

—¡Alteza, rasgad ese tratado infame!

Radzivil alzó la cabeza y con los ojos llameantes de ira gritó:

—¿Os atrevéis a dar el primer ejemplo de insubordinación? ¿Queréis substituiros a mi conciencia, enseñarme mi deber para con la patria? Esto no es una Dieta, y nadie os ha pedido vuestro voto. ¡Yo asumiré toda la responsabilidad ante Dios!

Al decir esto se golpeó el pecho con ambos puños, y mirando a los oficiales, añadió tras una breve pausa:

—¡El que no esté conmigo está contra mí! ¡Preví lo que debía suceder esta noche, pero sabed, señores, que una espada pende sobre vuestras cabezas!

—¡Serenísimo príncipe! —imploró de nuevo el viejo Stankyevich—; ¡apiadaos de nosotros! ¡Compadeceos de vos mismo!

—No le supliquéis —interrumpióle Estanislao Kretuski—. ¿No veis que es inútil?

—¡Dos altos dignatarios de la República han vendido la patria! —gritó Juan Kretuski—. ¡Caiga sobre ellos el oprobio y la cólera divina!

Al oír estas palabras Zagloba, despertó de su letargo y exclamó:

—Preguntadle cuánto pesaba el talego que recibió de los suecos... y cuánto le han prometido éstos para el porvenir... ¡Ah, señores, éste es Judas Iscariote en persona! ¡Que el diablo le lleve! ¡Traidor, traidor, traidor! ¡Tres veces traidor!

Stankyevich, arrebatado de dolor, sacó del cinto su bastón de coronel y lo arrojó a los pies del príncipe. Mirski, Inzetovich, Hoshchyts, Volodiovski y Oskierko imitaron su ejemplo.

Radzivil ardía en furor y gritó con voz terrible:

—¡A mí, Ganhof, Kmita!

En el mismo instante se abrieron cuatro puertas, por las que entraron pelotones de infantería escocesa, terribles, silenciosos, armados de mosquetes.

—¡Alto! —exclamó el príncipe—. El que esté conmigo, pase al lado derecho de la sala.

—A fuer de soldado sirvo a mi capitán —dijo Karlamp, pasando a la derecha—. Que Dios me juzgue.

—También yo —dijo Myeleshko—; la culpa no es mía.

—Yo he protestado como ciudadano, pero como soldado debo obedecer —exclamó Nyevyarovski, el cual, aunque había arrojado su bastón de coronel, temblaba todavía.

Otros coroneles y gran número de nobles imitaron su ejemplo; pero Volodiovski, Mirski, Stankyevich, Hoshchyts y Oskierko permanecieron donde estaban, y con ellos los dos Kretuski, Zagloba y la mayoría de los oficiales y nobles. La infantería escocesa les rodeó como una muralla.

Kmita, en el punto en que el príncipe le proponía brindar por Carlos Gustavo, se había levantado y permanecía en pie como petrificado, repitiendo con voz temblorosa.

—¡Oh, Dios mío! ¿Qué he hecho?

Al mismo tiempo una voz amiga le murmuraba al oído:

—¿Qué os pasa, Pan Andrés?

—¡Estoy maldito! —exclamó éste mesándose los cabellos.

El rostro de Olenka se cubrió de rubor; sus ojos, que fulguraban como estrellas, se fijaron en Kmita.

—¡Baldón eterno a los que siguen al príncipe! —dijo—. ¿Qué hacéis, Andrés? ¡Escoged!

—¡Dios mío! —murmuró el joven.

No había arrojado su bastón y permanecía inmóvil, con el rostro lívido y la mirada extraviada. De pronto se volvió a Alejandra y extendiendo los brazos hacia ella la llamó con acento suplicante, cual un niño que nombra a su madre:

—¡Olenka! ¡Olenka!

Pero ella se retiró con manifiesto desprecio y le dijo en tono de firmeza:

—¡Vete, traidor!



En aquel momento gritó Ganhof:

—¡Adelante!

Y los escoceses rodearon a los prisioneros y los llevaron fuera de la sala.

Kmita los siguió maquinalmente como un loco, sin saber dónde encaminaba sus pasos.

## XV

Aquella misma noche el príncipe celebró una larga conferencia con el vaivoda de Venden y los enviados suecos. El tratado que habían firmado abría ante ellos un porvenir preñado de amenazas. Esperaba el príncipe cierta oposición, pero no una protesta formidable. Salvo algunas docenas de nobles calvinistas y un puñado de oficiales extranjeros, los cuales, como tales, no tenían voz en el Consejo, todos los demás habíanse declarado contrarios al tratado concluido con Carlos Gustavo, o mejor dicho, con su cuñado el general Magno de la Gardie.

Radzivil había dado la orden de detener a los oficiales rebeldes; pero no podía impedir que los escuadrones se rebelasen a su vez y pusieran en libertad a sus coroneles.

Quedaban al príncipe contados parciales, casi todos extranjeros, cuando necesitaba más que nunca oficiales polacos que atrajesen a otros con el prestigio de su nombre y de su reputación. Sólo le quedaba Karlamp, pero éste era un viejo soldado que carecía de influencia.

Quedábale también Kmita, joven emprendedor, atrevido, osado, ceñido ya de una gloriosa aureola y que mandaba un fuerte escuadrón que mantenía a sus expensas. Este defendería con el entusiasmo de la juventud la causa que había abrazado, comunicaría su fe a muchos esforzados caballeros. Pero también Kmita había vacilado. Si no había arrojado su bastón a los pies del príncipe, en cambio no demostraba su habitual ardimiento.

—No puedo contar con nadie —se dijo, al fin, con tristeza.

Habíanse consumido las bujías y la sala quedó a oscuras. Radzivil sacudió su penoso ensimismamiento y dio una palmada. Harasimovich, que aguardaba en la estancia contigua, apareció en seguida y se inclinó hasta el suelo.

—¡Luz! —dijo el príncipe imperiosamente.

Harasimovich se alejó a prisa y volvió poco después con un candelabro en la mano.

—Alteza —dijo en tono humilde—, ya es hora de descansar. Los gallos han cantado dos veces.

—No quiero dormir —respondió el príncipe—. ¿Ocurre novedad?

—No, Alteza.

—¿Están colocados los centinelas?

—Sí, Alteza.

—¿Se han comunicado mis órdenes a los escuadrones?

—Sí, Alteza.

—¿Qué hace Kmita?

—Se agita como un pez fuera del agua. Quería seguir a los Billevich, pero los guardias se lo han impedido. Sacó la espada y fue preciso atarlo. Ahora está tranquilo.

—¿Se ha marchado el portaespada de Rossyeni?

—No teníamos orden de detenerlo.

—¡Se me olvidó darla! —replicó el príncipe—. Abre la ventana, porque me ahogo. Di a Karlamp que vaya a Upita y traiga el escuadrón. Dale dinero para que lo distribuya entre los soldados. Anúnciale que le hago donación de Dydkayemse, la hacienda que había regalado yo a Volodiovski. Mándame a Kmita.

—Alteza, está loco.

—Nada temas; ve.

Harasimovich salió. El príncipe se acercó a un armario, sacó del cajón dos pistolas, se volvió a sentar y las puso al alcance de su mano.

Un cuarto de hora después entró Kmita acompañado de cuatro escoceses. El príncipe ordenó a los soldados que se retirasen y quedó solo con Andrés, que estaba pálido como un cadáver, aunque tranquilo y sereno.

—Jurasteis sobre un crucifijo no abandonarme —dijo Radzivil.

—Seré condenado si os obedezco —repuso el joven—, y si no os obedezco también; lo mismo da.

—¿Qué podía yo hacer contra los que eran mil veces más fuertes que yo?

—¡Morir! —respondió Kmita con firmeza.

—¡Morir! —repitió el príncipe—. Nada más sencillo para quien no teme a la muerte y la ha desafiado con frecuencia. Pero hay que tener en cuenta que si yo hubiese provocado una guerra sangrienta y hubiese muerto sin poder llegar a un arreglo, no hubiera quedado en este país piedra sobre piedra. Dios no lo permita, porque mi alma no hallaría reposo ni aun en el cielo. Condénenme los envidiosos tachándome de soberbio y digan que he vendido mi patria en provecho propio. Vos que me abandonáis, decidme cuáles son los medios de salvación; que me indiquen el camino los que me llaman traidor y esta misma noche haré pedazos el odioso documento y lanzaré mis escuadrones contra el enemigo.

Kmita no contestó.

—¿Calláis? —exclamó Radzivil, levantando la voz—. Os nombraré capitán general en mi sustitución y vaivoda de Vilna. No debéis morir, porque eso no es una valentía; pero salvad al país, defended las provincias ocupadas, vengad el incendio de Vilna, proteged a Imud contra los invasores suecos y arrojad a los enemigos al otro lado de la frontera. Atreveos a luchar tres contra mil.

—No soy capitán general y vaivoda de Vilna —repuso Kmita—, y es inútil hablar de lo que no me concierne. Pero si se trata de luchar tres contra mil, iré sin vacilar.

—Pues bien, ya que vuestro entendimiento no os sugiere medio alguno de salvación, confiadme esa tarea.

—¡No puedo! —replicó Kmita.

El príncipe abatió la cabeza sobre el pecho.

—No contaba con los demás —dijo—, pero he creído en vos y me he engañado. Os acogí como a mi hijo, os perdoné vuestros pecados, porque creí que en vuestro pecho palpaba un corazón atrevido, dispuesto a las más grandes empresas y porque tengo necesidad de leales soldados y no de hombres a los cuales no se les puede señalar otro sendero que aquel que nos ha conducido siempre al precipicio. ¿Qué es hoy la República que en otro tiempo podía amenazar al mundo entero? Deseo salvar a mi patria, y para ello, todos los medios y todos los procedimientos son buenos. Roma en sus tiempos nefastos tuvo dictadores y ese poder lo necesito yo. No me mueve el orgullo, y ofrezco gustoso mi puesto a los que se juzguen más dignos de ocuparlo. Pero si nadie lo quiere, lo guardaré para mí, aunque hubieran de desplomarse estos muros sobre mi cabeza.

Al decir esto el príncipe levantó sus manos como si tratase de sostener la bóveda pronta a caer sobre él y en aquella actitud parecía tan noblemente activo y grande, que Kmita le miró asombrado, como si le viese por primera vez, y preguntó al fin con voz alterada:

—¿Qué queréis hacer, Alteza? ¿Qué deseáis?

—¡Una corona! —gritó Radzivil.

—¡María Santísima!

Transcurrieron algunos minutos en el más profundo silencio, y resonó en lo alto de la torre el siniestro grito del búho.

—Oídmeme —dijo luego el príncipe—; es tiempo de que os hable con franqueza. La República perece, debe perecer, no hay salvación posible. La cuestión es salvar de la ruina esta provincia de Lituania, que renazca de sus cenizas la República entera, como el ave fénix. Se abre una era nueva. Esto es lo que me propongo, y la corona que deseo la llevaré como un peso sobre mi cabeza y me parecerá hacer de esta gran tumba nuevas generaciones. No temáis. La tierra no se abrirá; cada cosa quedará en su sitio, pero se aproximan nuevos tiempos. Doy esta tierra a los suecos para poder rechazar, con el auxilio de sus armas, a otro enemigo e imponerle un tratado. En la Suecia montañosa y estéril no hay bastantes hombres ni fuerza suficiente para ocupar la República entera. Podrán vencer a nuestro ejército una vez, dos veces, pero nunca le reducirán a la obediencia. Carlos Gustavo lo sabe bien y no quiere ni puede conquistar toda la República. Ocupará la Prusia y la Gran Polonia, y con esto se dará por muy satisfecho. Dejad, pues, que se cumplan los divinos designios. Los suecos están a mi lado, y el Elector, mi pariente, me ayudará también. Libraré al país de una guerra. Mi gobierno ensanchará las fronteras de la patria y empezará bajo los auspicios de la victoria; reinarán la paz y la prosperidad, unidas como siempre, y el fuego no destruirá las ciudades ni las aldeas. Juro por la luz del cielo, por esas estrellas temblorosas que allí arriba resplandecen, que si me queda vida y salud, reconstruiré este edificio y lo haré más fuerte que nunca.

Los ojos del príncipe llameaban y su cabeza parecía rodeada de una aureola luminosa.

—Alteza —dijo Kmita—, no puedo comprender plan tan vasto; mis ojos no están acostumbrados a contemplar tal grandeza.

—Los suecos no desposeerán a Juan Casimiro del reino, pero le dejarán únicamente la Mazovia y la Pequeña Polonia —prosiguió el príncipe siguiendo el curso de sus pensamientos—. Dios no le ha dado hijos, y más o menos tarde vendrá una elección. ¿A quién se concederá el trono si se desea unir otra vez el reino con la Lituania? ¿Cómo recobró el reino su poder y venció a los Caballeros de la Cruz? Después del encumbramiento de Ladislao Jagellón. Se repetirá el hecho. Los polacos dan el trono al que en él está sentado. ¡Tú, Dios de bondad, que riges el curso de los astros, concédeme la gracia de salvar a este desgraciado país, para gloria tuya y del cristianismo! ¡Dame hombres capaces de comprender y prontos a ayudarme en esta obra de salvación! Tal es mi deseo.

Levantó al decir esto sus brazos y volvió al cielo sus ojos exclamando:

—¡Tú me ves, Tú me juzgas!

—¡Alteza! —dijo Kmita, conmovido a su pesar—: vuestro intento es sublime.

—Arrojad, pues, vuestro bastón de mando a mis pies, violad vuestro juramento; ¡llamadme traidor!, destruid la patria, arrastradla al precipicio, aniquilad la mano que pueda salvarla, y luego presentaos ante el tribunal de Dios... ¡Él decidirá entre vos y yo!

Kmita cayó de rodillas ante Radzivil y exclamó:

—¡Poderoso príncipe, os seguiré hasta la muerte!

Radzivil puso una mano en la cabeza del joven y así permanecieron callados por un instante. Sólo el búho interrumpía con su grito siniestro aquel silencio.

—Recibiréis vuestra recompensa, lograréis todo lo que habéis pedido y deseado —dijo el príncipe en tono solemne—. Nada os faltará, y seréis más dichoso de lo que anhelaran vuestros padres. ¡Levantaos, futuro capitán general y vaivoda de Vilna!

En aquel momento despuntaba en el cielo el alba del nuevo día.

## XVI

Cuando Pan Zagloba gritaba profiriendo tres veces ante el terrible caudillo la palabra *traidor*, estaba exaltadísimo. Una hora antes de amanecer, cuando se hubieron disipado los vapores del vino y se encontró con los dos Kretuski y Pan Miguel en una mazmorra del castillo, comprendió, pero demasiado tarde, a lo que se había expuesto, en unión de sus compañeros.

—¿Qué sucederá ahora? —preguntó fijando sus espantados ojos en el pequeño caballero en quien tenía la mayor confianza.

—¡Que el diablo nos lleve! ¡Me es igual! —respondió Volodiovski.

—¡Jamás se ha visto en el reino ni en el mundo una infamia semejante! —dijo Juan—. En verdad os digo que es preferible morir a vivir en estos tiempos.

—¡Qué horribles sucesos! —exclamó Estanislao—. ¡Hay para perder el juicio!

—¡Calma, calma! —recomendó Zagloba—. No es el momento de desesperarse.

Estanislao, arrebatado de furor, rechinaba los dientes.

—¡Así reventéis! —rugió dirigiéndose a Zagloba—. ¡Qué ocurrencia la vuestra de traernos a casa de este traidor! ¡Pero la venganza caerá sobre él y sobre vos!

—Reflexiona, Estanislao —dijo Juan con severidad—, que nadie podía prever lo que ha sucedido. Ten paciencia, pues no eres el único que padeces. Nuestro puesto está aquí. ¡Dios salve la patria!

Estanislao no contestó y todos los demás callaron. Pan Miguel se puso a silbar entre dientes, afectando indiferencia, por más que en realidad sufría doblemente a causa de la desventura del país y de haber violado la obediencia debida al capitán general. Esto último era lo más doloroso para él, ya que estaba habituado a la férrea disciplina del ejército.

—¿No sería mejor pensar en el medio de salir de este atolladero? —dijo, de pronto, Zagloba—. ¿Hemos de permanecer aquí cuando la patria necesita de todos sus defensores? No creo que Radzivil quiera condenarnos a muerte. Si por una palabra inconsiderada o por un arrebatado de embriaguez producido por el vino se hubiera de cortar la cabeza a un hombre, no quedaría ya vivo ni un noble en toda la República. Somos extranjeros y no estamos bajo su jurisdicción; por lo tanto es necesario que él respete todas las opiniones y no ofenda a los nobles con actos de violencia. Ejerce autoridad sobre los oficiales, pero supongo que no será demasiado severo. ¿Dónde está tu escuadrón, Miguel?

—En Upita.

—¿Estás seguro de que esos hombres te permanecerán fieles?

—Así lo espero, mas no puedo asegurarlo.

Zagloba reflexionó un instante.

—Dame una orden para ellos —dijo luego—, para que me obedezcan como a ti mismo.

—¿Crees poder salir de aquí?

—Me he encontrado en situaciones más apuradas y Dios me salvó. Dame la orden que te he pedido y otra igual a los Kretuski. El que pueda evadirse primero traerá aquí el escuadrón y libertará a sus camaradas.

—Deliras —dijo Miguel—. No se escapa de aquí con tanta facilidad. Y por otra parte, ¿dónde está el papel, el tintero y la pluma?

—Dame tu anillo —añadió Zagloba.

—Tómalo y déjame en paz.

Zagloba tomó el anillo, se lo puso en el dedo y quedó pensativo.

Transcurrieron algunas horas y despuntó el alba. La luz, penetrando por las ventanas, disipó las tinieblas de la mazmorra y se reflejó en los rostros melancólicos de los cuatro caballeros que estaban sentados junto a la pared. Volodiovski y Kretuski estaban rendidos de cansancio, pero no bien oyeron en el patio pisadas de caballos, el sonido de las bocinas y los gritos de indignación y amenaza de los soldados, se pusieron en pie.

—¿Qué ocurre? —preguntó Zagloba sobresaltado—. ¡El Cielo nos ayude!

—Ese ruido tiene algo de extraño —observó Volodiovski—. Levantadme hasta la ventana para ver de qué se trata.

Juan levantó en sus brazos a Pan Miguel, y éste, asido a la reja, observó atentamente.

—¿Qué es eso? —dijo con acento de sorpresa y temor—. Veo el regimiento de infantería húngaro que mandaba Oskierko. Le quieren mucho y seguramente exigirán que le pongan en libertad. Están formados en línea de batalla. Los manda el lugarteniente Stahovich, que es amigo de Oskierko.

Se oyeron gritos más fuertes.

—Ganhof corre a su encuentro —prosiguió Volodiovski—. Dice algo a Stahovich. Éste se adelanta con dos oficiales y se alejan de los soldados. Sin duda acuden en comisión al general. ¡Se sublevan! Se apuntan los cañones contra los húngaros y los escoceses parecen también en orden de batalla. Soldados de los escuadrones polacos se unen a los húngaros.

—¡Nos salvaremos, vive Dios! —exclamó Zagloba—. ¿Son muchos los escuadrones polacos? Si éstos se sublevan, menuda va a ser la tremolina.

—Stankyevich con sus húsares y Mirski con los escuadrones de coraceros, están a dos jornadas de Kyedani. Si ellos hubiesen estado aquí, el príncipe no se habría atrevido a detener a los comandantes. ¡Ah! Ya avanza el escuadrón de Kmita; son seiscientos hombres.

—¿Y de parte de quién está Kmita?

—No lo sé; me parece indeciso.

—Quiera Dios que se una a nosotros —dijo Zagloba, que estaba muy enardecido.

En aquel momento se oyeron voces amenazadoras que decían:

—¡Los coroneles! ¡Los coroneles! ¡Queremos los coroneles!

De improviso una fuerte descarga de mosquetes, que procedía de la parte posterior del castillo, les hizo enmudecer.

—¡Jesús! —exclamó Volodiovski.

—¿Qué ocurre, Miguel? —preguntóle Zagloba.

—Sin duda han fusilado a Stahovich y a los dos oficiales que han ido con él como diputados al príncipe.

—¡Por la pasión de Cristo! ¡Ya no hay salvación para nosotros!

El estruendo de los mosquetes cortó la conversación de Miguel, que, asido a la reja, sacaba la cabeza entre los barrotes, pero no pudo ver más que las piernas de los

escoceses. Las descargas eran cada vez más frecuentes. El castillo retemblaba sobre sus cimientos.

—¡Baja, Miguel, si no quieres que te maten! —gritó Juan.

—¡Déjame! Las balas rebotan en lo alto y el cañón está vuelto al otro lado. Los húngaros han roto el fuego.

—¡Bravos soldados! Se baten sin sus oficiales.

—¡Dios de misericordia, no retardes el castigo de los traidores! —exclamó Zagloba.

—¿Qué sucede, Miguel? —preguntó Juan—. ¿No ves nada más?

—Aguarda a que se disipe el humo... ¡Ah, los escoceses avanzan al asalto!

—¡Mil rayos! ¡Y nosotros estamos aquí sin poder hacer nada! —rugió Estanislao.

—Los alabarderos húngaros atacan con las espadas desenvainadas. ¡Si vierais qué soldados!

—Los húngaros triunfan —añadió Volodiovski al cabo de un instante—. Los escoceses retroceden. Kyeleshko les acomete al frente de sus dragones. Los escoceses están entre dos fuegos. Korf no puede hacer uso del cañón porque los destrozaría. Los húngaros avanzan como un huracán destruyéndolo todo.

—¡Si al menos se apoderasen del castillo! —dijo Zagloba.

—Eso es imposible. Está demasiado bien defendido. Pero, ¿qué es eso? Veo una gran nube de polvo. ¡Kmita avanza a galope tendido con su escuadrón!

—¿Por dónde viene? —gritó Zagloba.

Miguel no respondió. El estrépito de las armas y los gritos eran ensordecedores.

—¡Maldición! ¡Los húngaros han sido derrotados! La caballería les ha deshecho, y Kmita se ha apoderado de su bandera.

Dicho esto, Miguel saltó a tierra y cayó en brazos de Juan, diciéndole:

—¡Mátame, por favor! ¡He tenido a ese hombre bajo mi sable y lo he dejado vivir! Por mi culpa pudo reclutar ese escuadrón, porque le transmití la orden que había recibido del príncipe. ¡Ah, Dios mío, déjame vivir hasta que haya podido castigar a ese traidor, pues juro que le he de hacer pedazos!

Entretanto se oían cada vez más fuertes los gritos de los combatientes, el trotar de los caballos, las descargas de mosquetería. Pero en seguida cesó el estruendo de la lucha y reinó en el castillo de Kyedani el más profundo silencio.

—Mira, Miguel, a ver si te puedes enterar de lo ocurrido —dijo Zagloba al pequeño coronel.

—¿Para qué? —respondió éste—. El que es soldado se imagina fácilmente lo que sucede. Los húngaros han sido derrotados y Kmita triunfa.

## XVII

Miguel tenía razón, Kmita había triunfado. Los húngaros y parte de los dragones de Myeleshko y de Karlamp, que se habían unido a ellos, yacían muertos en el patio del castillo. Algunos, muy pocos, habían logrado escapar milagrosamente y corrían por la ciudad, perseguidos de cerca por la caballería. Varios fugitivos llegaron al campamento de

Sapihea, vaivoda de Viteks, adonde llevaron la noticia de la traición del capitán general y del arresto de los coroneles.

Entretanto, Kmita, cubierto de sangre y de polvo, se presentaba con la bandera de los húngaros ante Radzivil, que le recibió con los brazos abiertos. Pero Andrés estaba taciturno y apesadumbrado como si hubiera procedido en abierta lucha contra su voluntad y conciencia.

—Alteza —le dijo—, no me agradan las alabanzas; hubiera preferido mil veces batirme con el enemigo común a destrozador soldados que podían ser útiles a la patria.

—La culpa es de los rebeldes —respondió el príncipe—. Por mi parte, mejor quisiera enviarlos a Vilna, y así me propongo hacerlo. Sin embargo, era preciso hacer un escarmiento.

—¿Qué piensa hacer Vuestra Alteza con los prisioneros?

—Fusilar a uno de cada diez; los demás se repartirán entre los diversos regimientos. Hoy deberéis ordenar a los escuadrones de Mirski y Stankyevich que se preparen para la campaña. Os confío el mando de esos escuadrones y del tercero, el que mandaba Volodiovski. Los tenientes serán vuestros subordinados y os obedecerán en todo.

—Y en caso de resistencia, ¿qué debo hacer? En el escuadrón de Volodiovski hay hombres de Lauda que me odian a muerte.

—Anunciad que Mirski, Stankyevich y Volodiovski van a ser fusilados en seguida.

—Alteza —observó Kmita, indignado—, los soldados dicen que Volodiovski os salvó la vida en Tsibyhova.

—Entonces cumplió con su deber; ahora me ha traicionado y tiene que morir.

Un relámpago brilló en los ojos de Andrés.

—¡Eso no es posible, Alteza! —exclamó.

—¿Por qué? —preguntó el príncipe frunciendo el ceño.

—Suplico a Vuestra Alteza que respete a Volodiovski —replicó Kmita con énfasis—. Pudo muy bien no haberme transmitido vuestro encargo; por él me hallo a las órdenes de Vuestra Alteza. No vacilé en salvarme, por más que ambos queríamos a la misma mujer: le estoy reconocido, y he jurado demostrarle mi gratitud. Sed clemente, Alteza, con él y sus amigos. ¡Os pido gracia para ellos!

—¡Volodiovski y sus compañeros deben pagar la rebelión! —gritó el príncipe con voz tonante.

—Si yo no hubiera dispersado a los húngaros, otra cabeza habría de caer —replicó Kmita con entereza.

—¿Qué queréis decir con eso? —preguntó Radzivil en tono amenazador—. ¿Renunciáis, acaso, a mi servicio?

—Alteza —repuso Andrés arrebatado—, no renuncio: imploro, suplico. Pero no sucederá esa desventura. Esos soldados son famosos en toda la Polonia, y no quiero ser un Judas para Volodiovski. Me arrojaré al fuego por Vuestra Alteza, pero no me rehuséis esta gracia.

—¿Y si os la rehusó?

—¡Ordenad que me fusilen, porque ya no quiero vivir!

—¡Ved a quién habláis, desdichado!

—Alteza, no me empujéis a la desesperación.

—Puedo prestar oídos a una súplica, pero no tolero la más ligera amenaza.

—Yo ruego... yo suplico —dijo Kmita, arrodillándose.

Radzivil enmudeció. La palidez y el rubor alternaban con rapidez fulmínea en el rostro de Kmita, que permanecía de hinojos. Era evidente que si la escena se prolongaba un instante más, el joven no podría contener los ímpetus de su carácter.

—¡Levantaos! —dijo, por fin, Radzivil.

Andrés obedeció.

—Sabéis defender a un amigo —añadió el príncipe—, y esto me prueba que también sabréis defenderme a mí. No puedo negaros la gracia que me pedís. Escuchad: enviaré a Stankyevich, Mirski y Oskierko a los suecos de Birji; los dos Kretuski y Volodiovski les seguirán. Los suecos no les harán el menor daño, y lo mejor es que estén allí tranquilos, lejos del teatro de la guerra.

—De todo corazón agradezco a Vuestra Alteza esas bondades.

—No os apresuréis —repuso el príncipe—. Les perdono a todos, menos a ese viejo noble, de cuyo nombré no me acuerdo. Fue el primero que se atrevió a llamarme traidor, él excitó a los demás, y quizá no habría sucedido nada sin la audacia inaudita de ese hombre. No hay género de muerte, no hay tormentos, por duros que sean, que basten al castigo de un delito tan grave. No intercedáis por él; sería inútil.

Pero Andrés no se descorazonaba tan fácilmente y tomando las manos del príncipe las llenó de besos y empezó a suplicar con toda la vehemencia de su alma.

Radzivil se mordió los labios.

—He decretado su muerte.

—Lo que decretara el capitán general y el vaivoda de Vilna, puede anularlo el príncipe de Lituania que, por la gracia de Dios, será en breve rey de Polonia.

Andrés manifestó con sinceridad su sentimiento. Pero él más hábil cortesano no hubiera podido encontrar en defensa de sus amigos más poderoso argumento. La altiva frente del magnate irradió de gozo al sonido de aquel título tan codiciado y que aun no poseía.

—Está visto —dijo—, que nada puedo negaros. Irán todos por ahora a Birji, y cuando esto quede realizado, pedidme otra gracia. Id a comunicar la feliz nueva.

—Nueva feliz para mí, no para ellos. No iré, Alteza, porque parecería que quiero jactarme de mi intercesión.

—Haced lo que gustéis, pero traedme aquí sin tardanza los escuadrones de Mirski y Stankyevich; cumplido este encargo os confiaré otro agradable.

—¿De qué se trata, Alteza?

—Veréis a Billevich, el portaespada de Rosseyeni, y le rogaréis en mi nombre que venga aquí con su sobrina, para permanecer en el castillo durante la guerra.

—No querrá acceder a los ruegos de Vuestra Alteza —replicó Kmita vacilando—. Salió de Kyedani enfurecido.

—Su cólera se habrá calmado. De todos modos, llevad algunos soldados y si no quieren venir metedles en una carroza custodiada con dragones y traédmelos a la fuerza. Es preciso que vengan, tanto por vos como por mí. Los Billevich son muy poderosos en Imud, porque están emparentados con todos los nobles, y cuando no de otra cosa, me servirán de rehén. Además, al lado del portaespada está Panna Billevich y todos los soldados de Lauda, los cuales, si fuesen al campamento del vaivoda de Vitiéks, serían recibidos con los brazos abiertos.

—Sólo en el escuadrón de Volodiovski hay hombres de Lauda.

—Que son los tutores de Panna Billevich, ¿no es cierto? Haced que venga ella a Kyedani. Procuraré atraerme el portaespada y vos conquistaréis a la muchacha. Si Alejandra lo quiere, las bodas se celebrarán en seguida, con gran pompa; en caso contrario, la conduciréis al altar sin ceremonia. Pasada la tormenta todo irá bien. Así se ha de tratar a las mujeres. Ella llorará, se desesperará al pie del altar; pero al día siguiente pensará que el diablo no es tan negro como lo pintan y al tercero estará contentísima. ¿Cómo os separasteis ayer?

—Me abofeteó moralmente llamándome traidor.

—¡Qué genio! Cuando seáis su esposo, le diréis que se ocupe en su rueca y no se entrometa en los negocios públicos.



—Vuestra Alteza no la conoce. Es muy perspicaz y más de un hombre envidiaría su buen sentido.

—Si ella os ha herido en el corazón, procurad flecharla a vuestra vez.

—¡Quiéralo Dios, Alteza! Una vez me apoderé de ella por la violencia, pero he jurado no hacerlo más. Una voz interior me dice que, si la condujere por fuerza al altar, no ganaría su corazón. Si podemos convencer a su tío la convenceré a ella y entonces me juzgaría de otro modo. Ahora voy en busca de Billevich y traeré aquí al tío y a la sobrina, porque temo que a ella se le ocurra refugiarse en un convento; pero, francamente lo digo, Alteza, mejor quisiera luchar contra Suecia entera que presentarme a Alejandra en este momento, porque desconoce mis honradas intenciones y me considera traidor.

## XVIII

Kmita no partió aquel mismo día, ni al siguiente, porque de todas partes llegaban a Kyedani noticias alarmantes. Al anoecer llegó un correo anunciando que los escuadrones de Mirski y de Stankyevich se dirigían hacia la residencia del capitán general para pedir, con las armas en las manos, la libertad de sus coroneles. La noticia de la traición del príncipe habíase divulgado rápidamente y los oficiales enviaron mensajeros a Podliasye y a Zebladogo invitando a todos a unirse en defensa de la patria.

Esto modificó todos los planes y cálculos del príncipe, el cual resolvió ponerse a la cabeza de sus fieles regimientos escoceses, de la artillería y la caballería y lanzarse contra los rebeldes, sofocando el incendio en sus comienzos.

Sabía que los soldados, sin sus coroneles, no eran más que masas desorganizadas, y además se decidió a no dar cuartel y aterrorizar con el ejemplo a todo el ejército, a todos los nobles y a Lituania entera. Todo lo que había determinado debía realizarse, y realizarse con sus propias fuerzas; por eso decidió trasladar a los prisioneros a Birji, donde estarían más seguros que en Kyedani. El príncipe creía, con razón, que llevando a los coroneles a una fortaleza apartada donde, según el tratado, debía hallarse ya una guarnición sueca, se borraría de la mente de los soldados rebeldes todo propósito de libertarles y fracasaría la rebelión.

Era ya de noche cuando un oficial entró con una linterna en la mazmorra de los prisioneros y les dijo:

—Señores, preparaos a seguirme.

—¿A dónde? —preguntó Zagloba con voz algo alterada.

—Ya lo veréis. ¡Seguidme!

—Vamos.

Apenas se hallaron en el corredor, rodeóles un grupo de soldados escoceses, y Zagloba se turbó más todavía.

—Con tal de que no nos conduzcan a la muerte sin un sacerdote y sin confesión —bisbisó al oído de Volodiovski.

Y luego, dirigiéndose al oficial, le preguntó:

—¿Cómo os llamáis?

—¿Qué os importa mi nombre?

—Tengo en Lituania muchos parientes, y siempre me ha gustado saber con quién trato.

—Soy Roch Kovalski, para serviros.

—De honrada estirpe. Mi abuela era una Kovalski. ¿Descendéis de los Kovalski de Vyerusk o de los de Koram?

—Me interrogáis como un juez.

—Os pregunto todo esto porque sin duda somos parientes —replicó Zagloba—; lo cierto es que nos parecemos.

—Bueno, bueno, ya hablaremos de eso por el camino. Tiempo quedará para ello.

—¿Por el camino? —repitió Zagloba y se sintió como aliviado de un peso enorme—. Miguel —murmuró—, ¿no dije que no podían cortarnos la cabeza?

Entretanto habían llegado al patio. Era ya noche cerrada. Aquí y allá ardían antorchas y linternas, que proyectaban una luz incierta sobre los grupos de soldados y de caballos de diferentes armas. Todo el patio estaba lleno de tropas.

Kovalski detuvo la escolta y los prisioneros frente a una carroza tirada por cuatro caballos.

—Subid, señores —dijo a aquéllos.

—Pero, ¿quién está ahí? —preguntó Zagloba viendo en el interior del carruaje algunos rostros.

—Mirski, Stankyevich, Oskierko —respondieron tres voces.

—Volodiovski, Juan y Estanislao Kretuski, y Zagloba —respondieron estos caballeros.

—Viajamos en muy honrosa compañía. ¿A dónde nos conducen? ¿Lo sabéis vosotros?

—A Birji —dijo Kovalski.

Una escolta de cincuenta dragones rodeó la carroza, que al punto se puso en movimiento. Los prisioneros hablaban en voz baja.

—Nos conducen a Birji para entregarnos a los suecos —dijo Mirski—. ¡Ya me lo esperaba!

—Prefiero estar entre enemigos que entre traidores —dijo Stankyevich.

—Yo querría mejor que me alojara una bala en la cabeza —añadió Volodiovski—; estaremos mano sobre mano hasta que termine la guerra.

—No digas disparates, Miguel —murmuró Zagloba—. De una carroza puede uno apearse fácilmente y aun de Birji se puede huir; pero una vez fusilado, las cosas no tienen remedio. Preveo que ese traidor no se atreverá a quitarnos la vida.

—¿Hay acaso algo de que no sea capaz Radzivil? —preguntó Mirski.

Guardaron silencio unos momentos. Mientras tanto, la carroza había llegado a la plaza de Kyedani. La ciudad dormía; no se veía en la calle alma viviente ni luz alguna.

—Señores —dijo, por último, Zagloba—; no os podéis imaginar las situaciones terribles en que me he encontrado y de las que siempre he salido con bien. Decidme, ¿qué clase de pájaro es el oficial que manda la escolta? ¿No sería posible inducirlo a que abandone al traidor y se una con nosotros?

—Es Roch Kovalski —respondió Oskierko—. Le conozco muy bien y os aseguro que más fácilmente podríamos persuadir a su caballo que a él; no creo que haya en el mundo un hombre más estúpido que ése.

—¿Y por qué lo han nombrado oficial siendo tan estúpido?

—Porque el príncipe gusta de su fuerza extraordinaria. Rompe las herraduras de los caballos, lucha a brazo partido con los osos y todavía no ha encontrado un hombre que le haya derribado al suelo. Además, si un superior suyo le mandara que se diese de cabeza contra una pared, obedecería sin replicar. Ha recibido orden de conducirnos a Birji, y allí nos conducirá aunque se hunda el firmamento.

—Por mi honor —dijo Zagloba, que escuchaba atentamente la conversación—, es un hombre resuelto.

—Sí, pero su resolución no tiene otro origen que su estupidez. Es un hombre, en cierto modo, maravilloso. Una vez durmió cuarenta horas seguidas en el cuartel, y cuando le despertaron aseguró que se caía de sueño.

—Me gusta ese oficial —dijo Zagloba—. Sin contar que es bueno saber con quién se las ha uno.

Y dirigiéndose a Kovalski añadió:

—¡Por favor, venid a este lado!

—¿Qué me queréis? —dijo el oficial.

—¿Lleváis aguardiente?

—Sí.

—Dadme un trago.

—¿Un trago? ¿A santo de qué?

—¿Acaso tenéis orden de negármelo? No. Por lo tanto, no me rehuséis un sorbo de *goraika*.

—¡Ah! —exclamó Kovalski maravillado del argumento—. Parece que me lo pedís por fuerza y...

—Por fuerza o de buen grado, deber vuestro es ayudar a un pariente, a un viejo pariente que si se hubiese casado con vuestra madre, habría podido ser vuestro padre.

—¿De modo que sois pariente mío?

—¡Naturalmente! ¿Ignoráis, acaso, que existen dos ramas de Kovalski, la de Vyerusk, que tiene en su blasón una cabra, y aquella en cuyo escudo se ve la nave en la cual sus antepasados escaparon de Inglaterra y vinieron a Polonia por mar? Estos últimos son precisamente mis parientes, por parte de mi abuela, y por esto figura en mi escudo la consabida nave.

—¡Por Dios! Sois, en verdad, mi pariente.

—¡Sí, la misma sangre corre por nuestras venas! —exclamó Zagloba—. ¡Qué dicha la de habernos encontrado! Vine a este país con el solo propósito de conocer a los Kovalski, y por más que estoy preso no pierdo la dulce esperanza de poder abrazarlos.

—Lo siento, pero, por mi parte, no puedo complaceros. Me han ordenado que os conduzca a Birji, y allí iremos. El parentesco es una cosa y el servicio otra.

—Llamadme tío —repuso Zagloba.

—Aquí tenéis el aguardiente —replicó Kovalski—. Puedo daros todo el que queráis.

Zagloba tomó el frasco y bebió a su sabor.

—Bajad del caballo y sentaos en la carroza a mi lado —dijo luego al oficial—. Charlaremos un rato; querría saber algo de vuestra familia. Respeto la ordenanza, y no creo que prohíba esta inocente expansión.

Kovalski reflexionó un instante y en seguida repuso:

—No, eso no está prohibido.

—Y no tardó en sentarse al lado de Zagloba, quien lo abrazó cordialmente.

—¿Cómo está tu anciano padre? Dios me perdone... pero creo haber olvidado su nombre.

—Se llama Roch como yo.

—¡Es verdad! ¡Qué cabeza la mía! ¡Roch engendró a Roch! Esto está conforme a la ley. Y tú debes dar el mismo nombre a tu hijo. ¿Estás casado?

—¡Claro! ¡Soy Kovalski y he aquí al Kovalski pequeño!

Así diciendo, el joven oficial mostró a Zagloba la empuñadura de un pesado sable, y repitió:

—¡No quiero otro!

—¡Muy bien! —exclamó Zagloba—. Es un encanto hablar contigo. Roch, hijo de Roch... Será una lástima que contigo se extinga tu esclarecida estirpe... Pero dime, ¿dónde iban los soldados cuando nosotros salíamos de Kyedani?

—Contra los insurrectos.

—Sabe Dios quiénes son los insurrectos, si los demás o vosotros...

—¡Insurrecto yo! ¡No por cierto! Yo hago lo que el capitán general me manda.

—¡Pero el capitán general no hace lo que le manda el rey, porque, seguramente, no le habrá mandado aliarse con los suecos. ¿No querrías mejor matar suecos que entregar en sus manos a uno de tus parientes?

—Sí, pero cuando mandan es preciso obedecer.

—Querido, aquí para entre nosotros, el capitán general se ha rebelado contra el rey y contra la patria. No se lo digas a nadie, pero es la verdad; y los que le sirven son tan rebeldes como él.

—No debo escuchar semejantes palabras —murmuró Kovalski—. El capitán general es mi superior y Dios me castigaría si le desobedeciese.

—Hablas como un hombre honrado, pero si, por ventura, cayeras en manos de esos que tú llamas insurrectos, yo me vería en libertad y no sería por culpa tuya; porque, *nec Hercules contra plures*. No sé dónde están los escuadrones sublevados, pero tú debes saberlo y podríamos dirigirnos hacia aquel lado.

—¿Qué queréis decir?

—Pues sencillamente, que si pasáramos por donde ellos están nos libentarían y no sería tuya la culpa. No tendrías pecado alguno sobre la conciencia, en tanto que el remordimiento de haber quitado la vida a un pariente es cosa terrible.

—¿Qué decís, tío? Voy a montar de nuevo en mi caballo para no oíros más. No soy responsable de la desgracia de mi tío; allá se las arreglará con su conciencia el capitán general. Mientras yo viva, no accederé a lo que me proponéis.

—¡Calma, querido mío! —dijo Zagloba—. Prefiero que me hables con sinceridad, aunque yo soy tu tío desde mucho antes que Radzivil fuese tu caudillo. ¿Sabes tú, Roch, lo que es un tío?

—Un tío es un tío.

—Muy bien dicho, pero cuando no se tiene padre la Sagrada Escritura manda que se obedezca al tío. El poder de un tío es igual al del padre, contra el que es pecado resistir. ¿Tiene el hombre derecho a rebelarse contra su padre, su madre, sus abuelos, etcétera? Responde, Roch, ¿tiene ese derecho?

—¿Qué decís? —preguntó Kovalski medio dormido.

—Digo que un hombre no puede alzarse en contra de la autoridad de sus padres. ¿No es verdad?

En vano aguardó una respuesta.

—¡Roch! ¡Roch! —repitió en tanto que éste se dormía como un lirón.

—Duerme —murmuró Zagloba—. Aguarda un poco... quiero librarte del peso de este yelmo... y la capa te oprime demasiado el cuello, podría ocasionarte un ataque de apoplejía. ¿Qué pariente sería yo si no te salvase de semejante muerte?

Mientras decía esto sus manos rozaban suavemente la cabeza y el cuello del oficial. En la carroza todos dormían, y los soldados mismos se amodorraban en sus sillas; uno de ellos marchaba a la descubierta, canturreando, en tanto que observaba el camino.

A poco, el soldado que llevaba de la rienda el caballo de Kovalski, vio aparecer en la obscuridad la capa y el yelmo de su jefe. El oficial le hizo seña de que se acercara y en un santiamén se plantó a caballo.

—Comandante, ¿dónde nos detendremos para comer? —preguntó el sargento acercándose.

Roch no respondió, espoleó a su caballo y partió a galope tendido, desapareciendo en las tinieblas.

—El comandante —se dijeron los dragones— quiere ver, sin duda, si hay algún mesón en estos alrededores. Ya es hora de tomar un bocado y dar un pienso a los caballos.

Pasó media hora, una hora, dos, y Kovalski no volvió. Los caballos estaban fatigadísimos, especialmente los que tiraban de la carroza. El sargento mandó a un soldado que se adelantase en busca del oficial.

—Si ves al comandante, dile que los caballos no pueden avanzar más.

El soldado partió, pero al cabo de una hora volvió solo diciendo:

—No se ve huella alguna del comandante por ninguna parte. Creí descubrirle en un mesón, poco distante, pero no estaba y nadie ha oído pisadas del caballo. ¡Sabe Dios dónde se habrá metido!

—Nos detendremos en algún sitio. Los caballos tienen que descansar —añadió el sargento.

En efecto, detuviéronse frente a la venta, donde desmontaron. Algunos llamaron a la puerta, desataron los haces de heno que colgaban de la silla y dieron de comer a los caballos.

Los prisioneros se despertaron cuando se paró la carroza.

—¿Dónde estamos? —pregunto el viejo Stankyevich.

—¡Quién sabe! —respondió Volodiovski—. Sólo sé que no vamos a Upita.

—Para ir de Kyedani a Birji hay que pasar por Upita —contestó Juan.

—Sí, pero en Upita está mi escuadrón, y el príncipe, temiendo que éste se subleve, habrá ordenado a Kovalski que tome otro camino.

—Mirad a Zagloba —dijo Stankyevich—: en vez de pensar en sus ardides, según nos prometiera, duerme tranquilamente.

—Dejémosle. Quizá está cansado de charlar con el imbécil del comandante, a propósito de no sé qué parentesco. Trató de convertirle a nuestra causa, pero no lo ha conseguido.

—¿De veras son parientes? —preguntó Oskierko.

—Como vos y yo —respondióle Volodiovski.

—¿Dónde está Kovalski? —dijo Mirski sacando la cabeza por la portezuela—. No le veo.

—Estará en el mesón —repuso Oskierko.

—Soldado, ¿dónde está el comandante? —preguntó Volodiovski a un dragón que se hallaba junto a la ventanilla.

—No lo sabemos, coronel —respondió el interpelado—. Al salir de la carroza, montó a caballo, partió al galope y todavía no ha vuelto.

Volodiovski extrañó la partida del oficial, pero nada dijo. En el interior de la carroza volvió a reinar silencio. Los caballos masticaban tranquilamente su heno, algunos soldados se adormilaban y otros soltaban imprecaciones porque no había en la venta nada con qué refocilarse.

El cielo empezaba a clarear. Palidecían las estrellas, que iban desapareciendo. Volodiovski abrió los ojos y lanzó una mirada a Zagloba. De pronto exclamó:

—¡Con mil diablos! ¡Abrid los ojos y mirad!

—¿Qué ocurre? —preguntaron los coroneles despertando sobresaltados.

—¡Mirad, mirad! —repitió Volodiovski señalando al durmiente.

Los prisioneros volvieron sus ojos al punto indicado y quedaron mudos de estupor. En el asiento de Zagloba y envuelto en la capa del viejo noble, Kovalski dormía como un bienaventurado. Zagloba se había escapado.

—¡Con dos mil de a caballo! ¡Se largó nuestro hombre! —exclamó Mirski volviendo a todas partes los ojos como si no pudiera dar crédito a lo que veía.

—Ha tomado el yelmo y la capa de ese pedazo de bruto y se le ha llevado el caballo.

—¡La del humo! Ya no le volveremos a ver el pelo.

—Señores —observó Volodiovski—, no le conocéis. Estoy seguro de que nos libertará a nosotros; ¿cómo? no lo sé, pero os juro que lo hará.

Los gritos y las exclamaciones que se oían en el interior de la carroza llamaron la atención de los soldados, que quedaron estupefactos al ver a su comandante tranquilamente dormido, cubierta la cabeza con un birrete de piel de lince y envuelto en una capa que no era la suya.

El sargento le sacudió rudamente, gritándole al oído:

—¡Comandante, se ha escapado un preso!

Kovalski se agitó y abrió los ojos.

—¿Qué pasa? ¿Qué decís? —balbució.

—Uno de los presos se ha evadido...

—¿Cuál?

—Aquel viejo que hablaba con vos.

—¡Imposible! —exclamó aterrado el oficial—. ¿Cómo ha escapado?

—Con vuestra capa y vuestro yelmo. Los soldados no le han reconocido. La noche estaba oscura.

—¿Dónde está mi caballo?

—Con él se ha escapado el preso.

Kovalski se mesó los cabellos y después gritó:

—¡Que se me presente ese imbécil, el perro que le ha entregado mi caballo!

—Comandante, ese soldado no es culpable. Las tinieblas eran densas y llevaba vuestra capa y vuestro yelmo. Si Vuestra Gracia no se hubiera sentado en la carroza, nada de esto hubiera ocurrido.

—¡Matadme, matadme! —gritaba el cuitado oficial.

—¿Qué haremos ahora?

—¡Perseguidlo! ¡Matadlo!

—Eso es imposible. El va en vuestro caballo y los nuestros están rendidos.

Kovalski, lleno de furor, se dirigió a los prisioneros:

—¡Vosotros le habéis ayudado a evadirse! —gritó fuera de sí.

Y así diciendo agitaba su vigoroso puño. Mirski le hizo frente diciéndole en tono de amenaza:

—Baja el diapasón y no olvides que estás hablando con tus superiores.

Kovalski se cuadró instintivamente, porque, en efecto, su graduación era inferior a la de los prisioneros.

—Si habéis recibido orden de custodiarnos —intervino Stankyevich—, cumplid vuestro deber, pero no levantéis el gallo, porque mañana puede ser que estéis a las órdenes de alguno de nosotros.

El desesperado oficial le miró sin decir palabra. Pero, de pronto, hundió los dedos en sus cabellos y se puso a gritar:

—¡Dios mío! ¡La carta del príncipe al comandante de Birji! ¡Estaba en el bolsillo de mi capote! ¿Qué va a ser de mí? ¡Estoy perdido!

—Tranquilizaos, lo único que puede sucederos es que os fusilen —dijo Mirski con gravedad—. ¿Pero cómo pensáis llevarnos a Birji habiendo perdido la carta del capitán general? ¿Suponéis que el comandante sueco dará más crédito a vuestras explicaciones que a nuestra palabra?

—¡Estoy perdido! ¡Estoy perdido! —repitió el oficial en tono quejumbroso.

—¿Qué haremos, mi comandante? —preguntóle el sargento.

—¡Idos todos al diablo! —gritó Kovalski, y pasándose la mano por la frente, añadió—: ¡Volvamos a Kyedani!

—¿Tendréis valor para presentaros al general? —terció Oskierko—. Allí os aguardan la infamia y la muerte.

—Bien merecido lo tengo —gimió Kovalski.

—Sólo nosotros podemos salvaros —replicó Oskierko—. Ya sabéis que estábamos dispuestos a seguir al capitán general hasta el fin del mundo y hasta dar nuestra vida por él. Pero el príncipe traicionó a la patria, ha vendido este país al enemigo, y se ha unido a éste contra nuestro rey, al cual había jurado fidelidad. ¿Creéis que soldados como nosotros pueden desobedecer fácilmente a sus superiores? Todos los que están con el príncipe son contrarios al rey y traidores a la patria. ¿Quiénes son los que han permanecido fieles al capitán general? Los rebeldes. ¿Por qué no seguís a los mejores? ¿Queréis cubriros de oprobio y merecer el dictado de traidor? Consultad con vuestra conciencia lo que debéis hacer. Permanecer con Radzivil, que es un traidor, o venir con nosotros, que estamos dispuestos a verter nuestra sangre por la patria.

Estas palabras produjeron gran impresión en Kovalski, que abrió desmesuradamente los ojos y repuso:

—¿Qué queréis de mí, señores?

—Que vengáis con nosotros en busca del vaivoda de Vitieks, el cual combate por su patria y por su rey.

—Pero es el caso que yo he recibido orden de llevaros a Birji. Decid, pues, lo que os plazca, pero soy soldado y ante todo debo obedecer. Si el capitán general es un traidor, él responderá de su crimen: mi deber sagrado es obedecerle sin discutir.

—Haced lo que gustéis —dijo Mirski.

—Realmente, ya he empezado a faltar a la consigna, puesto que he ordenado regresar a Kyedani —añadió Kovalski—. ¡La culpa de todo la tiene ese noble que afirmó ser pariente mío! ¿Es así como se portan los parientes? Os conduciré a Birji y veremos lo que pasa.

—Lo que pasa es que estamos perdiendo un tiempo precioso, Oskierko —dijo Volodiovski.

—¡Media vuelta! —ordenó Kovalski a sus dragones—. ¡Vamos a Birji!

El oficial montó en el caballo de un soldado y cabalgó al lado de la carroza, murmurando:

—La verdad es que un pariente no debió hacerme semejante jugada.

Los prisioneros, aunque ignorantes de la suerte que les aguardaba y seriamente preocupados, no podían contener la risa. Por último, le dijo Volodiovski:

—Consolaos, Kovalski; ese hombre se ha burlado de otros más avisados que vos. Ha sobrepujado en astucia al mismo Mielniski, y no hay quien le iguale a inventar ardidés.

El oficial no contestó; pero se apartó algo del carruaje para huir del ridículo. Estaba tan abatido que movía a piedad.

Anduvieron lentamente y al anochecer divisaron la colina a cuyos pies se levanta Shavli. En la carretera se notaba una animación insólita. Indudablemente había llegado a las aldeas de los alrededores la noticia de la traición de Radzivil y se había divulgado por todo el Imud. La gente preguntaba a los soldados si era cierto que los suecos habían ocupado el país, y de trecho en trecho se veían grupos de campesinos que, con sus familias, sus ganados y sus enseres abandonaban los pueblos para internarse en los bosques, que tan abundantes eran en toda la región. En las aldeas habitadas por los nobles se les preguntaba quiénes eran y adónde iban, y cuando Kovalski, en vez de responder, les ordenaba que dejasen el paso libre, prorrumpían en gritos y denuestos.

El camino que desde Kovno y Shavli iba a Mitava, estaba ocupado por carrozas y carros en que aparecían las esposas y los hijos de los nobles, deseosos de refugiarse en

Curlandia. En Shavli encontraron los coroneles el primer destacamento sueco, compuesto de veinticinco jinetes que habían salido de Birji a la descubierta. Una multitud de ciudadanos y de judíos contemplaba a los extranjeros. Los mismos coroneles les observaban con curiosidad, y en especial Volodiovski, que nunca había visto un sueco.

Kovalski se acercó a los oficiales, les dijo quién era, adónde iba y qué prisioneros custodiaba y les rogó que uniesen sus hombres a la escolta de dragones; pero los suecos le respondieron que tenían órdenes de internarse en el país y que no podían regresar a Birji, asegurando a la vez a Kovalski que el camino era seguro, puesto que de Birji habían salido destacamentos en todas direcciones.

—Si Zagloba quiere libertarnos —dijo Volodiovski cuando hubo amanecido— tiene que darse prisa.

—¡Quién sabe si estará escondido por estos alrededores! —observó Estanislao.

—Zagloba querrá evitarlos o hacerles una mala pasada, y es capaz de lograrlo.

—¡Pero si no conoce el país!

—Ya lo conocen los de Lauda, porque suelen llevar a Higa cáñamo, maderas de construcción y alquitrán. La mayor parte de mi escuadrón es gente de Lauda.

—¡Alto! —gritó de improviso Kovalski a sus dragones.

—¿Quién es? —preguntaron los soldados.

—¡Alto! —repitió su comandante.

Los soldados se detuvieron. El día era sereno. El sol surgía del cielo, y a la luz de sus rayos se veía a lo lejos una nube de polvo, cada vez más visible. Indudablemente eran tropas que avanzaban al galope al encuentro de los prisioneros.

—Ha llegado la hora de nuestra liberación —dijo el pequeño caballero.

—Quizá sea un destacamento sueco —objetó Estanislao.

—¡Atención! —gritó Roch con voz de trueno.

Los dragones rodearon la carroza. Volodiovski, radiante de alegría, clavó su mirada en los soldados que venían a escape.

—¡Son mis hombres de Lauda con Zagloba! —exclamó—. No pueden ser otros.

La distancia entre la carroza y los jinetes se acortaba por instantes.

Pronto se hallaron a tiro de fusil. En la primera fila cabalgaba un oficial, ya entrado en años, con un bastón en la mano. Al verle, gritó Volodiovski:

—¡Zagloba! ¡Es él, vive Dios!

Una sonrisa de alegría iluminó el rostro de Juan.

—¡Bendígale Dios! —exclamó Oskierko.

Zagloba se puso las manos en la boca a modo de bocina y empezó a gritar:

—¡Eh! ¡Kovalski! ¡Tu pariente viene a hacerte una visita!

El oficial, empero, no le oyó, porque estaba atareado en ordenar sus dragones. Es justo declarar que, si bien no disponía más que de un puñado de hombres, no le acobardó la vista de un escuadrón entero. Evidentemente, el enemigo deseaba parlamentar, porque levantó una bandera y muchas voces gritaron:

—¡Deteneos! ¡Rendíos!

—¡Fuego! —ordenó Kovalski.

Pero ningún dragón disparó su mosquete.

—¡Fuego! —repitió Kovalski—. ¡Fuego, hijos de perros!

Y descargó un terrible puñetazo sobre la espalda del soldado que tenía más cerca. Los demás comenzaron a retroceder, pero ninguno obedeció la voz de mando y de improviso todos se desparramaron en distintas direcciones como bandada de pájaros asustados.

Kovalski, viéndose abandonado de sus soldados, picó espuelas y se lanzó como un rayo contra el enemigo. Pero a corta distancia una bala hirió su caballo, que se encabritó y cayó, arrastrando consigo al jinete. Al mismo tiempo un soldado del escuadrón de



Volodiovski avanzó como una flecha y cogió por los hombros al oficial, que se levantaba del suelo.

—¡Es Yuzva Butrym! —gritó Volodiovski al verle.

Kovalski, a su vez, agarró a su agresor, y como ambos estaban dotados de fuerzas hercúleas, lucharon a brazo partido hasta que rodaron por tierra.

Acudieron otros soldados. Veinte manos aferraron a Kovalski, el cual se debatía como un oso caído en una red y derribaba a los hombres como un jabalí derriba a los perros. Pero al fin le faltaron las fuerzas y hubo de rendirse.

Entretanto, Zagloba habíase acercado a la carroza, o mejor dicho, había entrado en ella, abrazando cordialmente al pequeño caballero, a Juan, a Mirski, a Stankyevich y a Oskierko, a la vez que gritaba conmovido:

—¡Ahora nos veremos las caras, Radzivil! ¡Somos hidalgos y nos hallamos en libertad! Vamos en seguida a destruir sus propiedades. Vosotros no sabéis todavía acerca de Radzivil de la misa la media.

Zagloba no pudo continuar, porque le interrumpieron los hombres de Lauda que se habían acercado y aclamaban a su coronel. Los Butrym, los Gostsyevich, los Domasjevich y los Stakyan gritaban a voz en grito en torno de la carroza:

—¡Viva! ¡Viva!

—Queridos camaradas —dijo Volodiovski en cuanto se hubo calmado el entusiasmo general—, agradezco el cariño que me demostráis. Es una cosa horrenda tener que sublevarse contra el capitán general, pero hemos tenido que hacerlo porque su traición es evidente. Sólo podemos estar al servicio de la patria y del rey. ¡Viva Juan Casimiro!

—¡Asaltemos las tierras de Radzivil!

—¡Dadnos caballos! —gritó Miguel.

—Ahora que estás libre, Volodiovski —le dijo Zagloba— te devuelvo el mando de tu escuadrón.

Pan Miguel tomó el bastón de mando y se puso al frente de sus tropas.

—¿Adónde vamos? —preguntó Zagloba.

—Es preciso deliberar antes de dar un paso —observó Mirski—, y ante todo dar las gracias a Pan Zagloba por lo bien que se ha portado con nosotros.

—Sin mi astucia —dijo el viejo con cierto orgullo—, a estas horas estaríais en Birji. Reconoced, señores míos, que lo que no se le ocurre a nadie lo imagina Zagloba. Miguel, ¿verdad que nos hemos encontrado otras veces en más graves aprietos? ¿Te acuerdas de cuando te salvé mientras huíamos, con Elena, de los tártaros que nos perseguían?

Volodiovski hubiera podido contestar que en aquella ocasión no fue Zagloba quien salvó a Miguel, sino Miguel a Zagloba; sin embargo, prefirió callar y el viejo hidalgo continuó:

—No hay que agradecermelo, porque lo que hoy he hecho por vosotros, si llegase el caso, lo haríais igual por mí. Soy feliz al verme libre, como si hubiera ganado una gran batalla. Diríase que ni mi mano ni mi cabeza han envejecido.

—¿De modo que fuiste directamente a Upita? —le preguntó Volodiovski.

—¿Adónde queríais que fuera? ¿A Kyedani a meterme en la boca del lobo? A mediodía salíamos de Upita para Birji, seguros de encontraros en el camino.

—¿Y cómo te obedecieron al punto mis soldados? A excepción de dos o tres que te vieron conmigo, los demás no te conocían.

—Me obedecieron porque llevaba tu anillo y porque estaban ya enterados de tu arresto y de la traición de Radzivil. Tropecé con una diputación enviada a ellos por los escuadrones de Mirski y de Stankyevich para invitarlos a unirse todos contra el capitán general. Cuando les dije que os conducían a Birji, fue como si hubiera arrojado una mecha encendida en un polvorín. Montaron a caballo y partimos al mediodía. Naturalmente, tomé su mando, porque de momento me correspondía.

Siguióse un corto silencio que interrumpió el propio Zagloba para decir:

—Vamos a celebrar consejo para decidir lo que hay que hacer. Si os place escucharme, os diré lo que he pensado por el camino. Ante todo os aconsejo hostilizar a Radzivil, y esto por dos razones: primera, porque es pájaro de cuenta y hay que cortarle las alas.

—¿Y la segunda razón? —preguntó Mirski.

—La segunda razón —contestó Zagloba—, es que, si, por desgracia, cayésemos en sus manos, no nos dejaría hueso sano, si es que no nos obsequiaba con unas cuantas balas. Ved lo que escribía en la carta que Kovalski debía entregar al comandante sueco de Birji; conoceréis al vaivoda de Vilna, si es que aun no le conocíais.

Al decir esto sacó de su pecho una carta y se la entregó a Mirski.

—¿Está en alemán o en sueco? —preguntó el viejo coronel—. ¿Quién puede leerla?

Estanislao chapurreaba el alemán, pero no sabía leerlo.

—Os diré la esencia de este escrito —añadió Zagloba—. Mientras los soldados de Upita iban por sus caballos, envié a buscar un judío, muy versado en esta lengua, y apoyando la punta de mi sable en su garganta, le pedí con todos los miramientos que leyese la carta y me explicara el contenido. Figuraos; el capitán general ordenaba al comandante de Birji que nos fusilase a todos, procurando que nadie se enterara de ello.

Los coroneles prorrumpieron en un grito de indignación, y Mirski dijo:

—Conozco a ese hombre y no acierto a explicarme por qué nos ha dejado salir vivos de Kyedani. Alguna razón muy poderosa...

—No quiso alarmar la opinión —interrumpió Zagloba.

—Asusta pensar cuán vengativo es —dijo Miguel—. Ganhof y yo le habíamos salvado la vida.

—Y yo he servido a las órdenes de su padre y a las suyas propias por espacio de treinta y cinco años —añadió Stankyeovich.

—Es un hombre terrible —exclamó Estanislao.

—Por eso decía yo que es mejor no caer en las manos de esa fiera —observó Zagloba.

—Que el diablo se lo lleve. No combatiremos contra él, pero asolaremos sus tierras. Vamos en busca del vaivoda de Vitiéks y pidámosle ayuda.

—Nos recibirá con los brazos abiertos —dijo Oskierko—. Es lo mejor que podemos hacer.

—¿Sois todos del mismo parecer? —preguntó Stankyeovich.

—Sí —dijo Mirski.

—Vamos, pues, en busca del vaivoda de Vitiéks. Seguramente será el caudillo que hemos pedido a Dios.

—¡Amén! —exclamaron los demás.

Marcharon largo rato en silencio, que rompió Miguel preguntando con inquietud:

—¿Y si tropezásemos con los suecos?

—Si se diese ese caso, que es muy probable, oíd mi parecer —replicó Stankyeovich—. Indudablemente Radzivil ha asegurado a los suecos que toda la Lituania está en su poder y que todos abandonan al rey Juan Casimiro; pues bien, demostrémosles que los ha engañado.

—Si encontramos algún destacamento —repuso Mirski—, nos batiremos. No atacaremos al príncipe, porque es demasiado poderoso, pero, evitando encuentros, procuraremos llegar a las cercanías de Kyedani en un par de días, y, si entretanto no han sido deshechos nuestros escuadrones, se reunirán con nosotros y así podremos llevar tropas de refresco a Sapihea, el cual podrá derrotar fácilmente al enemigo.

Este cálculo era el más acertado, según lo demostraba lo ocurrido con los dragones de la escolta. Kovalski había resistido, pero todos sus soldados se unieron al escuadrón de Miguel.

Este determinó, por lo tanto, dirigirse inmediatamente a Ponyevyej, reunir a los nobles de Lauda en las cercanías de Upita e internarse en los bosques de Rogouvk, donde suponía que se habían refugiado los sobrevivientes de los escuadrones derrotados. Se detuvieron a orillas del río, a fin de dar algún descanso a los hombres y a los caballos, y allí permanecieron hasta la noche, vigilando entre los árboles la carretera, por la que pasaban sin cesar grupos de campesinos, que, huyendo de la tremenda invasión, iban a refugiarse en la selva.

Los soldados que estaban a la descubierta en la carretera detenían de vez en cuando a los campesinos para procurarse noticias de los suecos, pero los fugitivos se miraban espantados asegurando que nada sabían.

Cuando hubo anochecido por completo, Volodiovski mandó tocar botasillas, pero antes de ponerse en marcha oyeron distintamente el sonido de una campana.

—¿Qué es eso? —preguntó Zagloba—. Me parece que no es hora de tocar el *Angelus*.

Volodiovski aguzó el oído y dijo:

—¡Tocan a rebato! ¿Alguno de vosotros —preguntó a los soldados— conoce alguna ciudad o aldea en estas inmediaciones?

—Lavany, mi coronel —contestó uno de los Gostsyevich.

—¿Oís las campanas?

—Sí. ¡Es cosa singular!

Volodiovski hizo señal al trompeta, que tocó marcha. El escuadrón adelantó con prontitud. Todos los ojos se volvieron hacia el sitio donde sonaba cada vez más fuerte el tañido de la campana; una viva claridad iluminaba por aquel lado el horizonte.

—¡Un incendio! —murmuraron los soldados.

Miguel se acercó a Kretuski y le dijo en voz baja:

—Los suecos están allí.

—Me extraña que hayan prendido fuego al lugar.

—Los nobles se habrán resistido o se habrán sublevado los campesinos al ver que los suecos asaltaban la iglesia.

—¡Allá veremos! —dijo Miguel con satisfacción evidente.

—Miguel —díjole Zagloba dándole amistosas palmadas en el hombro—, veo que el olor de los suecos te alegra. Pronto nos batiremos.

—Sí —respondió el pequeño caballero.

—¿Y quién vigilará al preso?

—¿Qué preso?

—Kovalski. No conviene que escape, porque informaría a Radzivil de lo acaecido. Es necesario entregarle a varios hombres robustos, porque en el acto del combate podría fugarse.

—Tienes razón —repuso Volodiovski—. ¿Quieres encargarte de su custodia?

—¡Siento no poder asistir a la batalla! Si fuese de día no me persuadirías tan fácilmente, pero por la noche no veo nada. Basta, ya que el bien público lo quiere, me sacrifico.

—¡Bravo! Te dejaré cinco hombres y si trata de evadirse despáchale de un pistoletazo.

—¡A ése lo aplasto yo como si fuese de cera!... Pero el incendio se extiende cada vez más... ¿Dónde os espero con Kovalski?

—Donde quieras. Adiós.

Y dicho esto, Miguel se marchó.

Las llamas se propagaron rápidamente. El viento soplaba el fuego y con el sonido de las campanas traía al escuadrón el estampido de la fusilería.

—¡Al trote! —ordenó Volodiovski.

## XIX

Al hallarse cerca de la aldea, los soldados de Lauda se adelantaron a escape y vieron una calle bastante larga iluminada por el incendio. A los dos lados de la calle ardían las casas; por el centro corrían como alocados los lugareños. Los gritos de los hombres se mezclaban con el ruido de las campanas, los mugidos de las bestias, los ladridos de los perros y las frecuentes descargas de fusilería. El escuadrón se acercó más aún y entonces los soldados de Volodiovski pudieron percibir a los suecos. Éstos luchaban contra los campesinos, que estaban armados de picos, hoces y otras herramientas, haciendo fuego con sus mosquetes y pistolas. Otros, armados de estoques, arrastraban bueyes, carneros, etc., a la calle, y algunos soldados tenían del diestro dos o tres caballos pertenecientes a oficiales que indudablemente estaban ocupados en saquear las casas.

La calle descendía hacia la ciudad en medio de abedules, de modo que los hombres de Lauda, sin ser vistos, distinguían al enemigo iluminado por los resplandores del incendio, y los niños y las mujeres apresados por los suecos, en tanto que los hombres se defendían desesperadamente.

Volodiovski llevó a sus soldados a la entrada de la población y ordenó que avanzaran a paso de carga. Habría podido caer de improviso sobre los suecos, pero prefería la lucha a campo abierto, y por eso quería ser visto.

Algunos jinetes destacados a la entrada de la aldea fueron los primeros en ver el escuadrón. Uno de ellos corrió precipitadamente a avisar al oficial y le mostró a Volodiovski que avanzaba con sus hombres.

El oficial se adelantó con un trompeta con la intención evidente de preguntar a los recién llegados si venían como amigos o como enemigos y agitó su sombrero dando a entender que deseaba parlamentar.

—¡Fuego contra él! —ordenó el pequeño caballero.

Se oyeron algunos tiros, pero la distancia era grande y los proyectiles no dieron en el blanco. El oficial creyó, sin duda, que se trataba de una equivocación, pues supuso que eran tropas de Radzivil, y siguió avanzando con su sombrero en la mano.

—¡Disparad de nuevo! —mandó Miguel.

A esta segunda descarga el oficial volvió grupas y se dirigió al trote adonde estaban los suyos.

En aquel momento el escuadrón entraba en la aldea, y los suecos, comprendiendo, al fin, que se trataba de enemigos, se colocaron en línea de batalla.

Volodiovski miró a sus hombres y al ver que tenían preparadas sus pistolas, gritó:

—¡Adelante!

Los de Lauda se inclinaron sobre el cuello de sus caballos y partieron con la rapidez del rayo.

Los suecos los dejaron acercarse y descargaron sobre ellos sus pistolas.

Pero esta descarga no causó gran daño a los de Lauda: sólo algunos soltaron la brida y cayeron hacia atrás; los otros se lanzaron contra el enemigo.

La primera furiosa embestida no deshizo la línea de los suecos, pero les obligó a retroceder lentamente. Al fin las tropas de Volodiovski lograron echarlos de la aldea.

Pan Miguel, que había cedido el mando a los viejos coroneles y a Juan en la arremetida, se colocó a la cabeza de sus hombres y la emprendieron a sablazo limpio con los suecos, que retrocedieron más que de prisa y llegaron a un prado situado frente a la iglesia. Una vez allí resonaron voces de mando de los oficiales que seguramente trataban de recurrir a todos los medios para intentar un esfuerzo supremo.

Pero Juan, que mandaba el escuadrón, no les imitó y arremetió contra ellos, logrando disolverlos. Al fin los suecos se rindieron.

Muchos entregaban sus espadas a los nobles y otros dejaban caer sus pistolas pidiendo cuartel; pero no se les hacía caso, porque Volodiovski había dispuesto perdonar a muy pocos, y por lo tanto volvieron a combatir desesperadamente, hasta caer exánimes.

Los campesinos acudían para apoderarse de los caballos, rematar a los heridos y despojar a los muertos.

Así terminó el primer encuentro entre lituanos y suecos.

Entretanto, Zagloba, que se había quedado en la carroza con Kovalski, oía las quejas del joven que le echaba en cara su comportamiento.

—Tío, me habéis traicionado cruelmente. No sólo me fusilarán a mi vuelta a Kyedani, sino que será infamado mi nombre.

—¿Has llegado a suponer, querido mío, que me dejaría conducir con mis camaradas a Birji, donde nos esperaban los suecos?

—No os llevaba a Birji por mi propia voluntad.

—Obedecíais a un traidor, y para un noble eso constituye una infamia de la que deberéis purificaros.

—Obedecía las órdenes del capitán general.

—Que a su vez obedece las del diablo. ¡Ved lo que habéis ganado!

El estruendo de la batalla interrumpió la conversación. Los gritos de los combatientes llegaban a oídos de Zagloba y de su prisionero.

—¡Ah! ¡Miguel se bate como un valiente! —exclamó el viejo guerrero—. Yo quisiera estar allí a su lado, y por vuestra culpa tengo que permanecer aquí de brazos cruzados.

Calló Zagloba, aguzó el oído, y preguntó a Kovalski, mirándole fijamente:

—¿A quién deseáis la victoria?

—¡Caramba! ¡A los nuestros!

—¿Y por qué no a los suecos?

—Mejor quisiera batirme contra ellos.

—¡Al fin despierta vuestra conciencia! ¿Cómo os atrevisteis a entregar a los suecos a uno de vuestra sangre?

—Porque ésa era la orden que tenía.

—Pues bien, vuestro superior ahora es Pan Miguel Volodiovski y debéis hacer, por consiguiente, lo que os mande.

Kovalski vaciló un instante y luego contestó:

—¡Dispuesto estoy a obedecer!

—¡Magnífico! A la primera ocasión mediréis las costillas a los suecos.

—Si no es más que eso, para luego es tarde.

Al cesar el rumor de la pelea, exclamó Zagloba, presa de la más viva inquietud.

—¿Si nos habrán vencido?

—Un viejo guerrero como vos no debe pensar esas cosas. Si llevasen las de perder, volverían en pequeños grupos.

—Dices bien —repuso Zagloba, tuteando de nuevo a su *sobrino*.

—¿Oís las pisadas de los caballos? No hay duda de que han destrozado a los suecos.

—Voy a cerciorarme de ello —respondió Zagloba apeándose del carruaje y dirigiéndose, pistola en mano a la carretera.

Pronto divisó una masa negra que avanzaba lentamente y percibió la voz de Miguel, que decía:

—Son unos soldados admirables. No sé qué infantería tendrán, pero la caballería no deja nada que desear.

Zagloba picó espuelas y gritó de lejos:

—¿Es nuestra la victoria? ¿Estáis ilesos?

—Sí, pero hemos perdido más de veinte hombres —respondió Volodiovski.

—¿Y los suecos?

—Derrotados, deshechos; muchos de ellos han quedado sobre el campo de batalla.

—¿Habéis hecho algún prisionero?

—Un capitán y siete soldados.

—¿Qué pensáis hacer de ellos?

—Por mi parte los ahorcaría, porque han caído en nuestro poder como ladrones e incendiarios. Pero Juan quiere perdonarlos.

—Soy de parecer que se les envíe cuanto antes a Birji. Ya me conocéis como soldado; ahora voy a revelarme como diplomático. Soltaremos a los suecos, dándoles a entender que somos parciales de Radzivil y que por orden suya debemos dar muerte a todos los cosacos que se nos pongan delante. Imaginad el efecto de este ardid. Kyedani está lejos de Birji, y Radzivil no muy cerca de Pontus de la Gardie. Antes de que el traidor pueda explicarse, chocará con los invasores en beneficio de la República.

—¡Muy bien pensado! —exclamó Stankyevich.

—Excelente consejo —añadió Miguel—. Mañana los pondré en libertad. Ahora estoy muy cansado y no quiero molestarme con estas pequeñeces.

—¿En qué lengua les hablaremos? ¿Qué opinas de esto, Zagloba? —preguntó Juan.

—Kovalski me ha dicho que entre sus dragones hay dos prusianos que hablan el alemán, idioma que, sin duda, conocen los suecos, los cuales han combatido durante muchos años en Alemania. Nos serviremos de ellos como intérpretes. Kovalski me pertenece en cuerpo y alma.

—Me alegro —repuso Volodiovski—; cuidado de eso. Yo me voy a dormir, porque se me cierran los ojos.

## XX

Había estallado en Lituania la guerra civil que, junto con la doble invasión en la República y la encarnizada guerra de Ucrania, producía males sin cuento. El ejército de los lituanos, ya demasiado débil, habíase dividido en dos. Algunos regimientos, compuestos en su mayoría de extranjeros, permanecían fieles a Radzivil: otros, en mayor número, proclamaban traidor al capitán general y protestaban contra la anexión a Suecia; pero estos últimos carecían de jefe. Sapihea, que hubiera podido ser su caudillo, estaba

comprometido en la defensa de Bykovo y en la desesperada lucha que ardía en torno del país y se hallaba imposibilitado para oponerse a Radzivil.

Entretanto, los invasores, considerando la región como casa propia, empezaron a dirigir mensajes al príncipe. Radzivil, por su parte, tenía que reducir, por medio de la fuerza, a sus soldados rebeldes.

Apenas hubo llegado a Ponyevyej, Volodiovski se enteró de la destrucción de los escuadrones de Mirski y de Stankyevich. Parte de aquellos hombres habían sido incorporados a las fuerzas de Radzivil; los demás habían perecido o erraban en pequeños destacamentos por las aldeas y los bosques huyendo de la venganza del capitán general.

Diariamente llegaban al escuadrón de Miguel fugitivos que lo robustecían y le proporcionaban nuevos informes.

La más importante de estas noticias fue la sublevación de las tropas lituanas de Podliasye, junto a Białystok y Tykotsin. Cuando los soldados de Moscovia hubieron ocupado a Vilna, los escuadrones de aquella región recibieron la orden de impedir al enemigo la invasión del reino; pero, conocida la traición del capitán general, formaron una confederación, a cuyo frente se hallaban los coroneles Horotkyevich y Jacub Kmita, primo de Andrés, el más fiel partidario de Radzivil.

El nombre de este último lo pronunciaban con horror los soldados: a él se debía la destrucción de los escuadrones de Mirski y de Stankyevich, cuyos oficiales había fusilado sin compasión. El capitán general tenía en él ciega confianza y le había lanzado contra el escuadrón de Vievarovski que, a pesar del ejemplo de su coronel, había rehusado obedecer al principio.

Volodiovski oyó estos relatos con gran atención, y reuniendo a los oficiales en Consejo, les dijo:

—¿Qué opináis, señores? ¿Debemos unirnos a los escuadrones de la confederación en vez de buscar al vaivoda de Vítieks?

—Eso precisamente es lo que yo iba a proponer —repuso Zagloba.

—Los fugitivos —añadió Juan— refieren que el rey ha ordenado que algunos escuadrones vuelvan de Ucrania para oponerse a los suecos en el Vístula. Si ello es cierto, nos hallamos en medio de excelentes camaradas.

—¿Quién mandará esos escuadrones?

—Charnieski —respondió Miguel—; pero nada sé de fijo, porque aún no se han puesto de acuerdo.

—De todos modos, vamos a Podliasye —dijo Zagloba.

—¡A Podliasye! —gritaron todos a una.

Sin embargo, para ir a este punto era preciso pasar por las inmediaciones de Kyedani, lo que equivalía a meterse en la boca del lobo. Los caminos, las ciudades y las aldeas estaban en poder de Radzivil, y poco más allá de Kyedani se hallaba Kmita con infantería, caballería y cañones. El capitán general estaba informado de la evasión de los coroneles, de la sublevación del escuadrón de Volodiovski y de la batalla de Klavany. Este último acontecimiento le puso tan fuera de sí, que estuvo a punto de morir a consecuencia de un ataque de asma que le impidió respirar largo rato.

Y tenía tanto más motivo para desesperarse, cuanto que aquella batalla había desencadenado sobre su cabeza una verdadera tempestad por parte de los suecos. Los campesinos, entretanto, habían asesinado a cuantos enemigos cayeron en su poder, y los suecos culpaban a Radzivil de todo lo ocurrido, especialmente desde que los oficiales y soldados enviados en libertad por Volodiovski a Birji declararon ante el comandante que uno de los escuadrones del príncipe les había atacado cumpliendo órdenes de éste.

Una semana después, el capitán general recibió una carta del comandante de Birji, y diez días más tarde otra de Pontus de la Gardie, general en jefe de las fuerzas suecas, concebida en los siguientes términos:

«O Vuestra Alteza no tiene poder ni prestigio —y en ese caso, ¿cómo se ha atrevido a concluir un tratado en nombre de la República?—, o vuestra intención era aniquilar el ejército del rey. Si esto fuera así, perderíais el favor de mi soberano, y el castigo sería inminente y terrible, a menos que os mostréis obediente y borréis vuestros yerros con leales servicios.»

Radzivil se apresuró a enviar correos con una explicación circunstanciada de lo que había ocurrido; pero el dardo había penetrado en su alma orgullosa y la herida comenzó a sangrar. Aquel hombre cuya palabra hacía temblar, que poseía bienes suficientes para comprar Suecia entera, y que osaba desafiar al propio rey; el guerrero que había asombrado al mundo con la fama de sus victorias y que triunfaba con su orgullo como el sol con su esplendor, veíase obligado a soportar las amenazas de un general sueco y a dejar que se le impusiera fidelidad y obediencia. Verdad es que el general era cuñado del rey; pero el mismo rey, ¿qué era? Un usurpador del trono, puesto que, por derecho hereditario, el monarca legítimo era Juan Casimiro.

Su rabia llegó al paroxismo y se juró a sí mismo despedazar a Volodiovski y a los coroneles que estaban con él y al escuadrón entero de Lauda. Empezó a buscarlos por todos lados en una caza obstinada.

Entretanto llegó la noticia de que Kmita había derrotado al escuadrón de Nyevyarovski, matando y poniendo en fuga a los oficiales e incorporándose los soldados. Radzivil entonces le pidió refuerzos para batir más fácilmente a sus enemigos.

Volodiovski seguía, mientras tanto, recorriendo el país, perseguido por el príncipe.

Zagloba iba preocupado y con frecuencia preguntaba a Miguel:

—Por el amor de Dios, ¿pasaremos o no?

—Se hará lo que se pueda; si nos alcanza, nos batirá.

—Y luego nos descuartizará y nos echará como pasto a los perros. ¿Por qué no vamos en busca de Sapihea?

—Ya es tarde; las tropas suecas y las de Radzivil interceptan los caminos.

—¡El diablo me inspiró la idea de unirme a Radzivil! —exclamó, desesperado, Zagloba.

Pero Miguel no perdió la esperanza, porque le ayudaban las gentes del país a burlar la persecución del capitán general, a quien todos odiaban. Además, se hallaba acostumbrado a la guerra, porque desde su niñez había peleado contra los tártaros y los cosacos.

Y ahora, acorralado entre Upita y Rogova por un lado, y Myevyaja por otro, corrió hábilmente por un espacio de pocas millas, evitando continuamente las batallas y molestando a los escuadrones de Radzivil.

Mas al llegar la caballería de Kmita, el capitán general cerró todos los pasos, aun los más angostos.

Sucedía esto en Myevyaja.

Los regimientos de Myeleshko y Ganhof, con dos escuadrones de caballería al mando del príncipe, formaban como un arco cuya cuerda era el río. Volodiovski, con su escuadrón, estaba en el centro de ese arco. A su frente había un esguazo, pero al lado opuesto del río se hallaban apostados dos regimientos escoceses y doscientos cosacos de Radzivil con seis piezas de artillería de campaña, colocadas de modo que ni un solo hombre podía pasar á la otra orilla sin exponerse a su fuego.

Afortunadamente para Volodiovski sobrevino de noche un temporal con pedrisco y lluvia torrencial que detuvo el avance del enemigo. No le quedaba al escuadrón más espacio que media milla de prado cubierto de sauces. Cuando apareció el alba, los regimientos del príncipe avanzaron hacia el río y quedaron estupefactos: Volodiovski y los suyos habían desaparecido, como si los hubiese tragado la tierra. La cólera del capitán



general cayó sobre los oficiales encargados de vigilar el vado. Dos de ellos iban a ser pasados por las armas, cuando Ganhof persuadió a Radzivil de que buscara datos en averiguación de cómo habían salido de la trampa sus enemigos.

Se descubrió que Volodiovski, aprovechando la obscuridad y el fragor de la horrible tormenta, había vadeado el río con todo su escuadrón. Nuevos indicios permitieron asegurar que había escapado con dirección a Kyedani. El príncipe comprendió que Miguel se dirigía a Podliasye.

¿No podía, al pasar, por Kyedani, incendiar la ciudad y arrasar el castillo?

El príncipe se llenó de temor. Dejó su infantería y partió con los jinetes. Al llegar a Kyedani no encontró a Kmita, pero todo estaba tranquilo, y su confianza en el joven coronel aumentó al notar que las trincheras estaban construidas y hábilmente dispuestos los cañones.

—Con Miguel y Andrés —dijo a Ganhof mientras visitaba las defensas— fácil me sería someter a los rebeldes. Aquí todo está en orden; vámonos inmediatamente a Podliasye y allí los derrotaremos.

—Alteza —observó Ganhof—, apenas nos pongamos en marcha todos tomarán las armas.

—¿Quiénes son esos «todos»?

—Los nobles y los campesinos. Y no sólo se rebelarán contra los suecos, sino también contra los confederados, porque echarán la culpa de esta guerra a nuestros correligionarios, diciendo que nosotros hemos entregado el país al enemigo.

—Lo que yo quisiera —replicó el príncipe— es apoderarme de Horotkyevich y de Jacob Kmita. Devastarán mis tierras y mis castillos sin dejar piedra sobre piedra.

—Avisemos a De la Gardie a fin de que mande el mayor número posible de soldados, mientras nosotros vamos a Podliasye.

—¿A Pontus? ¡Jamás! —respondió el general lleno de despecho—. No quiero pedir nada, puesto que como dueño y señor puedo exigirlo todo. Si el rey ordenase a Pontus que me enviara dos mil hombres de caballería, ya sería otra cosa. No quiero depender de Pontus. Es necesario que vaya un mensajero a ver al rey; hora es ya de que nos tratemos como iguales.

El pálido rostro de Ganhof se tiñó de púrpura y sus ojos brillaron de deseo.

—Si Vuestra Alteza me lo ordenara... —murmuró.

—No llegaríais con vida —interrumpió el príncipe—. Sois alemán y un país perturbado resulta peligroso para los extranjeros. Además, ¿quién sabe dónde está el rey? Enviaré a uno de mis compatriotas.

—Un hombre inexperto puede causar mucho daño —objetó Ganhof.

—Le daré mis instrucciones por escrito.

Devorado por su orgullo, el príncipe no acertaba a substraerse a los temores que le causaba su situación. Su salud se quebrantaba de día en día. Sus ojos se hundían, veíasele enflaquecer; su semblante, antes rubicundo, se volvía lívido; sus cabellos se tornaban blancos. En una palabra, la vida para él era un continuo suplicio.

Ganhof creyó, al verle tan abatido, que le confiaría la anhelada comisión; pero Radzivil se golpeó la frente y dijo:

—Haced que se preparen dos escuadrones. Yo mismo los conduciré.

Ganhof le miró con extrañeza.

—¿Se trata de una expedición?

—¡Daos prisa! —replicó el príncipe—. ¡Dios quiera que no sea demasiado tarde!

## XXI

Terminados los trabajos de trincheras y aseguradas las defensas, partió Kmita a fin de cumplir el encargo relativo al portaespada de Rillevich y su sobrina. Pero en el momento de ponerse a la cabeza de cincuenta dragones, asáltóle una extraña turbación, como si se tratase de una empresa sin éxito posible. Presintió que sería mal recibido y en su fuero interno resolvió empezar por la persuasión y la súplica.

Con objeto de quitar a su visita todo carácter de violencia, dejó a sus soldados en un mesón a corta distancia de la aldea y de la casa, ordenando que su Carroza le siguiese despacio; él partió el primero, acompañado solamente de un sargento y de un criado.

Entró libremente porque la verja estaba abierta. Dos perros que vagaban por el patio empezaron a ladrar anunciando la llegada de un forastero, y dos chicuelos acudieron para tomar el diestro a los caballos. En el mismo instante apareció en el umbral de la puerta una mujer, en la que Kmita reconoció a Olenka. Su corazón latió con violencia, y se encaminó hacia el pórtico con una mano apoyada en la guarnición de su sable y la gorra en la otra.

Al salir de la aldea, Kmita vio un gran edificio: era la morada del viejo Billevich.

Andrés acortó el paso y empezó a monologar como presa del delirio, sin dejar de mirar el edificio que ante él se alzaba. Su aspecto no era muy señorial, pero daba a entender que lo habitaban nobles dotados de bienes de fortuna.

Olenka miró llevando una mano a su frente para resguardarse de los rayos del sol que caminaba a su ocaso, y luego desapareció con la rapidez del rayo, como asustada por el aspecto del huésped no esperado.

—Mal principio —se dijo Andrés—; huye de mí.

Se le oprimió el corazón, porque al ver aquella morada y la dulce calma que reinaba en torno, había imaginado que su prometida le recibiría amablemente, y he aquí que, en vez de la joven se adelantaba el viejo Tomás, cuya cara denotaba vivísima inquietud.

Kmita se inclinó y dijo:

—Hace tiempo que deseaba presentaros mis respetos, pero las circunstancias no me lo habían permitido.

—Os quedo agradecido y os ruego que entréis —respondió el portaespada, alisándose el cabello, como solía en los momentos de apuro.

Kmita no quería entrar el primero, y los dos permanecieron en el umbral. Por último, Andrés se atrevió y pasó delante del portaespada; poco después ambos se hallaban en la sala.

Estaban allí dos nobles: uno de ellos, mozo, era Dorgird de Plemborg, próximo pariente de Billevich; el otro se llamaba Hudzynski, propietario de Eyrogoly. Kmita advirtió que apenas oyeron su nombre fruncieron las cejas, y los miró desconfiado; después, fingió no haberlos visto.

A la presentación siguió un silencio penoso. Andrés se impacientó y mordióse los labios. Los demás le miraban con fiereza y el portaespada se alisaba el cabello.

—¿Queréis beber con nosotros un vaso de hidromel? —preguntó al fin Billevich.

—¡Con mil amores, siendo en compañía de hidalgos! —respondió Kmita.

El viejo dio una palmada y acudió un criado que recibió la orden de traer otro vaso; Billevich lo llenó y, llevándolo a sus labios, dijo:

—¡A vuestra salud! Me alegro de veros en mi casa.

—Celebraría que ello fuera verdad —replicó Kmita.

—Un huésped es siempre huésped —observó el portaespada.

Y conocedor de sus deberes, como dueño de casa, inició la conversación preguntando:

—¿Qué se dice en Kyedani? ¿Cómo está el capitán general?

—No muy bien; y no puede ser de otro modo en esta época de turbulencias y de molestia.

—¡Lo creo! —dijo Hudzynski.

Kmita le dirigió una mirada, y luego, Volviéndose a Billevich, prosiguió:

—El príncipe, ayudado por el rey de Suecia, tenía el propósito de ir a Vilna a fin de vengar la destrucción de aquel país, cuyas Cenizas no se han enfriado aún. Algunos sediciosos, juzgando mal su honrada intención, le declararon traidor y se lanzaron contra él en vez de auxiliarle. No es, pues, maravilla que su salud se haya resentido. El, destinado por Dios a cosas grandes, ve la malicia de los hombres que han logrado desbaratar su empresa. Sus mejores amigos le han abandonado.

—En efecto —dijo con seriedad el portaespada.

—Es muy doloroso eso —prosiguió Kmita—, y yo mismo le he oído decir que los que sospechan de sus propósitos pueden verle en Kyedani y exponerle sus quejas.

—¿A quién alude? —preguntó Billevich.

—A vos principalmente.

El viejo se acarició con mano nerviosa su mechón, y al fin, para cambiar de conversación, dio unas palmadas.

Acudió un sirviente.

—¿No veis que anochece? ¡Traed luces!

—Dios me es testigo que deseaba presentarme a vos por propia iniciativa para demostraros mi firme adhesión. Pero he debido hacerlo por orden del príncipe, el cual, si las circunstancias fueran favorables, vendría en persona a Billevich.

—Me honraría demasiado —replicó el anciano.

—No tal; porque es costumbre que se visiten los vecinos. Pero el príncipe no dispone de un minuto, y así me ha dicho: «Excusadme con Billevich, a quien no puedo visitar; le rogaréis en mi nombre que venga con su sobrina sin tardanza, porque mañana me verá precisado a partir.» Os transmito, pues, el encargo, y celebro que estéis bien de salud, porque al entrar he visto en la puerta a Alejandra, que desapareció en seguida como una visión.

—Sí —dijo el portaespada—, la envié a fin de que viera qué nuevo huésped nos llegaba.

—Espero vuestra respuesta —repuso Kmita.

En aquel instante entró el criado con un candelabro, y la luz puso de manifiesto la turbación de Billevich.

—Es grande honor para mí —dijo—, pero... no puedo visitar ahora al príncipe. Ved que tengo en mi casa huéspedes distinguidos.

—¡Oh! Esto no constituye un obstáculo, porque estos señores querrán someterse a los deseos del príncipe.

—Sólo podemos responder de nosotros —exclamó Hudzynski.

—Sin aguardar a que otros dispongan de nuestra persona —añadió Dorgird.

—Muy bien —prosiguió Kmita, fingiendo haber comprendido mal las corteses palabras de los dos nobles—. Tengo el honor de invitar a estos señores a venir a Kyenadi.

—Mil gracias —exclamaron los aludidos—; tenemos otra cosa que hacer.

Kmita los miró con extraña expresión y dijo fríamente:

—Cuando el príncipe invita, no es posible rechazar este honor.

Al oír estas palabras, los nobles se pusieron en pie y preguntaron:

—¿Se trata de una invitación o de una orden? ¿Nos arrestáis, acaso?

—Billevich —repuso Kmita—, estos señores vendrán porque así me place; pero no quiero usar de la fuerza con vos y os suplico que deis gusto al príncipe. Tengo la orden de conducirlos a su lado. Seréis tratado con todas las consideraciones debidas al huésped y al

amigo; os doy mi palabra de honor. Creed que sólo vuestro interés me mueve a conducirlos a Kyedani. Tened en cuenta que vagan por la comarca muchos soldados indisciplinados, que los campesinos se arman y que se aproximan los suecos. ¿Estáis seguro en vuestra casa? ¿Acaso es un castillo? ¿Podéis defenderos? Un destacamento de soldados del príncipe se quedará aquí para proteger vuestra posesión.

—¿Puedo creer en vuestras palabras? —preguntó Billevich.

En tanto que el viejo preguntaba, entró en el salón Alejandra.

Kmita se acercó a ella, pero la severa expresión del rostro de la joven le detuvo.

Billevich se acercó a su sobrina y le dijo:

—Tenemos que ir a Kyedani.

—¿Por qué? —preguntó la doncella.

—El príncipe nos invita —dijo Billevich con acento de ironía—. Pero, si no vamos pronto, este caballero nos llevará por la fuerza.

—¡Líbreme Dios de intentarlo! —prorrumpió Kmita.

—¿No os dije, tío, que debíamos huir lo más pronto posible, porque no nos dejarían tranquilos? Se ha confirmado mi previsión.

—¿Qué haremos? —repuso Billevich—. No hay medio de resistir contra la fuerza.

—Preferimos la muerte a la infamia —dijo la joven.

Y volviéndose a Kmita con expresión de supremo desprecio, le dijo:

—Atadnos, conducidnos presos, porque de otro modo no iremos.

El rostro de Kmita se encendió. Estremeciéndose de furor, pero supo contenerse.

—¡Ah señora! —dijo con voz sofocada por el furor—, me consideráis como un traidor, como un hombre violento. Dios juzgará quién tiene razón: yo, que sirvo al general, o vosotros, que me tratáis como a un perro. Dios os ha concedido un bello semblante y un corazón duro e implacable.

—Mi sobrina dice bien —gritó Billevich, que había recobrado su aliento—; no iremos de buen grado.

Pero Kmita no prestó oídos a las palabras del viejo; tan conmovido estaba.

—Vos gozáis haciendo padecer a la gente —continuó volviéndose a Olenka— y me proclamáis traidor sin permitirme añadir una palabra en mi defensa. ¡Sea! ¡Pero iréis a Kyedani, de grado o por fuerza! ¡Allí veremos quién tiene razón! Bajo vuestra belleza se esconde una víbora, como bajo una flor.

—¡No iremos! —repetía entretanto Billevich con mayor fuerza—. ¡No, no iremos!

—¡No, no! —gritaron Hudzynski y Dorgird.

Kmita se volvió a ellos, y pálido como un muerto, con los ojos brillantes de ira, dijo:

—¡No probéis de resistir! Mis dragones vienen. ¿Quién se atreverá a desobedecerme?

En efecto, oíase el rumor de las pisadas de muchos caballos. Todos comprendieron que debían someterse y ceder a la fuerza.

Andrés, invadido por una cólera salvaje e incapaz de contenerse por más tiempo, gritó con voz estentórea:

—Es hora de ponerse en camino. ¡Vamos!

En aquel mismo instante se abrió la puerta de un aposento contiguo y una voz preguntó:

—¿A dónde?

Todos quedaron mudos de estupor, y se volvieron instintivamente hacia el lado de donde venía la voz. En el umbral de la puerta estaba un hombrecillo armado de punta en blanco y con el sable desenvainado.

Kmita dio un paso hacia atrás.

—¡Volodiovski! —exclamó.

—A vuestras órdenes —repitió el pequeño caballero entrando en el salón.

Con él avanzaron Mirski, Zagloba, Juan, Estanislao, Oskierko y Kovalski.

—Señores, quienesquiera que seáis —dijo Billevich—, salvad a un noble a quien quieren prender a despecho de las leyes y privilegios de la nobleza.

—Nada temáis —respondió Volodiovski—. Los dragones de este caballero han caído prisioneros, y ahora sufrirá él la misma suerte.

Y volviéndose a Kmita, añadió:

—Caballero, no sois afortunado conmigo. Con seguridad que no me esperabais.

—No. Os creía en poder del príncipe.

—Escapé y ahora me hallo en camino de Podliasye. Pero no se trata de mí, sino de vos. Cuando por vez primera os apoderasteis de esta señora, os desafié, ¿no es cierto?

—Sí —dijo Kmita llevándose involuntariamente la mano a la cabeza.

—Ahora es distinto. Entonces erais digno de que un caballero se batiese con vos, pero hoy no merecéis que un hombre cruce la espada con la vuestra.

—¿Qué queréis decir? —preguntó Kmita irguiendo la cabeza y mirando fijamente a su interlocutor.

—Sois un traidor y un renegado —respondió Volodiovski—, porque, merced a vos, gemimos bajo un nuevo yugo. Preparaos, pues, a sufrir la suerte de los traidores.

—¿Con qué derecho me juzgáis y castigáis? —repuso Andrés.

—Mejor será que recéis por vuestra alma en vez de pedir razones —intervino Zagloba—. Si tenéis algo que alegar en defensa vuestra, decidlo pronto, porque nadie se encargará de defenderos. Una vez os rescató esta señora, pero después de lo ocurrido, seguramente no intercederá por vos.

Todas las miradas se volvieron hacia Alejandra, que permanecía inmóvil, con los ojos bajos, semejante a una estatua de mármol.

La voz de Kmita rompió el silencio.

—No pretendo que esta señora se moleste por mí —dijo desdeñosamente el caudillo.

—¡Entrad! —ordenó Volodiovski dirigiéndose a la puerta que permanecía cerrada.

Se oyeron pasos en la estancia contigua, y a poco entraron en la sala algunos soldados con Yuzva Butrym a la cabeza.

—Apoderaos de ese hombre —les dijo Miguel señalando a Kmita—; llevadle fuera de la aldea y fusiladle.

—¡No me toquéis! —gritó Kmita—. Iré de buen grado.

Volodiovski hizo una seña a los soldados, que se limitaron a rodearle. Kmita echó a andar tranquilo, imperturbable, sin pronunciar palabra, sin lanzar a nadie una ojeada. Alejandra salió de la estancia, por otra puerta, atravesó a obscuras dos o tres aposentos, pero, presa de una congoja, cayó al suelo como muerta.

En la estancia reinó silencio sepulcral, interrumpido por Billevich que decía:

—¿No habrá clemencia para él?

—Es lástima —respondió Zagloba—, porque se encamina estoicamente a la muerte.

—Señores —dijo Billevich—, atraéis sobre mí la venganza del príncipe.

—Vendréis con nosotros a Podliasye —profirió Volodiovski—; podréis refugiaros en Byalovvej, donde vive un pariente de Kretuski, montero mayor del rey. Nadie os molestará allí.

—Perderé mis bienes.

—La República os los devolverá.

—Miguel —dijo de pronto Zagloba—, conviene registrar al preso antes de fusilarle. ¡Quién sabe si lleva alguna carta de interés!

—Di la orden de conducirlo fuera de la aldea, a fin de que la señora no oyese los fusilazos; pero si tomas un buen caballo llegarás a tiempo de impedir que las balas atraviesen algún escrito que pueda llevar en los bolsillos.

Zagloba salió y Miguel preguntó a Billevich:

—¿Dónde está Alejandra?

—Habrá ido a rezar por el alma de ese desdichado.

—Dios le acoja en su seno —profirió Juan—. Si no se tratase de un partidario de Radzivil, intercedería por él.

—Permitidme, señores —añadió Billevich—, que vaya a ver qué ha sido de ella. Debe sufrir mucho porque sé que le amaba.

—Nosotros partimos —dijo Volodiovski—. No podemos perder un minuto. Aquí estamos demasiado cerca de Kyedani.

—Estaremos listos muy pronto —replicó Billevich, saliendo de la estancia.

En seguida se oyeron gritos de desesperación. Acudieron los caballeros y también muchos criados con luces. Billevich tenía en sus brazos a Olenka, a la que había encontrado en el suelo sin conocimiento. La llevaron a un canapé, y a poco recobró el sentido.

—¡Dios mío! —exclamó Billevich volviendo a la sala con los caballeros, después de dejar a Alejandra al cuidado de sus doncellas—, ¿no podríais llevaros a ese infeliz para fusilarle en otra parte? ¿Cómo partir con Alejandra?

—La conduciremos en una carroza; no podemos dejarla aquí —respondió Volodiovski—, porque Radzivil a nadie perdona.

—Vuestra sobrina —dijo Juan— se restablecerá en breve. Un desmayo no es una enfermedad.

Billevich se alejó y a poco volvía con su sobrina que estaba bastante mejorada y se declaró pronta a partir. Pero su rostro estaba encendido y sus ojos brillaban como si los animase la fiebre.

—¡En marcha! —dijo Miguel.

—¡En marcha! —repitieron los demás oficiales.

En aquel mismo instante se abrió la puerta y entró Zagloba gritando:

—He mandado suspender la ejecución.

Olenka se puso lívida como un cadáver y pareció próxima a desvanecerse otra vez; pero nadie lo advirtió porque todos los ojos estaban vueltos a Zagloba, que resoplaba como un fuelle.

—¿Has suspendido la ejecución? —preguntó Volodiovski—. ¿Por qué?

—¿Por qué?... Dejadme tomar aliento. Porque sin Kmita, sin ése honrado caballero, penderíamos ahora ahorcados de los árboles de Kyedani. Caballero, hemos estado a punto de fusilar a nuestro salvador.

—¡Cómo! —exclamaron todos.

—Leed esta carta. Aquí está la respuesta a vuestra demanda.

Diciendo esto, Zagloba dio una hoja a Volodiovski, que empezó a leer, deteniéndose a menudo para mirar a sus camaradas; se trataba simplemente de una carta en que Radzivil recriminaba a Kmita por haber librado de la muerte a los coroneles y a Zagloba.

—¿Qué decís a esto? —repetía a cada instante el viejo.

Terminaba la carta con el encargo de llevar a Billevich y a su sobrina a Kyedani. Andrés la guardaba, seguramente, para mostrársela, en caso necesario, al portaespada.

De todos modos, no quedaba la menor duda acerca de la eficacia de la intervención de Andrés en el asunto del fusilamiento.

—Señores —dijo Zagloba— si persistís en fusilarle, juro que me separaré de vosotros.

—No persistimos —replicó Miguel.

—Ha sido una suerte que Pan Zagloba leyese la carta en seguida —observó Kretuski.

—Zagloba reflexiona siempre antes de obrar —prosiguió el viejo noble—. Otro se habría guardado de leer la carta; yo no. «¿Por qué no mostrasteis la carta?», dije a Pan Kmita después de leerla: «Porque no lo juzgué oportuno». Aquel hombre me llenó de

admiración y le abracé. Inmediatamente volví grupas y vine a escape para referiros lo ocurrido.

—Kmita es un hombre raro con cualidades buenas y malas —observó Estanislao—. Si no fuese...

No pudo terminar la frase. La puerta se abrió y entró Andrés con los soldados.

—Sois, libre —le dijo Volodiovski—, y mientras yo viva nadie se atreverá a molestaros.

Los soldados se retiraron, y Andrés, que permanecía tranquilo, miró a los nobles con altivez.

—Estáis en libertad —repitió Miguel—. Idos adonde queráis, aunque sea al lado de Radzivil. Es muy de lamentar que un hombre como vos sirva a un traidor.

—Antes de dejarme libre —repuso Kmita—, medítadlo bien, porque me reuniré de nuevo con el príncipe vaivoda.

—Uníos a nosotros, dejad que caiga el rayo y aplaste al tirano de Kyenadi —dijo Zagloba.

—Siempre seréis un querido compañero, y la patria os perdonará vuestro extravío —profirió Miguel.

—Dios dirá quién sirve mejor a la patria: vosotros que iniciáis la guerra civil o yo que sirvo al capitán general, el cual quiere salvar a esta desgraciada República. No os calificaré de traidores, porque conozco que vuestra intención es honrada; pero no me persuadiréis a que abrace vuestro partido.

—¡Voto a bríos! —exclamó Zagloba—. Si no hubiésemos sido testigos de vuestro acto de intrepidez, creeríamos que el miedo ha perturbado vuestro cerebro. ¿A quién jurasteis fe, a Radzivil o a Juan Casimiro? ¿A los suecos o a la República? ¡Habéis perdido el juicio!

—En vano trataréis de convencerme. ¡Adiós!

—¡Aguardad! —exclamó Zagloba—. Decidme: Radzivil os prometió nuestro perdón al interceder por nosotros, ¿no es Cierto?

—Sí —respondió Kmita—. Debéis permanecer en Birji mientras durase la guerra.

—Pues bien, conoced a vuestro Radzivil.

Y al decir esto sacó la carta encontrada en el capote de Kovalski. Kmita la tomó y se apresuró a leerla. Pronto brotó fuego de sus ojos, y rasgando la carta en mil pedazos los echó al suelo.

—Adiós —repitió—. Hubiera preferido la muerte a leer ese papel.

Y dicho esto salió de la estancia.

## XXII

Aquella misma noche, dos horas después de la partida del escuadrón de Volodiovski, Radzivil en persona llegó a Billevich al frente de su caballería. Temeroso de lo que pudiera ocurrir a Kmita, venía en su auxilio. Al enterarse de lo ocurrido, tomó consigo al portaespada y a su sobrina y sin conceder el menor descanso a los caballos se volvió a Kyedani.

Billevich no se atrevió a explicar exactamente los hechos ni a protestar porque le llevasen a Kyedani, por miedo a una venganza terrible del príncipe, y, por su parte, Radzivil, aunque desconfiase de la lealtad del viejo, andaba preocupado en cosas de mayor monta. La fuga de Volodiovski podía dar alientos a los sublevados de Podliasye. Horotkyevich y Jacub Kmita, que se hallaban al frente de los escuadrones de los confederados, eran excelentes soldados, pero hombres de escasa importancia; mas las cosas habían cambiado con la presencia de Volodiovski, Mirski, Oskierko y Stankyevich, que gozaban de la estimación general. Verdad es también que en Podliasye estaba el príncipe Bogislao que, con los escuadrones que ocupaban la fortaleza, se oponía a los confederados; pero el Elector de Brandeburgo, que había prometido su ayuda, no había enviado aún refuerzo alguno.

La situación era cada vez más crítica. El capitán general, dirigiéndose en busca de Kmita, había creído coger a Volodiovski, y en vista de su fracaso volvió a Kyedani lleno de furor. Se sorprendió de no encontrarle en el camino, pero se debía a que Andrés, cuyos dragones habían sido hechos prisioneros por Volodiovski, al quedarse solo prefirió pasar por el bosque sin detenerse en Plemborg ni en Eyrogoly.

Tras de una noche pasada a caballo, el príncipe llegó a Kyedani y preguntó por Andrés, de cuyos labios deseaba oír la historia de lo acaecido.

—El portaespada —dijo al ver a Kmita— me ha dicho que caísteis en manos del pequeño caballero.

—Es cierto.

—¿Y mi carta os salvó?

—¿Qué carta, Alteza? Porque después de enterarse de la primera me dieron a leer otra dirigida al comandante de Birji.

Radzivil palideció.

—¿De modo que sabéis...?

—Sí —dijo Kmita resueltamente—. ¿Cómo puede Vuestra Alteza obrar así conmigo? Si es desdoro para un noble cualquiera faltar a su palabra, ¿qué será para un príncipe?

—¡Callaos! —exclamó Radzivil.

—No callaré, porque tuve que avergonzarme por vos a los ojos de aquellos hombres. Me excitaban a dejar vuestro servicio, pero yo contesté: «Le sirvo porque defiende la justicia y la virtud.» Entonces me mostraron la carta. «Ved quién es vuestro Radzivil», me dijeron, y hube de doblar la cabeza rojo de vergüenza.

Radzivil se puso hecho una furia, y seguramente Andrés hubiera pagado caras sus palabras, a no mediar el acceso de asma que acometió al príncipe, el cual cayó gritando:

—¡Me ahogo! ¡Me ahogo!

Acudieron los médicos y los criados del castillo, los cuales levantaron al príncipe, que había perdido el conocimiento. Una hora después estaba fuera de peligro y Andrés salió de la estancia.

En el corredor encontró a Karlamp, que ya estaba curado de su herida.

—¿Cómo sigue?

—Ha vuelto en sí —respondió Kmita.

—Me alegro, pero no siempre sucederá lo mismo. ¡Ay de nosotros si el príncipe muriese! Sólo confío en Volodiovski. Espero que defenderá a sus viejos camaradas, y por lo mismo os digo —aquí Karlamp bajó la voz—, que celebro se haya escapado. En el castillo las cosas van de mal en peor. Los nobles están cada día más distanciados del príncipe, y éste ordena diarias ejecuciones. Hoy ha venido el portaespada de Rossyeni.

—¿De veras?

—Sí, con su sobrina, muchacha de sin igual belleza. ¡Sois digno de envidia!

—¿Dónde se hospedan?



—En el pabellón de la derecha. Disponen de cinco aposentos... No pueden quejarse... sólo que hay un centinela frente a la puerta. ¿Y cuándo es la boda, coronel?

—Dios lo sabe —respondió Kmita, y alejóse.

Se fue a su estancia.

Una noche de insomnio y los coloquios con el príncipe le habían fatigado a tal extremo, que no podía tenerse en pie. Pero si su cuerpo estaba rendido, su alma estaba llena de congoja. La pregunta de Karlamp, «¿cuándo es la boda?» le había lastimado profundamente, porque recordó la cara impasible de Olenka y sus mudos labios, que parecían confirmar la sentencia de muerte pronunciada contra él. Una palabra de la joven hubiera podido salvarle, pero no la había pronunciado, y eso era lo que más apenaba al caballero, que por dos veces le debía la vida.

Se acostó y procuró dormir; pero, no obstante su postración, el sueño huía de sus párpados.

A los pocos momentos vino a llamarle un criado de Radzivil. Este seguía mejor, respiraba libremente, pero su aspecto no era muy bueno. Estaba sentado en la poltrona y junto a él había un médico, al que despidió con una seña.

—Por vuestra culpa —dijo a Kmita— he estado a punto de morir.

—Alteza, no ha sido por culpa mía; he dicho únicamente lo que pensaba.

—No hablemos más de ello; me causa molestia. Sabed que sólo a vos puedo perdonar tal atrevimiento.

Kmita guardó silencio.

—Si di la orden de fusilarles en Birji —prosiguió el príncipe—, no era para engañaros, sino para evitarme una pena. Cedí en apariencia porque os tengo mucho cariño. Pero su muerte estaba decidida. Cuando seáis más viejo comprenderéis que en ciertas empresas no debe uno vacilar y que no conviene sacrificar las causas grandes a las pequeñas. ¿Veis lo que ha ocurrido a consecuencia de vuestra súplica? Ha estallado la guerra civil, se han enojado los suecos y se propaga la rebelión. Al interceder por ellos sólo prestasteis oídos a la voz de vuestro corazón; yo, enviándolos a Birji, para que allí los fusilaran, escuché los consejos de la experiencia. ¡Sólo Dios sabe lo que han hecho y lo que harán esos desgraciados! ¿Quién diría ahora que soy el mismo hombre en quien tenía puestos sus ojos la República entera? Los mismos a quienes yo conduje de victoria en victoria, en los tiempos calamitosos, hoy me abandonan y se atreven a levantar su mano sobre mí y me acusan de parricida.

—No todos, porque los hay que creen todavía en Vuestra Alteza.

—Hasta cierto punto —dijo amargamente Radzivil.

—Considere Vuestra Alteza la intención y no las palabras.

—Os agradezco el consejo. De hoy en adelante procuraré complacer a todos los que se presenten ante mí.

—Grande amargura se nota en vuestras palabras, Alteza.

—¿Y es dulce mi vida? Dios me ha hecho para ejecutar grandes cosas y he de emplearme siempre en luchas mezquinas. Quería medir mis fuerzas con los más poderosos monarcas, y he caído tan bajo, que he de cazar a un Volodiovski en mis propias tierras. En vez de asombrar al mundo con mi poder, demuestro mi debilidad; en vez de vengar el incendio de Vilna con el de Moscú, me limito a daros las gracias por las trincheras que habéis construido en torno de Kyedani.

—Comprendo vuestra tristeza —dijo Andrés.

—Antes de ceñir mis sienes una corona real, las oprime una corona de espinas. El pastor <sup>(1)</sup> Aders ha consultado por orden mía las estrellas, ha trazado una figura y dice que las conjunciones son malas, si bien se trata de algo pasajero. Entretanto sufro y me preparo a nuevas deserciones, porque me rodean hombres cuya fe es incierta.

<sup>1</sup>() Recuérdese que Radzivil era calvinista. (N. del T.)

—Todos son fieles a Vuestra Alteza; los que han querido abandonaros han partido ya.

—Los hay que dudan —objetó el príncipe—. A nadie comunicéis lo que os he dicho. Espero que no se repetirá ese maldito ataque. Quiero celebrar una gran fiesta y tengo necesidad de mostrar un semblante gozoso para confortar el ánimo de todos. Hoy os he perdonado, pero cuidado de no provocarme otra vez, porque podríais pasarlo mal. Retiraos y enviadme a Myeleshko. Han cogido desertores de su escuadrón y habrá que ahorcarlos. ¡Adiós! ¡Es preciso hacer un escarmiento!

### XXIII

La fiesta no tuvo la virtud de calmar el ánimo del príncipe; al contrario, varios indicios debieron hacerle comprender que no era la fidelidad sino el temor lo que retenía a su lado una muchedumbre de cortesanos.

Durante el banquete llegaron mensajeros. El príncipe Bogislao le comunicaba que los oficiales habían preferido formar una confederación entre ellos a marchar contra el enemigo que había incendiado a Vilna y hacía correrías por las tierras de Radzivil. La provincia de Cyerads se había rendido a los suecos y, siguiendo el ejemplo de la Gran Polonia, había aceptado la protección de Carlos Gustavo. Juan Casimiro había derrotado al vaivoda en Jarnov. ¡El ejército le abandonaba!

Fue entonces cuando le pareció al príncipe llegado el momento de probar la fidelidad de Kmita confiándole la misión que Ganhof ambicionaba.

—Puesto que deseáis dejar estos lugares —le dijo—, voy a complaceros, confiándoos un encargo muy honroso para vos. Necesito un hombre distinguido, no extranjero, sino polaco, que vaya a atestiguar que, si bien me han abandonado algunos, quedan a mi lado muchos hombres de reconocido valor. Vos sois el más indicado para desempeñar esta misión.

—¿De qué se trata?

—Preparaos para un largo viaje.

—Estoy pronto a partir.

—Y a vuestras expensas, porque me hallo bastante apurado. Debo mantener a las tropas que tengo aquí y el tesorero me niega sus recursos.

—No diga más Vuestra Alteza. Si parto, me costearé el viaje.

—Además, es necesario aparentar cierto boato.

—Lo haré.

El semblante de Radzivil se animó, porque lo cierto era que tenía poco dinero y además era avaro.

—Está bien —contestó—. Oíd mis instrucciones.

—Escucho.

—Ante todo iréis a Podlasye. El camino es peligroso porque los confederados, que dejan el campamento, vagan por los alrededores.

—Caí en su poder y respetaron mi vida.

—Lo celebro. Después iréis a Zabludow, donde está Harasimovich, y le ordenaréis que recoja todo el dinero procedente de mis rentas y del impuesto y me lo mande a Tyltsa,

que hipoteque y quite a los judíos todo lo que pueda quitarles, y, prosiguiendo vuestro viaje, llegaréis a Tykotsin y os presentaréis al príncipe Bogislao.

Aquí el capitán general se interrumpió porque el hablar le perjudicaba. Después de breve pausa continuó diciendo:

—Me maravilla que Bogislao se entretenga en Podliasye. ¡Por Dios vivo!, es capaz de arruinarse y de arruinarme. Prestad atención a cuanto os digo, pues aunque llevaréis una carta mía, deberéis explicar de viva voz lo que no puede escribirse. La política tiene sus secretos. Sabed ante todo que la corte de Viena no verá con buenos ojos el creciente poder de los suecos. Los mismos tártaros, y esto lo sé de buena tinta, están dispuestos a ayudar a Juan Casimiro y a combatir contra los suecos, y luego podrían venir a socorrerle los soldados de Pototski que están en Crimea; pero el Elector no traerá más refuerzos.

—¿Por qué?

—Porque es cauto y piensa solamente en sus intereses. Quiere ver lo que ocurrirá; entra en una liga, pero sólo con las ciudades prusianas que han permanecido fieles a Juan Casimiro. Subsiste la confederación contra los suecos, y apenas entren en la pequeña Polonia, la Grande y Mazovia se sublevarán, y unidas a los prusianos...

El príncipe volvió a interrumpirse, como asustado de su propia suposición.

—¿Qué puede ocurrir?

—Que no quede un sueco con vida —repuso tristemente el general.

Kmita frunció las cejas y guardó silencio.

—Entonces —añadió en voz baja el príncipe— perderemos todas las ventajas obtenidas.

—¿Qué significa esto? —repuso Andrés poniéndose en pie y de un salto y mirándole con ojos llameantes—. Vuestra Alteza acaba de decirme que la República había recibido un golpe de muerte... que sólo por medio de una liga contra los suecos y erigiéndose en rey Vuestra Alteza podíamos salvarnos. ¿Qué debo creer? Si lo que Vuestra Alteza dice es cierto, ¿por qué combatimos contra los suecos?

Radzivil le contempló con fijeza.

—Sois demasiado audaz —le dijo.

—Vuestra Alteza —respondió Andrés— puede juzgarme como guste, pero conteste a mi pregunta.

—Voy a complaceros —repuso enfáticamente Radzivil—. Cuando las cosas llegaran al referido extremo, caeríamos sobre los suecos.

Andrés se tranquilizó y dándose una palmada en la frente profirió:

—¡Cuán necio soy!

—No lo niego —replicó el príncipe—. Y añadiré que a veces os tornáis insolente. Mis palabras se referían solamente a los caprichos de fortuna. No deseo más que el bien de la patria. Es necesario estar ojo avizor. El que no sabe nadar no debe meterse en el agua, y el que anda por un bosque se ha de detener de vez en cuando para orientarse. ¿Lo habéis entendido?

—Es claro como la luz del sol.

—Después de ver a Bogislao —prosiguió el príncipe— llevaréis una carta mía a Carlos Gustavo. No quiero unirme con el conde Magno después de lo ocurrido en el combate de Klavany, pues me guarda rencor y desconfía de mí. No conviene que conozca mis planes. Sin duda ha escrito al rey quejándose de mí, insinuándole que soy débil y que no merezco confianza. Debo destruir el efecto de sus insinuaciones. Entregaréis, pues, mi carta al rey, y si os preguntase respecto al asunto de Klavany, decidle sencillamente la verdad. Podéis confesar que yo había condenado a muerte a los coroneles y que obtuvisteis su perdón. Eso nada cuesta y halagará vuestra sinceridad. Pero si el rey os preguntase si es cierto que gran parte de las tropas me han abandonado, lo negaréis rotundamente. Por último, tomaréis nota de todo lo que digan las personas que rodean al

rey y se lo trasladaréis al mismo Bogislao. Referidle también lo que oigáis a las tropas del Elector, si por ventura tropezaseis con ellas. ¿Conocéis el alemán?

—Bastante.

—Tanto mejor.

—Pero, ¿dónde podré encontrar al rey de Suecia?

—Dondequiera que se halle. En tiempo de guerra cambia de lugar con frecuencia. Si estuviese en Cracovia, mejor, porque podréis llevar cartas a otras personas de allí.

—¿Tengo que ver a otros?

—Sí, visitaréis a Lyubomirski, mariscal del reino. Me importa que esté con nosotros. Es hombre influyente, y en la Pequeña Polonia todo depende de él. Si se declarase por los suecos, quedaría vencido Juan Casimiro. No se lo ocultéis al rey de Suecia; esto me favorecerá. ¡Quiera Dios que Lyubomirski se declare por nosotros! Ya sé que vacilará; espero, sin embargo, que mi carta inclinará la balanza a nuestro favor, pues existe un poderoso motivo que le inducirá a secundar mis designios. Se trata de un punto muy delicado. Lyubomirski ha explorado alguna vez mi ánimo para ver si yo estaba dispuesto a conceder la mano de mi hija única a su hijo Heráclito. Son dos niños aún, pero podría formalizarse un contrato que lisonjeara mucho la vanidad del mariscal,, pues se trata de la heredera más rica de la República. Sugeridle la idea de que, además de las riquezas, su hijo puede obtener, como dote de mi hija, el principado de Lituania, y no vacilará, porque piensa más en la prosperidad de su casa que en la República.

—¿Qué debo decirle?

—Cosas que no se pueden escribir. Hay que exponerle hábilmente el asunto. Líbreos Dios de decirle que me habéis oído expresar el deseo de ceñir la corona... Es pronto todavía. Afirmadle que todos los nobles de Luda y Lituania hablan de coronar a Radzivil y que los mismos suecos lo desean. Procurad averiguar quién es su confidente y comunicarle la idea de que Lyubomirski debe unirse a los suecos y pedir en cambio el matrimonio de Heráclito con la hija de Radzivil, y luego apoyar las pretensiones de éste al trono de Lituania. Añadid que una vez coronado Heráclito en Lituania, podrá ser elegido más adelante rey de Polonia, de manera que las dos coronas quedarán reunidas en nuestra familia.

Y al decir esto, el príncipe extendió las manos como si quisiese coger un cetro, y su rostro apareció radiante de alegría como si ya ostentase una corona.

Después de breve silencio, volvió a decir más despacio y con voz trémula:

—A eso aspira mi alma... a volar a la región de la luz... quisiera que la muerte me sorprendiera en el trono... mejor que en la antecámara de un rey.

—¿He de llamar a un médico? —preguntó inquieto Andrés.

Radzivil hizo con la mano un gesto negativo.

—No es necesario... me siento mejor... Mi acceso ha terminado... ¿Habéis comprendido mi pensamiento?

—Sí, Alteza.

—Ya están escritas las cartas. ¿Cuándo queréis partir?

—Hoy, lo más pronto posible.

—¿Tenéis algo que pedirme?

—Alteza —empezó a decir Kmita; pero de pronto se interrumpió y la voz expiró en sus labios.

—Hablad con franqueza —dijo el capitán general.

—Os ruego que tratéis bien a Billevich y a su sobrina.

—Perded cuidado. Pero veo que todavía amáis a la doncella.

—Sí —replicó Kmita—. La amo... y a veces me parece odiarla. Todo ha terminado entre nosotros; no aspiro a ser su marido, pero tampoco quiero que otro la tome. Alteza, perdonadme, no sé lo que digo. Partiré cuanto antes.

—Comprendo —observó el general—. Aunque no la améis, os irrita el solo pensamiento de que otro pueda poseerla. Descuidad que no se acercará a ella hombre alguno. La enviaré a Taurogi, junto a Tyltsa, donde vive mi hija. Quedad tranquilo, Andrés. Id, preparaos para el viaje y venid a comer conmigo.

Kmita se inclinó y se fue, y Radzivil empezó a respirar más libremente.

Estaba satisfecho de la partida de Kmita, cuyo carácter impetuoso le hacía temible, y le quedaba, en cambio, su escuadrón.

—¡Vete, demonio! —murmuró el príncipe mirando a la puerta por la que había salido el abanderado de Orsha.

Después llamó a un paje y le mandó en busca de Ganhof.

—Tomad el mando del escuadrón de Kmita —dijo el general a Ganhof—. Andrés se marcha.

Radiante de gozo, Ganhof se inclinó, y luego dijo:

—Os doy las gracias y os juro lealtad.

Y permaneció frente al príncipe como si aún no hubiera terminado.

—¿Tenéis algo más que decir? —le preguntó Radzivil.

—Alteza, un noble de Vilkomir nos anuncia que Sapihea se acerca con sus soldados.

Radzivil se estremeció, pero pronto supo dominar su emoción.

—Podéis marcharos —dijo a Ganhof.

Y al quedar solo, cayó en profunda meditación.

## XXIV

Kmita se ocupó inmediatamente y con gran actividad en los preparativos del viaje y con especial cuidado en lo referente a la elección de los hombres de la escolta que debía acompañarle. Al fin, encontró seis fieles soldados que habían servido ya a sus órdenes y que estaban dispuestos a seguirle hasta el fin del mundo.

A la cabeza de éstos estaba el sargento Soroka, siervo fiel de la familia Kmita, viejo soldado y de una fidelidad a toda prueba, si bien pesaban sobre él numerosas sentencias por actos violentos cometidos en distintas épocas.

Después de comer, el príncipe entregó a Andrés las cartas y un salvoconducto para los comandantes suecos, y al despedirle le dirigió las afectuosas palabras con que un padre recomendaría a un hijo la mayor circunspección y prudencia. Kmita estaba bebiendo con Ganhof, Karlamp y otros oficiales la última copa, cuando entró Soroka y le preguntó:

—¿Partimos, mi comandante?

—Dentro de una hora —contestó Andrés.

—Los caballos y los hombres están ya en el patio.

Salió el sargento, y los oficiales comenzaron a beber copa tras copa; Kmita no les imitó.

—Valeroso coronel —dijo Ganhof ya algo ebrio—, recomendadme al favor del príncipe Bogislao. Es lo que se llama un caballero y no tiene igual en toda la República. Aunque parece un hombre afeminado, es valiente hasta el punto que durante la batalla se arroja el primero al sitio de mayor peligro y combate como un león.

—El príncipe Bogislao es valiente, no lo niego —replicó Karlamp—; pero demasiado adicto a Francia e imitador de sus costumbres.

—Eso es cabalmente lo que más me gusta de él —repuso Ganhof—. Los franceses son dignos de ser imitados por su buena educación y exquisita cortesía.

Mientras los oficiales discutían los méritos del príncipe, Kmita guardaba silencio y parecía absorto en sus pensamientos.

—¿Por qué estáis tan taciturno, Pan Kmita? —le preguntó, de pronto, Karlamp—. ¿Pensáis acaso en Panna Billevich?

—Panna Billevich nada tiene que ver conmigo y menos con vos —respondió Andrés bruscamente.

El reloj de la torre del castillo dio las siete. En el patio piafaban los caballos, impacientes ya por la larga espera.

Una extraña inquietud se apoderó de Andrés. Su imaginación le presentaba ignotas regiones y una multitud de cara? desconocidas; pero al mismo tiempo experimentaba cierta sorpresa al pensar que estaba dispuesto a emprender un viaje como si tal cosa no hubiera pasado jamás por su mente.

—¡Tenemos que partir! ¡Suceda lo que Dios quiera! —se decía.

Había sonado la hora de la partida y sentía que su nueva existencia había de ser completamente distinta de la que hasta entonces había llevado. Abandonaba todas las personas y todas las cosas con las que se había encariñado en aquel país y en aquel castillo. También el viejo Kmita, por decir así, se quedaba allí, y un hombre nuevo se disponía a emprender un viaje a remotos países. Alboreaba para él una nueva vida.

¿Pero se marcharía sin despedirse de ella? Y, ¿qué decir? Únicamente podría afirmar que todo vínculo quedaba roto y que ella debía seguir rumbo distinto al del caballero. ¿Por qué decirle esto? ¿Y con qué objeto? Sería tiempo perdido y una nueva tortura.

—¡Partiré! —se decía.

Pero se sentía atado por el testamento de un muerto. Era necesario hablar claramente y sin cólera de la separación definitiva y decirle: «Señora, vos no queréis ser mía y os devuelvo vuestra palabra, Supongamos que no existe el testamento y busque cada cual la felicidad donde pueda encontrarla.» Pero ella podía responder: «Todo esto lo dije hace tiempo; ¿por qué me lo repetís?»

—No la veré y suceda lo que Dios quiera —se dijo Kmita.

Se puso el birrete y salió de la estancia. Quería montar a caballo y partir sin más tardanza. Pero al cruzar el corredor experimentó una rara sensación, como si alguien tirase de sus cabellos, y le invadió un deseo tan irresistible de verla, de hablarla, de poseerla, que avanzó con los ojos cerrados como un loco o como un hombre que va arrojar al mar.

Delante de la puerta de los aposentos destinados a Billevich y de la que poco hacía habíase marchado el centinela, encontró a una joven sirvienta del portaespada.

—¿Está en su cuarto? —le preguntó.

—Se halla en el cuartel en compañía de los oficiales —respondió la joven.

—¿Y la señora?

—Ahí dentro.

—Decidle que Kmita parte para un largo viaje y desea verla.

Obedecía la muchacha, pero antes de que ella volviera, Kmita levantó el pesado cortinaje y entró.

—Vengo a despedirme —dijo—, porque no sé si volveremos a vernos. Graciosa señora —añadió, no bien se hubo alejado la sirvienta—, quería partir sin veros, pero me ha faltado valor para ello. Sabe Dios cuándo volveré, o si volveré; porque una desgracia ocurre fácilmente. Es preferible que nos separemos sin rencor, a fin de que el Cielo se apiade de nosotros. Quería decir muchas cosas... pero no encuentro palabras... Quizá no me estaba reservada tanta felicidad. Como ya os he dicho, debemos prescindir del

testamento de vuestro abuelo; la voluntad del hombre nada puede contra los divinos decretos. Dios os conceda paz y bienandanza. Lo importante es que nos olvidemos. No sé lo que me podrá suceder lejos de vos, ni dónde terminaré. Pero no puedo vivir sometido a tan horrible tortura. Y lo que más daño me hace, es la ociosidad en que vivo. Aquí paso el día pensando en las desdichas que el porvenir me reserva. Este viaje me es necesario como el agua a los peces y el aire a las aves; si permanezco aquí me volvería loco.

—El Cielo os conceda la mayor ventura —dijo Olenka.

Se hallaba asombrada de aquel inesperado viaje y de las palabras del caballero.

En su rostro se adivinaban la confusión y el estupor, y en vano se esforzaba en recobrar su calma.

—No os guardo rencor —pudo añadir al fin.

—Algún espíritu maligno se opone a nuestra dicha y nos separa como si el mar sin límites se hallase entre nosotros. Y ya que debemos separarnos, vale más hacerlo amistosamente. Antes de la separación debemos explicar los motivos que a ella nos inducen. Me juzgáis traidor y eso me lastima hondamente, porque quiero salvar mi alma y no me considero capaz de traición.

—No os he considerado jamás como tal —replicó Olenka.

—Ni podáis suponerlo siquiera —exclamó Kmita—. Me he sentido algunas veces inclinado a la violencia; pero traicionar por interés, por ambición... eso jamás. ¡Libreme Dios de tal cosa! Sois mujer y no podéis comprender dónde está la salvación de la patria; por consiguiente, no me juzguéis sin oírme. Sabed que de Radzivil y de los suecos depende la salvación del país. Quien de otro modo piense y obre en consecuencia, contribuye a nuestra ruina. No digo más porque he de partir. Me basta haberos convencido de que no soy un traidor, y de que me habéis ofendido sin razón, dejándome marchar a la muerte. Un azar me salvó. Pues bien, os perdono de todo corazón; perdonadme también.

Alejandra había dominado completamente su primer impulso.

—Decís que os he condenado injustamente —repuso la doncella—; es verdad: lo confieso y os pido perdón.

Su voz temblaba, las lágrimas nublaban sus hermosos ojos azules, y gritó con transporte:

—¡Sí, sí, os perdono! ¡Y os perdonaría hasta la muerte! ¡Qué os acompañe Dios por el recto camino! ¡El Cielo quiera alejar de vos todo peligro!

—¡Callad, callad! —gritó Kmita excitado—; que ningún error pueda separarnos de nuevo. Dejemos que cada cual obedezca a los impulsos de su conciencia. Dadme vuestra mano. ¡Ay de mí, Olenka! ¿Es posible que no volvamos a vernos?

Un torrente de lágrimas brotó de los ojos de la joven e inundó su semblante hermosísimo.

—¡Andrés, separaos del traidor y todo irá bien! —dijo ella.

—¡Callad, por amor de Dios! —repitió Kmita con voz desfallecida—. No puedo. Quisiera morir, me sería menos doloroso. Adiós, por última vez: la muerte pondrá término a mis males. ¿Por qué lloráis? No lloréis, vuestras lágrimas me destrozan el corazón.

Y cediendo a un irresistible impulso de amor, tomó en sus brazos a la joven y no obstante su enérgica resistencia, la besó en los ojos, en la boca, y cayó luego a sus pies.

Después se levantó, y mesándose los cabellos como un loco, salió fuera de la estancia.

Olenka se acercó a la ventana y le vio marcharse apresuradamente a caballo, con su escolta. Los escoceses del cuerpo de guardia presentaron armas; después se cerró la puerta y el joven y sus compañeros desaparecieron en medio de las tinieblas que ya envolvían la tierra.

## XXV

Kovno y la comarca entera de la margen del Vilna se hallaban ocupadas por los rusos, que guerreaban contra la República, y por lo mismo, Kmita, no pudiendo dirigirse a Podliasye por la carretera de Kovno a Białystok, tomó los caminos transversales y pasó por Vilkovo para dirigirse a la provincia de Trostk.

Aquel camino, no muy largo, aparecía tranquilo, porque Radzivil señoreaba el país.

Ciudades y lugares estaban guarnecidos por destacamentos procedentes del castillo del capitán general, o bien por pelotones de caballería sueca.

Zolotarenko se hubiera alegrado de romper con los sucesos, como había dicho Radzivil, pero éstos no querían por entonces la guerra. Tenía, además, orden terminante de no atravesar el río, y en el caso de que Radzivil con los suecos avanzase a su encuentro, debía retirarse rápidamente.

Por esta razón toda la parte del país, a la derecha del Vilna, se hallaba tranquila; y no obstante, un tiro de mosquete habría bastado para desencadenar una guerra terrible.

Andrés tropezaba a cada instante con multitud de aldeanos, hombres, mujeres y niños, que traían consigo sus rebaños de ovejas, vacas y caballos. La población de la provincia de Trostk que confinaba con el Electorado próximo, era rica y productiva, por lo cual se apresuraba a ponerse en salvo. La proximidad del invierno no desalentaba a los fugitivos, que preferían esperar días mejores en el bosque, dentro de cabañas cubiertas de nieve, a morir a manos del enemigo.

Con frecuencia, Kmita se acercaba a los grupos o a las hogueras del bosque. Por todas partes encontraba gente venida de la margen izquierda del Vilna, de los alrededores de Kovno y de puntos distantes de la provincia; oía referir las crueldades de Zolotarenko y de sus aliados, que mataban a la gente sin consideración a la edad ni al sexo, incendiaban las aldeas, y talaban los campos y los huertos. Las hordas tártaras no habían llegado a tal extremo.

No sólo se daba muerte a los habitantes, sino que además se les sometía a diabólicos tormentos. Muchos fugitivos pedían favor a Kmita y a sus soldados como si el enemigo les persiguiese todavía. Carrozas pertenecientes a nobles se dirigían hacia Prusia, transportando a viejos, mujeres y niños. Los criados les seguían en carros con los equipajes, víveres y demás. Todos estaban poseídos de espantoso pánico y además apenados por el dolor de tener que ir al destierro.

Andrés les confortaba diciéndoles que pronto darían con los suecos, que echarían de allí a Zolotarenko y sus cosacos. Y ellos, alzando los brazos al cielo, exclamaban:

—¡Conceda Dios salud y vida al príncipe vaivoda! Cuando vengan los suecos volveremos a nuestras tierras, a nuestros destruidos hogares.

Se bendecía en todas partes el nombre del príncipe. De boca en boca corría la noticia de que Radzivil atravesaría pronto el Vilna a la cabeza de sus tropas y de los suecos. Además elogiaban la moderación de estos últimos, su buen trato y disciplina. Se aplicaba a Radzivil el título de Gedeón de Lituania, de Sansón, de Libertador. Aquellas gentes, que huían de las ruinas humeantes y de la muerte, le consideraban como su salvador.

Y Kmita, al oír aquellas bendiciones, aquellos votos, aquellos augurios, aquellas plegarias, sentía acrecentarse su fe en Radzivil.

Cuando Kmita hubo pasado de Pilvinski, junto al Shestrupa, encontró poblaciones que vivían tranquilamente en sus casas. Los ciudadanos le dijeron que dos días antes un fuerte destacamento de los soldados de Zolotarenko, en número de quinientos, les habían asaltado, queriendo, según su costumbre, degollar a todo el mundo y prender fuego a las viviendas; mas, por fortuna, un socorro imprevisto les había salvado.



—Nos habíamos encomendado a Dios —dijo el dueño de la casa en que se hospedaba Andrés—, cuando he aquí que la Providencia nos envía algunos escuadrones. En los primeros momentos creímos que se trataba de otro enemigo, pero eran los nuestros. Se precipitaron inmediatamente sobre los malandrines, y aun no había transcurrido una hora, cuando estaban todos tendidos en el suelo, en cuya operación les ayudamos con mucho gusto.

—¿De qué escuadrones se trata? —preguntó Kmita.

—¡Que Dios se lo pague! No nos dijeron quiénes eran y no nos atrevimos a preguntárselo. Dieron algún descanso a sus caballos, tomaron cuanto heno y pan había aquí y se marcharon.

—¿De dónde venían? ¿A dónde se encaminaban?

Venían de Koslov Ryda y se dirigieron hacia el Sur. Nosotros, que primeramente queríamos huir al bosque, nos detuvimos aquí porque el *subestarosta* nos dijo que después de tan severa lección el enemigo no se atrevería a molestarnos.

La noticia de aquella batalla interesó mucho a Kmita, que de nuevo preguntó:

—¿Y no sabéis quién mandaba el escuadrón?

—No lo sabemos; pero vimos al coronel que departió con nosotros en la plaza. Era joven, pequeño, delgado. Nunca hubiera creído que fuera tan esforzado.

—¡Volodiovski! —exclamó Kmita.

—No lo sé, pero le bendigo.

Andrés se absorbió en sus reflexiones. Era evidente que seguía el mismo camino por donde había pasado pocos días antes Volodiovski con sus soldados de Lauda, y era lógico, puesto que los dos se dirigían a Podliasye. Pero Andrés comprendió que si se hubiera apresurado habría podido caer otra vez en poder del pequeño caballero y que, en este caso, todas las cartas de Radzivil hubieran caído en manos de los confederados. Por esta razón, decidió detenerse un par de días en Pilvinski, a fin de que el escuadrón de Lauda se alejase todo lo posible.

Además, todos se hallaban, fatigados, porque habían venido de Kyedani en poco más de una jornada.

Al día siguiente tuvo ocasión de conocer que había obrado con suma prudencia y acierto, pues apenas se había levantado entró el posadero diciendo:

—Tengo que comunicar una nueva a Vuestra Gracia.

—¿Es buena?

—Según y conforme; se trata sencillamente de que ha llegado un huésped. Esta mañana se ha detenido en casa del *estarosta* una numerosa comitiva, y con los recién llegados vienen un regimiento de infantería y muchos jinetes, gran número de criados y carros. ¡Diríase que es el rey!

—¿Cuál de ellos?

El posadero, perplejo, se rascó la cabeza.

—Verdad es que ahora tenemos dos —dijo—, pero no se trata de ellos. El que ha llegado es el príncipe.

Kmita se levantó de un salto.

—¿El príncipe Bogislao?

—Sí, Vuestra Gracia, el primo del vaivoda de Vilna.

Andrés exclamó sorprendido:

—¡Qué dicha haberle encontrado!

El posadero, al saber que su huésped conocía a Bogislao, se inclinó cortésmente y salió de la estancia. Kmita se vistió apresuradamente y poco después se hallaba ante la puerta del mencionado *estarosta*.

La ciudad rebosaba de soldados, quienes colocaban sus fusiles en pabellones en la plaza y paseaban por las calles o estaban detenidos delante de las casas. Los oficiales

hablaban alemán o francés; aquí se veía un soldado polaco, allá un uniforme francés; los mosqueteros y los dragones vestían trajes distintos a los de los escuadrones extranjeros que Kmita había visto en Kyedani. Los soldados eran buenos mozos y tan elegantes que podía tomárseles por oficiales.

Kmita se hizo anunciar por un oficial de la guardia. Poco después éste volvió apresuradamente diciendo que el príncipe deseaba verle.

El oficial le siguió por la antecámara y se detuvo frente a una puerta, se inclinó y dijo a Kmita:

—El príncipe está ahí.

Andrés entró y se detuvo en el umbral. Bogislao estaba sentado frente a un espejo, en un rincón del aposento, y se preocupaba tanto en examinar su cara cubierta de afeites, que no se fijó en el recién venido. Dos ayudas de cámara, arrodillados delante de él, le ataban los cordones de las altas botas, en tanto que el príncipe se arreglaba los bucles de su abundosa cabellera rubia.

Era un hombre joven todavía, de treinta y cinco años, si bien no representaba más que veinticinco. Kmita conocía al príncipe, pero le miraba con curiosidad apasionada.

Bogislao era vigoroso y de alta estatura; sobre sus anchos hombros se elevaba una cabecita que parecía corresponder a otro busto. Su cara era también muy pequeña, aniñada, y sus líneas contrastaban con la majestuosa nariz aguileña y los ojos; el resto de la faz, rodeada de cabellos ensortijados, desaparecía por completo. Su boca era menuda como la de un niño y el labio superior estaba apenas sombreado por ligero bozo. La delicadeza de su cutis, realizada por los afeites, le hacía parecer una muchacha. Pero a la vez la violencia, el orgullo y la extremada confianza en sí mismo que revelaba su semblante, no dejaban de justificar el dictado de camorrista —*chercheur de noises*— que le había sido aplicado por la corte de Francia.

Kmita examinaba con gran interés la cara de Bogislao reflejada en el espejo. Por último, cuando Andrés había destosido ya dos o tres veces, el príncipe dijo, sin volver la cabeza:

—¿Quién está ahí? ¿Un mensajero del vaivoda?

—No es un mensajero, sino un enviado —respondió Andrés.

Entonces el príncipe se volvió, y al ver al apuesto caballero comprendió que no se trataba de un mensajero cualquiera.

—Perdonad, caballero —dijo afablemente—; vuestro semblante no me es desconocido, por más que no recuerdo vuestro nombre.

—Me llamo Kmita y soy coronel desde el día en que llevé mi escuadrón al capitán general.

—¡Kmita! —exclamó el príncipe—. ¿Aquel Kmita que se hizo famoso en la última guerra con el asalto de Hovanski? He oído hablar de vos.

Y al decir esto, Bogislao miró con interés y complacencia al joven.

—Sentaos —añadió—; celebro mucho el veros aquí. ¿Qué ocurre en Kyedani?

—He aquí una carta del príncipe.

Bogislao rompió el sello y empezó a leer.

En seguida su rostro reveló contrariedad y vivo disgusto. Dejó la carta y dijo:

—Nada nuevo. El príncipe vaivoda me aconseja que me marche a Prusia, a Tyltsa, o a Taurogi, cosa que, como veis, estoy haciendo. Pero no comprendo a mi primo. Me dice que el Elector se halla en Brandeburgo y que no puedo romper la línea de los suecos, y al mismo tiempo me reprocha que no me comuniqué con él. ¿Qué he de hacer? Si el Elector no puede pasar por entre los suecos, ¿cómo pasará mi mensajero? Me detuve en Podliasye porque no podía hacer otra cosa. Os aseguro, caballero, que me tienen ya hastiado. He matado todos los osos de los alrededores de Tykotsin; y las hermosas

mujeres de aquellos lugares huelen a piel de carnero, olor que no puedo ni quiero soportar. ¿Comprendéis el francés o el alemán?

—El alemán —repuso Kmita.

—¡Muy bien! Hablaré alemán, porque mis labios se niegan a usar vuestro lenguaje.

Se interrumpió, miróse al espejo y luego repuso:

—He sabido que en el país de Lukovo, un noble llamado Kretuski posee una mujer de belleza incomparable. Lukovo está lejos, pero ordené que fueran a robarla. ¿Creéis, Kmita, que no la encontraron en casa?

—Me alegro —repuso Andrés—, porque es la esposa de un honrado caballero, célebre paladín, que salió de Zbaraj con sus soldados y atravesó el ejército de Mielniski.

—¡Canario! Si lo hubiese sabido habría asediado a la mujer en Tykotsin, mientras el marido se hallaba cercado en Zbaraj. ¿Creéis que ella se habría resistido con la misma obstinación que su esposo?

—Alteza —dijo bruscamente Andrés—, para tal asedio no hay que acudir a un consejo de guerra.

—Cierto —repuso Bogislao—. Volvamos a nuestros negocios. ¿Traéis otras cartas?

—La que me entregaron para Vuestra Alteza es ésta: llevo una para el rey de Suecia. ¿Sabe Vuestra Alteza dónde podré encontrarlo?

—Lo ignoro. No está en Tykotsin, porque si hubiese visto aquel país habría renunciado a toda la República. Varsovia ha caído en poder de los suecos, pero tampoco encontraréis allí al rey. Debe hallarse frente a Cracovia, si no se ha marchado a Prusia, a mi juicio, se ve obligado a no perder de vista las ciudades prusianas. Aquí no se creía que, en tanto que la República abandona a Juan Casimiro y los nobles se unen a los suecos, a la vez que se rinden las provincias, las ciudades alemanas y protestantes debían apercibirse para la resistencia. En un principio pensamos que se habían unido con nosotros y los suecos. Por fortuna, el Elector no la pierde de vista. Ha ofrecido su concurso contra los suecos, pero las poblaciones de Danzig no fían en él y dicen que ya sabrán defenderse.

—Todo eso lo sabíamos en Kyedani.

—Si no tienen fuerzas bastantes —añadió el príncipe riendo—, al menos poseen un buen olfato. Baste saber que el Elector se interesa por la República tanto como yo o como el vaivoda de Vilna.

—Permitidme que no opine como Vuestra Alteza. El príncipe se interesa por la República y, si es necesario, derramará en su defensa hasta la última gota de su sangre.

Bogislao lanzó una sonora carcajada.

—¡Sois joven, caballero, muy joven! Mi tío el Elector desea apoderarse de Prusia, y por esta razón nos ofrece su ayuda. Una vez dueño de las ciudades prusianas, será capaz de aliarse, no sólo con los suecos, sino con el Gran Turco o con el mismo diablo. Si los suecos le ceden parte de la Gran Polonia, les ayudará con todo su poder, para tomar el resto.

—Oigo con asombro las palabras de Vuestra Alteza —dijo Kmita.

—¡He permanecido tanto tiempo inactivo en Podliasye por culpa de mi primo! Estábamos de acuerdo para que yo me declarase públicamente por los suecos, tan pronto como quedasen resueltos los asuntos de Prusia. Y es lógico, porque de este modo queda abierto al menos un camino. He enviado correos a Juan Casimiro para anunciarle que estoy pronto a convocar las milicias de Podliasye. El rey hubiera tragado el anzuelo, pero la reina no dio crédito a mis palabras y estará prevenida contra mí. A no ser por esa mujer, me hallaría ahora a la cabeza de todos los nobles de Podliasye, y, lo que es más, a los confederados que en estos momentos talan las tierras de Juan Casimiro no les hubiera quedado otro remedio que servir a mis órdenes. Me habría declarado partidario de Juan Casimiro, pero una vez fuerte, no habría dejado de entenderme con los suecos. Sin

embargo, la reina siente crecer la hierba y adivina los más secretos pensamientos. No es reina, sino rey, y tiene mayor perspicacia que Juan Casimiro.

—Y el príncipe vaivoda... —empezó a decir Kmita.

—El príncipe vaivoda —interrumpió Bogislao con impaciencia—, acude siempre tarde con sus consejos; me dice en todas sus cartas: «Haced esto, haced lo otro», cuando yo lo tengo hecho ya. Además, pierde la cabeza; ved lo que me pide.

Recogió la carta y leyó en alta voz:

«Sed cauto y pensad en la manera de exterminar a los picaros que se han sublevado contra mí y talan los alrededores de Podliasye; hacedlo antes de que se reúnan con el rey. Se preparan para visitar Zabłudow; allí la cerveza es fuerte; cuando estén embriagados, acuchilladles sin piedad.»

Bogislao tiró con desprecio la carta encima de la mesa.

—Oídme, Kmita. Debo ir a Prusia y preparar a la vez una matanza en Zabłudow. Tengo necesidad de fingirme partidario de Juan Casimiro y patriota, y al mismo tiempo debo destrozar a los que no quieren ser traidores a su rey y a su patria. ¿Qué significa esto? El príncipe ha perdido la cabeza. En el camino de Pilvinski he encontrado un escuadrón de insurrectos que iban a Podliasye. Con placer los hubiera deshecho, aunque sólo hubiera sido por distraerme un poco, pero como no me he declarado aún por los suecos, no pude hacer nada. He de mostrarme generoso para con los rebeldes, que me pagan con la misma moneda, aunque sospechen que estoy en connivencia con el capitán general.

En aquel punto el príncipe se arrellanó en su poltrona, extendió las piernas y añadió:

—En esta República no hay sentido común.

Calló un instante, porque una idea agradable había cruzado por su mente, y en seguida repuso:

—¿No vais a Podliasye?

—Sí, y de allí a ver al rey y a Pan Lyubomirski.

—¡Ah! ¿Traéis una carta para el mariscal del reino? Adivino de qué se trata. Una vez el mariscal quiso unir en matrimonio a su hijo con la heredera de Juan. ¿No os habló mi primo de reanudar las negociaciones?

—Precisamente ésta es mi misión —replicó Kmita.

—Los dos son jóvenes. Es una misión delicada, puesto que el capitán general no debe hablar el primero. Por otra parte...

Aquí Bogislao se detuvo, reflexionó y luego dijo:

—No sucederá nada de eso. La hija del capitán general no está destinada a Heráclito. Mi primo sabe que todo depende de Radzivil.

Kmita miró atónito al príncipe, que paseaba a trancos por la estancia.

De pronto, Bogislao se detuvo frente al caballero y le dijo:

—Dadme vuestra palabra de que responderéis con sinceridad a mi pregunta.

—Príncipe —dijo Kmita—, sólo los que tienen miedo pueden mentir, y yo a nadie temo.

—¿El príncipe vaivoda os ordenó que nada me dijeseis de sus tratos con Lyubomirski?

—Si tuviese esa orden, no hubiera hablado del mariscal.

—He pactado con el príncipe vaivoda que me entregaría su hija y sus bienes. Como fiel servidor de Radzivil, lo debéis saber todo.

—Agradezco la confianza, pero debo advertir que Vuestra Alteza se equivoca. Yo no soy un servidor de Radzivil.

—¿Quién sois pues?

—Coronel del capitán general y pariente suyo.

—¿Pariente?

—Lo soy de los Kiskhi y la madre del príncipe Juan era una Kiskhi.

Bogislao se fijo en Kmita que se había ruborizado levemente. De pronto, le tendió la mano y le dijo:

—Excusadme, primo; me alegro de ser pariente vuestro.

Estas últimas palabras las pronunció con tono enfático, en el que había algo de ofensivo para Andrés. El joven se ruborizó más todavía y ya iba a replicar cuando se abrió la puerta y apareció Harasimovich.

—Carta para vos —le dijo Bogislao.

Harasimovich tomó la carta y empezó a leer en alta voz:

«¡Harasimovich! Ya es hora de que demostréis vuestra adhesión al príncipe. Todo el dinero que podáis reunir en Zabłudow y Pjinski, en Orel... mandádmelo al punto. Si podéis arrancar más dinero, enviadlo todo. Enviad los caballos y todos los valores que encontréis en Orel y además los cañones de mi primo...»

—Consejo tardío —dijo el príncipe—, porque los cañones me los he llevado yo.

«...Mandádmelo a Prusia con la mayor rapidez, evitando todo encuentro con los traidores que han devastado mis tierras. Sé que se dirigen a Zabłudow, tal vez para reunirse con el rey. Es difícil combatirlos porque son muchos; pero recibiendo en Zabłudow, dándoles de beber, se les podría matar por la noche, o envenenarlos con cerveza fuerte, o entregarlos a una horda de salvajes...»

Terminada la lectura, Harasimovich miró a Bogislao como si aguardase sus órdenes, y el príncipe dijo:

—Observo que mi primo se preocupa demasiado de los confederados, sólo que, como de costumbre, llega demasiado tarde. Si hubiera escrito esa carta hace dos semanas, habiéramos podido realizar sus deseos. Mas ahora... Retiraos, Harasimovich; ya no os necesito.

El *substarosta* se inclinó y salió.

Bogislao se colocó de nuevo frente al espejo, y empezó a examinar su rostro atentamente sin cuidarse de Kmita, que estaba sentado en un rincón, de espaldas a la ventana.

Si se hubiese fijado en Andrés, habría notado en el rostro del joven algo extraño. Había palidecido, de su frente brotaban gotas de sudor y tenía los puños crispados. Se levantó bruscamente, pero volvió a sentarse como un hombre que lucha por dominar su desesperación. Al fin logró, con un supremo esfuerzo, componer su semblante y recobró su sangre fría.

—Alteza —dijo—, de la confianza con que me trata el príncipe deduciréis que no me oculta ninguno de sus proyectos. Le pertenezco en cuerpo y alma. Mi suerte futura depende de la suya y de Vuestra Alteza y seguiré a ambos hasta donde sea preciso. Estoy pronto a todo; pero, aunque iniciado en estos secretos, hay cosas que mi débil entendimiento no puede alcanzar.

—¿Qué deseáis, saber, caballero, o mejor, querido primo mío?

—Deseo instruirme, Alteza; sería vergonzoso que no lo alcanzara al lado de tales hombres de Estado. No sé si Vuestra Alteza se servirá responderme sin reservas...

—Eso depende de la naturaleza de las preguntas, querido primo —respondió Bogislao sin dejar de mirarse en el espejo.

Los ojos de Kmita brillaron un instante; pero respondió con calma:

—He aquí mi pregunta: El príncipe vaivoda de Vilna compadece todos sus actos con el interés de la República, de modo que la palabra República está siempre en sus labios; Servíos decirme sinceramente: ¿Este amor es un pretexto, o realmente no tiene el capitán general otras miras que las que se refieren al bienestar de la República?

Bogislao dirigió a Kmita una rápida ojeada.

—Y si os dijese que no es más que un pretexto, ¿seguiríais a su lado?

Kmita se encogió de hombros.

—¡Oh, ciertamente que sí! Como he dicho, mi suerte está unida a la de Vuestra Alteza y a la del capitán general. Con tal de alcanzar mi propósito, lo demás poco me importa.

—Pero, ¿por qué mi primo no os habló con franqueza?

—Por delicadeza, quizá, o porque no encontró una ocasión propicia.

—Tenéis sutil entendimiento, primo, porque, en verdad, el príncipe es harto delicado, y pocas veces deja ver el fondo de su pensamiento. Por eso, hasta cuando habla conmigo hermosea sus discursos con el amor a la patria. Cuando me río en sus barbas lo advierte y dice: «¡Es verdad! ¡es verdad!»

—¿De modo que no es más que un pretexto? —dijo Kmita.

Bogislao calló un instante, como si meditase, y luego repuso:

—Escuchadme. Kmita. Si nosotros, los Radzivil, viviésemos en España, en Francia o en Suecia, donde el hijo hereda a su padre y donde el derecho a la corona es de origen divino, entonces, prescindiendo de la guerra civil, o de otro medio igualmente extraordinario, serviríamos fielmente al rey y a la patria, satisfechos de los altos oficios que nos pertenecen por nacimiento o por favor de la fortuna. Pero en este país, donde el rey no está protegido por el derecho divino sino que es elegido por los nobles, aquí donde todo se debe al sufragio, nos preguntamos con razón: «¿Por qué ha de gobernar un Vasa y no un Radzivil?» No hay que objetar nada contra los Vasa, ¿pero quién nos asegura que después de éstos no se les ocurrirá a los nobles poner en el trono del reino y del gran principado de Lituania a un Harasimovich, a un Myeleshko o un Pyeglavyevich? ¿Podemos adivinar quién será favorecido por la elección? Y nosotros, los Radzivil, príncipes del Sacro Imperio, ¿hemos de resignarnos a besar la mano del rey Pyeglavyevich? ¡Con cien legiones de demonios, caballero, es tiempo de que esto termine! Muchos príncipes alemanes, inferiores a nosotros, tienen sus principados y nos preceden, siendo así que deberían llevar la cola de nuestros mantos.

Y al decir esto, el príncipe se levantó vivamente y empezó a pasear con pasos agitados por la estancia.

—Lo que ha sucedido aquí con los suecos, jamás sucedió en ningún lugar de la tierra. Nos asalta un rapaz invasor, y no sólo el país deja de oponerle resistencia, sino que abandona a su rey para echarse en brazos de otro. No hay en toda la historia un ejemplo igual. ¿De qué clase son los hombres de esta República?... Gentes sin conciencia y sin ambición. ¿No está condenado este país a desaparecer?

Kmita palidecía cada vez más; pero logró dominar su ira; el príncipe, absorto en sus pensamientos, no se fijó en el caballero.

—En este país se acostumbra, cuando un hombre se halla en caso extremo, quitarle la almohada de debajo de la cabeza a fin de que padezca menos. Yo y el príncipe vaivoda de Vilna habíamos resuelto prestar este último servicio a la República. Pero, siendo los herederos numerosos y como nosotros no queremos renunciar a la herencia, pretendíamos que una parte, al menos, y no la más pequeña, fuese para nosotros. Quédese Mielniski en Ucrania, permanezcan los suecos y el Elector en la Gran Polonia y apodérese Rakotzy de la Pequeña Polonia... La Lituania debe ser para nosotros, y finalmente pasar a mi poder con la mano de la hija de mi primo.

Kmita se levantó repentinamente.

—Os doy las gracias, Alteza —dijo—. Ya sé todo lo que deseaba saber.

—¿Os marcháis, caballero?

—Sí.

El príncipe miró atentamente a Kmita y sólo entonces notó su palidez y su excitación.

—¿Qué os sucede? Parecéis un espectro.

—La fatiga me rinde y padezco como un vértigo. Volveré antes de partir para despedirme.

—Apresuraos, porque a mediodía marcharé.

—Volveré dentro de una hora.

Andrés se inclinó respetuosamente y salió. En la antesala los criados se levantaron para saludarle, pero él pasó como un hombre ebrio, sin fijarse en nadie. En el umbral se oprimió la frente y dijo en tono lastimero:

—¡Jesús de Nazaret, Rey de los Judíos! ¡Jesús, María y José!

Pasó tambaleándose por delante de los centinelas. Fuera estaban los soldados de su escolta con Soroka.

—Seguidme —dijo Andrés, y se dirigió a la posada.

Soroka, el viejo soldado de Kmita, a quien conocía bien, advirtió que al coronel le había ocurrido algo raro.

Kmita corría, movía la cabeza y balbuceaba frases incoherentes.

El sargento no entendió más que algunas palabras sin sentido.

—¡Envenenadores, fementidos, malos caballeros, traidores!...

Luego el joven pronunció los nombres de algunos de sus viejos camaradas. Kokosmski, Kulviets, Ranitski, Rekuts y varias veces a Volodiovski, Soroka se asombró y se sintió casi alarmado; pero pensó:

—Va a ocurrir algo; se peleará; no puede ser de otro modo.

Al llegar a la posada Kmita se encerró en su cuarto y permaneció allí durante una hora. Mientras tanto los soldados, que no habían recibido orden alguna, ensillaron los caballos.

De pronto Andrés apareció en el umbral de la puerta gritando:

—¡Ensillad!

—Ya está hecho —respondió Soroka.

—Muy bien —dijo el caballero, al notar que se habían prevenido sus deseos—. Dos hombres llevarán inmediatamente las acémilas a Dembova. Que vayan al paso por la ciudad y una vez fuera emprendan el galope, no deteniéndose hasta el bosque.

—Obedeceremos.

—Los cuatro restantes cargarán sus pistolas. Ensillad los caballos para mí y preparad otro.

—¡No lo dije! —murmuró Soroka—; ha ocurrido algo extraordinario.

Kmita volvió a entrar en su cuarto y reapareció media hora después completamente vestido y pronto para la marcha. Los soldados advirtieron que bajo su jubón ocultaba una cota de mallas. La espada colgaba de modo que se pudiese desenvainar fácilmente. Su rostro aparecía tranquilo, pero severo y amenazador. Lanzó una mirada a sus soldados y asegurándose de que tenían preparadas sus armas, montó a caballo y picó espuelas. Soroka cabalgaba a su lado y le seguían otros tres soldados que llevaban del diestro tres caballos. Al poco rato se encontraron en la plaza, que estaba atestada de tropas de Bogislao, las cuales se movían como si hubiesen recibido la orden de partida. Los soldados acomodaban los bagajes y ensillaban. La infantería volvía a tomar sus mosquetes, otros enganchaban caballos a los carros. Kmita les miraba con gesto pensativo.

De pronto se volvió hacia Soroka y le dijo:

—¿Desde la casa del *estaro* sigue la calle o hay que volver a esta plaza?

—¿A dónde vamos, mi coronel?

—A Dembova.

—Entonces podemos dejar la plaza atrás.

—Está bien —dijo Kmita.

Después de atravesar la plaza, tomaron el camino que conducía a la casa del *estarosta*, situada a corta distancia.

—¡Alto! —gritó de pronto Kmita.

Los soldados se detuvieron mirando fijamente a su coronel.

—¿Estáis prontos a morir? —les preguntó bruscamente.

—Sí —respondieron a una voz.

—Hoy debemos ejecutar una grande empresa —añadió Kmita—. Si salimos con bien, el rey os hará nobles a todos, os lo juro. Si fracasamos, seréis empalados.

—¿Por qué hemos de fracasar? —interrogó Soroka cuyos ojos brillaban como los del lobo.

—¡Triunfaremos! —dijeron los demás, que se llamaban Billous, Zavratiniski y Lybuenyets.

—Tenemos que apoderarnos de Bogislao —dijo Kmita.

Y calló para ver qué efecto producía en los soldados su atrevidísimo proyecto. Pero ellos también guardaron silencio, estupefactos.

—El suplicio está cerca; el premio lejano —dijo Andrés.

—Somos pocos —murmuró Zavratiniski.

—Es más peligroso que lo de Hovanski —dijo Lybuenyets.

—Todos los soldados están en la plaza; delante de la casa sólo se hallarán los criados y dentro una veintena de criados que no tienen armas.

—Mi coronel, si vos arriesgáis la cabeza, ¿por qué no hemos de arriesgar la nuestra? —dijo Soroka.

—Escuchadme —repuso Kmita—. Si no le prendemos por la astucia, nunca podremos atraparle. Entraré en sus aposentos y saldré con él. Si el príncipe monta en mi caballo, montaré en el otro y partiremos. Cuando hayamos recorrido un centenar de pasos, agarradle por los lados y por la espalda y poned vuestros caballos al galope.

—Obedeceremos —repuso Soroka.

—Si no me sigue —continuó Kmita— y oís un disparo, derribad a los centinelas, y preparad mi caballo de modo que pueda montar en él al lanzarme fuera de la puerta.

—Bien está —respondió el sargento.

—¡Adelante! —ordenó Kmita.

Avanzaron, y un cuarto de hora después se detenían frente a la casa del *estarosta*, que estaba custodiada por seis alabarderos.

Kmita se hizo anunciar como la vez primera, y entró.

—¿Cómo estáis, caballero? —le preguntó jovialmente el príncipe—. Me dejasteis de un modo tan brusco, que creí os hubiesen escandalizado mis palabras y que no debíais volver; por lo cual ya no os aguardaba.

—No podía partir sin presentaros mis respetos.

—El príncipe vaivoda —agregó Bogislao— confía en vuestra lealtad, y por mi parte quisiera entregaros cartas para algunos personajes y para el mismo rey de Suecia. ¡Pero si estáis armado como para una batalla! —añadió.

—Tropecé con los confederados, Alteza, que corren por estos alrededores. En Pilvinski asesinaron a los soldados de Zolotarenko. Al frente de los escuadrones se halla un famoso guerrero.

—¿Quién?

—Volodiovski. Con él están Mirski, Oskierko y los dos Kretuski, uno de los cuales es el esposo de aquella beldad de la que quiso apoderarse Vuestra Alteza. Son rebeldes al



príncipe vaivoda, y es lástima, porque se trata de buenos soldados. Existen en la República muchos insensatos que no quieren entenderse con los cosacos ni con los suecos.

—Nunca han faltado necios en el mundo y menos en este país —replicó el príncipe—. He aquí la carta. Desempeñad bien vuestra misión, caballero, y os quedaré agradecido y me portaré como pudiera hacerlo el capitán general.

—Si tales son los propósitos de Vuestra Alteza, pido una recompensa anticipada.

—Tenedla por concedida. Sin duda mi primo no os habrá dado bastante dinero.

—¡Libreme Dios de pedir dinero! No se lo he pedido al general ni lo aceptaría de Vuestra Alteza. Viajo a mis expensas y proseguiré mi viaje del mismo modo.

—¿Qué deseáis, pues? —preguntó Bogislao sorprendido.

—Se trata de lo siguiente: Al salir de Kyedani, he tomado, sin fijarme bien, un caballo de pura raza, con el propósito de presentarme a los suecos. No exagero al decir que es el mejor de las caballerizas de Kyedani. Ahora me arrepiento de haberlo traído, porque temo que padezca en las hosterías del camino y por falta de reposo. Y como una desgracia ocurre fácilmente, podría caer en poder del enemigo, y aun en manos de Volodiovski, que me aborrece. Por esto me atrevo a suplicar a Vuestra Alteza lo guarde hasta mi regreso.

—Mejor será que me lo vendáis.

—Imposible... Sería como vender a un amigo. Ese caballo me ha salvado muchas veces de mayores peligros, y además tiene una cualidad preciosa, la de que muerde furiosamente al enemigo en una batalla.

—¿De veras? —preguntó el príncipe—. ¿Se trata de un animal prodigioso?

—¡Admirable! Si tuviera la seguridad de no ofenderos, apostaríais cien florines de oro a que Vuestra Alteza no tiene otro igual en sus cuadras.

—Aceptaríais la apuesta si la ocasión fuese más favorable. Si pudiera, lo compraríais con mucho gusto. Y, ¿dónde está ese maravilloso corcel?

—En la calle. Los hombres de mi escolta lo llevan del diestro. Es un caballo en el que podría lucir el mismo sultán. Procede de Anatolia, y, según tengo entendido, no existe otro igual en aquel país.

—Vamos a ver esa maravilla.

—Estoy a las órdenes de Vuestra Alteza.

Frente a la puerta los soldados de Kmita tenían del diestro dos caballos admirablemente enjaezados, uno de los cuales era, en verdad, un animal soberbio.

—¿Es éste? —dijo Bogislao—. Ciertamente me parece bellissimo.

—Probadlo —repuso Kmita—; pero no, será mejor que lo haga yo.

Al decir esto puso el pie en el estribo y subió a la silla. Montado por el valeroso caballero, parecía el bruto doblemente hermoso. Brillaban sus ojos y echaba fuego por las narices, desplegando sus crines al viento. Kmita le hizo caracolear, luego cambió de andadura y por último se dirigió hacia el príncipe.

—¿Qué opináis, Alteza?

—Tiene ojos y piernas de gamo y camina como un lobo; sus narices son las del alce y su pecho el de una mujer. ¿Comprende las voces de mi mando alemán?

—Sí, porque mi escudero Zend, que era curlandés, le hablaba siempre en ese idioma.

—¿Corre mucho?

—Más que el viento.

—Vuestro escudero debía ser muy hábil. Veo que el caballo está bien amaestrado.

—Este animal —dijo Kmita— tiene la inteligencia de un hombre. Probadlo vos mismo, Alteza.

—Está bien —dijo el príncipe, después de reflexionar un instante.

Kmita ayudó a Bogislao a montar. El príncipe subió ligeramente y se inclinó acariciando el cuello del soberbio corcel.

—¿A dónde vamos? —dijo.

—Hacia el bosque, si Vuestra Alteza lo juzga conveniente. La carretera es llana y larga y se puede galopar sin miedo, en tanto que dirigiéndonos a la ciudad podríamos tropezar con los carros.

—Vamos al bosque —respondió Bogislao.

Y picó espuelas, partiendo a escape.

—¡Adelante! —ordenó Kmita a los soldados de su escolta que agujonearon sus caballos y avanzaron con gran rapidez.

Una nube de polvo les envolvió, ocultándoles a los ojos de los centinelas y de los criados que, agrupados junto a la puerta, les veían partir. Los caballos habían recorrido casi media milla. Kmita se volvió y viendo tras de sí una nube de polvo a través de la cual no se distinguía nada, gritó con voz imperiosa:

—¡Sujetadle!

Billous y el gigantesco Zavratiniski se precipitaron sobre el magnate y le agarraron por los brazos, aprisionándole como un cepo entre sus puños de acero, y agujoneando sus caballos continuaron su desenfrenada carrera.

El estupor, el miedo y el viento que le azotaba el rostro hicieron enmudecer al príncipe. Probó a desasirse de los férreos brazos, mas no pudo conseguirlo.

—¿Qué es esto, mandrines? ¿No sabéis quién soy?

—Es inútil toda resistencia, Alteza —le dijo Kmita, que cabalgada a corta distancia—. Me obligaríais a saltaros la tapa de los sesos.

—¡Traidores! —rugió el magnate.

—¿Y vos que sois? —le preguntó Kmita.

Dicho lo cual siguieron galopando en silencio.

## XXVI

Avanzaban con tal rapidez, que los árboles parecían huir como asustados. De vez en cuando, Bogislao tentaba otro esfuerzo inútil; sus brazos crujían entre los dedos de acero de los dos soldados, en tanto que Andrés le apuntaba con una pistola y le amenazaba con soltarle un tiro.

Por último acortaron la marcha, porque ni los caballos ni los hombres podían continuar. Por otra parte, Pilvinski se hallaba tan distante que ya no corrían peligro de ser alcanzados. Por lo mismo cabalgaron por algún tiempo al paso y en silencio.

El príncipe calló; evidentemente procuraba calmarse antes de hablar. De pronto dijo:

—¿A dónde me conducís?

—Se lo diremos a Vuestra Alteza cuando termine el viaje.

Se calló nuevamente Bogislao, y transcurrido algún tiempo, dijo:

—Caballero, ordenad a estos picaros que me suelten, porque me están rompiendo los brazos. Si lo ordenáis y obedecen, serán colgados de una horca en vez de empalados.

—Son nobles, y no picaros —contestó Andrés—; y en cuanto a lo de la horca, falta saber quién la probará más pronto.

—¿Sabéis quién soy? —preguntó el príncipe a los soldados.

—Sí —respondieron éstos.

—¡Con mil diablos! —prorrumpió Bogislao, furioso—. ¿Queréis ordenarles que me suelten, sí o no?

—Alteza, si os movéis, mandaré que os aten los brazos a la espalda. Así, estaos quieto.

—¡No haréis eso!

—Yo podría fiar en otro que me diese su palabra de no huir, pero vos estáis acostumbrado a faltar a la vuestra, y por eso no puedo mandar que os suelten.

—Pues bien —dijo el príncipe rechinando los dientes—, os doy mi palabra de que escaparé a la primera ocasión y que os haré arrastrar a la cola de un caballo en cuanto caigáis en mis manos.

—Será lo que Dios quiera —dijo Kmita—. Prefiero una sincera amenaza a una falsa promesa. Soltadle los brazos, pero llevad el caballo por las bridas. Alteza, os advierto que sólo con apretar el gatillo de mi pistola os puedo herir mortalmente, y contad que tengo muy buena puntería. Permaneced quieto, no tratéis de escapar.

—No me importan vos ni vuestra pistola.

Dicho esto, el príncipe se despezó para desentumecer sus brazos. Los soldados tomaron la brida del caballo.

Poco después, Bogislao dijo:

—¡Acabemos! ¡Si me concedéis ahora la libertad, no me vengaré! Dadme vuestra palabra de que a nadie hablaréis del secuestro, y que ordenaréis a vuestros hombres que guarden silencio.

—¡Imposible! —replicó Kmita.

—¿Qué rescate pedís?

—¡Oh, no!

—¿Por qué, pues, me lleváis preso?

—Se necesitaría mucho tiempo para explicarlo. Os lo diré después.

—¿No sería mejor que nos distraigamos de las molestias del camino hablando con franqueza? Confesad, caballero, que me habéis secuestrado en un arrebato de ira y de desesperación, y que no sabéis qué hacer de mí.

—Eso es cosa mía —replicó Kmita—; y pronto sabréis lo que pienso hacer de vos.

El semblante de Bogislao reveló la más viva inquietud.

—No sois comunicativo, pero responded al menos sinceramente a esta pregunta: «¿Vinisteis a mi casa con el deliberado propósito de apoderaros de mí o habéis concebido vuestro plan en el último instante?»

—A eso contestaré con toda lealtad, porque quiero deciros cómo he abandonado vuestra causa para siempre. El príncipe vaivoda de Vilna se ha burlado de mí y me hizo jurar sobre la cruz que jamás le abandonaría.

—¡Pues vaya una manera de mantener vuestro juramento!

—¡Sí! —gritó Kmita—. Al perder mi alma se condenará por culpa vuestra. Pero prefiero perderme y arder eternamente en los infiernos a seguir pecando conscientemente, seguro de que sirvo a un traidor que maquina envenenamientos y otras infamias.

—No entendéis de política, caballero —interrumpió Bogislao.

—¡Que un rayo me parta! Dejad estas cosas para los bandoleros, y obremos como caballeros a quienes Dios manda pelear con la espada y no con el veneno.

—Así que, esas cartas os han persuadido a separaros de los Radzivil.

—No fueron sólo las cartas. Otra sospecha nació en mi ánimo —replicó Kmita con ardor—. «¿No tratarán de envenenar a la patria lo mismo que a los soldados?» Entonces resolví disimular y averiguar diestramente de vuestros labios la verdad. Alteza, vos sois quien habéis arrancado la venda que cubría mis ojos.

—¿Yo?

—¡Sí! Dios ha querido ayudarme, y yo, hombre sencillo, he sabido burlar a un político. Vuestra Alteza, creyendo que yo era un bribón redomado, me lo ha confesado todo con brutal franqueza. Mis cabellos se erizaban, pero escuché hasta el fin. De suerte que vos tratáis con Mielniski, con los suecos, con el Elector, con Radostky, con el diablo en persona, a fin de obtener la destrucción de la República. ¿Así le pagáis los beneficios que os ha dispensado: empleos, dignidad, riqueza, autoridad, poder y las tierras que los reyes extranjeros os envidian? ¿Dónde están vuestra conciencia, vuestra fe, vuestra honradez? ¿Qué monstruo os envió al mundo?

—Caballero —interrumpió cínicamente Bogislao—, he caído en vuestro poder y disponéis de mi vida; pero os ruego que no me fastidiéis.

Después de esto, ambos guardaron silencio.

Por otra parte, de las palabras de Kmita se deducía claramente que el rudo soldado había sabido burlarse del diplomático y que el príncipe era culpable de grosera imprudencia. Esto molestaba al orgullo de Bogislao, que, perdiendo todo dominio sobre sí mismo, dijo:

—No os vanagloriéis de vuestra perspicacia. Kmita. Hablé con franqueza por creer que el vaivoda conocía mejor a los suyos y me había enviado un hombre digno de absoluta confianza.

—Y en efecto, el príncipe os envió un hombre de esas condiciones —replicó Kmita—, pero vos habéis cometido una torpeza. De hoy en adelante no os podrán servir más que los pillos.

—Si lo que habéis hecho no es una pillada, permita el diablo que me vea ahorcado.

—Ha sido un ardid de buena ley, Alteza; lo aprendí en excelente escuela. ¿Queréis que os hable con franqueza? Pues bien, oíd lo que pensé: «No debo llegar a la presencia de nuestro buen rey con las manos vacías.»

—¿Creéis que Juan Casimiro se atreverá a tocarme el pelo de la ropa?

—Eso preguntadlo a los jueces, no a mí.

De pronto Kmita refrenó su caballo.

—¿Guardáis la carta del príncipe vaivoda? —preguntó a su prisionero.

—Si la tuviese no os la daría. Quedó en Pilvinski.

—Registradle —ordenó Andrés.

De nuevo agarraron los soldados al príncipe y Soroka hurgó en sus bolsillos. En seguida dio con la carta.

—He aquí un documento contra vos y contra vuestra obra —dijo Kmita guardándose la carta—. El rey de Polonia conocerá vuestras maquinaciones, y el de Suecia sabrá que, mientras pretendéis servirle, el príncipe vaivoda se reserva su libertad de acción para el caso de que los suecos den un paso en falso. Todas vuestras traiciones y vuestras intrigas quedarán descubiertas. Sois poderoso, pero no dudo que la República se interesará poco por vos cuando los dos reyes se apresten a daros el premio de vuestra traición.

En los ojos de Bogislao fulguró una luz siniestra; sin embargo, supo dominarse y replicó:

—¡Caballero! ¡Es cuestión de vida o muerte! Podéis causarme mucho daño, no lo niego, pero tened en cuenta que nadie se ha atrevido en este país a hacer lo que vos habéis hecho. ¡Ay de vos y de los vuestros!

—Tengo una espada para defenderme y algo para compensarme —repuso Kmita.

—Tratadme como a rehén —pidió el príncipe.

A pesar de su despecho, afectaba gran serenidad, porque comprendió que su vida era preciosa para Kmita y que éste haría todo lo posible por conservársela.

Tomaron de nuevo el trote y después de haber cabalgado otra hora descubrieron a dos jinetes que llevaban del diestro dos caballos cargados de bagajes. Eran los soldados

que Kmita había mandado avanzar desde Pilvinski. Los dos jinetes se acercaron a Andrés y le dijeron:

—Coronel, los caballos están rendidos de fatiga porque no les hemos concedido todavía el menor descanso.

—Pronto descansaremos todos —respondió.

—Ahí cerca se ve un edificio; tal vez es un mesón.

—Decid al sargento que llame al dueño; sea o no posada, debemos descansar allí.

Adelantóse Soroka y los demás le siguieron al paso. Kmita iba a la derecha del príncipe y Lybuenyets a la izquierda. Bogislao se había calmado por completo. Estaba aniquilado de cansancio y pesadumbre, y doblando un poco la cabeza cerró los ojos. Sin embargo, de vez en cuando miraba a hurtadillas a sus dos guardianes para ver a cuál de los dos podría derribar con más facilidad.

Entretanto se acercaban al edificio levantado en el lindero del bosque. No era una venta, sino una herrería en la que se detenían los viajeros para herrar sus caballos y reparar sus carruajes. Soroka había atado su cabalgadura a una argolla y hablaba con el dueño, que era un tártaro, y con sus dos oficiales.

—No comeremos aquí muy bien —observó el príncipe—; no hay casi nada.

—Levamos los víveres necesarios, —respondió Kmita.

—Me alegro. Nos hemos de tratar según lo que somos.

Se detuvieron. Kmita se puso la pistola al cinto, echó pie a tierra, y entregando su caballo a Soroka, tomó de nuevo las bridas del de Bogislao, a quien Lybuenyets no había soltado.

—Desmontad, Alteza —dijo Andrés.

—Comeré y beberé sin apearme —contestó el príncipe.

—Os ruego que os apeéis —añadió Kmita en tono de amenaza.

—¡Lléveos el diablo! —gritó el príncipe con voz terrible, y asiendo con la rapidez del rayo la pistola del cinto de Kmita se la disparó a la cara.

—¡Jesús, María! —exclamó el caballero.

El caballo del príncipe se encabritó, espoleado furiosamente, y Bogislao se volvió con la agilidad de un mono hacia Lybuenyets, a quién hirió con la culata de su pistola, empleando toda la fuerza de su brazo hercúleo.

El agredido lanzó un fuerte grito y cayó del caballo.

Antes que los demás se diesen cuenta de lo ocurrido y de que expirase en sus labios el grito de terror, el príncipe los dispersó como hubiera podido hacerlo el huracán, y más veloz que el pensamiento se lanzó hacia Pilvinski.

—¡Detenedle! ¡Matadle! —gritaban voces descompuestas.

Tres soldados que estaban todavía montados se precipitaron tras el fugitivo.

Soroka tomó su mosquete, y apuntó al príncipe y al caballo.

Este corría como un gamo y se alejaba con la rapidez de una saeta. Sonó el tiró. El sargento acercó su mano a los ojos para ver mejor y exclamó con desaliento:

—¡Lo erré!

En aquel momento Bogislao desaparecía por una revuelta del camino y con él sus perseguidores.

El herrero fue a buscar agua y Soroka se arrodilló junto a Kmita, que permanecía inmóvil. Tenía la cara llena del humo de la pólvora y de manchas de sangre, los ojos cerrados y las cejas y la sien izquierda ennegrecidas por completo. El sargento empezó por tentar con los dedos la cabeza de su coronel.

—¡Se halla intacta! —dijo.

Pero el joven no daba señales de vida y la sangre corría abundantemente por su rostro. Los obreros trajeron otro cubo de agua y un pedazo de tela, y Soroka lavó cuidadosamente la cara de Andrés.

Al fin apareció la herida. La bala había atravesado la mejilla izquierda, saliendo por el extremo de la oreja. El sargento examinó el hueso para ver si estaba roto.

Pronto se convenció de lo contrario y suspiró como si lo hubiesen aliviado de un gran peso. Kmita, al contacto del agua fría y por la influencia del dolor, empezó a dar señales de vida.

—¡Vive! ¡No es nada! —prorrumpió Soroka alegremente.

Y una lágrima se deslizó por su bronceada faz.

Entretanto se vio en la revuelta del camino a Billous, uno de los tres soldados que salieron tras el príncipe.

—¿Y bien? —preguntó Soroka.

El soldado movió la cabeza y dijo:

—¡Nada!

—¿Y los otros?

—No volverán.

El sargento se levantó y le interrogó con inquietud:

—¿Qué ha pasado?

—Sargento, ese príncipe es el mismísimo demonio, Zavratinski, que montaba el mejor caballo, le atrapó pronto; pero Bogislao le arrebató el sable y con él le atravesó de parte a parte. Vitkovski se acercó más y el príncipe le derribó al suelo. No profirió un solo grito. Entonces volví grupas... y temo que al príncipe se le ocurra venir a visitarnos.

—Aquí no estamos bien —dijo Soroka—. ¡A caballo!

Prepararon unas parihuelas para Kmita, en tanto que dos soldados, a las órdenes de Soroka, se apostaban en el camino, temerosos de que volviera Bogislao.

Pero éste, creyendo que había matado al caballero, se volvía a Pilvinski.

Al anochecer encontró un destacamento mandado por Patterson, a quien la tardanza del príncipe tenía inquieto. El oficial, al ver a Bogislao, galopó a su encuentro.

—¡Alteza, no nos habíais dicho nada!... Temía que...

—No ha ocurrido nada —interrumpió el príncipe—: he probado este caballo en compañía del coronel a quien se lo he comprado.

Y después de una pausa añadió:

—¡Lo he pagado bien caro!

## XXVII

Soroka llevó a su coronel por el bosque a donde encaminaba sus pasos, y se preguntó sí debía avanzar o retroceder.

Kmita, más bien que herido, estaba aturdido por el golpe. De vez en cuando el sargento introducía en un cubo suspendido de la silla del caballo un pañuelo y lavaba el rostro del herido; pero Kmita permanecía como muerto, de tal manera que los demás soldados, que no entendían de heridas como Soroka, empezaron a temer por su vida.

—No ha muerto —decía el sargento—; dentro de un par de días montará a caballo como nosotros.

En efecto, una hora después Kmita abrió los ojos y murmuró:

—Dadme de beber.

Soroka aproximó a los labios de su jefe una copa de agua; pero, como éste apenas podía abrir la boca, a causa del dolor, no bebió. Sin embargo, no perdió la conciencia de sí mismo; nada dijo ni preguntó y miraba al fondo del bosque y a sus compañeros como quien se despierta de un letargo; pero el agua fresca con que lavó su herida el sargento le hizo sonreír. Soroka trató de animarle.

—Mañana terminará el aturdimiento, coronel, y estaréis curado.

Efectivamente, a la puesta del sol, Kmita recobró por completo el conocimiento y preguntó:

—¿Qué ruido es éste?

—No se percibe el menor ruido —contestó el sargento.

La tarde era fría y la fiebre se apoderó de Kmita, que repetía:

—Alteza, es cuestión de vida o muerte.

Por último anocheció. Soroka pensó en buscar un refugio; pero como estaban en un sitio del bosque donde el terreno se hundía bajo los cascos de los caballos, avanzaron en demanda de paraje más elevado y seco.

Caminaron dos horas siempre del mismo modo. Entretanto salió la luna e iluminó el camino. De pronto Soroka desmontó y se puso a examinar atentamente el terreno.

—Por aquí han pasado caballos —dijo.

—¿Quién puede haber pasado, si no hay senda alguna? —interrogó uno de los soldados que llevaba a Kmita.

—Se ven las huellas. Y debían ser varios. Mirad entre los pinos.

—Un rebaño, quizá.

—Imposible. No es tiempo de apacentarlos; son pisadas de caballos. Cerca de aquí encontraremos la casa del guardabosque.

—Sigamos las huellas.

—Avancemos.

Soroka volvió a montar a caballo y prosiguió su camino. El rastro en medio de los pinos era cada vez más visible; algunas pisadas parecían muy recientes. Los caballos se hundían en el terreno hasta los corvejones. Los soldados empezaban a temer que el pantano resultase todavía más profundo y no poder salir de allí, cuando al cabo de media hora llegó a su olfato olor de humo y de resina.

—Debe de ser una fábrica de alquitrán —dijo Soroka.

—Veo las chispas del fuego —añadió un soldado.

En efecto, a corta distancia se vio una columna de humo y fuego. Después apareció una casita con sólida techumbre de vigas de pino. Los caballos empezaron a relinchar, y a su relincho respondieron otros caballos, al mismo tiempo que aparecía frente al destacamento una extraña figura humana cubierta de piel de carnero.

—¿Vienen muchos caballos? —preguntó aquel hombre.

—¿Es esto una refinería? —preguntó a su vez el sargento.

—¿Quiénes sois y de dónde venís? —volvió a preguntar aquel hombre, maravillado e inquieto.

—Nada temáis —contestó Soroka—; no somos ladrones.

—Seguid vuestro camino; aquí no podemos hacer nada.

—Sellad la boca y guiadnos hacia la casa. ¿No veis que llevamos con nosotros un herido?

—¿Qué gente sois?

—Despacha, o contestaremos con los fusiles. En marcha, si no quieres que te degollemos.

—No puedo defenderme solo, pero veremos lo que hacen los demás. Vais a dejar aquí el pellejo.

—Allá veremos. Avanza.

—Avanzad vosotros. No es cosa mía.

—Si tienes comida y aguardiente, dánoslo por lo que valga.

Hablando así entraron en la casa. En el hogar ardía la lumbre y se notaba olor a cocido. La casa era grande. Soroka vio a lo largo de la pared seis camas cubiertas con pieles.

—Esta es una madriguera de bandidos —dijo volviéndose a sus camaradas—. Preparad los mosquetes y vigilad a ese malandrín. Los dueños dormirán esta noche fuera, porque nosotros no hemos de renunciar al albergue.

—Hoy no volverán —dijo el hombre.

—Mejor que mejor; nos acostaremos en sus lechos y nos marcharemos mañana —replicó Soroka—. Pon la mesa, porque tenemos hambre, y no escatimes la avena a nuestros caballos.

Soroka dio orden de relevar los centinelas a medianoche y se acostó en una cama al lado de Kmita.

Todo estaba tranquilo en la casa. No se oía más que el monótono canto de los grillos y el croar de las ranas. El herido, entretanto, despertó, pronunciando, en el delirio de la fiebre, frases inconexas.

Soroka se levantó de la cama y aplicó el oído; pero Andrés, después de proferir algunos lamentos, volvió a dormirse, y luego gritó:

—¡Olenka! ¡Olenka! No me guardes rencor...

A medianoche se calmó y durmióse profundamente. El mismo Soroka había cerrado ya los ojos cuando le hizo estremecer un ligero golpe aplicado a la puerta.

El astuto soldado se levantó y salió fuera.

—¿Quién es? —preguntó.

—Sargento, ese hombre ha escapado.

—¡Con dos mil de a caballo! Nos traerá aquí a los ladrones. ¿Quién le vigilaba?

—Billous.

—Iba con él a buscar agua para los caballos —dijo el aludido—. Le ordené que llenase de agua los cubos, mientras yo tenía del diestro el caballo, y...

—Y luego, ¿qué? ¿Se echó al pozo?

—No, sargento; desapareció por entre los árboles. Quise seguirle; pero, a causa de la obscuridad, caí en un foso. En tanto él escapó. ¡Que el diablo le lleve!

Soroka reflexionó un instante y dijo:

—Esta noche no deberíamos dormir. Es preciso velar hasta que amanezca. De un momento a otro pueden llegar los bandidos.

Y para dar ejemplo, se sentó en el umbral de la puerta, mosquete en mano.

La noche era hermosa, serena, iluminada por los rayos de la luna. Los soldados se sentaron en torno del sargento y charlaban a media voz.

—¡Chitón! —exclamó de pronto Soroka—; se acerca alguien.

Los soldados aplicaron el oído, y a poco se oyó el rumor de pasos pesados que hacían crujir las ramas secas esparcidas por el suelo.

—¡Son caballos! —murmuró Soroka.

Los pasos se alejaron, y luego se oyó el ronco y quejumbroso grito del ciervo.

—Es un ciervo que llama a su compañera. O quizá ésta pelea con otro ciervo.

Guardaron de nuevo silencio y se sintieron dominados por el sueño. Los gritos del ciervo cesaron y todo quedó en calma.

Entretanto empezaba a alborear. Los primeros rayos del sol iluminaron los fatigados semblantes de los soldados, que dormían a pierna suelta.



De pronto abrióse la puerta y en el umbral apareció Kmita gritando:

—¡Soroka, ven!

Los soldados se levantaron precipitadamente.

—¡Dios de bondad! ¡Vuestra Gracia en pie! —exclamó el sargento.

—Os habéis dormido como lirones; fácilmente os hubieran sorprendido.

—Hemos velado toda la noche, coronel, y apenas hace media hora que nos dormimos.

—¿Qué casa es ésta? —preguntó Kmita mirando en torno suyo.

—Estamos en el bosque, mi coronel.

—Ya lo veo... Pero, ¿en qué casa?

—No sé más.

—Sígueme —dijo Kmita al sargento, al mismo tiempo que volvía al interior de la casa —. Óyeme —añadió, sentándose en el lecho—. ¿El príncipe me ha soltado un pistoletazo?

—Sí.

—Y él, ¿dónde está?

—Escapó.

—¡Malo! —dijo Kmita—. Mejor hubiera sido matarle.

—Quisimos hacerlo, pero...

—¿Pero qué?

Soroka explicó sucintamente lo ocurrido. Kmita le oyó con maravillosa calma, pero de sus ojos brotaba fuego y por último exclamó:

—¡Nos ha vencido! Pero ya le agarraremos otra vez. Y, ¿por qué habéis salido de la carretera?

—Temíamos que nos persiguieran.

—En efecto, somos pocos para combatir con los soldados de Bogislao. Por otra parte, se marchará a Rusia, y allí estará en salvo; debemos esperar...

Soroka se reanimó al notar que Kmita no temía al príncipe, y en su corazón renació el acostumbrado valor.

Andrés permaneció pensativo, se agitó de pronto y preguntó:

—¿Dónde están mis cartas?

—¿Qué cartas?

—Las que yo tenía. Estaban atadas a mi cinto. ¿Dónde paran?

—El cinto os lo quitó yo, a fin de que Vuestra Gracia respirase más libremente. Helo aquí.

Soroka le entregó un cinturón de cuero blanco al que estaba atada la bolsa y sacó las cartas.

—Estos son los salvoconductos para los comandantes suecos —dijo, lleno de inquietud—. ¿Dónde están las cartas?

—¿Qué cartas?

—¡Mil rayos! Las cartas del general al rey de Suecia, a Lyubomirski y las demás.

—Si no están en el cinturón, no sé dónde encontrarlas. Habrán caído por el camino.

—¡A caballo! ¡A caballo! ¡A buscarlas! —gritó Kmita con voz terrible.

Antes que Soroka hubiese salido de la estancia, Kmita dejóse caer en el lecho exclamando con acento conmovido:

—¡Ay de mí! ¡Las cartas!

Soroka partió en cumplimiento de las órdenes recibidas y Kmita quedó solo meditando en su suerte, por cierto poco envidiable.

En efecto, la fuga del príncipe le condenaba a la inevitable venganza de los Radzivil, que caerían no sólo sobre él sino también sobre todos aquellos a quienes amaba, sobre todo Olenka, que se hallaba en Kyedani a merced del terrible magnate. Cuanto más pensaba en su situación, más espantosa le parecía. Era un traidor a los ojos de los

Radzivil como a los de Juan Casimiro, y los partidarios de Sapihea y los confederados y todos los patriotas y extranjeros habían de considerarle como el mayor de sus enemigos. Holvanski había puesto precio a su cabeza, y ahora harían lo mismo los Radzivil y los suecos.

Se había apoderado de Bogislao para entregarlo a los confederados y convencerles de que había roto para siempre con los Radzivil, para ganar el derecho de combatir por el rey y la República. Pero, ¿quién le prestaría oídos al presente? ¿No le tacharían de espía encargado de averiguar sus planes?

Recordó que pesaba sobre su conciencia el asesinato de muchos confederados y pensó en que había fortificado Kyedani para asegurar el triunfo de Radzivil en Imud.

—¿Cómo me presentaré?... Con Bogislao o con las cartas, la empresa nada tenía de difícil; pero, ¿a quién ir con las manos vacías?

El espíritu del mal le había arrebatado aquellas cartas.

Sintió erizarse sus cabellos al pensar que había arrastrado en su pérdida a Olenka, y oyó la voz de su conciencia que gritaba:

—¡Ciego! ¡Imbécil! Esto no te habría sucedido si hubieses luchado por el rey y por la patria, si hubieses prestado oídos a las súplicas de Olenka.

Y el joven, rechinando los dientes y tendiendo los brazos hacia Imud, donde Juan Radzivil acechaba su presa como un lobo, gritó repetidas veces:

—¡Venganza! ¡Venganza!

De pronto se arrodilló en el centro de la estancia y dijo:

—Te juro, Señor, humillar a esos traidores y no descansar hasta exterminarlos por el hierro y por el fuego. ¡Ayúdame, Rey del Universo!

Pero una voz interior le decía:

—¡Sirve primero a tu patria!... ¡Después podrás vengarte!

## XXVIII

No es para descrita la sorpresa que Kmita y sus compañeros experimentaron a la mañana siguiente, al reconocer en los moradores de aquella casa al viejo Kyemlich y a sus dos hijos, Cosme y Damián, que, desvalijados y heridos por la banda de Zolotarenko, habíanse visto obligados a refugiarse allí y a vivir de la rapiña.

Kyemlich y sus hijos habían servido a las órdenes de Kmita cuando éste, por su cuenta, declaró la guerra a la llamada Rusia Blanca contra Holvanski, y le temían y amaban a la vez. Por esta razón se ofrecieron gustosos a secundar sus planes, y el anciano comenzó por curar la herida del joven coronel.

Era preciso no perder tiempo y poner inmediatamente manos a la obra, y Kmita, pensando muy atinadamente que el capitán general ignoraba la pérdida de las cartas, resolvió apelar a la astucia y a la amenaza, y al efecto le dirigió la siguiente epístola, escrita con la sangre que hizo brotar de su propio brazo, porque en la casa se pudieron hallar tres pliegos de papel y una pluma, pero no tinta:

«Renuncio al servicio de Vuestra Alteza porque no quiero unirme con felones y malandrines. Si es verdad que juré sobre una cruz no abandonar a Vuestra Alteza, Dios me perdonará, y aunque debiera condenarme, prefiero arder en el infierno a ser traidor a mi patria y a mi rey. Vuestra Alteza me engañaba y os emplazo ante el tribunal de Dios, donde se pondrá en claro de qué lado estaba la traición y de cuál la intención honrada. Vuestra Alteza es poderoso, mientras que yo sólo tengo mi sable; pero Vuestra Alteza sabe que yo soy de aquellos que sin escuadrones, sin castillos ni caballos, pueden vengarse cumplidamente. En tanto que yo viva, mi venganza os amenazará. Tan cierto es esto como que os escribo con mi propia sangre. Poseo vuestras cartas, que pueden perderos no sólo ante el rey de Polonia, sino ante el de Suecia, ya que es una prueba irrefutable de vuestra traición a la República, no menos que de vuestro propósito de traicionar a los suecos si la fortuna os abandonase. Aunque confiéis en vuestro poder, en mi mano está el arruinaros, porque nadie dudará de vuestra firma y sellos. Y por esto digo a Vuestra Alteza que si cae un solo cabello de la cabeza de aquellos a quienes amo y que dejé en Kyedani, enviaré estos documentos a Sapihea y haré imprimir copias que distribuiré por toda la República. Terminada la guerra, Vuestra Alteza me devolverá Panna Billevich, y yo Os devolveré las cartas; si recibo malas nuevas, las enseñaré a Pontus de la Gardie. Vuestra Alteza ambiciona la corona; pero, ¿cómo ceñirla cuando la cabeza de Vuestra Alteza caiga bajo la espada de los polacos o de los suecos? Nada más diré. Os recomendaría a Dios si no supiera que preferís la ayuda del diablo.

»Kmita.

»P. D.— Vuestra Alteza no envenenará a los confederados, porque hay alguien que, pasando del servicio del diablo al de Dios, les convencerá de que no deben beber cerveza en Orel ni en Zabłudow.»

Terminada la carta, se levantó y empezó a medir la estancia a largos pasos. Aquella carta no era más que una atrevida declaración de guerra contra los Radzivil. Kmita sentía un gran valor moral y era capaz de hacer frente a aquella poderosa familia ante la cual temblaba la República entera. El simple caballero colocado fuera de la ley y perseguido por la justicia; el que no podía esperar apoyo de nadie y que había ofendido a todo el mundo, de suerte que todos le consideraban como un enemigo; el vencido pocas horas antes, se sentía tan poderoso que vio con ojos casi proféticos su victoria y la humillación de los Radzivil.

Pensó también en escribir a Olenka. El mensajero que llevase la carta al príncipe hallaría ocasión de entregársela sin ser visto. Esta idea le hirió vivamente y sentándose de nuevo empezó a escribir.

«Olenka... He renunciado a servir a los Radzivil, porque...»

Pero de pronto se dijo:

—No, no quiero escribir —y rasgó la empezada carta.

En seguida tomó el tercer pliego y dirigió a Volodiovski una misiva concebida en los siguientes términos:

«Coronel: El infrascrito os advierte, y con vos a los otros coroneles, que debéis estar sobre aviso. He visto cartas dirigidas por el capitán general al príncipe Bogislao y a Pan Harasimovich, en las que se les ordenaba os envenenasen o asesinasen por la espalda en vuestros cuarteles. Harasimovich se ha marchado con el príncipe Bogislao a Tyltsa (Prusia); pero quién sabe si ha transmitido la orden a otras personas. Sé positivamente que

el capitán general caerá pronto sobre vosotros; sólo espera la caballería que le tiene que enviar Pontus de la Gardie... en junto quince mil hombres. Será conveniente mandar discretos mensajes al vaivoda de Vitiéks para que venga pronto y se ponga a la cabeza de los confederados. Creed que el que os da este consejo es un verdadero amigo.

»El general tiene muy poca caballería, sólo un pequeño número de dragones, y los soldados de Kmita, con los que no puede contar. El propio Kmita se halla ausente. El príncipe le ha confiado un encargo. Parece que no fía mucho en él; Kmita no es un traidor, sino un pobre iluso.

»Os recomiendo a Dios.

»Babinich.»

Babinich era el nombre de una aldea contigua a Orsha, que desde hacía mucho tiempo pertenecía a Kmita.

Andrés no quiso poner su firma al pie de la carta, creyendo que su nombre no inspiraría la necesaria confianza.

Concluida la carta, a la que añadió algunas frases en defensa propia, sintió un gran alivio pensando que con ella prestaba un excelente servicio, no sólo a Volodiovski y a sus amigos, sino también a todos los coroneles que no habían querido ser desleales a su patria por servir a Radzivil.

Ahora que Olenka estaba a salvo de la venganza de Radzivil y los confederados prevenidos contra un ataque repentino, Kmita se preguntaba qué era lo que le convenía hacer. Por su parte había roto los lazos que le unían con los traidores, y quemado sus naves. Ahora deseaba servir a su país y consagrarle todas sus fuerzas y su propia vida; pero, ¿cómo hacerlo, cómo empezar?

Imaginó unirse a los confederados. Mas, ¿y si no quisieran recibirle?

—¡Mejor quisiera morir en sus manos! —se dijo sonrojándose a la sola idea de que podían rechazarle.

Su posición era realmente desesperada.

—¿Y si hiciera lo que ejecuté contra Hovanski? —se preguntó—. Reclutaré soldados y los lanzaré contra los suecos; no será cosa nueva para mí.

Esta idea le agradó y a punto estuvo de salir de la estancia para ordenar a Kyemlich y a sus hombres que se preparasen inmediatamente para la partida. Sin embargo, antes de llegar al umbral de la puerta, se sintió detenido por una fuerza misteriosa.

Su conciencia le decía que no era aquél el mejor medio para reparar sus yerros.

—¿Qué haré? ¿Quién me ayudará? ¿quién me inspirará? ¿Quién puede salvarme? —exclamó en alta voz.

Y casi involuntariamente cayó de rodillas, y desde el fondo de su corazón elevó a Dios una fervorosa plegaria.

Después reclinó la cabeza en el lecho, y permaneció inmóvil, como si esperase el efecto de su ardiente invocación.

De improviso se oyeron pasos fuera, y luego dos voces.

—¿Qué pensáis, sargento? ¿A dónde iremos?

—¡Yo qué sé! —respondió Soroka—. A cualquier parte... quizá muy lejos... al lado del rey, que gime en poder de los suecos.

—Es verdad que todos le han abandonado.

De repente, Kmita se levantó con el rostro sereno y tranquilo; se dirigió a la puerta, la abrió y dijo al soldado:

—¡Ensillad! Es hora de partir.

## XXIX

Los viajeros atravesaron el bosque que carecía de sendero, pero que el viejo conocía admirablemente. Entraron en Prusia y pasaron por Leng o Elko, como llamaba Kyemlich al punto por donde habían pasado la frontera, y allí supieron noticias por los nobles que con sus respectivas familias habían escapado al poder de los suecos y buscaban refugio en los dominios del Elector.

Kmita vendió un par de caballos y compró otros; en seguida prosiguió su viaje por el camino que de Leng conducía a Schuchyn, ciudad situada en la frontera de Mazovia, entre Rusia y la provincia de Podliasye.

Andrés no quería marchar a Schuchyn por haber sabido que en aquella ciudad estaba acuartelado el escuadrón de los confederados, mandado por Volodiovski.

Este debía de haber pasado por el mismo camino que recorriera Kmita y seguramente se había detenido en el límite de Podliasye, ya para descansar, ya para acampar allí accidentalmente.

Kmita no quería encontrar al famoso coronel por creer que sus palabras no bastarían a demostrar la sinceridad de sus propósitos. Por eso dio orden de dirigirse a Vansosh, lugar situado a diez millas de Schuchyn. En cuanto a la carta, imaginó enviarla a Miguel tan pronto como llegara la ocasión propicia.

Antes de llegar a Vansosh, los viajeros se detuvieron en una posada de la carretera, dispuestos a pernoctar allí.

En la casa no había más que el posadero, un prusiano.

Pero no bien se hubieron sentado a la mesa para cenar, oyóse el rumor de ruedas de carruaje y el trote de caballos. Kmita salió a la puerta, deseoso de saber si se trataba de un destacamento sueco; pero, en vez de éstos, vio una carroza tras la cual venían dos carros escoltados por gente armada. A primera vista, creyó que había llegado un personaje. Tiraban de la carroza cuatro hermosos caballos. En el pescante se sentaba junto al cochero un *haiduk* <sup>(1)</sup> vestido a la húngara. En el interior de la carroza se sentaba el dueño, envuelto en una manta de piel de lobo y abrochada con numerosos botones de oro. Los dos carros estaban cargados de víveres y escoltados por ocho soldados armados de fusiles y sables.

El señor que se hallaba en la carroza parecía contar poco más de veinte años, pero dejaba adivinar, no obstante su juventud, su esclarecida prosapia.

Al detenerse el carruaje, el *haiduk* saltó al suelo para ayudar a su amo a bajar; pero éste, al percibir a Kmita, ¿que estaba en pie en el umbral, le hizo seña con la mano.

—Venid acá, buen hombre —le dijo.

Kmita, en vez de obedecer, se retiró al interior de la posada, lleno de súbito furor. Todavía no estaba acostumbrado a que le trataran como criado. Volvió a sentarse en su sitio y empezó a comer. El recién llegado entró a su vez.

—¿Por qué no acudisteis a recibirme? —dijo.

—El mesonero ha salido —contestó Kmita—, y nosotros somos viajeros como Vuestra Gracia.

—¿Qué clase de viajeros?

—Soy un noble viajero y vendo caballos.

—¿Y vuestros compañeros?

—Pobres como yo, pero también nobles.

—Está bien. ¿A dónde os dirigís?

—Vamos de feria en feria para vender nuestros caballos.

---

<sup>1</sup>() Soldado.

—Si os detenéis aquí esta noche, puede ser que cerremos el trato. ¿Me permitiréis que me sienta a vuestro lado?

El desconocido le dirigió esta pregunta en tono que indicaba la seguridad que tenía de ser obedecido. En efecto, el joven mercader de caballos contestó:

—Siéntese Vuestra Gracia, pero le advierto que no podemos ofrecerle cosa buena.

—No importa. No faltan en mi equipaje cosas exquisitas —contestó con cierto orgullo el joven señor—; pero a veces me gusta comer salchicha con guisantes.

Al decir esto se sentó al lado de Kmita, que se había separado para hacerle sitio.

—Gracias, mil gracias, no os molestéis por mí —dijo el joven—. Cuando se viaja, hay que excusar cumplimientos. Aunque me dieseis con el codo, no caería de mi cabeza la corona.

Kmita miró al presuntuoso joven y dijo:

—Nos hallamos en tiempos en que caen las coronas de cabezas más altas. Así, nuestro rey Juan Casimiro, a quien corresponden de derecho dos coronas, no tiene más que una y ésa de espinas.

El desconocido lanzó a Kmita una rápida ojeada, suspiró y dijo:

—En estos tiempos no se puede hablar de esas cosas ni aun con los amigos más íntimos. Pero decís bien. Evidentemente, habéis servido a señores polacos, porque vuestro lenguaje demuestra cierta educación superior a vuestro nacimiento.

—He aprendido algo en mis viajes, pero nunca fui criado de nadie.

—¿Queréis serlo mío, llevar mi espada y cuidar de mis hombres?

Por último, Kmita no pudo contenerse y rompió en una franca risotada.

—¿De qué os reís? —preguntó el desconocido frunciendo las cejas.

—De gozo.

—¿Quién es el necio que os ha enseñado semejantes modales? ¡Reportaos y tened en cuenta con quién habláis!

—Vuestra Gracia perdona, pero no sé a quién hablo.

El joven se puso en jarras y contestó:

—Con el señor Rendían de Vansosh.

Kmita iba a decirle que él se llamaba Babinich, cuando entró Billous gritando:

—Pan Coro...

Una mirada de Andrés le detuvo, y al fin balbuceó:

—Viene gente.

—¿De dónde?

—De Schuchyn.

—¿Son muchos?

—Diez jinetes.

—Preparad las pistolas ¡Vete!

Apenas hubo salido el soldado, Kmita se volvió hacia Rendían de Vansosh y le preguntó:

—¿Serán los suecos?

—Puesto que vais a salir a su encuentro lo sabréis —repuso Rendían mirando al joven con estupor.

—De todos modos, los prefiero a los bandidos.

—Si Volodiovski está en Schuchyn, serán soldados.

Kmita, al oír estas palabras, se levantó y fue a sentarse en el rincón más oscuro de la sala. Pero después entraron algunos hombres, a cuya cabeza figuraba una especie de gigante que tenía una pierna de madera. Andrés reconoció a Yuzva Butrym, llamado «Sin pie».

Yuzva Butrym, deteniéndose en medio de la sala, preguntó:

—¿Dónde está el posadero?

—Aquí estoy —respondió el interpelado.

—Pienso para los caballos.

—Se lo he dado a los de estos señores.

—¿Quiénes sois? —preguntó Rendian.

—¿Y vosotros?

—Soy el *estarosta* de Vansosh —respondió Rendian con aplomo.

Sus criados le llamaban así, por más que sólo era *viceestarosta* y él aceptaba este título en las ocasiones solemnes.

Yuzva Butrym quedó confundido al conocer la calidad de la persona con quien hablaba; se quitó, pues, el birrete y dijo:

—Me inclino ante vos, poderoso señor. Está tan oscura la habitación, que es imposible distinguir a las personas.

—¿Qué gente es ésta? —repitió Rendian poniéndose otra vez en jarras.

—Soldados de Lauda que pertenecían al antiguo escuadrón de Billevich y que ahora se hallan a las órdenes de Volodiovski.

—¡Bendito sea el Cielo! ¿De modo que Volodiovski está en la ciudad de Schuchyn?

—Sí, y con él los demás coroneles de Imud.

—¡Dios sea loado! —gritó alegremente el *estarosta*—. ¿Y qué coroneles acompañan a Miguel Volodiovski?

—Mirski ha sufrido un ataque de apoplejía durante el viaje —respondió Butrym—. Están con Miguel, Oskierko, Kovalski y los dos Kretuski. Pero éste —prosiguió Yuzva Butrym mirando a Kmita— ¿es un criado de Vuestra Gracia? Me parece que le he visto en algún sitio.

—No —respondió Rendian—, son nobles que recorren las ferias con sus caballos.

—¿A dónde se dirigen? —preguntó Yuzva.

—A Sobota —respondió el viejo Kyemlich.

—¿Dónde está Sobota?

—No lejos de Pyantek.

Yuzva consideró esta respuesta como una burla y dijo: —¿Soléis mofaros de la gente?

—¿Y con qué derecho preguntáis?

—Me envían para que reconozca estos alrededores, y creo que he tropezado con hombres sospechosos; por eso necesito saber adónde vais.

Kmita, temiendo una disputa que podía tener funestas consecuencias, dijo sin moverse de su rincón:

—No os irritéis, valeroso soldado. Pyantek y Sobota son dos ciudades como las demás, donde hay ferias en días determinados. Preguntadlo, si no, al caballero Rendian, que debe saberlo.

—Certísimo —dijo éste.

—Pero, ¿por qué vais allá? ¿Acaso no podéis vender vuestros caballos en Schuchyn, donde hacen buena falta?

—Cada cual va adonde cree que está su negocio.

—No sé lo que pueda conveniros, pero a nosotros no nos conviene que los caballos sean vendidos a los suecos o a sus espías.

—Me admira —dijo el lugarteniente de Vansosh— que esta gente muestre tal interés por acercarse a los suecos, de quienes dicen pestes.

Y luego, volviéndose a Kmita, añadió:

—Vos no me parecéis un chalán; lo desmiente el anillo que lleváis en el dedo, del que se ufanaría un gran señor.

—Si os gusta, compradlo; he pagado por él dos monedas de oro de Leng.

—¿Dos monedas de oro? Entonces será falso, aunque muy bien imitado. Mostrádmelo.

—Venid por él, señor.

—¿No podéis dármelo?

—Estoy sumamente cansado.

—Diríase, buen hombre,, que queréis esconder vuestro semblante —dijo el *estarosta*.

Al oír estas palabras, Yuzva Butrym se acercó al hogar y tomando un tizón encendido se dirigió a Kmita.

Este se levantó de pronto y los dos se miraron de hito en hito. De repente cayó el tizón de las manos de Yuzva, que gritó:

—¡Jesús, María! ¡Ese es Kmita!

—Sí, soy Kmita —dijo Andrés, viendo que era inútil disimular por más tiempo.

—¡Venid, venid! ¡Prendedle! —gritó Yuzva a sus soldados, que no estaban lejos de allí.

Y volviéndose a Kmita, añadió:

—¡Eres tú, traidor, aborto del infierno, Satanás en persona! ¡Huiste una vez; ahora me pertenesces!

Al decir esto, agarró a Kmita por los hombros, y el joven le asió también.

Al mismo tiempo los dos hijos de Kyemlich, Cosme y Damián, se levantaron, y Cosme preguntó:

—¿Hemos de sujetarle, padre?

—Sí —respondió el viejo, desenvainando el sable.

Abriéronse de par en par las puertas, y los soldados de Yuzva penetraron en la estancia. Detrás de ellos venían los hombres de Kyemlich.

Yuzva, a quien Kmita tenía asido por los hombros, agitaba en el aire un puñal; pero Andrés, aunque no tenía la fuerza hercúlea de su adversario, apretó la garganta de Butrym como con unas tenazas. Los ojos de éste salían de sus órbitas. Trató de golpear a Kmita con el mango del puñal, pero el joven le hirió con la guarnición de su sable. Los dedos de Butrym se desprendieron del cuello de Andrés, y el gigante se tambaleó y se echó hacia atrás. Kmita retrocedió un paso y descargó un sablazo en la cara de Yuzva, quien cayó como una encina hendida, dando un gran porrazo en el suelo.

—¡Herid! —exclamó Kmita, en quien se había despertado el ardor de las batallas.

No era necesario que excitase a su gente, porque ahora la estancia parecía un campo de batalla. Los dos jóvenes Kyemlich descargaban golpes formidables sobre sus adversarios, derribando de cada sablazo un hombre.

Soroka luchaba como un león y los criados de Kmita ayudaban a su capitán. Los de Lauda se defendían tenazmente; pero en cuanto Kmita, después de derribar a Yuzva, hubo atacado y vencido a otro Butrym, la victoria se decidió por él.

La resistencia por parte de los de Lauda era cada vez más débil, porque al caer Yuzva y ver la actitud de Kmita, perdieron todo su valor. En esto entró el mesonero con un cubo de agua y la derramó en el hogar, dejándolos a obscuras. Cesaron los gritos y sólo se oyeron desgarradores lamentos. Se abrió la puerta y salieron primero los hombres de Rendían, luego los de Lauda y por último los soldados de Kmita.

La pelea continuó con mayor encarnizamiento fuera de la posada. Las tropas del *estarosta* se habían refugiado detrás de los carros, donde también buscaban refugio los hombres de Lauda; y los criados de Rendían, tomándolos por adversarios, descargaron sobre ellos repetidas veces sus fusiles.

—¡Rendíos! —gritaba el viejo Kyemlich, metiendo la hoja del sable por entre los rayos de las ruedas e hiriendo a los que tras ellas se habían refugiado.

—¡Deteneos! ¡Nos rendimos! —respondieron muchos.



Los hombres de Vansosh arrojaron sus armas, en tanto que Kyemlich gritaba a sus hijos, que se habían lanzado contra los contrarios:

—¡A los carros! ¡Apoderaos de todo! ¡A los carros, pronto!

Los jóvenes no aguardaron a que se lo dijeran dos veces y se precipitaron sobre los carros de Rendian con el propósito de saquearlos.

Pero antes que pudieran realizarlo, Kmita gritó con voz de trueno:

—¡Quietos!

Y para dar mayor eficacia a su mandato se acercó a los jóvenes y les propinó unos cintarazos.

Cosme y Damián se echaron a un lado.

—¿No podemos tomar el botín, coronel? —preguntó tímidamente el viejo.

—¡Buscadme al *estarosta*! —gritó Kmita por toda contestación.

Un cuarto de hora después volvieron con Rendian, quien, al ver a Kmita, se inclinó y dijo:

—Con permiso de Vuestra Gracia haré constar que no he cometido ningún mal y que nadie puede negarme el derecho a viajar para ver a mis amigos.

Andrés, apoyado en su espada, respiraba anhelosamente y no contestó. Rendian continuó diciendo:

—No he causado el menor daño a los suecos ni al príncipe Radzivil. Me dirigía al encuentro de Volodiovski, porque me une a él antigua amistad, e ignoro por completo lo que haya podido suceder en Kyedani. Sin embargo, he creído conveniente ponerme en salvo con todo lo que poseo, con lo que honradamente he adquirido. Dejadme, pues, marchar en libertad.

—¡Preparad los carros! —ordenó Kmita—. ¡Recoged los heridos e idos al diablo!

—Os doy las gracias, señor —dijo el lugarteniente del *estarosta* de Vansosh.

Los soldados de éste corrieron a enganchar los caballos. Kmita se volvió de nuevo a Rendian.

—Tomad los heridos y los muertos —le dijo— y llevadlos a Volodiovski. Decidle de mi parte que yo no soy enemigo suyo, que quizá soy su mejor amigo. ¿Me entendéis? Añadid que éstos cayeron sobre mí y que me vi obligado a defenderme.

—Es la pura verdad —afirmó Rendian.

—Aguardad. Diréis, además, a Volodiovski que no disperse a sus soldados, porque Radzivil, apenas pueda disponer de la caballería que Pontus de la Gardie ha de enviarle, marchará contra ellos. Seguramente está ya en camino. Juan y Bogislao Radzivil se entienden con el Elector de Brandeburgo y es peligroso detenerse aquí. Sobre todo que permanezcan unidos; de lo contrario, perecerán. El vaivoda de Vítieks vendrá a Podliasye; que vayan a su encuentro para ayudarle en el caso de que encontrase obstáculos.

—No se me olvidará; pero, si pudiese llevar una prenda de Vuestra Gracia, sería mejor —dijo Rendian.

—¿De qué servirá?

—Vuestra Gracia inspirará mayor confianza a Volodiovski, quien se dirá: «Puesto que me manda prenda, es prueba de que hay seriedad en sus promesas.»

—He aquí, pues, la señal.

Kmita se quitó su sortija y Rendian la tomó apresuradamente, diciendo:

—Os doy las gracias humildemente.

Una hora después Rendian, con sus carros y sus maltrechos servidores, se dirigían tranquilamente hacia Schuchyn, llevando consigo tres muertos y algunos heridos, entre los que figuraba Yuzva Butrym, que tenía la cara atravesada por un tajo y la cabeza rota. Por el camino el *estarosta* examinó la sortija, cuya piedra centelleaba a la luz de la luna, y pensó en aquel hombre extraño y terrible que, después de haber causado tanto daño a los

confederados y servido tan eficazmente a los suecos y a Radzivil, pretendía salvar a aquéllos.

—Como quiera, sus consejos son sinceros —se decía—; más vale que permanezcamos unidos. Kmita es un carácter raro; está al servicio de Radzivil, ama a los nuestros y sirve a los suecos; no me lo explico.

Después añadió:

—Es generoso, pero no conviene contrariarle en lo más mínimo.

### XXX

Rendian no tenía intención de pasar la noche en la posada, puesto que Schuchyn no estaba lejos de Vansosh; por consiguiente, en cuanto Kmita le dio permiso para continuar su viaje, se puso en camino para Schuchyn, adonde llegó a medianoche. Los centinelas, al oír su nombre, le dejaron pasar y acampó en la plaza, porque las casas estaban llenas de soldados. Schuchyn pasaba por ciudad, pero no lo era; carecía de murallas, y no tenía palacio municipal, ni corte de justicia, ni convento de monjes pertenecientes a la Orden fundada por el rey Juan III. Casas había pocas, pero abundaban en cambio las casitas y las cabañas; se la llamaba ciudad por lo regular de su construcción y porque en el centro tenía una plaza-mercado.

El *estarosta* durmió hasta la madrugada y luego fue en busca de Volodiovski, que le acogió amistosamente y lo presentó a Juan y Zagloba. Rendian vertió lágrimas de alegría al ver al viejo hidalgo y a su antiguo amo, a quien había servido lealmente y con quien había compartido tantas fatigas. Sin avergonzarse de su antigua condición, empezó a besar las manos de Juan, repitiendo conmovido:

—¡Señor, señor, en qué tiempos volvemos a vernos!

Y luego, todos en coro, lamentáronse de las calamidades de la época.

Por último, Zagloba dijo:

—Rendian, os veo convertido en un gran señor. ¿No predije que si no os ahorcaban haríais fortuna? ¿Qué hacéis? ¿Dónde vivís? ¿En Rendian?

—Allí residen mis padres. Yo vivo en Vansosh y no me pesa, porque Dios me ha bendecido. Pero apenas supe que vosotros os hallabais en Schuchyn no pude contenerme y me dije: «¡Va a estallar otra guerra! ¡Vuelta a empezar!»

—Confesadme —dijo Zagloba— que los suecos os han hecho salir de Vansosh.

—No han llegado todavía a Vidska, por más que se han presentado ya en la comarca varios destacamentos, con precauciones grandísimas, porque aquellos campesinos les son terriblemente hostiles.

—Buena noticia para mí —dijo Volodiovski—, pues ayer envié un destacamento para reconocer el terreno, porque ignoro si estoy seguro aquí; sin duda habéis venido con mis soldados.

—¿Qué soldados? He tenido que traerlos yo, o mejor, los he transportado, porque ninguno de ellos puede tenerse a caballo.

—¿Qué decís! ¿Qué ha ocurrido? —preguntó Volodiovski.

—Han sido deportados —contestó Rendian.

—¿Por quién?

—Por Kmita.

Los Kretuski y Zagloba se levantaron preguntando al unísono:

—¿Kmita? ¿Qué hacía allí? ¿Ha llegado el príncipe? Explicadlo todo. ¿Qué ha sucedido?

En tanto, Volodiovski se había lanzado fuera de la estancia para ir a ver con sus propios ojos lo acaecido y ordenar que curasen a los heridos.

—Esperemos a que vuelva Volodiovski —dijo Rendian—, porque este asunto es suyo, y es pecado narrar dos veces el mismo cuento.

—¿Habéis visto a Kmita?

—Como os veo a vosotros.

—¿Hablasteis con él?

—Sí. Mis caballos descansaban en la posada de la carretera, y él se había detenido allí para pasar la noche. Hablamos, y censuré a los suecos y él también.

—¿También él? ¿Habló mal de los suecos?

—Como si se hubiera tratado del diablo, por más que andaba buscándolos.

—¿Llevaba muchos soldados?

—Algunos criados, pero bien armados, y que tenían el aspecto terrible de aquellos súbditos de Herodes encargados de degollar a los inocentes. El mismo estaba disfrazado de chalán y decía que iban recorriendo las ferias. Pero noté que parecía persona de distinción y además llevaba en el dedo una sortija... ésta...

Y Rendian mostró a sus oyentes maravillados un espléndido anillo.

—¡Ah! ¡Se lo habéis quitado! —gritó Zagloba— En esto os reconozco, Rendian.

—Pues no me lo apropié como creéis, porque soy un noble y no un facineroso. El mismo Kmita me lo dio como prenda de que dice la verdad, y pronto os repetiré fielmente sus palabras, porque me parece que corremos el riesgo de perder la pelleja.

—¡Cómo! —interrumpió Zagloba.

En aquel punto entró Volodiovski fuera de sí, pálido de ira, y lanzando el birrete sobre la mesa, gritó:

—¡Es inconcebible! Tres hombres muertos y Yuzva Butrym casi agonizante.

—¡Butrym! —exclamó atónito Zagloba—. ¡Un hombre más fuerte que un oso!

—Kmita le derribó al suelo en mi presencia —dijo Rendian.

—¡No puedo tolerar más a ese hombre! —gritó Volodiovski—; por dondequiera que pasa es el azote de los nuestros. ¡Basta, basta! ¡Vida por vida! ¡Ha matado a los míos, ha asesinado a estos valientes soldados! ¡Nos veremos otra vez, y me las pagará todas juntas!

—No los atacó; ellos le asaltaron. Kmita se había ocultado en el rincón más oscuro de la estancia.

—¿Y vos, en vez de ayudar a los míos, pretendéis disculpar al traidor?

—Hablo en justicia. En cuanto a ayudarles, ya lo hicieron mis hombres, pero la cosa no era fácil, porque en la confusión no podían distinguirse unos de otros; y si salvé mi vida y mi dinero se la debo a Kmita. Ved cómo sucedieron las cosas.

Rendian refirió minuciosamente la pelea, y cuando repitió las palabras de Kmita, sus oyentes quedaron atónitos.

—¿Eso os ha dicho? —preguntó Zagloba.

—Son sus palabras —repuso Rendian—. «Yo —me dijo— no soy enemigo de los confederados ni de Volodiovski, por más que se crea lo contrario. Más tarde lo conocerán; pero, por el Cielo, que permanezcan unidos, pues, en caso contrario, el vaivoda de Vilna dará fin de ellos.»

—¿Dice que el vaivoda está en camino? —preguntó Juan.

—Que sólo esperaba refuerzos suecos y que caería pronto sobre Podliasye.

—¿Qué opináis de esto, señores? —preguntó Volodiovski a sus camaradas.

—Que ese hombre traiciona a Radzivil, o que nos tiende un lazo... Esto último es inadmisibile. Nos aconseja permanecer unidos. ¿Qué perjuicio nos puede causar esto?

—¿Cómo queréis que venga Radzivil, cuando están en camino los jinetes de Zolotarenko y la infantería de Holvanski? —observó Volodiovski—. Un escuadrón no podría pasar a viva fuerza; Kmita lo ha conseguido porque lleva poca gente; pero el capitán general con todo su ejército no lo lograría. O tendrá que destruir...

No pudo terminar su frase. Se abrió la puerta y entró un criado.

—Un mensajero con una carta para el coronel —dijo.

—Traédmela.

El criado salió y volvió a poco con una carta. Miguel rompió el sello y leyó:

«Escribo lo que por falta de tiempo no pude decir al lugarteniente de Vansosh.

»El general dispone de tropas suficientes para combatir contra vosotros, pero espera los refuerzos suecos a fin de obrar de acuerdo con el rey de Suecia; porque si los suecos le atacan habría de atacar también a los suecos, y así declararí la guerra al rey de Suecia. Radzivil es muy astuto; los rusos saben que quieren que le precedan los suecos, pues éstos harían inevitable la lucha. Los rusos no saben qué hacer ahora que Lituania está en poder de los suecos; no tratarán con Radzivil ni le combatirán, y él os aniquilará en el caso de que estéis separados. Por amor de Dios, haced lo que os digo y rogad al vaivoda de Vitiéks que venga inmediatamente, porque ahora puede pasar fácilmente entre los rusos, que se hallan indecisos. Quería comunicaros este aviso bajo otro nombre, temiendo que no quisierais prestarme fe, pero ya que se ha descubierto mi incógnito, firmo estas líneas con mi nombre. Si no dais crédito a mis palabras, pereceréis miserablemente. Ya no soy el que era, y quiera Dios que pronto oigáis otras cosas a mi respecto.

»Kmita.»

—Me gustaría saber de qué modo podría Radzivil alcanzarnos —dijo Juan.

—Lo cierto es —añadió Volodiovski— que da muy buenas razones.

—Tened en cuenta —exclamó Zagloba— qué acabaremos por bendecirle.

Una hora después, diez mensajeros galopaban hacia Podliasye y luego emprendió la marcha el escuadrón entero de Lauda.

Los oficiales cabalgaban a la vanguardia y Roch Kovalski mandaba a los soldados. Pasaron por Osvyets y Gonyandz, cortando camino por Białystok, donde esperaban encontrar otros escuadrones de confederados.

### XXXI

Se enviaron cartas, que firmó Volodiovski, a todos los coroneles dispersos por la provincia de Podliasye anunciándoles el avance de Radzivil. Algunos habían dividido sus escuadrones en pequeños destacamentos, a fin de que pudiesen invernar más fácilmente; otros permitían a sus oficiales hospedarse en casas particulares; de modo que no

figuraban en los cuerpos más que unos cuantos subalternos y algunas docenas de soldados. Los coroneles se habían permitido esto por miedo al hambre y también por la dificultad de mantener disciplinados a los escuadrones, que, después de haber negado la obediencia al capitán general, no se mostraban muy dispuestos a recibir órdenes de sus comandantes.

Los suecos que invadían el país por el lado del Occidente y avanzaban hacia el Sur, no habían llegado todavía al territorio comprendido entre la provincia de Mazovia y Lituania, y formaba la provincia de Podliasye; además, las legiones de Holvanski, Trubetskoi y Serebsyam estaban ociosas en su distrito y no sabían qué partido tomar. En las provincias rusas, Butürlin y Mielniski realizaban correrías y precisamente acababan de destrozar en Grodek un destacamento mandado por Pototski, capitán general del reino. Lituania estaba bajo la protección del rey de Suecia, y, como decía muy bien Kmita en su carta, ocuparla equivalía a declarar la guerra a los suecos, que infundían terror a todos.

En tanto, Holvanski no atacaba a Podliasye ni a los escuadrones confederados, que, faltos de jefes, no hacían más que talar las tierras de Radzivil. No obstante, las cartas de Volodiovski referentes a un ataque impetuoso por parte del capitán general sacaron de su inercia a los coroneles, que reunieron sus escuadrones y llamaron a los soldados dispersos, amenazando con un severo castigo a los que no obedeciesen pronto. Jyromski, el principal de los coroneles, y cuyo escuadrón se hallaba en buenas condiciones, se dirigió el primero hacia Białystok; después acudió Jacub Kmita, pero con sólo ciento veinte hombres; en seguida se concentraron a su vez los soldados de Kotovski y de Lipniski, a los que se unieron muchos voluntarios procedentes de la provincia de Lynbelsk, Karvoski y Tur, y de vez en cuando aparecían algunos ricos nobles acompañados de siervos bien armados.

Cuando llegó Volodiovski con su escuadrón de Lauda, estaban allí algunos millares de hombres, a los que sólo faltaba su comandante.

Estas tropas estaban desorganizadas e indisciplinadas, aunque no tanto como las de la milicia general de la Gran Polonia, que pocos meses antes se habían encargado de defender el paso de Ustsie contra los suecos.

Zagloba se daba aires de importancia porque los soldados de Lauda habían declarado que Volodiovski, los Kretuski, Mirski y Oskierko le debían la vida. El no ocultaba los servicios que había prestado a los coroneles, porque era lógico que conocieran cuánto valía el hombre que a su lado estaba.

—No me gusta elogiarme —decía—, ni afirmar lo que no se ha verificado, porque mi boca es la boca de la verdad.

Y al decir esto, miraba en torno suyo como para ver si algún insolente se atrevía a desmentirle.

Nadie le contradijo. Entonces él empezó a hablar de sus victorias de otro tiempo, y especialmente afirmó que el príncipe Jeremías se guiaba por sus consejos y a menudo le daba el mando en las salidas.

Los coroneles reunidos en Białystok decidieron, pues, elegir un comandante interino hasta la llegada a Sapihea. Huelga decir que, excepción de Volodiovski, cada coronel creía que él debía ser el elegido.

Los soldados declararon que querían tomar parte en la elección, no ya por medio de diputados, sino asistiendo a la asamblea.

Volodiovski, después de asesorarse de sus compañeros, apoyó enérgicamente la elección de Jyromski, hombre virtuoso y experto guerrero.

Por gratitud, Jyromski recomendó a Volodiovski; pero Kotovski, Lipniski y Jacub Kmita se opusieron, porque el caudillo debía presentarse a los ojos del país con la mayor dignidad.

—¿Quién es el más viejo? —preguntaron muchos.

—¡Mi tío! —gritó Roch Kovalski con voz tan potente, que todos se volvieron hacia él.

—¡Lástima que no tenga un escuadrón! —dijo Yahovich, lugarteniente de Jyromski.

Pero otros gritaron:

—¡Qué importa! ¿Se pretende obligarnos a votar por éste o por el otro coronel? ¿No se trata de un sufragio libre? Todo noble puede ser elegido, no ya comandante, sino hasta rey.

Entonces Litinski, como si no le agradase Jyromski y quisiera dificultar la elección, tomó la palabra y dijo:

—En verdad, sois libres para votar a quien mejor os plazca. Si no elegís un coronel, nadie se dará por ofendido.

De pronto surgió un fuerte clamoreo:

—¡A votar! ¡A votar! ¡Elijamos a Zagloba! ¡Queremos a Zagloba!

—¡Viva nuestro comandante! ¡Viva Zagloba!

Y los soldados echaron al aire sus birretes y empezaron a correr por el campamento en busca del elegido.

Zagloba se quedó atónito y en los primeros momentos confuso. Deseaba la elección de Juan y no esperaba tal acontecimiento. Así, cuando oyó las voces que le aclamaban, perdió la respiración y se ruborizó como una doncella. Entonces sus camaradas se acercaron a él, y al ver su confusión lo interpretaron en sentido favorable a sus deseos, y gritaron:

—¡Miradle! ¡Miradle! ¡Se sonroja como una muchacha! Su modestia iguala su valor. ¡Que Dios le conceda larga vida para que pueda guiarnos a la victoria!

Los coroneles le felicitaron cordialmente; algunos de ellos se alegraban de que sus rivales hubieran pido chasqueados.

Volodiovski se hallaba no menos sorprendido que Zagloba, quien poco a poco recobró su calma y levantando la cabeza recibió dignamente todas aquellas congratulaciones.

—Amables señores —dijo después de oírles—; si un hombre pretendiese ahogar en el océano sus méritos, éstos volverían a flote como el aceite. No disimularé con falsa modestia mis servicios, puesto que vosotros mismos los reconocéis al elevarme al altísimo cargo que no he solicitado. Pero al presente niego mis méritos y os digo: «Existen hombres mejores que yo, tales como Jyromski, Kotovski, Lipniski, Kmita, Oskierko, Kretuski, Volodiovski... caballeros todos ellos de los que la antigüedad misma se envanecería con razón. ¿Por qué elegirme a mí y no a uno de ellos? Es tiempo todavía... Quitadme de los hombros una carga que me resultará demasiado pesada y dadla a otro más digno que yo.»

—¡Imposible! ¡Imposible! —repitieron los coroneles, contentos de aquellos públicos elogios y deseosos al mismo tiempo de parecer modestos a los ojos de los soldados.

—También yo comprendo que es imposible —repuso Zagloba—; y así, queridísimos señores, cúmplase vuestra voluntad. Os doy gracias de todo corazón y espero que Dios me permitirá demostraros que soy digno de la confianza que en mí depositáis. Lucharemos juntos en el campo de batalla, y ya sea que me sonría la victoria, ya nos sorprenda la muerte, permaneceremos siempre unidos, porque aun después de muertos compartiremos la gloria.

Indescribible entusiasmo produjeron en la asamblea estas palabras de Zagloba.

La elección se había efectuado por la madrugada y a mediodía se revistió de nuevo a las tropas. Los escuadrones estaban formados en la llanura de Horoshchan, uno junto al otro en orden perfecto, con los coroneles y las banderas a la cabeza; por su frente cabalgaba el comandante con un bastón dorado y un airón en el birrete. Su imponente figura infundía valor a los soldados. Cada coronel se adelantó hacia él por turno, y Zagloba les habló elogiando una cosas y censurando otras, y hasta los que al principio estaban

descontentos de la elección se vieron obligados a declarar en su fuero interno que el comandante era peritísimo en mandos militares y que estaba habituado a dictar órdenes.

Sólo Volodiovski se agitó de un modo bastante extraño cuando en la revista Zagloba le dio unos golpecitos en la espalda, diciéndole:

—Miguel, estoy satisfecho de vos, porque vuestro escuadrón está en perfecto orden. Portaos siempre así y tener la seguridad de que no os olvidaré.

—¡Por mi honor! —murmuró Volodiovski al oído de Juan, cuando volvían al cuartel—. ¿Qué otra cosa me hubiera dicho un capitán general?

Aquel mismo día Zagloba envió destacamentos en varias direcciones. Cuando al día siguiente volvieron, oyó atentamente sus informes, y en seguida se dirigió al cuartel donde se alojaban Miguel, Juan y Estanislao.

—Ante los soldados —les dijo—, he de conservar mi dignidad; pero cuando estemos solos nos debemos tratar con nuestra acostumbrada intimidad, porque entonces soy vuestro amigo y no vuestro jefe; por otra parte, no desprecio vuestros consejos; aunque tenga mi cerebro para razonar, sé que hay pocos hombres en la República tan expertos como vosotros.

Ellos le acogieron y trataron con la familiaridad que pedía; sólo Rendían no se atrevía a mirarle como antes.

—¿Qué piensas hacer, padre? —preguntó Juan.

—Ante todo, mantener el orden y la disciplina y ocupar a los soldados, a fin de que el ocio no les desmoralice. Te incomodaste ayer, Miguel, porque envié destacamentos a todas partes, pero has de saber que lo hice para dar ocupación a los soldados. Además, ¿qué es lo que necesitamos? Hombres y sables no han de faltarnos, porque muchos han venido y otros imitarán su ejemplo; lo que podría escasear son los víveres indispensables para mantener un ejército. Ordené, pues, a los destacamentos que buscasen lo necesario: bueyes, ovejas, heno, y resulta que en esta provincia y en el distrito de Vidzko, en Varsovia, donde no se ha presentado todavía el enemigo, hay lo suficiente para nuestro abastecimiento.

—Pero esos nobles pondrán el grito en el cielo si les tomamos sus cosechas y sus ganados —contestó Juan.

—Primero es el ejército que los nobles, ¡Qué griten cuanto quieran! ¡Todo lo que les tomemos será bajo recibo! Precisamente anoche mandé extender tantos que podríamos pedir víveres y forraje a toda la República. No tengo dinero, pero cuando termine la guerra y se marchen los suecos, la República pagará. Primero recogeré tal cantidad de víveres que podamos sostener un asedio interminable; luego mandaré construir un campamento atrincherado, y que venga Radzivil con los suecos y con dos mil legiones de diablos. Que me llamen embustero si no hago aquí un nuevo Zbaraj.

—¡Voto a bríos! ¡Es una idea magnífica! —exclamó Yolodiovski—; pero, ¿dónde encontraremos los cañones?

—Kodovski tiene dos y Jacub Kmita dispone de un mortero para salvas; en Białystok hay cuatro cañones de a ocho que deben enviar al castillo de Tykotsin; según me ha dicho Stenpalski, administrador de los bienes del príncipe, esos cañones fueron comprados el año pasado. Añadió que había más de cien cargas de pólvora para cada pieza. Haremos lo que se pueda, señores míos.

Entretanto llegaban noticias contradictorias. Ante todo se dijo que los Radzivil marchaban a través de la Prusia electoral; después, que habiendo derrotado a las tropas de Holvanski, se habían apoderado de Grodno; otros sostenían que no era el príncipe Juan, sino el mismo Sapihea, ayudado por Miguel Radzivil, quien había destrozado a Holvanski. Algunos destacamentos enviados a reconocer el terreno traían nuevas increíbles asegurando que un cuerpo de ejército de Zolotarenko, que ascendía a diez mil

hombres, se hallaba en Volkovsky y amenazaba a la ciudad. Las aldeas de las cercanías habían sido pasto de las llamas.

Al día siguiente llegaron algunos fugitivos que confirmaron la noticia, asegurando que los habitantes de la ciudad habían enviado mensajeros a Holvanski y a Zolotarenko rogándoles que respetasen la ciudad, y obtuvieron la respuesta de que la banda obraba por cuenta propia y no tenía nada que ver con su ejército. Zolotarenko aconsejó a los habitantes que pagasen su rescate; pero éstos no podían ofrecer nada por haber perdido todos sus bienes en el reciente incendio y con ocasión de repetidos saqueos.

Suplicaron al comandante en nombre de Dios que corriese a libertar a sus conciudadanos, mientras negociaban el rescate de la ciudad, porque luego ya no sería tiempo. Zagloba eligió mil quinientos hombres, entre ellos los de Lauda, y llamando a Volodiovski le dijo:

—Ahora, Miguel, podrás demostrar lo que vale. Ve a Volkovsky y destruye a los miserables que amenazaban a una ciudad indefensa. Esta expedición no es cosa nueva para ti. Creo que la aceptarás como una merced señalada. Yo tengo que permanecer en el campo, en primer lugar por la responsabilidad que pesa sobre mí, y luego porque no conviene a mi dignidad combatir personalmente contra una partida de malhechores. Deja que venga Radzivil y entonces, en batalla campal, veremos quién vale más... si el capitán general o yo.

Volodiovski partió de buen grado, porque estaba cansado de la vida del campamento y deseaba pelear. Los escuadrones elegidos le siguieron con gusto, después que el comandante les hubo bendecido con la señal de la cruz. Se acordaba de otros comandantes que habían hecho lo propio cuando las tropas partían para el combate, y gustaba de hacerlo todo con la mayor solemnidad posible, ya que, a su juicio, así realizaba su prestigio a los ojos de los soldados.

Apenas hubieron desaparecido los escuadrones, Zagloba se mostró inquieto respecto a los que habían partido.

—Juan —dijo—, me parece indispensable que enviemos otro destacamento en ayuda de Volodiovski.

—Pierde cuidado —respondió Juan—; para nuestro Miguel semejantes expediciones no son más que un paseo militar. ¡Santo Dios! ¡Si no ha hecho otra cosa en su vida!

—Exacto; pero, ¿y si le atacase el enemigo con fuerzas superiores? *Nec Hercules contra plures*.

—Descansa tranquilo, padre —repuso Juan—. Miguel sabe lo que hace.

Zagloba se tranquilizó.

Pasaron tres días. Continuamente se recibían víveres y venían en tropel los voluntarios; pero Miguel no daba señales de vida.

El temor de Zagloba aumentó, y a despecho de las observaciones de Juan respecto a la vuelta de Volodiovski, que no podía haber terminado su labor, el comandante envió un centenar de caballos de Jacob Kmita para que procurase, averiguar lo ocurrido. El destacamento partió, y luego transcurrieron dos días sin que llegase al campamento noticia alguna.

En la noche del último día, noche oscura a causa de la densa niebla, los servidores enviados en busca de víveres a Bobrowniki, volvieron al galope anunciando que se acercaba un fuerte cuerpo de ejército.

—¡Es Miguel! —exclamó Zagloba loco de alegría.

Los servidores contradijeron la opinión del comandante. Las tropas que venían desplegaban bandera extranjera y eran más numerosas que la partida de Volodiovski.

—Tomaré veinte hombre y saldré a ver lo que ocurre —dijo el coronel Lipniski, y se marchó.



Pasó una hora y luego otra; por último comprobóse que se trataba, no de un destacamento, sino de un verdadero cuerpo de ejército.

Y sin saber por qué, resonó un grito general en el campamento:

—¡Viene Kadzivil!

Esta voz puso en movimiento y agitó al campamento entero; las tropas se lanzaron a los baluartes. En algunos rostros se pintaba el terror; los soldados no guardaban el orden debido y sólo la infantería de Oskierko corrió a ocupar su sitio. Entre los voluntarios reinaba la mayor confusión y un gran pánico.

Los coroneles trataron de restablecer el orden; y como quiera que todos, excepto los voluntarios, eran veteranos, formaron en las filas esperando los acontecimientos.

En aquel momento se oyeron a distancia tiros de mosquete.

—¡Han roto el fuego! —dijo Zagloba a Juan, tirándole del faldón de su *kontush*.

Después de los disparos se oyeron voces alegres. Ya no había lugar a dudas; pocos instantes después llegó un grupo de jinetes con los caballos fatigados y cubiertos de sudor y resonó un grito:

—¡Viene Sapihea!

Apenas los soldados oyeron aquellos gritos, se lanzaron fuera de las trincheras como un torrente y avanzaron al galope, vociferando con tal fuerza que podría creerse se trataba de una ciudad en que los vencedores hicieran pasar a los vencidos a filo de espada.

Zagloba, ostentando las insignias de su jerarquía, se puso a la cabeza de los coroneles y salió al encuentro del vaivoda.

Poco después avanzó Sapihea, rodeado de sus oficiales, entre los que se contaba Volodiovski.

Era un hombre fornido, de regular estatura, de rostro no hermoso pero que revelaba la agudeza de la mente y la bondad del corazón.

Aunque célebre por sus hechos de armas, parecía más bien un burgués que un soldado; pero bastaba verle una vez para adivinar que poseía esa joya que es rara en todos los tiempos: la honradez. Todos reconocían en él a un hombre justo, valeroso y prudente.

—Os esperábamos como a un padre —exclamaron los soldados agitando sus sombreros en señal de júbilo.

Zagloba, seguido de los coroneles, se acercó al vaivoda, quien refrenó su caballo y se quitó el birrete para corresponder al saludo.

—¡Grande y poderoso señor! —dijo Zagloba—. Aunque yo tuviera la elocuencia de los antiguos romanos, la del propio Cicerón, o, yendo un poco más lejos, la del famoso ateniense Demóstenes, no podría expresar el gozo que embarga nuestros corazones a la vista de la valerosa persona de Vuestra Gracia. La República entera se regocija con nosotros y saluda al más prudente, al más esforzado y al mejor de sus hijos. Nos habíamos reunido en estos baluartes preparándonos para la batalla, no ya para lanzar al aire vítores, sino para que hablaran nuestros cañones; no para llorar de consuelo, sino para derramar nuestra sangre por el rey y por la patria. Pero no bien la fama anunció que había llegado el defensor, el padre de la patria, en vez del hereje; el vaivoda de Vitieks, y no el capitán general de Lituania; Sapihea, y no Radzivil...

Pero Sapihea, que, evidentemente, no estaba para discursos, hizo un rápido ademán y dijo con caballeresca indiferencia:

—También viene Radzivil... Dentro de dos días estará aquí.

Zagloba se quedó confuso, en primer lugar porque le habían cortado el hilo de su oración y luego porque la noticia de la llegada de Radzivil habíale causado una impresión muy honda. Se detuvo un momento frente al vaivoda, sin saber qué decir; pero pronto recobró su presencia de ánimo, y quitándose de la cintura el bastón de mando, dijo con tono solemne, acordándose de lo que había ocurrido en Zbaraj:

—El ejército me eligió por su caudillo, pero deposito esta carga en manos más dignas, para enseñar a los jóvenes con el ejemplo que debemos estar siempre dispuestos a ceder los más altos honores por el bien público.

Los soldados aclamaron a Zagloba. Sapihea se sonrió y dijo:

—Querido señor, lo recibiría de buen grado, pero Radzivil podría creer que me lo habéis cedido porque él os inspira miedo.

—¡Oh, ya me conoce! —observó Zagloba—. No lo atribuirá al temor. Yo fui el primero que en Kydani se atrevió a contradecirle y los demás imitaron mi ejemplo.

—Si ello es así —dijo Sapihea—, conducidme al campamento. Por el camino, Volodiovski me ha ponderado vuestras dotes de excelente administrador, y me ha dicho que nos daríais algo de comer. Estamos rendidos y hambrientos.

Al decir esto, aguijó su caballo y en pos de él se movieron los demás.

Zagloba, recordando que le habían dicho que el vaivoda era gran amigo de las fiestas y del buen vino, decidió celebrar como era debido su llegada. En efecto, fue una fiesta como jamás, se había celebrado en el campamento. Todos comieron y bebieron hasta la saciedad. Al terminar el banquete, Volodiovski refirió que, hallándose en Volkovsky, fuerzas superiores a las suyas les habían envuelto y el traidor Zolotarenko les tenía en apuro cuando la imprevista llegada de Sapihea cambió de pronto la desesperada defensa en espléndida victoria.

En seguida la conversación recayó en Radzivil. El vaivoda de Vitiéks tenía noticias recientes y sabía por buen conducto todo lo que había sucedido en Kyedani. Añadió que el capitán general había enviado a cierto Kmita con una carta para el rey de Suecia y con orden de atacar a Podliasye por dos lados a la vez.

—Me llenáis de asombro —observó Zagloba—, porque a no ser por Kmita no habríamos reconcentrado nuestras fuerzas, y si hubiera venido Radzivil nos habría derrotado al uno después del otro.

—Volodiovski me ha explicado todo esto —repuso Sapihea—, y deduzco que Kmita os profesa particular afecto. Lástima que no lo sienta por su país. Los hombres que no tienen en cuenta más que su interés, no sirven bien causa alguna y están dispuestos a traicionar a quienquiera que sea, como sucede en este caso en que Kmita hace traición a Radzivil.

—Pero entre nosotros —replicó Jyromski— no hay traidores y estamos resueltos a combatir al lado del grande y poderoso vaivoda Sapihea hasta la muerte.

—Creo hallarme entre leales soldados —respondió Sapihea—, y confieso que no esperaba encontrarlo todo en tan buen orden y en tal abundancia, por lo que felicito a Su Gracia Zagloba.

Este se sonrojó de placer, porque le parecía que hasta entonces el vaivoda de Vitiéks, por más que le había tratado cortésmente, no había demostrado la gratitud y el respeto debido a un hábil comandante. Y aprovechó la ocasión para referir minuciosamente las prudentes disposiciones que había tomado, y no sin cierta vanidad hizo mención de una carta que había dirigido al rey desterrado, a Holvanski y al Elector.

—Después de esto —dijo con orgullo—, el Elector debe declararse abiertamente por nosotros o contra nosotros.

Sapihea, que era hombre malicioso y que en aquel momento estaba a medios pelos, contestó riendo:

—Hermano, ¿habéis escrito también al emperador de Alemania?

—¡No! —respondió Zagloba confuso.

—¡Qué lástima! —repuso el vaivoda—. En tal caso, un igual se hubiera dirigido a un igual.

Los coroneles soltaron la carcajada; pero Zagloba demostró al punto que si el vaivoda había querido burlarse de él había equivocado el camino.

—Grande y poderoso señor —dijo— pude escribir al Elector, porque, como noble, soy elector y en su tiempo ejercí mis derechos, al votar por la elección de Juan Casimiro.

—Graciosa y genial respuesta —replicó Sapihea sonriendo.

—Pero con un magnate como el emperador —prosiguió Zagloba— no me hubiera atrevido, por miedo a que se me aplicara un proverbio que oí en Lituania.

—¿Qué proverbio es ése?

—Que semejante locura sólo es propia de la gente de Viteiks —respondió al punto Zagloba.

Los coroneles se asustaron; pero el vaivoda prorrumpió en una carcajada.

La fiesta continuó hasta hora avanzada de la noche, y fue interrumpida por la llegada de los nobles de Pikotsin, que comunicaron la noticia de la llegada al país de los escoceses del príncipe vaivoda.

## XXXII

Radzivil hubiera caído más pronto sobre Podliasye si poderosas razones no le hubieran impedido salir de Kyedani. En primer lugar, aguardaba los refuerzos del rey de Suecia, que de propósito retrasaba Pontus de la Gardie. Aunque pariente del rey, el general sueco no podía compararse con el magnate de Lituania; y en cuanto a riqueza, aun cuando de momento no hubiese dinero en la tesorería de Radzivil, cualquier jefe sueco habría podido considerarse rico con la mitad de los bienes del capitán general, quien esperaba impaciente la llegada de un escuadrón sueco; y al solicitar a Pontus dijo más de una vez a sus cortesanos:

—Hace dos años habría considerado como especial merced una de mis cartas y se la habría legado a sus descendientes, pero hoy se da aire de superioridad.

A lo que cierto noble de palabra pronta y sincera, conocido en todo el país, se apresuró a responder:

—Por eso dice bien el conocido proverbio: «cada cual duerme según la cama que se ha preparado.»

Radzivil se enfureció y dio orden de prender al noble; mas al día siguiente le devolvió la libertad y le regaló una sortija de oro, porque aquel cortesano se decía que tenía dinero y el príncipe quería pedírselo prestado.

El noble aceptó la sortija, pero no dio el dinero.

Por último, llegaron los refuerzos suecos, consistentes en ochocientos hombres de caballería pesada. Pontus había enviado al castillo de Tykotsin trescientos infantes y trescientos caballos ligeros, pues quería tener allí una guarnición suya en previsión de los acontecimientos.

Creyóse que el príncipe, apenas hubiese recibido los refuerzos, se apoderaría del campamento; pero se contuvo por razón de las noticias relativas a Podliasye y el desacuerdo que reinaba entre los confederados, y especialmente entre Kotovski, Lipniski y Jacub Kmita.

—Dejemos que anden a la greña —decía el príncipe—, a ver si se destruyen mutuamente. Se harán pedazos y entonces caeremos sobre Holvanski.

Mas, de pronto, circularon noticias completamente distintas: los coroneles no andaban a la greña, sino que estaban reunidos amistosamente en Białystok. En vano trató el príncipe de explicarse la causa de aquel cambio. Por fin llegó a su conocimiento la elección de Zagloba. También se informó de las fortificaciones construidas, de los aprovisionamientos, de los cañones y del creciente poder de los confederados, cuyo número aumentaba con la afluencia de voluntarios. El príncipe Juan se irritó de tal modo que Ganhof, soldado miedoso, no se atrevió a presentarse a él en varios días.

De Polonia, empero, llegaban las mejores noticias. El éxito de los suecos había sobrepujado las más lisonjeras esperanzas. Las provincias se rendían una tras otra; en la Gran Polonia los suecos gobernaban como en Suecia; en Varsovia mandaba Radzeyovski; la Pequeña Polonia no oponía la menor resistencia; Cracovia podía sucumbir de un momento a otro; el rey, abandonado por su ejército y por los nobles y desconfiando del pueblo, se había retirado a Silesia, y el mismo Carlos Gustavo se asombraba de la maravillosa facilidad con que había destrozado aquel poder hasta entonces siempre victorioso en sus guerras contra los suecos.

No obstante, Radzivil presentía que la fácil conquista sería un peligro para él, porque los suecos, envanecidos con sus triunfos, prescindirían de él, sobre todo por no haberse demostrado que le correspondiese el poder con que él se enorgullecía.

¿Le daría el rey de Suecia la Lituania y la llamada Rusia Blanca? ¿No preferiría satisfacer a su vecino, siempre hambriento, con una pequeña porción de la República, y guardar para sí el dominio de Polonia casi entera?

Tales eran las preguntas que atormentaban el alma de Radzivil. Pasaban los días y las noches en una agitación incesante.

En tales condiciones se preparaba a la guerra contra Podlasye, cuando en el día anterior a la marcha le anunciaron que el príncipe Bogislao había salido de Taurogi.

Esta noticia infundió a Radzivil grandes alientos, porque Bogislao le traía con su juventud una fe ciega en el porvenir. En él solo se vinculaba la descendencia de los Birji; sólo por él trabajaba el príncipe Juan.

Apenas supo que Bogislao venía, pensó dirigirse a su encuentro; pero no se lo permitía la etiqueta, por ser su primo mucho más joven que él, y por eso envió una dorada carroza con un escuadrón de escolta y desde los bastiones levantados por Kmita se dispararon morteretes, como si se hubiese tratado de festejar la llegada de un rey.

Cuando los dos primos, después del acostumbrado ceremonial, halláronse solos, Juan abrazó tiernamente a Bogislao y exclamó con acento conmovido:

—¡Vuelven los hermosos días de mi juventud! ¡Recobraré en poco tiempo mi salud, que está tan quebrantada!

Pero Bogislao le contempló atentamente y preguntó:

—¿Qué es lo que preocupa a Vuestra Alteza?

—Entre nosotros prescindamos de todo tratamiento. Padezco un mal que puede ocasionarme de un momento a otro la muerte. Pero no hablemos más de ello. ¿Cómo están mi esposa y Mayeska?

—Han salido de Taurogi y se dirigen a Tyłtsa, siguen bien; María es un precioso capullo que, al abrirse, convertirse en espléndida rosa. Por mi fe que no existe en el mundo pies más bellos que los suyos, y sus largas trenzas tocan al suelo.

—Dios te ha inspirado tu venida. Al verte me siento mejor y más animoso —añadió Juan—. Pero, ¿qué noticias me traes de los negocios públicos? ¿Qué hace el Elector?

—¿No sabes que ha pactado una alianza con las ciudades prusianas?

—Lo sé.

Pero éstas no fían mucho de él. Danzig se ha negado a recibir su guarnición. Los alemanes tienen buen olfato.

—También lo sé. Pero, ¿cómo no le has escrito? ¿Cuáles son sus propósitos por lo que a nosotros se refiere?

—¡A nosotros! —repitió maquinalmente Bogislao.

Miró distraído en su derredor y en seguida se puso en pie. El príncipe Juan creyó que buscaba algo, pero el otro se dirigió hacia un espejo que había en un ángulo de la habitación y colocándose a la distancia conveniente se tentó la cara con un dedo de la mano derecha y por último dijo:

—Mi tez se ha marchitado un poco durante el viaje, pero mañana estará otra vez fresca. ¿Me preguntas qué proyecto ha concebido el Elector respecto a nosotros? Me escribe diciendo que no nos olvidará... Eso es todo.

—¿Qué quieres decir?

—Tengo su carta y te la enseñaré. Me escribe que, suceda lo que suceda, no nos olvidará, y lo creo, porque así lo exige su interés. El Elector se preocupa por la República tanto como yo por una peluca vieja, y se alegraría de poder dársela a los suecos, si él pudiera apoderarse de Prusia; pero el poder de los suecos empieza a inquietarle y busca alianza en previsión de los acontecimientos; se unirá contigo si logras ocupar el trono de Lituania.

—Envié una carta al rey de Suecia y otros dignatarios. Tú habrás recibido un mensaje de manos de Kmita.

—Precisamente iba a hablarte de eso. ¿En qué concepto le tienes?

—Es una mala cabeza, un carácter irascible, peligroso en sumo grado, que no soporta el freno; pero también le tengo por uno de esos hombres raros que sirven a su príncipe con la mayor buena fe.

—¡Oh! ¡De seguro! —respondió Bogislao—; y vino a mostrarme que era casi un angelito del cielo.

—¿Qué? —preguntó Juan, con inquietud.

—Se dice, hermano, que la bilis te sofoca a veces. Prométeme que me oirás con calma, y te explicaré algunas hazañas de Kmita, por las que aprenderás a conocerle.

—Bueno, estaré tranquilo; empieza.

—Un milagro de Dios me ha librado de las manos de ese aborto del infierno —repuso Bogislao.

Y le refirió punto por punto cuanto había ocurrido en Pilvinski.

Fue por un verdadero prodigio que no sufriera Juan el consabido ataque de asma; en cambio, era de temer que sobreviniese una apoplejía. Temblaba, rechinaba los dientes, se cubría los ojos con las manos, y por último dijo con voz cavernosa:

—¿Eso ha hecho? ¡Está bien! ¡Ha olvidado que su prometida está en mi poder!

—Por Jesucristo, modérate y escucha. Le traté como correspondía a un caballero, y si no tomé nota de esta aventura en mi diario y no me alabo de ella, es porque me avergüenzo de haberme dejado engañar por ese saltimbanqui, de haberme portado como un niño... Yo, de quien decía Mazarino que en punto a destreza y a intrigas no tenía igual en la corte de Francia. Pero, ¡basta de eso! En los primeros momentos creí haber matado a Kmita, pero hoy tengo la seguridad de que vive.

—¡No importa! ¡Ya le encontraremos! ¡Le haré enterrar vivo! ¡Lo buscaremos hasta en el confín del mundo! Entretanto pienso asestarle un golpe que le será más doloroso que si le desollaran vivo.

—Te guardarás muy mucho de asestarle golpe alguno, porque sólo lograrías perjudicarte. Escucha. Al venir, encontré por el camino a un hombre que llevaba del diestro a su caballo, a corta distancia de mi carroza. Me fijé en él por la belleza de su caballo y di orden de llamarle, «¿Adónde vas?», le pregunté. «Voy a Kyedani.» «¿A qué?» «Debo entregar una carta al príncipe vaivoda.» Le ordené que me la diese, y como entre nosotros no hay secretos de ninguna especie, la leí. Aquí la tienes.

Entregó a Juan la carta que Kmita escribió en el bosque antes de salir de la casa de Kyemlich.

El príncipe leyó la carta y rasgándola con furia exclamó:

—¡Es cierto! ¡En nombre de Dios, es verdad! Guarda mis cartas en las que hay cosas que moverían a sospecha al rey de Suecia, o mejor dicho, podrían ofenderme mortalmente.

No pudo decir más porque se ahogaba.

Bogislao comprendió que se trataba de uno de sus habituales ataques de asma y llamó a los criados diciéndoles:

—Cuidad al príncipe, vuestro señor, y cuando se halle restablecido rogadle que venga a mi cámara; entretanto me voy a descansar.

Y diciendo esto salió.

Dos horas después Radzivil, con los ojos inyectados en sangre y el rostro lívido, llamaba a la puerta de la cámara de su primo. Este le recibió en la cama con la cara cubierta de leche de almendras para mantener fresca y mórbida la piel. Sin su peluca y sin afeitarse representaba diez años más. Juan no reparó en ese detalle.

—He meditado sobre mi situación —dijo—. Kmita no publicará las cartas, porque si lo hiciera pronunciaría la sentencia de muerte de su amada. No dejo de comprender que me tiene en su mano mientras posea esas cartas. Lo que más me mortifica es que no puedo vengarme.

—Es indispensable apoderarse de estas cartas a toda costa —dijo Bogislao.

—¿Por qué medio?

—Habrá que enviar tras él a un hombre bastante astuto, que sepa ganar su amistad, y, llegada la ocasión, darle una certera puñalada y recuperar las cartas.

—¿Quién se encargará de tal empresa?

—Si estuviéramos en París o en Alemania encontraríamos fácilmente a nuestro hombre; pero en este país no abundan tales sujetos.

—Sin embargo, hay que enviar a alguno de los nuestros, porque Kmita desconfiaría de un extranjero.

—Creo que en Prusia encontraremos lo que nos hace falta.

—¡Oh! ¡Si alcanzasen a traérmelo vivo! La insolencia de Kmita ha colmado la medida. Le envié porque me disgustaban sus palabras, y aunque cien veces sentí tentaciones de fusilarle, no me atreví a hacerlo.

—Dime, ¿es pariente nuestro?

—Sí, porque está emparentado con los Kishkis.

—Hoy es un peligroso enemigo —observó Bogislao.

—Un demonio encarnado —repuso Juan—; es capaz de cualquier osadía. No conoce el miedo. En tiempo de guerra ha realizado actos asombrosamente heroicos.

Los dos primos se callaron por un instante. Al fin, Bogislao rompió el silencio.

—¿Qué clase de mujer es su prometida?

—Se llama Billevich.

—Billevich o Myeleshko, tanto monta. No te pregunto su nombre, sino si es bonita o fea.

—No me fijo en esas cosas; pero me parece que es bellísima. La reina de Polonia vale menos que ella.

—¿La reina de Polonia? ¿María Luisa? En tiempos de Cinq-Mars era bella, pero ahora los perros ladran al verla. Si Panna Billevich se le parece, me guardaré muy mucho de hacerle la corte, pero si es realmente bella, la llevaré a Taurogi y allí pensaremos en vengarnos de Kmita.

Juan meditó un instante.

—No te la daré —dijo al fin—, porque emplearías con ella la violencia y entonces Kmita publicaría las cartas.

—¿Emplear yo la violencia con una mujer? Sin jactancia puedo afirmar que he tenido algunas aventuras con mujeres de abolengo inferior al suyo, y que jamás he violentado a nadie. Sólo una vez en Flandes... una locuela... hija de un joyero... Después pasaron por allí los españoles y se les atribuyó la hazaña.

—No conoces a esa joven; pertenece a una noble y honrada familia. Es de costumbres austeras, al igual que una monja.

—¡Oh! ¡Ya sabemos todos lo que son las monjas!

—Por otra parte, nos odia. Ha tratado de ganar a su causa a Kmita. Entre nuestras mujeres no hay muchas como ella. Tiene tanta perspicacia como un hombre, y es ardiente partidaria de Juan Casimiro.

—El probar nada cuesta —dijo Bogislao riendo—. Tú tienes que ir a Podliasye; ¿qué harás de ella? No puedes llevarla contigo ni dejarla aquí, porque no tardarán los suecos en llegar, y en Taurogi la hermosa doncella permanecerá en poder nuestro como un rehén. ¿No valdría más que yo la lleve y que envíe a Kmita, no ya un asesino, sino un mensajero con una carta en la que diga: «Dadme las cartas y os devolveré vuestra prometida»?

—Tienes razón —respondió el príncipe Juan—. Este es un magnífico recurso Pero dame tu palabra de honor de que no emplearás con ella la violencia...

—Sí... y repito que sería una vergüenza y una humillación para mí...

—Entonces debes llevarte también al tío, portaespada de Rossyeni, que está aquí con ella.

—El tío no lo quiero para nada...

—La joven no querrá partir sola.

—Lo veremos. Invítales a cenar esta noche, a fin de que yo pueda ver si la muchacha merece la pena de que me ocupe en ella; si es digna de mi atención, pensaré en los medios más adecuados para lograr mi intento. Pero guárdate de mencionar lo que ha hecho Kmita, porque eso acrecentaría su amor y la devoción que le profesa. Durante la cena déjame hablar y procura no contradecirme. Verás mis recursos y lo que valgo y te acordarás de los más hermosos días de tu juventud.

### XXXIII

A la cena asistieron, además del portaespada de Rossyeni y Olenka, los más distinguidos oficiales de Kyedani y algunos de los nobles que acompañaban a Bogislao. Este se presentó ricamente ataviado, de modo que atrajo la atención de todos los invitados. Su aspecto aparecía tan bello como noble e imponente.

Todos, sin exceptuar a su primo el vaivoda Juan, le miraban con asombro y complacencia. De nuevo recordó al viejo príncipe los alegres años de la juventud, cuando por su elegancia y belleza sobrepujaba a todos los cortesanos de París.

—Resplandeces como el sol —dijo a su primo, acercándose a él—. ¿Te has ataviado de este modo para cortejar a Panna Billevich?

—El sol penetra fácilmente en todas partes y deslumbra todos los ojos —contestó vanidosamente Bogislao.

Luego se puso a charlar con Ganhof, a cuyo lado se detuvo, con el propósito evidente de hacer resaltar su belleza, porque Ganhof era de una fealdad horrible y repulsiva.

Entraron las damas... la señora de Korf y Olenka. Bogislao echó una rápida ojeada a la doncella y se inclinó prontamente ante la señora Korf. Y se hallaba dispuesto a llevar sus dedos a la boca para enviar un beso a la señorita Billevich, cuando de pronto advirtió la dignidad de su altiva belleza.

Cambió al punto de táctica, y avanzando hacia el sitio donde estaba la joven, se inclinó profundamente, barriendo el suelo con las plumas de avestruz que adornaban su sombrero, según la moda de la época.

No hubiera podido tributarse homenaje más respetuoso a la propia reina de Francia. Panna Billevich, que estaba enterada de la llegada del príncipe, adivinó quién era la persona que tenía delante, y a su vez se inclinó con la mayor reverencia.

—No puedo dar crédito a mis ojos —dijo Bogislao, llevándola a la mesa—. Decidme, bella diosa, ¿por qué milagro habéis abandonado el Olimpo y venido a Kyedani?

—Por más que noble es mi abolengo, no me considero diosa —respondió Olenka—. Las palabras de Vuestra Alteza no puedo tomarlas sino como un exceso de galantería.

—Aunque yo quisiera superar a mis amigos en gentileza vuestro espejo hablará siempre con más elocuencia que yo.

—No haría más que expresarse con mayor veracidad —objetó la joven.

Hablando de este modo se dirigieron a la mesa. El príncipe se sentó al lado de Olenka y no ocultó la impresión que le había producido aquella belleza sorprendente. Esperaba encontrar una mujer de redondeadas formas, rubicunda como una amapola, y en vez de esto veía una figura soberanamente bella y altiva, cuyas negras cejas revelaban la mayor tenacidad, y cuyos ojos denotaban dignidad y buen juicio; y al mismo tiempo tenía un porte tan noble y majestuoso que en cualquier castillo real se hubieran tributado a su persona el homenaje y respeto de los principales caballeros del reino.

Su belleza excitaba la admiración y el deseo; al mismo tiempo había en ella una majestad que parecía reprimir la expresión de tales sentimientos; de suerte que el mismo Bogislao pensó: «Me apresuré demasiado al estrecharle el brazo; con ésta se necesita mucha habilidad y poca premura».

No obstante, resolvió conquistar el corazón de la doncella, y sentía un goce salvaje al pensar que llegaría el momento en que la majestad de la joven y su pura belleza cederían a su amor y a su odio. El rostro amenazador de Kmita se interponía entre esas imágenes; mas para el insolente, esto era un nuevo incentivo.

Generalizóse la conversación, o mejor dicho, se concentró en un coro de elogios a Bogislao, muestras de adulación que el apuesto caballero oía con una sonrisa, pero sin petulancia alguna, a fuer de hombre acostumbrado a tales cosas. Primeramente se habló de sus acciones de guerra y desafíos. Los oyentes quedaron atónitos; el príncipe Juan se atusaba el bigote con evidente placer, al notar la impresión que producía en todos los comensales la bravura de su primo.

—Los desafíos interesan a los hombres y especialmente a los soldados —dijo la señora de Korf—; preferimos que se hable de los lances amorosos de Vuestra Alteza, cuya fama ha llegado a nuestros oídos.

—La fama miente, señora —replicó Bogislao—. No negaré que se me han hecho proposiciones para un ventajoso casamiento. Su Majestad la reina de Francia fue tan amable...

—Que te ofreció la princesa de Rohán —añadió el vaivoda.

—Y otras —dijo Bogislao—; pero el mismo rey no puede mandar a un corazón que ame, y a Dios gracias no tenemos necesidad de buscar mujeres ricas en Francia, Existen



allí señoras hermosas y amables, pero en nuestro país las hay más bellas, y para encontrarlas no sería preciso salir de aquí.

Al decir esto miró a Olenka, quien, fingiendo no haber oído, se puso a hablar con su tío.

—Bien dice Vuestra Alteza —replicó la señora de Korf—. No faltan aquí beldades y tenemos doncellas que por su riqueza y linaje podrían equipararse a Vuestra Alteza.

—Permitidme una observación, señora —dijo Bogislao con viveza—. En primer lugar, no creo que una dama polaca sea inferior a una Rohán o a una De la Forcé, y luego que para los Radzivil no es cosa nueva el casarse con damas de inferior alcurnia, según lo confirma la historia. Os aseguro que la señora que llega a ser princesa de Radzivil gana en preeminencia sobre las princesas de la corte de Francia.

—¡Qué amable es este caballero! —murmuró el portaespada al oído de Olenka.

—Siempre lo he creído así —prosiguió Bogislao—, por más que muchas veces me avergüenzo de los nobles polacos, al compararles con los de otras naciones, donde no ocurre lo que en esta República, ni se abandona al rey, ni se preparan asechanzas contra su vida. Un noble francés se atreve a todo, pero jamás será regicida.

Por más que el príncipe comprendía el juego de Bogislao, parecióle harto arriesgado para tan pequeño objeto; por lo que, sin disimular su contrariedad, dijo:

—En nombre de Dios, ¿qué estás fantaseando respecto a esos proyectos contra Juan Casimiro? ¿Cómo encontrar en el pueblo polaco un monstruo que sueñe en atentar contra los días del que fue nuestro rey? En verdad, no se ha registrado en la República un hecho parecido desde que el mundo es mundo.

Bogislao inclinó la cabeza.

—Solamente hace un mes —dijo con acento de tristeza— que en el camino de Podliasye a la Prusia electoral, mientras me dirigía a Taurogi, se acercó a mí un noble de familia respetable. Ese noble, que no conocía mi sincero amor hacia nuestro soberano, creyendo que yo era un enemigo como muchos, me prometió, mediante crecida recompensa, pasar a Silesia, apoderarse de Juan Casimiro y entregarlo a los suecos, vivo o muerto.

Todos permanecieron mudos y estupefactos.

—Y cuando yo, lleno de cólera y disgusto, hube rechazado la oferta —prosiguió Bogislao—, aquel hombre, con increíble audacia, me dijo: «Se lo propondré a Redzeyovski, que me pagará mi trabajo en oro contante y sonante.»

—No soy amigo del ex rey —replicó el príncipe Juan—; pero si aquel noble me hubiese hecho semejante proposición, lo habría mandado fusilar inmediatamente.

—En los primeros momentos quise hacerlo —replicó Bogislao—; pero no me atreví porque la proposición fue, como es natural, secreta, y las gentes hubieran clamado contra la crueldad de Radzivil. En cambio, le atemoriqué diciéndole que Radzeyovski y el mismo rey de Suecia le pagarían condenándole a muerte en el mismo Hmelnitski; en una palabra, tantas cosas le dije y de tal modo le amenacé, que aquel pícaro acabó por desistir de su empresa.

—No es justo —gritó Korf—; no merecía que le dejaran vivo; se le debió empalar.

Bogislao se volvió hacia su primo.

—Espero que no se le dejará sin castigo; pero sólo Vuestra Alteza puede corregirle, porque se trata de uno de vuestros coroneles.

—¡Uno de mis coroneles! ¿Quién es? ¿Cómo se llama? ¡Habla!

—Se llama Kmita.

—¡Kmita! —repitieron todos con estupor.

—¡Es falso! —gritó Panna Billevich, poniéndose en pie, con los ojos brillantes de ira y la respiración anhelante.

Siguió a estas palabras un terrible silencio. Algunos no habían vuelto del asombro que les causara la noticia; otros se hallaban asustados del atrevimiento de aquella joven que había osado arrojar al rostro de Bogislao un mentís. El portaespada balbució: «¡Olenka!», pero Bogislao se mostraba consternado y dijo sin ira:

—Si es vuestro pariente o vuestro prometido, lamento haber citado el hecho, pero, como quiera que sea, desterradle de vuestro corazón, porque no es digno de vuestro amor.

La joven permaneció un instante dudosa; un vivo rubor encendió su rostro, y luego palideció y se puso tan blanca que su semblante parecía esculpido en mármol.

Volvió a caer en su asiento y profirió:

—Perdonad, Alteza, si me atreví a desmentiros. Ese hombre es capaz de todo.

—Que Dios me castigue si siento por vos otra cosa que piedad —respondió con dulzura Bogislao.

Iba a terminar la cena. El príncipe Juan se levantó, dando el brazo a la señora Korf, y el príncipe Bogislao le imitó, ofreciendo su brazo a Olenka.

—Dios ha castigado al traidor —dijo a la doncella—, porque quien os pierde, pierde el paraíso. Hace menos de dos horas que os he visto por primera vez, encantadora doncella, y me alegraría de veros siempre, no apenada y vertiendo lágrimas, sino alegre y feliz.

—Os doy las gracias, Alteza —respondió Olenka.

Después que hubieron salido las señoras, los hombres volvieron a la mesa a buscar la alegría en el fondo de las copas, que se vaciaban con frecuencia. Bogislao bebió mucho, porque estaba satisfecho de sí mismo. El vaivoda dijo de pronto al portaespada de Rossyeni:

—Parto mañana con mis tropas para Podliasye y vendrá a Kyedani una guarnición sueca. Sabe Dios cuándo volveré. No podéis permanecer aquí con vuestra sobrina; no será para ella lugar conveniente. Por lo tanto, iréis con el príncipe Bogislao a Taurogi, donde permanecerá al lado de mi esposa.

—Alteza —respondió el portaespada—, Dios nos ha dado un pedazo de tierra. ¿Por qué hemos de ir a tierra extranjera? Es muy de agradecer el que hayáis pensado en nosotros; pero, no queriendo abusar de vuestra bondad, preferimos volver a nuestro hogar.

El príncipe no podía explicar al portaespada las razones por las cuales no podía en modo alguno permitir que escapase de su poder Olenka; pero le dijo sin ambages y con la altivez que le era peculiar:

—Si queréis aceptar esto como un favor, lo celebraré; si no, declaro que debéis permanecer en mi poder como rehén. Los Billevich no son amigos míos y me consta que están dispuestos a sublevar Imud contra mí en cuanto yo me ausente. Me responderéis de ellos con vuestra cabeza.

Indudablemente Bogislao sorprendió las llamaradas de ira de su primo, porque se acercó a los dos nobles.

—¿De qué se trata? —preguntó, entrometiéndose en la conversación.

—Decía al príncipe —repuso el portaespada con irritado acento— que prefiero la cárcel de Taurogi a la de Kyedani.

—En Taurogi encontraréis, no ya una prisión, sino una casa, donde estaréis como en la vuestra. Mi primo quiere guardaros en rehén; pero yo no veo en vos más que un huésped querido.

—Doy gracias a Vuestra Alteza —respondió el portaespada.

—Brindemos y bebamos juntos —propuso Bogislao—, porque dicen que de una libación puede resultar una amistad sincera.

Al decir esto, acompañó al portaespada a la mesa y le dio de beber, y cuando Billevich se dirigió a su habitación repetía a media voz:

—¡Amable caballero! ¡Valeroso paladín! No hay en la tierra hombre más honrado que él.

Finalmente se hallaron solos los dos primos. Tenían algo que decirse.

—Seguramente —exclamó Juan—, no hay una palabra de verdad en lo que dijiste de Kmita.

—Lo sabes mejor que yo. ¿No tenía razón Mazarino? Esta es una intriga digna de la corte de Francia. Pero esa Panna Billevich es una verdadera perla. ¡Qué ademanes de runa! El más audaz se siente lleno de respeto al verla. Una vez vi en Amberes un tapiz que representaba a Diana cazadora en el acto de azuzar a sus perros contra el curioso Acteón. Panna Billevich se asemeja a esa diosa.

—Quiera el diablo —observó Juan— que Kmita no publique las cartas, porque en tal caso los perros nos comerán.

—¡Pierde cuidado! Yo transformaré a Kmita en un Acteón y haré que le despedacen los perros.

### XXXIV

Kmita llevaba un salvoconducto de Radzivil para todos los capitanes y gobernadores suecos, pero no se atrevía a servirse de él por suponer que el príncipe Bogislao, después de lo ocurrido en Pilvinski, habría enviado mensajes a los suecos dándoles orden de prenderle. Por esta razón Andrés había tomado un nombre supuesto y renunciaba a su categoría. Así evitó pasar por Lomja y Ostrolenko, a donde tal vez habría llegado el primer aviso, y se dirigió con sus hombres a Pjasmysh, de donde pensaba ir por Pultusk a Varsovia.

La frontera se hallaba ocupada por la mayor parte de los suecos, que por lo demás se limitaban a guarnecer las ciudades más importantes, sin aventurarse por los inmensos bosques habitados por hombres armados y semisalvajes.

—Cuanto más tardemos en tropezar con los suecos —decía el viejo Kyemlich— mejor será.

—Pero al fin habremos de encontrarlos —respondía Andrés.

—En las grandes ciudades nada puede sucedemos. Tengo noticia de que el rey de Suecia ha prohibido toda extorsión o violencia; pero los pequeños destacamentos enviados lejos de las guarniciones no se preocupan de estas órdenes y desvalijan a la gente pacífica.

Continuaron su camino a través de los bosques, creyéndose de este modo más seguros.

Muchas veces encontró Kmita cuadrillas más o menos numerosas de habitantes de aquella inmensa selva, cubiertos de pieles, de lobo, de zorra y de oso. En más de una ocasión le detuvieron, y como aquellos semisalvajes temían a los suecos más que al demonio, porque habían oído contar terribles historias de ellos, le preguntaban:

—¿Quién eres? ¿Un sueco?

—No —respondía Andrés.

Y entonces le decían:

—¡Que Dios te guarde!

Kmita contemplaba con gran curiosidad a los habitantes de las selvas y se maravillaba de su estatura y de la sinceridad de sus palabras.

Prosiguió el viaje. Al salir de las profundidades del bosque llegó a un lugar habitado donde notó una animación insólita. Todas las aldeas estaban concurridas. Las carreteras se hallaban llenas de nobles que viajaban en carros, carrozas o caballos. Todos se dirigían apresuradamente a las ciudades inmediatas para prestar ante los comandantes el juramento de fidelidad al nuevo rey. En cambio de esto, se les entregaban documentos que garantizaban sus personas y propiedades. En las capitales de provincia o de distrito se publicaban las «capitulaciones» que aseguraban la libertad de conciencia y el mantenimiento de los privilegios de los diversos órdenes de nobleza.

Los nobles acudían a prestar juramento, no sólo con buena voluntad, sino hasta con premura, porque se amenazaba con un severo castigo a los recalcitrantes, que podían perder sus bienes.

Andrés escuchaba atento todo cuanto decían los nobles, y por más que éstos no se dignaban muchas veces hablar con él creyéndole un pobre diablo, notó que no hablaban con sinceridad acerca de los suecos y de su Gobierno. Quejábanse en alta voz de las requisas, y con razón, porque diariamente llegaban a las aldeas órdenes de que se aprontase grano, pan, sal, ganados y dinero, y estas órdenes traspasaban el límite de la prudencia.

—Doloroso es, hermanos —decía en ocasiones un noble a otro—; pero no tenemos más remedio que acatar las órdenes del príncipe residente. Es un gran rey y un esforzado guerrero; vencerá a los tártaros, meterá en cintura a los turcos, rechazará a los rusos a su país, y nosotros, unidos con los suecos, viviremos en la prosperidad.

—Y aunque estuviésemos descontentos —respondía el otro—, ¿qué podríamos hacer?

A veces hablaban de su reciente juramento. Kmita se irritaba al oír aquellas discusiones, y en cierta ocasión en que un noble, hallándose en una posada, afirmó que debía guardarse fidelidad al juramento prestado, Andrés no pudo por menos de gritar:

—¡Debierais tener dos bocas: una para la verdad y otra para los falsos juramentos, porque habéis prometido fidelidad a Juan Casimiro!

Los demás nobles miraron asombrados a Kmita, pareciéndoles mentira que aquel hombre se atreviera a tanto; algunos se sonrojaron, y por último el más respetable de ellos dijo:

—Nadie ha quebrantado la fe debida al otro rey. El mismo violó su juramento al abandonar la patria, dejándola indefensa.

—El rey Lohyetek —objetó Kmita—, se vio obligado muchas veces a salir del país, y siempre volvió, porque entonces el temor de Dios reinaba en los corazones de los hombres. Juan Casimiro no es el desertor, sino aquellos que le vendieron y que ahora le calumnian para disculparse ante Dios, ante los hombres y ante su propia conciencia.

—¡Habláis con sobrada osadía, joven! ¿De dónde venís, que prometéis mostrarnos la senda del deber en nuestro país? ¡Cuidado que no os oigan los suecos!

—Si sois curiosos, os diré de dónde vengo. He nacido en el Electorado de Prusia y estoy al servicio del Elector. Pero como soy de origen sármata, conservo en mi corazón el afecto a este país y me avergüenzo de la culpable indiferencia de este pueblo.

Entonces los nobles, olvidando su propia cólera, le rodearon y empezaron a preguntarle con vivas instancias y llenos de curiosidad:

—¿Sois del Electorado de Prusia? Decidnos lo que sepáis. ¿Qué hace el Elector? ¿Piensa librarnos de nuestra opresión?

—¿De qué opresión? Parecéis contentos con el nuevo príncipe y al mismo tiempo os quejáis.

—Nos hallamos contentos porque no podemos aspirar a la libertad. Se nos tiene entre la espada y la pared. Pero hablad como si no estuviésemos satisfechos de lo que ocurre.

—Dadle de beber a fin de que se le desate la lengua. Hablad con franqueza, porque entre nosotros no hay traidores.

—¡Todos lo sois! —gritó Andrés—, y no quiero beber con vosotros; idos noramala a servir a los suecos.

Dicho esto salió de la habitación y cerró tras sí la puerta con un golpe violento, dejando a sus interlocutores mudos de vergüenza y estupor. Nadie echó mano a la espada; nadie pensó en vengarse de la ofensa que les había hecho Kmita.

Este montó a caballo y se dirigió hacia Pryamish. A corta distancia de la población le detuvieron algunas patrullas suecas y se le condujo ante el comandante. Formaban la patrulla seis hombres al mando de un subalterno. Soroka y los Kyemlich empezaron a mirarlos como los lobos hambrientos miran a las ovejas y parecían preguntar con los ojos a Kmita si podían caer sobre ellos.

El mismo Andrés se sintió acometido de tentación casi irresistible, a la vista del río Vengyerka, que se deslizaba a pocos pasos en medio de espesos cañaverales; pero se contuvo y tranquilamente se dejó llevar al puesto.

Allí dijo quién era, que venía del Electorado y que pasaba a Sobota con objeto de vender sus caballos. También poseían certificados adquiridos en Leng, y así el comandante no les opuso ningún reparo; les preguntó qué clase de caballos conducían a la feria y quiso verlos.

Cuando los criados de Kmita le presentaron los caballos, el comandante los contempló despacio y dijo:

—Yo los compro. A otro se los habría tomado sin pagarlos, pero, como sois prusianos, no quiero causaros el menor perjuicio.

Kmita quedó algo confuso cuando vio que se le obligaba a vender los caballos, cosa que le impedía continuar su viaje con un pretexto razonable y veíase obligado a regresar a Prusia. Así, pidió por su mercancía un precio tres veces mayor del verdadero. Contra lo que él esperaba, el oficial no le opuso la menor objeción.

—¡Acepto! —dijo—. Llevad los caballos al cobertizo y en seguida os daré el dinero.

Los Kyemlich se alegraron vivamente; mas Andrés, lejos de imitarles, se enfureció y prorrumpió en imprecaciones; pero no había medio de volverse atrás y romper el trato. Una negativa equivaldría a la demostración de que sólo negociaban en apariencia.

Al poco rato volvió el oficial y entregó a Kmita un pliego de papel con unas líneas.

—¿Qué es esto? —preguntó el caballero.

—Dinero, lo mismo que dinero. Es una orden de pago.

—¿Y dónde me pagarán?

—En el cuartel general.

—¿Dónde está?

—En Varsovia —dijo el oficial sonriendo de un modo malicioso.

—¡Cómo! —exclamó el viejo Kyemlich—. Nosotros vendemos sólo a cambio de dinero contante y sonante.

Kmita se volvió, y mirándole con gesto de amenaza dijo:

—Para mí la palabra del comandante equivale a dinero. Iré de buen grado a Varsovia, donde puedo comprar a los armenios mercancías que me valdrán buen beneficio en Prusia.

Y cuando se hubo marchado el oficial, Andrés dijo a Kyemlich para consolarle:

—Estas órdenes son el mejor salvoconducto; podemos ir a Cracovia y presentar nuestras quejas, porque en el cuartel general no nos pagarán. Es más fácil hacer queso de

las piedras que sacar dinero a los suecos. Os pagaré de mi bolsillo los caballos y nada perderéis.

El viejo se serenó, mas, por efecto de la costumbre, no cesó de quejarse.

En cambio, Andrés se alegró de hallar de este modo el camino libre. Los suecos no le pagarían ni en Varsovia ni en otro sitio... y así podría viajar a su capricho con el pretexto de pedir justicia al mismo rey de Suecia, que se hallaba en Cracovia ocupado en sitiar la antigua capital del reino.

Kmita resolvió pasar la noche en Pjsnysh, a fin de dar descanso a los caballos, y sin cambiar el nombre que adoptara, vistió el traje de noble pobre. Había observado que todos despreciaban a un mercader de caballos y que con el traje de éste todos podían provocarle fácilmente.

Por esta razón se puso un vestido adecuado a su alcurnia, y entró en una posada con objeto de hablar con sus iguales. Sin embargo, lo que oyó había de causarle poca alegría. Los nobles bebían a la salud del rey de Suecia y chocando sus copas con las de los oficiales suecos se reían de las cuchufletas que éstos se permitían dedicar a Juan Casimiro y a Charnieski.

El temor de perder la vida y la hacienda hacía que aquellos nobles platicasen amistosamente con los invasores y aprovechaban todas las ocasiones para mostrar su contento. Pero cuando un capitán sueco hubo declarado que la fe luterana era tan buena como la católica, cierto Grabkovski, que se sentaba a su lado, no pudiendo tolerar semejante blasfemia, le asestó un hachazo en la cabeza y aprovechó la confusión para escabullirse y desaparecer entre la multitud.

Los demás se lanzaron en su persecución; pero en aquel punto llegó una noticia que les hizo fijar su atención en cosa más importante. Se decía que Cracovia acababa de rendirse y que Charnieski había sido hecho prisionero, por lo cual la última valla opuesta al dominio sueco quedaría en breve destruida.

Los nobles quedaron mudos de estupor, en tanto que los suecos gritaban con alborozo: «¡Viva!» La infantería y la caballería formaron en la plaza y empezóse a disparar mosquetes y cañones. En seguida corrieron por la plaza barriles de aguardiente, hidromel y cerveza para los soldados y los ciudadanos. Los suecos obligaban a los habitantes a salir de sus casas y a bailar con ellos. Los nobles tomaban parte en la danza, obligados a mostrar un regocijo que no sentían por la rendición de Cracovia y la derrota del valeroso Charnieski.

Kmita se afligió con estas nuevas. Se retiró a su casa, situada fuera de la ciudad, acostóse, pero no pudo conciliar el sueño. Devorábale la fiebre y en su mente batallaban ideas confusas; la duda le atormentaba. ¿No habría curado de su ceguera demasiado tarde, cuando el país entero se hallaba ya sometido a extranjero poder?

Le remordía la conciencia y no sabía qué partido tomar. Reclutar soldados para guerrear contra los suecos era hacer que le persiguiesen como un bandido en vez de tratarle como a un soldado. Por lo demás, ¿quién había de seguirle? En Lituania todos iban gustosos con él, porque era allí el más célebre soldado; pero aquí el nombre de Kmita evocaba el recuerdo de una traición, se le tenía por amigo de los suecos, y el nombre de Babinich, que había adoptado, nadie lo conocía.

¡Todo inútil! ¡Inútil dirigirse al rey; porque ya era tarde! Inútil ir a Podliasye, porque los confederados le consideraban como a un traidor. Inútil pasar a Lituania, donde todo pertenecía a Radzivil. Inútil quedarse donde estaba, porque nada tenía que hacer. Más valía morir, no pensar en nada y llevar al otro mundo el remordimiento.

Después de una noche agitada, se levantó con el alba, despertó a sus hombres y partió. Se dirigieron a Varsovia, sin saber el motivo del viaje.

## XXXV

Los suecos dominaban desde hacía mucho tiempo en Varsovia. Witemberg, gobernador de la ciudad y comandante de la guarnición, hallábase ahora en Cracovia, y en su lugar gobernaba Radzeyovski. Contaba a lo menos con dos mil soldados en la ciudad rodeada de fuertes muros. El castillo y la ciudad no estaban destruidos, porque Versel, *estarošta* de Makovo, los había entregado sin combate, y él con la guarnición se había marchado, temiendo una venganza personal de Radzeyovski.

Pero cuando Kmita hubo examinado de cerca la ciudad, notó en muchas casas las huellas de la devastación. Eran las casas de aquellos ciudadanos que habían huido sin querer soportar el gobierno extranjero, o que habían opuesto resistencia cuando los suecos traspasaban las murallas.

Entre los palacios señoriales sólo habían sido respetados aquellos cuyos dueños hacían causa común con los suecos. Pero los edificios del clero habían sufrido grandes daños; el palacio de Denhof estaba medio demolido; el de la cancillería, llamado también palacio de Osolinski, en la calle de los Reformados, había sido saqueado por completo. Los mercenarios alemanes estaban asomados a los balcones, y los preciosos muebles que el último canciller había transportado de Italia a tanta costa, los bronceos florentinos, la tapicería holandesa, los retratos, las estatuas de mármol, los relojes de Venecia y de Danzig, los magníficos espejos se hallaban amontonados en el patio o embalados esperando que los cargasen en las balsas para ser transportados a Suecia.

La ciudad ya no parecía polaca. En las calles no se oían más que lenguas extranjeras; en todas partes se encontraban soldados suecos, alemanes, franceses, ingleses, escoceses y mercenarios suizos.

Hasta los armenios y húngaros habían acudido de otras partes del país.

En medio de la extraordinaria variedad de gente forastera, rara vez se encontraban algunos habitantes de la población, porque nadie se atrevía a salir de su casa por el temor de perder la vida.

Los domingos y otros días festivos, cuando las campanas tocaban a misa, la gente salía de su morada y la ciudad recobraba su acostumbrado aspecto, aunque las tropas formaban cordón delante de la iglesia para contemplar a las mujeres y tirarles de los vestidos, en tanto que ellas caminaban con los ojos bajos, y les seguían y a veces entonaban lúbricas canciones mientras en la iglesia los sacerdotes celebraban los divinos oficios.

Todo esto maravilló a Kmita, que no quiso permanecer mucho tiempo en Varsovia, donde a nadie conocía y le era imposible desahogar su pecho. Ciertamente que hablaba con algunos nobles, para averiguar las novedades, pero se contenía a duras penas al observar que todos eran fanáticos partidarios del Gobierno sueco.

Fuera de Varsovia, el país se hallaba agitado como una colmena. Todas las carreteras, las ciudades y las aldeas las ocupaban los suecos con los nobles que les eran adictos.

Y no era esto lo más grave, sino que los traidores resultaban mil veces más insaciables que el enemigo. Los rencores no olvidados, las antiguas ofensas salían a la superficie; al amigo de los suecos todo le era lícito y hasta los crímenes quedaban impunes. Más perversos aún que disidentes, causaban igual daño que las pandillas formadas por los vagabundos, los desesperados y los malandrines.

Estas pandillas, apoyadas por los merodeadores alemanes y suecos, desvalijaban a los campesinos y a los nobles. Nadie pensaba en defender a los oprimidos ni a la República; nadie ideaba sacudir el yugo; nadie abrigaba la menor esperanza de desquite.

Sucedió, pues, que una partida de merodeadores suecos y alemanes asediaron a Sohachev, en Strugi, al *estarosta* del lugar, Pan Lushchvsk. Kmita se hallaba precisamente en aquel país, y como habíase agotado su paciencia, voló a Strugi. Permitted a los Kyemlich que se abandonaran a sus instintos, y se lanzó contra los invasores con tal ímpetu, que les dispersó; dioles luego caza y logró aprisionar a varios malandrines. El *estarosta*, a quien llegó aquel auxilio como llovido del cielo, recibió a su libertador con agasajos y le rindió gracias en los términos más calurosos. Andrés, al ver al *estarosta*, hombre respetable por su calidad y sus años, le confesó su odio a los suecos y pidióle su parecer respecto al porvenir de la República, esperando que las palabras del anciano serían un bálsamo para su alma dolorida.

Mas el *estarosta* le dijo:

—Querido caballero, no sé lo que os hubiera contestado cuando tenía los cabellos rubios, pero hoy la larga experiencia de la vida me muestra claro el porvenir. Por lo tanto, os digo que aun cuando corriésemos nuestros errores, ni aun con el apoyo de Europa entera lograríamos abatir el poder de los suecos.

—¿Cómo se entiende? —replicó Kmita—. ¿Cuándo han podido los suecos envanecerse con semejante poder? ¿O no quedan polacos en el mundo? ¿Nuestro ejército es acaso inferior al de Suecia?

—Los polacos son, efectivamente, más numerosos que los suecos —repuso el *estarosta*—, y en cuanto a valor, yo asistí a la batalla de Kirchholm, en la que tres mil húsares nuestros hicieron morder el polvo a dieciocho mil de los mejores soldados suecos.

—Si ello es verdad —contestó Kmita, tuyos ojos brillaron al recuerdo de aquel glorioso combate—, ¿por qué causa no podemos poner término a la opresión?

—En primer lugar, nosotros hemos degenerado y ellos son grandes y nos han vencido con nuestras propias armas, lo mismo que vencieron a los alemanes sirviéndose de los alemanes. Esta es la voluntad divina, y repito que no hay poder que alcance a destruirlos.

—Pero si los nobles volvieran de su acuerdo y se agrupasen en torno del rey, si todos empuñasen las armas, ¿qué haríais vos y qué aconsejaríais a los demás?

—Iría con ellos a morir por la patria, aconsejando a todos que imitasen mi ejemplo; pero luego vendrían tiempos de los que vale más apartar la mirada.

—¡No es posible que vengan tiempos peores que los actuales! —exclamó Andrés.

—Antes del fin del mundo y del juicio final —replicó el *estarosta*— vendrá el Anticristo, y dicen que este hombre malo prevalecerá sobre los buenos. Los demonios recorrerán el mundo, predicarán una fe contraria a la verdadera y lograrán la adhesión de los hombres. Con la permisión divina, el mal vencerá en todas partes hasta que las trompetas de los ángeles anuncien el fin del mundo.

El *estarosta* se calló y Kmita le miró con terror, porque sus razonamientos le parecían harto lógicos. Después el anciano se dirigió a la puerta de la estancia contigua y llamó con voz fuerte:

—¡Olenka! ¡Olenka!

—¡En nombre de Dios! ¿A quién llamáis? —preguntó Kmita creyendo que por virtud de un milagro su amada había sido transportada de Kyedani a aquel lugar e iba a presentarse a sus ojos.

Pero en vez de la señorita Billevich entró una hermosa joven esbelta, semejante por la dignidad de su porte a aquélla. Estaba pálida, a consecuencia del temor que le inspirara el reciente combate y andaba con la vista baja y con tal ligereza que parecía no tocar el suelo con los pies.

—Esa es mi hija —dijo el *estarosta*—; mis hijos no están en casa; acompañan a Pototski, que se halla junto a nuestro desventurado rey.

Y volviéndose hacia la joven añadió:



—Da las gracias a este caballero que nos ha salvado en seguida le leerás la profecía de San Brígido.

—La conozco —repuso Andrés.

—Siendo así, confesad que se ha realizado punto por punto.

—¡Está claro! Sólo un ciego podría negarlo —respondió Kmita.

—Por lo tanto, los suecos no serán jamás vencidos —observó si *estarosta* con acento de firme convicción.

—Hasta que venga el hombre que derramará su sangre por el amor de la verdad —exclamó Kmita.

Antes de que el *estarosta* tuviese tiempo de contestar, se abrió la puerta y apareció un hombre completamente armado y provisto de un mosquete.

—¿Chejiski? —preguntó el anciano.

—Sí —respondió el recién llegado—. He oído decir que os asediaban los malandrines y vengo con mis soldados para defenderos.

—Sin la permisión divina no caerá un cabello de la cabeza de un hombre —contestó el *estarosta*—. El cielo me ha enviado este caballero. ¿De dónde venís?

—De Solachev.

—¿Qué nuevas traéis?

—Malas nuevas. Ha ocurrido otra desgracia. Las provincias de Cracovia, Sandomir, Russ, Lubelsk, Belzk, Volynia y Kiev se han rendido a Carlos Gustavo. Ayer se firmó el tratado.

—¿Qué decís? —preguntó el *estarosta* dirigiéndose a Kmita—. ¿Creéis aún que se encontrará el hombre dispuesto a derramar su sangre por el amor a la verdad?

Por toda respuesta Andrés se cubrió el rostro con las manos.

—Se dice también —agregó el hombre armado— que los demás soldados de Pototski han negado su obediencia al jefe y quieren rendirse a los suecos.

—Han sembrado la rebelión y recogen penas y miserias —replicó el *estarosta*—. Ha llegado la hora de que cada cual haga penitencia por sus pecados.

Kmita no quiso oír más. Se levantó y despidióse.

—¿Adonde vais tan aprisa? —le preguntó el anciano.

—A Chenstohova, porque también soy pecador.

—Aunque me place vuestra compañía, no os detendré. Vuestra tarea es urgente, y el día del juicio está próximo.

Kmita salió y tras él fue la doncella, que deseaba hacerle los honores de la casa en substitución de su padre, a quien se lo impedía el daño que recibiera en un pie.

—Quedad con Dios, Panna Olenka —dijo el caballero—; mi gratitud no tiene límites...

—Si me estáis agradecido —interrumpió la joven—, hacedme la merced de llevar este ducado a Chenstohova y dadlo para que recen una misa en el convento.

—¿Con que intención? —preguntó Kmita.

La doncella bajó los ojos y con visible turbación respondió:

—A fin de que Dios separe a Andrés del camino del mal.

Kmita retrocedió dos pasos y miró con asombro a la joven.

—¡Por las llagas de Cristo! —exclamó—; ¿qué casa es ésta? Os llamáis Olenka y me encargáis una misa para el pecador Andrés. ¡Es para volverse loco!

Al decir esto tomó las manos de la joven y las estrechó entre las suyas. Después añadió:

—Si ese Andrés vuelve, después de expiar su error, ¿le guardará Olenka la fe prometida? Hablad, responded, porque no me iré sin vuestra respuesta.

—¿Qué tenéis? ¿Qué os turba? —preguntó la doncella asustada.

—¿Olenka le guardará su fe?

—¡Hasta el último suspiro, hasta la muerte!

No había terminado la joven cuando Kmita cayó a sus pies, diciéndole:

—También yo soy un Andrés pecador que quiere convertirse; también yo amo a una Olenka. ¡Pueda vuestro Andrés convertirse y mi Olenka guardar su fe jurada! ¡Que vuestras palabras sean proféticas! Me habéis infundido dulce esperanza... ¡Dios os lo recompense!

Dicho esto salió, montó a caballo y partió a rienda suelta.

### XXXVI

Las palabras de la hija del *estarosta* de Sohachev consolaron a Kmita y quedaron grabadas en su mente. Pensó que ello no podía ser obra del azar, sino un aviso del Cielo; si él permanecía fiel a su deber, Olenka le guardaría la fe jurada y le daría de nuevo su amor.

Por otra parte, Andrés no cesaba de sufrir. Abrigaba el propósito de obrar bien; ¿pero no sería ya demasiado tarde?

La República parecía destinada a desaparecer, y en vano era querer cerrar los ojos a la terrible evidencia. Kmita deseaba ardientemente obrar, pero no hallaba quien se mostrase dispuesto a secundarle. A cada instante conocía nuevas personas, pero sus palabras y sus discusiones le quitaban la poca esperanza que le quedaba.

Kmita no encontraba más que gente desenfadada o corrompida, o loca, tímida o desesperada. No halló nadie que confiase en la salvación de la patria.

Entretanto aumentaba la fortuna de los suecos. Se esparcía el rumor de que el resto de las tropas se había sublevado y amenazaba a sus capitanes queriendo desertar al campo sueco, y estas voces eran cada día más insistentes. La noticia de que Konyetspolski con su división se había unido a Carlos Gustavo se propagó por toda la República como el formidable estampido del trueno.

Este ejemplo fue imitado en seguida por el *estarosta* de Ivor y el príncipe Demetrio Vinhyevitski, a quien su nombre glorioso no preservó de la vergüenza de verse calificado de traidor.

Todos empezaron a desconfiar de Lyubomirski, mariscal del reino. Los que le conocían bien aseguraban que en él la ambición sobrepujaba al amor a la patria; que por de pronto se hallaba al lado del rey porque todos los ojos estaban clavados en él, porque el uno y el otro bando se esforzaban por atraerlo afirmando que en sus manos estaba la salvación de la República. Pero en vista de los éxitos de los suecos comenzó a titubear y a dudar; a cada instante el desventurado Juan Casimiro tenía nuevas pruebas de que el mariscal podía salvarlo o perderlo completamente.

El rey desterrado vivía en Glogov con algunos fieles amigos que compartían su suerte. Todos los días le abandonaba uno de ellos yéndose adonde estaban los suecos. Carlos Gustavo recibía con los brazos abiertos a los tránsfugas, les recompensaba, les colmaba de halagos y promesas y trataba de atraerse a los pocos leales que permanecían al lado del rey. Hubiérase dicho que la fortuna derribaba todos los obstáculos opuestos al rey de Suecia, que vencía en Polonia con ayuda de los polacos, alcanzando una bien fácil victoria.

Avanzaba rápidamente el invierno.

Al otro lado de Pyotrkoﬀ, Kmita halló nuevos destacamentos suecos, que ocupaban todos los caminos. Muchos de ellos, después de la rendición de Cracovia, marchaban sobre Varsovia, porque se decía que Carlos Gustavo, que había recibido el homenaje de las provincias del Norte y de Oriente y había firmado las capitulaciones, sólo esperaba la sumisión de los soldados de Pototski y Lantskoronski; logrado esto, pasaría a Prusia y por eso enviaba delante a su ejército.

El camino no estaba cerrado para Andrés, porque, en general, los nobles no infundían la menor sospecha.

Después de una noche de insomnio pasada en la posada de Kruskin, Kmita despertó a sus hombres y les hizo vestir traje de gala por ser domingo, y de nuevo salió con ellos.

Andrés se sentía fatigado de cuerpo y de espíritu. La esperanza se había extinguido en su corazón como una lámpara a la que falta aceite. ¿Qué le había impresionado aquel día? Nada... los mismos afanes, los mismos padecimientos cuyo peso no había disminuido. Continuaba cabalgando en silencio, mirando a un punto luminoso del lejano horizonte. Los caballos resoplaban, los hombres empezaban a cantar con voz ronca sagrados himnos.

Entretanto la claridad se hacía más viva y aquel punto brillante del cielo empezó a resplandecer de tal modo que Kmita quedó deslumbrado. Sus hombres cesaron de cantar y todos miraron en aquella dirección. Por fin, Soroka dijo:

—¿Es un milagro, o qué? Es el lado de Occidente y, sin embargo, parece que por allí salga el sol.

En efecto; aquella luz aumentaba prodigiosamente.

Kmita y sus soldados miraban con estupor aquella luminosa visión, sin poder explicarse lo que era. De pronta divisaron a un campesino montado sobre un carro, que iba orando, con la cabeza descubierta.

—Buen hombre —dijo Andrés, cuando se le hubo acercando—, ¿qué es eso que resplandece allá lejos?

La iglesia de Yasna Gora.

—¡Gloria a María Inmaculada! —exclamó Kmita quitándose el sombrero; y sus hombres le imitaron.

Después de tantos días de dolor y de ansiedad, parecióle que algo nuevo surgía en él. Apenas resonaron en sus oídos las palabras «la iglesia de Yasna Gora» cuando se iluminó su espíritu de un modo maravilloso. Sobrecogióle un misterioso terror, junto con un gozo inefable. Desde aquella iglesia, esplendente a la luz del alba, parecía sonreírle el ángel de la esperanza.

Circuló por sus venas como nueva vida de virtud, de amor, de gloria, de felicidad. Respiró a plenos pulmones como un hombre enfermo que de la fiebre y la inconsciencia vuelve a la salud, a sí mismo.

La iglesia resplandecía cada vez más y por largo rato Kmita no pudo apartar de ella los ojos. Sus compañeros permanecían serios, penetrados de religioso respeto. Por todas partes reinaba silencio profundo, que luego interrumpieron las campanas echadas al vuelo.

—¡Desmontad! —ordenó el joven caballero.

Todos saltaron a tierra y arrodillados en el camino entonaron la letanía.

Mientras tanto llegaban otros carros. Los campesinos, viendo a unos hombres que rezaban con fervor, se unieron a ellos y el grupo se aumentó considerablemente.

Terminada la oración, Andrés se levantó y después de él los soldados; todos siguieron a pie, llevando sus caballos del diestro. Kmita andaba rápidamente como si le hubiesen nacido alas. A cada recodo del camino la iglesia desaparecía y luego se veía de nuevo.

El convento y las murallas que le rodeaban se distinguían cada vez más y aparecían con mayor majestad. Por último se percibió a distancia la ciudad, y al pie de la montaña las

líneas formadas por las casas y cabañas que, comparadas con la mole de la iglesia y del convento, parecían nidos de pájaros.

Era domingo y, por consiguiente, apenas salió el sol poblóse el camino de carruajes y de gente a pie que se dirigían a la iglesia. Las campanas, repicando alegremente, llamaban a los fieles a los oficios divinos. Aquel pedazo de tierra, a los pies del Yasna Gora, no se asemejaba en modo alguno al resto del país.

La gente, agrupada, formaba en lontananza como una muralla negra alrededor del templo. En la falda de la colina había centenares de carros y de carrozas. Más lejos, a la derecha, en la carretera que conducía a la montaña, divisábase una larga fila de hombres que vendían medallas, candelas, imágenes y escapularios. Por todas partes circulaba la multitud.

Las puertas estaban abiertas y unos entraban mientras otros salían. Entre aquella gente no se veían soldados. Indudablemente, la sagrada majestad del lugar servía de salvaguardia a la iglesia y al convento, y, por otra parte, todos confiaban en las cartas de Carlos Gustavo, que había prometido respetar aquel sitio.

## XXXVII

Desde las puertas de la fortaleza, que de tal podía calificarse el convento, los ciudadanos y nobles venidos de lejanas tierras, personas de toda edad, sexo y grado, avanzaban hacia la iglesia arrastrándose de rodillas y entonando himnos y plegarias. La multitud permanecía de vez en cuando silenciosa, tocando el suelo con la frente o prosternándose con los brazos en cruz. Durante esos silencios, se oían los lamentos de los pacientes que, sentados a los lados del camino, exponían a los transeúntes sus miembros enfermos o mutilados.

En el interior de la iglesia el calor era insoportable. Faltaba aire que respirar, no bastaba el espacio; pero el espíritu de devoción inspiraba a los fieles el valor de una resistencia heroica.

Kmita se abrió paso con sus hombres hasta las primeras filas de la muchedumbre y pronto se halló a las puertas de la iglesia; y dejándose llevar de la ola humana, no tardó en llegar a la capilla milagrosa donde la multitud, con la frente hundida en el polvo, lloraba, abrazaba a la tierra, y la besaba con emoción. Imitóles Andrés, y cuando, al fin, levantó la cabeza, el gozo, la felicidad y al mismo tiempo la gratitud llenaron su espíritu.

El órgano acompañaba el canto de los sacerdotes, exhalando sonidos dulces y suaves como los de celestial orquesta.

De súbito, un fragor de trompetas y un redoble de tambores agitó a la concurrencia y todos los corazones palpitaron con violencia. La cortina que cubría la imagen se corrió por ambos lados y una como onda de luz se desprendió de lo alto deslumbrando a los fieles, que antes adivinaron que vieron la imagen de la Virgen María.

Gemidos, llantos y gritos llenaron la capilla.

—¡Salve Regina! ¡*Monstra te esse matrem!* —exclamaron los nobles.

Los campesinos, a su vez, gritaban:

—¡Oh Madre piadosa! ¡Dulce Señora! ¡Consuélanos! ¡Ten piedad de nosotros!

Estos gritos repercutieron lejos, acompañados de sollozos de mujeres, de lamentos y de exhortaciones de enfermos y lisiados que imploraban un milagro.

Poco le faltó a Kmita para desmayarse: sintió frente a sí el infinito que no podía comprender y ante el que todo se borraba. ¿Qué significaban las dudas ante aquella fe que toda una vida no podía extinguir? ¿Qué era una desventura al lado de aquel consuelo? ¿Qué podía la maldad de los hombres contra aquella protección?

Terminó la misa. Andrés no sabía cómo llegar otra vez a la nave central de la iglesia. El sacerdote predicó en el púlpito, pero Kmita sólo oyó estas palabras: «En este lugar se cambian los corazones y se convierten las almas; de manera que los suecos no alcanzarán a combatir este poder, ni los que caminan entre tinieblas lograrán vencer la verdadera luz.»

—¡Amén! —dijo Kmita en el fondo de su corazón y se golpeó el pecho porque le parecía haber pecado.

Después del sermón, Andrés detuvo a un fraile, diciéndole que deseaba hablar con el prior del convento.

Se le concedió la audiencia pedida. El prior era un hombre cortés, que estaba ya en el ocaso de la vida. Su rostro reflejaba una calma profunda y sus ojos azules, llenos de dulzura, revelaban perspicacia y penetración. Kmita le besó la manga y él bendijo al caballero, preguntándole de dónde venía.

—De Imud —contestó Andrés—, para servir a Nuestra Santísima Madre, al país que sufre y a mi desterrado rey, contra el que he peleado hasta ahora, lo cual deseo explicar en confesión. Os ruego me concedáis esta merced hoy o mañana, porque el dolor de mis pecados oprime mi corazón. Os diré mi nombre y patria bajo sigilo sacramental, porque hombres de aviesas intenciones me impiden volver al camino de la virtud. Por ahora deseo que me llamen Babinich. Al mismo tiempo os daré informes importantes, a los que debéis prestar la mayor atención, porque se trata de este sagrado recinto.

—Alabo vuestro propósito y vuestro cambio de vida —dijole el prior, padre Kordetski—. En cuanto a la confesión accedo a vuestro vivo deseo y la oiré ahora mismo.

—Viajo desde hace mucho tiempo —repuso Kmita—. He visto muchas cosas y he padecido bastante. El enemigo está en todas partes; los herejes vuelven a levantar la cabeza, los mismos católicos hacen causa común con ellos, y los enemigos, envalentonados con estas cosas y con la rendición de dos ciudades importantes, pretenden ahora alzar su sacrílega mano contra Yasna Gora.

—¿Quién os ha comunicado estas nuevas? —preguntó el prior.

—He pasado la última noche en Kruskin, donde he visto al conde Veyhard y al barón Lisola, enviado del emperador de Alemania que, procedente de Brandeburgo, se dirigía al encuentro del rey de Suecia.

—El rey de Suecia ya no está en Cracovia —dijo el prior mirando fijamente a su interlocutor.

Pero éste sostuvo la mirada y prosiguió:

—No sé si estará allá o en otra parte; lo cierto es que Lisola le busca y que el conde Veyhard estaba comisionado para relevar la escolta y conducirlo más lejos. Hablaron delante de mí en alemán, sin sospechar que yo comprendía ese idioma. El mismo conde Veyhard ha propuesto la ocupación de este convento y pretende apoderarse del tesoro, con autorización del rey.

—¿Habéis oído esa conversación?

—Tan cierto como os estoy hablando.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios! —dijo tranquilamente el prior.

Kmita se quedó estupefacto. Creyó que el monje aceptaba como cosa inevitable la dominación del rey de Suecia y que no quería aprestarse a la defensa, por lo cual dijo:

—En Pultusk he visto una iglesia ocupada por los suecos. Muchos jugaban a los naipes en el santuario de Dios; otros habían colocado en los altares toneles de cerveza y mujeres de mal vivir vagaban entre los soldados.

—Lo que me decís es cosa grave —exclamó el prior—. Permitid que llame a nuestro decano y a varios de los nobles que actualmente viven con nosotros.

—De buen grado repetiré mis palabras delante de ellos.

El padre Kordetski salió, y un cuarto de hora después volvió con otros cuatro frailes, con Zamoyski, portaespada de Syeradz, hombre respetable a quien acompañaban Okyelmitski, portaespada de Vyelunie, y Pyotr Charnyetski, joven caballero de aspecto belicoso y fuerte como un roble, y otros nobles más o menos importantes. El prior les presentó a Babinich, de Imud, y repitió en su presencia cuanto éste le había referido. Ellos miraron a Kmita con expresión de incredulidad, y como no despegasen los labios, el prior les dijo:

—Dios me libre de atribuir a este caballero una perversa intención; pero su relato me parece tan inverosímil, que he juzgado necesario que lo repitiera delante de vosotros. Tal vez le hayan engañado los herejes, para quienes el atemorizarnos y el sembrar el pánico en este santo lugar debe de ser una cosa muy divertida.

Kmita estaba en la actitud del reo frente al tribunal. Se desesperaba al ver que no daban crédito a sus palabras, y al mismo tiempo ardía en vergüenza porque todas las apariencias estaban contra él y se podía tachar de calumnioso su relato. Al pensar en esto, se enfureció y a duras penas pudo contenerse, repitiendo entre sí: «¡Por mi culpa, por mi culpa!» Después, con fingida calma exclamó:

—Os aseguro una vez más que el conde Veyhard está dispuesto a asaltar el convento. No sé cuándo, pero creo que vendrá pronto... Si desoís mi aviso, caerá sobre vosotros la responsabilidad de lo que ocurra.

—Calmaos, caballero —replicó Charnyetski con énfasis—. No levantéis la voz — luego, dirigiéndose a los allí reunidos, agregó:

—Permitidme que haga unas preguntas a este joven.

Los frailes y los nobles asintieron con un movimiento de cabeza.

—Preguntad lo que gustéis —repuso Kmita.

—¿Venís de Imud?

—Sí.

—¿Y no queréis servir a los suecos ni al traidor Radzivil?

—Exacto.

—Pero otros se hallan en vuestro caso; algunos escuadrones se han negado a seguir al vaivoda de Vilna. Con ellos está Sapihea; ¿por qué no os unís a él?

—Eso es asunto mío.

—¡Ah! ¡ah! —exclamó Charnyetski—. Entonces ya sé las respuestas que daréis a las otras preguntas.

Lo que experimentó Kmita en aquel instante, delatábanlo sus manos, que temblaban como las de un viejo. Además, fijó los ojos en una gruesa campanilla, que estaba sobre la mesa.

Sentía impulsos irresistibles de tomar la campanilla y arrojarla violentamente a la cabeza del que le interrogaba.

Pero de nuevo logró dominarse, y mordiéndose los labios hasta que brotase la sangre; dijo con voz ahogada:

—¡Adelante! ¡Preguntad!

—Si sois de Imud, ya debéis saber lo que sucede en la corte del traidor. Nombrad a los que han cooperado a la ruina de nuestra patria; nombrad a los coroneles que están con él.

Kmita palideció de un modo horrible, pero con un supremo esfuerzo logró pronunciar algunos nombres.

Charnyetski le oyó atento y en seguida repuso:

—¿No sabéis el nombre del más pérfido?

—No.

—¡Cómo! ¿No habéis oído hablar de aquel traidor que, lo mismo que Caín, ha derramado la sangre de sus hermanos?

—Reverendos padres —dijo Kmita—, contestaré a vuestras preguntas, pero no puedo tolerar que ese noble me atormente por más tiempo.

—Dejadle en paz —dijo el prior a Charnyetski—. No se trata de él.

—Una pregunta solamente —dijo Zamoyski; y dirigiéndose a Kmita añadió—: ¿No suponíais que podríamos dudar de vuestra sinceridad? ¿Qué premio esperabais de nosotros?

En vez de contestar, Andrés sacó una bolsa de perlas, esmeraldas, turquesas y otras piedras preciosas que llevaba en el bolsillo, y vaciándola sobre la mesa exclamó:

—No busco dinero, sino que, por el contrario, pienso ofrecer todo esto a la Santísima Virgen, después de mi confesión, cuando mi alma esté limpia de culpas... Esta es la recompensa que os pido.

Todos guardaron silencio a la vista de aquel tesoro y se disiparon sus sospechas, porque un hombre tan rico no podía haber pensado en mofarse de los frailes con un propósito vil.

Charnyetski se preguntó qué razón movía al desconocido a dar a los monjes el piadoso aviso.

Y mientras todos los miembros de la comunidad se miraban unos a otros, Kmita permanecía en pie con la cabeza erguida, los ojos fulgurantes y el rostro encendido.

—Vuestra cólera es prenda de verdad de lo que habéis dicho —dijo, al fin, el padre Kordetski—; pero recoged todo eso, porque la Santísima Virgen no puede recibir lo que se le ofrece en un arrebato de ira, por muy justa que sea la causa que ha provocado esa cólera... ¿Cómo haremos para alejar a los fieles y tener cerradas las puertas día y noche?

—No vaciléis, tenedlas cerradas siempre, os lo suplico —exclamó Andrés, retorciéndose las manos.

Había tanta sincera desesperación en su acento, que todos temblaron a su pesar, como si les amenazara un inminente y gravísimo peligro.

—Caballero —dijo el prior—, Dios os recompensará esta acción laudable. Es hora de vísperas. Vamos a implorar la misericordia del Altísimo a fin de que nos asista en nuestras tribulaciones, y confiemos en su divina protección.

Dicho esto se separaron. Terminadas las vísperas, el padre prior oyó a Kmita en confesión, y después le dejó arrodillado a la puerta de la capilla.

Andrés volvió a su cuarto a medianoche, despertó a Soroka y le mandó que le azotase hasta que de sus espaldas brotase la sangre.

## XXXVIII

Se notó al día siguiente en el convento una agitación inusitada. Abriéronse las puertas y, como de costumbre, se permitió la entrada a los fieles. Los oficios divinos se celebraron con la solemnidad de costumbre; pero apenas terminaron, los concurrentes fueron invitados a salir. El prior Kordetski, acompañado de Zamoyski y de Charnyetski, examinó las aspilleras y los contrafuertes de las murallas. No se sabe cómo se extendió por la ciudad el rumor de que en el convento se esperaba de un momento a otro el asalto, y nuevas órdenes parecieron confirmar este rumor. Al caer de la tarde, doscientos hombres trabajaban en la reparación de las murallas. Dos cañones de grueso calibre, enviados durante el asedio de Cracovia por el castellano Vartsky, fueron colocados en cureñas nuevas y dispuestos en el lugar adecuado. En las torres y sus bastiones se apostaron centinelas que debían observar atentamente día y noche los alrededores; y se enviaron a la descubierta otros hombres.

En los almacenes del convento, que se hallaban bien abastecidos, se recibieron municiones y víveres de la ciudad, de Chenstohova y de otros lugares pertenecientes a los monjes.

La noticia circuló con la velocidad del relámpago por toda la región. Muchos se resistían a creer que el enemigo se atreviera a asaltar Yasna Gora.

A mediodía una muchedumbre en la que estaban confundidos los sexos y edades rodeaba el convento. Al ponerse el sol, el prior Kordetski salió y les preguntó qué querían.

—Deseamos ver por última vez a Nuestra Santísima Virgen —le contestaron.

El prior les habló desde una roca en los términos siguientes:

—Las puertas del infierno no prevalecerán contra el poder del Cielo. Calmaos y sed esforzados. El hereje no profanará este lugar. Ni los luteranos ni los calvinistas entrarán en el recinto de la fe y de la adoración. Volveréis a ver a vuestra divina Patrona, presenciareis nuevos milagros. Consolaos, enjugad vuestras lágrimas y fortificad vuestra fe, porque en verdad os digo... y el espíritu de Dios habla por mi boca... que los suecos no entrarán aquí; por consiguiente, no esperéis la desventura sino la gracia; las tinieblas no vencerán la luz, del mismo modo que la noche próxima no impedirá al sol resplandecer mañana.

Después de pronunciar estas palabras el prior bendijo a la multitud, invitando a los que sabían manejar las armas a que acudiesen al día siguiente para defender el convento en caso necesario.

La multitud entonces se retiró y las tinieblas rodearon la tierra. Al día siguiente todos se despertaron gozosos gritando:

—¡Los suecos no han venido!

No obstante, proseguían con ardor los trabajos de defensa del convento. Por orden del prior acudieron todos los habitantes de la ciudad y del condado que habían servido en la infantería y estaban acostumbrados a las peripecias de la guerra. A su cabeza se puso Mosinski, que defendía el bastión de Levante. Zamoyski se encargó de distribuir a los hombres y colocarlos en el lugar más conveniente, instruyéndolos sobre lo que debían hacer; el resto del día lo pasó con los monjes que se hallaban reunidos en Consejo en el refectorio.

Kmita, con el corazón rebotando de alegría, vigilaba todos los preparativos, y entre los cañones y los haces de mosquetes estaba en su elemento.

El prior le había absuelto de sus pecados, imponiéndole severa penitencia, y diariamente sus espaldas sangraban a consecuencia de las flagelaciones; penitencia tanto más difícil de cumplir cuanto que era altivo y orgulloso en sumo grado el penitente. Además habíasele impuesto que fortificara su fe con actos virtuosos, y esto le era fácil realizarlo



porque para él los actos virtuosos consistían en aniquilar a los suecos sin tregua ni piedad. ¡Y qué hermosa ocasión! ¡Matar suecos no sólo en defensa de la patria y del rey a quien había jurado fidelidad, sino también en honor de la Reina de los Ángeles! ¡Qué dicha! ¡No existía para Andrés cosa más agradable!

Recorría las murallas y examinaba las disposiciones tomadas por los oficiales. Conoció que se había concertado con hombres hábiles que nada ignoraban del arte de la guerra. Maravillóse la calma del prior, al que respetaba profundamente, y le asombró la prudencia de Zamoyski y la habilidad de Charnyetski, a quien miraba ya sin prevención.

Por la noche quedaron terminados los preparativos y el convento apercebido para la defensa. Nada faltaba, ni víveres ni fusiles; sólo necesitaban muros más fuertes y más guarnición.

Aquel mismo día, el viejo Kyemlich y sus hijos pidieron a Kmita les relevase del servicio.

—¡Perros! —les dijo Andrés, encolerizado—. ¡Abandonáis el servicio y os negáis a defender a Nuestra Señora! Pues bien, ¡sea! No han pagado vuestros caballos; recibid el resto de vuestro salario.

Al decir esto arrojó una bolsa a sus pies, y añadió:

—¡Ahí tenéis lo que os debo y algo más! ¡Salid de mi presencia! ¡No sois dignos de permanecer aquí!

—No somos dignos de contemplar con nuestros ojos los esplendores de Yasna Gora —replicó el viejo Kyemlich inclinándose hasta el suelo—. ¡Fortaleza del cielo! ¡Estrella de la mañana! ¡Refugio de los pecadores! —agregó recogiendo la bolsa que le arrojara Kmita.

—¡Salid! —repitió Andrés con voz de trueno.

Obedecieron al punto, después de volver a inclinarse de un modo reverente; el miedo hacía palpar sus corazones y se consideraban muy felices de que las cosas terminaran de aquella manera.

La noche siguiente fue oscura y lluviosa; el invierno se dejaba sentir antes de tiempo y junto con la lluvia caían copos de nieve. Kmita no durmió; estuvo en los glacis con Charnyetski, a quien hablaba de sus últimas campañas. Ya eran buenos amigos. Charnyetski le refirió sus escaramuzas con los suecos en Pjedor, en Jarnovski y en los alrededores de Cracovia, envaneciéndose un poco.

De pronto Kmita volvió la cabeza y aguzó el oído.

—¡Vienen! —dijo.

—¿Quién?

—Oigo los caballos.

—Es el viento y el ruido de la lluvia...

—¡Por las llagas de Cristo! ¡Eso no es el viento! ¡Pisadas de caballos! ¡Tengo un oído finísimo! Numerosa caballería avanza y ya está cerca. ¡Llegó el ansiado momento!

Los gritos del joven caballero despertaron a la guardia, que dormía a corta distancia.

Inmediatamente se echaron mechas encendidas en los barriles de alquitrán que estaban colocados junto al parapeto y un fulgor rosado se extendió por las rocas. Entonces los moradores de Yasna Gora vieron frente a sí un destacamento a caballo y detrás de él largas filas de hombres armados, con las banderas desplegadas.

Los trompeteros tocaron aún largo rato, como si hubieran querido de este modo poner de manifiesto todo el poder de los suecos y atemorizar a los frailes.

Al fin callaron; uno de ellos se separó de las filas y, tremolando una bandera blanca, avanzó hacia las puertas.

—En nombre de Su Majestad —dijo— el Serenísimo rey de los suecos, godos y vándalos; gran príncipe de Finlandia, Estonia, Corelia, Stettin y Pomerania; príncipe de Rugen; señor de Ingria, Vismark y Bavaria; conde del Palatinado del Rhin, ¡abrid la puerta!

—Dejadle entrar —ordenó el prior.

El jinete vaciló un instante; después echó pie a tierra, entró, y viendo un grupo de monjes preguntóles:

—¿Cuál de vosotros es el prior?

—Soy yo —respondió Kordetski.

El mensajero le entregó una carta sellada y dijo:

—El conde Veyhard espera la respuesta.

Reuniéronse los nobles y los monjes en la cámara del Consejo para deliberar.

—¡Adelante! —dijo Charnyetski a Andrés— Venid con nosotros.

—Iré, pero sólo por curiosidad, porque nada tengo que hacer allí —respondió Kmita.

En la sala, el prior rompió el sello y leyó:

«No es para vosotros, reverendos padres, un secreto el interés que siempre he sentido por vosotros y por este santo lugar; por lo mismo, espero que no dudaréis de mis palabras. No vengo como adversario, sino como amigo. Poned sin temor el convento bajo mi protección, porque así lo exigen las presentes circunstancias. De este modo hallaréis la paz tan deseada, al propio tiempo que vuestra seguridad. Os prometo solemnemente que respetaré la santidad del lugar y vuestros bienes. Correrán de mi cuenta todos los gastos. Considerad el provecho que lograréis al satisfacerme y confiar el convento a mi custodia. Tened presente mi advertencia, a fin de no incurrir en desgracia con el terrible general Miller, cuyas órdenes serán muy severas, pues se trata de un hereje y enemigo declarado de vuestra fe. Si él viene, deberéis ceder a la necesidad y obedecer su mandato, y sufriréis penas morales y materiales por no haber querido seguir mi consejo.»

El recuerdo de los beneficios del conde Veyhard llevó la duda al ánimo de los frailes. Algunos creyeron que esta protección les preservaría de muchas desgracias; pero nadie habló, en espera de las palabras del prior, quien al fin dijo:

—¿Es amigo nuestro el que llega de noche al frente de numerosas tropas y pretende espantarnos con el sonido de las trompetas? ¿Por qué, si esperaba ser recibido como corresponde a un bienhechor, ha venido con más de seis o siete mil hombres? ¿Qué significan estas legiones de soldados? ¿Y por qué permanecen al pie de las murallas en son de amenaza? Mis queridos hermanos, volved vuestros pensamientos a Dios y levantad vuestros corazones, a fin de que el Espíritu Santo os ilumine, y ved lo que debemos hacer en beneficio de la casa.

Tras prolongado silencio, se oyó la voz de Kmita que decía:

—En Kruskin, Lisola le preguntó: «¿Os apoderaréis del tesoro del convento?» A lo que respondió el conde: «La Madre de Dios no tiene necesidad de los táleros que están en la caja del prior.» Hoy el mismo conde Veyhard os escribe, reverendo padre, ofreciéndose a sufragar todos los gastos y asegurando que os favorecerá. Ved a qué extremo llega su sinceridad.

—La guerra no es de nuestra incumbencia —observó el padre Tomitski—. Veamos lo que opinan estos caballeros que se han refugiado bajo el manto de la Madre de Dios.

Todos los ojos se volvieron a Zamoyski, el más viejo y el de mayor autoridad y prestigio. El caballero se levantó y dijo lo siguiente:

—Se trata de vuestra suerte, reverendos padres. Comparad la fuerza del enemigo con la resistencia que podéis oponerle. ¿Qué consejo podemos daros, nosotros que somos vuestros huéspedes? Pero ya que pedís mi parecer, os responderé: Mientras a ello no nos obliguen las circunstancias, no hay que pensar en la rendición, pues sería vergonzoso para nosotros implorar la paz de un enemigo sin fe. Nos hemos refugiado bajo el amparo de la Santísima Virgen, y hemos jurado vivir o, si Dios lo quiere, morir con vosotros. Ciertamente es Nuestra Santa Madre la que infunde en nuestro corazón el deseo de defenderla contra hombres impuros y sacrílegos, y ella nos ayudará y nos procurará la victoria.

Al llegar a este punto, Zamoyski se calló. Andrés corrió a besarle la mano. Todos los presentes se contagiaron de aquel juvenil ardor, en el que vieron un buen presagio. El deseo de defender el convento invadió todos los corazones.

—Sí —exclamó el prior—, defendámonos, hermanos, porque nunca podremos contar con colaboradores más leales.

Se resolvió enviar al conde dos padres con la respuesta de que permanecerían cerradas las puertas y se defenderían los sitiados, para lo cual les autorizaban las promesas del rey.

Pero al mismo tiempo los enviados debían suplicar humildemente al conde que desistiese de su empeño, o al menos lo aplazase por algún tiempo, hasta que los monjes hubiesen pedido el permiso correspondiente al padre Teófilo Bronyevski, provincial de la Orden, que se hallaba a la sazón en Silesia.

Los enviados, padres Yarachechevski y Bronyevski, salieron para cumplir su encargo, mientras los demás aguardaban impacientes en el refectorio.

Apenas había transcurrido media hora cuando reaparecieron los dos padres ante el Consejo y entregaron a Kordetski una carta del conde. El prior la leyó en seguida.

Cuando hubo terminado fijó su mirada en los congregados y dijo con voz solemne:

—¡En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo! ¡En nombre de la Purísima y Santísima Madre de Dios! ¡A las murallas, hermanos míos en Jesucristo!

—¡A las murallas! ¡A las murallas! —respondieron con voz unánime.

Poco después una viva claridad iluminó el convento. El conde Veyhard había dado orden de incendiar la aldea al pie del monte. Las viejas casas ardían con intensidad extrema, y al poco rato se había convertido la población en una inmensa hoguera. Gritos de terror y furiosos lamentos atronaron el espacio. Entre los defensores, muchos veían por primera vez los horrores de la guerra y su corazón palpitaba de terror.

Como no se habían disparado todavía los cañones del convento, los soldados echaron pié a tierra y se acercaron a las murallas agitando sus espadas y mosquetes y profiriendo amenazas contra los sitiados.

Kmita se hallaba al lado de Charnyetski, frente a la iglesia, y lo veía todo claramente. Tenía en la mano un arco que había heredado de su padre, el cual habíalo quitado al célebre Agá de Hotsin, y al oír las invectivas de los asaltantes se fijó en uno de los más endemoniados, de gigantesca estatura, y lo tendió muerto en el suelo.

Otro hombre corrió hacia el muerto, queriendo ver si lo estaba realmente, pero el arco silbó de nuevo y el curioso cayó al lado de su compañero.

Entretanto las piezas de campaña que Veyhard había traído consigo abrían el fuego. No podía dar el asalto porque sólo tenía jinetes; pero mandó disparar con el solo objeto de aterrorizar a los monjes.

Kordetski acudió al lado de Charnyetski, y con él vino el padre Dobrosk, que mandaba la artillería del convento en tiempo de paz, y en los días festivos disparaba las salvas.

El prior bendijo los cañones y el fraile se acercó a uno, el más próximo, y con la mecha encendida tocó la estopa.

Un estampido formidable sacudió el aire y el humo impidió ver; pero poco después lo disipaba el viento. En el punto tomado como blanco no quedaba en pie un solo hombre. Algunos yacían por el suelo con sus caballos; los demás habían huido.

De nuevo sonaron las trompetas suecas, pero esta vez se iban alejando. El incendio continuó hasta que todo quedó reducido a pavesas. La montaña de Yasna Gora quedó envuelta entre las tinieblas. Se oyeron relinchos de los caballos, pero siempre a mayor distancia, cada vez más débiles... El conde se volvía a Kjepitski. El prior entonces se arrodilló en los glacia.

—¡María, Madre de Dios —dijo con voz potente—, haz que todos los que se dirigen contra nosotros se separen del mismo modo... con la vergüenza y la rabia en el alma!...

Mientras él rezaba, las nubes se rasgaron sobre su cabeza y la clara luz de la luna argentó las torres, las murallas, al prior arrodillado, y los humeantes escombros de la ciudad.

### XXXIX

Al día siguiente reinaba en Yasna Gora la mayor calma; y los monjes la aprovecharon para continuar con diligencia los preparativos de la defensa. Se repararon por completo los muros y se introdujeron otros medios de resistencia más eficaces.

Kordetski se multiplicaba. Asistía a los divinos oficios, celebraba consejo, no abandonaba a los enfermos y en los intervalos visitaba las murallas y hablaba con los nobles y con los vasallos. Su semblante estaba muy pálido a consecuencia de la fatiga excesiva, pero se reflejaba en sus ojos una calma imperturbable, y sus labios se movían rezando sin cesar, delatando que aquel hombre velaba, pensaba y oraba al mismo tiempo.

Aunque confiando en la ayuda del Cielo, el prior no olvidaba los medios terrenos de salvación. Enviaba cartas a todas partes. Escribió a Witemberg, comandante en jefe de Cracovia, pidiéndole que respetase el sagrado asilo; escribió a Juan Casimiro, que en Opol había tentado el último esfuerzo para salvar a un pueblo ingrato, y luego a Esteban Charnieski, al conde Veyhard, al coronel Sardovski, bohemio luterano, que servía a las órdenes de Miller, pero que, dotado de un alma noble, se había esforzado por disuadir al feroz general de su propósito de asaltar el convento.

El conde Veyhard, irritado por la obstinada resistencia que le habían opuesto los frailes el día ocho de noviembre, hizo todo lo posible por inducir al general a una nueva tentativa contra Chenstohova o Yasna Gora. En cambio, Sardovski disuadía al general, haciéndole presente que la toma de la más débil fortaleza podía costar mucha sangre y mucho tiempo, si los sitiados resistían hasta morir.

—Pero los frailes no se defenderán —le objetó Miller.

—Creo todo lo contrario. Por lo mismo que son ricos, defenderán obstinadamente sus tesoros. Sucederá en este caso lo que aconteció en Alemania, donde los frailes dieron ejemplo de valor y de tenacidad. El convento se levanta sobre una montaña roquiza, casi inaccesible a los sitiadores; los muros se hallan en buen estado y no les faltan provisiones. Añadid todo esto al fanatismo, que les presta ardor extraordinario y que...

Miller conocía la justicia de los razonamientos del coronel, y además, era supersticioso como pocos, pero, ganoso de prolongar la disputa, replicó:

—Habláis como podría hacerlo el mismo prior de Yasna Gora, o como si esa gente os hubiera comprado.

Sardovski era un valeroso soldado y hombre irritable, y conociendo bien el propio valor, se sintió más fácilmente ofendido.

—No diré una palabra más —respondió con altivez.

Y al decir esto, saludó a su jefe y salió.

Al día siguiente se concentró en Vyelunie la nueva expedición contra Chenstohova.

No se deliberó en secreto, por lo que él padre Yatsek Runidski, superior del convento de Vyelunie, pudo dirigirse a tiempo a Chenstohova para llevar así la noticia. El pobre fraile

no admitió por un solo instante que sus hermanos de Yasna Gora pudiesen defenderse; sólo quería avisarles de que pidiesen una capitulación honrosa. En efecto, la noticia produjo en los frailes una impresión penosa, pero Kordetski levantó su ánimo, inflamó aquellos corazones con sus palabras, prometió milagros, presentó la muerte en su aspecto más hermoso y logró que se aperciesen a la defensa como si se tratase de una función religiosa.

Los jefes de la guarnición, Zamoyski y Charnyetski, hicieron por su parte todos los preparativos. Quemaron todas las barracas adosadas a los muros y todo lo que podía servir de reparo al enemigo, y destruyeron los edificios próximos a la montaña, de tal manera que la fortaleza parecía rodeada de un anillo de fuego.

De Vyelunie a Chenstohova la distancia es corta. El 18 de noviembre debía empezar el cerco, y el general Miller calculaba que la empresa no duraría más de dos días y que los sitiados debían capitular.

Entretanto el padre Kordetski preparó a su gente. Todos asistieron a los oficios divinos con la alegría del que va a una fiesta. El prior mismo celebró la misa mientras las campanas repiqueteaban, y terminada la religiosa ceremonia celebró una gran procesión por los glacia.

Esta dio la vuelta a los muros, y al llegar a determinado punto, el prior se detuvo, y bendijo al pueblo y a los soldados.

Dieron las dos de la tarde. La procesión se hallaba aún en la explanada cuando de pronto se vio en lontananza una nube de polvo que se levantaba rápidamente.

Un grito brotó de muchos labios:

—¡Los suecos! ¡Los suecos!

Después cesaron de palpar los corazones y enmudecieron los labios. Pero en aquel punto se elevó con fuerza la voz del prior que decía:

—¡Regocijémonos, hermanos! ¡Se acerca la hora milagrosa de la victoria! ¡Concedéndonos tu protección, Madre Amantísima!

Entretanto se acercaba cada vez más la nube de polvo, y se distinguían ya hombres cuyas armas centelleaban a los rayos del sol.

De improviso la caballería, que precedía a los infantes, avanzó al galope, y al llegar al pie de la montaña se dividió en pequeños destacamentos. Algunos de éstos se diseminaron en un abrir y cerrar de ojos por los pueblos con el propósito de saquearlos; otros empezaron a cabalgar en torno a la fortaleza, estudiando el terreno y ocupando los edificios contiguos.

Finalmente llegaron los regimientos de infantería para circundar el convento, buscando los puntos más adecuados para emplazar los cañones.

El general Miller envió a los frailes un parlamentario con la orden de rendirse. Este tocó la trompeta frente a la puerta, pero los defensores respondieron a cañonazos.

Puesto que los habitantes de la ciudad habían sido arrojados de sus hogares por los suecos, urgía destruir aquellos edificios lo más pronto posible, a fin de que el enemigo, que había buscado en ellos amparo, no causase daño al convento. Balas encendidas caían en las casas, derribando las paredes y los techos, y columnas de humo se alzaban del sitio donde se habían detenido los proyectiles.

El incendio destruía los edificios. Los regimientos que se habían posesionado de las casas se dieron a la fuga, y, no conociendo sus posiciones, comenzaron a correr a la desbandada. Así empezó a reinar confusión grandísima; se llevaron los cañones no emplazados para salvarlos al menos de la destrucción. Miller estaba aturdido; no había creído que lo recibiesen de aquel modo ni que existieran tan excelentes tiradores en Yasna Gora.

En tanto anocheecía, y el general envió un trompeta a pedir una tregua, que los padres concedieron sin dificultad.

A la mañana siguiente reanudaron sus certeros disparos de cañón, que se sucedían con tal precisión, que oficiales y soldados quedaron atónitos y asustados.

La artillería del convento ocasionó aquel día una gran pérdida a los suecos y los mismos veteranos permanecieron confusos y atribuían su desgracia al hecho de haberse aproximado a la fortaleza.

El cebo de un rico botín sostenía el vigor de los soldados, pero era evidente que el temor con que los escuadrones polacos se habían acercado al convento, temblando a la idea de que iban a cometer un sacrilegio, se había comunicado a los suecos.

En aquella época todo el mundo era supersticioso y el propio general Miller creía en los sortilegios y encantamientos.

El viejo general no mostraba temor alguno, pero al día siguiente confió al príncipe de Hesse el mando de los puntos amenazados, se dirigió con la artillería pesada al lado septentrional del convento, hacia Chenstohova, y allí preparó las trincheras durante la noche para poder atacar al convento al día siguiente.

Antes de amanecer empezó el fuego de artillería, pero esta vez los primeros en disparar fueron los suecos.

El enemigo no pensaba siquiera en abrir brecha; quería atemorizar solamente a los sitiados, cubrir de balas la iglesia y el convento, prenderle fuego, desmontar los cañones, matar gente y sembrar el pánico.

Por más que llovían las balas, el prior dispuso que se celebrase otra procesión alrededor de las murallas. Densas nubes de humo envolvían el convento y la iglesia.

A mediodía el combate era tan obstinado, que los suecos imaginaron que al desvanecerse el humo verían en el sitio donde se levantaban el convento y la iglesia un montón de escombros.

Kmita, que estaba en los glacis junto a los cañones dirigidos contra Chenstohova, de donde venía el fuego mortífero, corría de una pieza a otra y arengando a los artilleros ponía él mismo manos a la obra.

Su mirada de águila penetraba el humo y el polvo. Las balas silbaban a su alrededor, pero no se preocupaba de esto.

Apuntaba tan bien que alcanzó a desmontar una de las piezas enemigas. El propio Charnyetski estaba maravillado de la precisión de su tiro.

A las tres de la tarde cesó de disparar el cañón sueco, desmontado por los tiros admirables de Kmita. Una hora después, los suecos trasladaban las piezas, viendo que la posición era insostenible.

Kmita exhaló un profundo suspiro.

—¡Descansad! —le dijo Charnyetski.

—Necesito comer —exclamó el joven. Soroka, dame algo.

El viejo sargento le dio un poco de *goraika* y algunos pescados fritos. Kmita empezó a comer con avidez y sin preocuparse por las bombas que volaban a su alrededor y que no venían ya de Chenstohova, sino del lado opuesto.

—No valen gran cosa esos artilleros —dijo Andrés sin cesar de comer—. Apuntan demasiado alto y las balas pasan por encima de nuestras cabezas.

Un monje oyó estas palabras. Era un novicio de unos diecisiete años, que tenía un miedo cerval. Kmita con su imperturbable calma, le infundía valor, y el monje, oyendo sus palabras, se refugió involuntariamente a su lado.

—Hermano —dijo Kmita—, pareceme que tenéis miedo.

—Ya sabía —contestó el novicio— que la guerra es cosa fea, pero nunca sospeché que lo fuera tanto.

—No todas las balas matan, porque, de otro modo, no quedarían hombres en el mundo.

—Me dan miedo esas balas enormes que estallan y producen heridas espantosas.

—Son granadas y tienen un agujerillo en el que hay un taco de papel o de madera. En el taco hay un poco de estopa impregnada de azufre que arde en el momento de disparar el cañón. Si la bomba cae por el lado de la espoleta, el fuego llega a la pólvora y la granada estalla. Pero la explosión sobreviene también cuando la espoleta se quema hasta el fin.

Apenas había terminado la frase, cuando cayó a su lado una granada.

Por fortuna, el proyectil había caído con la espoleta hacía arriba, pero el azufre no estaba apagado, puesto que del agujero salía humo.

—¡Al suelo! ¡Al suelo! —gritaron algunas voces.

Pero Kmita se lanzó sobre el terrible proyectil, tomó con rapidez la espoleta, la echó a un lado y levantando en la mano la bomba gritó:

—Mirad, es lo mismo que si le hubiera arrancado los dientes a un perro. ¡Ahora ya no matará ni una mosca!

Los asistentes enmudecieron a la vista de aquel acto heroico; el novicio miró con ojos de asombro a Kmita; y el prior, que había sido testigo también de tan pasmosa hazaña, se acercó a Andrés y, después de bendecirle, le dijo:

—Con hombres como vos, Yasna Gora no se rendiría jamás; pero os prohíbo exponeros sin necesidad al peligro inminente. Cuando haya terminado el fuego, tomad esa granada, vaciadla y llevadla a Nuestra Señora. Este don le será más grato que todas las perlas y piedras preciosas que podáis ofrecerle.

—Padre... —respondió Kmita, profundamente conmovido.

Y no pudo decir más porque su voz expiró en la garganta. Brillaban sus ojos llenos de lágrimas, y el prior añadió:

—Id a Ella con esas lágrimas antes que se enjuguen. Su gracia os calmará, os confortará y os colmará de honores y gloria.

Al decir esto le asió por el brazo y le llevó a la iglesia. Charnyetski, siguiéndole con la mirada, dijo:

—He visto en mi vida muchos hombres valerosos que no calculan el peligro; pero ese lituano, o es el d...

Charnyetski se tapó la boca con la mano para no proferir una palabra que pudiera ofender la santidad del lugar.

---

## SEGUNDA PARTE

### I

Siguiendo el consejo de sus oficiales, Miller reanudó las negociaciones enviando al convento a un noble polaco, respetable por su edad y su elocuencia. Los frailes le recibieron cordialmente, juzgando que sólo en apariencia trataría de la rendición, y que en realidad reanimaría su valor confirmando las noticias llegadas hasta ellos a despecho del asedio referentes a la sublevación de la Gran Polonia, al descontento de las tropas suecas, a las negociaciones de Juan Casimiro con los cosacos, y por último a la tremenda declaración del jan de los tártaros, que querían volar en auxilio del rey vencido, y perseguir a sus enemigos a sangre y fuego.

Todos se agruparon alrededor del enviado en la sala del Consejo y quedaron pendientes de sus labios; parecía que por su boca hablaba la sinceridad personificada, mientras expresaba su dolor por las desventuras de la patria.

—¡Ah! ¡En qué tiempos vivimos! —exclamó con los ojos humedecidos por las lágrimas—. Todo auxilio llegaría demasiado tarde, y no queda otro remedio que someterse al rey de Suecia. ¿Ignoráis que, prefiriendo las riquezas y la vida de placeres a una corona de espinas, ha renunciado a sus derechos en favor de Carlos Gustavo? No queréis dejarle, y él os abandona violando la fe jurada; estáis dispuestos a morir por él, y por su parte desconoce este admirable sacrificio. ¡Carlos Gustavo es nuestro rey legítimo; no llaméis sobre vuestra cabeza la ruina y la venganza; no alcéis vuestra mano sacrílega contra el soberano elegido por la Virgen!

Oyeron en silencio estas palabras, como si un soplo de muerte helase todos los corazones. ¿Qué podía esperarse después de la abdicación de Juan Casimiro? La nueva era inverosímil; pero aquel viejo noble hablaba frente a la cruz, derramando lágrimas ante la imagen de la Virgen.

Si ello era verdad, una resistencia obstinada equivaldría a un acto de locura. El prior no interrumpió el silencio, pero su mirada penetrante no se apartaba del rostro del enviado.

Este se turbó. Quiso sostener aquella benigna mirada, pero no pudo. Miró en torno suyo con ojos inquietos, y tras una pausa, añadió:

—No persistáis en vuestra resistencia. El resultado de ésta sería la destrucción de esta santa iglesia (¡Dios no lo permita!) y vuestra pérdida. Hermanos míos, no carguéis vuestras conciencias con semejante responsabilidad. Este sagrado retiro no es sólo para vosotros; haced que florezca por muchos siglos, y que sea la bendición de este país.

Al decir esto, el traidor abrió los brazos y empezó a llorar. Todos callaron, torturados por la desesperación y la pena. La duda comenzó a apoderarse de todos los oyentes.



—Aguardo vuestra respuesta, padres —añadió el «venerable» traidor, doblando la cabeza sobre el pecho.

Kordetski se levantó, y como inspirado por una visión profética, habló en estos términos:

—Vuestro aserto de que Juan Casimiro nos ha abandonado es una calumnia. La esperanza vive en el corazón del desterrado y en este momento piensa en asegurar la salvación de la patria, y en ayudarnos contra la opresión.

Cayó la máscara del rostro del traidor, y claramente se vio su malignidad y su engaño.

—¿Quién os ha comunicado estas nuevas? —preguntó.

—¿Quién? —respondió el prior señalando un gran crucifijo que pendía en la pared—. Prosternaos delante de Cristo y repetid lo que nos habéis dicho.

El traidor no se movió, y empezó a temblar.

Kordetski se hallaba en pie, frente a él, grande, imponente, terrible como Moisés.

—¡Id! ¡Repetid vuestras palabras! —dijo sin bajar la mano y con voz potente que hacía temblar la bóveda de la sala.

Siguió un breve silencio, tras el cual oyóse la voz del enviado que decía remisamente:

—Me lavo las manos.

—Como Pilatos —añadió Kordetski.

El traidor no chistó; salió de la estancia, atravesó corriendo el patio, y al llegar a la puerta corrió con mayor rapidez, como si le persiguieran, hasta el campo sueco.

Zamoyski se fue a participar lo ocurrido a Charnyetski y a Kmita, que no estaban en la sala.

—Por eso corre al igual que un gamo —dijo Charnyetski—. De buena gana le enviaría una bala.

—Magnífica idea —exclamó Kmita.

Y sin decir más, aplicó al cañón la mecha que tenía en la mano.

Se oyó la detonación antes de que Charnyetski y Zamoyski advirtieran lo ocurrido.

—¡Cielos! ¡Qué habéis hecho! —gritó Zamoyski—. Se trata de un enviado.

—Hice mal —dijo Kmita—, porque no le he dado y corre todavía.

—Sea como fuese —dijo Charnyetski—; ése no volverá.

—Si no vuelve ése, vendrán otros —profirió Zamoyski—: no debemos oponernos a las negociaciones, porque éste es el mejor medio de ganar tiempo en espera de socorros. Se acerca el invierno y cada vez resulta más difícil el asedio. La demora significa una gran pérdida para el enemigo, y provecho para nosotros.

Zamoyski volvió a la sala, donde continuaba la discusión. Las palabras del traidor habían turbado los corazones de aquellos hombres. Nadie creía en la abdicación de Juan Casimiro, pero el enviado les había recordado el inmenso poder de Suecia, que ellos parecían echar en olvido.

Posnania, Varsovia, Cracovia, sin contar muchos castillos, habían abierto sus puertas al conquistador; ¿cómo podría Yasna Gora defenderse en medio de un diluvio general de derrotas?

La nación se asemejaba a una nave hundida en los abismos del mar, y aquel convento surgía como la cima de un árbol en medio de las cenagosas aguas de una terrible inundación. La mayor parte de los nobles y los frailes temían perecer en la tormenta, y al entrar Zamoyski en la sala, Kordetski decía:

—Hermanos, implorad el auxilio de nuestra Divina Madre. Toda responsabilidad pesa sobre mí, pero yo conservo mi fe, en tanto que vosotros queréis vivir en la duda. ¿Quién se atreve a sostener que nuestra celeste Reina no ha de concedernos la victoria? Supliquémosle día y noche, a fin de que con nuestra firmeza y nuestras mortificaciones logremos conmover su corazón.

—Padre —dijo uno de los nobles—; no se trata de nuestras vidas. Temblamos al pensar en las profanaciones a que se expone nuestra sagrada imagen en el caso de que el enemigo tome por asalto el convento.

—Y no aceptamos responsabilidad tan dura —añadió otro.

Esta oposición aumentaba, y se hacía cada vez más atrevida, porque la mayor parte de los frailes callaban. El prior, en vez de responder, se puso a orar.

—¡Oh Madre de tu Hijo único —dijo levantando al cielo las manos y los ojos—, si nos has visitado a fin de que en tu capital diéramos el ejemplo de constancia y firmeza, y lealtad a ti, y a la patria y al rey, ten piedad de los que quieren cegar la fuente de tu gracia e impedir tus milagros! ¿Quién tomará sobre sí la responsabilidad de impedir los milagros de la Virgen María, por la salvación de este reino y de la fe católica? —añadió dirigiéndose a los frailes y a los nobles, que le escuchaban en silencio.

—No aparecerá ese hombre —dijo Zamoyski.

Los ruegos y las palabras del prior reanimaron los corazones de los más tímidos, pero el veneno derramado por el traidor había dado sus naturales frutos.

La noticia de la abdicación de Juan Casimiro y de la dificultad de que llegasen socorros se propagó entre las mujeres, los siervos y los soldados, en los que produjo pésimo efecto. Secretamente empezaron a conspirar, y un artillero alemán, de lealtad sospechosa, propuso a los soldados concertarse con los suecos, respecto a la rendición de la fortaleza. Muchos aceptaron la propuesta, pero otros corrieron a referir el hecho al prior Kordetski, que, uniendo a su devoción dotes de hombre de gobierno, previsor y prudente, sofocó en su origen la traición que se preparaba. Expulsó de la fortaleza a los conjurados, dobló la paga de la guarnición y exigió a ésta el juramento de defenderse hasta derramar la última gota de sangre.

Al mismo tiempo redobló su vigilancia, resuelto a no quitar ojo de los soldados mercenarios ni a olvidarse de sus frailes y de los nobles. Tampoco descuidó proseguir las negociaciones, porque comprendió que Miller se obstinaba en llegar a un acuerdo. Este deseo consolaba al prior, porque le hacía comprender que las cosas no andaban muy bien para el enemigo, que mostraba querer la paz a todo trance.

Entretanto transcurrían los días, en que no callaron por completo los mosquetes ni los cañones, si bien el mayor trabajo correspondía a las plumas. Así se prolongaba el cerco, y el invierno era cada vez más riguroso. En la cima de los Cárpatos aparecían oscuras nubes, presagio de la tormenta próxima. Por la noche los suecos se acurrucaban en torno a las hogueras, prefiriendo recibir una bala a morir de frío.

En los primeros momentos los frailes fingieron que deseaban rendirse. El padre Debrosch y el padre Sebastián Staviski pasaron en calidad de parlamentarios al campamento sueco, y dieron a Miller la seguridad de una capitulación. Apenas se hubieron expresado en tal sentido, el general abrió los brazos como si quisiera estrecharlos contra su corazón.

No se trataba ya de Chenstohova, sino de la patria entera. La rendición de Yasna Gora hubiera desvanecido las esperanzas de los patriotas, y lanzado la República en los brazos del rey de Suecia, al par que una victoriosa resistencia levantaría los corazones y suscitaría contra el invasor nueva y terrible guerra. Miller lo conocía y no ignoraba la tremenda responsabilidad que había contraído debía optar entre el bastón de mariscal o una desgracia completa.

Y como estaba convencido de que no lograría apoderarse a viva fuerza del convento, recibió a los frailes con grandes honores, como si fueran embajadores del emperador de Alemania o del sultán, les invitó a una fiesta, bebió a su salud, a la del prior y a la de Zamoyski, y, finalmente, estableció para la rendición, que consideraba segura, las más favorables condiciones.

Los padres le dieron las gracias humildemente, como correspondía a frailes; tomaron el documento y se marcharon.

Miller aseguró a los suyos que Yasna Gora abriría las puertas a las ocho de la mañana del día siguiente. Reinó alegría indescriptible en el campamento de los suecos, y los soldados, abandonando las trincheras, se acercaron a los muros, empezando a charlar con los sitiados.

Sin embargo, se le anunció que en asunto de tanta importancia el prior debía consultar con la comunidad; los frailes pidieron plazo de veinticuatro horas, y Miller consintió. Entretanto, los frailes y los nobles discutieron en la cámara de Consejo hasta hora adelantada de la noche.

Aunque Miller era un veterano y un hombre práctico en negocios de guerra, su corazón latía con violencia al día siguiente cuando vio llegar a la tienda dos frailes. No eran los mismos que se habían presentado la víspera. Venía primeramente el padre Blehynski, que llevaba en la mano una carta cerrada y sellada, y le seguía el padre Malahovski con los brazos cruzados sobre el pecho y la cabeza baja. El general los recibió rodeado de su Estado Mayor y de los coroneles, y después de responder atentamente al humilde saludo de los enviados, abrió la carta y empezó a leerla.

Pero de pronto su rostro mudó de color; una oleada de sangre subió a su cabeza, sus ojos parecieron salir de las órbitas y un furor espantoso le erizó los cabellos bajo su peluca. Por un instante no pudo articular palabra y tendió la carta al príncipe de Hesse, que la tomó al punto y la leyó a su vez; y después, volviéndose a los coroneles, les dijo con la mayor serenidad:

—Los frailes declaran que no pueden romper el juramento de fidelidad a Juan Casimiro antes de que el Primado proclame otro rey; o dicho en otros términos, que no pueden reconocer a Carlos Gustavo.

El príncipe de Hesse se echó a reír, Sardovski miró burlonamente al general y el conde Veyhard se mordió los labios con ira. Un sordo murmullo corrió de boca en boca.

Entonces Miller, dando una palmada, gritó:

—¡Guardias! ¡Guardias!

Acudieron rápidamente cuatro mosqueteros.

—Prended a esos hombres, o lo que sean —gritó el general— y atadlos. Y vos, Sardovski, haced que un trompetero anuncie bajo los muros del convento que si se dispara un solo cañonazo mandaré al punto ahorcar a esos frailes.

Los dos padres fueron conducidos entre los sarcasmos de la soldadesca. Los mosqueteros les cubrían la cabeza con sus propios sombreros, tiraban de ellos, y cuando uno de los frailes tropezaba y caía, le levantaban con los mosquetes y fingiendo sostenerle le pegaban en la espalda. Algunos le arrojaban el estiércol de los caballos, otros le apedreaban con nieve. Hubo quien, quitando los cordones de la trompeta, ataba un cabo al cuello de los frailes y les guiaban como a bueyes que van al mercado.

Pero los desdichados lo soportaban todo con santa resignación.

Según lo mandara Miller, un trompetero amenazó a los sitiados con la venganza del general.

Los padres se asustaron y callaron los cañones.

Reunióse el Consejo. No sabían qué resolver. Al poco rato, el general les mandó recado preguntándoles qué habían acordado.

Respondieron que hasta tanto no se pusiera en libertad a los frailes, no podían continuar las negociaciones, porque, ¿cómo podrían creer que el general respetaría las condiciones de la rendición si, a despecho de las leyes comunes a todo el mundo, detenía a los enviados, cuya inviolabilidad respetaban hasta los pueblos bárbaros?

A tales declaraciones no era fácil responder sin dilación. Entretanto, la horrible incertidumbre oprimía a los sitiados y abatía su celo.

Los suecos abrieron nuevas trincheras, llenaron de tierra sacos y canastas y colocaron otros cañones. Algunos soldados, medio ebrios, prorrumpían en blasfemias contra la Madre de Dios y la fe católica. Los sitiados los oían con paciencia, por temor de que padecieran los frailes cautivos.

La rabia torturaba a Kmita. Se mesaba los cabellos y retorció las manos, pero debía someterse y enfrenar su cólera.

Entretanto, los suecos se acercaban cada vez más.

Un nuevo incidente llevó a su colmo la desesperación de los sitiados. Esteban Charnieski, al ceder Cracovia, había obtenido la condición de salir libre con sus tropas y permanecer en Silesia hasta el fin de la guerra. Setecientos infantes de su ejército, al mando del coronel Wolf, se mantenían en la frontera y, fiados en lo convenido, vivían descuidados. El conde Veyhard persuadió a Miller a hacerles prisioneros.

El general mandó al mismo Veyhard con dos mil jinetes, que por la noche redujeron fácilmente a los setecientos, a quienes se les hizo formar al pie del muro para mostrar a los frailes que el socorro que ellos esperaban le serviría para apoderarse de Chenstohova.

La vista de aquella valiente guardia del rey partía el corazón de los defensores, porque nadie dudaba de que Miller les obligaría a tomar la delantera en la escalada.

Esto sembró el pánico entre los defensores de la fortaleza. Algunos soldados rompieron sus armas, declarando que abrigaban el propósito de rendirse; los mismos nobles se hallaban desalentados, y varios de ellos se presentaron nuevamente a Kordetski suplicándole se apiadase de sus hijos, del sagrado lugar, de la imagen venerada y de la comunidad.

El prior pensaba ante todo en libertar a los dos frailes y encontró pronto el medio mejor. Escribió a Miller que sacrificaba de buen grado a los dos padres en bien de la Iglesia, pero que todo el mundo sabría lo que podía esperarse de él y el caso que se podía hacer de sus promesas.

Miller no creyó al principio las palabras de Kordetski y esperó al final del asedio. Luego mandó al convento uno de los dos frailes cautivos, bajo promesa de juramento de que volvería, a fin de que les exhortase a cesar en su resistencia. El fraile repitió fielmente las palabras prescritas, pero sus ojos hablaron de un modo distinto. Al fin profirió:

—Estimo en menos mi vida que el bien de la comunidad. Espero la deliberación del Consejo y, sea cual fuere vuestro parecer, lo transmitiré fielmente al enemigo.

«Los monjes desean reanudar las negociaciones, pero no pueden fiar en un general que hace prisioneros a los enviados.» Tal fue la respuesta que llevó a Miller. Al día siguiente fue al convento otro fraile, pero volvió con idéntica respuesta.

Después de esto, los dos religiosos fueron condenados a muerte. Se les leyó la sentencia en presencia del Estado Mayor y de los oficiales más distinguidos.

Aprovechándose de la tregua, los soldados se acercaron al muro y empezaron a insultar a los defensores, trepando por la montaña como si quisieran dar el asalto.

En aquel momento, Kmita, sin poder contenerse, disparó un cañonazo que destrozó a todos los que estaban a tiro. Fue como una orden, porque inmediatamente, y sin previo aviso, todos los cañones rompieron el fuego y se dispararon los mosquetes.

Los suecos huían en todas direcciones, prorrumpiendo en gritos y lamentos y muchos quedaron muertos en el camino.

Charnyetski se lanzó sobre Kmita y le dijo:

—¿No sabéis que esto os puede costar la vida?

—Lo mismo da. Dejadme...

Entretanto se produjo una confusión espantosa en el campamento sueco, pero era tan evidente que habían sido los suecos los primeros en violar la tregua, que el mismo Miller, en sus adentros, dio la razón a los sitiados. Es más: los disparos de Kmita libraron de la muerte a los dos condenados. Convencido Miller de que los monjes estaban

dispuestos a sacrificar a aquellos dos hermanos suyos al bien de la iglesia y del convento, decidió suspender la ejecución y dejó en libertad a los dos frailes, para no exponerse a la terrible venganza de los sitiados.

Kordetski lloró al verlos; todos corrieron a abrazarles, y se asombraron al oír de sus labios que su salvación se debía al cañonazo de marras.

El prior mandó llamar en seguida a Kmita y dijo:

—Estaba irritado contra vos, porque creía que vuestra imprudencia sería la muerte de estos dos padres; pero, sin duda, os inspiró Nuestra Señora. Esta es una señal de su gracia; ¡alegraos!

—Queridísimo padre —dijo Kmita besando la mano del prior—, no continuaremos las negociaciones, ¿verdad?

Pero no había terminado su frase, cuando se oyó a la puerta una trompeta y entró en el convento un nuevo enviado de Miller.

Era el caballero Kuklinovski, coronel del escuadrón de los voluntarios agregados a los suecos. En este escuadrón servían los mayores malandrines, gentes sin honor y sin fe. Esta pandilla, compuesta de individuos que habían escapado sabe Dios cómo de la horca, tenía algún parecido con la antigua compañía de Kmita, salvo que los de este último se batían como leones, en tanto que los primeros se contentaban con el saqueo y las violaciones.

Kuklinovski odiaba mortalmente a los frailes de Yasna Gora, y por eso pidió que le mandaran como enviado al convento, donde se proponía observarlo todo y sembrar la cizaña entre los defensores, y como conocía desde hacía tiempo a Charnyetski, se dirigió a la puerta guardada por éste; pero Charnyetski dormía en aquel momento y halló en su lugar a Kmita, a quien juzgó como un verdadero soldado.

—No imaginaba yo —le dijo— que los padres tuvieran a su servicio a un hombre como vos. ¿Cuál es vuestra graduación?

Kmita se estremeció de ira a la vista del traidor polaco, pero supo moderar sus ímpetus y respondió fríamente:

—Me llamo Babinich y he sido coronel en el ejército de Lituania; en la actualidad sirvo como voluntario a Nuestra Señora.

—Yo soy Kuklinovski, también coronel, de quien habréis oído hablar, puesto que durante más de una guerra los hombres han pronunciado a menudo mi nombre, y no sólo en la República, sino en el extranjero.

—En efecto, he oído hablar de vos —dijo el caballero.

—En Lituania hay valerosos soldados. ¿Conocéis a cierto Kmita?

La pregunta era tan inesperada que Andrés se quedó perplejo.

—¿Por qué me lo preguntáis? —balbuceó.

—Porque le amo, aunque no lo conozco; entre nosotros dos existe cierta afinidad y creo que somos los únicos soldados verdaderos que hay en la República.

—¡Llévete el diablo! —pensó Kmita; pero acordándose del carácter de enviado que ostentaba su interlocutor, añadió en alta voz—: Le he conocido personalmente. Pero entrad, porque os aguardan.

Y le mostró la puerta.

Antes de entrar, Kuklinovski se volvió a Kmita para decirle:

—Me gustaría que me acompañaseis al salir de aquí.

—Os esperaré —repuso Andrés, que al quedarse solo empezó a medir el corredor a grandes pasos, lleno de furor contra aquel pícaro que se consideraba camarada suyo.

El Consejo duró largo rato. Entretanto anocheció y Kmita continuaba esperando.

Por fin reapareció Kuklinovski. Andrés no pudo ver el rostro del coronel, pero de su respiración fatigosa dedujo que había fracasado en su intento.

Caminaron breve rato en silencio, pero Kmita, que quería saber algo, dijo con fingida afabilidad:

—Paréceme que no habéis logrado vuestro propósito. Los frailes son gente testaruda y, dicho sea para nosotros, obran mal, porque no podremos defendernos eternamente.

Kuklinovski se detuvo y asiéndole del brazo profirió:

—¿Creéis que obran mal? Tenéis buen sentido. Esos frailes se han obstinado en perecer miserablemente.

—¡Los frailes! —repuso Andrés—. Lo que me interesa es este lugar sagrado que será destruido si se prolonga la resistencia. A menos de que se confirmen los rumores que corren de que los suecos han sido derrotados y que el jan de los tártaros viene en nuestro auxilio, pues en ese caso Miller tendrá que retirarse.

—Se habla, en efecto, del jan de los tártaros, pero Miller no se retirará. Dentro de pocos días llegará la artillería de sitio y abrasaremos a estas zorras en su madriguera.

—Henos en la puerta —dijo el joven—. Aquí os dejo.

—Esperad un momento —profirió Kuklinovski hablando muy de prisa—. Me parecéis persona de buen juicio y un valeroso soldado. ¿Cómo estáis aquí al lado de estos frailes? Todos los hombres honrados están a nuestro lado. ¿Quién defiende a Juan Casimiro? Sólo Sapihea, a quien Radzivil no puede meter en cintura.

Estas últimas palabras excitaron la curiosidad de Kmita.

—¿Sapihea ha vencido a Radzivil? ¿Es posible?

—Sí. Ha luchado porfiadamente en Podliasye y ahora está sitiando Tykotsin. Pero nosotros no iremos a libertarle.

—¿Por qué?

—El rey de Suecia espera que se destruirán mutuamente. Radzivil no ha dado la menor prueba de lealtad. Nunca se ha preocupado más que de sus intereses.

—¿De modo que los suecos no le ayudarán?

—¿Quién podría hacerlo? El rey está en Prusia; porqué allí se debate la gran cuestión. El Elector ha vacilado hasta ahora, pero al fin tendrá que decidirse. En la Gran Polonia arde la guerra civil; la presencia de Witemberg es indispensable en Cracovia. Douglas tiene que hacer en otro lugar, y por lo mismo Radzivil tendrá que ingeniarse y salir del paso como pueda. Sapihea le asestará el golpe de gracia. Después, los confederados se las entenderán con el rey, que los vencerá fácilmente. Por ahora ningún poder se opone al suyo, ya que con él están todos los lituanos.

—¿Y los de Imud?

—Pontus de la Gardie los ha pescado en sus redes.

—¿Cómo ha podido caer ese Radzivil, cuyas fuerzas igualaban a las del rey?

—Su poder se deshace como la nieve al sol. Pero no hablemos más de esto. ¿Qué os parece mi propuesta? Si no queréis venir hoy, dejadlo para mañana, pero decidíos antes de que llegue la artillería de sitio.

—Pretendéis favorecer a los suecos porque sois su enviado —dijo Kmita—; pero en el fondo de vuestro corazón, ¿qué pensáis? Hay quien sirve a los suecos sin dejar de odiarlos.

—A fuer de caballero, os juro que hablé con toda sinceridad y no como un enviado.

—¿Me hacéis esa proposición por cuenta vuestra?

—Sí.

—¿Y puedo responderos del mismo modo?

—Sí.

—Escuchadme pues, Kuklinovski.

Al decir esto, Kmita se inclinó y mirando a los ojos del renegado añadió:

—¡Sois un bribón, un traidor, y un canalla! ¿Tenéis bastante o deseáis que os escupa al rostro?

Kuklinovski quedó aturdido e inmóvil, como petrificado.

Recobrando, empero, su presencia de ánimo desenvainó el sable e hizo ademán de arrojarlo sobre Kmita; mas éste le agarró con mano de hierro, y le torció el brazo, le arrebató el sable, y de un empujón derribólo al suelo y propinándole un tremendo puntapié dijo:

—Esto lo doy por mi cuenta al traidor, no al enviado.

Kuklinovski salió rodando por el declive como una piedra, y Kmita entró tranquilamente y cerró la puerta.

Pocos pasos había dado, cuando vino a su encuentro el prior, que le preguntó:

—¿Qué habéis estado haciendo tanto rato con Kuklinovski?

—Me ha hecho una confidencia —respondió el joven.

—¿De qué se trata?

—Dice que es muy cierto lo que se afirma del jan de los tártaros.

—¡Dios sea loado!

—Añade que la Gran Polonia se agita.

—¡Bendigamos a Dios!

—Que los soldados están cada vez más descontentos de los suecos, y que en Podliasye el vaivoda de Vitiéks ha batido al traidor de Radzivil, y que Lituania entera está con los confederados, salvo Imud, donde gobierna Pontus de la Gardie.

—¡Dios sea loado! ¿Y qué más ha dicho?

—Ha tratado de persuadirme a que desertara al campamento sueco.

—Ya me lo esperaba —añadió el prior—; es un malvado. ¿Y qué le habéis respondido?

—Lo he lanzado rodando por la pendiente.

El fraile guardó por algunos instantes silencio y luego dijo:

—Habéis obrado lealmente, pero ese hombre es temible y conviene vivir alerta.

—¿Un enemigo más qué importa? —dijo Kmita.

E inclinándose al oído del prior añadió:

—El príncipe Bogislao sí que es temible.

## II

Por último, dio señales de vida el terrible Witemberg. Uno de sus oficiales se presentó en el convento con la orden de que se entregase la fortaleza a Miller. «En caso contrario, escribía Witemberg, tened la seguridad de que os espera un castigo que servirá de ejemplo a los demás. De lo que ocurra sólo vosotros seréis los responsables.»

Al recibir esta carta, los padres resolvieron, como de costumbre, dar largas al asunto, suscitando diariamente nuevas dificultades. Pasaron más días con la alternativa de cañonazos y negociaciones.

Miller declaró que él pretendía únicamente introducir en Yasna Gora una guarnición para asegurar el convento contra las pandillas de malandrines. Los padres respondieron que si su sola guarnición bastaba contra tan poderoso caudillo, serviría también para defenderse de los ladrones, y terminaban suplicándole en nombre de Dios y la Virgen

María y por el respeto que el pueblo profesaba al sagrado recinto, que marchase a Vyelunie, o adonde le pluguiese. Pero los suecos habían perdido la paciencia.

En los primeros momentos, Miller no alcanzaba a comprender por qué causa, después de rendirse todas las ciudades, aquélla plaza se resistía con tan grande obstinación.

Andando el tiempo comprendió, no obstante lo limitado de su entendimiento, cuáles eran los propósitos de Kordetski. Aquel fraile humilde sabía lo que hacía y conocía la importancia de su misión; se había erigido en probeta y enseñaba al pueblo con su ejemplo, y con voz potente gritaba: *¡Sursum corda!*

Al advertir su error, el viejo guerrero quedó aterrado. De pronto aquel convento de Chenstohova se le antojó formidable castillo defendido por titanes. Una duda se deslizó en su ánimo. Al pensar que la culpa del fracaso caería sobre él empezó a buscar el verdadero responsable, y su cólera pesó sobre el conde de Veyhard. Surgieron disputas y recriminaciones en el campo y la discordia encendió los corazones.

Miller se consoló con la idea de que los muros del convento no resistirían a los gruesos cañones de sitio.

—Si ese nido de supersticiones y conjuros queda destruido —se decía—, las cosas cambiarán de aspecto y el país se tranquilizará.

En tanto que llegaban los gruesos cañones de sitio, mandó disparar con los pequeños. Pero en vano caían sobre los techos las rojas balas; al desvanecerse el humo el convento aparecía grandioso como siempre, con sus torres que se levantaban hacia la bóveda azul del cielo.

Además, los escuadrones polacos, excepto el regimiento de Kuklinovski, mostrábase cada vez más reacios a tomar parte en el asedio y cada día revelaban más claramente su hostilidad. Miller amenazó al coronel Zbrojek con el Consejo de guerra, pero éste respondió en presencia de los demás oficiales:

—Probadlo, general.

Los oficiales de los escuadrones polacos vagaban por el campamento sueco y buscaban querrela a los oficiales de Carlos Gustavo. Miller dictó órdenes muy severas contra el duelo y finalmente prohibió a los polacos la entrada en el campamento. De ahí que se rompieran al fin las relaciones entre los dos campos.

Una mañana se produjo espantoso pánico en las trincheras del lado de Poniente, porque los soldados afirmaban haber visto a una mujer que, vestida con túnica azul celeste, se aprestaba a defender el convento y la iglesia. En vano acudió Miller a decirles que la niebla y el humo les habían engañado, amenazándoles con los castigos más severos. En los primeros momentos nadie quiso obedecerle, especialmente porque el propio general no podía ocultar su asombro.

Poco después se esparció entre los soldados el rumor de que ninguno de los que tomaban parte en el asedio moriría de muerte natural. Muchos oficiales participaban de esta creencia y el mismo Miller se hallaba atemorizado; por lo que hizo venir ministros luteranos que desvaneciesen el conjuro. Estos recorrían el campamento cantando salmos; pero de tal modo se había difundido el temor, que pudieron oír a los soldados estas palabras: «¡Son vanos nuestros esfuerzos! ¡Vano nuestro poder!»

Finalmente, Miller resolvió enviar a los sitiados un mensaje, del que fue portador Sladkovski, chambelán de Rava.

—¡Alabado sea Jesucristo! —dijo al presentarse al Consejo.

—¡Por los siglos de los siglos! —respondieron los monjes.

Y Kordetski añadió:

—Bendito aquel que le sirve.

—Yo le sirvo —respondió Sladkovski—, y pronto demostraré que le soy más fiel que Miller. Este me envía a vosotros para que os aconseje la rendición. Pero yo acepté su



encargo para deciros: «Defendedeos, no cedáis, porque los suecos se verán pronto apurados.»

Los monjes y seglares quedaron atónitos. Zamoyski exclamó:

—¡Por el amor de Dios, este es un hombre honrado! —y avanzando hasta él le estrechó cordialmente la mano.

—Os demostraré inmediatamente que no soy un pícaro —añadió Sladkovski—. He venido para comunicaros gratas nuevas. Dad gracias a la Virgen que os ha elegido como instrumento de salvación. La patria, animada por este ejemplo, empieza a sacudir el yugo de los suecos. En la Gran Polonia y en Mazovia ha estallado una sublevación. Se han librado combates en distintos puntos. Esta es vuestra obra.

—¡Es un ángel que habla! —exclamaron los frailes alzando las manos al cielo.

—No soy un ángel, sino Sladkovski, para serviros. Pero oídmeme. El jan, agradecido a la cortesía del hermano de nuestro legítimo rey Juan Casimiro, viene en su auxilio y ha traspasado ya las fronteras de la República. Los cosacos le opusieron resistencia y él los ha destrozado; ahora avanza con una horda de once mil hombres hacia Leopold, y Helminski, «nolens volens», vendrá con él.

—¡Alabado sea! —repetían todos llenos de gozo.

Pero Sladkovski, levantando las manos, gritó con más fuerza:

—Esteban Charnieski, traicionado por los suecos, permanece en libertad. Juan Casimiro recluta a los soldados y puede volver de un momento a otro. Los capitanes generales Pototski y Lantskoronski y todos sus soldados esperaban la llegada del rey para abandonar a los suecos y desenvainar contra éstos la espada. Entretanto empiezan a tratar con Sapiheya y el jan. Los suecos se hallan aterrados.

Imposible describir lo que sentían los monjes y los nobles. Algunos lloraban, otros caían de rodillas y los demás repetían vacilantes:

—¡No puede ser!

Viendo lo cual, Sladkovski se acercó al gran crucifijo que colgaba de la pared y dijo:

—Juro delante de Cristo que cuanto he dicho es la pura verdad. Y si Dios me da vida y puedo escapar de Miller, me iré a Silesia al lado de nuestro rey y cayendo a sus pies le diré: «¡Majestad, libertad a Chenstohova y a vuestros fieles servidores!» Pero, queridos padres, permaneced firmes, porque de vosotros depende la salvación de la República.

Aquí su voz tembló y gruesas lágrimas surcaron sus mejillas. Después dijo:

—Veréis días tristes, tendréis que soportar pruebas terribles, pero serán los últimos esfuerzos.

Nadie habló.

El prior se acercó a Sladkovski y le tendió los brazos.

Se abrazaron; otros, siguiendo su ejemplo, empezaron a besarse y felicitáronse mutuamente, como si los suecos ya se hubieran retirado. Finalmente el prior dijo:

—Vamos a la capilla, hermanos míos.

Se adelantó y los demás le siguieron. Se encendieron todas las bujías y se recorrieron todas las cortinas que cubrían la milagrosa imagen. Kordetski se arrodilló y todos los demás imitaron su ejemplo, a la vez que elevaban a la Madre de Dios sentida plegaria.

Había cerrado la noche por completo cuando los frailes y los nobles fueron a ocupar su puesto en la muralla; tocante a Kordetski, permaneció rezando toda la noche. Todos temían que cayera enfermo, pero al día siguiente apareció tranquilo y sonriente en los baluartes, y dirigiéndose a los soldados les decía:

—Hijos míos, Nuestra Señora volverá a demostrar que es más poderosa que los cañones de sitio; pronto llegará el fin de vuestras penas.

Vino el día de la Inmaculada Concepción. Algunos oficiales y soldados de los escuadrones polacos aliados reclamaron a Miller el permiso de dirigirse al convento para asistir a los divinos oficios.

Miller, sea porque pensara que podrían trabar relaciones con la guarnición y sembrar la alarma entre los defensores, o bien porque no quisiera irritarlos con una negativa, concedió el permiso que solicitaban. Después de los divinos oficios se reanudó el cañoneo por ambas partes. Días enteros transcurrieron en un bombardeo inútil. Los suecos lanzaban sobre la techumbre del convento cuerdas empapadas de resina y encendidas que cruzaban el aire como serpientes de fuego; pero los centinelas, hábilmente adiestrados, vencían el peligro en breve tiempo. Vino la noche, obscura de tal modo, que, a pesar de las hogueras, los sitiados no podían ver nada.

Entretanto se notó una agitación insólita entre los suecos: ruido de ruedas, voces de hombres, relinchos de caballos y otros rumores. Los defensores de Yasna Gora adivinaron fácilmente la causa de esto.

—¡Han llegado los cañones! —dijeron.

Los oficiales trataron de verificar una salida, pero Zamoyski se opuso, sosteniendo, con razón, que en asunto tan importante el enemigo habría tomado las debidas precauciones y tendría preparado un cuerpo de infantería a todo evento. Resolvieron sencillamente hacer fuego hacia el Norte y el Sur, donde se oía el mayor ruido, Pero en la obscuridad era imposible juzgar el resultado de los tiros.

Por fin amaneció y los primeros rayos del sol descubrieron los trabajos de los suecos. Al Norte y al Sur de la fortaleza se levantaban trincheras en las que se agitaban algunos millares de hombres. Estas trincheras aparecían tan altas que los asediados creyeron que se trataba de murallas. En las cañoneras se veían grandes bocas de fuego.

No había terminado aún en el convento la misa de alba, cuando sonó un ruido insólito; los vidrios de las ventanas retemblaron con estrépito y muchos cayeron hechos añicos al suelo.

Los gruesos cañones dejaban oír su voz formidable.

Empezó un fuego terrible, como no habían oído aún los sitiados. Terminada la misa todos se precipitaron a la muralla. Los anteriores cañoneos parecían, en comparación con éste, juego de niños.

Las piezas pequeñas unían su disparo a las grandes. Bombas y cuerdas ardientes volaban por el aire. Balas de a veintiséis abatían las almenas y derribaban las paredes de los edificios, haciéndolas saltar a veces en muchos trozos. Los muros que rodeaban el convento empezaban a desmoronarse aquí y allá, y amenazaban derrumbarse por completo. Los edificios ardían.

La iglesia temblaba y en algunos altares caían los cirios de los candelabros.

La inmensa cantidad de agua vertida sobre los muros a fin de apagar el incendio, mojaba las bombas encendidas, formando con la pólvora columnas tan densas de humo y vapores, que nada se veía al través de ellas. El daño causado en los muros y los edificios era incalculable. El grito de ¡fuego! ¡fuego! se oía a menudo entre el ronco estrépito de los cañones y el silbido de las balas de mosquete. Pero, no sólo éstas, sino también los fragmentos de granada caían como pedrisco por todas partes.

Pronto se oyeron lamentos de heridos. Por caso raro, cayeron tres jóvenes que se llamaban Juan. Esto llenó de terror a los demás defensores que llevaban el mismo nombre; mas, en general, la defensa era digna del asalto. Aun las mujeres, los niños y los viejos, corrieron al muro. Los soldados permanecían impertérritos en sus puestos. Algunos, asiendo las ruedas, sacaron los cañones de los sitios donde había mayor peligro; otros llenaron la brecha con piedras, maderos y tierra.

Las mujeres, con los cabellos sueltos, daban raro ejemplo de valor; muchas de ellas corrían con cubos de agua tras de las bombas próximas a estallar. A cada instante se

acrecentaba el ardor de la defensa, como si el olor a pólvora, el humo, el incesante estampido del cañón y aquella tempestad de fuego y hierro, sirviesen para excitar el valor. Todos obraban sin órdenes, porque las voces se ahogaban en medio del pavoroso estruendo, y sólo se oían las preces que cantaban en la capilla.

A mediodía cesó el fuego. Ante la puerta resonó una trompeta, y el soldado enviado por Miller preguntó a los padres si pensaban rendirse. Kordetski respondió que hasta el día siguiente no podía contestar. Apenas Miller supo la respuesta, dio orden de reanudar el bombardeo y redobló el fuego, de artillería.

De vez en cuando, destacamentos de infantería se adelantaban hacia la montaña, como si quisieran intentar un asalto; pero, diezmados por el fuego mortífero del convento, se desplegaban precipitadamente y en desorden hacia la trinchera. Como las ondas del mar cubren la playa y al retirarse dejan conchas, hierbas y toda clase de productos detríticos, así aquellas hordas de suecos, al retirarse, dejaban cadáveres en la pendiente.

Un incidente inesperado vino a interrumpir el asalto.

Ya era casi de noche cuando un artillero sueco, en el momento de aplicar la mecha a un cañón, recibió en mitad del pecho una bala procedente del convento. El artillero retrocedió unos diez pasos y fue a caer, con la mecha encendida en la mano, encima de una caja de pólvora. Al punto se oyó una terrible detonación y toda la trinchera quedó envuelta en densa nube de humo. Al desvanecerse éste, se vio que cinco artilleros habían perdido la vida. Los soldados fueron presa de un pánico terrible, y se interrumpió por algún tiempo el fuego.

Al día siguiente era domingo y callaron los cañones. El más formidable era una culebrina, la cual había causado grave daño en la muralla, de tal modo que los sitiados preveían que si continuaba por dos días más el fuego, gran parte de las murallas quedarían por completo derrumbadas.

Una brecha causada por tan poderoso cañón no hubiera podido repararse con vigas y tierra.

El lunes se reanudó el cañoneo.

El baluarte septentrional estaba tan arruinado que se hicieron las reparaciones de noche, en vista de un probable asalto.

Al día siguiente apareció una niebla tan densa, que los mismos padres la atribuyeron al espíritu maligno. Por la noche, mientras el prior hacía la ronda de costumbre, Charnyetski le dijo a media voz:

—¡Reverendo padre! Los muros no resistirán más de veinticuatro horas.

—Confiemos en Dios y en Nuestra Señora —respondió el prior.

—Es verdad; ¿y si hiciéramos una salida? Quizá lograríamos clavar el terrible cañón. En aquel momento se presentó Kmita.

—Buenas noches, reverendo padre —dijo—. ¿De qué se trata?

—Charnyetski nos aconseja una salida —respondió Kordetski.

—Es inútil —replicó Kmita—. Vamos al refectorio, y os explicaré mis proyectos.

—Venid a mi celda —exclamó el prior.

Un momento después se hallaban sentados en la celda de Kordetski.

—Una salida sería inútil —repitió Kmita—. Un solo hombre bastará para esa empresa. Hay que reventar el cañón. Para esto no es preciso más que poner en la boca un cartucho de pólvora, con una mecha atada a un alambre. Al encenderse la pólvora estallará el cañón.

—¿Qué decís? —exclamó Kordetski creyendo que Kmita había perdido la cabeza—. Vuestra idea es impracticable en absoluto. Ante todo, ¿quién correrá el riesgo de esta empresa?

—Un pobre diablo a quien conozco —respondió Kmita—; se llama Babinich.

—¡Vos! —exclamaron el fraile y Charnyetski al mismo tiempo.

—Yo, padre mío.

—¡Heroísmo sublime! —repuso Charnyetski, en tanto que el prior, mudo de sorpresa, contemplaba a Kmita.

—Pero eso es buscar la muerte —repuso al fin—. ¿No opináis como yo, Pan Charnyetski?

—«Audaces fortuna juvat» —respondió el interpelado.

—Cosas más difíciles he llevado a cabo —dijo Kmita—, y nunca me ha ocurrido nada desagradable. Menos peligro corro ahora que combato por una causa santa. Voy en seguida a hacer los preparativos necesarios. Me disfrazaré de tal modo que pareceré un soldado sueco. La espesa niebla impedirá al enemigo reconocerme, dado caso que me viese.

Dos horas después, a medianoche, llegó de nuevo a la celda del prior: éste y Charnyetski le aguardaban.

Estos no le reconocieron en un principio, a causa de su disfraz admirable. En efecto, parecía un oficial del ejército sueco.

—Amadísimo padre —dijo el joven—, bendecidme y rogad por mí. Merced a vuestras plegarias estoy tan seguro de volver, que no siento la menor emoción. Acompañadme, os lo suplico, hasta la puerta.

Pero estaba escrito que aquella noche Andrés no debía salir, porque apenas llegaron a la puerta empezaron a disiparse las tinieblas, y se notó un gran movimiento en el campo enemigo.

Al amanecer los sitiados advirtieron que el terrible cañón estaba colocado al lado opuesto, esto es, hacia el baluarte del mediodía, que era el punto más débil de los muros.

Las noches sucesivas fueron serenas y los suecos continuaron bombardeando el convento. El desaliento se apoderó de todos los ánimos; los nobles trataron de la rendición.

El prior tuvo que desplegar toda su energía para poner coto a la rebelión creciente.

Kmita, desde el día en que concibiera su audaz propósito, no se había dejado ver de nadie. Por la noche contemplaba el cielo como lo habría hecho un astrólogo, pero la luna, que resplandecía en la nieve, amenazaba dar al traste con su proyecto.

De pronto surgió la niebla; el horizonte se cubrió de densas nubes y la noche se hizo tan oscura que la vista no podía distinguir nada. Andrés se puso su disfraz, y aun no había llegado la medianoche cuando se presentó al prior y a Charnyetski para despedirse de ellos. Le abrazaron afectuosamente y Kordetski le bendijo con los ojos humedecidos por las lágrimas.

Cuando éstos volvían, taciturnos y preocupados, se les juntó Zamoyski.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó el viejo, noble.

—Babinich ha ido al campamento sueco para inutilizar el gran cañón.

—¿Qué decís? Es imposible —exclamó sorprendido Zamoyski— ¿Quién le aconsejó? Esta es una empresa insensata.

—Con la ayuda de Dios todo se puede hacer —aseveró Kqirdetski.

Zamoyski no pronunció una sola palabra.

—Oremos por él —dijo el prior.

Los tres se arrodillaron y empezaron a orar.

Pasó un cuarto de hora, media hora, una hora... larga como una eternidad. De pronto vieron levantarse una columna de fuego, y un estampido tremendo, como nunca lo habían oído, atronó los aires e hizo retremblar los muros, la iglesia, el convento.

—¡Logró su intento! ¡Ha reventado el cañón! —gritó Charnyetski.

Kordetski levantó los brazos al cielo exclamando:

—¡Santísima Madre, haz que vuelva sano y salvo!

Un gran rumor se produjo en las murallas. La guarnición, no sabiendo lo que había ocurrido, corrió a las armas. Los frailes se precipitaron fuera de las celdas. Las mismas mujeres acudieron. Todos preguntaron:

—¿Qué ha sucedido?

—¡Babinich ha hecho estallar el terrible cañón! —gritó Charnyetski.

Al mismo tiempo se produjo espantoso alboroto en el campamento sueco, donde reinaba la mayor confusión. A la luz de las hogueras se veían grupos de soldados que escapaban en todas direcciones; sonaban las trompetas, los tambores dejaban oír sus redobles, y llegaban a los muros gritos de alarma y de espanto.

Kordetski, postrado de hinojos, rezaba.

Por fin se desvanecieron las tinieblas, pero Kmita no volvió a Yasna Gora.

### III

¿Qué había sido de Andrés? ¿Cómo había dado cima a su audaz empresa?

Al salir del convento avanzó largo rato con gran cautela. Luego se detuvo y aplicó el oído. Todo callaba en torno suyo, y el silencio era tan profundo que sentía crujir la nieve bajo sus pies.

Anduvo cautelosamente cerca de una hora, y oyó ligero rumor a corta distancia.

—Vigilan —pensó—. La salida les ha hecho más prudentes.

Entonces redobló sus precauciones. Estaba muy satisfecho de haber llegado al sitio, no obstante la obscuridad reinante.

Kmita no era sólo valiente, sino también temerario. La idea de inutilizar el cañón llenábale de alegría... no porque se tratase de un acto heroico, sino porque causaría terrible daño a los suecos. Se imaginaba a Miller asombrado y furioso, mirando con rabia impotente los muros del convento, y a tal idea asaltábale un gran deseo de reír. Luego pensó:

—¡Ah! ¡Si Olenka me viese en este momento! ¡Cómo se alegraría en su corazón! Pero seguramente cree que estoy con los suecos. Y a fe que les sirvo... todo lo bien que se merecen. ¿Qué sucederá cuando se informe de los peligros a que me expongo? ¿Qué pensará? «Es un loco —se dirá—, pero siempre se puede contar con él para una empresa que ningún otro se atreva a realizar.»

No obstante los mil pensamientos que cruzaban su mente, no se olvidó de dónde estaba ni de lo que quería hacer.

De pronto oyó a poca distancia un rumor de pasos acompasados, y en seguida una voz gritó:

—¿Quién vive?

Andrés permaneció inmóvil como una estatua.

—Nosotros —respondieron varias voces.

—¿El santo y seña?

—Upsala.

—¿Qué más?

—La corona.

Kmita comprendió que en aquel momento se efectuaba el cambio de los centinelas.

—¡Ya os daré yo corona y Upsala! —dijo para su colete.

Y se estremeció de alegría, porque aquella circunstancia era muy favorable para él, ya que podía atravesar las líneas de los centinelas mientras se confundía el rumor de sus pasos con los ajenos.

En efecto, pasó sin novedad, y siguiendo atrevidamente a los soldados, llegó a la trinchera y se escondió en el foso.

Mientras tanto aparecían con mayor claridad los objetos en torno suyo. Kmita dio gracias a Dios, porque en la anterior obscuridad no hubiera podido encontrar el cañón que buscaba.

Avanzando lentamente por el foso, descubrió al fin la gigantesca pipa. Se detuvo y aguzó el oído. De las trincheras llegaba un confuso rumor; indudablemente la infantería vigilaba junto a los cañones. Pero la alta trinchera le escondía a todas las miradas, y aunque hubiesen oído el ruido de sus pasos, no podían verle. No le quedaba más trabajo que el de llegar a la boca del cañón, que estaba sobre su cabeza. Por fortuna los bordes del foso no estaban muy arriba y el terraplén no aparecía helado.

Trepó con agilidad y logró colocar el cartucho de pólvora que llevaba consigo preparado en la boca del cañón sin producir el menor ruido.

Después colocó la mecha en el extremo del tubo que contenía el explosivo. Faltaba aún lo más difícil. Había que encender la mecha. Entonces oyó sobre su cabeza una voz que preguntaba en tudesco:

—¿Quién está ahí en el foso?

—Soy yo, Hans <sup>(1)</sup> —respondió sin vacilar Kmita—; el diablo ha hecho que mi baqueta fuera a parar al foso y me procuro luz para encontrarla.

Ya estaba encendida la mecha y era tiempo de ponerse en salvo.

Echó a correr por el foso con una velocidad increíble.

De pronto tropezó con una piedra y cayó al suelo. En aquel instante un terrible estampido cruzó el aire y se estremeció la tierra; pedazos de madera, de hierro, piedras, témpanos de hielo y una nube de polvo volaban por los aires; hubiérase dicho que se acababa el mundo.

Después de esta detonación se oyeron otras producidas por los arcones de pólvora inmediatos al cañón.

Kmita nada oyó, porque yacía como muerto en el foso. No pudo oír, después del profundo silencio que siguiera a la explosión, los lamentos de los heridos y los gritos de alarma.

El general sueco comprendió que alguien había reventado el cañón. Inmediatamente se practicaron diligencias en busca del culpable, y al rayar el día encontraron a Kmita desvanecido en el foso.

Se vio que solamente estaba aturdido por la explosión. Había perdido toda sensibilidad de las manos y los pies a causa del frío. Se le curó, pues, con la mayor premura, y pronto recobró el uso de los sentidos.

En seguida le llevaron a la presencia de Miller, a quien acompañaban el príncipe de Hesse, el conde de Veyhard, Sardovski y Kuklinovski. Este último, al ver a Kmita, se puso lívido, y sin aguardar la pregunta del general exclamó:

—Le conozco. Viene de Chenstohova. Se llama Babinich.

Kmita no despegó los labios. Se hallaba pálido y rendido de cansancio, pero su rostro revelaba el mayor ardimiento y aparecía tranquilo.

—¿Habéis reventado el cañón?

—Sí.

---

<sup>1</sup>() Abreviatura de Juan.

Al oír esta franca respuesta, los oficiales se miraron unos a otros con estupor. Siguió un minuto de silencio. Después Miller preguntó nuevamente:

—¿Os llamáis Babinich?

Andrés pensó que, después de lo que había hecho, no tenía por qué ocultar su nombre. Ya era hora de que la gente olvidara los horrores cometidos y de que su devoción a la patria fuese de todos conocida.

—No me llamo Babinich —dijo con altivez—, sino Andrés Kmita, y he sido coronel de mi escuadrón en el contingente lituano.

Apenas Kuklinovski oyó estas palabras, saltó como un energúmeno, abrió los ojos y la boca, asustado, y gritó:

—Mi general, os ruego que me oigáis.

Un rumor se oyó entre los oficiales polacos, al paso que los suecos contemplaban maravillados al audaz soldado, cuyo nombre nada les decía, Mientras pedían explicaciones a los polacos, Kuklinovski se llevó al general a la ventana y le informó de todos los hechos de armas realizados por el joven coronel.

—¿Por qué me contáis sus alabanzas? —preguntó Miller—. Su osadía se desprende del acto por él ejecutado.

—¿Qué hará de él Vuestra Gracia?

—Merece la horca; pero como se trata de un soldado valeroso y de noble linaje, le fusilaré... sin pérdida de tiempo... hoy mismo.

—Valeroso general, no pretendo daros lección alguna, pero cúmpleme observar que si mandáis fusilar a ese hombre los escuadrones de Zbrojek y de Kalini se retirarán hoy mismo, e irán a reunirse con Juan Casimiro.

—¡Los destrozaré antes de que me abandonen! —gritó Miller.

—Valeroso general, no se puede hacer pedazos a dos escuadrones sin que la gente se entere de ello. Todos los polacos abandonarán a Carlos Gustavo; sabedlo, su lealtad es ya dudosa.

—¡Con mil diablos! —prorrumpió Miller—; ¿qué queréis de mí? ¿Que deje con vida a este hombre? No es posible.

—Quiero —respondió Kuklinovski— que me lo cedáis.

—¿Qué haréis de él.

—Mandaré descuartizarlo vivo.

—No le conocíais, ni siquiera de nombre. ¿Qué ofensa habéis recibido de él?

—Le conocí en la fortaleza, donde estuve dos veces como parlamentario.

—¿Tenéis que vengar algún agravio?

—Sí, me ha insultado como nadie se atrevió a hacerlo nunca.

El general meditó un instante. De pronto una sospecha cruzó por su mente.

—¿Pensáis, por ventura, salvarle?

Kuklinovski se sonrió de un modo tan espantoso, que Miller ya no dudó de su intención.

—La única recompensa —añadió— que por mis servicios pido, es que me entreguéis ese hombre.

—Tomadlo —replicó el general.

Y acercándose al grupo de los oficiales, añadió:

—En vista de los servicios prestados por el caballero Kuklinovski, dejo a su disposición al prisionero.

De pronto nadie contestó; pero luego Zbrojek, poniéndose una mano en la cadera, preguntó en tono despreciativo:

—¿Y qué pensáis hacer del prisionero, caballero Kuklinovski?

Este se inclinó y en sus labios dibujóse una sonrisa siniestra.

—El que no esté conforme con esto —dijo llevando la mano a la empuñadura de su sable—, sepa que estoy a sus órdenes.

Dicho esto, se acercó a Kmita y repuso con imperioso acento:

—¡Seguidme!

Los oficiales permanecieron en la estancia. Kuklinovski montó a caballo y ordenó a los tres soldados que le acompañaban que echasen una cuerda al cuello de Kmita y le llevasen a Lgota, donde estaba acuartelado su regimiento.

Por el camino Kmita rezó ardientemente. Veía acercarse la muerte y se encomendó a Dios con todo el fervor de su corazón.

Se detuvieron frente a un edificio derruido en plena campiña, a corta distancia del regimiento. El coronel ordenó que llevasen a Kmita al granero.

—Id al campo y traedme cuerdas y un cubo de alquitrán hirviendo —dijo a un soldado que salió al punto y no tardó en volver con los objetos que le habían pedido.

—Desnudadle —gritó Kuklinovski—, atadle de pies y manos y colgadle de una viga.

—¡Miserable! —gritó Kmita.

—Ya hablaremos de esto; tiempo tenemos de sobra —respondió Kuklinovski con sonrisa infernal.

Los tres soldados le colocaron de bruces en el suelo, le ataron de pies y manos, y después le pasaron una cuerda por la cintura.

—Ahora levantadle.

En un instante se cumplió la orden.

—¡Soltadle!

La cuerda crujió y Andrés, quedó suspendido entre el techo y el suelo.

Kuklinovski empapó estopa en el alquitrán hirviendo, se acercó a Kmita y le dijo:

—Ahora bien. Kmita, ¿no te dije que hay dos coroneles en la República, tú y yo? Kmita es un famoso coronel, pero ha caído en manos de Kuklinovski, que le chamuscará las alas.

—¡Asesino! —repitió Kmita mientras el malandrín le tocaba las caderas con la estopa hirviendo; pero en aquel instante se oyó el galope de un caballo delante del granero.

Se abrió la puerta y entró un soldado.

—El general Miller quiere hablar con Vuestra Gracia inmediatamente —dijo el recién llegado.

—Voy en seguida —respondió Kuklinovski.

Y luego, volviéndose a Kmita, añadió en son de befa:

—Volveré pronto y charlaremos un rato.

—¿Qué haremos del preso? —preguntó un soldado.

—Dejadle así. Vuelvo en seguida. Que uno de vosotros me siga.

El coronel salió acompañado de un soldado y quedaron tres con el preso; pero otros tres hombres se presentaron inmediatamente.

—Idos a dormir —dijo el que había llevado la orden de Miller—. El coronel me ha concedido la guardia.

—Preferimos quedarnos para presenciar este espectáculo, porque ese tal...

De pronto se detuvo. De su garganta salió un grito extraño, como el de un gallo estrangulado; extendió los brazos y cayó desplomado al suelo.

En el mismo instante dos de los recién llegados se precipitaron sobre los dos soldados restantes, y se produjo una terrible y corta lucha, iluminada por el alquitrán que ardía. Al poco rato dos cuerpos yacían en la paja, y se percibió durante un momento el estertor de los moribundos, interrumpido por una voz que Kmita creyó reconocer desde un principio.

—Soy yo, Kyemlich, con mis hijos. ¡Despachaos, bellacos! ¡Libertad a vuestro coronel, pronto, pronto!...



Y antes de que Kmita se hallase en estado de comprender lo que había ocurrido, Cosme y Damián cortaron la cuerda. Al caer al suelo pudo apenas pronunciar las siguientes palabras:

—¿Sois vosotros?

—¡Soy yo! —respondió el terrible viejo—. Vestíos pronto, coronel. ¡Vamos!

Y dio su traje a Kmita.

—Los caballos aguardan en la puerta —añadió—. Por ese lado el camino está libre. Hay unos centinelas, pero nos dejarán pasar porque conozco el santo y seña.

—Aguardad un momento —dijo Kmita vistiéndose—. Me molesta un poco la quemadura. Ahora estoy bien.

Y al decir estas palabras se sentó en un armón.

—Coronel, apresurémonos. Los caballos nos aguardan —repitió el viejo Kyemlich.

Pero en Andrés alentaba el Kmita de otro tiempo.

—¡Imposible! —exclamó—. Ahora aguardaré al traidor.

Los Kyemlich se miraron con asombro, pero, acostumbrados a la obediencia, no profirieron una sola palabra.

—¿Le llamó de veras Miller? —les preguntó.

—No —respondió el viejo—. Inventé ese pretexto para obrar con mayor seguridad.

—Está bien. Volverá solo o acompañado. Si viene alguien con él, acometedle y dejad que yo me entienda con el coronel. En seguida montaremos a caballo. ¿Tenéis pistolas?

—Yo las tengo —dijo Cosme.

—Dame. ¿Están cargadas?

—Sí.

—Bien. Si vuelve solo, arrojaos sobre él al entrar y amordazadle.

—Seréis obedecido —repuso el viejo.

En tanto que él pronunciaba estas palabras, oyóse el galopar de un caballo a corta distancia. Kmita se puso en pie y se escondió en la sombra de una pared contigua. Cosme y Damián se colocaron a los dos lados de la puerta, como gatos al acecho de un ratón.

—Viene solo —gritó el viejo.

—Solo —repitieron Cosme y Damián.

—¡Eh! —profirió una voz—. ¡Ayudadme a desmontar!

El viejo Kyemlich salió. Kuklinovski le trató de imbécil, asegurando que el general dormía y que la guardia no le había permitido entrar.

Pero no concibió sospecha alguna, creyendo que el viejo había comprendido mal.

La puerta rechinó otra vez sobre sus goznes y Kuklinovski penetró en el granero, pero antes de que hubiese dado un paso, dos manos de hierro le sujetaron por la garganta y ahogaron sus gritos de terror. Cosme y Damián, con la habilidad de consumados asesinos, lo derribaron al suelo, le pusieron las rodillas sobre el pecho y en un abrir y cerrar de ojos le amordazaron.

Kmita se adelantó, teniendo en la mano la estopa embreada y encendida, y la acercó a los ojos del miserable, diciéndole:

—¡Kuklinovski! ¡Ahora tengo algo que deciros, Kuklinovski!

El rostro del coronel estaba lívido y sus ojos salían de sus órbitas, reflejando el terror de su espíritu.

—¡Desnudadle y colgadle de la viga! —ordenó Kmita.

Cosme y Damián le desnudaron con tanta furia que parecía quisieran arrancarle con los vestidos la piel.

Muy pronto Kuklinovski pendía del mismo sitio y en la misma posición en que poco antes se hallaba Kmita. Este se acercó y aplicó a la cadera del desgraciado la estopa ardiendo, diciéndole:

—¡Bribón! Querías asarme, y voy a pagarte con la misma moneda.

Y en efecto lo asaba, porque el olor de la carne quemada empezó a esparcirse por el granero.

Kuklinovski se retorció en una convulsión horrible. Los ojos, que tenía clavados en los de Kmita, expresaban el dolor supremo y la muda plegaria; de su boca, llena de espuma, brotaban roncós e inauditos lamentos. Mas el corazón de Kmita, endurecido por la guerra, era insensible a la piedad, especialmente tratándose de un traidor.

—Te concedo la vida —dijo al fin—, para que puedas acordarte de Kmita. Estarás aquí hasta mañana, y plegue al Cielo que alguien te descubra antes de que te hayas helado.

Después, dirigiéndose a Cosme y Damián, gritó:

—¡A caballo!

Y salió del granero.

Medía hora después se hallaban en un vasto campo silencioso, rodeado de colinas. La fresca brisa, saturada de humo y de pólvora, refrescaba sus pulmones.

Kmita cabalgaba a la descubierta y Kyemlich permanecía en la retaguardia.

De vez en cuando un quejido brotaba de los labios de Kmita, a quien la quemadura causaba intolerable dolor; pero al mismo tiempo, sintiéndose libre, se alegraba en extremo y olvidaba sus males.

Mientras tanto, padre e hijos sostenían un diálogo que amenazaba convertirse en disputa, a propósito del dinero y los anillos cogidos a Kuklinovski.

Andrés enfrenó su caballo, y dijo:

—¡Venid!

Inmediatamente cesó la disputa. Los Kyemlich se acercaron al coronel.

—¿Conocéis el camino de la frontera de Silesia? —preguntó Andrés.

—Sí —respondió el viejo.

—¿Tropezaremos con los suecos?

—No, porque están todos en Chenstohova.

—¿De modo —añadió Andrés— que servíais en el regimiento de Kuklinovski?

—Sí; porque esperábamos ser útiles a Vuestra Gracia y a los frailes al mismo tiempo, y en efecto ha sucedido esto... No hemos causado daño alguno al convento... ¡Dios nos libre de ello! No percibíamos sueldo y nos contentábamos con lo que se podía coger a los suecos.

—¿A los suecos?

—Sí, porque anhelábamos servir a Nuestra Señora; día y noche vagábamos por el campo, y cuando encontrábamos a un sueco solo... entonces... ¡oh, «refugium peccatorum»... nosotros...

—¡Los matábamos! —concluyeron Cosme y Damián.

—¡Buenos soldados tenía en vosotros Kuklinovski! ¿Conocía vuestras proezas?

—Nos exigía un tálero diario por cabeza. De otro modo, nos hubiera denunciado Vuestra Gracia es más generoso.

—Os recompensaré el servicio que me habéis prestado —repuso Kmita.

El estampido del cañón interrumpió este diálogo. Sin duda, los suecos reanudaban el bombardeo. Kmita se levantó sobre los estribos, extendió el puño en señal de amenaza y de mofa con dirección al campamento enemigo, y exclamó:

—¡Fuego, sí, fuego! Pero vuestro formidable cañón no disparará en lo sucesivo.

## IV

La pérdida de la gigantesca culebrina produjo un efecto terrible en Miller, que perdió todas sus esperanzas y se abandonó al más profundo desaliento. Al día siguiente reunió el Consejo con el propósito de oír de labios de los oficiales razones que le impulsaran a levantar el sitio.

Todos se decían que no había más que una cosa que hacer, pero nadie quería confesarlo y aguardaban la autorizada opinión del general.

Este interrumpió al fin el penoso silencio:

—¿No advertís, señores —les dijo—, que ni uno solo de los coroneles polacos viene al Consejo, a pesar de que los he llamado a todos? Esta actitud indica bien a las claras que no debemos fiar mucho de ellos. No os ocultaré, señores, que mi esperanza se fundaba en aquel gran cañón de sitio que el audaz polaco hizo estallar. Estaba abierta la brecha y el terror se había apoderado de los sitiados. Dos días más y hubiéramos tentado la escalada. Ahora repararán los muros, y nuestros cañones no son mejores que los de la fortaleza. Cuanto más medito en ello más espantoso me parece el desastre. ¿Qué dirá el rey cuando lo sepa? ¿Qué haremos al presente? ¡Lleve el diablo a quien nos indujo a esta empresa!

Al decir esto tomó un vaso y en un arrebató de furor lo arrojó al suelo.

Este acto imprudente de parte de un general le enajenó todas las simpatías y exacerbó aún más los ánimos. El general comprendió que había obrado de ligero, logró calmarse, y mirando con benévola sonrisa a los circunstantes dijo:

—Perdonadme, señores, pero mi cólera no está fuera de lugar. Creo que en mi situación nadie sería dueño de contenerse. Os he llamado para deliberar. Haremos lo que la mayoría acuerde.

—General, proponed el objeto de la discusión —dijo el príncipe de Hesse—. ¿Hemos de tratar del ataque de la fortaleza o del modo de emprender una retirada honrosa?

Miller no quería plantear la cuestión y se dirigió a Sardovski pidiéndole su parecer, ya que solía decir con más sinceridad que los otros lo que pensaba.

—Creo —respondió el coronel— que nuestra situación es desesperada.

—¿De modo que opináis también que debemos retirarnos?

—Con permiso de Vuestra Gracia, opino que no debiéramos haber empezado el sitio.

—El conde Veyhard es el responsable de esta desdichada empresa.

—No se atendió a mis consejos —respondió el conde con insolente altivez—. Recomendé que se ahorcase a los mensajeros, por estar convencido de que así se hubiera rendido la fortaleza; pero Pan Sardovski nos amenazó con su dimisión y los frailes se fueron tan satisfechos.

—Id vos, conde Veyhard, a la fortaleza —repuso Sardovski—, y volad el mayor cañón de los sitiados, como Kmita lo ha hecho con el nuestro; os aseguro que esto amedrentará a los sitiados más que el asesinato de los dos frailes.

El conde se volvió hacia Miller y dijo:

—General, creo que nos hemos reunido para discutir y no para divertirnos. Permitidme, pues, una palabra.

—La montaña empieza a quejarse y pronto aparecerá la cola del ratón —observó Sardovski.

—¡Silencio, señores! —ordenó Miller con severo acento—. Hablad, conde, pero tened en cuenta que vuestros consejos han producido hasta hoy amargos frutos.

—Sé positivamente —dijo el conde— que la mayor parte de los sitiados desean rendirse. Debemos ir al asalto a fin de demostrarles que la pérdida de un cañón no tiene

importancia para nosotros. Además, haremos circular entre nuestros soldados, especialmente los polacos, el rumor de que los hombres ocupados en las minas han descubierto un pasaje subterráneo que conduce al convento y a la iglesia.

—Buen consejo —observó Miller.

—De este modo los soldados polacos excitarán a los monjes a rendirse, porque lo que especialmente interesa a los soldados y frailes es que ese nido de la superstición permanezca en pie.

—¡Para un católico no está mal! —murmuró Sardovski.

—Si éste sirviese a los turcos, llamaría a Eoma nido de superstición —dijo el príncipe de Hesse.

Pero el consejo agradó al general, que, como náufrago próximo a perecer, se asía a cualquier tabla de salvación.

—Probemos —dijo—; ¿pero quién querrá ir como mensajero al convento?

—Kuklinovskí —respondió el conde—. Convendría hacerle creer en la existencia del subterráneo.

En aquel momento se oyó el relincho de un caballo delante de la puerta, y al poco rato Zbrojek se precipitó en la estancia. Estaba pálido como la muerte, y antes de que los oficiales le preguntasen la causa de su excitación, gritó:

—¡Kuklinovski ha muerto!

—¿Qué dices? ¿Qué ha pasado? —preguntó Miller.

—¿Le han asesinado? —preguntaron los jefes a un tiempo.

—Kmita lo ha matado.

Levantáronse todos asombrados, mirando a Zbrojek como a un loco.

Zbrojek refirió en pocas palabras todo lo que había ocurrido en el granero. Le oyeron en silencio, y cuando hubo terminado, Sardovski murmuró:

—¡Parece increíble!

Miller se encendió en furor, y descompuesto exclamó:

—Pan Zbrojek, Satanás en persona no lograría hacer esto sin la ayuda de un traidor. Kuklinovski y vos pertenecéis a ese número.

Al oír estas palabras, Zbrojek se volvió lívido, se acercó a Miller y dijo:

—¿Vuestra Gracia duda de mí?

Todos guardaron silencio presintiendo que Miller daría una respuesta afirmativa, y que iba a suceder algo terrible.

En aquel momento el general miró por la ventana y vio junto a la casa a muchos soldados polacos. Esto le hizo moderar su cólera, y volviéndose hacia Zbrojek le dijo con fingida calma:

—Explicadme minuciosamente lo que ha ocurrido.

Zbrojek le contó lo que ya conocen nuestros lectores, y terminó diciendo que la desaparición de Kuklinovski le había inducido a buscarle con un pelotón de soldados de su regimiento.

Desvaneciéronse las sospechas que recayeran sobre Zbrojek, pero el acontecimiento mismo le preocupó en gran manera.

—¡Voto a bríos! —exclamó el conde Veyhard dándose una palmada en la frente—. Al ver a Kmita me pareció reconocerle y...

—¡Qué nos importa eso! —le interrumpió Miller bruscamente.

Y volviéndose hacia los oficiales añadió:

—Venid conmigo, señores. Quiero ver con mis propios ojos lo que ha ocurrido.

Llenos de curiosidad le siguieron.

Al llegar al granero, Miller y los oficiales echaron pie a tierra y entraron. Los soldados habían tendido a Kuklinovski en la paja, cubriéndole con una manta. Los cadáveres de los tres soldados descansaban a su lado.

El general ordenó descubrir el cadáver. Levantaron un *extremo* de la manta y apareció una faz horrenda, hinchada, con los ojos fuera de las órbitas, tan horrible, que Miller, no obstante hallarse acostumbrado a los horrores de los campos de batalla, palideció y dijo a los soldados:

—¡Cubridle! ¡Pronto! ¡Pronto!

De improviso se enfureció, y dirigiéndose a Zbrojek gritó como un loco:

—¿Dónde está el soldado que os dijo que Kuklinovski estaba aquí? ¡Debe ser el traidor!

—No sé dónde está —respondió Zbrojek—; los soldados de Kuklinovski se han desbandado.

—¡Id a buscarle! —respondió Miller.

—¡Id a buscarlo vos! —gritó Zbrojek no menos airado.

Al mismo tiempo todos los oficiales le rodearon, llevando la mano a la empuñadura del sable.

Y habría sucedido algo terrible si en aquel instante no se hubiesen oído tiros y el trotar de caballos que se acercaban. Poco después entró en el granero un oficial de caballería sueca.

—¡General! —gritó—. Una salida del convento. Los soldados que trabajaban en las minas han sido rechazados. Se ha desbandado un regimiento de infantería.

—¡Me vuelvo loco! —exclamó Miller, oprimiéndose las sienes con las manos.

Y luego gritó:

—¡A caballo! ¡Seguidme!

Tomando la delantera avanzó a escape hacia el monasterio. Al llegar a media milla de la fortaleza vieron a los sitiados, que volvían sanos y salvos al convento; cantos, gritos de alegría y risotadas llegaban a los oídos de Miller.

Al mismo tiempo los cañones de la fortaleza reanudaron el fuego y empezaron a llover balas.

—Estamos a tiro. ¡Retirémonos! —dijo Sardovski.

Zbrojek asió las riendas del caballo de Miller.

—¡General, atrás! ¡Aquí está la muerte!

Miller, como alelado, se dejó llevar fuera de tiro. Al llegar a su cuartel se encerró allí y no quiso ver a nadie durante el día.

El conde Veyhard tomó el mando, desplegando toda su energía para dar el asalto al convento. Reinaba inusitada agitación en todo el campamento sueco. Hubiérase dicho que animaba a los sitiadores un nuevo vigor. Pocos días después esparcíase por el campamento sueco, y particularmente entre los polacos, sus aliados, la noticia de que los minadores habían encontrado un pasaje subterráneo que conducía al convento, y que, por lo tanto, éste podía saltar si tal era el deseo del general.

La alegría se apoderó de los soldados, que estaban ateridos de frío, hambrientos, rendidos.

Los gritos de «¡Somos dueños de Chenstohova!» y «¡volaremos el gallinero!» corrieron de boca en boca.

El conde estaba a la vez en todos los sitios; animaba a los soldados, confirmaba la noticia y les excitaba a mostrarse alegres.

La noticia de minas practicadas y prontas a estallar llegó al convento, llenando de terror a los más animosos. Las mujeres, llorando y mostrando a sus hijos, empezaron a suplicar al prior que se rindiese.

Y los más cobardes en la defensa eran los más atrevidos para excitar a Kordetski a la capitulación, a fin de que no quedase destruido el sagrado recinto.

Finalmente, la mayor parte de las mujeres perdieron el ánimo, y todos, con el padre Stradomoski a la cabeza, se presentaron al prior y le instaron a entablar nuevas negociaciones para la rendición.

Kordetski pasó al patio, reunió en torno suyo a los frailes y a los nobles, y dijo:

—Dios me ha dado el supremo poder en este santo lugar, y os pido desterréis de vuestro corazón el temor. Mi espíritu penetra la tierra y me dice: «El enemigo miente; no hay pólvora bajo la iglesia.» Vosotros, gente de corazón tímido, en quienes el temor sofoca la fe, no merecéis entrar en el reino de los cielos. Dios quiere salvar este santo lugar a fin de que, como el arca de Noé, pueda salir salvo del diluvio de desastres y desventuras. Por eso, en nombre de Dios, repito: No hay pólvora bajo la iglesia. Y cuando hablo en el santo nombre de Dios, ¿quién se atreverá a contradecirme? ¿Quién osará dudar?

Al llegar a este punto, Kordetski se calló y miró a los congregados. Había en sus palabras una fe tan viril y tanta fuerza de convicción, que nadie osó replicar y una energía increíble levantó todos los corazones. Los monjes, golpeándose el pecho, se encaminaron a la iglesia, y los soldados volvieron a los glaciales.

Poco después se oyó el sonido de trompetas frente a las puertas del convento, y todos corrieron a ver lo que ocurría.

Era un heraldo sueco que llevaba una carta. Los frailes se reunieron inmediatamente en la sala del Consejo. La carta era del conde Veyhard y anunciaba que, si no se rendía el convento dentro de veinticuatro horas, volaría con todos sus habitantes por el aire. Pero, los mismos que poco antes temblaban de miedo, no hicieron caso de la amenaza.

—Le responderemos que haga saltar el convento cuando guste —dijeron todos a la vez.

Y en efecto enviaron un mensaje negativo.

Así, la última estratagema del conde Veyhard no surtió el deseado efecto. Y cuando vino el día siguiente, quedó perfectamente de manifiesto la inanidad de las amenazas del comandante general sueco.

Aquella mañana un honrado vecino de Chenstohova, Watsek Yyuhansky, llevó una carta participando que se preparaba otro asalto, y con noticias relativas a la vuelta de Juan Casimiro y a la sublevación de la República contra los suecos.

Llegó Navidad. Al aparecer en el cielo la primera estrella, multitud de luces grandes y pequeñas empezaron a brillar en torno del convento. La noche era fría, pero serena. Los soldados suecos, ateridos de frío en sus trincheras, miraban los muros inaccesibles y pensaban en sus hogares, en sus mujeres y en sus hijos, y de más de unos labios se exhaló un suspiro de tristeza, de añoranza y de indecible desaliento. En cambio, una grande alegría se reflejaba en el rostro de los sitiados, porque todos abrigaban el presentimiento, o mejor dicho, la certidumbre de que pronto llegaría el término de sus pesares.

—Mañana tendremos que repeler un nuevo asalto —se decían—; el último seguramente. Que por lo menos permita Dios a los que están destinados a morir, que asistan a la santa Misa, y así se abrirán más fácilmente las puertas del cielo; porque aquel que muere por la fe del nacimiento de Cristo, será recibido en su santa gloria.

Esperaban, pues, un buen suceso, larga vida o la corona del justo en el paraíso, y tal era su aliento, que se sentían fuertes para soportar la desgracia.

Se sentaron a la mesa, pero junto al prior había un asiento desocupado.

Cuando estuvieron todos sentados, Zamoyski dijo:

—Veo, reverendo padre, que, con arreglo a la antigua costumbre, hay un puesto destinado a persona extraña al convento.

—No a un extraño —replicó el prior—, sino en memoria de aquel joven al que nosotros amábamos como a un hijo, y cuyo espíritu nos contempla desde la gloria, porque sabe que nosotros nos acordaremos de él eternamente.

—Es verdad —observó Zamoyski—; él es más feliz que nosotros. Le debemos imperecedera gratitud.

Kordetski tenía los ojos arrasados en lágrimas. Charnyetski dijo:

—Las crónicas hablan de hombres de mérito menos insigne. Pero si Dios me concede vida y si se me pregunta un día quién ha igualado a los antiguos héroes, diré: Babinich.

—No era ése su nombre —dijo Kordetski.

—¡Cómo! ¿No se llamaba Babinich?

—Supe su verdadero nombre bajo secreto de confesión. Cuando salió de aquí, me autorizó para revelarlo a todos si perecía. Ha muerto, y por esto puedo decirles que se llamaba Kmita.

—¿El célebre lituano? —preguntó Charnyetski lleno de asombro—. ¡Ahora comprendo por qué se atrevió a la peligrosa empresa!

—Desde hoy, no sólo Lituania, sino la República entera, le glorificará de otro modo —profirió Zamoyski.

—Que cada cual lo recuerde con amor y que en todas partes se celebre su nombre —dijo Kordetski—. ¡Quiera Dios concederle eterna paz!

—Sin embargo —observó Charnyetski—, me parece raro que los suecos no se hayan vanagloriado de su muerte.

Kordetski lanzó un suspiro.

—La explosión le mataría en el acto —profirió.

—Pues bien; yo creo que vive.

—Quiéralo Dios —exclamó el prior—; pero no lo espero.

—Lo cierto es que si mañana alcanzamos una victoria a él se la deberemos. El arca de Noé no puede sumergirse en el diluvio.

Hablando así y con los preparativos necesarios para rechazar un ataque, pasaron la Nochebuena.

Los frailes se reunieron en la iglesia y los soldados volvieron a ocupar sus puestos en las murallas.

A medianoche los suecos oyeron los suaves y majestuosos acordes del órgano, a los que se unían las voces de los hombres y las mujeres, y poco después repicaron todas las campanas.

Los soldados polacos, a las órdenes de Zbrojek y Kolinski, sin pedir el permiso oportuno, se acercaron a la fortaleza, y muchos de ellos oraron arrodillados en la nieve.

Al día siguiente los suecos reanudaron el cañoneo. Inútil porfía. Faltaba la formidable culebrina que por sí sola hubiera bastado para abrir una brecha que permitiera el asalto de Yasna Gora.

Por la noche se celebró Consejo de guerra en el cuartel general. El cuadro resultaba aún más triste que los anteriores. Miller rompió el silencio.

—El bombardeo no ha dado resultado alguno —dijo—. Carecemos de pólvora y nuestros soldados se hallan descorazonados. Tampoco tenemos víveres y en vano esperamos refuerzos. He recibido orden de poner término al asedio, obteniendo la rendición de Yasna Gora, o de retirarme inmediatamente a Prusia.

—¿Qué partido adoptamos? —preguntó el joven príncipe de Hesse.

Todas las miradas se fijaron en Veyhard, que respondió:

—¡Salvemos el honor!

Despreciativa sonrisa contrajo los labios de Miller.

—El conde pretende demostrarnos cómo se puede resucitar a un muerto —exclamó con acento de amarga ironía.

Veyhard fingió no haber oído.

—Sólo los que han sucumbido salvaron su honor —afirmó Sardovski.

Siguió a estas palabras un silencio doloroso.

Parecía que el general y sus oficiales se avergonzaban al pensar que debían levantar el sitio, después de tanto tiempo sin haber logrado la rendición de aquel convento, al que desdeñosamente llamaban «gallinero».

De pronto Veyhard repuso a media voz:

—Ha sucedido más de una vez que una fortaleza sitiada ha pagado su rescate a los sitiadores, que así se han retirado victoriosos, pues el que paga un rescate se declara vencido. Hagamos que los Padres nos den algún dinero y entonces nadie podrá decir que no hayamos podido tomar el convento, sino que resultaría que nosotros no hemos querido tomarle.

—¿Aceptarán la proposición? —preguntó el príncipe de Hesse.

—Respondo con mi cabeza —replicó Veyhard—; más aún, con mi honor de soldado.

Miller le miró fijamente y le dijo:

—Señor conde, a vuestros consejos debo los momentos más dolorosos de mi existencia; pero por esta última proposición os doy las gracias.

Al día siguiente, fiesta de San Esteban, los oficiales se reunieron para conocer la respuesta de Kordetski.

Miller quería mostrarse tranquilo, pero su rostro revelaba grande inquietud.

El príncipe de Hesse y Sardovski conversaban junto a la ventana.

—El consejo del conde es bueno —dijo Sardovski—; seguramente esos Padres nos entregarán una regular cantidad de dinero. Pero me hallo tan excitado que preferiría diez asaltos a esta solución.

—A ese Veyhard no le falta ingenio —replicó el príncipe—. Seguramente se elevará a un alto puesto.

—A una horca —respondió lacónicamente Sardovski.

Ninguno de los dos adivinó en aquel momento que una suerte más fatal esperaba al conde.

De improviso, el estampido del cañón interrumpió su plática.

—¿Qué es esto? —gritó Miller—. La fortaleza ha roto el fuego.

Y levantándose descompuesto como un lobo, se lanzó fuera de la sala. Siguiéronle los demás.

—¿Se matan entre sí? —dijo Miller—. No lo entiendo.

—Os explicaré el caso —dijo Zbrojek—. Hoy es San Esteban, patrón de los dos Zamoyski, padre e hijo, y se hacen salvos en su honor.

—¡Tienen pólvora de sobra! —exclamó tristemente Miller—. ¡Mal presagio para nosotros! —añadió al tiempo en que entraba en el cuartel con sus subordinados.

Después de una hora de espera impaciente, llegó al fin un heraldo con la respuesta de los frailes. No se trataba de una carta, sino de un paquete atado con un cordoncillo.

Miller le cortó con mano temblorosa, en vez de deshacer el nudo. Todas las miradas se hallaban clavadas en él. El general desdobló un pliego, y luego otro y otro con creciente ansiedad, hasta, que por fin cayó al suelo un puñado de hostias.

Palideció, y como alguien le preguntase lo que contenía el paquete, contestó:

—¡Hostias! ¡Nada más!

Todos guardaron silencio.

—¡Conde Veyhard! —gritó por último Miller, con voz terrible, pero el conde había desaparecido.

Aquella noche reinó en el campamento desusada animación. Apenas alboreó resonaron por todas partes voces de mando y se oyó un gran ruido como de una multitud que se pone en marcha.

A eso de las cinco de la madrugada todo rumor había cesado; pero la nieve caía tan densa, que desde las murallas los centinelas nada podían ver.



Por fin las campanas tocaron a la misa de alba, y en el mismo instante los soldados de guardia en la puerta meridional oyeron las pisadas de un caballo.

Un campesino seguido de una carreta, tirada por un rocín, llamó repetidas veces a la puerta, gritando:

—¡Abrid! ¡Abrid!

—¿Quién vive? —preguntaron los centinelas.

—Uno de vuestros vasallos de Dzlovs. Traigo leña.

—Pero, ¿los suecos os han dejado pasar?

—¿Qué suecos?

—Los que sitian el convento.

—Se han marchado.

La fausta nueva se propagó con la rapidez del rayo entre los defensores de Yasna Gora. Los soldados corrieron a las campanas y tocaron a rebato.

Todos salieron a la vez de las celdas, de los aposentos, de la iglesia. El patio se llenó de monjes, de nobles, de soldados, de mujeres, de niños. Gritos de frenética alegría resonaron en todo el convento.

Poco después, la falda de la montaña y la llanura se hallaban literalmente cubiertas de gente. Se abrieron las puertas del convento, todas las campanas repicaron a fiesta y el eco de aquel inmenso triunfo resonó en toda la República.

A mediodía, una muchedumbre inmensa llenaba la iglesia. El padre Kordetski celebró una misa de acción de gracias, y por último entonó, en medio del mayor silencio, el himno de gracias:

—«Te Deum laudamus.»

## V

Los caballos llevaron rápidamente a Kmita y Kyemlich a la frontera de Silesia. Avanzaban con precaución para evitar un encuentro con cualquier destacamento sueco, porque si bien Kyemlich llevaba un salvoconducto de Kuklinovski firmado por Miller, era de temer un interrogatorio de funestas consecuencias para Andrés y sus compañeros. De cualquier modo avanzaban al trote rápido, a fin de penetrar cuanto antes en los dominios del emperador.

Durante el viaje, el anciano Kyemlich refirió a Kmita todo lo que se decía en la República, y Andrés, después de su larga reclusión en el convento, olvidaba el dolor de la quemadura al oír noticias tan desfavorables a los suecos y que hacían presentir la próxima liberación de Polonia.

—El primero —decía Kyemlich— en rebelarse contra los suecos fue Pan Voynilovich. Se corrió a los montes situados detrás de Cracovia, aniquiló una división sueca y libertó a los montañeses de su opresión. Los montañeses se sublevaron y el general Douglas los dispersó fácilmente; pero no ha regresado ni uno de los hombres que fueron enviados a perseguirlos por las montañas. Pan Voynilovich ayudó a esos campesinos y ahora se ha dirigido con sus tropas a unirse al mariscal de Lyubovlya. Dícese que antes de la primavera no quedará en la República un soldado sueco.

—Dios lo quiera —exclamó Kmita—. Pero los suecos cuentan aún con muchos partidarios entre los magnates y los nobles.

—Porque éstos se ven obligados a seguir al invasor; ya veremos cuando se presente una oportunidad para abandonarle. Sólo el príncipe vaivoda de Vilna le sirve lealmente, y esto le ha causado grandes perjuicios.

—¿Qué es de Radzivil? —preguntó el joven—. ¿Se halla todavía en Kyedani?

—No sé dónde estará. Algunos aseguran que ha muerto; otros, que combate aún contra Sapihea. Es posible que se estén batiendo en Podliasye y que Sapihea lleve gran ventaja, porque los suecos no han podido ayudarle. Parece que está sitiado en Tykotsin por Sapihea.

—¡Alabado sea Dios! ¡El hombre honrado prevalece sobre los traidores! ¿Qué ha sido del príncipe Bogislao?

—No sé —replicó Kyemlich—. Tal vez se halle en Tykotsin con el Elector. Ha estallado la guerra allí y el rey de Suecia se ha dirigido a Prusia. Aguardamos a nuestro rey legítimo, y apenas llegue volveremos nuestras armas contra los suecos.

—¿Y de veras está el vaivoda de Vilna sitiado en Tykotsin? —preguntó vivamente Andrés, como si fuera esto lo que más le interesara saber.

—Eso dicen —contestó Kyemlich.

—¿Y quién está con él?

—En Tykotsin hay una guarnición sueca, pero con el príncipe sólo quedan algunos partidarios leales; todos los demás le han abandonado.

Kmita experimentó una satisfacción inmensa. Había temido la venganza del terrible magnate sobre Olenka, y aun cuando le parecía haber prevenido aquella venganza con sus amenazas, le atormentaba empero el pensamiento de que hubiera sido preferible para Olenka y todos los Billevich, vivir en un antro de leones que no en Kyedani. Ahora que estaba desprovisto de todo poder, no podía pensar ya en la venganza; su mano había acabado de pesar sobre sus enemigos.

Prosiguieron el camino en silencio. Los caballos, fatigados, acortaron paulatinamente su trote.

El movimiento monótono concilió el sueño de Pan Andrés, el cual se durmió mecido en la silla. Al rayar el día despertó y dirigió una mirada en torno suyo con sorpresa, no sabiendo si todos los acontecimientos que habían pasado aquella noche eran sueño o realidad; por último preguntó:

—¿Dónde estamos?

—En Silesia —respondió Kyemlich.

—¿Dónde se encuentra nuestro rey?

—En Glogov.

—Apresuremos el paso para echarnos a sus pies y ofrecerle nuestros servicios —añadió Kmita—. Pero, escucha, viejo mío.

—Escucho.

—Ni al rey ni a nadie habéis de decir quién soy. Me llamo Babinich y vengo de Chenstohova... eso es todo.

—¿Pero podremos hablar de todo lo que habéis hecho en Chenstohova?

—¿Quién probaría que todo eso es cierto, hasta que el asedio termine? Llegará el día en que la verdad flote, pero primero es necesario que el rey se convenza de mi fidelidad.

—Se hará todo cuanto mandéis —respondió el viejo.

Guardaron silencio nuevamente y Kmita quedó absorto en sus pensamientos. Entretanto se había hecho pleno día. El viejo Kyemlich empezó a cantar los maitines y Cosme y Damián le hicieron coro con sus voces estentóreas. El camino era malo, y penetrante el frío. Los viajeros, con frecuencia se veían detenidos por grupos de gente que

les pedían noticias de Chenstohova. Kmita respondía que la fortaleza resistía aún y que no capitularía.

De vez en cuando encontraban nobles, que, aburridos de las demasías de los suecos, iban, como Kmita, a ofrecer sus servicios al rey de Polonia. Grandes y pequeños grupos de soldados se encaminaban hacia los límites. Las satisfactorias noticias llegadas de la República habían reanimado las esperanzas de aquellos «desterrados», y muchos de ellos se repatriaban armados. En toda Silesia, y particularmente en las provincias de Ratibor y Opol, había una fermentación general; de todas partes se cruzaban mensajeros con cartas del rey y para el rey, como así mismo para Charnieski, para el Primado, para Koritsinski, el canciller, y para Pan Vartuytski, el castellano de Cracovia y primer senador de la República, los cuales no habían abandonado a Juan Casimiro bajo ningún concepto.

Se estaba en vísperas de una guerra general, que había estallado ya en diversos puntos. Los suecos apagaban aquellos chispazos locales, ora por medio de las armas, bien recurriendo a las ejecuciones capitales; pero el incendio, aun no extinguido en un punto, se iniciaba en otro. Una tempestad deshecha amenazaba a los invasores escandinavos.

Jamás conquista alguna había costado menos trabajo y menos sangre. Los mismos suecos habían quedado estupefactos al ver la facilidad con que se habían apoderado de la poderosa República. Lo que el conde de Veyhard había dicho al enviado imperial, Lisola, lo repitió el propio emperador, y lo repetían todos los generales suecos.

Pero éstos olvidaban que aquel pueblo desprovisto de virilidad, sin orden, sin patriotismo, poseía todavía un sentimiento fuerte y potente, la fe religiosa, y que este sentimiento debía despertarlo.

Porque el estampido de los cañones que batían las murallas de Yasna Gora conmovió el corazón de todos, y un grito de reverente admiración y al mismo tiempo de inmenso desprecio resonó de los Cárpatos al Báltico. Reanimada por el heroísmo de los frailes, la nación salió de su letargo.

Y todos los generales suecos, desde Witemberg al comandante del último castillo, mandaban a Carlos Gustavo, a Prusia, noticias poco satisfactorias.

Entretanto, por toda la República se divulgaba el manifiesto de Juan Casimiro a su pueblo. Los nobles se daban golpes de pecho oyendo las sublimes palabras de su rey, el cual les excitaba a tener ánimo, a abrir el corazón a la esperanza y a apresurar la liberación de la República sublevándose contra los suecos.

El manifiesto fue leído en el mismo campamento de Carlos Gustavo, en los castillos donde se estacionaban las guarniciones suecas, en todos los lugares donde había escuadrones polacos. Los nobles juraron sobre la cruz y sobre las imágenes de la Virgen, hacer cuanto les ordenaba el rey. Y para cumplir inmediatamente su promesa, montaban a caballo sin vacilaciones y se movían contra el enemigo.

El alzamiento se extendía a Lituania, a Mozavia, a la Grande y Pequeña Polonia, y sucedía con frecuencia que los polacos caían de improviso sobre algún destacamento sueco, haciéndolo trizas.

Tenían predilección por disfrazarse de tártaros, cuyo solo nombre llenaba de espanto a los suecos; pues entre ellos narrábanse maravillosos hechos referentes a la velocidad de aquellos hijos de las estepas de Crimea contra los cuales no habían combatido los escandinavos hasta entonces. Se sabía que el jan, a la cabeza de una horda de once mil hombres, se había puesto en camino para socorrer a Juan Casimiro, y la sola idea de hacer frente a aquellos bárbaros, llenaba de espanto el corazón de los suecos.

Pero más terrible aún que la rebelión de los nobles eran para los invasores las rebeliones de los campesinos. La excitación del pueblo comenzó desde el primer día del asedio de Chenstohova o Yasna Gora, y los campesinos, hasta aquel momento silenciosos

y tranquilos, empezaron aquí y allá, a oponer resistencia y a armarse de hoces y otros instrumentos agrícolas y a acudir en ayuda de los nobles.

El rey de Suecia envió a los generales, a los magnates, a los nobles, cartas cariñosísimas, llenas de promesas para cuantos se le conservasen fieles.

Pero al mismo tiempo ordenaba a sus generales y comandantes que destruyesen a sangre y fuego a todos aquellos que se rebelasen, y especialmente que aniquilasen las partidas de los campesinos. Así empezó un período de férreo gobierno militar. Los suecos arrojaron la máscara de amigos, y la más tiránica opresión substituyó abiertamente al precedente disimulo de benevolencia. Los nobles hechos prisioneros eran fusilados, los campesinos sorprendidos con armas sufrían la amputación de la mano derecha y luego se les enviaba a sus hogares.

En la Gran Polonia, que, así como fue la primera en sostenerse, fue también la primera en sublevarse, el comandante Stein ordenó que se les cortase la mano a trescientos campesinos en un solo día. En las poblaciones se elevaron horcas permanentes, de las cuales pendían continuamente nuevas víctimas.

Pontus de la Gardie hacía otro tanto en Lituania y en Imud.

Pero el fuego, sofocado con sangre, en lugar de extinguirse, se propagaba incesantemente, y así tuvo principio una guerra en la cual no se trataba ya de bravuras y victorias, sino que era asunto de vida o muerte. La crueldad envenenó el odio, y se comenzó, no a combatir, sino a exterminarse sin piedad los unos a los otros.

## VI

Empezaba apenas aquella guerra de exterminio cuando Kmita y los Kyemlich llegaron a Glogov ya anochecido. La ciudad estaba atestada de tropa, de nobles, de domésticos del rey y de magnates. Los albergues estaban tan llenos, que el viejo Kyemlich pudo, con mucho trabajo, encontrar alojamiento para su coronel fuera de la ciudad, en casa de un cordelero.

Pan Andrés pasó el primer día entre incesantes dolores producidos por la herida que tenía en la cadera.

La siguiente noche le trajo algún alivio, y por la mañana vistióse y se encaminó a la iglesia parroquial para darle gracias a Dios por su milagrosa salvación.

Kmita penetró hasta el centro de la iglesia.

El sacerdote celebraba la misa en el altar mayor. En los bancos veíanse arrodilladas algunas personas con el rostro oculto entre las manos. Pan Andrés vio un hombre tendido en el suelo, sobre un tapiz, con los brazos en forma de cruz. A su lado permanecían arrodillados dos jovencitos de rostro rubicundo, infantil y casi angelical.

Los suspiros y los gemidos de aquel hombre resonaban por toda la iglesia.

Pan Andrés conjeturó acto seguido, por la riqueza del traje, que aquel penitente debía ser algún personaje de viso.

Adelantó un tanto hacia el altar, con intención de verle la cara a quien oraba con tanto fervor, aprovechando el momento en que se levantase del suelo. La misa tocaba a su

término, y Kmita, no pudiendo refrenar más su curiosidad, tocó con el codo a un noble que estaba a su lado y le dijo en voz baja:

—Perdóneme Vuestra Gracia, pero mi curiosidad es demasiado fuerte. ¿Quién es ese señor?

Y con los ojos indicó al personaje tendido en el tapiz.

—¡Cómo!... ¿No le conocéis? —contestó el interpelado con sorpresa—. ¡Es el rey!

—¡Dios santo! —exclamó Kmita.

Pero justamente en aquel momento levantóse el rey, pues la misa había terminado.

Entonces Pan Andrés descubrió un rostro macilento, amarillo, casi transparente como la cera. Los ojos del rey estaban llorosos, los párpados encarnados. Hubiérase dicho que todo el destino de la patria estaba reflejado en aquella noble fisonomía: tanto era el dolor que expresaba.

Concluida la misa, Juan Casimiro volvió a arrodillarse y a orar.

Entonces el noble a quien Kmita había interrogado preguntóle:

—¿Quién sois?

—Un noble como vos —respondió Pan Andrés.

—¿Cómo os llamáis?

—Babinich; soy de Lituania, cerca de Vitieks.

—Yo soy Pan Lugovski, mayordomo del rey. ¿Venís directamente de Lituania?

—No; de Chenstohova.

Pan Lugovski permaneció silencioso unos momentos.

—Si eso es verdad, venid a informarnos. El rey se muere de ansiedad, pues nos faltan noticias hace tres días... ¿Perteneceis a los escuadrones de Kalinsky o de Kuklinovski?

—No. Vengo directamente del convento.

—¿De veras? ¿Qué ocurre por allí? ¿Se defiende todavía Yasna Gora?

—Sí... y no piensa rendirse. Los suecos están en vías de retirarse.

—El rey os cubrirá de oro por tan fausta noticia. ¿Cómo han podido dejaros pasar los suecos?

—No les he pedido permiso; pero no puedo daros explicaciones más detalladas aquí, en la iglesia.

—¡Tenéis razón! —dijo Pan Lugovski—. Venid conmigo y esperaremos a la puerta, para presentaros en cuanto salga el rey. Venid, no tenemos tiempo que perder.

Echó a andar delante, seguido de Kmita. Apenas se hubieron apostado al lado de la puerta, cuando aparecieron los dos pajes y detrás de ellos Juan Casimiro.

—¡Majestad! —dijo Pan Lugovski—. Este noble trae noticias de Chenstohova.

El rostro de cera se animó al instante.

Kmita se postró ante él, pero Juan Casimiro le alzó en el acto diciendo:

—Ceremonias a un lado... Levantaos, en nombre de Dios, y hablad. ¿Ha sido tomado el convento?

—Ni lo ha sido ni lo será. Los suecos han sido derrotados. Su formidable cañón ha reventado. Reinan entre ellos el miedo, el hambre, la miseria. Están a punto de retirarse.

—¡Loada seas, Reina de los Ángeles! —exclamó el rey descubriéndose y cayendo de rodillas sobre la nieve, frente a la puerta de la iglesia.

Así permaneció en silencio con la cabeza apoyada en una columna de mármol. Pasado un instante, se levantó con el rostro tranquilo y casi risueño, preguntó a Kmita su nombre, y cuando éste le hubo dicho que se llamaba Babinich, añadió:

—Pan Lugovski os conducirá inmediatamente a nuestros cuarteles. No probaré bocado hasta no haber oído la relación detallada de la defensa.

Quince minutos después, Kmita se encontraba en la sala real ante una distinguida asamblea. El rey sólo esperaba la presencia de la reina para sentarse a la mesa. María Luisa apareció al poco rato. Apenas Juan Casimiro la divisó, le dijo:

—¡Chenstohova no se rinde... los suecos se retiran! Aquí tienes a Pan Babinich, que acaba de llegar y nos trae la agradable noticia.

Las miradas de la reina se posaban sobre el joven héroe; éste hizo una profunda inclinación y después la miró tranquilamente, como la honradez y la sinceridad saben mirar.

—¡Gracias sean dadas a Dios! —exclamó la reina—. ¡Nos quitáis un terrible peso del corazón!

El rey hizo la presentación de Pan Babinich a todos aquellos personajes distinguidos, invitándole a narrar minuciosamente todo lo que había ocurrido en Yasna Gora.

Kmita, acostumbrado al trato de la gente, comenzó a hacer la descripción del asedio, sin demostrar el menor embarazo, como un soldado que lo ha presenciado todo, que lo ha tocado todo con la mano, que lo ha experimentado todo. Enalteció hasta las estrellas los nombres de Pan Zamoyski y Charnyetski; habló de Kordetski, el prior, como de un santo profeta, y encomió a todos, exceptuándose él.

Cuando llegó al capítulo del último bombardeo y de los gruesos cañones de sitio que Miller había hecho traer de Cracovia, entre los cuales había uno que no sólo las murallas de Yasna, sino la fortaleza mejor del mundo no hubieran podido resistir... se hizo un profundo silencio y todos quedaron suspensos de los labios de Pan Andrés.

Pero de pronto éste se detuvo; su rostro se sonrojó, y levantando la cabeza dijo resueltamente:

—Ahora es preciso que hable de mí mismo, pero preferiría callar, pues no quiero que se sospeche que pretendo alabarme.

—Hablad con franqueza... os creemos —dijo el rey.

—Pues bien —añadió Kmita—, aquel cañón formidable lo inutilicé yo, haciéndolo reventar.

—¡Oh gran Dios! —exclamó el rey.

A este grito sucedió el silencio; tal era él estupor que dominó a los presentes.

—¿Cómo pudisteis realizarlo? —dijo por último el rey.

Kmita explicó la cosa.

—¿Y cómo pudisteis salvaros? —añadió el monarca.

—La explosión me aturdió —replicó Kmita—, y por la mañana los suecos me encontraron desvanecido en el foso. Me juzgaron sumariamente y Miller me condenó a muerte.

—¿De qué modo lograsteis escapar?

—Un tal Kuklinovski me reclamó a Miller para darme la muerte por su mano, pretextando una terrible animosidad en contra mía.

—Ese individuo es un perturbador y un asesino; hemos oído hablar de él —dijo el castellano Kjyvinski.

Luego de aquella observación, Pan Andrés volvió a hacer uso de la palabra y narró cuanto había ocurrido en el granero, de qué modo se había salvado y cómo había hecho sufrir a Kuklinovski la suerte que éste le destinaba.

—¡Bien merecido... bien merecido! ¡Semejante traidor no era digno de otra cosa! —exclamó el rey.

Entretanto el canciller, después de haber cuchicheado un momento al oído del arzobispo de Gnyzeno, dijo:

—Son muchos los que vienen aquí sin más objeto que conseguir alabanzas y recompensas y se jactan de haber ejecutado grandes proezas.

Esta observación enfrió el entusiasmo de todos los circunstantes. Kmita se puso rojo como la grana.

—No sé cuál será el grado de Vuestra Gracia —replicó— pero quienquiera que seáis, os advierto que nada ni nadie autorizan a tratar de falsario a un noble sin razón alguna.

—¡Caballero! ¡Estáis hablando con el gran canciller del reino! —dijo Lugovski.

—Quien me acusa de impostor, aunque sea el canciller, sepa que le he de responder como merece —replicó Pan Andrés—. Por lo demás, venid conmigo a otra sala y os enseñaré las quemaduras y las heridas —añadió con una especie de rugido.

—No es necesario —afirmó el rey—, os creo yo y basta.

—Su acento es el de la verdad —añadió María Luisa—, y no puedo equivocarme.

—No hemos dudado de que dijerais la verdad —afirmó el rey—, y vuestros servicios tendrán la recompensa que merecen. Os ruego, pues, que no guardéis rencor al canciller. Existen traidores y hombres versátiles como una veleta que giran según el viento que les empuja.

—¿Cómo guardar rencor a tan gran hombre? —respondió Pan Andrés.

El canciller sonrió amablemente y le tendió la mano diciendo:

—Hagamos las paces.

El rey manifestó gran contentamiento, y volviéndose hacia Kmita, dijo:

—No permitiremos que os separéis de nuestro lado, y quiera Dios que volvamos bien pronto a nuestra patria.

—Majestad —replicó Pan Andrés—, aun cuando he permanecido encerrado entre las paredes de Yasna Gora, sé perfectamente que todos suspiramos por el día y la hora de vuestro regreso. Bastará únicamente que os mostréis y entonces toda Lituania y Polonia se levantará como un solo hombre.

Mientras Kmita hablaba así, sus ojos despedían llamas.

Su entusiasmo se comunicó a la reina, la cual era mujer de grandes ánimos y de tiempo atrás procuraba el regreso del rey.

Por lo cual, volviéndose hacia Juan Casimiro, dijo enérgicamente :

—De la boca de este noble oigo la voz entera del pueblo.

—Dios lee en nuestro corazón —replicó el rey— y sabe que no emprendemos la marcha hoy mismo, no porque nos detenga el poder de los suecos, sino por la inconstancia de nuestro pueblo, el cual, como Proteo, reviste a cada momento forma distinta, ¿Podemos creer que un tal cambio sea sincero, que tal deseo no es imaginario, que esta disposición no es engañosa? Recordad, señores, que si nos vimos obligados a abandonar la patria y tuvimos que buscar otro asilo, no fue por temor al enemigo, sino temiendo a nuestros súbditos, por salvarnos con nuestra familia de la sacrílega mano de los regicidas y parricidas.

—Señores —replicó Kmita—, nuestro pueblo ha pecado gravemente, ha sido culpable, y la mano de Dios le castiga; pero, sin embargo, no ha existido un hombre, ni puede existir, que osara levantar la mano sobre la sagrada persona del elegido del Cielo.

—No queréis creerlo porque sois honrado —respondió el rey—; pero tenemos pruebas y cartas. Los Radzivil nos han pagado con negras ingratitudes los favores que les hemos pródigamente dispensado; sin embargo, Bogislao, aunque traidor, movido por un impulso de la conciencia, no sólo ha reprobado tan horrible delito, sino que ha sido el primero en advertirnos y ponernos sobre aviso.

—¿Qué delito? —preguntó, asombrado, Kmita.

—Nos ha informado —contestó Juan Casimiro— de que cierto sujeto se ha brindado a entregarnos vivo o muerto al rey de Suecia, a cambio de cien ducados de oro.

Un estremecimiento de horror corrió por toda la asamblea, y Andrés pudo a duras penas preguntar:

—¿Quién es ese miserable?

—Un tal Kmita —respondió el rey.

Una oleada de sangre subió a la cabeza de Andrés, que rugió con voz terrible:

—¡Eso es una infame calumnia! ¡El príncipe Bogislao miente como un villano! Señor, no prestéis fe a ese traidor; ha hecho eso con el doble objeto de asustaros y de cubrir de oprobio el nombre de un enemigo personal suyo de quien ha recibido una grave ofensa. ¡Kmita es incapaz de cometer un crimen tan horrendo!

Las exhaustas fuerzas de Andrés no pudieron resistir aquel golpe y cayó, desmayado, a los pies del rey.

Inmediatamente le trasladaron a la habitación contigua, donde le asistió el médico del soberano.

Ninguno de los que se hallaban allí reunidos con el rey acertaba a explicarse por qué las palabras de éste habían producido tan tremenda impresión en el joven caballero.

—¿Será pariente de Kmita? —dijo el castellano de Cracovia.

—Es preciso Interrogarle —añadió el canciller—. En Lituania casi todos los nobles están emparentados entre sí.

—Majestad —dijo un joven cortesano—; guárdeme Dios de pensar mal de Pan Babinich; pero no puedo rechazar la idea de que le he visto en Lituania, cuando yo era casi un niño... y no sé por qué se me figura que no es quien dice ser.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el rey.

—Que su verdadero nombre no es Babinich.

—Eso no importa —replicó Juan Casimiro—. La lealtad y la verdad están reflejadas en su rostro y es evidente que posee un gran corazón.

—Ese joven caballero merece más crédito que la carta del príncipe Bogislao —dijo la reina—. A los Radzivil de Birji interesa demasiado que perdamos valor, y tratándose de un hombre de la calaña de ese príncipe, cabe suponer que haya querido vengarse de un enemigo personal suyo.

—Si no estuviese acostumbrado —replicó el Primado— a oír hablar de la sabiduría por boca de nuestra bella soberana, quedaría asombrado de la sensatez de tales palabras.

Alentada la reina con esta aprobación, prosiguió diciendo:

—No me preocupo por los Radzivil de Birji, ni por esa carta, que puede haber sido redactada con reprobables fines. Lo que me aflige son las palabras de desaliento que mi señor y esposo ha pronunciado refiriéndose a nuestro pueblo. ¿Quién fiará en nuestros súbditos si el propio soberano los condena y desconfía de ellos? ¿Qué otra nación se halla exenta como ésta de las infernales blasfemias, de los horribles delitos y de las interminables luchas de que están llenas las crónicas extranjeras? ¿Se me puede citar en la historia del mundo el ejemplo de otro reino en el que todos sus soberanos hayan fenecido de muerte natural y tranquila? El pueblo peca de ligereza y ha cometido yerros; pero se ha arrepentido y reconoce su propio error. Ya lo veis, el pueblo viene a nosotros compungido, dispuesto a dar su sangre y la vida por Vuestra Majestad. ¿Y vos los rechazaréis? ¿No perdonaréis a los ofensores arrepentidos? ¿Negaréis vuestro afecto paternal a los desgraciados hijos que hacen penitencia por los pecados que cometieron? No, señor, no los rechazaréis al contrario, los recibiréis en vuestro afecto, pues de esta manera podréis transformar el mal en bien, los sufrimientos en goces y la derrota en triunfo.

Dicho esto, la reina se sentó con los ojos fulgurantes.

—¡No he perdido aún mi reino porque Dios me ha dado tal compañera! —exclamó Juan Casimiro con énfasis—. Haré cuanto me dices, ya que parece que hablas con profética inspiración.

—No me opongo a la voluntad de mi soberano, ni pienso desviarle de sus determinaciones, aunque fuesen erróneas —dijo el Primado—. Pero todavía creeré medida



de prudencia llegar hasta Opol, donde radican casi todos los senadores, y escuchar su parecer.

—¡Pues vayamos a Opol! —contestó el rey—. De allí nos encaminaremos a nuestros Estados y será lo que Dios quiera.

—¡El Cielo nos concederá un feliz regreso y la victoria! —dijo la reina.

—¡Amén! —respondió el Primado.

## VII

Pan Andrés se agitaba por su estancia como un leopardo herido. La infernal venganza de Bogislao le volvía casi loco.

Pero, a pesar de la rabia que lo devoraba, consideró que el mejor medio, el único para disipar la calumnia y la infamia que la acusación encerraba era dedicarse al servicio del rey; porque así demostraría al mundo que no solamente él no había concebido jamás la idea de levantar la mano contra la sagrada persona de Juan Casimiro, sino que quizá no se encontrase entre los nobles de Lituania y Polonia otro súbdito más leal que él.

Kmita juróse a sí propio tomar atroz venganza de Bogislao y no sabía aún que el príncipe no se había contentado con cubrir su nombre de infamia.

Entretanto, el rey, que había cobrado cariño al joven héroe, le envió aquel mismo día a Pan Lugovski, con la orden de acompañarle a Opol, donde en una Dieta general de senadores debía discutirse el regreso del rey a sus Estados. Además de aquella, se tratarían otras cosas de mayor importancia.

Lyubomirski, mariscal del reino, había enviado una nueva carta, en la cual anunciaba que todo estaba dispuesto para una sublevación general. Cada vez con más insistencia iba circulando el rumor de una liga de nobles y soldados que iba a formarse para la defensa del rey y del país, la cual fue reconocida inmediatamente con el nombre de Confederación de Tyshovtsy.

Todos los ánimos se entusiasmaron grandemente por tales noticias, y en seguida se formó un Consejo, secreto, al cual, a instancias del rey, fue admitido Kmita, en consideración a las nuevas que había traído de Chenstohova.

Comenzaron a discutir si el regreso debía efectuarse inmediatamente y con pocas tropas o si era más prudente diferirlo hasta reunir mayores contingentes, pero prevaleció la primera opinión, apoyada por Kmita, el cual dijo:

—Mi parecer es que cuanto más reducida sea la escolta, más fácilmente pasará Su Majestad. Pan Tyzenhauer deberá marchar delante con los dragones, haciendo creer que escolta al rey, con lo cual se atraerá al enemigo. Luego toca al rey pasar y salvarse. Nosotros, con una pequeña escolta, partiremos con Vuestra Majestad, y mientras la atención del enemigo estará reconcentrada en otra parte, fácilmente podremos penetrar en Lysepovlya.

—¡Señor, eso es una broma! —exclamó Tyzenhauer, un comandante que, aunque muy joven, gozaba fama de soldado valiente y experimentado.

—¡Sí! Una broma de soldado —dijo el rey—. No importa, no varío de plan.

Juan Casimiro y su escolta cabalgaron hacia Rastibo, deteniéndose únicamente para dar descanso a los caballos.

Nadie vio al rey, nadie se fijó en la reducida guardia, pues casi toda la gente estaba ocupada en la reciente marcha de los dragones, entre los cuales se creía que se encontraba el rey de Polonia.

El día era obscuro y la nieve caía tan espesa, que era imposible distinguir el camino a pocos pasos de distancia. Pero el rey estaba alegre y animoso, porque en el instante de la partida había ocurrido un hecho que todos consideraban como un favorable auspicio.

Casi en el preciso momento en que Juan Casimiro salía de Glogov, un pajarillo de alas blancas empezó a revolotear sobre su cabeza, elevándose a veces, abatiendo el vuelo otras, hasta rozar la frente del rey, y aleteando como en señal de júbilo; todos recordaron que una avecilla semejante, pero negra, apareció sobre la cabeza de Juan Casimiro cuando salió de Varsovia huyendo de los suecos, y siendo éste blanco, arguyeron que la fortuna sería ahora propicia y se prometieron el resultado más feliz.

Desde el principio del viaje se comprobó cuán prudente había sido el consejo de Kmita.

En toda Moravia se hablaba del rey de Polonia. Algunos aseguraban haberle visto con sus propios ojos, armado de punta en blanco, con la espada en la mano y la corona en la cabeza. Se exageraba de un modo fabuloso el número de los soldados de la escolta, afirmando que llegaban a diez mil hombres.

—Ciertamente —decían—, los suecos pretenderán oponerse a su paso... ¿pero qué podrán hacer contra tantos soldados?

—Y bien —preguntaba el rey a Tyzenhauer—, ¿no tenía razón Babinich?

—Todavía no estamos en Lysepovlya —replicó el joven.

Babinich estaba muy satisfecho de sí mismo y del viaje. Generalmente caminaba al frente con los tres Kyemlich, explorando el camino; otras veces cabalgaba entre los demás, entreteniéndolo al rey con la narración de los diversos episodios del sitio de Chenstohova, de lo cual no se cansaba nunca Juan Casimiro.

Un día, el rey preguntó inopinadamente a Pan Andrés:

—¿En qué combate recibisteis esa herida del labio, cuya cicatriz distingo?

El joven respondió:

—Es una caricia de cierto individuo que me disparó un pistoletazo a quemarropa.

—¿Sueco o polaco?

—Polaco; un traidor del cual tomaré venganza. Pero hasta entonces será conveniente no hablar de ello.

—¿Tan vengativo sois?

—No, señor; tengo en la cabeza una cicatriz muy profunda, a consecuencia de un sablazo que por poco me mata; pero como lo recibí de un hombre digno, no le guardo rencor alguno.

Kmita se descubrió mostrando al rey un surco profundo, cuyas blancas márgenes eran bien visibles.

—No me avergüenzo de tal herida —dijo—, porque me vino de tal maestro que quizá no lo haya igual en toda la República.

—¿Quién es ese maestro?

—Pan Volodiovski.

—Le conozco. En Zbaraj hizo maravillas —exclamó el rey—. Encontréme con él en las bodas de Pan Kretuski, y había allí otro caballero a quien todo el ejército glorificaba: un noble grueso y jovial, que nos hacía desternillar de risa con sus ocurrencias.

—Ese era Zagloba.

—¿Sabéis dónde están y qué es de ellos?

—Volodiovski pelea a las órdenes de Pan Sapihea. Yo presencié la escena cuando, después de la traición del príncipe Radzivil, le arrojé a los pies el bastón de mando.

Tyzenhauer, que escuchaba la conversación, preguntó de pronto:

—¿Entonces vos estabais con Radzivil en Kyedani?

Kmita quedó un poco confuso, pero su confusión sólo duró un momento. En seguida replicó:

—Sí.

—¿Y qué hacíais en casa del príncipe?

—Era su huésped —contestó Kmita algo impaciente—; he comido su pan, aunque me repugnaba su traición.

—¿Y por qué no fuisteis con los otros coroneles de Pan Sapihea?

—Porque había prometido ir a Chenstohova.

Tyzenhauer meneó la cabeza con aire de duda, lo cual llamó la atención del rey, que se quedó mirando a Kmita con aire interrogativo.

El joven, perdida la paciencia, se volvió al comandante, diciendo:

—Noble señor, yo no os pregunto dónde habéis estado y qué habéis hecho.

—Preguntad —respondió el otro—; no tengo razón alguna para ocultarlo.

—Ni yo estoy ante un tribunal de justicia. Y si algún día me encontrase, tampoco seríais mi juez. Dejadme, pues, en paz.

—Señor... este noble me gusta cada vez menos —dijo Tyzenhauer al oído del monarca.

—Y a mí me gusta cada vez más —replicó el rey frunciendo los labios.

—He oído hoy que uno de sus hombres le llamaba coronel; él entonces le ha mirado con aire de amenaza y el soldado se ha quedado confuso.

—Quizá convenga yo en que le rodea cierto misterio —respondió el rey—; pero eso es asunto suyo.

—¡Oh, señor! —replicó Tyzenhauer con énfasis—. No es asunto suyo, sino nuestro y de la República. Porque si fuese un traidor que maquinase la captura o la muerte de Vuestra Majestad, en tal caso, con vuestra persona perecerían todos los que en este momento han tomado las armas, y perecería la nación entera, que sólo vos podéis salvar.

—Le interrogaré yo mismo mañana.

—Quiera Dios que yo sea falso profeta; pero en sus ojos no veo nada bueno —añadió el comandante.

Al día siguiente, en el momento de ponerse en camino, el rey hizo seña a Kmita de que se aproximase.

—¿Dónde erais coronel? —le preguntó bruscamente.

Kmita se puso pronto en guardia contra sí mismo. Hubiera querido echarse a los pies de Juan Casimiro y decirle toda la verdad, pero pensó en la impresión que hubiera causado su nombre, después de la carta del príncipe Bogislao, y determinó guardar silencio. Mas sentía al propio tiempo un inexplicable disgusto por tener que emplear subterfugios, y no queriendo engañar al rey con falsas historias, le dijo después de un momento:

—Señor, llegará el instante en que os abriré toda mi alma, pero quiero que los hechos testimonien antes mis sinceras intenciones, mi lealtad y el afecto que profeso a Vuestra Majestad.

Diciendo así, los ojos de Pan Andrés se humedecieron; y tanta sinceridad se pintaba en su rostro, que toda duda se borró del ánimo del rey.

—Os creo —dijo Juan Casimiro—, porque la traición no reviste acentos tan sinceros.

Pero Tyzenhauer no se limitó a insinuarle sus sospechas al rey, sino que obró de manera que los demás empezaron a mirar a Kmita con desconfianza. Era observado cada

movimiento suyo y pesada cada palabra. Andrés lo advirtió y sentíase profundamente disgustado.

El mismo rey no tenía ya con Kmita el jovial trato de antes.

Por este motivo el joven héroe llegó a ponerse triste, y una honda amargura invadió su corazón.

Finalmente el rey y su pequeña comitiva llegaron a la vista de los Cárpatos, cuyas altas cimas estaban cubiertas de nieve.

Encamináronse hacia aquellas majestuosas montañas, y se internaron en ellas. Llegados a determinado sitio, el rey dijo con acento conmovido:

—La frontera no debe estar ya lejos.

Poco después se cruzaron con un carro tirado por un caballo, en el cual viajaba un campesino.

Tyzenhauer lo detuvo y le preguntó:

—Buen hombre, ¿estamos ya en Polonia?

—Aquel arroyuelo marca el confín del Imperio —respondió el interpelado.

Y prosiguió su camino.

Tyzenhauer galopó hacia el rey.

—Señor —dijo conmovido—, Vuestra Majestad está a punto de poner el pie en el reino; aquel arroyuelo es la frontera del Imperio.

Juan Casimiro no contestó, pero hizo señal de que le detuviesen el caballo; apeóse, y, puesto de hinojos, levantó los brazos y los ojos al cielo.

A la vista de este acto, todos desmontaron y siguieron su ejemplo.

Las tinieblas empezaban a extenderse por la tierra cuando la comitiva se puso de nuevo en camino.

Después de la plegaria, los dignatarios y los caballeros cabalgaron en silencio. Sobrevino la noche, pero hacia Occidente se hacía cada vez más rojo.

—Vamos a ver aquella luz —dijo el rey—; parece algo extraña.

Entonces Kmita se lanzó al galope y dijo al poco rato:

—¡Señor, eso es un incendio!

Todos se detuvieron.

—¡Cómo, cómo! —exclamó el rey—. Paréceme la luz del crepúsculo.

—Es un incendio... un incendio, no me equivoco —replicó Kmita.

Por último no fue posible dudar, pues se veían elevarse nubes rojizas, ora resplandecientes, ora oscuras.

—¡Se diría que arde Jyviets! —dijo el rey—. Quizá el enemigo lo está saqueando.

Aún no había acabado de pronunciar estas palabras, cuando llegó a sus oídos un rumor confuso de voces y el galope de los caballos. En la obscuridad se divisaron algunas sombras negras que avanzaban.

—¡Quién va! —gritó Tyzenhauer.

Las sombras negras se detuvieron.

—¿Quiénes sois? —añadió el comandante.

—¡Patriotas! —respondieron algunas voces—. Huimos de Jyviets, donde los suecos han entrado a saco.

—¡Deteneos, en nombre de Dios! ¿Qué decís? ¿De dónde han llegado?

—Estaban esperando a nuestro rey. Son en gran número. ¡Que la Santísima Virgen proteja a nuestro soberano!

Tyzenhauer creyó volverse loco.

—He aquí las consecuencias de ponerse en camino con poca gente —dijo, volviéndose hacia Kmita—. ¡Ojalá hubieseis muerto antes de aconsejar tal cosa!

Juan Casimiro preguntó a los fugitivos:

—Pero, ¿dónde está el rey?

—El rey ha tomado el camino de las montañas con una numerosa escolta. Hace dos días pasó por Jyviets; los suecos le siguieron y hubo un encuentro en un lugarejo cerca de Suha. No sabemos si lo han preso o no; pero lo cierto es que hoy han vuelto a Jyviets, a la que han pegado fuego por sus cuatro costados, pasando a muchos infelices a filo de espada.

—Gracias por vuestros informes. Que Dios os guarde —dijo Juan Casimiro.

Los fugitivos se alejaron.

—¡He aquí lo que nos hubiera sucedido si hubiésemos salido con los escuadrones! —exclamó Kmita.

—Majestad —dijo el padre Gembitski—, el enemigo está delante de nosotros. ¿Qué debemos hacer?

Todos rodearon al rey como para resguardarlo con sus propios cuerpos. El monarca no apartaba la vista del incendio y permanecía silencioso. Nadie se atrevía a despegar los labios; era demasiado difícil tomar una determinación.

—Cuando salí del reino brillaba también la luz de un incendio —dijo, al fin, Juan Casimiro—; y ahora que vuelvo veo los resplandores de otro fuego.

—¿Qué debemos hacer? —repitió el padre Gembitski.

—El que no ha vacilado en exponer la persona del rey al peligro es quien debe decirnos lo que tenemos que hacer —contestó Tyzenhauer con voz ronca e irónico acento.

En aquel instante adelantóse Kmita y levantándose sobre los estribos, dijo a sus hombres, que cabalgaban detrás de él:

—¡Seguidme!

Y diciendo así espoleó a su caballo y partió a galope, seguido de los Kyemlich.

Tyzenhauer lanzó un rugido:

—¡Traición! —exclamó fuera de sí—. Esos miserables nos entregan al enemigo! Majestad, salvaos; aún estáis a tiempo! El enemigo nos cerrará muy pronto el paso.

—¡Volvamos atrás! —gritaron a coro los cortesanos.

Juan Casimiro dio visibles muestras de impaciencia y sus ojos fulguraron de ira. De pronto desenvainó la espada, exclamando:

—¡Dios me libre de abandonar mi patria por segunda vez!

Y aguijoneó su caballo con ánimo de avanzar al galope; pero el Nuncio, que se hallaba entre la escolta, asió las riendas del corcel del monarca y le dijo con acento cíe reproche:

—Majestad, no sois dueño de exponer vuestra vida.

—¡No quiero volver a Silesia! —replicó Juan Casimiro.

—Señor, escuchad los ruegos de vuestros súbditos —añadió el castellano Sandomir—. Si no queréis regresar a los dominios del emperador, alejémonos al menos de aquí, reparémonos tras de esa garganta, antes de que nos corten la retirada. Aguardemos en la frontera, y si el enemigo nos ataca nos pondremos en salvo.

—Sea —dijo el rey—. No desoigo nunca los buenos consejos, pero conste que no quiero emigrar por segunda vez. Por otra parte, creo que os alarmáis sin motivo. Puesto que los suecos nos buscaban entre los escuadrones, según han confirmado los fugitivos, claro está que suponen que estamos en otro lugar y que no existe ni sombra de traición. Calmaos, señores; Babinich ha ido con sus hombres a informarse de lo que ocurre y no tardará en volver.

Transcurrió un cuarto de hora, media hora, una hora, y Babinich no daba señales de vida.

Los resplandores del incendio disminuían poco a poco, señal inequívoca de que el fuego se iba extinguendo. De repente sonó, en medio del sepulcral silencio que reinaba, el galopar de varios caballos.

—¡Es Pan Babinich que vuelve! —exclamó el rey.

—¡Quién va! —gritó al mismo tiempo Tyzenhauer.

—¡Nosotros! ¡No disparéis! —contestó Kmita.

Avanzó hacia el destacamento y distinguiendo la persona del rey, pues la obscuridad se había disipado un tanto, gritó:

—¡Señor, el camino está libre!

—¿No hay suecos en Jyviets?

—Han marchado a Vadovitski. Era una cuadrilla de mercenarios alemanes. Vuestra Majestad encontrará alojamiento esta noche en Jyviets, porque la ciudad ha ardido en parte solamente.

Pero el malicioso Tyzenhauer, en aquel mismo momento hablaba con el castellano de Voinik y le decía:

—O éste es un famoso guerrero, legítimo como el oro de ley o es un traidor probado. ¿Quién nos asegura que los suecos no están escondidos en Jyviets y el rey no caerá en una emboscada?

—Será mejor convencerse —respondió el castellano.

—Señor, permita Vuestra Majestad que vaya yo primero hasta Jyviets para convencerme de que lo que dice este caballero es verdad.

—¡Sea así! ¡Permitid que vayan, señor!

—Sí —dijo el rey—, pero os seguiremos, porque hace frío.

Tyzenhauer se lanzó a rienda suelta y la escolta del rey se movió lentamente en la misma dirección.

Avanzaron durante algún tiempo en silencio. Finalmente se oyó el trote de un caballo y Tyzenhauer compareció.

—¡Señor! —dijo—, el camino está libre y los alojamientos dispuestos.

—¿No dije —exclamó Juan Casimiro— que no había por qué alarmarse?

Y todos adelantaron al trote, contentos y ufanos, y una hora después el rey dormía un plácido sueño en el territorio de la patria.

Aquella noche Tyzenhauer se aproximó a Kmita y le dijo:

—Perdonadme; llevado de mi amor al rey, he desconfiado de vos. Sois un valiente soldado. Perdonadme y dadme un beso, de modo que vayamos a dormir sin guardarnos rencor.

Kmita vaciló un instante. Después dijo:

—¡Sea!

Y los dos jóvenes se echaron uno en brazos del otro.

## VIII

A la mañana siguiente, Juan Casimiro y su escolta continuaron el camino hacia Vadovitski y Suha. Necesitaban desde allí pasar por Njechoni y Yorndanovo, volviendo hacia Novy Targ, y si los contornos de Chorthtyn se encontraran libres de suecos, continuarían el camino hasta aquel país; de otro modo debían dirigirse a Hungría y desde allí volver a Lysepovlya. El rey esperaba que el mariscal del reino, el cual disponía de fuerzas considerables, habría procurado por la seguridad del camino y mandado tropas al

encuentro de su soberano; pero el mariscal no conocía el camino que había tomado el rey. Sin embargo, entre los montañeses no faltaban hombres fieles y prontos a enseñárselo.

Aquellos hombres semisalvajes eran muy adictos a su soberano, y si Juan Casimiro hubiera hecho saber dónde se encontraba, habríase visto en poco tiempo escoltado por miles de aquellos hombres, toscos pero sinceros. Pero él pensó que la noticia se divulgaría entonces por todas partes, y los suecos podrían mandar numerosas tropas a su encuentro.

Pero en cualquier sitio se encontraban guías fieles, a los cuales bastaba decir que conducían a obispos o magnates que querían ponerse a salvo de los suecos.

El rey estaba siempre de buen humor; con el ejemplo infundía valor a los demás y afirmaba que viajando entre aquellos montes habría llegado sano y salvo a Lyubovlya.

Después de un fatigoso camino, llegaron por fin a Novy Targ. Parecía que todo el peligro había pasado, pero los montañeses declararon que los destacamentos suecos maniobraban en Chorhtyn y sus alrededores. Volvieron a la salida de Novy Targ, un tanto hacia el Sudoeste. Al principio el camino atravesaba regiones abiertas y espaciosas, pero después se volvió peligroso.

Los montañeses, habituados a los precipicios, consideraban como buenos ciertos caminos que producían vértigo a los no acostumbrados. Entraron, por fin, en un barranco largo y tan estrecho, que apenas si podían pasar tres hombres de frente.

El rey y su escolta reposaron un momento antes de penetrar en aquel pasaje.

—¡Silencio! —dijo de repente el montañés que los guiaba; y precipitándose hacia la roca, aplicó el oído.

Todos fijaron la mirada en aquel hombre que de pronto palideció, murmurando:

—Avanzan tropas por el lado donde el camino hace una curva. ¡Dios mío! ¿Y si fuesen suecos?

—Forzosamente son las tropas del mariscal —observó el rey.

Inmediatamente, Kmita subió a caballo y dijo:

—Vamos a verlo.

Los Kyemlich le siguieron prontamente como perros fieles; pero apenas habían emprendido la marcha, cuando en el fondo del barranco donde el camino hacía recodo, a una distancia de cerca de setenta pasos, vieron una negra masa formada por hombres a caballo. Kmita dirigió su mirada hacia los jinetes y tembló de espanto.

—¡Los suecos avanzan!

Estaban tan cerca, que toda retirada era imposible; especialmente porque la escolta real tenía los caballos cansados. No había más remedio que afrontar el peligro, perecer o caer prisioneros. El intrépido monarca lo comprendió así al momento e inmediatamente puso la mano en la empuñadura de la espada.

—¡Cubrid al rey y retiraos! —gritó Kmita.

Tyzenhauer, con veinte hombres, se arrojó hacia adelante en un abrir y cerrar de ojos; pero Kmita, en vez de seguirle, galopó al encuentro de los suecos con la velocidad de un relámpago.

Vestía el traje sueco, el mismo que llevaba a la salida del convento. Viendo un hombre a caballo galopar hacia ellos y con su mismo traje, los suecos pensaron que era un abanderado suyo y no se movieron.

El capitán solo se adelantó y preguntó en lengua sueca:

—¿Quién sois?

Kmita acercó su caballo al del capitán y, sin decir una palabra descargó un pistoletazo al oído del oficial.

Salió un grito de terror del pecho de los suecos; pero más terrible sonó la voz de Pan Kmita que gritó:

—¡A la carga!

Los jóvenes Kyemlich, como dos osos, se echaron detrás de él sobre los soldados. Pareció al principio a los suecos que tres gigantes habían caído sobre ellos.

Los caballos empezaron a morder y a tirar coces. Los soldados que iban detrás eran impotentes para acudir en ayuda de los de la primera fila, los cuales sucumbían á los golpes de los tres gigantes.

Mientras tanto se había producido una confusión alrededor de la persona del rey! El nuncio, como en Jyviets, tenía asidas las riendas de su caballo por una parte, y por otra el obispo de Cracovia tiraba hacia él con toda su fuerza; pero el rey no cesaba de espolearle, hasta el punto de que el animal se irritó terriblemente.

La obstinación de Juan Casimiro, una vez que ya había tomado cualquier determinación, no cedía ante nadie. Espoleó el caballo aún más fuerte y en vez de retroceder fue hacia adelante gritando:

—¡Quiero morir sobre el suelo de mi patria! ¡Dejadme!

Kmita y los Kyemlich se pudieron tener firmes durante largo rato, pero poco a poco las fuerzas empezaron a faltarles. Los estoques de los suecos habían herido varias veces a Kmita y su sangre empezó a brotar. Sentía sus ojos velados como por una niebla y la respiración empezaba a faltar en su pecho. Conocía que la muerte se acercaba.

Los suecos, coléricos de vergüenza al pensar que cuatro hombres les habían podido hacer frente durante largo rato, se precipitaron con furia sobre sus enemigos.

El caballo de Kmita cayó, arrastrando al jinete en su caída.

Los Kyemlich combatieron aún por pocos instantes, pero bien pronto cayeron ellos también. Entonces los suecos se precipitaron como un torbellino hacia la escolta real.

Tyzenhauer con sus hombres se arrojó sobre los enemigos, pero, ¿qué podía hacer aquel puñado de hombres contra un destacamento de trescientos dragones?

No cabía duda que para el rey y su escolta había sonado la hora fatal de su muerte.

El rey se adelantó impetuosamente, pero, de repente, se detuvo como si hubiese echado raíces en el suelo.

Ocurría algo extraordinario. Pareció a los espectadores como si la propia montaña fuese en ayuda del legítimo soberano.

La tierra tembló, y como si aquellos altos pinos que crecían sobre las márgenes del barranco desearan tomar parte en la batalla, troncos de árboles, aludes y masas de rocas empezaron a caer con terrible estruendo sobre los suecos que se amontonaban en aquel angosto espacio.

Al mismo tiempo horribles gritos, que nada tenían de humanos, se oían a ambos lados del barranco.

—¡Los montañeses! —gritaban los hombres de la escolta del rey, mientras los suecos emitían en su agonía aullidos y gritos espantables.

Una multitud de cabezas con largas cabelleras apareció en lo alto, sobre los bordes de las rocas, y poco después centenares de extrañas figuras empezaron a descender desordenadamente a saltos por el precipicio, como si fuesen gamuzas, precipitándose con sus hachas sobre el enemigo con furia de leones.

El rey trató de impedir aquella carnicería, pero en vano. Un cuarto de hora después no quedaba ni un solo sueco vivo en el barranco.

El Nuncio miraba con estupor aquella gente salvaje que al ver a los obispos se descubrieron la cabeza, arrodillándose sobre la nieve.

—¿Sabéis a quién habéis salvado? Este es vuestro rey, vuestro señor, y vosotros le habéis salvado —dijo el obispo de Cracovia.

Ante estas palabras, los montañeses, enloquecidos de alegría, rodearon a Juan Casimiro y le besaron los pies llorando.

El rey, encontrándose en medio de gente tan fiel, sintió acudir las lágrimas a sus ojos y dijo:



—¡Oh Dios mío, que me habéis salvado por medio de esta gente sencilla; juro serles padre desde este momento hasta mi muerte!

—¡Amén! —respondieron los obispos.

Durante algún tiempo reinó un silencio profundo; después hubo una nueva explosión de alegría.

El rey, apretándose de repente la cabeza entre las manos, gritó:

—Buscadme a Babinich. El ha perecido, de seguro, pero nosotros debemos al menos enterrarle y no permitir que su cadáver sea comido por los cuervos. ¡Y pensar que le han considerado como un traidor, él que ha sido el primero en derramar la sangre por nosotros!

Los soldados y los montañeses se precipitaron sobre el lugar donde se había efectuado la refriega, sacando de entre el montón de cadáveres el cuerpo de Pan Andrés.

Su pálida faz estaba cubierta de sangre; tenía los ojos cerrados; la armadura abollada, pero le había salvado impidiendo que fuese destrozado: el soldado que le levantó creyó oír un débil lamento.

—¡Está vivo! —exclamó.

—Quitémosle la armadura —dijeron los otros.

Fueron cortados apresuradamente los cercos de la armadura y Kmita respiró libremente.

—¡Respira! ¡Respira! ¡Está vivo! —repitieron muchas voces.

Permaneció algún tiempo inmóvil y por fin abrió los ojos... Entonces uno de los soldados sacó un frasquito de aguardiente y dejó caer algunas gotas entre los labios del herido, mientras otros le levantaban por debajo de los brazos.

El rey, al oír que estaba vivo, lanzó un grito de alegría. Los soldados le pusieron delante de Pan Andrés y sus ojos recientemente abiertos reconocieron al rey; una sonrisa irradió su rostro y sus labios murmuraron dulcemente:

—¡Mi rey se ha salvado!

—¡Babinich! ¡Babinich! ¿Cómo podré recompensaros?

—No soy Babinich, soy Kmita —murmuró el caballero.

Después de pronunciadas estas palabras, cayó como un cadáver en los brazos de los soldados.

## IX

Desde allí, como los montañeses venidos tan providencialmente en ayuda del rey aseguraran que en el camino de Chorthyn no había nada más que temer del enemigo, la escolta de Juan Casimiro se dirigió hacia el castillo, y pronto se encontraron sobre la carretera, en la cual el viaje era menos penoso. Los montañeses se habían unido a la escolta y además llegaban grupos de gente del pueblo atraídos por el grito de «¡Viva nuestro rey!» También los nobles de Novy Targ y Stasy Sang empezaron a unirse al pueblo. Se decía que un regimiento polaco al mando de Voynilovich había derrotado a los suecos.

Esto bien pronto quedó confirmado cuando se vio ondear sobre el camino la bandera y al mismo Voynilovich avanzar con el regimiento del vaivoda de Bratslav.

El rey saludó con alegría al célebre caballero, y en medio del entusiasmo del pueblo y del ejército se dirigió hacia Spij.

El Nuncio, que había dejado Silesia lleno de temor por la suerte del rey y por su propia piel, estaba fuera de sí de contento, teniendo la completa seguridad de que el porvenir llevaría la victoria al rey y a la Iglesia sobre los herejes, y los obispos participaban de su alegría.

—Las tropas polacas con una mano se golpeaban el pecho y con la otra mataban a los suecos —dijo Voynilovich—. He procurado atraerlos fuera de Novy Targ y Dios me ha concedido la victoria. Pan Feliciano Kokozki, con la infantería de Naovir, me ayudó, y ellos vinieron para ser derrotados por los dragones que atacaron tres días hace.

—¿Qué dragones? —preguntó el rey.

—Aquellos que Vuestra Majestad mandó al principio desde Silesia. Y nosotros nos moríamos de inquietud pensando que Vuestra Majestad se encontraba entre aquellos hombres. Dios os inspiró mandar aquellos dragones. Jegoski y Kuleska no pierden el tiempo en la Gran Polonia —continuó Voynilovich—. Lantikoron está en nuestras manos y, en Podliasye, Sapihea estrecha el sitio de Tykotsin. Los suecos están grandemente angustiados. Se dice que se extiende una especie de confederación formada contra los suecos, de la cual forman parte Sapihea y Charnieski.

—¿Charnieski está ahora en Lyubelsk?

—Sí, Majestad. Pero hoy está aquí y mañana en otro lado Yo debo unirme a él, pero no sé en dónde.

—No os preocupéis por eso —dijo el rey—, ya lo encontraréis.

—Así lo creo —respondió Voynilovich.

Así conversando llegaron a una cima desde la cual se divisaban los países lindantes. En lontananza vieron avanzar una nube de polvo.

—¡Las tropas del mariscal! —grito Voynilovich.

—¿Y por qué no los suecos? —observó el rey.

No, señor; los suecos no podían venir de la parte de Hungría. Distingo la bandera de los húsares.

El corazón del rey latió con júbilo a la vista de aquellas tropas que iban a su encuentro.

—Detengámonos aquí. Esperemos al mariscal —dijo el rey.

La escolta, con todo el séquito, se detuvo, y un cuarto de hora después con la mirada se podía abarcar toda aquella masa de soldados que había avanzado rápidamente.

Las tropas tomaron posición en dos líneas a lo largo del camino, y entre ellas apareció sobre un caballo blanco el mariscal del reino, Pan Jorge Lyubomirski, que se precipitó al encuentro de su soberano seguido de dos escuderos.

Bajó del caballo, echando las riendas a uno de los escuderos, y llegó a pie hasta la altura donde se encontraba el rey.

Se quitó el sombrero y con la cabeza descubierta avanzó hacia su soberano.

Era un hombre en el vigor de la edad y de espléndidas formas. Llevaba el pelo cortado alrededor de las sienes; la frente alta y una nariz romana acrecentaban la belleza y la expresión de su rostro. Los ojos eran pequeños y velados por unas pestañas rojizas. De su fisonomía se desprendía una gran dignidad, pero también una vanidad incomparable. A primera vista se adivinaba que aquel magnate deseaba atraerse las miradas de toda la República y aun de toda Europa.

Lyubomirski hubiera aceptado una corona si los nobles la hubieran puesto sobre su cabeza; pero, siendo de ánimo débil, no había osado desearla abiertamente como el príncipe Radzivil. El príncipe vaivoda era uno de aquellos hombres en los cuales el delito baja hasta el nivel de los delincuentes, y con el éxito se eleva a la altura de los semidioses. Lyubomirski era un hombre siempre pronto a comprometer la seguridad de la patria si se

sentía ofendido, sin saber después realizarla por sí mismo. Radzivil murió como el más culpable; Lyubomirski como el más peligroso de los hombres.

Pero en aquel momento su orgullo estaba satisfecho; se decía que había tomado bajo su protección al propio soberano, a quien él sentaría en su trono, y hacia él se habían vuelto los ojos de todos.

El rey detuvo el caballo para bajar de él y saludar. Viendo esto el mariscal, se precipitó hacia él para tenerle el estribo con sus propias manos, e imitando a ciertos cortesanos ingleses, quitóse el manto y lo tiró a los pies de Su Majestad.

El rey, enternecido, abrió los brazos al mariscal. De pronto no pudo pronunciar ninguna palabra por la emoción, pero luego dijo:

—Señor mariscal, os damos las gracias con toda el alma.

—Señor —respondió Lyubomirski—, mi existencia, mi vida, mi sangre, todo lo que poseo, lo pongo a los pies de Vuestra Majestad.

—¡Viva! ¡Viva el rey Juan Casimiro! —exclamaron millares de voces.

—¡Viva nuestro rey! ¡Nuestro buen padre! —gritaban los montañeses.

Después de los primeros saludos, el rey volvió a montar a caballo, y el mariscal, para demostrarle su afecto, tomó la brida y lo condujo entre sus tropas, hasta que llegaron a una carroza tirada por ocho caballos empenachados, en la cual se sentó Juan Casimiro, llevando a su lado a Vidon, el Nuncio del Papa.

Todos los demás dignatarios subieron a otros coches y el cortejo se dirigió lentamente hacia Luybovlya, entre las entusiastas aclamaciones de los soldados y del pueblo.

Desgraciadamente, en medio del júbilo y del entusiasmo, nadie podía predecir que las tropas de Lyubomirski habían de rebelarse de nuevo contra el legítimo soberano.

En Lyubovlya el rey descendió de la carroza en el patio del castillo, en el que todo estaba preparado para recibirle.

En el banquete que se verificó más tarde, el rey ocupaba un asiento muy elevado y el mariscal en persona quiso servirle. A la derecha del rey estaba el Nuncio, y a la izquierda el Primado, príncipe de Lehchinski.

En otra sala se había preparado la mesa de los nobles, y fuera del castillo se habían levantado tiendas para los aldeanos, con objeto de que todos, a su modo, pudiesen festejar alegremente el regreso del rey.

Juan Casimiro hablaba del horrible combate sostenido en el barranco, alabando al caballero que había contenido a los suecos.

—¿Y cómo está? —preguntó el mariscal.

—El médico no lo abandona y ha garantizado su vida —respondió Tyzenhauer.

—¡Alabado sea Dios! —exclamó el rey—. He oído algo de sus labios que no repetiré, porque no estoy seguro de haberle oído o de que no lo haya dicho bajo la influencia del delirio; pero, si lo que ha dicho fuese verdad, me quedaría estupefacto.

—¿Pero no habrá dicho ninguna cosa que disgustase a Vuestra Majestad?

—Nada, en efecto —dijo el rey—; al contrario, es una cosa que me ha confortado, porque confirma que aquellos que nosotros considerábamos como nuestros peores enemigos, están decididos a dar por nosotros la vida y la sangre.

La animación en la mesa se hacía cada vez mayor. Se entró gradualmente a hablar de política, del auxilio que había prometido el emperador, que hasta entonces era esperado en vano, del apoyo de los tártaros y de la próxima campaña contra los suecos.

Al fin del banquete el mariscal hizo una seña a su mayordomo, el cual se acercó con dos copas de cristal veneciano, de un trabajo tan fino, que hubiera podido pasar por la octava maravilla del mundo. Puso una delante del rey y otra frente al mariscal, llenas las dos de malvasía. Entonces todos se levantaron. El mariscal elevó su copa y gritó con su voz más fuerte:

—¡Viva Juan Casimiro, nuestro rey!

—¡Viva! ¡Viva! —repitieron los comensales con entusiasmo.

Era tal el júbilo del mariscal, que parecía loco, y vaciando la copa, gritó tan alto, que con su voz dominó el tumulto general:

—«¡Ego ultimus!»

Y diciendo así, estrelló la preciosa copa en el suelo, como de costumbre, haciéndola añicos.

## X

En medio de la fiesta, el buen rey no olvidaba al fiel caballero que tan intrépidamente había expuesto su propia vida por defenderlo, y, al día siguiente de su llegada a Luybovlya, hizo una visita al herido. Lo encontró vuelto en sí y casi contento, si bien pálido como un muerto, porque el joven héroe no había recibido, por especial gracia de Dios, heridas de mucha gravedad, pero había perdido mucha sangre.

Al ver al rey empezó a incorporarse en la cama, y aun cuando el soberano insistió en que permaneciese acostado, no lo quiso consentir.

—Señor —dijo— dentro de un par de días podré montar a caballo, y, con permiso de Vuestra Majestad, me pondré en camino.

—Y, sin embargo, deben haberos herido horriblemente. Es cosa inaudita que un hombre solo pudiese hacer frente a tanta gente.

—Me he encontrado varias veces en situaciones semejantes —dijo Andrés.

—Pero, ¿en dónde habéis peleado antes de ahora? —le preguntó Juan Casimiro.

Un pasajero rubor tiñó las mejillas de Kmita.

—Señor —respondió—, asalté a Holvanski cuando todos abandonaban las armas.

—¿Habéis asaltado a Holvanski? —exclamó el rey maravillado—. ¡Pero entonces es cierto cuanto me dijisteis en el barranco! ¿Entonces, no os llamáis Babinich? ¡Sabemos quién atacó a Holvanski!...

Tras una breve pausa el joven caballero levantó los ojos y dijo:

—No fue delirio, sino verdad. Yo soy Andrés Kmita, el portaespada de Orsha... Yo soy aquel desdichado, condenado por Dios y por los hombres, por homicidio y violencia. Serví a Radzivil y con él os traicioné a vos y a la patria. Pero ahora me golpeo el pecho, entonando el «mea culpa, mea culpa», e imploro vuestra paternal piedad.

Las lágrimas corrían de los ojos del caballero, y temblando trató de tomar la mano del rey. Juan Casimiro no la retiró, pero una nube de tristeza veló su fisonomía al replicar:

—Cuando sobre la tierra se ciñe una corona, se debe perdonar incesantemente; por esto queremos concederos nuestro perdón, en vista de que en Yasna Gora y en aquel barranco nos habéis servido lealmente exponiendo la vida. Pero hay una cosa que no podemos olvidar y es que ofrecierais al príncipe Bogislao levantar la mano sobre nuestra persona, hasta hoy inviolable.

Kmita, que un momento antes no podía moverse, saltó del lecho, tomó el crucifijo que pendía sobre la cama, y respirando afanosamente, dijo:

—¡Por la salvación de mi padre, de mi madre, por las llagas del Crucificado, es falso! ¡Bogislao ha mentado infamemente por vengarse de mí!

—¡Cómo! ¿El príncipe ha podido inventar tal cosa? —exclamó el rey atónito.

—Fue una infernal venganza por lo que yo le hice.

—¿Qué le hicisteis vos?

—Me lo llevaba de entre su corte y en medio de su ejército. Quería arrojarlo atado a los pies de Vuestra Majestad.

El rey quedó mudo de admiración. Kmita quería explicarle como había ocurrido la cosa, pero el rey notó su palidez, y le dijo:

—Reposad; más tarde me lo contaréis todo. Os creo. He aquí mi mano.

Kmita llevó la mano del rey a sus labios, y, aunque muy débil, quiso contarle toda su vida.

—¡Todo perdonado! —exclamó Casimiro cuando Kmita hubo terminado su larga narración, la cual tuvo que interrumpir varias veces para descansar—. ¡Ellos os han perjudicado infamemente, pero bien os lo han pagado! Sólo Kmita podía hacer eso... y nadie más. ¡Os lo perdono con todo mi corazón! Me sois caro como mi propio hijo. Repito que os perdono y que la patria os perdona conmigo. Poned fin a toda inquietud.

—¡Dios colme de dones a Vuestra Majestad por tal clemencia! —dijo el caballero con lágrimas en los ojos—. Pero aún debo imponerme la penitencia por el juramento que hice a Radzivil.

—Dios no os condenará por eso —dijo el rey—, pues siendo así debería hacerlo a todos los que han faltado a la fidelidad que me deben.

Kmita sonrió entre las lágrimas.

—Que Dios me restituya las fuerzas —dijo—, y yo purificaré mi alma con la sangre de más de un sueco, con lo cual espero, no sólo adquirir méritos ante Dios, sino lavar toda la mancha que afea mi reputación.

—Tened buen ánimo. Pronto vendrán otros tiempos más tranquilos; entonces yo mismo sacaré a luz vuestros servicios, que no son pequeños y que seguramente serán mayores, y en la Dieta someteré tales cuestiones, que pronto vuestro honor quedará rehabilitado.

—Las palabras de Vuestra Majestad me consuelan —añadió Kmita—, pero antes de eso los tribunales de justicia me llamarán para que rinda cuenta de mis delitos, de lo cual no puede preservarme la influencia de Vuestra Majestad. Sufriré esto con paciencia, pero temo por la mujer que amo. Se llama Olenka, señor; no la he visto ha muchísimo tiempo y he sufrido inmensamente por ella.

Juan Casimiro sonrió benévolamente.

—¿Cómo puedo ayudaros yo en eso, pobre hijo mío?

—¿Quién me podría ayudar no siendo Vuestra Majestad? Esta joven es enteramente afecta a Vuestra Majestad y no olvidará jamás mis fechorías de Kyedani, a menos que Vuestra Majestad no interponga su influencia y le testimonie mi conversión.

—Siendo así no dejaré de interceder... siempre que sea libre y no le haya ocurrido alguna desgracia, como es fácil y frecuente en tiempos de guerra.

—¡Los ángeles la protegen!

Lo merece. A fin de que los tribunales no os molesten, haremos lo siguiente: Pronto se ordenarán las levadas. Hoy, como estáis proscrito, no puedo confiar tal cargo a Kmita, pero se lo daré a Babinich. Haréis el alistamiento de los valientes y tomaréis campo a las órdenes de Charnieski; bajo su mando la muerte es fácil, pero las ocasiones de adquirir gloria son más fáciles aún. Y si se presenta la ocasión podéis asaltar a los suecos como asaltasteis a Holvanski. Vuestra conversión y vuestras laudables acciones han empezado llamándoos Babinich; continuad llamándoos Babinich y los tribunales os dejarán en paz. Cuando este nombre se haga notable en toda la República, descubriremos quién sois. Muchos se avergonzarán de enjuiciar a tan buen caballero, y otros habrán muerto; vos

satisfaréis a los demás. Os prometo que en la Dieta pondré vuestros servicios sobre las nubes y propondré una alta recompensa como merecéis a mis ojos.

Kmita, olvidando su estado, saltó del lecho y se postró ante el rey.

—¡Qué hacéis, en nombre del Cielo! —gritó Juan Casimiro.

El mariscal, que iba buscándole, hacía rato, por todo el castillo, oyó el grito y entró.

—¡Por mi patrón San Jorge! ¿Qué es lo que veo? —exclamó al notar que el rey sostenía a Kmita.

—Este es Babinich, mi más querido soldado, mi servidor más fiel, que ayer me salvó la vida —dijo el rey—. Ayudadme, señor mariscal, y lo pondremos en la cama.

## XI

El 25 de diciembre, Sapihea estaba tan seguro de vencer, que había ido a Tishovski dejando continuar el sitio a Pan Oskierko. Ordenó, empero, que no se diese el asalto definitivo hasta su vuelta, que sería en breve, porque le habían comunicado que algunos oficiales querían tomarse la justicia por su mano no bien se hubiesen apoderado del príncipe Juan Radzivil.

Cuando estuvo preparado todo para la marcha, Pan Sapihea dio a cada uno de los oficiales las oportunas instrucciones sobre el modo como debían conducirse durante su ausencia, y por último dijo a Volodiovski:

—Si el castillo capitula antes que yo vuelva, vos me responderéis de la vida del vaivoda.

—Garantizo a Vuestra Gracia que no se le tocará un cabello —respondió el pequeño caballero.

Pocos días después el gran traidor contemplaba desde la ventana del castillo la nieve que como fúnebre sábana cubría la campiña y tendía el oído al lúgubre gemido del viento.

La lámpara de la vida se iba lentamente extinguendo en él. Al mediodía se paseaba a lo largo de las murallas contemplando las tiendas y las barracas de madera de las tropas de Sapihea, y dos horas después se sintió tan mal que fue preciso transportarle a su habitación.

Desde los días en que, en el castillo de Kyedani, deliraba por una corona, estaba completamente cambiado. Los cabellos se habían tornado blancos, y alrededor de sus ojos se habían formado círculos amarillentos; tenía la cara hinchada y expresaba sufrimientos horribles.

Aunque su existencia se podía contar por horas, vivía aún demasiado. Todo le había engañado: sucesos, cálculos, alianzas. No le había bastado ser el magnate más poderoso de Polonia, príncipe del Imperio Romano, capitán general de Lituania y vaivoda de Vilna, y ahora se veía confinado en un pequeño castillo en el que no le esperaba más que la muerte o la prisión.

Poco tiempo antes era tan rico que con sus posesiones hubiera podido formar un reino, y ahora su propiedad no se extendía más allá de los muros del castillo de Tykotsin.

Desde que sus tropas le habían abandonado, Carlos Gustavo le despreciaba. El rey de Suecia habría puesto en las nubes a un poderoso aliado, pero no se dignaba dirigir una mirada al hombre que le pedía auxilio.

Todos le habían abandonado: parientes, amigos, conocidos; sus tropas le habían saqueado las propiedades, sus tesoros se habían convertido en humo, y, horrible es decirlo, Radzivil perecía de hambre en los últimos días de su vida. Desde hacía algún tiempo faltaban víveres en el castillo y el comandante había reducido las raciones al término mínimo.

¡Si al menos en aquellos momentos le hubiera faltado la conciencia! ¡Pero no! Su respiración se volvía cada vez más penosa; después se convirtió en un ronquido.

Su cuerpo estaba frío, pero la mente, salvo en los raros momentos del delirio, permanecía lúcida, y veía toda su miseria, toda su humillación.

Además le atormentaban los remordimientos, como las furias atormentaban a Orestes.

Y ahora, ¿qué le esperaba?

Al pensarlo, se le erizaban los cabellos.

Al principio de la expedición contra Podliasye estaba lleno de esperanzas. Los escuadrones polacos le habían abandonado, pero él se consolaba diciendo que el día menos pensado vendría Bogislao a socorrerle.

Pero trascurrieron días, semanas, meses, y Bogislao no vino y empezó el sitio.

El príncipe esperó hasta el último momento que fuera a ayudarle el mismo rey de Suecia. ¡Vana esperar! ¡Nadie pensó en él!

El sitio se acercaba rápidamente a su fin. La noticia de la partida de Sapihea se esparció muy pronto a través de los muros del castillo, pero la esperanza de que se levantase el sitio no se realizó.

El príncipe estaba echado en un sofá, en un salón situado en la parte occidental del castillo.

Alrededor de él estaban sentados el médico, el astrólogo y Pan Karlamp.

Este no había dejado al príncipe. Era para él un servicio amargo, porque el alma y el corazón del oficial estaban con sus camaradas en el campo de Sapihea.

Los sufrimientos y el hambre habían puesto al pobre hombre como un esqueleto.

En aquel momento dormitaba por el cansancio y la debilidad, aunque la respiración del príncipe se hacía cada vez más penosa y parecida al estertor de la agonía.

De improviso el cuerpo gigantesco de Radzivil empezó a temblar y cesó el estertor. Los que estaban en la habitación se acercaron apresuradamente.

—Me siento mejor —murmuró.

Después, dirigiendo la mirada a la puerta, llamó a Karlamp.

—A la orden de Vuestra Alteza.

—¿Qué quiere aquí Shahovich? —preguntó.

Las piernas le temblaron a Karlamp, porque era supersticioso. Miró en torno de la estancia y contestó con voz sofocada:

—Shahovich no está aquí. Vuestra Alteza dio orden de que fuese fusilado en Kyedani.

El príncipe cerró los ojos y calló.

Por un momento no se oyó más que el rugido del viento.

—El pueblo llora —continuó diciendo el príncipe, abriendo nuevamente los ojos y con gran lucidez—. Pero no fui yo quien llamó a los suecos, sino Radzeyovski.

Y como nadie le contestara, añadió:

—He hecho mal, muy mal. Pero no fui yo, fue Radzeyovski —repitió aún, como si encontrara un consuelo al pensar que había alguien más culpable que él.

Pero bien pronto otros dolorosos pensamientos parecieron turbar su mente, porque su cara se encapotó y repitió muchas veces:

—¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!

Y de nuevo le asaltó la sofocación. Mientras él estaba en la agonía se oían fuera disparos de mosquetes.

—Se baten —dijo el médico.

—¡Como de costumbre! —respondió Karlamp—. Tienen frío y procuran entrar en calor peleando.

—¡Karlamp! —murmuró el príncipe con voz apagada—. ¿Qué día es hoy?

—El último de diciembre, Alteza.

—¡Dios tendrá misericordia de mi alma!... Yo... yo no viviré hasta el año nuevo. Ya hace tiempo que me habían pronosticado que cada cinco años la muerte se acercaría a mí.

—Dios es bueno, Alteza.

—Dios está con Sapihea —replicó el príncipe con triste acento.

De repente miró en torno suyo un instante y exclamó:

—No la veo, pero siento que está aquí.

—¿Quién, Alteza?

—La muerte. Decidme —añadió el príncipe con voz abatida—¿creéis que fuera de vuestra fe puede alguien salvarse?

—También en el momento de la muerte se puede renunciar a los errores —contestó Karlamp.

El ruido de los disparos se había hecho en aquel momento más continuo y se oía él estampido del cañón.

El príncipe se puso en actitud de escuchar; se incorporó un poco sobre la almohada, y apretándose la cabeza con las manos empezó a gritar como presa de terrible desesperación.

—¡Bogislao! ¡Bogislao! ¡Bogislao!

Karlamp salió de la habitación como un loco; se sentía con el alma destrozada.

De improviso se oyó un alarido espantoso lanzado por muchos miles de voces; después el estruendo de muros que se derrumbaban, de escombros que venían a tierra. Karlamp entró gritando:

—¡Alteza, las tropas de Sapihea han destrozado la puerta! ¡El enemigo está aquí!

La palabra expiró en sus labios. Radzivil estaba sentado sobre el sofá, con los ojos extraviados, los dientes descubiertos como un perro que va a morder, la mano apretando convulsivamente la ropa, y miraba con temor la puerta exclamando, o, mejor dicho, aullando roncamente en el estertor de la agonía.

—¡Fue Radzeyovski!... ¡Yo no!... ¡Salvadme! ¿Qué queréis?... ¡Aquí está la corona!... ¡Fue Radzeyovski!... ¡Salvadme! ¡Jesús, Jesús, María!

Estas fueron las últimas palabras del príncipe Juan Radzivil.

Fue asaltado por un acceso de tos y los ojos le salieron espantosamente de las órbitas.

Cayó hacia atrás y permaneció inmóvil, sin dar señales de vida.

—¡Está muerto! —dijo el médico.

Karlamp se acercó al cadáver y le cerró los ojos; púsole sobre el pecho la imagen de la Virgen, cruzóle los brazos, sentóse después al lado del difunto, y apoyando los codos sobre las rodillas, escondió el rostro entre sus manos.

Reinó durante algunos momentos un profundo silencio; pero de pronto un vivo destello de luz iluminó la estancia, y al mismo tiempo se oyó un terrible estruendo, como si la tierra se hundiese debajo del castillo. Los muros temblaron y los vidrios de las ventanas cayeron sobre el pavimento hechos añicos.

Todos se postraron, besando el suelo con el rostro presa de un mudo terror.

Karlamp fue el primero en levantarse.

—Los suecos han hecho saltar la torre antes que rendirse —dijo.



Mientras hablaba así se oyó un rumor confuso de voces y de pasos, la puerta de la cámara se abrió con violencia y entraron soldados precipitadamente, llevando linternas en las manos.

Un caballero, cubierto enteramente por la armadura, se adelantó diciendo:

—¿Dónde está al vaivoda de Vilna?

—¡Vedlo! —dijo Karlamp señalando el cadáver que yacía sobre el sofá.

Volodiovski lo miró, preguntando:

—¿Ha muerto?

—Sí —respondieron los circunstantes.

—¡El traidor, el perjuro ha muerto! —exclamó Pan Miguel.

—Ha muerto —repitió Karlamp tristemente—, pero no insultéis su cadáver, porque antes de morir ha invocado a Nuestra Señora y tiene su imagen en las manos.

Estas palabras produjeron en todos una gran impresión. Los gritos cesaron al momento.

Stankyevich, los dos Kretuski, Horotkyevich, Yakub Kmita y Pan Zagloba se aproximaron al sofá.

—¡Es verdad! —dijo Zagloba en voz baja, como si temiese despertar al príncipe—. Tiene entre las manos la imagen de Nuestra Señora y la gracia celestial se refleja en su rostro.

Al decir así descubrióse y los demás le imitaron.

Sucedió un reverente silencio, interrumpido al fin por Volodiovski.

—El príncipe está ante el Tribunal Divino —dijo—; pero tú, Karlamp, desgraciado, ¿por qué, por servirlo, has renegado de tu patria y de tu rey?

Karlamp se puso en pie, se quitó el sable del cinto y lo arrojó a las plantas de los coroneles.

—¡Aquí estoy! —exclamó—. ¡Hacedme trizas! No lo he dejado cuando era poderoso como un rey y no quise abandonarlo cuando se encontraba en la miseria. Haced de mí lo que os plazca, porque confieso —y aquí la voz le temblaba— que le tenía verdaderamente profundo cariño.

Y diciendo esto se tambaleó, y hubiera caído, pero Zagloba le agarró por los brazos, lo sostuvo y gritó:

—¡Dad de comer y beber a este hombre! ¿No veis que se muere de inanición?

Esta escena conmovió a todos; tomaron a Karlamp en brazos y lo condujeron fuera de la habitación.

Al encaminarse de nuevo a sus cuarteles, Zagloba se paró, y tirando a Volodiovski del faldón, le dijo:

—Miguel, ¿qué habrá sido de Panna Billevich?

—Panna Billevich no está en el castillo —respondió el pequeño caballero.

—¿Cómo lo sabéis?

—Pregunté por ella a algunos pajes. Bogislao la condujo con él a Taurogi.

—¿Eh? —exclamó Zagloba—. ¡Eso es como confiar una oveja al lobo! Pero esto no nos importa. Panna Billevich no te estaba destinada.

## XII

Desde el momento de la llegada del rey a Leopold, la ciudad se había convertido en la verdadera capital de la República. Al mismo tiempo que Juan Casimiro habían llegado los obispos del país y los senadores que no habían servido al enemigo. Las proclamas publicadas hicieron acudir a los nobles de Russ y de las provincias más remotas, no ocupadas por los suecos.

Los cosacos no osaban oponerse, porque fueron obligados por los tártaros a renovar por centésima vez su juramento de fidelidad al rey.

Había llegado también una embajada tártara, bastante peligrosa para los enemigos de Juan Casimiro, conducida por Suba-Gazi-Bey, la cual ofrecía, en nombre del jan, una horda de cien mil hombres en ayuda de la República, de los cuales cuarenta mil se hallaban cerca de Kamenyets, prontos a ponerse en marcha.

Y con esta embajada vino otra de Transilvania para entablar negociaciones con Rakotzy acerca de la sucesión al trono. También estaba presente la embajada del Imperio. Todos los días llegaban diputaciones de los ejércitos del reino y de Lituania y de todas las provincias con declaraciones de fidelidad y con el más sincero deseo de defender la patria.

En Leopold reinaba una fiesta continua.

Las campanas de todas las iglesias católicas y no católicas no cesaban en sus repiques, anunciando a todos que Leopold era, para eterno honor suyo, entre las capitales, la primera en recibir al rey de la emigración.

Juan Casimiro confirmó la confederación de Tyhovsti; tomó la dirección de los negocios, pidiendo el bien de la República ante todas las cosas, y aun de sí mismo.

Pero no era esto todo. Deseaba formar una liga entre todos los Estados, una liga tal que ningún poder humano pudiera vencerla, una liga que serviría para reformar radicalmente la República.

El secreto había escapado a algunos senadores y divulgóse tanto, que desde la mañana corrió el rumor de que, durante los divinos oficios, ocurriría alguna cosa de importancia... que el rey prestaría algún juramento, referente a la condición de la clase popular. La curiosidad era grandísima, la expectación inmensa.

El día era límpido y frío; sutiles copos de nieve volaban por el aire. Dos filas de soldados formaban ala delante de la catedral. Entre aquellas dos filas pasó una larga procesión de senadores, de magnates, de nobles, de artesanos y finalmente de gente del pueblo.

A nadie se impidió la entrada y bien pronto la iglesia estuvo rebosante de personas de toda condición.

Por último llegó el rey acompañado del Nuncio, del arzobispo de Guyezno, del obispo príncipe de Charnieski, del obispo de Cracovia, del arzobispo de Leopold, del gran canciller del reino y de muchos vaivodas y castellanos.

La misa fue celebrada por el Nuncio Vidon. Juan Casimiro la oyó postrado en el suelo, con los brazos en cruz, según su costumbre, y se levantó únicamente para recibir la comunión. Después volvió a la actitud anterior.

Reinaba en aquel momento el más profundo silencio dentro del templo. Todos adivinaban que se acercaba en un instante en que Juan Casimiro haría el solemne juramento.

En efecto, el rey no tardó en incorporarse y decir con voz conmovida:

—¡Oh gran Madre de la humanidad! ¡Oh gran Virgen! Yo, Juan Casimiro, por Tu favor y el de Tu Hijo, rey de Polonia, postrado aquí a tus pies santísimos, juro nombrarte mi Patrona y Reina de mis dominios. Recomiendo a Tu especial protección mi persona, mi reino, el principado de Lituania, Rusia, Prusia, Mazovia, Imud, Livonia y Chernziow, los

ejércitos y todo mi pueblo. Pido humildemente Tu favor y ayuda contra nuestros enemigos y la victoria sobre los suecos. Y en compensación prometo hacer todos los esfuerzos posibles, unido con los Estados de esta República, para librar al pobre pueblo de la injusticia y crueldad que le oprimen. Y ya que Tú, ¡oh Madre de misericordia!, me inspiraste este juramento, concédeme ahora por Tu misericordia y la de Tu Divino Hijo, la gracia de que pueda cumplir cuanto prometo.

A estas palabras del rey el pueblo rompió en llanto, y aquel desahogo espontáneo y sincero de ternura se propagó a las demás clases, llegando a ser general.

No fue sólo el entusiasmo el que se apoderó de los corazones, sino también un verdadero y ardiente afecto hacia la patria y a su Divina Patrona.

Después de los divinos oficios, en medio del tronar de los cañones y de la mosquetería, y entre formidables vítores, el cortejo se encaminó hacia el castillo, donde el rey confirmó el juramento hecho en la iglesia, y la confederación de Tyhovsti.

### XIII

Después de aquella solemnidad llegaron a Leopold noticias consoladoras acerca del incremento de la confederación, y los socorros de toda clase, aun en dinero, que aportaban a ella de todos lados.

Habíase publicado un terrible manifiesto de Witemberg en el cual se amenazaba con el hierro y con el fuego a las poblaciones y las personas que se unieran a la confederación; pero en lugar de extinguir el incendio, hizo el efecto de la pólvora arrojada al fuego.

Además, la noticia de la rendición de Tykotsin, llegada inmediatamente a Leopold, llenó a la ciudad de inmenso júbilo.

Finalmente, se presentaron enviados del mismo Sapihea, que traían un escuadrón entero, el cual quedaba a disposición del rey.

El escuadrón estaba mandado por Volodiovski, que era meritísimo a los ojos del monarca, quien le admitió en seguida a su presencia.

Pan Miguel se presentó a Juan Casimiro doblando la rodilla. El rey le saludó, cordialmente y le preguntó noticias del vaivoda de Vilna.

—El vaivoda está ante el Tribunal Divino —contestó Volodiovski—. Su alma partía en el preciso momento en que nosotros dábamos el último asalto. Esta carta de Pan Sapihea contiene la relación exacta.

El rey tomó la misiva, pero apenas hubo empezado su lectura, se detuvo diciendo:

—Pan Sapihea se equivoca al decir que está vacante el cargo de capitán general de Lituania, puesto que se lo confiero a él.

—Nadie hay que lo merezca más —replicó Pan Miguel—, y todo el ejército quedará reconocido a Vuestra Majestad por ese acto de justicia.

—¡Radzivil hubiera podido ser el orgullo del reino! —añadió el rey suspirando—. El y Opalinski han muerto casi a la misma hora. ¡Júzgalos, Señor, no según sus errores, sino según Tu misericordia!

Volviéndose de nuevo hacia Volodiovski le preguntó:

—¿No fuisteis vos el primer caballero que tiró el bastón de coronel a los pies del difundo príncipe vaivoda?

—No el primero, Majestad, pero fue la primera y única vez que he faltado a la disciplina militar. ¡Quiera Dios que sea la última!... Por lo demás, era imposible obrar de otro modo.

—Es verdad —dijo el rey—; aquél era un momento asaz crítico para los que conocen los deberes del soldado; pero la obediencia tiene sus límites. ¿Había alguien con Radzivil?

—En Tykotsin hallamos únicamente un oficial, Pan Karlamp, el cual no quiso abandonar al príncipe en la miseria. Ha venido con nosotros para implorar el perdón de Vuestra Majestad, y yo me atrevo a implorarlo para él. Es un buen soldado.

—Hacedlo venir —dijo el rey.

—Tiene, además, una cosa importante que manifestaros; cosa que oyó en Kyedani de los labios de Bogislao, y que se refiere a la persona de Vuestra Majestad.

—¿Quizá respecto a Kmita?

—Sí, señor.

—¿Conocéis a Kmita?

—Le conozco y he combatido con él; pero dónde está ahora, no lo sé.

—¿Qué pensáis de él?

—Señor, desde que oí cierta historia, no conozco tormento que no merezca.

—Esa historia es falsa —dijo el rey—; es puramente una invención del príncipe Bogislao. Pero, dejando esto aparte, ¿qué sabéis de los precedentes de Kmita?

—Siempre ha sido un valiente soldado, incomparable por el valor y la audacia... pero un verdadero azote, aun para sus compatriotas.

Aquí Volodiovski hizo una relación circunstanciada de las proezas de Kmita, empezando por la de Holvanski.

Juan Casimiro oyóle atentamente, y cuando Pan Miguel terminó, dijo;

—Kmita es un hombre incomparable; lo veréis en seguida.

Y dando algunas palmadas, gritó:

—¡Llamad a Pan Babinich!

El paje se apresuró a cumplimentar la orden, y, a los pocos momentos, abrióse la puerta y se presentó Kmita.

—¡Es extraño! —dijo Volodiovski—. Si no fuese por su flacura y palidez, y por el nombre que le da Vuestra Majestad, diría que éste es Pan Kmita.

El rey sonrió y dijo:

—Pan Volodiovski me estaba hablando ahora de un terrible perturbador de ese nombre; pero le he demostrado con evidencia que se engañaba, y Pan Babinich confirmará la verdad de mi aserto.

—Señor —respondió Pan Babinich—, la palabra de Vuestra Majestad tiene el valor de un juramento.

—¡Hasta su misma voz! —exclamó Pan Miguel con creciente estupor—. ¡Sólo que Kmita no tenía esa cicatriz a través de la boca!

—Valeroso caballero —respondió Kmita— la cabeza de un noble es un registro sobre el cual escribe algunas veces la mano del hombre blandiendo la espada, y ved una línea escrita por vos.

Y así diciendo inclinó la cabeza y mostró una profunda cicatriz.

—¡La herida que le hice yo! —exclamó Volodiovski—, no tengo ya duda.

—Empero, afirmo yo que no conocéis a Kmita —repuso el rey.

—¿Cómo no, Majestad?

—Porque vos conocíais a Kmita amigo de Radzivil, un traidor. Y en su lugar tenéis aquí al Héctor de Chenstohova, al cual, después de Kordetski, debe Yasna Gora su salvación, y que cubrióme con su pecho y me salvó la vida. Y sabed —prosiguió el rey—

que no sólo no ha hecho ninguna oferta a Bogislao, sino que comenzó por el castigo de las intrigas de Radzivil, pues lo capturó con la intención de ponerlo en nuestras manos.

—¡El nos puso en guardia contra el príncipe Juan! —añadió Volodiovski—. ¿Qué ángel os ha convertido?

—¡Abrazaos! —dijo el rey.

Kmita y Volodiovski obedecieron en seguida esta orden y se abrazaron cordialmente.

El rey los miraba sonriendo con entera satisfacción. Después de esto, Juan Casimiro fue a presidir la sesión del Consejo de obispos y senadores, que se celebraba todos los días para tratar de la organización del ejército.

Los dos caballeros quedaron solos.

—Venid conmigo a nuestros cuarteles —dijo Volodiovski—, allí encontraréis á Pan Juan, Pan Estanislao y Zagloba, que se alegrarán mucho de oír lo que Su Majestad me ha dicho de vos. También está Karlamp.

Pero Kmita parecía no haber oído estas palabras, y acercándose a Pan Miguel le preguntó ansiosamente.

—¿Encontrasteis mucha gente con Radzivil?

—Oficiales, Pan Karlamp únicamente.

—¿Y a nadie más?

—¡Ah! Ya sé lo que queréis decir —repuso Pan Miguel ruborizándose un poco—. Panna Villevich fue conducida a Taurogi por el príncipe Bogislao.

Kmita palideció. Permaneció unos instantes mudo y luego exclamó:

—¡Desdichado de mí! ¡Desdichado de mí!

—¡Venid, venid conmigo! Karlamp os informará mejor que yo, puesto que estaba presente —dijo Volodiovski.

Kmita le siguió como un autómata.

## XIV

Aquel mismo día Akbah-Ulan se presentó al rey y le entregó una carta del jan, en la cual éste le repetía su promesa de ponerse en movimiento con cien mil hombres de sus hordas contra los suecos, siempre que se le pagasen con anticipación cuarenta mil táleros y los campos estuviesen cubiertos de hierba, sin lo cual sería muy difícil mantener tan gran número de caballos. Aquel destacamento sería mandado por el jan como un testimonio de su favor, a fin de que los cosacos, que aún amenazaban rebelarse, tuvieran un signo evidente de que tal favor no terminaría allí, sino que al primer síntoma de rebelión, su cólera y venganza caería sobre ellos.

El rey recibió a Akbah-Ulan afablemente, y, obsequiándolo con un hermoso caballo, díjole que lo enviaría pronto con Pan Charnieski deseando convencer a los suecos, con hechos, de que el jan iba verdaderamente en su ayuda.

Apenas había salido Akbah, cuando entró Kmita y, postrándose a los pies del rey, dijo:

—Señor, no soy digno del favor que impetro, pero su concesión es mi vida. Permitid que tome el mando de esos tártaros y que parta contra el enemigo al momento.

—No me opongo —respondió atónito Juan Casimiro—, porque sería imposible darles mejor capitán. Para tenerlos a raya se necesita un caballero de gran arraigo. Sólo que no quiero que partáis hasta no tener cicatrizadas vuestras heridas.

—Estoy seguro de que apenas sople en mi rostro el viento del campo, pasará la debilidad y recobraré las fuerzas. En cuanto a los tártaros, yo los manejaré como cera.

—¿Pero por qué tanta premura? ¿Qué asunto os violenta de tal modo? —preguntó el rey.

—Os lo diré como a un padre —replicó Kmita—. El príncipe Bogislao, no contento con la calumnia que levantó contra mí honor, ha aprisionado a Panna Billevich, conduciéndola a Taurogi, donde quizá atente a su honor. ¡Señor, creo volverme loco cuando pienso en qué manos ha caído la pobre doncella! ¡Por la pasión de Nuestro Señor! Estas heridas mías no son nada en comparación con tamaña pena. Ella cree en estos momentos que es cierto que yo me brindé a levantar mi mano contra la persona de Vuestra Majestad, y su corazón debe considerarme como el más vil de los hombres. No podré vivir en paz hasta que no la haya libertado y visto. Ha llegado el momento de combatir al enemigo y servirá la causa de Vuestra Majestad y de la República sirviendo la mía, y yendo a buscar un traidor que merece el más horrible castigo.

—Me consta que Bogislao, está para salir de Elblang con Carlos Gustavo.

—Pues bien, saldré a su encuentro.

—¿Con ese destacamento? Os destrozarán en un momento.

—Holvanski, con muchísimos más hombres, no me destrozó.

—Iréis con Charnieski; pero a Taurogi, con tan poca gente, no podéis ir. Radzivil ha entregado todos los castillos de Imud en manos del enemigo, y por todas partes hay guarniciones suecas. Pero... ¿no está Taurogi en algún punto de los confines de Prusia?

—Precisamente en los confines del Electorado, pero de nuestra parte a unas veinte millas de Tyłtsa. Creedme, señor; en cuanto aparezca yo, el país se sublevará contra los suecos y los batiremos.

—Pero quizá los tártaros no quieran internarse tanto.

—¡Que prueben a no seguirme! ¡Que lo piensen únicamente —exclamó Kmita—, y los haré ahorcar a todos! No faltarán árboles si intentan rebelarse contra mi mando.

—¡Por mi vida —dijo el rey sonriendo— que no podría encontrar mejor pastor para este rebaño! Tomadlos y conducidlos donde mejor os parezca.

—¡Gracias mil, señor! —dijo el caballero postrándose a las plantas del rey.

—¿Cuándo pensáis partir?

—Mañana, Dios mediante.

—Bien; tomad este anillo y decidle a Panna Billevich que os lo ha dado el rey, el cual le manda a su fidelísimo defensor.

—¡Plegue a Dios concederme —dijo el joven héroe con lágrimas en los ojos— el que no muera sino en la defensa de Vuestra Majestad!

El rey se retiró a sus habitaciones y Kmita corrió a su alojamiento a hacer los preparativos de marcha.

Si bien en la mañana, de aquel día estaba débil, ahora, al contrario, se sentía fuerte y conocía que se mantenía perfectamente a caballo.

Los criados habían terminado de arreglar los bagajes y se disponían a cargarlos, cuando, de pronto, se oyó que alguien llamaba nuevamente a la puerta.

—Id a ver quién es —dijo Kmita, a un soldado.

Este volvió pronto diciendo:

—Un soldado desea ver a Vuestra Gracia. Dice que se llama Soroka.

—¡Hacedle entrar en seguida! —gritó Kmita, y sin esperar a que el criado saliese se lanzó a la puerta.

Entró Soroka y, recordando la disciplina militar, no se echó a los pies de su coronel, sino que, muy al contrario, se mantuvo erguido delante de él, diciéndole:

—¡A las órdenes de Vuestra Gracia!

—¡Bien venido, camarada! —dijo Kmita conmovido, estrechando entre sus brazos al viejo sargento— ¿De dónde sales? —preguntóle.

—De Chenstohova.

—¿Y cómo has sabido que yo vivía?

—Por la gente de Kuklinovski. El prior Kordetski estaba fuera de sí de júbilo y celebró una misa en acción de gracias. Después llegó la noticia de que Pan Babinich había conducido al rey a través de las montañas; comprendí que se trataba de Vuestra Gracia y de nadie más.

—¿Y cómo supiste que había venido con el rey a Leopold?

—Pensé que habiendo conducido al rey a través de los montes, debíais encontraros con él. Únicamente temía retardarme y no encontrar a Vuestra Gracia.

—Te agradezco mucho que hayas venido, precisamente en este momento —dijo Kmita—. Ahora daré orden a los criados para que te traigan comida, pues estarás cansado y hambriento, y después hablaremos.

Y volviéndose hacia los criados añadió:

—¡Vivo, bergantes, dad de comer a este bravo soldado!

Los criados se precipitaron unos tras otros, y un momento después pusieron delante de Soroka un enorme plato de salchichas ahumadas y una botella de «vodka» <sup>(1)</sup>.

—Siéntate y come —le mandó Kmita.

Entretanto, éste se puso a pasear por la estancia y murmuró al cabo de un rato:

—No puede ser de otro modo. Es necesario que yo le envíe. Él le hablará... pero no... no le creería. Ni tampoco leerá una carta mía, pues me cree un traidor. Es mejor que no se presente a ella y vaya únicamente para enterarme luego de lo que ocurre allí.

De pronto exclamó:

—¡Soroka!

El soldado se puso en pie.

—¡A las órdenes de Vuestra Gracia! —dijo.

—Tú eres un hombre honrado, y hasta astuto cuando es preciso. Partirás para un largo viaje.

—¡A vuestras órdenes! —repitió el sargento.

—Irás a Tyltsa, en la frontera prusiana, donde actualmente está Panna Billevich, en el castillo de Bogislao Radzivil. Te informarás si está allí el príncipe y te fijarás en todo. No procures ponerte en comunicación con Panna Billevich, pero si casualmente tropiezas con ella, dile y júrale que yo he conducido al rey a través de los montes. No te creerá, porque el príncipe me ha difamado diciendo que yo quería atentar contra la vida del rey; una mentira digna de ese miserable.

—A vuestras órdenes.

—Dile todo cuanto sepas. Obsérvalo todo, óyelo todo. Pero ponte en guardia, porque el príncipe te conoce y si te ve alguien de la corte, serías empalado. Hubiera enviado al viejo Kyemlich... pero ha muerto, y sus hijos son demasiado estúpidos. De Tyltsa irás a Taurogi, cuando todo lo hayas visto y sabido. Después vendrás a buscarme adonde me encuentre. Preguntarás por los tártaros y por Pan Babinich. Y ahora ve a dormir; mañana partirás.

Soroka salió y Kmita se quedó solo meditando; pero por último le venció el cansancio y se dejó caer en la cama, durmiéndose con tranquilo y profundo sueño.

Al siguiente día levantóse más fuerte que la víspera y se puso en seguida a la tarea. Avistóse antes que todo con Suba-Gazi-Bey, jefe de la embajada tártara, el cual, además

<sup>1</sup>() Aguardiente.

de un salvoconducto, le dio su propio gorro, un bastón verde y un pedazo de cuerda, verde también.

Luego fue a ver al rey, que volvía entonces de la iglesia, y se despidió de él. De allí, seguido de los dos Kyemlich y de sus criados, se encaminó al lugar donde estaba acampado Akbah Ulan con su «chambul» (1), y le dijo que el rey le había confiado el mando de aquella fuerza.

La fisonomía del viejo tártaro se puso sombría y severa, trató de oponerse, pero Kmita se encasquetó el gorro de Suba-Gazi y sacó el bastón verde de la cintura y la cuerda del bolsillo.

Al ver aquellos objetos, Akbah-Ulan cayó postrado a sus pies, tocando el suelo con la frente.

Una hora después los tártaros salían en una gran fila por el camino que de Leopold conduce a Vyelki Ochi.

Leopold había desaparecido ya entre la bruma.

Los tártaros cabalgaban lentamente, como envueltos en una nube de vapores que producía el aliento de los caballos. De repente oyóse galopar detrás de la columna, y a los pocos instantes aparecieron dos caballeros. Uno era Pan Miguel y el otro el teniente de Vanhof.

—¡Deteneos! ¡Deteneos! —gritaba el primero a Kmita.

Andrés paró su caballo; Miguel hizo lo mismo y dijo:

—Os traigo dos cartas del rey, una para vos y la otra para el vaivoda de Vitiéks.

—Voy a reunirme con Pan Charnieski, no con el vaivoda —repuso Andrés.

—Leed la carta —replicó Miguel.

Kmita rompió el sello y leyó lo que sigue:

«Sabemos por un correo que acaba de llegar de parte del vaivoda de Vitiéks, que éste no puede internarse en la Pequeña Polonia y retrocede hacia Podliásye porque el príncipe Bogislao, que no está con el rey de Suecia, ha resuelto caer en Tykotsin sobre Pan Sapihea. Y como éste debe tener una gran parte de sus tropas en guarnición, os ordenamos que corráis en su ayuda con vuestros tártaros. Y ya que con esto queda satisfecho vuestro deseo, no creemos necesario estimularos. La otra carta la entregaréis al vaivoda. En ésta recomendamos a Pan Babinich, nuestro fiel servidor, a la benevolencia del vaivoda, y sobre todo a la protección de Dios.

»Juan Casimiro, Rey.»

—¡Por Dios santo! ¡Qué buena noticia para mí! —exclamó Kmita—. ¡No sé cómo agradeceré al rey y a vosotros!

—Me he ofrecido a traeros las cartas —repuso Volodiovski— movido a compasión por vos y para que las recibierais más pronto.

—¿Cuándo llegó el correo?

—Mientras estábamos almorzando con Su Majestad. La carta de Pan Sapihea contenía además una mala noticia. El Elector ha roto todos sus juramentos, uniéndose por fin con el rey de Suecia, contra su legítimo soberano.

—¡Otro enemigo! ¡No teníamos bastantes con los actuales! —exclamó Kmita uniendo las manos—. ¡Gran Dios! ¡Al menos si Pan Sapihea me mandase a Prusia por una semana!... Os juro que, si Dios lo permite, diez generaciones se acordarán de mí y de mis tártaros.

---

<sup>1</sup>() Destacamento.



—Quizá iréis —dijo Pan Miguel—; pero ante todo es, preciso desconfiar de Bogislao, porque a consecuencia de la traición del Elector, está provisto de hombres y autorizado para ir a Podliasye.

—¡Tan cierto como hay un Dios en el cielo —gritó Kmita con los ojos centelleantes— que nos encontraremos y llevará su merecido!

—También el rey exclamó al pronto: «Es una expedición a propósito para nuestro Andrés». Su Majestad quería enviaros uno de sus criados, pero me brindé a reemplazarlo.

Kmita se inclinó sobre el caballo y estrechó a Miguel entre sus brazos.

—Un hermano —dijo— no hubiera hecho por mí lo que vos. ¡Dios permita que os pueda demostrar mi gratitud de otra manera mejor que con palabras!

—¡Dios os ayude! —dijo Volodiovski—. Y ojalá podáis vengaros de los prusianos.

—Estad seguro de ello —respondió Andrés—. ¡Se acordarán de mí!

Volodiovski y Rendían tomaron el camino de Leopól y Kmita hizo girar su «chambul», como el auriga hace girar el coche, dirigiéndose hacia el Norte.

## XV

Aunque los tártaros, y especialmente los de Dobruja, sabían combatir valerosamente contra los hombres armados en campo abierto, preferían hacer estragos en las poblaciones indefensas, raptar las mujeres, hacer prisioneros a los hombres y sobre todo dedicarse al saqueo. Por lo tanto, el camino resultaba fastidioso y amargo al «chambul» que mandaba Kmita, bajo cuya férrea mano aquellos salvajes guerreros debían convertirse en ovejas. Algunos intentaron quedarse a retaguardia y rebelarse, pero el joven comandante los hizo ahorcar sin misericordia. Estas medidas extremas no levantaron odio ni malhumor contra Kmita; era tal el ascendiente de éste, que sus subordinados, cuanto más le temían, le amaban más.

Entonces se encontraba con un destacamento en un país donde los suecos jamás habían penetrado; pero antes debían pasar por el lugar en que se hallaban las guarniciones enemigas, que después fueron desalojadas por los confederados. Por todas partes se encontraban grandes y pequeños grupos de campesinos, y más de una vez quisieron cerrarles amenazadoramente el paso, sin que pudieran hacerles comprender que eran amigos y servidores del rey de Polonia.

Llegaron finalmente a Zamost. Los tártaros se quedaron sorprendidos a la vista de aquella poderosa fortaleza. Pero, ¿qué hubieran pensado de haber sabido que poco tiempo antes aquella misma fortaleza había detenido y rechazado todas las fuerzas de Mielniski?

Pan Zamoyski, el comandante hereditario, concedióles como un especial favor la entrada en aquella ciudad, cuya belleza sorprendió a Kmita, el cual decía que muy pocas fortalezas y ciudades podían compararse con las de Zamost.

También le agradó mucho Pan Zamoyski. Era éste como un pequeño rey en su querida Zamost; un hombre en el vigor de su edad, de bella presencia, si bien algo disipado por no haber sabido poner freno a los ardores de la juventud. Había amado

siempre al bello sexo, y todavía su salud no era tan poca que le hiciese perder el buen humor.

Aunque las familias más distinguidas de la República le habían abierto sus puertas, él aseguraba que no encontraba una mujer bastante hermosa para él, y que por eso no se había casado. Mas por último encontró una en la persona de cierta doncella francesa, la cual, aunque estaba enamorada de otro, le concedió su mano sin vacilaciones, no previendo que su amante desdeñado había de ceñir a sus sienes una corona real.

El comandante de Zamost no se distinguía por su inteligencia, aunque tenía bastante para su uso, pero era un hombre muy simpático y amable.

Y como Kmita y Zamoyski simpatizaron, éste le invitó a pasar a su castillo y procuró distraerle, porque gustaba de que su hospitalidad fuese ensalzada.

Pan Andrés conoció en el castillo a muchas personas, fijándose especialmente en la princesa Griselda, hermana de Pan Zamoyski y viuda del gran Jeremías, de aquel gran hombre que en su tiempo había sido el más eminente de toda la República, y después perdió su inmensa fortuna cuando la invasión de los cosacos, hasta el punto de que al presente la princesa se veía reducida a vivir de la generosidad de su hermano.

Pero aquella señora estaba tan llena de grandeza, de majestad y de virtud, que Zamoyski era el primero en inclinarse ante ella. No había caso en que él no satisficiera sus deseos o que hiciera algo sin contar con su hermana.

La gente del castillo decía que la princesa era la señora y dueña de Zamost, del ejército, del tesoro y hasta de su hermano; pero ella no quería aprovecharse de su preponderancia, y toda su existencia la consagraba a llorar a su Jeremías y a la educación de su hijo.

Este hacía poco tiempo que había vuelto de Viena, y debía regresar en breve a dicha capital. Estaba en la primavera de su vida, pero en vano Kmita buscaba en él las líneas que debían caracterizar al hijo del gran Jeremías.

A Pan Andrés le habían asegurado, los que gozaban de la intimidad del joven príncipe, que éste poseía un alma noble, un ingenio no común, una memoria portentosa, gracias a la cual hablaba casi todos los idiomas, y que cierta pesadez del cuerpo y no poca glotonería eran sus únicos defectos. Efectivamente, hablando con él Pan Andrés, se convenció de que era muy inteligente, pero convino en la primera comida en que era verdad cuanto se decía de la voracidad del príncipe, pues parecía no preocuparse más que de comer. El rostro de la princesa, que se hubiera dicho estaba esculpido en mármol, encapotábase cada vez más por la cólera.

Pero a Zamoyski no le importaba el príncipe Miguel ni los demás huéspedes. Kmita siguió la dirección de su mirada, y entonces reparó en una joven de sorprendente belleza que estaba situada detrás de la princesa.

Adornaban su frente rizos negros, y paseaba su mirada vivaz sobre los oficiales sentados al lado de Zamoyski, sin descuidarse de este último, y al fin sus ojos se detuvieron en Kmita, fijándolos con insistencia.

Pero Andrés no se confundía tan fácilmente. Así es, que sostuvo aquella mirada con calma, casi con insolencia, y después, inclinándose a uno de sus lados que ocupaba Pan Shurski, lugarteniente del escuadrón de coraceros de Zamost, le preguntó en voz baja:

—¿Quién es esa joven?

Panna Anusia Borzobogati Krasienska —respondió el interpelado—. Todos están enamorados de ella... Hasta Zamoyski. Ha hechizado a todo el mundo y también os hechizará a vos.

—No hay cuidado —replicó Kmita suspirando.

De pronto Andrés se puso melancólico, porque mil pensamientos le acudieron a la mente y se olvidó de los negros ojos de la joven que le miraban como preguntándole: «¿Cómo te llamas? ¿De dónde vienes, apuesto caballero?»

Kmita ahuyentó sus preocupaciones, y preguntó:

—¿Cómo es que ninguno de vosotros se ha decidido a casarse con ella?

Shurski se acercó al oído de Kmita, y le dijo misteriosamente:

—Tiene veinticinco años, todos están enamorados de ella y aún es soltera. ¡Quién sabe por qué!

Después de la comida, Zamoyski pasó su brazo por debajo del de Kmita y le preguntó:

—¿Pan Babinich, me habéis dicho que sois de Lituania?

—Sí.

—¿Conocéis a los Podbipieta?

—En cuanto a conocerlos, no, porque no queda ya ninguno en el mundo. El último de ellos cayó en Zbaraj. Era el caballero más grande de Lituania. ¿Quién de nosotros no conoce de fama a los Podbipieta?

—Yo he oído hablar, pero lo pregunto porque entre las doncellas de mi hermana hay una joven de familia noble. Era la prometida de aquel Podbipieta que pereció en Zbaraj. Es huérfana de padre y madre, y como mi hermana la quiere tanto, siendo yo el natural protector de mi hermana, es lógico que me interese y haya tomado bajo mi tutela a esa joven.

—¡Una bella tutela! —exclamó Kmita sonriendo.

—¡Un bocado exquisito! —dijo Zamoyski haciendo chasquear la lengua.

Pero de pronto se acordó que se traicionaba y poniéndose serio exclamó:

—Podbipieta debía casarse con ella e hizo testamento a su favor. Era, sin duda, riquísimo.

—En efecto, así se decía, pero ahora el país está en manos del enemigo.

—Aconsejadme a quién podría confiar la causa de esta joven.

Kmita no respondió.

—Lo mejor sería dirigirse a Pan Sapihea —prosiguió Zamoyski—. Si él quisiera, podría hacer mucho en su favor, como vaivoda de Vitiéks, y como el hombre mejor considerado de Lituania.

—Pan Sapihea piensa ahora en cosas bien diferentes —respondió Kmita.

—La doncella podría ser confiada a él, y teniéndola a la vista, no se olvidaría y se interesaría por ella.

Kmita le miró con extrañeza.

—¿Qué interés puede tener en alejar a la joven de su lado? —pensó para sus adentros.

—Sería peligroso —continuó Zamoyski— para ella vivir en la tienda del vaivoda: podría estar, empero, con sus hijas, aunque la dificultad estriba en esto: ¿cómo puedo yo mandarla a ninguna parte en estos tiempos tan agitados? Necesitaría muchos centenares de hombres para su escolta, y yo no quiero desguarnecer a Zamost. ¡Si encontrase al menos alguien que la condujese! Vos podríais llevárosla. Yo os daría una carta y vos me daríais palabra de honor de entregarla sana y salva al vaivoda.

—¿Yo llevar a esa joven al vaivoda? —dijo Kmita maravillado.

—¿Os disgusta el encargo? Al menos no os enamoréis durante el viaje.

—¡Ah! —exclamó Kmita—, ya reina otra en mi corazón.

—¡Tanto mejor! Así os la puedo confiar con más seguridad.

Siguióse un corto silencio.

—¿Queréis o no asumir el encargo? —preguntó por fin Zamoyski.

—Yo marcho con los tártaros —replicó Andrés.

—Me han dicho que los tártaros os temen más que al fuego. Así, pues, ¿queréis o no?

—¡Eh! ¿Por qué no, si con eso puedo agradar a Vuestra Gracia? Pero...

—¡Ah!... Vos pensáis que hace falta el permiso de la princesa... lo dará, porque ella... figuraos... sospecha...

Zamoyski murmuró alguna cosa al oído de Kmita, y después añadió en voz alta:

—Ella está encolerizada conmigo, pero yo hago oídos de mercader. Le daré la mejor prueba de que no intento nada malo. Se quedará estupefacta, pero accederá. Le hablaré en la primera ocasión.

Dicho esto, Zamoyski volvió a callar. Kmita le miró, pensando:

—Me preparáis alguna trampa, querido, y aunque yo no comprendo todavía el fin, veo claramente de qué se trata, porque estáis reñido con la prudencia.

Zamoyski estaba satisfecho de sí mismo, aun cuando comprendiese que la cosa estaba hecha nada más que a medias y que lo que faltaba no era lo más fácil. Tenía que solicitar el permiso de la princesa Griselda, cuya severidad y penetración le daban miedo. Pero se animó, y a la mañana siguiente, después de la misa, entró en el aposento de su hermana.

Encontró a la dama bordando una casulla. Detrás de ella estaba Anusia, que devanaba una madeja de seda.

Los ojos de Zamoyski brillaron al ver a la joven, pero pronto tomó una expresión seria y, volviéndose a la princesa, le dijo:

—Pan Babinich, que ha venido con los tártaros, es lituano... pero hombre de gran valor y un perfecto caballero. Le he interrogado acerca de las propiedades de Panna Krasienska y dice que posee una riqueza casi tan grande como la de Radzivil.

—Tanto mejor para Anusia; su condición de huérfana le será menos pesada y pasará una vejez más feliz —replicó la princesa.

—Pero existe el peligro de que sus parientes se apoderen de esa fortuna... Dice Babinich que Sapihea podría ocuparse si quisiera... Es un hombre muy honrado y gran amigo nuestro, yo no dudaría en confiarle una hija mía, si la tuviese. Bastaría que se le mandasen los documentos necesarios al tribunal; pero Babinich sostiene que sería preciso que Panna Anusia se encontrase allí.

—¿Dónde?... ¿Con Pan Sapihea?

—O con sus hijas. Bastaría que ella se encontrase en su país y se pudiese establecer la formal declaración de domicilio.

Zamoyski inventaba en aquel momento la «formal declaración de domicilio», pensando justamente que la princesa aceptaría por buena aquella excusa. Griselda reflexionó un momento y después dijo:

—¿Cómo podría ir ella a ninguna parte mientras los suecos ocupen los caminos?

—Tengo noticias de que han abandonado a Lyubich. Toda la parte del Vístula está libre de ellos.

—¿Quién acompañará a Anusia?

—Supongo que el propio Babinich.

—¿Con los tártaros? Querido hermano, son salvajes.

—No les tengo miedo —dijo Anusia en tono resuelto.

Pero la princesa Griselda había notado ya que su hermano se había trazado algún plan, por lo cual, haciendo salir a Anusia del aposento, se puso a mirarle fijamente y dijo:

—¿Qué razones hay para que la hagáis salir de aquí?

—¿Qué razones tengo? —respondió él bajando la vista—. ¡Qué razones queréis que tenga! ¡Ninguna!

—Juan... habéis conspirado con Babinich contra su virtud.

—¡Ah! ¡Por Dios que sólo nos faltaba esto! Leeréis la carta que voy a enviarle a Sapihea y vos me enseñaréis la vuestra; le diré sencillamente que no pienso dejar a Zamost. Por último, preguntad vos mismo a Babinich si está dispuesto a cumplir el encargo. Desde el momento en que sospecháis, no quiero ocuparme más en este asunto.

—¿Pero por qué vuestra insistencia en que se aleje de Zamost?

—Por bien suyo. Reflexionad que se trata de una fortuna inmensa. Por otra parte, confieso que me apremia mucho que Anusia salga de Zamost. Vuestras sospechas se me hacen cada vez más fastidiosas. Os diré más; mis oficiales se miran de reojo y se amenazan a cada momento por sus lindos ojos, y estoy ya harto de esto. Pensad lo que gustéis, pero mejor sería que vigilaseis a Miguel, porque esto no es asunto mío.

—¡Miguel! —exclamó atónita la princesa, enarcando las cejas y palideciendo visiblemente.

Zamoyski, viendo que al fin había logrado herir a su hermana en el punto débil, añadió:

—Así es, querida. ¿Qué me importa a mí lo demás? Dejemos que Miguel se estremezca y se ruborice cuando la mira. Si no tenéis que oponer nada en contra... No son de la misma edad, pero, como digo... no es asunto mío.

Zamoyski se levantó inclinándose cortésmente; iba a salir.

La sangre afluía al rostro de la princesa. La orgullosa mujer no veía en toda la República un partido digno de su hijo; y fuera de la República, ni siquiera entre los príncipes de Austria; así, pues, las últimas palabras de su hermano la abrasaron como si la hubiesen tocado con un hierro ardiendo.

—¡Juan —dijo—, espera un momento!

—Señora hermana —repuso Zamoyski, deteniéndose—, sólo quería probaros que sospechabais de mí injustamente y que era a otro al que debía vigirlarse. Ahora, obrad como os plazca. Nada más tengo que añadir.

E inclinándose nuevamente salió acto continuo.

## XVI

Pan Zamoyski no había dicho una calumnia al hablar a su hermana del amor de Pan Miguel por Anusia, pues el joven príncipe estaba realmente enamorado. Pero aquel amor no era una cosa seria, por la razón potísima de que el príncipe era incapaz de experimentar una verdadera pasión.

Sin embargo, la princesa Griselda, que soñaba con un brillante porvenir para su hijo, se sintió casi aterrorizada por aquella idea.

Una conversación con Miguel, en la cual éste había palidecido, temblado y confesado todo entre lágrimas, le confirmó en la suposición de que el peligro era terrible. No obstante, érale imposible vencer sus escrúpulos, y sólo cuando Anusia (que quizá deseaba ver un poco de mundo y conocer nuevas caras, o quizá también quería atraerse la atención del joven caballero) cayó a sus pies solicitando el permiso, la princesa no encontró fuerzas bastantes para negárselo.

Griselda quería cerciorarse, sin embargo, de que no existía conspiración alguna fraguada entre su hermano y Kmita, por lo cual invitó a este último a comparecer ante ella.

La conversación que tuvo con Kmita la tranquilizó por completo. Vio ella tanta sinceridad en los ojos azules del joven, que no pudo dudar de él. Este le confesó que

amaba a otra y le dio, por último, su palabra de caballero de que protegería a la doncella de todo peligro aun a costa de su vida.

La princesa tendió su mano a Kmita, que la besó con el mayor respeto, y al despedirlo le dijo:

—Tened cuidado, caballero, tened mucho cuidado, y no confiéis demasiado en que el país está libre de enemigos.

Estas últimas palabras dieron que pensar a Kmita; pero no tuvo tiempo de reflexionar, porque al momento apareció Zamoyski.

—Caballero —le dijo en tono jovial—, os lleváis el más bello ornamento de Zamost.

—Así lo habéis querido —repuso Andrés.

—Estad siempre alerta, pues un bocado tan apetitoso cualquiera podría codiciarlo.

—¡Ay del atrevido que ponga en esa doncella sus ojos! He dado a la princesa palabra de honor de que la defenderé contra todo y contra todos aun a costa de mi vida.

—¡Oh! Ha sido una broma por mi parte. No temáis ni extreméis las precauciones.

—Únicamente os ruego que me facilitéis una carroza cerrada.

—Os facilitaré dos. ¿Pero queréis marchar en seguida?

—Sí, tengo prisa... me he detenido demasiado.

—En tal caso, mandad delante a vuestros tártaros hacia Kranostav. Ahora mismo enviaré un correo allá para que se les procure avena y os daré una escolta de soldados míos. Ninguna desgracia puede ocurrir en mi territorio.

—Mas, ¿por qué he de detenerme aquí?

—Para permanecer más tiempo a nuestro lado. Quisiera reteneros un año.

Kmita miró fijamente a su huésped, y de pronto, como tomando una súbita resolución, dijo:

—Os doy las gracias; me quedaré y enviaré delante a los tártaros.

Salió en seguida a dar las órdenes necesarias, y llamando aparte a Akbah-Ulan, le dijo:

—Deberéis ir a Kranostav por el camino más corto y yo me quedaré aquí un día más para salir después con una escolta de Zamoyski. Pues bien, escucha lo que voy a decir: Fingirás que vas a Kranostav, pero en realidad no harás otra cosa que internarte en la primera floresta, lo más cerca posible de Zamost, pero de manera que nadie note vuestra presencia; y cuando oigáis un disparo en el camino, acudid corriendo a mi lado, pues aquí se me está preparando una emboscada.

—Seréis obedecido —contestó Akbah-Ulan llevándose una mano a la frente, a la boca y al pecho.

—He leído en tu corazón, Pan Zamoyski— dijo Kmita entre sí—. En Zamost tienes miedo a tu hermana; por eso quieres apoderarte de la joven y esconderla en alguna parte para hacerla luego instrumento de tus caprichos. Pero has dado con un hombre más astuto que tú y caerás en el lazo que me tienes preparado.

A la mañana siguiente los tártaros se pusieron en camino. Quedó convenido que Kmita saldría por la tarde para pernoctar en Kranostav, y le entregaron dos cartas: una de la princesa y la otra del hermano de ésta.

Kmita estuvo tentado de abrir la segunda, pero no se atrevió; la miró, sin embargo, al trasluz, y observó que sólo contenía una hoja en blanco. Este descubrimiento le demostró que tanto la joven como la carta debían serles arrebatadas en el camino.

Entretanto llegaron los caballos, y Zamoyski regaló a Kmita un hermoso corcel. Andrés lo recibió con caluroso agradecimiento, pensando en su interior que con él llegaría más lejos de lo que Zamoyski se figuraba.

Finalmente, llegó la hora de la comida, que pasó pronto. Anusia tenía los ojos enrojecidos; los oficiales guardaban un obstinado silencio. Únicamente Zamoyski se mostraba jovial y daba continuamente órdenes a los criados de que llenaran las copas.

Llegó el momento de la partida. Anusia cayó a los pies de la princesa, y por largo rato no fue posible separarla. Griselda estaba visiblemente conmovida. Quizá se reprochaba en secreto el haberla autorizado para partir. Pero los sollozos de Miguel, que no se quitaba los puños de los ojos, llorando como un niño, le confirmó en su convicción de que era necesario cortar por lo sano aquella juvenil pasión. También la tranquilizó la idea de que la familia de Sapihea protegería a la doncella.

—La confío a vuestro valor, a vuestra virtud y a vuestro honor —dijo una vez más a Kmita.

—He dado mi palabra de caballero —repuso éste— y sólo la muerte me impediría mantenerla.

Dicho esto ofreció su brazo a Anusia.

La joven marchaba a disgusto y llena de temor; pero era demasiado tarde para volver atrás.

No se habían retirado mucho de Zamost cuando cayó la noche, pero una noche serena y tranquila. El camino se extendía delante de ellos como una ancha cinta de plata; el silencio era tan sólo interrumpido por el rumor de las ruedas y las pisadas de los caballos.

—Mis tártaros deben estar en acecho por ahí —se dijo Kmita.

De pronto aguzó el oído.

—¿Qué hay? —preguntó al oficial que mandaba la escolta.

—¡Un caballo! Alguien galopa en pos de nosotros —contestó el oficial.

Apenas había terminado de hablar cuando apareció un cosaco a caballo.

—¡Pan Babinich!... ¡Pan Babinich!... ¡Una carta de Pan Zamoyski —gritó.

La escolta se detuvo. El cosaco entregó la carta a Kmita, el cual rompió el sello y leyó a la luz de una linterna:

«Apenas partida Panna Anusia, ha llegado la noticia de que los suecos, no sólo no han abandonado Lublin, sino que se proponen atacar a Zamost. En vista de esto, resulta inoportuno para ella continuar el viaje. Considerando, además, los peligros a que la doncella se vería expuesta, queremos que Panna Borzobogati regrese a Zamost. Los caballeros de la escolta la conducirán aquí; pero vos no debéis molestaros acompañándola, puesto que tenéis prisa por continuar vuestro viaje.

»Al anunciaros este nuestro deseo, os rogamus que deis a la escolta las consiguientes órdenes.»

—Es todavía lo bastante honrado para no atentar contra mi vida; sólo quiere hacer de mí un estúpido instrumento —pensó Kmita—. Pronto se verá quién es el engañado.

En aquel momento Anusia asomó la cabeza por la portezuela.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Nada; Pan Zamoyski os recomienda de nuevo a mi cuidado. Nada más.

Y volviéndose al cochero gritó:

—¡Adelante!

El oficial que mandaba la escolta detuvo su caballo.

—¡Alto! —gritó al cochero—. ¿Por qué seguir?

—¿Y por qué permanecer aquí en el bosque? —preguntó Kmita.

—Porque debéis haber recibido alguna orden.

—Sí, la he recibido... La orden es de que prosiga mi camino.

—¡Alto! —repitió el oficial.

—¡Adelante! —repitió a su vez Kmita.

—¿Pero qué ocurre? —preguntó de nuevo Anusia.

—¡No daremos un paso hasta que veamos la orden! —dijo el oficial con decisión.

—Y yo no os la enseñaré, porque no está dirigida a vos.

—Puesto que no queréis obedecer, cumpliré yo las que me han dado —gritó el oficial. Al mismo tiempo los hombres de la escolta desenvainaron sus sables.

—¡Ah, miserables! No es a Zamost donde queréis conducir a la joven, sino a cualquiera otra parte —rugió Kmita—; pero habéis tropezado con un hombre más listo que Pan Zamoyski.)

Y diciendo esto, disparó una pistola al aire.

Inmediatamente se oyó un gran estrépito en la selva, como si se hubiese desatado una manada de lobos y por todas partes desembocaron jinetes.

—¡Jesús, María y José! —gritaba la aterrorizada doncella desde la carroza.

Pero Kmita hizo parar el destacamento con un grito y volviéndose al atónito oficial dijo:

—Ved; Pan Zamoyski quería hacer de mí un ciego instrumento. Os ha encargado de las funciones de un vil mediador y vos habéis aceptado a precio de su favor; ahora llevaréis mi saludo a Pan Zamoyski y le diréis que conduciré sana y salva la doncella a casa de Pan Sapihea.

El oficial miró en torno suyo con ojos espantados. Comprendió que los tártaros no esperaban más que una señal para caer sobre los doce caballeros y hacerlos pedazos.

—Cedemos a una fuerza superior —dijo el oficial—; pero Pan Zamoyski sabrá vengarse.

Kmita soltó una carcajada.

—Se vengará sobre vosotros, porque si no os hubierais opuesto a la continuación del viaje, yo no habría sospechado la treta y os hubiera cedido en seguida la joven. Decidle al *estarosta* que se sirva de rufianes más astutos que vos.

La calma con que Kmita pronunció estas palabras dieron alguna seguridad al oficial, al menos por lo que afectaba a su piel y a la de sus soldados, pero no debía pasar todo tan sencillamente como él se figuraba.

Pan Andrés hizo una seña a los tártaros y éstos se precipitaron sobre los soldados, aullando como energúmenos.

En un abrir y cerrar de ojos quedaron todos amarrados y tendidos a un lado del camino.

Kmita ordenó que los azotasen, pero no con exceso, a fin de que tuviesen fuerzas suficientes para llegar a Zamost.

Anusia, que, no sabiendo lo que había sucedido, creía haber caído en manos de una horda de asesinos, gritaba y suplicaba con las manos juntas:

—¡Dejadme la vida, caballeros! ¿Qué os he hecho yo?

—¡Estad tranquila! —la intimó Kmita bruscamente—. ¿Acaso tenéis parte en el complot?

—¿En qué complot? ¡Oh Dios mío, tened misericordia de mí!

—¿Luego no sabíais que Pan Zamoyski permitía sólo en apariencia vuestro viaje para separaros de la princesa y apoderarse de vos?

—¡Oh Jesús de Nazaret! —gritó Anusia.

Había tanta sinceridad en aquel grito, que Kmita se convenció de que sus sospechas eran infundadas.

—Calmaos —le dijo con mayor dulzura que antes—. Os conduciré salva a Pan Sapihea, puesto que el plan de Pan Zamoyski ha fracasado.

—¿Luego vos me habéis librado del deshonor? —balbuceó Anusia con voz temblorosa.

—Sí... Aunque no sabía si vos estabais contenta.

Anusia, en vez de responder, tomó una mano de Kmita y la llevó a sus labios.

—¡Tranquilizaos, por amor de Dios, y nada temáis! —dijo Andrés.



—Ahora iría con vos al fin del mundo.

—No digáis tal cosa.

—Dios os recompensará por haberme salvado el honor.

—Es la primera vez que me ocurre una cosa semejante —repuso Kmita.

Entretanto los tártaros habían cesado de azotar a los soldados y Andrés ordenó a éstos que se encaminasen a Zamost. Así lo hicieron, lamentándose amargamente. Sus caballos, sus armas y sus ropas fueron regaladas por Kmita a los tártaros.

Después continuó su viaje, pues le convenía alejarse cuanto antes.

Cuando llegaron a Kranostav, creyó que era mejor no esperar noticias de Zamost, y determinó proseguir su camino. Pero antes de salir escribió y remitió a Zamoyski la siguiente carta:

«Poderosísimo Pan Estarosta (<sup>1</sup>): aquel a quien Dios ha hecho grande en la tierra, está dotado también de una inteligencia superior. Comprendí en seguida, poderoso señor, que quisisteis sencillamente ponerme a prueba cuando me disteis la orden de restituir a Panna Borzobogati. Y lo comprobé mejor cuando vuestros caballeros revelaron por sí mismos su secreto, sin que yo les hubiera enseñado la carta. Como de una parte admiro más que nunca vuestra penetración, debo tranquilizaros de la otra, diciéndoos que tendré gran cuidado de la joven que me ha sido confiada y que la miraré como las niñas de mis ojos. Pero como vuestros soldados, exagerando, sin duda, vuestras órdenes, se volvieron en contra mía hasta el punto de amenazarme de muerte, creo que habría interpretado vuestros deseos mandándolos colgar. Os pido perdón si no lo he hecho; pero he ordenado que les suministrasen una buena ración de azotes, castigo que podréis aumentar a vuestro placer, si Vuestra Gracia lo considera demasiado ligero. Y con esto, esperando haberme ganado mejor la confianza y la gratitud de Vuestra Gracia, me repito fiel y devoto criado vuestro,

»Babinich.»

Los dragones, que llegaron a Zamost bastante tarde, no se atrevieron a presentarse delante de su señor, el cual supo después toda la historia por la carta de Andrés, que la llevó un cosaco.

Después de leída, Zamoyski permaneció recluso en sus habitaciones durante tres días, sin recibir ni ver a nadie más que a los criados que le entraban la comida.

Estos le oían gritar y blasfemar en francés, lo que no solía hacer sino cuando estaba furioso.

Pero la tempestad se fue calmando poco a poco. Después de una semana recobró su habitual jovialidad y dijo a la princesa Griselda:

—Señora mía y hermana... ya sabéis que no carezco de cierta penetración; hace un par de días salía garante de aquel noble que conduce a Anusia; hoy tengo la seguridad de que la llevará fielmente a la familia de Pan Sapihea.

Un mes después Zamoyski dirigió sus miradas a otro lado, convencido de que cuanto había sucedido fue por voluntad suya.

---

<sup>1</sup>() Zamoysky era *estarosta* Kalyi.

## XVII

La provincia de Lynbelsk y la mayor parte de la provincia de Podliasye estaban casi en su totalidad en poder de los polacos, esto es, de los confederados y de los hombres de Sapihea. Como el rey de Suecia permanecía en Prusia, donde se hallaba en negociaciones con el Elector, los suecos no se atrevían a salir de las ciudadelas y castillos, y mucho menos a pasar a la orilla opuesta del Vístula, donde las fuerzas polacas eran muy numerosas. En aquellas dos provincias los polacos trabajaban por formar un ejército bien organizado, capaz de hacer frente a la infantería regular de los suecos. En las capitales se adiestraba la infantería, y como se habían sublevado los campesinos, no faltaban voluntarios; pero era preciso organizarlos en cuerpos y fracciones regulares, pues se trataba de una masa caótica de hombres con frecuencia peligrosos para los mismos amigos. En todas las provincias se hacían reclutamientos, y como no faltaba en aquellas comarcas gente avezada a las armas, no fue difícil formar buenos regimientos de caballería. Muchos fueron enviados al otro lado del Vístula, otros a Charnieski y el resto a Sapihea, de suerte que fue tanta la gente que tomó las armas, que las fuerzas de Juan Casimiro eran ya superiores a las de los suecos.

Kmita prosiguió su viaje sin obstáculos, recogiendo por el camino hombres inquietos que se unían a su «chambul» con la esperanza de encontrar más pingüe botín en compañía de los tártaros. Pero Kmita sabía tenerlos a raya, y todos admiraban la moderación de aquellos semibárbaros.

Pan Sapihea se había acuartelado provisionalmente en Byala. Sus fuerzas sumaban diez mil hombres entre caballería e infantería.

Además de estas tropas había en los alrededores de Byala hasta doce mil hombres de la milicia general de toda la Lituania, Mazovia y Podliasye; pero el vaivoda no se prometía gran utilidad, máxime porque, teniendo éstos un gran número de furgones, estorbaban el movimiento de las tropas.

Kmita pensó, entrando en Byala, que a las órdenes de Sapihea militaban también nobles de Lituania y tantos oficiales de los Radzivil, que corría el peligro de ser reconocido y destrozado antes de poder decir ¡Jesús!

Su nombre era detestado en el campo de Sapihea y en toda Lituania, pues todos recordaban que mientras sirvió a Hadzivil destrozó a los dragones que se declararon por la patria.

Pan Andrés, empero, había cambiado mucho y este pensamiento le confortó.

Era ya anochecido cuando entró en la ciudad. Dijo quién era y de dónde venía; añadió que llevaba cartas del rey y pidió una audiencia especial al vaivoda. Este le recibió cortésmente a causa de las calurosas recomendaciones del rey, que escribía:

«Os enviamos nuestro fidelísimo servidor, que es llamado el Héctor de Chenstohova desde el sitio de aquella gloriosa plaza; ha salvado nuestra vida con riesgo de la suya durante nuestro paso por las montañas. Tenedle en especial consideración, para que no le sobrevenga ninguna injusticia por parte de los soldados. Sabemos su verdadero nombre y las razones por las que sirve con uno que no es el suyo; que nadie tenga desconfianza por tal cambio ni sospeche de él nada malo.»

—¿Y no se puede saber por qué ocultáis vuestro verdadero nombre?

—Porque pesa sobre mí una sentencia y no puedo hacer leva con mi nombre.

—¿Para qué queréis hacer leva teniendo a los tártaros?

—Porque cuantos más hombres tenga iré mejor.

—¿Y por qué fuisteis condenado?

—A todo el que yo tenga que servir debo confesárselo como a un padre: yo soy Kmita.

El vaivoda retrocedió dos pasos.

—¿El que prometió a Bogislao entregar el rey a los suecos, vivo o muerto?

Kmita expuso con toda su energía lo que había ocurrido.

El vaivoda le creyó, porque no podía dejar de creerlo desde el momento en que la carta de Juan Casimiro confirmaba la veracidad de sus palabras. Sapihea había recibido poco antes otro escrito en el cual el rey le confería el grado de capitán general de Lituania, y por esta razón se hallaba tan contento que hubiera abrazado hasta a su peor enemigo.

El vaivoda había comprometido toda su fortuna y servido a la patria por amor y no por interés ni ambición; pero hasta el hombre más desinteresado del mundo se alegra al ver que sus servicios son recompensados.

Aquel acto del rey proporcionaba nuevo esplendor a la casa de los Sapihea, y el vaivoda de Vitieks estaba dispuesto a hacer por el monarca cuanto estaba en su poder y aún más.

—Puesto que soy capitán general de Lituania —dijo a Kmita—, entráis en mi jurisdicción y estáis bajo mi salvaguardia. Pero evitad que se fijen demasiado en vos hasta que yo haya advertido a los soldados y destruido los efectos de la calumnia que contra vos levantó Bogislao.

Kmita le dio las gracias desde el fondo de su alma, y luego le habló de Anusia, a la que había llevado consigo a Byala.

Sapihea hizo al principio algunas objeciones, pero era de tan buen temple, que accedió por fin a tomarla bajo su custodia.

Así terminó la entrevista de Kmita con el vaivoda. El joven se retiró a su alojamiento, pues estaba en extremo cansado.

Entretanto habíase esparcido la noticia de que el rey había enviado a Sapihea el bastón de capitán general, y la más viva alegría reinaba entre las tropas.

Los oficiales de varios escuadrones visitaron al vaivoda para felicitarle; se encendieron hogueras, resonaron las trompas y redoblaron los tambores. Sapihea ordenó una suntuosa fiesta y se pasó toda la noche entre aplausos y brindis a la salud del rey, del nuevo capitán general y de la próxima victoria sobre Bogislao.

Pan Andrés, como había sido convenido, no tomó parte en la fiesta.

En la mesa, Sapihea comenzó a hablar de Bogislao, y sin decir quién era el oficial que había llegado con los tártaros, habló en general de la perversidad del príncipe.

—¿Os acordáis de Kmita, señores? —preguntó, de pronto—. Pues bien, sabed que cuanto dijo Bogislao de él era una infame calumnia.

—Conformes —replicaron varios oficiales—. Pero no se puede negar que Kmita ayudó a Juan Radzivil y que mató a muchos y valientes caballeros.

—Es cierto que ayudó a Radzivil, pero lo hizo de buena fe. Cuando abrió los ojos, no sólo dejó su servicio sino que, siendo hombre de grandes arrestos, apresó a Bogislao para entregarlo al rey; pero el príncipe tuvo la gran suerte de escapar de sus manos.

—Kmita era un gran soldado —dijeron muchos.

—Y el príncipe, en venganza, inventó aquella calumnia para infamar el nombre de Pan Andrés.

Y miró a los comensales.

—Me consta, además —continuó el capitán general—, que Kmita, viendo que nada le quedaba que hacer en su región, fuese a Chenstohova, donde prestó relevantes servicios; y después, como si esto no fuera bastante, defendió al rey con riesgo de su vida.

Al oír estas revelaciones, los mismos soldados que hubiesen hecho pedazos a Pan Andrés empezaron a hablar de él cada vez más favorablemente.

—Kmita sabrá vengarse de Bogislao —dijeron unos.

—¡Nosotros le vengaremos antes! —añadieron otros.

Y poco faltó para que no bebiesen a la salud de Kmita. Pero en verdad, había aún muchos caballeros que le eran contrarios, los cuales levantaron violentamente la voz contra él.

Pan Sapihea miró con severidad a los comensales, y dijo en tono serio:

—Os prevengo, señores, que si Kmita hubiese de venir aquí mi deber sería defenderlo contra todos, porque es hoy un fiel servidor del rey. Pan Babinich, el enviado de nuestro soberano, se le parece mucho; así, pues, os ruego que no arméis tumulto cuando se presente a vosotros. Recordad que ha venido de parte del rey y del jan, y sobre todo recordadlo vosotros, señores capitanes de la milicia general, para quienes es más difícil mantener la disciplina.

A estas palabras de Sapihea todos inclinaron la cabeza silenciosos.

Al día siguiente, el nuevo capitán general envió a Anusia a Grodno con Pan Kotchitsk. En Grodno, a donde hacía mucho tiempo ya que se había retirado Holvanski, vivía la familia de Sapihea.

La pobre Anusia, a quien el gallardo Babinich hacía volver la cabeza con frecuencia, se despidió de él muy conmovida; pero el joven, que estaba en guardia, se limitó a decirle:

—Si no tuviese otro amor en el corazón, me habría enamorado de vos como un loco.

## XVIII

Una semana después de la partida de Anusia con Pan Kotchitsk, el campamento de Sapihea permanecía aún en Byala. Kmita con sus tártaros fue enviado a los alrededores de Rokytno, porque los caballos tenían necesidad de pasto y de descanso después de tan largo viaje. El príncipe Miguel Casimiro Radzivil, señor del lugar, fue también a Byala. Pertenece a otra rama de la familia, era también riquísimo y no se parecía en nada a sus parientes de Birji. Aunque no menos ambicioso, difería de ellos por su fidelidad, por el amor a la patria, y por ser un caluroso partidario del rey legítimo y de la confederación de Tyshovtsy. Sus inmensas posesiones habían sido devastadas en la última guerra, pero, sin embargo, encontrábase a la cabeza de numerosas fuerzas y prestaba a Pan Sapihea un auxilio poderoso.

Mas no era de tanta consideración el número de sus soldados como importante el hecho de que Radzivil estuviese frente a otro Radzivil.

Por esta razón, Sapihea veía con gran placer al príncipe Miguel en su campo. Con él tenía la seguridad de aniquilar a Bogislao, pues Miguel le sobrepujaba en poder. Él nuevo capitán general llamaba con frecuencia a consejo a sus oficiales, y en aquellos consejos también tomaba parte Kmita. Odiaba tanto a los Radzivil, que a la primera aparición del príncipe Miguel tembló de rabia; pero éste sabía conquistarse el afecto de los demás con su sola presencia, en la que la belleza se unía a la cortesía. Todos se querían, y el mismo Kmita, pese a su animosidad, acabó por participar del cariño que los otros le profesaban. Y especialmente conquistó su corazón, cuando aconsejó a Sapihea que moviese sus tropas contra Bogislao.

Pero Sapihea gustaba de obrar con seguridad y recelaba de toda acción impremeditada; por esto quiso esperar informes más precisos, pues la noticia de la expedición de Bogislao contra Podliasye podía ser inventada con objeto de atraer la atención del capitán general a aquel punto, mientras que Carlos Gustavo y el Elector caerían sobre Charnieski, le oprimirían con fuerzas superiores y después marcharían contra Juan Casimiro.

El vaivoda era no sólo un gran general, sino también un hombre de Estado, y el mismo Kmita viose obligado a aprobar en su corazón las razones que aquél expuso. Si la invasión de Bogislao resultaba ser un sencillo ardid de guerra, bastaba enviarle al paso, algunos escuadrones y moverse conjuntamente con el grueso del ejército en ayuda de Charnieski.

El clarividente capitán general mandó con este objeto correos en todas direcciones y estuvo en expectativa de noticias.

Estas llegaron por fin, pero como un rayo, y por un especial encadenamiento de circunstancias, todas en una noche. Acababa de reunirse el consejo en Byala, cuando entró un ordenanza y entregó un pliego a Pan Sapihea, quien, apenas puso sus ojos en el escrito, mudó de color y dijo:

—Mi primo ha sido derrotado en Yavorv por el mismo Bogislao; ha podido salvarse a duras penas. Esta carta ha sido escrita en Bransk, bajo el impulso del espanto y la confusión, y no dice una palabra acerca de las fuerzas de Bogislao. Pero, a mi juicio, puesto que han podido derrotar a mi primo, deben ser considerables.

—Tengo la seguridad —observó el príncipe Miguel—, que Bogislao trata de apoderarse de Podliasye para formar un Estado aparte o un principado feudal. Por esta razón supongo que traerá consigo el mayor número posible de soldados. El ha de conquistar una provincia, vengar a Juan y cubrirse de gloria; por eso, repito, debe llevar considerables fuerzas, pues de otro modo no vendría contra nosotros.

—Para todo es necesaria la bendición de Dios —dijo Oskierko—, y la bendición de Dios está con nosotros.

—Poderoso y valiente general —dijo Kmita—, necesitamos informes exactos. Dejadme libre con mis tártaros y yo os los procuraré.

Pan Oskierko aprobó esta idea, pero fueron interrumpidos por otro ordenanza que entró anunciando la llegada de dos mensajeros.

—¡Noticias! —exclamó Sapihea—. Hacedlos pasar en seguida.

Al cabo de un momento comparecieron dos correos, cansados y andrajosos.

—¿Venís de parte de Horotkyevich? —preguntó el capitán general.

—Sí.

—¿Dónde está ahora?

—No sabemos si está vivo o muerto.

Pan Sapihea se puso en pie bruscamente.

Luego volvió a sentarse y preguntó con aparente calma:

—¿Dónde está el escuadrón?

—Deshecho por el príncipe Bogislao.

—¿Se han perdido muchos hombres?

—Los que no han perecido son prisioneros. Se dice que el coronel ha huido, pero yo le he visto herido. Nosotros dos hemos podido escapar.

—¿Dónde fuisteis asaltados?

—En Tykotsin.

—¿Por qué no os retirasteis tras las murallas?

—Tykotsin ha sido tomada.

El capitán general se cubrió los ojos por un momento y después se pasó la mano por la frente.

—¿Lleva mucha fuerza Bogislao?

—Cuatro mil hombres, entre caballería, infantería y cañones.

—¿Dónde está ahora?

—La vanguardia en Drohichyn. El príncipe se ha quedado atrás, pues ha sido capturado un convoy conducido por Pan Kotchitsk.

—¡Que conducía a Anusia a Grodno! —exclamó Kmita.

Todos guardaron silencio. El éxito imprevisto de Bogislao confundía a los oficiales, los cuales pensaban, aunque no se atrevían a decirlo, que Sapihea no había estado acertado esperando; pero éste, al contrario, sabía que había obrado prudentemente. Recobróse, pues, de la sorpresa, despidió a los fugitivos con un gesto, y dijo:

—Son incidentes ordinarios de la guerra que no deben sorprender a nadie. ¿Estáis dispuestos a marchar a mis órdenes? —preguntó a sus coroneles.

—Sí —respondió Oskierko.

—Partiremos al alba. Pan Babinich nos precederá con sus tártaros, y hará un reconocimiento.

Apenas oídas estas palabras, Kmita traspasó la puerta y pocos momentos después galopaba hacia Rokytno.

Tampoco se entretuvo Sapihea. Al despuntar el alba, las trompetas dieron la señal de marcha. Cuando las tropas llegaron a Rokytno habían ya salido los tártaros, los cuales debían estar lejos. Sapihea quedó muy maravillado de que en el camino no pudiesen darle noticias de ellos.

Los oficiales más experimentados se maravillaban altamente de aquella marcha misteriosa y de la habilidad de Pan Babinich.

Pasaron tres días sin que se supiesen noticias. El grueso del ejército había llegado a Drohichyn y atravesado el Bug sin encontrar el enemigo.

El capitán general comenzó a mostrarse inquieto. ¿Por qué no le enviaba Babinich algún emisario con noticias concretas?

Transcurrieron otros días y Pan Babinich no daba señales de vida.

Bogislao, en vez de avanzar, continuaba retirándose. A lo largo del camino encontrábase huellas de su paso: pueblos incendiados y aquí y allá cadáveres colgados de los árboles. Los nobles de aquella localidad venían a cada momento con informes, pero la verdad se perdía en perpetuas contradicciones. Unos habían visto un solo escuadrón y juraban que el príncipe no tenía más tropas; otros decían dos escuadrones, algunos tres, y otros diez. Habían visto también a los tártaros, pero las historias que contaban acerca de éstos parecían completamente inverosímiles, pues se decía que marchaban no a la retaguardia, sino delante de las tropas del príncipe. Sapihea temblaba de rabia cuando alguno nombraba a Babinich en su presencia.

—Tuve una mala inspiración cuando separé de mi lado a Volodiovski, pues si él estuviese aquí tiempo ha que sabríamos lo que ocurre —dijo a Pan Oskierko—. ¿Quién sabe si, en efecto, ese Babinich se ha juntado con Bogislao y va a la vanguardia de sus tropas?

Tampoco Oskierko sabía qué pensar. Y pasaron semana tras semana. El ejército de Pan Sapihea había llegado a Białystok.

A las dos de la tarde la vanguardia advirtió la aproximación de un destacamento.

—¡Quizá sea Babinich! —exclamó el capitán general—. Ahora le diré lo que se merece.

No era Babinich en persona, pero la llegada al campamento de aquellos hombres produjo tal agitación, que Sapihea salió a enterarse de lo que ocurría.

Entretanto los oficiales de varios escuadrones corrieron gritando:

—¡Babinich nos manda prisioneros! ¡Una porción de prisioneros!

Por fin el capitán general vio algunas docenas de hombres montados sobre escuálidos caballos.

Los tártaros de Babinich conducían unos trescientos prisioneros con las manos atadas, a los que hacían caminar a latigazos. Eran más bien sombras que hombres, con las ropas destrozadas, medio desnudos, ensangrentados e indiferentes a todo, aun a los latigazos y a los gritos salvajes de los tártaros.

—¿Qué hombres son éstos? —preguntó Sapihea.

—Soldados de Bogislao —respondió uno de los voluntarios de Kmita, que había conducido a los prisioneros juntamente con los tártaros.

—¿Pero dónde habéis tomado tantos?

—¡Y eso que más de la mitad han caído por el camino!

Un viejo tártaro, sargento de la horda, entregó a Sapihea una carta de Kmita.

El capitán general la abrió y leyó en alta voz:

«Grande y poderoso capitán: Si no os he enviado noticias ni emisarios hasta este momento, es porque vamos delante y no detrás de Bogislao, y quería enviaros informes tan exactos como fuese posible.

»Era una empresa peligrosa, pero cuando hube destruido dos destacamentos sin perdonar ni un hombre, atacué a la vanguardia ocasionando una gran confusión y trastornando los planes del príncipe, el cual creyó estar envuelto y haber caído en una emboscada, como en efecto sucedió. No pudiendo comprender lo que ocurría, empezó a perder la cabeza y a enviar destacamentos aquí y acullá, para que pudiéramos destruirlos con más facilidad. Marchando delante,, tomamos provisiones, rompemos diques, destruimos puentes, de modo que las tropas de Bogislao avanzan con gran dificultad. Los soldados no podían salir del campamento, porque mis tártaros se apoderaban de ellos; y cuando en el campamento dormían, mis tártaros aullaban de tal manera que, temiendo aquéllos ser asaltados, se veían obligados a permanecer con el arma al hombro toda la noche. El príncipe está desesperado, no sabiendo qué hacer, dónde ir ni cómo moverse... por lo cual es necesario acudir rápidamente antes de que se reponga de su espanto. Lleva seis mil hombres, pero ha perdido un millar aproximadamente. En Białystok he apresado el carruaje del príncipe y dos cañones, pero he tenido que echar al río la mayor parte de la impedimenta. El traidor está bastante enfermo a causa de la ira que le devora, y apenas puede sostenerse a caballo; la fiebre no le deja ni de día ni de noche. Panna Borzobogati es prisionera del príncipe, pero como está enfermo no se ocupa de ella. Estos informes los he sabido por los prisioneros, a los que mis tártaros han hecho hablar siguiendo sus procedimientos.

»Creo haber obrado bien; pero, si he errado, os pido humildemente perdón. Los tártaros son buenos muchachos, y si se les promete algún saqueo, sirven a las mil maravillas.»

—Si lo que dice Babinich es cierto, necesitamos caminar lo más rápidamente posible —dijo Sapihea al terminar la carta.

—¡Adelante, adelante! —gritaron todos los oficiales con entusiasmo—. Babinich romperá los diques y nosotros sorprenderemos a Bogislao.

Entretanto, los prisioneros, viendo al capitán general, prorrumpieron en gemidos y llantos implorando misericordia en diversas lenguas, pues había entre ellos suecos, alemanes y guardia escocesa del príncipe. Sapihea los libró de las manos de los tártaros, mandó que se les diese de comer y obtuvo de ellos cuantas informaciones quiso, sin necesidad de someterlos al tormento. Sus declaraciones confirmaban las noticias de Kmita. Después de un corto descanso, las tropas avanzaron con la mayor rapidez.

## XIX

El siguiente informe de Kmita estaba fechado en Sokolka y era breve:

«El príncipe, con objeto de engañar a nuestras tropas, ha fingido una marcha hacia Schuchyn, a donde ha mandado un destacamento. El mismo ha ido con la mayor parte de sus fuerzas a Yanov, y ha recibido un refuerzo de infantería mandado por el capitán Kyritz. Del lugar donde estamos se ven los fuegos del campamento. Sólo piensa estar allí una semana. Los prisioneros dicen que está pronto para la batalla. La fiebre le atormenta sin cesar.»

En cuanto recibió estos informes, Sapihea, dejando detrás de él los cañones y los carros, se dirigió con la caballería a Sokolka.

Dos ejércitos enemigos se encontraron de frente por fin. La batalla era inminente.

Apenas el capitán general vio a Kmita le dijo:

—Estaba enfadado con vos, porque tardabais en mandarme noticias; pero, si Dios nos concede la victoria, vuestro será el mérito y no mío.

Kmita se inclinó en silencio y pareció que las palabras de Sapihea no le causaron gran impresión. Ahora su único deseo era vengarse de Bogislao, y en parte ya se había vengado terriblemente. Los servicios que había prestado en aquella campaña eran inmensos. Precediendo al príncipe, hábale obligado a retroceder.

En Białystok, Kmita se había apoderado de los carros y bagajes de Bogislao.

Los mejores soldados de infantería alemana y de caballería sueca del ejército del príncipe parecían esqueletos, a causa del continuo ir y venir de aquí allá día y noche y de las incesantes sorpresas de los tártaros y de los voluntarios de Kmita. El soldado que acababa de cerrar los ojos rendido por el sueño, veíase obligado en seguida a tomar las armas. Además, Bogislao estaba realmente enfermo, y aunque parecía desechar de su corazón tristes preocupaciones, los astrólogos, en los cuales creía ciegamente, le habían augurado que en la presente expedición no le sobrevendría desgracia alguna; sin embargo, su ambición tuvo que sufrir mucho.

Por otra parte, en aquella persecución había tan extraordinaria insistencia, que Bogislao, con su natural perspicacia, acabó por adivinar que era obra de un inexorable enemigo suyo. Había oído nombrar a Babinich, pero aquel nombre le era desconocido por completo y nunca había conseguido conocerle personalmente.

Los dos ejércitos se habían encontrado en los alrededores de Sokolka. Kyritz, que había venido en ayuda del príncipe, no sabiendo dónde encontrar a Bogislao, había acampado cerca de Yanov, donde debían decidirse los destinos de la expedición de Radzivil.

Kmita cerró herméticamente todos los caminos que conducían a Yanov, a Sokolka, Korychyn, Kuteznitza y Suhovola. Apenas podía pasar una carta y mucho menos un carro con provisiones, por lo cual el príncipe estaba impaciente por comenzar la batalla antes que Yanov se quedase sin víveres; pero, siendo astuto y experto en toda clase de intrigas, quiso antes entablar negociaciones; ignoraba, sin duda, que Sapihea era más astuto que él.

Firme en su propósito, Bogislao, envió a Sapihea un emisario llamado Pan Sakovich, vaivoda de Osniiana, amigo personal del príncipe, y autorizado por éste para negociar la paz. Llevaba una carta que entregó al capitán general. Pan Sakovich era un hombre riquísimo que más tarde alcanzó la dignidad de vaivoda de Smolensko y de tesorero del principado. A la sazón era uno de los más notables caballeros de Lituania, célebre por su



valor y por su belleza varonil. Con la gente era malicioso, altivo y agresivo; con Bogislao se volvía humilde y manso como un cordero. Era más bien un camarada que un dependiente del príncipe, y éste, que en su vida había tenido cariño a nadie, sentía una irresistible simpatía por Sakovich. Después de cada batalla, la primera pregunta de Bogislao era: «¿Dónde está Sakovich? ¿No le ha ocurrido alguna desgracia?» Generalmente se aconsejaba con él, y cuando se trataba de negociaciones para las cuales se necesitaba un hombre valiente y decidido, daba la preferencia a él.

Esta vez la misión era escabrosa; en primer lugar, porque se podía sospechar que hubiese ido para espiar, y después porque el enviado tenía mucho que pedir y nada que ofrecer.

Sapihea sonrió compasivamente cuando Sakovich se le presentó como un vencedor que dictaba leyes a los vencidos.

—Mi señor, príncipe de Birji y Dubinki, comandante en jefe de las tropas de Su Alteza el Elector —dijo Sakovich—, me envía a preguntar por la salud de Vuestra Gracia.

—Agradezco al príncipe su interés por mi salud, que es envidiable —contestó Sapihea.

Luego tomó la carta que le alargaba el emisario, la leyó, y dijo:

—Se ve que tenéis tiempo que perder. No sé qué quiere el príncipe. ¿Os rendís, o bien queréis probar fortuna con las armas?

Sakovich fingió estupor.

—¿Rendimos? Me parece que es el príncipe el que os propone la rendición. Al menos mis instrucciones...

—Ya hablaremos luego de vuestras instrucciones, querido Pan Sakovich —interrumpió Sapihea—. Decidme, ¿habéis visto jamás que el ciervo proponga al cazador que se rinda?

—Hemos recibido refuerzos, y el Elector, con todas sus tropas, está con nosotros.

—No tardaré mucho en salir a su encuentro, porque deseo preguntarle con qué derecho manda las tropas en la República de la cual es vasallo y a la que ha jurado fidelidad.

—Con el derecho del más fuerte.

—Ese derecho existirá quizá en Prusia, pero no entre nosotros. Mas si en efecto sois los más fuertes, ¿por qué no nos atacáis?

—El príncipe lo hubiera hecho ya, pero quiere evitar derramamiento de sangre entre hermanos.

—Me sorprende que ése sea el único obstáculo.

—El príncipe se sorprende también de la animosidad de los Sapihea contra la casa Radzivil, y que vosotros, por venganza privada, no vaciléis en llevar una guerra terrible y fratricida a la nación.

El capitán general frunció las cejas.

—Sólo la conciencia no miente —dijo—. ¿Quien ataca a su patria con tropas extranjeras osa insultar a quien la defiende?

—Fue el odio de Sapihea contra Radzivil el que ocasionó la muerte del príncipe vaivoda de Vilna.

—Odio a los traidores, pero no a los Radzivil, y la prueba de ello es que en mi campamento está el príncipe Miguel Radzivil. Ahora, abreviad y decidme qué queréis.

—En primer lugar, diré a Vuestra Gracia que no es digno mandar asesinos asalariados contra un enemigo.

—¿Cuándo os he mandado yo un asesino? —exclamó Pan Sapihea—. ¡Estáis loco!

—El otro día fue hecho prisionero, cerca de Yanov, un hombre que ya había atentado otra vez contra la vida del príncipe. El tormento le obligó a confesar que vos le habíais enviado con el mismo objeto.

—La acusación es tan absurda —respondió con dignidad Sapihea—, que os ruego no divaguéis. Decidme para qué habéis venido y qué condiciones ofrece vuestro príncipe.

—El príncipe ha derrotado a Horotkyevich, ha batido a Pan Cristóbal Sapihea y se ha apoderado de Tikotsin, así es, que se puede llamar vencedor y pedir considerables ventajas. Pero como le disgusta derramar sangre cristiana, desea volver tranquilo a Prusia y no quiere otra cosa que poder dejar sus guarniciones en los castillos. Hemos hecho no pocos prisioneros, entre los cuales hay muchos y distinguidos oficiales, sin contar Panna Anusia Borzobogati, que ha sido enviada a Taurogi. Estos pueden ser canjeados por iguales suyos.

—No os ufanéis de vuestras victorias, porque, mi vanguardia, mandada por Pan Babinich, aquí presente, os ha perseguido más de cincuenta millas, os habéis, retirado delante de él, habéis perdido un número de prisioneros igual al doble de los que hicisteis primero, cañones, carros y provisiones. En cuanto a esa joven, no está bajo mi tutela, sino de la de Pan Zamoyski y la princesa Griselda Visnovieski: Si el príncipe le infiere algún agravio, le tendrá que dar cuenta a él. Pero habláis muy cuerdamente; ahora mismo voy a dar orden a Pan Babinich de que se ponga en marcha. Por lo demás —añadió —, nada tenéis que hacer ya aquí y podéis retiraros.

—Vuestra Gracia querrá al menos darme una carta.

—Perfectamente. Esperadla en el alojamiento de Pan Oskierko.

Al oír esto, éste se levantó y ofrecióse a Sakovich. El capitán general le despidió haciéndole un signo con la mano, y después, volviéndose a Kmita, le preguntó, mirándole fija y severamente:

—¿El odio ha depravado de tal modo vuestra conciencia que habéis intentado hacer asesinar al príncipe?

—¡Por la Santísima Virgen, a la que he defendido, os juro, que no! —respondió el caballero—. Si Bogislao ha de morir, será a mis manos.

—Pero palidecisteis cuando Sakovich habló de él. ¿Conocéis a aquel hombre?

—Le conozco —respondió Kmita—. Yo le mandé de Leopold a Taurogi... El príncipe Bogislao ha conducido allí a Panna Billevich... yo amo a esa joven... debía casarme con ella. Envié a aquel hombre para saber noticias de mi amada.

—¿Le disteis alguna carta?

—Ella no la hubiera leído.

—¿Por qué?

—Bogislao le había dicho que yo estaba dispuesto a robar al rey y entregarlo vivo o muerto al enemigo.

—¿El príncipe conoce a ese hombre?

—Sí, es el sargento Soroka, que me ayudó a robar al príncipe Bogislao.

—Ahora comprendo —dijo Sapihea— La venganza del príncipe le espera.

Hubo un momento de silencio.

—Pero el príncipe ha caído en la trampa. ¡Quién sabe si consentirá en devolver la libertad!

—Vuestra Gracia podría detener a Sakovich y enviarme a ver al príncipe. Quizá así podría rescatar a Soroka.

—¿Tanto os interesa la suerte de ese hombre?

—Es un viejo soldado, un antiguo siervo; me ha llevado en sus brazos cuando yo era niño y me ha salvado la vida. Dios me castigaría sí le abandonase en tan grave peligro.

—Haré todo lo que pueda —replicó el capitán general—. Entretendré a Sakovich con un pretexto y escribiré al príncipe que me mande un salvoconducto en blanco; con él os podréis resguardar vos mismo y trataréis de libertar al sargento.

Pan Sapihea se puso inmediatamente a escribir; una hora después un cosaco galopaba con la carta a Yanov, y al anochechar volvía con la respuesta de Bogislao, concebida en los siguientes términos:

«Os mando, conforme me pedís, el salvoconducto por el cual cualquier enviado puede estar seguro de volver ileso, aunque me extraña mucho que Vuestra Gracia pida un salvoconducto, mientras Pan Sakovich, al que tengo tanto afecto, y por el que daría todos los oficiales de mi ejército, se encuentra en el campamento de Vuestra Gracia. Además, sabido es que los enviados son respetados aun por los mismos tártaros, con los cuales Vuestra Gracia hace la guerra a mis soldados cristianos. Garantizándole la seguridad del enviado de Vuestra Gracia con mi palabra de príncipe, soy etc.»

Aquella misma noche Kmita tomó el salvoconducto y partió con los dos Kyemlich. Pan Sakovich se quedó en Sokolka en rehenes.

## XX

Era casi medianoche cuando Kmita llegó a las avanzadas del príncipe, pero nadie dormía en el campamento. La batalla podía comenzar de un momento a otro y las tropas estaban prevenidas.

El príncipe Bogislao, aunque atormentado por la fiebre, estaba al frente de su ejército, y como cabalgaba con dificultad se hacía transportar por los soldados en una litera abierta. Entraba precisamente en Yanov después de haber pasado revista a sus tropas, cuando le anunciaron la llegada de un enviado de Sapihea.

Bogislao, a causa de la obscuridad, no pudo reconocer a Kmita, aparte de que éste llevaba oculto el rostro, pues se había tapado la cabeza con una capucha. El príncipe no reparó en este detalle hasta que Kmita se apeó del caballo y se descubrió por mandato de aquél.

—Aquí estamos en Yanov —le dijo—, y no hay razón para obrar misteriosamente. ¿Venís de parte de Pan Sapihea?

—Sí.

—¿Por qué habéis pedido un salvoconducto, teniendo a Sakovich en vuestro poder?

—Eso no es asunto mío.

—Me parece que estáis poco dispuesto a hablar.

—Traigo una carta y, además, debo hablaros de un asunto mío particular.

—¿De un asunto particular? —repitió Bogislao.

—Tengo que hacer un ruego a Vuestra Alteza.

—Seré muy dichoso en no rehusarlo. Tened la bondad de seguirme. De buena gana os ofrecería un sitio en mi litera, pero, como veis, es demasiado pequeña.

Se pusieron los dos en marcha y durante el trayecto Pan Andrés sufrió horriblemente y estuvo tentado de matar a aquel hombre que tanto daño le había hecho a él y estaba haciendo a su patria. Se sentía tan conmovido, que temió no poder pronunciar una palabra.

Finalmente llegaron al alojamiento del príncipe. Los soldados depusieron la litera y dos siervos tomaron a Bogislao por los brazos.

—¿Queréis seguirme? —dijo a Kmita.

Al cabo de unos instantes se hallaron en un aposento en cuya chimenea ardía un fuego que despedía un calor insoportable.

Los siervos sentaron al príncipe en una butaca, lo cubrieron con pieles, llevaron una lámpara y desaparecieron.

El príncipe echó hacia atrás la cabeza, cerró los ojos y permaneció en esa postura algún tiempo.

—Hablad pronto, tengo necesidad de descansar —dijo luego.

Kmita le miró atentamente. El príncipe no parecía estar muy cambiado, porque tenía, como siempre, las mejillas llenas de afeites. Pan Andrés permaneció delante de él unos momentos recibiendo de lleno la luz de la lámpara. Bogislao levantó lentamente los ojos y de pronto los abrió del todo con visible estupor. Pero esto no duró más que un segundo y volvió a bajar los párpados.

—Si eres un fantasma, no te temo —murmuró—, pero vete.

—He venido a traer una carta del capitán general —respondió Kmita.

Bogislao se sacudió como si quisiera apartar de sí la visión; después miró a Kmita y preguntó:

—¿No estoy engañado sobre vuestro ser?

—No —contestó Kmita, indicando con el dedo su cicatriz.

—¡Este es el segundo! —bisbisó el príncipe. Después añadió en alta voz—: ¿Dónde está la carta?

—Aquí —repuso Kmita, entregándosela.

Bogislao se puso a leer, y cuando hubo terminado, sus ojos brillaban de un modo extraño.

—Está bien —dijo—; se ha perdido ya demasiado tiempo. Mañana será la batalla, y estoy contento porque no tendré fiebre.

—Nosotros también estamos contentos —replicó Kmita.

Siguióse otro silencio durante el cual aquellos dos inexorables enemigos se miraron de pies a cabeza. El príncipe fue el primero en hablar.

—¿He adivinado que sois vos quien me atacó con los tártaros? —preguntó.

—Sí.

—¿Y no habéis tenido miedo de venir aquí?

Kmita no contestó.

—¿Habéis contado, acaso, con nuestro lejano parentesco? Podría ordenar que os arrancaran la piel, señor caballero.

—Desde luego, Alteza.

—Verdad que os protege un salvoconducto. Ahora comprendo por qué me lo ha pedido Sapihea. Pero vos habéis atentado contra mi vida. Sakovich se encuentra en vuestro campamento: más Sapihea no tiene derecho alguno sobre él, mientras que yo primo, lo tengo sobre vos.

—He venido para pedir os un favor, Alteza.

—Decid.

—Tenéis aquí un soldado prisionero, uno de los que me ayudaron a apoderarme de Vuestra Alteza. Tened en cuenta que yo mandé y él se limitó a obedecer. Os ruego, por lo tanto, que pongáis en libertad a ese hombre.

—Estoy pensando —contestó Bogislao— qué debo admirar más, si vuestro valor como soldado, o vuestra insolencia como solicitante.

—Yo no os pido ese hombre sin ofreceros nada en cambio.

—¡Ah! ¿Y qué me daríais?

—Yo mismo.

—¿Es posible que sea tan importante? Pagáis generosamente, pero recapacidad si basta con eso. Sin duda olvidáis otra persona cuyo rescate os debe interesar mucho más, seguramente.

Kmita se acercó un paso más al príncipe y se puso tan pálido, que Bogislao, a pesar de su valor, se apresuró a dar otro giro a la conversación.

—Pan Sapihea no aceptaría el cambio —dijo—. Yo lo haría de buena gana; pero he garantizado al vaivoda vuestra seguridad bajo mi palabra de honor.

—Le enviaré una carta diciéndole que me quedo por mi propia voluntad.

—Y él contestará que, a despecho de vuestra propia voluntad, debo restituiros a su campamento. Le habéis prestado grandes servicios y no puede abandonaros. Además, no dejaría libre a Sakovich, a quien aprecio mucho más que a vos.

—Suplico a Vuestra Alteza... por ese hombre estoy dispuesto a...

—¿A qué? —interrumpió Bogislao.

—A deponer todo pensamiento de venganza contra vos.

—Escuchad, Pan Kmita; cuando me amenaza algún peligro es cuando estoy más contento, porque entonces la vida es menos aburrida. Vuestra venganza es para mí un placer. Pero si queréis que yo atienda vuestro ruego, caed mañana, durante la batalla, sobre Sapihea y al día siguiente pondré en libertad a vuestro soldado y os perdonaré vuestros agravios. Primero hicisteis traición a Radzivil, hacedla ahora a Sapihea.

—¿Es ésta la última palabra de Vuestra Alteza? —preguntó Kmita, haciendo sobrehumanos esfuerzos para contenerse.

—Rogáis y amenazáis al mismo tiempo —contestó Bogislao—. Os postrasteis a los pies de Radzivil cuando le rogasteis; inclinad ahora la frente si queréis que os escuche.

Pan Andrés estaba pálido como un muerto; se pasó la mano por los ojos y por la frente, que la tenía cubierta de sudor, y habló con voz ronca como si la fiebre del príncipe sé le hubiese pasado a él.

—Si Vuestra Alteza deja libre a ese nombre, estoy dispuesto a postrarme a vuestras plantas.

Los ojos de Bogislao brillaron de alegría. Había humillado a su enemigo.

Kmita estaba frente a él con los cabellos erizados y temblando de pies a cabeza. Su rostro semejava el de un halcón; entonces más que nunca recordaba un ave de rapiña. En vez de prosternarse ante el príncipe hubiera preferido arrojarse sobre él. Pero Bogislao, que no le quitaba los ojos de encima, dijo seguidamente:

—¡Sin testigos, no!

Y volviéndose hacia la puerta, gritó:

—¡Entrad!

Y en seguida penetraron en la estancia una multitud de oficiales polacos y extranjeros y varios criados.

—Señores —dijo el príncipe—, aquí tenéis a Pan Andrés Kmita, portaespada de Orsha y enviado de Sapihea, que ha venido a pedirme una gracia y desea teneros por testigos de que para alcanzarla, se postra a mis pies.

Kmita se tambaleaba como un ebrio, temblaba de ira, pero se arrodilló.

Todos asistieron mudos e inmóviles a aquella escena. Comprendían que en aquel momento ocurría algo extraordinario.

El príncipe se levantó y, sin decir palabra, pasó a la habitación contigua, haciendo seña a dos criados de que le siguieran.

Kmita se puso en pie; su rostro no expresaba ya cólera, sino indiferencia e insensibilidad. Parecía, en efecto, no tener conciencia de cuanto ocurría en su alrededor y haber perdido toda energía.

Pasó media hora... una hora. Fuera, tras de la ventana, se oía el paso acompasado de los soldados y el sonar de los cascos de los caballos. Kmita permanecía sentado e inmóvil como una estatua.

De pronto abrióse una puerta y apareció un oficial con ocho soldados.

Kmita le miró vagamente.

—¡Glovbich! —dijo, reconociendo al oficial.

—Tengo orden de ataros las manos y conducirlos fuera de Yanov.

—¡Atad! —respondió Kmita.

El oficial le condujo fuera de la estancia y a pie atravesaron Yanov.

Caminaron durante una hora. En el trayecto se les unieron otros jinetes, que hablaban en polaco. Todos los polacos que servían a Bogislao conocían a Pan Andrés, y por eso sentían gran curiosidad por saber lo que ocurría.

El grupo salió fuera de las murallas y llegó a un campo abierto, en el cual había un escuadrón de caballería ligera de Bogislao.

Algunos soldados llevaban antorchas encendidas, a cuya luz Kmita vio un palo cortado recientemente y clavado en el suelo.

—Ese es para mí —pensó—. Bogislao ha ordenado que me empalen. Sacrifica a Sakovich a su propia venganza.

Pero se equivocaba. El palo estaba destinado a Soroka.

El viejo soldado estaba sentado junto al palo con la cabeza descubierta y las manos atadas.

—¡Soroka! —gritó Kmita con voz lastimera.

—¡A la orden de Vuestra Gracia! —respondió el veterano poniéndose vivamente en pie.

El verdugo, que acababa de dar aguardiente al sargento, se aproximó.

—Vamos —le dijo—, ya es hora.

El momento era solemne. Reinaba un lúgubre silencio. Las antorchas temblaban en las manos de los que las tenían.

Entonces, en las filas que formaban el cuadro, se oyeron voces de protesta, que se iban haciendo más vivas por momentos.

—¡Silencio! —gritó Glovbich.

El tumulto aumentaba.

De improviso gritó Kmita, como si hubieran conducido a él mismo al patíbulo.

—¡Deteneos!

El verdugo se detuvo involuntariamente. Todos los ojos se volvieron hacia Pan Andrés.

—¡Soldados! —exclamó éste—. ¡El príncipe Bogislao es traidor al rey y a la patria! Estáis copados y mañana seréis hechos pedazos. ¡Servís a un traidor, servís contra la patria! Pero quien deja este servicio deja al traidor y obtendrá el perdón del rey y el del capitán general. Yo os pagaré vuestro salario... un ducado por cada uno... dos ducados... ¡Escoged! No es digno de vosotros servir a un traidor. ¡Viva el rey! ¡Viva el capitán general de Lituania!

El tumulto se transformó en tempestad deshecha. Numerosas voces gritaron:

—¡Mueran los traidores! ¡Viva el rey!

Al mismo tiempo algunos sables cortaron las cuerdas que sujetaban a Kmita, quien saltó inmediatamente sobre un caballo gritando:

—¡Seguidme al campamento del capitán general!

—¡Yo voy también! —dijo Glovbich—. ¡Viva el rey!

—¡Viva! ¡Viva! —respondieron cincuenta voces, y brillaron otras tantas espadas.

—¡A caballo, Soroka! —ordenó Kmita.

Algunos quisieron resistir, pero, a la vista de las espadas desenvainadas, tomaron el partido de callar y estarse quietos. Unos tras otros volvieron los caballos y desaparecieron rápidamente. Apagáronse las antorchas y volvieron a reinar las tinieblas.

Entretanto Bogislao, presa de la fiebre y abrumado por la fatiga, habíase acostado. Pero le despertó sobresaltado un gran rumor que se producía delante de su alojamiento y por los golpes de alguien que llamaba a la puerta.

—¡Alteza! ¡Alteza! —gritaban algunas voces.

—¡Duerme... dejadle descansar! —replicaban los pajes.

Pero el príncipe sentóse en la cama y gritó:

—¡Una luz!

Llevaron una lámpara y al mismo tiempo entró el oficial de guardia.

—Alteza —dijo éste—, el enviado de Sapihea ha sublevado el escuadrón de Glovbich y se le ha llevado al campamento del capitán general.

Bogislao permaneció un instante como petrificado por el estupor.

—¡Que redoblen los tambores! —dijo luego—. ¡Que los soldados tomen las armas!

El oficial salió a cumplir estas órdenes.

—¡Es un hombre terrible! —dijo el príncipe para su colete, y se sintió acometido de un nuevo acceso de fiebre.

## XXI

Es fácil imaginarse el estupor de Sapihea cuando vio que Kmita no sólo volvía sano y salvo sino que conducía consigo algunas decenas de hombres a caballo, además de su viejo y fiel sargento.

Andrés tuvo que contar dos veces al capitán general y a Pan Oskierko la historia de lo ocurrido. Escucháronle ellos con inmensa curiosidad y al final le prodigaron los más subidos elogios.

Kmita estaba medio muerto de cansancio; pero, sin embargo, determinó reunirse aquella misma noche con sus tártaros, los cuales estaban apostados en la selva y en los caminos, detrás del ejército de Bogislao.

Al efecto ordenó que ensillasen dos caballos descansados, porque quería llevarse consigo a Soroka.

Caminaron juntos como dos amigos. El camino era largo, pues tenían que costear el bosque para no caer en manos de Bogislao. Uniéronse a los tártaros sin ningún contratiempo. Akbah-Ulan se presentó en seguida a Babinich y le hizo una exacta relación de lo que había ejecutado. Todos los puentes habían sido destruidos y los diques cortados; los prados habíanse transformado en verdaderas lagunas.

Bogislao no tenía otra alternativa que vencer o morir. No podía pensar en la retirada.

Aquella noche hubiera sido inútil intentar nada; pero a la mañana siguiente Kmita se dirigió con sus tártaros hacia el campamento de Bogislao, situado entre Suhoval y Yanov.

Andrés se aproximó tanto que la infantería del príncipe abrió el fuego contra él, pero esto no le preocupaba. Cabalgó tranquilamente entre las balas que silbaban en su alrededor y lo examinó todo minuciosamente. Los tártaros, aunque eran más sensibles al

ataque de que se les hacía objeto, hubieron de seguirle sin chistar. Entonces la caballería se lanzó fuera del campo, intentando cogerlos de flanco. Retrocedieron y volvieron a avanzar, pero la caballería se había refugiado ya en la plaza.

En vez de volver directamente a Suhoval, Pan Andrés se deslizó hacia Occidente y llegó al Kamyonka.

Este río estaba desbordado e inundaba los campos inmediatos. Kmita arrojó algunas ramas a las aguas para apreciar la rapidez de la corriente, y dijo luego a Ulan:

—Atravesaremos el río, envolveremos el flanco y les atacaremos por retaguardia.

A Ulan maldita la gracia que le hacía tener que pasar el río a nado, pero, como siempre, calló y obedeció.

Antes que cayese la noche Kmita ordenó que cortaran ramas de sauces, cañas secas y juncos y que los atasen a los costados de los caballos. Apenas apareció en el cielo la primera estrella, empezóse la difícil travesía, nadando Pan Andrés a la cabeza de sus hombres. Adelantaban poco, pero adelantaban, ganaban terreno.

De pronto hirieron sus oídos los ecos de un lejano combate.

—¡Ha empezado la batalla! —gritó Kmita.

—¡Y nosotros nos ahogaremos! —respondió Akbah-Ulan.

—No os ahogaréis. ¡Seguidme!

Los tártaros no sabían qué hacer, cuando, de improviso, vieron que el caballo de Kmita había salido del fango y pisaba terreno firme.

Poco después todos se le habían reunido.

Es decir, más de cien caballos quedaron en el río, pero todos los hombres salieron salvos. A los que habían perdido su cabalgadura les ordenó Kmita que subieran a la grupa de los demás, y en esta forma se encaminaron a las trincheras.

Del lado de Yanov el fuego se hacía cada vez más intenso y nutrido; era evidente que Sapihea había atacado la línea.

Pero también oían gritos en la trinchera a la cual se aproximaba Kmita.

Las numerosas hogueras que ardían junto a ella despedían tan vivos resplandores, que Pan Andrés pudo distinguir a la infantería, que también hizo fuego, pero débilmente.

Al ver avanzar las tropas de Kmita, en vez de hacer fuego las saludaron con exclamaciones de júbilo, creyendo que Bogislao les enviaba un refuerzo.

Pero cuando los tártaros se aproximaron a unos doscientos pasos, la infantería comenzó a agitarse y gran número de soldados miraban qué clase de gente era la que se acercaba.

Cuando la distancia no fue ya más que de cincuenta pasos, rasgó los aires un aullido terrible y las fuerzas de Kmita se lanzaron adelante y rodearon a la infantería estrechándola como dentro de un círculo de hierro.

—Allah!... Herr Jesús! ¡Dios mío!

En aquel momento se abrieron las cataratas del cielo y comenzó a diluviar. Los fuegos se apagaron y el combate continuó en la obscuridad, pero no duró mucho tiempo.

Atacada de improviso, la infantería de Bogislao quedó pronto deshecha. La caballería, en la cual militaban bastantes polacos, depuso las armas.

Cuando la luna se mostró de nuevo entre las nubes, no dejó ver sino una horda de tártaros que se entregaba al botín.

Pero tampoco esto duró largo rato. Oyóse el sonido de una trompeta y los tártaros montaron rápidamente a caballo.

—¡Detrás de mí! —gritó Kmita.

Y les condujo con la rapidez del viento hacia Yanov.

Un cuarto de hora después el país era presa de las llamas.

Sobre el incendio, inmensas columnas de humo y de chispas se lanzaban hacia el cielo enrojecido.



De esta manera Kmita daba a entender al capitán general que había derrotado a la retaguardia del ejército de Bogislao.

Pero de pronto, en un campo iluminado como el día por el resplandor del incendio, vieron aparecer la gigantesca caballería del Elector, mandada por un caballero que llevaba la armadura de plata y cabalgaba sobre un caballo blanco.

—¡Bogislao! —rugió Kmita con voz que nada tenía de humano, precipitándose sobre el escuadrón con toda la columna tártara.

El escuadrón avanzó a su vez y pronto se produjo un choque terrible. Los tártaros cayeron como espigas abatidas por la tempestad, y aquel escuadrón de hombres gigantesco pasó por encima de ellos con la velocidad de un torbellino emprendiendo la fuga.

Algunos tártaros volvieron a ponerse en pie y emprendieron su persecución.

Era posible derribar a aquellos hombres salvajes, pero no matarlos a todos de un golpe; así, muchos fueron levantándose poco a poco y se unieron a los que perseguían a los fugitivos. A la cabeza del escuadrón cabalgaba aún el jefe de espléndida armadura, pero Kmita no iba ya a la cabeza de los tártaros.

Sólo por la madrugada empezaron éstos a regresar, arrastrando casi todos detrás de sí algún hombre a caballo. Pronto fue hallado Kmita, a quien condujeron sin sentido al campamento de Pan Sapihea.

—¿Dónde está Bogislao? —fueron las primeras palabras que pronunció cerca del mediodía, al recobrar el sentido.

—Su ejército ha sido destruido. Al principio parecía sonreírle la victoria, pero a la salida del bosque de sauces se encontró en campo abierto con la infantería de Pan Oskierko y fue batido —le respondió Pan Sapihea que estaba a su lado—. Supongo que no le han quedado más que quinientos hombres, porque vuestros tártaros han hecho muchos prisioneros.

—¿Pero y él?

—Ha huido.

Kmita permaneció un momento silencioso y después dijo:

—Le perseguiré hasta el fin del mundo;

A esto respondió el capitán general dándole un pliego y diciendo:

—Ved las noticias que he recibido hoy después de la batalla.

Kmita leyó en alta voz lo siguiente:

«El rey de Suecia ha salido de Blang; marchará sobre Zamost, y después sobre Leopold contra Juan Casimiro. Venid con todas vuestras fuerzas a salvar el rey y la patria, porque yo solo no podré hacer frente al enemigo.

»Charnieski.»

Después de un breve silencio Sapihea preguntó a Kmita:

—¿Queréis venir con nosotros o ir a Taurogi con los tártaros?

Andrés cerró los ojos por un instante y contestó luego:

—Los asuntos privados vienen después de los de la patria.

El capitán general lo estrechó entre sus brazos y le dijo conmovido:

—Sois para mí un hijo, y como padre os doy mi bendición.

## XXII

Mientras todos los hombres aptos para la guerra tomaban las armas en defensa de la patria, Carlos Gustavo permanecía en Prusia ocupado en someter las ciudades de aquella provincia y en negociaciones con el Elector.

Después de una fácil e inesperada Victoria, vio que el león sueco había engullido más de lo que su estómago podía soportar. Después del regreso de Juan Casimiro iba perdiendo la esperanza de conservar la República; pero quería, cuando menos, reservarse la mayor parte de su conquista y sobre todo la fértil y poblada provincia que limitaba con la Pomerania. Pero precisamente ésa fue la primera provincia que se sublevó, permaneciendo fiel a su legítimo rey. Por eso Carlos Gustavo resolvió deshacer a los insurrectos y aniquilar las fuerzas de Juan Casimiro a fin de sofocar toda esperanza de resistencia y salvación en aquella provincia.

Y como solía hacer seguir los hechos a las decisiones con la rapidez que el rayo sigue al relámpago, ocurrió que antes que nadie tuviese conocimiento de su marcha, había rebasado Varsovia y penetrado en el corazón del país.

No era ya el Carlos Gustavo bueno, afable y sonriente que aplaudía a la caballería polaca y alababa a los soldados en general. Ahora, dondequiera que se encontraba corrían ríos de sangre de nobles y de campesinos; por dondequiera que pasaba destruía a filo de espada los destacamentos armados y ahorcaba a los prisioneros.

Pero bien pronto comprendió cuán ardua era su empresa. La guerra se iba extendiendo en su alrededor como el agua se extiende en torno de un buque perdido en medio de los mares. Prusia ardía, y aun la misma Gran Polonia, que poco antes había aceptado su soberanía. El incendio se propagaba a la Pequeña Polonia, a Lituania y a Imud.

En el campo sueco se celebraban frecuentes consejos. Iban con el rey su hermano Adolfo, que mandaba todo el ejército; Roberto Douglas; Enrique Horn, pariente del otro Horn que había sido muerto en Chenstohova por la hoz de un campesino; Valdemaro, príncipe de Dinamarca, y aquel Miller que había dejado su gloria militar ante las murallas de Yasna Gora; Aschenberg, el más hábil caudillo de la caballería sueca; Hamerskiolp, que mandaba la artillería; el viejo mariscal Witemberg, famoso por sus rapiñas y desde entonces casi corroído por el mal francés; Forgell y otros muchos.

Estos hombres estaban aterrados pensando que todo el ejército, junto con el rey, perecería quizá entre la carestía, el hambre y el furor de los polacos. El viejo Witemberg aconsejó al rey el batirse en retirada, pero éste no quiso aceptar aquel consejo.

Citó a Alejandro de Macedonia, al cual le complacía ser parangonado, y se puso en marcha, en busca de Charnieski, el cual, no teniendo fuerzas considerables ni bien instruidas, se retiró ante él; pero giraba en torno suyo como un lobo dispuesto a caer sobre su presa.

Los suecos jamás podían saber por dónde andaba, pero a menudo Charnieski asaltaba campamentos, hacía prisioneros y se apoderaba de carros y provisiones.

Por último, los suecos le atacaron en Golamb, cerca del punto donde el Dnieper se junta con el Vístula. Algunos escuadrones polacos que se hallaban preparados para la batalla cargaron contra el enemigo, sembrando el espanto y el desorden entre sus filas.

A su cabeza iba Volodiovski con su escuadrón de Lauda, y batió al príncipe Valdemaro; los dos Kretuski, Estanislao y Juan, se lanzaron desde la altura con los coraceros contra los mercenarios ingleses, mandados por Wilkinson, y los derrotaron en menos tiempo del que se necesita para contarlos.

En un abrir y cerrar de ojos los suecos fueron rechazados sobre el Vístula, en vista de lo cual Douglas acudió a apoyarlos con un escogido cuerpo de caballería. Pero estas fuerzas también fueron rechazadas. La batalla fue terrible; cayeron muchos suecos, pero muchos polacos también; únicamente Volodiovski, aunque habíase metido en lo más recio de la acción, salió ileso. Pero de pronto cambió el aspecto de la batalla. Avanzó Carlos Gustavo con la artillería, y los regimientos de Charnieski, indisciplinados y poco instruidos, no pudieron tomar posiciones a tiempo.

Por eso Charnieski ordenó que se diese la señal de retirada, no queriendo exponerse a ser diezmado por el enemigo.

Grande fue la alegría en el campo sueco. Los trofeos de la victoria, empero, no eran importantes ni numerosos: algunos sacos de avena y unos pocos carros vacíos; pero no eran aquellos momentos para que Carlos Gustavo se cuidase del botín.

Se consoló pensando que la suerte no le había abandonado, y que en cuanto apareció él fue vencido aquel mismo Charnieski sobre el cual se fundaban las esperanzas de Juan Casimiro y de la República.

Cuando depositaron delante del rey los cadáveres de Wilkinson y del príncipe Valdemaro, muertos durante la batalla, se volvió a sus generales y les dijo:

—Desarrugad vuestro ceño, señores, pues ésta es la mayor victoria que he conseguido este año, y puede decirse que decidirá del éxito de la guerra.

—Las tropas de Charnieski se han desbandado, pero se reorganizarán fácilmente —observó Witemberg.

—Mariscal —respondió el rey—, no os tengo por un general inferior a Charnieski; pero creo que si yo hubiera derrotado a vuestras tropas no os encontraríais en disposición de reorganizarlas en dos meses.

Witemberg se contentó con inclinarse en silencio.

Los generales se sintieron animados con las palabras del monarca. Entusiasmadas por aquella victoria, las tropas marcharon detrás del rey lanzando gritos y cánticos de júbilo y pronto se olvidaron las privaciones y fatigas pasadas.

Al día siguiente, después de algunas horas de descanso, los soldados se pusieron en marcha alegremente. Dos regimientos de dragones, a las órdenes de Dubois, un francés, tomaron el camino de Markushev y Grabov, precediendo cinco millas al grueso del ejército.

Al caer de la tarde llegó Carlos Gustavo alegre y de buen humor a Grabov, y estaba a punto de acostarse, cuando el coronel Aschenberg le hizo anunciar, por medio del oficial de guardia, que tenía necesidad de hablarle sin pérdida de tiempo.

Poco después se hallaba en presencia del rey, pero no solo sino acompañado de un capitán de dragones. El rey, que tenía una memoria prodigiosa, pues recordaba el nombre de casi todos los soldados, reconoció en seguida al capitán.

—¿Qué hay de nuevo, Freed? —le preguntó—. ¿Acaso ha retrocedido Dubois?

—Dubois ha muerto, señor.

El rey quedó confuso; sólo entonces notó que el capitán parecía un hombre salido de la tumba y tenía el uniforme destrozado.

—¿Pero y los dragones?

—Aniquilados. Sólo yo me he salvado.

El rostro de Carlos Gustavo se contrajo horrorosamente.

—¿Quién ha hecho eso? —preguntó temblando de cólera.

—Charnieski.

El rey guardó silencio y miró a Aschenberg; éste hizo únicamente una señal afirmativa con la cabeza, como para repetir: «Charnieski, Charnieski.»

—Todo eso es increíble —dijo Carlos Gustavo al cabo de una breve pausa—. ¿Lo habéis visto con vuestros propios ojos?

—Como veo a Vuestra Majestad. Me mandó advertiros que ahora repasaré el Vístula, pero que volverá en seguida para seguir nuestras huellas.

—¿Lleva muchas tropas? —dijo Carlos Gustavo esforzándose por parecer tranquilo.

—No podría decirlo con precisión —contestó el capitán—. Quizá cuatro mil o cinco mil hombres.

—Es preciso que ese general haya hecho pacto con el diablo —observó el rey, pasándose la mano por la frente.

—Ha sucedido lo que predijo el mariscal Witemberg —dijo el capitán.

—Todos vosotros sabéis predecir —replicó el rey impetuosamente—, pero sois incapaces de dar un buen consejo.

Aschenberg palideció y callóse.

Carlos Gustavo, cuando estaba contento, parecía la bondad personificada; pero cuando fruncía el ceño inspiraba un indescriptible temor a los que le rodeaban. Esta vez, sin embargo, se contuvo y preguntó al capitán Freed:

—¿Tiene buenos soldados Charnieski?

—He visto algunos escuadrones como sólo pueden tenerlos los polacos.

—Son los mismos que nos asaltaron con tanta furia en Golamb; deben ser soldados viejos. ¿Pero Charnieski se mostraba satisfecho y confiado?

—Como cuando nos batieron en Golamb. Majestad, os he repetido lo que Charnieski me ha dicho; pero, en el momento en que yo partía, un oficial superior se me acercó y me dijo que había vencido a Carlos Gustavo en un combate cuerpo a cuerpo y se desató de una manera insolente contra Vuestra Majestad.

—No os preocupéis por eso —repuso el rey—. Charnieski no ha sido deshecho, que es lo que importa. Debemos marchar todo lo más rápidamente posible contra el «Darío polaco». Podéis retiraros, señores. Decid a las tropas que los dragones han perecido a manos de los campesinos, que los atrajeron a los pantanos. ¡Nosotros seguiremos adelante!

Los oficiales salieron.

Carlos Gustavo se quedó solo, absorto en sus pensamientos.

En presencia de su ejército mostraba siempre una gran confianza en sí mismo y en su estrella; pero, cuando se hallaba solo, le asaltaban a veces mil temores y dudas.

## XXIII

Al día siguiente por la mañana, el rey y su ejército se pusieron en marcha y llegaron a Lublin. Allí Carlos Gustavo recibió la noticia de que Pan Sapihea había derrotado a Bogislao y avanzaba con sus tropas. El rey de Suecia salió aquel mismo día de Lublin, después de haber reforzado aquella guarnición.

El objetivo principal de la expedición era Zamost, porque si podía apoderarse de aquella fortaleza conquistaría una base fija para las sucesivas operaciones. Algunos sostenían, que Zamost era inexpugnable; pero como Carlos Gustavo había observado que los polacos no eran muy duchos en materia de fortificaciones, no se cuidaba del juicio de los otros y estaba segurísimo de tomar a Zamost. Sabiendo, además, que todo magnate

estaba autorizado a hacer tratados por cuenta propia, o se permitía el hacerlos, como hombre astuto recogió todos los informes posibles acerca del comandante de la fortaleza.

Juan Sapihea, que en aquel tiempo manchaba su nombre con la traición, con gran pena de su hermano el capitán general de Lituania, le proporcionó interesantes noticias acerca de Pan Zamoyski.

—Si me abriese las puertas de Zamost le ofrecería algo que ningún rey de Polonia podría ofrecerle —dijo Carlos Gustavo.

Sapihea hubiera querido saber qué cosa era aquella, pero se limitó a mirar al rey de Suecia con cierta ironía. Carlos Gustavo comprendió aquella mirada y dijo:

—Le ofreceré la provincia de Lyubelsk como principado independiente.

—Vuestra Majestad es extremadamente generoso —repuso Sapihea en tono de zumba.

Pero Carlos Gustavo respondió con el cinismo que le era habitual:

—Naturalmente, se la doy porque no es mía.

—Pienso, señor, que lograréis más por medio de la adulación. No es hombre de gran inteligencia y puede ser fácilmente sorprendido. Decidle que sólo él puede librar la República de una guerra, del reparto y de las ulteriores consecuencias abriéndolos las puertas de Zamost. Si el pez traga el anzuelo, entramos; de otra manera, será imposible.

—He oído decir que la infantería de la fortaleza es buena; pero carecen de caballería.

—La caballería sólo es buena para campo abierto, y, por otra parte, Charnieski puede muy bien destacar dos o tres escuadrones para la defensa de la fortaleza.

—Sólo veis dificultad sobre dificultad.

—Pero hay que confiar siempre en la buena estrella de Vuestra Majestad.

Juan Sapihea tenía Tazón en presumir que Charnieski proveería a Zamost de caballería, pues efectivamente había enviado ya los dos escuadrones que habían sufrido más en Golamb, esto es, los de Shemberk y Lauda, para que reposasen y fuesen reforzados con nuevos contingentes.

Pan Zamoyski los acogió hospitalariamente, y sabiendo que había entre ellos soldados tan valerosos como Kretuski, Volodiovski y Zagloba, exaltó hasta las nubes a aquellos hombres, los colmó de mercedes y les hizo sentar a su mesa diariamente.

Aquella misma noche Volodiovski salió en servicio de reconocimiento, y a la madrugada volvió con algunos exploradores, los cuales aseguraron que el rey de Suecia se hallaba en Shchebjeshyn y que por la tarde estaría a la vista de Zamost.

Esta noticia alegró a Zamoyski, que fue a examinarlo todo con gran actividad, pues tenía un verdadero deseo de probar sus cañones contra los suecos. Por lo demás, consideraba, y con razón, que si, a la postre, tenía que ceder, tendría en jaque al enemigo a lo menos por un par de meses; y durante este tiempo Juan Casimiro recogería tropas, llamaría la horda entera de los tártaros en su ayuda y organizaría en todo el país una resistencia poderosa que le aseguraría la victoria.

—Ya que se presenta la oportunidad —dijo con energía a sus oficiales— de prestar a la patria y al rey un notable servicio, os declaro, señores, que prefiero saltar la fortaleza antes que los suecos pongan su pie en ella.

—¡Estamos dispuestos a morir con Vuestra Gracia! —respondieron los oficiales, unánimes.

—¡Adelante, pues! ¡A las murallas! —gritó Zamoyski.

Salieron todos; las murallas estaban cubiertas de soldados que esperaban a los suecos con impaciencia.

Zamoyski, con su rica armadura y con el bastón de mando en la mano, pasaba una inspección preguntando a cada momento:

—Qué, ¿aún no están a la vista?

Y como recibiese respuesta negativa, tronaba contra la lentitud del enemigo.

Por otra parte era difícil descubrir a los suecos a causa de la niebla, la cual no se disipó hasta las diez de la mañana. Entonces se oyeron gritos de la parte occidental de la muralla:

—¡Ya vienen... ya vienen!

Zamoyski, con tres ayudantes y Zagloba, subió a un punto elevado del bastión, desde el cual se abarcaba con la vista una gran extensión de terreno. En los regimientos que caminaban al frente, se observaba a simple vista que era infantería; venía luego la artillería y por último la caballería.

La inmensa masa adelantaba rápidamente hacia la fortaleza.

Cuando estuvieron a dos tiros de culebrina de la muralla, los suecos comenzaron a desfilar. La infantería fue la primera en romper filas; unos se pusieron a levantar tiendas y los otros a cavar trincheras.

De pronto se oyeron resonar las trompetas.

Algunos caballeros, precedidos de un heraldo, salieron del campamento de las huestes enemigas y se encaminaron hacia el castillo. A medio camino ataron un pañuelo blanco a la punta de una espada y la agitaron en alto.

—¡Una embajada! —exclamó Zagloba—. También en Kyedani llegaron con la misma monserga y no recuerdo qué pasó allí.

—Zamost no es Kyedani ni yo soy el vaivoda de Vilna —contestó Zamoyski.

El enviado, que era Pan Sapihea, tuvo el disgusto de oír que Zamoyski no cambiaría ni una palabra con un traidor, y que si el rey de Suecia quería hablarle debía enviarle un sueco y no un polaco.

Media hora después, Forgell, sueco y con un séquito de compatriotas suyos, se presentaba a las puertas de la fortaleza. El puente fue levantado lentamente y el general entró en la plaza sin que ni a él ni a sus acompañantes se les vendara los ojos. Evidentemente, Zamoyski deseaba que lo viese todo y lo refiriese al rey.

¿Larga fue la entrevista verificada en presencia de los magnates que se hallaban en el castillo. Forgell rogó al principio y amenazó después, pero todo inútilmente, pues a sus palabras contestaba invariablemente Zamoyski.

—¡No entregaré Zamost!

El enviado comenzó a sentirse incómodo y recurrió al último argumento: sacó del bolsillo un pliego sellado y levantándose dijo:

—Por abrirle la puerta de esta fortaleza, Su Majestad ofrece» a Vuestra Gracia Serenísima la provincia de Lyubelsk en perpetua posesión.

Todos quedaron atónitos; y el mismo Zamoyski pareció sorprendido. Forgell empezaba ya a echar en torno suyo una mirada triunfante, cuando de repente, entre un profundo silencio, Zagloba, que estaba detrás de Zamoyski, le dijo en polaco:

—Vuestra Gracia ofrezca en cambio al rey de Suecia los Países Bajos.

Zamoyski sin detenerse un segundo, dijo levantando altivamente la cabeza:

—Y yo ofrezco a Su Majestad Carlos Gustavo los Países Bajos.

En aquel momento resonó en la sala una carcajada unánime. Forgell palideció, pero esperó, con los ojos centelleantes, a que pasase aquel acceso de hilaridad. Luego preguntó con voz ronca:

—¿Es ésta la última palabra de Vuestra Gracia?

—No... —replicó Zamoyski— porque la última palabra la dirán los cañones.

Así terminó la embajada.

Dos horas después, el cañón tronaba desde la trinchera de los suecos; pero los cañones de Zamoyski respondían con igual fuerza.

El rey de Suecia, transportado de la cólera, ordenó incendiar todas las aldeas y las cabañas, por lo que la campiña de los alrededores parecía un mar de fuego..

Al día siguiente, Carlos Gustavo recibió cierto número de cañones de sitio, que fueron colocados en las trincheras y rompieron seguidamente el fuego.

El rey no pensaba ciertamente en abrir brecha, pero quería convencer a Zamoyski de que estaba decidido a combatirlo furiosamente y sin cuartel.

Pero Pan Zamoyski no se convencía.

El ejército sitiador empezó, entretanto, a verse en una situación bastante crítica, pues faltaban las vituallas y los forrajes.

Zamoyski, por el contrario, antes que llegase el enemigo, había retirado de todas, sus posesiones, en un radio de muchas millas, todo cuánto podía necesitar para el mantenimiento de la guarnición.

A hacer aún más difícil la situación de los suecos contribuía el que Pan Charnieski no había pasado a la otra parte del Vístula, sino que giraba en torno del ejército sueco, como un lobo en derredor del redil. Además, Pan Sapihea avanzaba victorioso del Norte hacia Zamost.

El viejo Witemberg, el más experimentado general sueco, comprendió que la situación era muy seria y expuso francamente su pensamiento al rey.

Carlos Gustavo reconocía en su interior que el antiguo guerrero tenía razón; pero no quiso dejar entrever que su genio estaba agotado. Así, pues, ordenó que se hiciese fuego día y noche.

—Yo ablandaré su dureza; veréis cómo se persuaden —respondía al viejo mariscal.

Después de algunos días de continuo cañoneo, el rey mandó de nuevo a Forgell a la fortaleza para convencer a Zamoyski de la necesidad de entablar negociaciones. El daño que Zamost debía haber sufrido con el bombardeo habría quizás hecho más tratable a su señor.

Zamoyski respondió:

—¡Tanto daño! Habéis muerto un cerdo en la plaza del mercado, y si bombardeáis una semana más, quizás matéis otro.

Forgell llevó al rey tan insultante respuesta. Por la noche se reunió Consejo en el cuartel real.

Al día siguiente los suecos empezaron a levantar las tiendas, a quitar los cañones de las trincheras y a ponerse en marcha.

Carlos Gustavo se encaminó hacia el Sur, aunque Witemberg, que había aconsejado la vuelta a Varsovia, trató de convencer al rey de que era el único camino de salvación. Pero el «Alejandro sueco» había jurado absolutamente destruir al «Darío polaco», aunque fuese en los confines del reino.

## XXIV

La primavera de aquel año se presentaba de un modo bastante extraño. Mientras en el Norte de la República la nieve se derritió y los ríos corrían libres de hielo, en el Sur, al contrario, continuaba el invierno con toda su crudeza. Los días eran secos y fríos, los crepúsculos rojizos y las noches estrelladas y glaciales; pero la primavera llegó después de imprevisto a aquellas regiones.

Los campos se convirtieron en lagos a causa de la crecida de los ríos; los senderos desaparecieron, el suelo se convirtió en pantano y los caminos se pusieron intransitables. Y entre tanta agua y tanto lodo, las legiones proseguían obstinadamente su marcha hacia el Sur.

Pero ahora eran bien reducidas aquellas legiones que iban al encuentro del sacrificio y de la destrucción.

Los días se sucedían a los días, y las tropas suecas caminaban siempre, extenuadas por el cansancio. Vinieron después las enfermedades; muchos soldados fueron acometidos por la fiebre; otros se dejaban caer al suelo de debilidad, prefiriendo morir en seguida.

Carlos se detuvo algunos días en Yaroslav para reflexionar lo que debía hacerse. Durante aquellos días se colocaron los soldados enfermos, que eran muchos, sobre barcas, y fueron mandados por el río a Sandomir, que era la plaza fortificada más próxima, todavía en manos de los suecos. Después de estas operaciones y justamente en el momento en que llegaba la noticia de que Juan Casimiro había salido de Leopold, el rey de Suecia determinó descubrir dónde se encontraba. Con este objeto, el coronel Kanneberg, con un millar de hombres de caballería, pasó el San y se corrió hacia Oriente.

—Quizá tengáis en vuestras manos el destino de la guerra y el nuestro —le dijo el rey.

Y realmente se podían esperar muchas ventajas de aquella expedición.

Fueron, por consiguiente, confiados a Kanneberg los mejores soldados y los mejores caballos. La selección fue hecha con tanto mayor cuidado, cuanto que el coronel no podía tomar consigo ni artillería ni infantería, y por lo tanto necesitaba tener hombres que con el sable pudiesen hacer frente a la caballería polaca en campo abierto.

El regimiento partió el 20 de marzo. Al alejarse, los soldados prorrumpieron en gritos de gozo, diciendo a sus camaradas:

—¡Os atraeremos a Charnieski, arrastrado con una cuerda!

Los mil jinetes se dirigieron hacia Vyelki-Ochi. Cuando llegaron allí no encontraron ni un alma viviente. Aquella soledad admiró a Kanneberg.

—Evidentemente nos han esperado aquí —dijo al mayor Sweno—; pero Charnieski debe encontrarse en otra parte, puesto que no nos ha preparado una emboscada.

—¿Debemos volver atrás? —preguntó Sweno.

—No... iremos adelante, hasta Leopold, que no está muy distante. Es necesario que tome los informes más seguros posible, para dárselos al rey, acerca del lugar donde se encuentra Juan Casimiro.

—¿Y si encontramos fuerzas superiores?

—Aunque encontremos algunos millares de esos ganapanes que los polacos llaman milicia general, seguramente no nos dejaremos batir por semejantes soldados.

—Podemos tropezar también con tropas regulares. No tenemos artillería y contra ellos no hay mejor medio que el cañón.

—Siempre tendremos tiempo de retirarnos y llevarle informes al rey, y dispersaremos a los que intenten cerrarnos el camino.

—¡La noche me da miedo! —dijo Sweno.

—Seremos precavidos. Tenemos víveres para dos días y ninguna prisa.

Entrando en el bosque de pinos que existe a la otra parte de Vyelki-Ochi, Kanneberg mandó cincuenta hombres delante, mosquete en mano. Estos miraban atentamente a todos lados, examinando los matorrales y los claros de bosque. Se detenían con frecuencia a escuchar; pero no se veía un alma en el camino ni en la selva.

Pero una hora después, en un punto donde el camino hacía una curva, dos soldados que iban de descubierta vieron comparecer algunos hombres a caballo, a unos doscientos pasos de distancia.



Los soldados suecos detuvieron sus cabalgaduras; los aparecidos eran pocos y delante de ellos vieron un caballero de poca estatura que cabalgaba sobre un caballo blanco. Un soldado retrocedió para dar aviso a su coronel.

El pequeño caballero detuvo su cabalgadura y la volvió hacia los suecos, los cuales vieron repentinamente desembocar un gran número de jinetes de ambos lados del bosque, que se pusieron en línea.

En aquel momento adelantó el mayor Sweno con la vanguardia, y al poco rato se le reunió Kanneberg.

—¡Los conozco! —gritó el mayor Sweno, apenas vio a aquella gente formada en el camino—. Ese es el escuadrón que asaltó al príncipe Valdemaro en Golamb; son los hombres de Charnieski. El debe estar también ahí.

Estas palabras produjeron gran impresión. En las filas reinó un profundo silencio.

—Es una emboscada —continuó Sweno— Coronel, retrocedamos.

—¡Buen consejo! —respondió el coronel con fiereza—. No valía la pena de avanzar para retroceder ante unos cuantos soldados. ¡Adelante! ¡Preparad los mosquetes! —mandó Kanneberg.

Los suecos obedecieron como un solo hombre.

Pero antes de que los mosqueteros descargaran, los jinetes polacos volvieron grupas y huyeron a la desbandada.

—¡Adelante! —gritó Kanneberg.

La división avanzó al galope; el suelo temblaba bajo ferrados cascos y la selva resonó con los gritos de los perseguidores y perseguidos.

Pero de repente sucedió una cosa maravillosa.

Aquella partida polaca, que al principio parecía desordenada, en lugar de diseminarse en la fuga, empezó a ordenarse creciendo su número.

Sweno, observando esto, fuese hacia Kanneberg, gritando:

—¡Coronel, éste es un cuerpo numeroso: son soldados regulares; fingen la retirada para atraernos a una emboscada!

Kanneberg sonrió despreciativamente gritando:

—¡Adelante!

Pero de improviso, cuando menos lo esperaban, los polacos hicieron frente y se formaron en orden de batalla.

—¡Nos atacan! —dijo Sweno.

En efecto, el escuadrón se adelantó al trote. El caballero de corta talla gritó algo a sus hombres y todos se lanzaron contra los suecos con la rapidez del rayo.

—¡Dios con nosotros! ¡Fuego! —ordenó Kanneberg levantando la espada.

Todos los mosquetes dispararon, pero en aquel momento el escuadrón polaco se arrojó sobre el enemigo con tal ímpetu, que separó a derecha e izquierda las primeras filas de los suecos y penetró en el destacamento como una cuña en la grieta de un tronco. Sobrevino una terrible pelea. Los suecos permanecieron un momento confusos, especialmente porque en la primera carga habían caído muchos de ellos, pero se repusieron pronto y a su vez cargaron valerosamente al enemigo.

La victoria parecía declararse en su favor, cuando de improviso desembocó de la selva otro escuadrón que lanzando un formidable grito, se lanzó contra el ala derecha de los suecos. Esta entonces, mandada por el mayor Sweno, afrontó al nuevo enemigo, en el cual el ojo experimentado de los suecos reconoció un escuadrón de húsares. Estaba mandado por un caballero que cabalgaba sobre un caballo tordillo y que llevaba una pluma de garza en el birrete. Se le veía perfectamente, pues marchaba de flanco a los soldados.

—¡Charnieski! ¡Charnieski! —gritaron en las filas suecas.

Sweno dirigió al cielo una mirada desesperada, después espoleó al caballo y galopó adelante seguido de sus hombres.

Charnieski avanzó igualmente, seguido de sus húsares; pero cuando éstos se lanzaron hacia adelante, él se volvió solo hacia atrás.

Entonces se vio salir del bosque un tercer escuadrón, y después un cuarto. Charnieski avanzó de nuevo, e indicó con su bastón a cada uno el punto donde debía atacar al enemigo.

Por último, cuando el cuarto escuadrón hubo tomado puesto, se puso a su frente y se lanzó a su vez al combate.

Pero los húsares habían hecho ya retroceder el ala derecha y acababan de desordenarla.

Kanneberg se persuadió de que había caído en un emboscada, y que había llevado su regimiento al matadero. No se trataba ya de la victoria, sino de salvar el mayor número posible de hombres; por lo cual dio orden de que se tocara retirada. Los suecos entonces se precipitaron por el mismo camino que los había llevado allí, pero los hombres de Charnieski los perseguían encarnizadamente.

El camino de Vyelki-Ochi estaba literalmente cubierto de cadáveres suecos, pero la sangrienta persecución no había terminado aún. Los extenuados caballos de los suecos empezaron a acortar la carrera y entonces la persecución se transformó en una carnicería espantosa.

Los polacos acuchillaban sin piedad, con la intención de que ninguno de aquellos soldados pudiese llevar la noticia de la derrota al rey. Volodiovski iba a la vanguardia con el escuadrón de Lauda. Él era el mismo pequeño caballero que se presentó al principio con unos cuantos hombres, sirviendo de cebo para atraer al enemigo.

El valeroso mayor Sweno recogió en torno suyo algunos soldados, para intentar, con sacrificio de su propia vida, el refrenar la furia de los polacos.

Volvieron, pues, al frente del enemigo, teniendo sus estoques en la mano.

Volodiovski, al observar esto, no vaciló un momento, espoleó el caballo y cayó en medio de ellos. En un abrir y cerrar de ojos, más de diez estoques apuntaron a su pecho, pero en aquel momento acudieron Pan Juan, Pan Estanislao, Yuzva Butrym, Zagloba y Roh Kovalski, los que difundieron en aquel puñado de valientes la confusión y la muerte. Zagloba, al mismo tiempo que lanzaba un grito de júbilo, mandó un terrible fendiente sobre la cabeza de Sweno, que cayó de frente sobre la cabeza del caballo. Al ver esto huyeron los soldados suecos. Pero los caballeros se lanzaron en su persecución, y los pasaron a filo de espada antes de que hubiesen recorrido un centenar de pasos.

De un millar de hombres escogidos que formaban el regimiento de Kanneberg, apenas quedaba un centenar; los demás habían caído.

Finalmente se encontraron fuera de la selva. Las torres de Yaroslav se dibujaban claramente en el fondo azul del cielo. Los fugitivos recobraron la esperanza sabiendo que en Yaroslav estaba el rey con todas sus fuerzas, el cual podía acudir en su auxilio. No recordaban que inmediatamente después de su partida habían sido levantadas las tablas del puente para colocar otras más sólidas con objeto de que pasase la artillería.

Sea que Charnieski lo hubiese sabido por medio de espías, o que quisiera mostrarse ante el ejército del rey de Suecia, y destrozar sus soldados ante su vista, el hecho fue que no sólo no abandonaron la persecución, sino que se lanzó él mismo con el escuadrón de Shemberk.

Los gritos de los fugitivos y de sus perseguidores llegaban a oídos de las tropas que se hallaban en el campo sueco. Una multitud de soldados y oficiales corrieron fuera de la ciudad para ver lo que sucedía a la otra parte del río.

—¡Es el destacamento de Kanneberg —gritaron millares de voces—. ¡Vuelve diezmado!

En aquel momento llegaba el rey con Witemberg, Forgell, Miller y otros generales.

El rey se puso pálido como un muerto.

—¡Por las llagas de Cristo! ¡El puente no está terminado —gritó Witemberg— y el enemigo hará pedazos hasta el último soldado!

El rey echó una mirada desesperada sobre el río y comprendió que era imposible prestar auxilio a aquellos desgraciados.

Entretanto los polacos, aproximándose cada vez más a la orilla, exterminaban los míseros restos de la caballería de Kanneberg. Todo el ejército sueco había acudido a la orilla del río, contemplando, como los espectadores de los antiguos circos romanos, aquel horrible espectáculo con la desesperación en el alma. Aquellos mil hombres que Kanneberg había conducido consigo eran el orgullo del ejército sueco y se habían cubierto de gloria Dios sabe en cuántas batallas. Los terribles caballeros polacos avanzaban como un torbellino que deja tras sí la destrucción y la muerte.

Pero, entre todos, el pequeño caballero era el más terrible; y el ejército sueco lo seguía con los ojos llenos de horror. Por fin vio a Kanneberg, al que perseguían más de diez hombres. Volodiovski gritó que se lo dejaran y atacó él solo al derrotado coronel.

Los soldados que estaban en la otra orilla contenían la respiración. El rey se había adelantado a todos y miraba con el corazón anhelante, invadido a un tiempo por el temor y la esperanza, pues Kanneberg era un espadachín de primera fuerza.

—Si consigo matar a este diablo encarnado —se dijo Kanneberg—, quizás podré salvar mi vida y aun cubrirme de gloria. En caso contrario, aunque Dios quisiese llevarme milagrosamente a la otra orilla, no podría ya mirar la cara de un sueco.

Dicho esto, volvióse, y se precipitó sobre su enemigo como un rayo. Tenía la intención de clavar la espada hasta la empuñadura en el flanco del caballero durante esta carrera, pero comprendió inmediatamente que, aun cuando maestro, había encontrado un hombre más diestro que él. Su espada resbaló sobre el filo del sable de Volodiovski, el cual le descargó un terrible golpe. Afortunadamente su caballo tomó carrera en dirección opuesta, pues de otro modo Kanneberg hubiese sido muerto. Pero después cabalgaron el uno contra el otro, mas con menor furia, deseando combatir según las reglas de la esgrima. Kanneberg conocía un golpe infalible que le había enseñado un florentino, y estaba casi seguro de herir mortalmente a su enemigo.

Se le acercó, pues, con altivez y refrenando el caballo.

—Quiere inutilizarme de un solo golpe —pensó Pan Miguel—, pero le opondré aquel molinete que inventé en Lublin.

Y sin más espoleó su caballo y se aproximó a Kanneberg.

Este, preparado al ataque, se echó un poco atrás, para descargar su famoso golpe, pero en el mismo instante, el sable de Volodiovski giró en el aire y cayó con rapidez fulmínea sobre la cabeza de Kanneberg.

La espada se deslizó de las manos del infeliz, y murió en seguida, pero antes que cayese del caballo, se acercó Volodiovski y sostuvo entre sus brazos al valeroso coronel.

Los suecos, espectadores del combate, lanzaron un grito terrible, en tanto que los oficiales polacos, con Zagloba al frente, se acercaron al galope para felicitar a su amigo, a quien todos miraban con admiración.

## XXV

Después de la derrota de Kanneberg y de otro descalabro sufrido en Rudnik, donde faltó poco para que el rey fuese víctima del intrépido Roch Kovalski, Carlos Gustavo continuó su retirada con toda clase de precauciones, pues era no sólo un capitán famoso, sino un caballero de inenarrable valor. Charnieski, Vitovski, y Lyubomirski, le seguían y le acosaban, como se empuja a un animal selvático hacia el lazo. Muchos destacamentos hacían día y noche gran estrépito alrededor de los suecos. Las tropas andaban cada día más faltas de provisiones, de fuerza y de valor, no viendo en perspectiva otra cosa que la muerte.

Por fin llegaron al ángulo donde confluyen el San y el Vístula. Los dos ríos, muy crecidos, como suelen ir en primavera, les defendían por ambos lados; el terreno fue sólidamente reforzado con trincheras, sobre las que se colocaron los cañones.

La posición era inexpugnable, pero había peligro de morir de hambre.

Sin embargo, también por este lado los suecos se consolaron con la esperanza de que los comandantes enviarían provisiones por la vía acuática desde Cracovia, o de otras fortalezas situadas a lo largo del río, por ejemplo, de Sandomir, donde el coronel Slinken había acumulado gran cantidad de víveres. En efecto, los envió, y los suecos pudieron al fin comer y beber, y cuando velaban cantaban salmos alabando a Dios porque les había salvado de tan horrible situación.

Pero Charnieski preparaba nuevos golpes.

Sandomir en poder de los suecos, siempre sería un apoyo para el ejército; así, pues, Charnieski pensaba en la manera de tomar la ciudad con el castillo de un solo golpe, destruyendo después a los suecos.

—Les prepararemos un magnífico espectáculo —dijo al Consejo de guerra—. Mientras estén vigilando, por la parte opuesta, nosotros asaltaremos la ciudad y no podrán prestarle auxilio. Cuando tengamos a Sandomir, no pasarán las provisiones que envíen de Wirtz a Cracovia.

Lyubomirski, Vitovski y otros intentaron disuadir a Charnieski de tamaña empresa, diciéndole que no tenían infantería ni cañones de sitio.

—¿Acaso nuestros campesinos —respondió Charnieski— pelean mal como infantes? Si yo tuviese dos mil hombres como Mihalko, tomaría, no digo a Sandomir, sino a Varsovia.

Y sin oír más consejos, atravesó el Vístula. Apenas compareció en la orilla opuesta, acudieron dos mil hombres, unos con hoces, otros con mosquetes o carabinas, y marcharon con él hacia Sandomir.

Cayeron sobre la ciudad casi de improviso, y empezó en las calles una sangrienta refriega. Los suecos se defendían furiosamente desde las ventanas, desde los tejados, pero no pudieron hacer frente al ímpetu de los asaltantes.

El Coronel Slinken, viendo que no podía resistir en el castillo, reunió cuanto pudo de hombres, material de guerra y provisiones, los metió en barcas y bogó hacia el rey, que contemplaba desde la ribera opuesta la lucha y la matanza de sus hombres, sin poder prestarles el menor auxilio.

El castillo cayó en poder de los polacos; pero el astuto sueco había puesto barriles de pólvora con varias mechas encendidas.

Cuando se encontró delante del rey le dijo:

—El castillo saltará con todos los hombres, y Charnieski podrá ser de este número.

—Si eso es cierto, me gustaría ver cómo vuelan al paraíso esos devotos polacos —replicó el rey, y se aproximó con sus generales.

A pesar de la orden de Charnieski, que preveía alguna artimaña, los voluntarios y los campesinos entraron en el castillo buscando a los suecos escondidos o los supuestos tesoros. Las trompetas dieron la señal de alarma para que todos se retirasen de la ciudad; pero los que habían penetrado en el castillo, o no oyeron los toques, o no hicieron caso.

De repente el suelo tembló bajo sus pies, una espantosa detonación sacudió el aire, una gigantesca columna de fuego se elevó hacia el cielo, las murallas, los techos, todo el castillo voló por los aires con cuanto contenía.

Carlos Gustavo rió a mandíbula batiente, y los cortesanos empezaron a repetir sus palabras:

—¡Los polacos vuelan al paraíso... al paraíso!

Pero aquel gozo era prematuro, porque entretanto Sandomir cala en poder de los polacos, y así ya no podría proveerse el ejército sueco.

Charnieski acampó frente al enemigo, de la otra parte del Vístula, y vigiló el paso.

Sapihea, capitán general de Lituania y vaivoda de Vilna, llegó del otro lado del San y tomó allí sus posiciones.

Los suecos estaban completamente envueltos.

—¡La trampa está cerrada! —se decían los soldados polacos en el campamento.

Cualquiera, aun el menos versado en las cosas de la guerra, comprendía que los invasores no podían escapar a su inevitable destrucción, a menos de no recibir a tiempo algún refuerzo.

Los mismos suecos estaban persuadidos de ello. Hubiesen podido volver a Yaroslav por la misma vía que habían venido, pero sabían también que en tal caso nadie volvería a ver a Suecia.

Entretanto, Charnieski, dejando el mando de las tropas a Lyubomirski, atravesó el Vístula por la embocadura del San, escoltado por el escuadrón de Lauda, para reunirse con Pan Sapihea.

La entrevista de aquellos hombres egregios que servían a la patria, no por ambición, sino por verdadero amor, fue en extremo cordial.

—¡La República se estremece de gozo cuando tales hombres se abrazan! —decía Zagloba a Pan Miguel y a Pan Juan—. El alma se regocija al verlos. Os garantizo, además, que no nos quedamos con la boca seca, porque Sapihea gusta de las fiestas y banquetes.

—¡Dios es misericordioso! ¡Pasarán los malos tiempos para nosotros! —dijo Juan.

La conversación fue interrumpida por la presencia de Babinich, cuyo elevado cuerpo sobresalía en lontananza entre un mar de cabezas.

Pan Miguel y Zagloba comenzaron a hacerle señas con la cabeza; pero el otro estaba demasiado ocupado mirando a Charnieski, que al pronto no le conoció.

—¿Observáis —dijo Zagloba—, cuán flaco se ha quedado?

—Conviene hacer presente que no ha podido causar graves daños a Bogislao —replicó Volodiovski—; si así fuese, estaría más contento.

—Verdad es que ha podido hacer poco, porque ahora Bogislao está frente a Marienburg con Steinbock, sitiando las fortalezas.

—Confiemos en que Dios no permitirá que las rindan.

—¡Ved a Pan Babinich que viene hacia nosotros! —exclamó Juan.

Efectivamente, Andrés los había visto y se acercaba abriéndose paso entre la multitud. Se saludaron como buenos amigos y compañeros.

—¿Qué hay de nuevo? ¿Qué habéis hecho con el príncipe? —le preguntó Zagloba.

—Poca cosa, pero ahora no puedo decirlo, porque la mesa nos llama. Vosotros permaneceréis aquí esta noche; después de la fiesta venid a pasar el resto de ella con mis tártaros. Tengo una cómoda tienda, y charlaremos apurando unas botellas hasta el alba.

—No me opongo a ese plan —dijo Zagloba—; pero decidnos al menos por qué estáis tan flaco.

—Aquel demonio me echó patas arriba con mi caballo, y desde aquel momento esputo sangre y no encuentro medio de reponerme. Esperemos de la misericordia del Señor que pronto pueda yo sacarle a él su sangre.

Entretanto la multitud pasaba por delante de ellos dirigiéndose hacia el sitio donde estaban dispuestas las mesas. En honor de Charnieski, Sapihea les dio un banquete digno de un rey. La mesa a la que se sentó Charnieski estaba cubierta de banderas suecas. Abundaban el vino y el hidromel, de manera que hacia el final, ambos caudillos estaban bastante alegres. Por último, la fresca brisa nocturna indujo a los comensales a poner fin al festín.

Entonces Kmita condujo a sus huéspedes al campamento de los tártaros. Sentáronse en su tienda encima de toda suerte de cajas repletas de botín, y empezaron a hablar de la expedición de Kmita.

Este, después de haber permanecido un momento en silencio, empezó a narrar los particulares de la última campaña de Sapihea contra Bogislao y de la derrota de Yanov, y por último refirió cómo el príncipe Bogislao había desordenado a los tártaros y escapado pasando sobre su cuerpo.

—Pero... —interrumpió Volodiovski— vos decías que le seguiríais con vuestros tártaros aunque fuese al Báltico.

—Y vos me dijisteis a mí en cierta ocasión —repuso Kmita— que Pan Juan, aquí presente, aun cuando Bogum raptó la mujer que él amaba, la olvidó y olvidó su venganza porque la patria estaba en peligro. El hombre adopta los hábitos de las personas con las cuales vive. Me he unido a vosotros, señores, y quiero seguir vuestro ejemplo.

—¡Quiera la Madre de Dios premiaros como ha premiado a Pan Juan! —dijo Zagloba—. Sin embargo, mejor preferiría que vuestra amada se encontrase en medio de una selva que en manos de Bogislao.

—¡Eso no importa! —exclamó Miguel—. ¡La encontraréis!

—Quisiera no sólo encontrarla a ella, sino su estimación y su amor.

—Una cosa vendrá tras otra —replicó Miguel—. Aunque debáis apoderaros de ella a viva fuerza, como aquella vez... ¿os acordáis?

—No volveré a hacer una cosa semejante.

Al decir esto Pan Andrés suspiró profundamente y, después de una pausa, añadió:

—No solamente no la he encontrado, sino que Bogislao me ha robado otra.

—¡Cáscaras! —exclamó Zagloba—. ¿Es un turco ese hombre?

—¿Quién es esa otra? —preguntó Pan Juan.

Kmita respondió contando minuciosamente la historia de Zamoyski y de Panna Anusia. Durante la narración no había pronunciado el nombre de la joven, pero cuando Zagloba le preguntó quién era, contestó:

—Es de distinguida familia, dama de la princesa Griselda, y fue prometida de aquel Podbipieta que vosotros habéis conocido.

—¡Anusia Krasienska! —gritó Volodiovski poniéndose en pie—. ¿Sois vos el traidor que habéis permitido que Bogislao la robara?

—No seáis injusto conmigo —replicó Kmita sin alterarse—. La conduje sana y salva al campamento de Sapihea, y la atendí como a una hermana mía. Bogislao se apoderó de ella arrebatándosela no a mí, sino a otro oficial a quien el capitán general había encargado de llevarla adonde estaba su familia. En este momento no recuerdo el nombre de dicho oficial.

—¿Dónde está ahora?

—Ha muerto, según dijeron los oficiales de Sapihea. Yo estaba atacando a Bogislao con los tártaros, por lo cual sólo sé lo que os he referido. Pero al ver el cambio de vuestra fisonomía, comprendo que somos compañeros de infortunio y, si es así, no nos queda más que vengarnos juntos.

—Esta es mi mano —repuso Volodiovski—. Desde este momento somos amigos por vida y muerte. El que de nosotros le encuentre antes, le pedirá cuentas por ambos. ¡Quiera Dios que yo sea el primero que le pueda echar la mano encima!

—No quisiera encontrarme en la piel de Bogislao —dijo Zagloba—, aunque unieran a sus títulos a Livonia. Es ya mucho tener a un Kmita a la zaga... ¡pero cómo librarse de Volodiovski! Además de esto, quiero aliarme con vosotros. ¡Mi cabeza y vuestros sables! ¡No hay ningún poderoso en el mundo que resista a tal alianza!

Para sellar el pacto, Zagloba pidió que trajesen más vino, y después de repetidas libaciones, Kmita contó de qué manera había libertado de las manos del príncipe a su fiel Soroka.

Pan Miguel experimentó un gran placer escuchando aquellos maravillosos hechos y dijo por fin:

—¡Dios os ayude! ¡Lástima que no podamos estar siempre juntos, pero el servicio es el servicio! ¡Quién sabe cuál de nosotros tropezará primero con él!

—Por justicia me corresponde a mí... en caso que no me suceda algún contratiempo. Cambiando luego de tema añadió:

—He oído decir a Pan Sapihea que apenas hayamos rechazado a los suecos y capturado a su rey, iremos directamente a Varsovia. Entonces seguramente habrá terminado esta campaña, y después le tocará el turno al Elector. Charnieski irá con Lyubomirski a Brandeburgo, y yo, con el tesorero de Lituania, a la Prusia Electoral; y si después de esto no unimos Prusia a la República, será porque en nuestra cancillería no tenemos una cabeza como la de Zagloba que amenace al Elector con cartas autógrafas.

—¿Sapihea ha dicho eso? —preguntó Zagloba enrojeciendo de alegría.

—Todos lo oyeron. Yo me alegré en extremo, pensando que, si no muy pronto, para entonces nos reuniremos con Bogislao.

—¡Dios quiera que lo encontremos antes! —añadió Volodiovski—. Pero me parece, señores, que ya es hora de marcharnos a dormir.

Todos aprobaron la idea, y después de rezar en común la oración de la noche, se acurrucaron entre los tapices de fieltro, tendidos en el suelo, y pronto se durmieron.

## XXVI

Pasaron cerca de veinte días. El rey permanecía todavía en el punto de conjunción de los dos ríos, y mandaba continuamente correos a las fortalezas y a los comandantes de Cracovia, de Varsovia y de otros lugares con orden de apresurarse a socorrerlos. Estos le enviaron provisiones en la mayor cantidad posible, pero todavía no suficientes. Después de otros diez días, los suecos empezaron a comer carne de caballo, y el rey y los generales se sintieron invadir el ánimo por la desesperación, pensando qué sería de ellos cuando la caballería no tuviese monturas, ni tiros la artillería. A todo esto se unían las tristes noticias que venían de todas partes. Todo el país ardía como si alguien hubiese regado con pez y luego aplicado fuego. Los comandantes menores y las guarniciones no podían prestar ayuda, porque estaban aprisionados en las ciudades y los pueblos. Lituania, sojuzgada hasta entonces por la férrea mano de Pontus de la Gardie, se había sublevado de un modo

amenazador. La Gran Polonia, que había sido la primera en ceder, había sido también la primera en sacudir el yugo. Los cuerpos armados de nobles y de campesinos, no sólo asaltaban las guarniciones en los pueblos, sino que atacaban las ciudades. En vano los suecos tomaban terribles venganzas, en vano combatían la región a sangre y fuego, en vano levantaban horcas para castigar a los sublevados. El que tenía que sufrir sufría y el que tenía que morir moría. La sangre sueca corría por toda la Gran Polonia. Kulsha, Jetoski y el vaivoda de Podliasye, recorrían el país como fuegos destructores.

El hambre, ese enemigo más terrible que otro cualquiera, estrujaba las vísceras de los suecos, confinados en las ciudades, tras las puertas cerradas.

En la misma condición encontrábase la Mazovia. En Podliasye los nobles se juntaron a Sapihea por millares. Lyubelsk estaba en poder de los confederados. De la lejana Rusia llegaron los tártaros y con ellos los cosacos reducidos a la obediencia.

Por lo tanto, nadie dudaba que, en breve tiempo, aquel campamento entre dos ríos, en el cual se había encerrado Carlos Gustavo con el grueso de su ejército, se convertiría en una gran tumba en la que quedarían sepultados el rey y todos los suyos para gloria de la República.

Se preveía ya el finar de la guerra; algunos decían que a Carlos Gustavo sólo le quedaba una salida: rescatarse a sí mismo y dar la Livonia sueca a la República.

Pero de repente se operó un cambio favorable al rey de Suecia.

Marienburg, hasta entonces asediada inútilmente, se rindió el 20 de marzo a Steinbock, el cual pudo apresurarse y llevar socorro a Carlos Gustavo.

Por otro lado el margrave de Baden marchaba también con nuevas tropas en auxilio de los suecos.

La noticia de la rendición de Marienburg, del avance del ejército de Steinbock, y de la marcha del margrave de Baden, produjeron una impresión dolorosa entre los polacos. Steinbock aún estaba muy lejos, pero el margrave, que venía a marchas forzadas, podía llegar de un momento a otro y cambiar de repente la situación de Sandomir.

Los capitanes polacos celebraron un Consejo de guerra en el cual tomaron parte Charnieski, Sapihea, Miguel Radzivil, Vitovski y Lyubomirski, que estaba cansado de permanecer en la orilla del Vístula. En este Consejo decidióse que Sapihea, con el ejército lituano, se limitaría a vigilar al rey Carlos para evitar su evasión, y que Charnieski saldría al encuentro del margrave lo más pronto posible.

Se dieron prontamente las oportunas órdenes y a la mañana siguiente las trompetas dieron la señal de marcha.

Las tropas caminaron animadamente hasta Zavada, donde Charnieski les pasó revista, poniéndose después a su cabeza. Sentía en su interior que rechazaría más allá de los confines el ejército del margrave, y la idea de esta victoria, saboreada con anticipación, hacía brillar su rostro como un rayo de alegría.

Las tropas polacas continuaron su marcha, animadas por las más lisonjeras esperanzas. Caminaban día y noche, y no se detenían sino cuando era indispensable dar descanso a los caballos.

En Koyenitsi encontraron ocho escuadrones bajo el mando de Torneskiold. Los hombres de Lauda que formaban la vanguardia fueron los primeros en verlos, y, sin vacilar un momento, se precipitaron sobre ellos. Siguió Shandarovski, Vansovich, y finalmente Stapkovski, con sus respectivos escuadrones.

Los suecos creyeron habérselas con algún destacamento, y los recibieron en campo abierto; dos horas después no quedaba de ellos un hombre que pudiese llevar al margrave la noticia de la aproximación de Charnieski.

Los polacos continuaron después su marcha hacia Magnushev, porque algunos espías le informaron que el margrave se encontraba en Varka con todas sus fuerzas.



Por la noche, Volodiovski fue enviado de descubierta con un destacamento y Zagloba quiso ir con él.

Andadas algunas leguas, Volodiovski detuvo el caballo.

—¡Bueno! ¿Qué pasa? —preguntó Zagloba—. ¿Por qué nos paramos?

—Varka está a la vista —respondió Volodiovski—. El campanario está iluminado por la luna. Pero me sorprende no ver ningún sueco por esta parte del río. Vamos a escondernos entre aquellos matorrales; quizá Dios nos depare algún prisionero que nos informe.

Pan Miguel condujo al destacamento al bosque y lo apostó a unos cien pasos del camino, ordenando a sus hombres que guardasen el más profundo silencio.

—Esperemos aquí —dijo—, y escuchemos por si es posible oír algo de lo que ocurre a la otra parte del río.

Escucharon, pero por buen espacio no oyeron nada. Los soldados empezaron a balancearse sobre las sillas y a dormirse.

Zagloba se inclinó sobre el cuello de su caballo y se durmió también. Hasta los caballos daban cabezadas. Pero Volodiovski velaba, y su fino oído percibió algo semejante al paso de un caballo por el camino.

—¡Alguien se acerca! ¡Silencio! —dijo a los soldados.

Fuése al límite del bosquecillo y recorrió el camino con la vista: a la luz de la luna no se veía nada, pero las pisadas de caballo se acercaban.

—¡Vienen, en efecto! —dijo Volodiovski, que se apresuró a dar aviso a sus hombres.

Todos refrenaron cuidadosamente los caballos, reteniendo la respiración.

Al poco rato apareció en el camino un grupo de jinetes suecos, en número de treinta. Cabalgaban despacio y sin guardar orden. Algunos charlaban, otros tarareaban en voz baja.

Pasaron sin recelo próximos a Miguel. Finalmente, el grupo desapareció tras una curva del camino. Volodiovski esperó a que el paso de los caballos se perdiese en lontananza, y en seguida se dispuso a seguirlos.

Condujo al escuadrón con cierta lentitud. Atravesaron un bosque espeso, en cuyo lindero opuesto, a unas diez millas, había una venta.

Apenas Volodiovski estuvo cerca de aquel sitio, puso el escuadrón al paso, para no alarmar a los suecos, que sospechaba debían encontrarse allí.

Llegados a menos de un tiro de cañón, se oyó un lejano rumor de voces.

—¡Ahí están! —dijo Pan Miguel.

En efecto, los suecos se habían detenido en la venta, donde buscaban a alguien que les diese confidencias, pero la casa estaba vacía.

De repente, la gritería de los polacos, acompañada de disparos, resonó en sus oídos. En un momento, apareció una masa oscura de soldados, como si hubiera brotado de la tierra, y pronto una terrible confusión, un fragor de armas, un estrépito de voces llenó el espacio.

Sobre el terreno, delante de la venta, quedaron cinco hombres y otros tantos caballos.

Volodiovski prosiguió el camino hacia el campo de. Charnieski con veinticinco prisioneros.

Volodiovski en persona quiso interrogarles inmediatamente y los prisioneros dijeron pronto, sin necesidad de tortura, todo cuanto sabían respecto a las fuerzas del margrave.

Charnieski quedóse pensativo, entendiendo que el margrave había hecho una nueva leva, pero al mismo tiempo aparecía de las declaraciones de los prisioneros que aquél estaba muy lejos de imaginar que Charnieski se hallaba tan próximo a él, y lo creía ocupado en sitiar a Carlos Gustavo en Sandomir.

Entonces dijo a su ayudante:

—¡Vitovski, dad la señal de botasillas!

Media hora después, los escuadrones atravesaban las selvas y los campos, y en breve llegaron a la vista de Varka, o mejor dicho, de las ruinas de aquella ciudad que había sido incendiada seis años antes.

La tropa se encontraba entonces sobre la llanura abierta por la cual fue vista por los suecos; pero el margrave creyó que eran pequeños destacamentos reunidos para alarmarlo.

Cuando se vieron los escuadrones desfilar uno detrás del otro, cundió el pánico en el campo sueco, que se dispuso para la batalla.

Las huestes enemigas estaban separadas únicamente por el río Pilitsa.

Charnieski hizo sonar las trompetas y con sus escuadrones avanzó hacia el río.

A trescientos pasos del puente acortaron el paso. Los dos tercios del escuadrón de Vansovich, los que se encontraban en primera fila, saltaron sobre sus monturas y se lanzaron corriendo hacia el puente.

Pero también los suecos corrían de la otra parte y pronto se empeñó el combate.

El objetivo de ambos bandos era el puente de madera, difícil de tomar, pero fácil de defender.

Pasó un cuarto de hora. Charnieski mandó los dragones de Luybomirski en auxilio de Vansovich.

Pero entretanto los suecos asaltaban el frente con la artillería. Llevaron otros cañones y las bombas empezaron a volar sobre las cabezas de los hombres de Vansovich y de los dragones.

El margrave, desde el lindero, observaba el combate con su antejo.

Vansovich avanzaba obstinadamente y la defensa hacía cada vez más encarnizada. Sus hombres caían como espigas, pero llegaban órdenes de avanzar absolutamente.

—Charnieski asesina a esos hombres —gritó de pronto Lyubomirski.

Vitovski, experto soldado, veía que la cosa andaba mal y temblaba de impaciencia.

Por último espoleó el caballo y se acercó a Charnieski.

—¡Vuestra Gracia —gritó—, la sangre corre inútilmente; no podemos tomar el puente!

—¡No necesito el puente para nada! —respondió Charnieski—. ¡Al río los escuadrones, y vos a vuestro sitio!

Los ojos de Charnieski centelleaban al pronunciar estas palabras.

Vitovski se retiró sin decir más.

Charnieski se lanzó como un rayo a la cabeza de los escuadrones gritando:

—¡Quien ame a Dios, su fe y la patria sobre todas las cosas, que me siga!

Así diciendo, espoleó el caballo y de un salto se metió en el río.

Todos los escuadrones, los de Lauda a la cabeza, le siguieron con entusiasmo.

Charnieski fue el primero que pisó la orilla, pero pronto fue acompañado por el escuadrón de Lauda. Entonces, agitando el bastón, gritó Volodiovski:

—¡Al galope! ¡A la carga!

Dos regimientos de caballería sueca, que estaban apostados de reserva, vieron lo que sucedía; pero fue tal el estupor del coronel que, antes que se hubiera movido, el escuadrón de Lauda cayó sobre el primer regimiento con irresistible empuje y lo desbarató al primer choque.

Entonces se comprendió por qué Charnieski había mandado a Vansovich el asalto del puente, aunque no tuviese intención de tomarlo. De aquel modo llamaba toda la atención del enemigo hacia el puente, y en tanto no pensaban en defender el río. En vano los oficiales hicieron supremos esfuerzos para restablecer un poco el orden, y en vano el margrave reclamó los regimientos de caballería que tenía en la selva; antes de que éstos llegasen al sitio del combate y se dispusiesen a la lucha, el escuadrón de Lauda había caído en medio de la refriega como el ángel exterminador; tras él vino un segundo,

después un tercero, un cuarto, un quinto escuadrón. Y entonces empezó la verdadera batalla que terminó con la derrota de los suecos, los cuales se dieron a la fuga.

Los polacos los persiguieron sin descanso, y especialmente todos aquellos que huían hacia la selva eran alcanzados y hechos trizas.

Antes de que el sol se pusiera, el ejército de Federico, margrave de Baden, había dejado de existir.

Hacia el anochecer empezaron a desembocar de la selva los primeros cuerpos de infantería y caballería, con alegre clamoreo y cánticos entusiastas. Traían consigo una multitud de prisioneros atados, que caminaban al lado de los caballos, sin yelmo, con la cabeza caída sobre el pecho, con la ropa destrozada y ensangrentados.

El campo de batalla presentaba una vista terrible. Por todos lados montones de cadáveres, de lanzas, de mosquetes, mezclados con corazas y yelmos.

El aire estaba impregnado de un olor nauseabundo de sangre y pólvora, de sudor, de emanaciones cadavéricas.

Llegó por fin Charnieski con el regimiento del rey y se detuvo en la mitad del campo. Las tropas le aclamaron entusiásticamente. Estaba en extremo cansado, pero radiante de júbilo.

A las aclamaciones del ejército respondía:

—¡No es mía la gloria, no; es de Dios!

—A su lado estaba Vitovski y Lyubomirski. Este último se hallaba cubierto de sangre, pues había combatido como un simple soldado, y parecía contrariado y triste porque sus regimientos continuaban gritando:

—¡Viva Charnieski! ¡Viva el vencedor!

La envidia empezaba a roer las entrañas del mariscal.

En aquel momento, de la única iglesia que había quedado en pie en Varka después del incendio, vinieron los sonidos del toque de oraciones. Todos se descubrieron, el capellán entonó el *Angelus* y mil voces respondieron uniéndose en una sola.

Era de noche cuando Charnieski llegó a Varka. Aquella noche fue la más feliz de su vida, porque los suecos no habían experimentado desde el comienzo de la guerra una derrota semejante. Todas las baterías, todas las banderas y todos los oficiales, menos el margrave y los condes de Schippenbach y Erenhain, había caído prisioneros. Charnieski, loco de júbilo, pensaba no sólo en los grandes y benéficos efectos que aquella victoria producía a la República, sino que quizá entreveía también en época no remota el bastón de capitán general.

—Entretanto no cabía en sí de gozo; así es que, volviéndose a Lyubomirski, que cabalgaba a su lado, le dijo:

—¡Y ahora a Sandomir! Nuestras tropas saben ya cómo se atraviesa un río sin puente, y ni el San ni el Vístula pueden arredrarles.

El mariscal no respondió, pero una nube cada vez más negra ensombrecía su semblante.

## XXVII

Tras aquella victoria, Charnieski dejó reposar a sus tropas, pero tenía la intención de regresar a Sandomir a marchas forzadas, para anonadar definitivamente al rey de Suecia.

Durante este tiempo Karlamp llegó al campo con noticias de Sapihea. Charnieski encontrábase en Chersk ocupado en la revista de la milicia general, por lo cual Karlamp se dirigió a Pan Miguel, con el fin, al mismo tiempo, de descansar en sus cuarteles.

Sus amigos le saludaron cordialmente, pero él se mostró melancólico y dijo:

—He sabido vuestra victoria; pero si aquí os ha sonreído la fortuna, en Sandomir no nos ha sido tan favorable. Carlos Gustavo salió ya de la trampa, y ha escapado con gran confusión de las tropas lituanas.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Zagloba—. ¡Hablad pronto, por el amor de Dios!

—He viajado noche y día y estoy muy cansado. Dejadme respirar; en cuanto llegue Charnieski lo contaré todo.

—Pero por lo menos decid algo. ¿Ha sido completamente derrotado Sapihea?

—¡Oh, no! Persigue al rey, pero creo que no lo alcanzará.

—De seguro, Sapihea ha cometido algún error.

—¡No puedo negarlo! —respondió Karlamp.

Permanecieron mudos y melancólicos, pareciéndoles que la diosa fortuna empezaba a volver las espaldas a la República.

—¡Aquí viene Charnieski! —exclamó de pronto Volodiovski, y salió de la estancia.

En efecto, el general llegaba en aquel momento.

El pequeño caballero adelantóse a su encuentro y empezó a gritar desde lejos:

—¡El rey de Suecia ha escapado! Aquí hay un oficial con cartas del vaivoda de Vilna.

—Traedlo —gritó Charnieski—. ¿Dónde está?

—Aquí; os lo llevo en seguida.

Charnieski quedó tan sorprendido por la noticia, que sin esperar un momento saltó de la silla y entró en el alojamiento de Volodiovski.

Karlamp le entregó la carta.

El general empezó a leerla ansiosamente, poniéndose sombrío a medida que adelantaba en la lectura.

Acabada ésta, dijo a Karlamp con voz estridente:

—¡Decidme vos la verdad; porque esta carta está escrita con tal artificio que no veo el fin muy claro! ¿Ha sido destruido el ejército de Sapihea?

—No del todo...

—¿Cuántos días se necesitarán para reorganizarlo?

Karlamp respondió sin titubear:

—El ejército no se ha dispersado: el capitán general sigue al rey en buen orden.

—¿Habéis perdido algunos cañones?

—Cuatro; los suecos los han clavado, porque no podían transportarlos.

—Veo que decís la verdad; explicadme cómo ha pasado la cosa.

—El enemigo —contestó el oficial— observó que no había un fuerte núcleo de tropas, sino algunos destacamentos irregulares sobre el Vístula. Pan Sapihea, creyendo que el rey quería atacar aquellos destacamentos, les mandó refuerzos, pero no muy numerosos, pues no quería debilitar sus divisiones. En el campo sueco se notaba un gran movimiento. Hacia la noche empezaron a aproximarse al San grandes grupos. Pan Kmita, que ahora se llama Babinich, se apresuró a notificar lo que ocurría. Pero Pan Sapihea acababa de sentarse a la mesa celebrando un banquete, en el cual tomaron parte muchas nobles señoras de Krasnik y Yanov, porque el vaivoda es muy aficionado al bello sexo...

—Y a las fiestas —interrumpió Charnieski.

Karlamp prosiguió:

—El vaivoda respondió a Babinich: «Fingen atacar, pero no harán nada. Antes que todo intentarán atravesar el Vístula, pero yo los observo y caeré sobre ellos cuando menos lo piensen. ¡No es cosa de que agüemos la fiesta y nos priven de un poco de solaz! ¡Comamos y bebamos!» Y se comió y se bebió, y terminado el banquete el vaivoda invitó a que bailasen.

—¡Ya le daré yo baile! —interrumpió Zagloba.

—¡Silencio! —ordenó Charnieski.

—Bailamos hasta la madrugada y dormidos hasta mediodía. A esa hora, descubrimos en las trincheras enemigas cuarenta y ocho cañones. Los suecos empezaron a hacer fuego a largos intervalos. Protegidos por aquella trinchera, comenzaron a construir un puente y trabajaron hasta la noche. Al día siguiente, continuaron. El vaivoda, esperando un combate, dispuso las tropas en orden de batalla.

—El puente era un pretexto. ¿No atravesaron el río más abajo, sobre otro puente, burlando vuestro flanco? —preguntó Charnieski.

Karlamp abrió desmesuradamente los ojos y quedó boquiabierto; después dijo:

—¡Vuestra Gracia sabe...!

—¡Continuad! —repuso Charnieski.

—Vino la noche; al aparecer la primera estrella empezó otro banquete. Los suecos pasaron el puente y nos atacaron. El escuadrón de Pan Kosyst estaba en la orilla y sobre él cayeron. La milicia general acudió en su auxilio; pero antes los suecos dispararon sus cañones y se dieron a correr. Pan Kosyst quedó muerto y su escuadrón exterminado. La milicia general, en su fuga, llevó el mayor desorden a nuestro campo. Si el rey hubiese tenido más cañones y más infantería, nuestra derrota hubiera sido completa; pero, afortunadamente, el mayor número de regimientos de infantería y los cañones habían partido la noche anterior en barcas, de lo cual nadie se había dado cuenta.

Calló Karlamp, y Charnieski guardó también silencio durante un gran rato.

Después dijo:

—Es una desgracia, porque si yo hubiese vuelto a Sandomir no habría escapado un sueco con vida. Bueno; lo hecho ya no tiene remedio, pero no volverá a suceder. La guerra será más larga, pero el invasor perecerá.

—¡No puede ser de otro modo! —exclamaron los caballeros a coro, sintiéndose confortados, aunque, algunos momentos antes, un gran desaliento se había apoderado de ellos.

## XXVIII

En la carta dirigida por Sapihea a Charnieski, el capitán general le suplicaba que le mandase el escuadrón de Lauda que pertenecía al ejército de Lituania. Charnieski hubiera podido no acoger este ruego, pero aun cuando sintiese mucho separarse de Pan Miguel y de sus valientes camaradas, no quiso, sin embargo, oponerse a su partida, y le dio orden de ponerse en camino para volver bajo el mando del vaivoda de Vilna.

Cuando el viejo Zagloba se encontró delante de Sapihea, no contestó a su saludo afectuoso, sino que le miró como un juez severo, dirigiéndole amargas censuras por haber dejado escapar al rey de Suecia.

El capitán general le escuchó por breves momentos, pero finalmente exclamó:

—Olvidáis los servicios que he prestado a la patria, por un descalabro que he sufrido por culpa de la milicia general. Se dice que he olvidado mi deber por banquetear y divertirme, y piensan en que la República entera no ha podido hacer frente a los suecos.

Zagloba sintióse conmovido por aquellas palabras y respondió:

—Tal es nuestra costumbre; echar toda la culpa sobre el caudillo. Yo no soy de los que censuran los banquetes, porque hasta la diversión es necesaria. Pan Charnieski es un gran guerrero, pero, según mi opinión, tiene un gran defecto, y es que no da a sus tropas como desayuno, almuerzo y comida, sino carne de suecos.

—¿Se ha irritado mucho contra mí Pan Charnieski?

—¡Oh, no mucho! Al principio frunció el ceño, pero después dijo: «Ha sido la voluntad de Dios, y todo general está expuesto a perder una batalla».

—Pan Charnieski es un hombre extraordinario, y yo daría mi sangre por él —respondió Pan Sapihea—. Otro cualquiera me hubiera despreciado para alabarse a sí propio.

—Yo no diré sino esto contra él: que soy demasiado viejo para ciertos servicios que exige de los soldados.

—¿De modo que estáis contento de volver conmigo?

—Sí, y no; porque he oído hablar de banquetes y no veo nada de comer.

—Nos sentaremos pronto a la mesa. ¿Y qué piensa hacer Charnieski?

—Se pondrá en marcha para la Gran Polonia; de allí se dirigirá contra Steinbock, después se acercará a Prusia, esperando encontrar infantería y cañones en Danzig.

Los campesinos de Danzig son gente valerosa y ofrecen espléndido ejemplo a toda la República. Encontraremos a Charnieski en Varsovia, porque iré en aquella dirección, deteniéndome antes en Lublin.

—¿Han vuelto los suecos a sitiarla?

—Sí; ha venido una diputación, y pronto se me presentará para pedirme socorro.

—Permítame Vuestra Gracia que la reciba yo. Les prometeré inmediata ayuda.

—Con mucho gusto —replicó el capitán general—, y con tanto mayor placer porque, entretanto, voy a escribir algunas cartas.

Diciendo así salió de la sala, y a los pocos minutos entre la diputación. Zagloba la recibió con una seriedad y una dignidad no comunes. Prometiéndoles auxilios a condición de que proporcionasen vituallas a la tropa, especialmente licores de todas clases.

Los diputados estaban muy contentos porque las tropas debían marchar en dirección a Lublin aquella misma noche, y concedieron cuanto se les pedía.

El capitán general se mostró muy activo, pues se trataba para él de borrar, por medio de alguna victoria, la memoria de la derrota de Sandomir. El sitio había empezado, pero se llevaba con lentitud. Durante este tiempo Kmita tomaba lecciones de esgrima de Pan Miguel, haciendo rápidos progresos. El pequeño caballero, sabiendo que se trataba de combatir a Bogislao, le enseñó todos sus golpes secretos.

La primavera había devuelto a Andrés la fuerza y la salud. Sus heridas se cicatrizaron, cesó de esputar sangre y resurgió a una nueva vida. Al principio los hombres de Lauda le miraban temblando de cólera, pero nadie se atrevía a provocarlo, porque Miguel los sujetaba con su mano de hierro; mas después, considerando sus heroicas proezas, acabaron por reconciliarse completamente con él.

Por fin la guarnición sueca de Lublin se rindió, y Sapihea condujo sus escuadrones en dirección a Varsovia. En el camino tuvieron noticias de que Juan Casimiro, junto con los

capitanes generales y muchas tropas, iba en su auxilio. Llegaron así mismo informes de que Charnieski se dirigía hacia la capital de la Gran Polonia.

La guerra, extendida por todo el país, se reconcentraba ahora cerca de Varsovia.

El sol declinaba a su ocaso cuando el escuadrón de Lauda, que iba a la vanguardia, empezó a divisar las torres de la ciudad. A su vista se levantó un inmenso grito de júbilo.

—¡Varsovia! ¡Varsovia!

Pan Sapihea, que cabalgaba a la cabeza de la retaguardia, avanzó al galope al oír aquellos gritos, y exclamó con voz tonante:

—¡Señores, llegamos los primeros! A nosotros nos corresponde el honor de arrojar a los suecos de la ciudad.

Y levantando el bastón dorado, se lanzó hacia adelante, gritando con juvenil entusiasmo:

—¡Seguidme!

Próximo a Praga, el vaivoda de Vilna ordenó moderar la marcha.

Las torres de la soberbia ciudad destacaban en el fondo azul del cielo. Los tejados rojizos de la ciudad vieja centelleaban iluminados por los últimos rayos solares.

En aquel momento, el estampido de los cañones en las murallas de Varsovia, y el prolongado sonido de las trompetas anunciaron a la guarnición de la capital la proximidad del enemigo.

Sapihea contestó haciendo disparar los mosquetes, para infundir ánimo a los habitantes, y aquella misma noche hizo que sus escuadrones atravesaran el Vístula. Así los suecos quedaban rodeados y cortadas todas sus vías de comunicación; pero Sapihea no podía hacer otra cosa que esperar la llegada de Charnieski, por una parte, y la del rey Juan Casimiro, por otra, vigilando entretanto con el fin de impedir que llegase al enemigo ningún refuerzo.

Por parte de Charnieski las noticias no eran muy consoladoras. Decía éste que no podría intervenir en el asedio, pues sus tropas estaban extenuadas. No había encontrado infantería en Pomerania, ni podido llegar a Danzig; prometía tener en jaque al remanente de las fuerzas suecas, que bajo el mando del hermano de Carlos Gustavo, de Radzivil y de Douglas estacionaban en Narev, y aparentemente se preparaban a socorrer a los sitiados.

Los suecos se habían preparado a la defensa con su destreza peculiar. Incendiaron a Praga antes de la llegada de Sapihea y empezaron a lanzar bombas contra los arrabales de Cracovia y de Novy Sviat y las iglesias de San Jorge y de la Virgen María. Las bombas habían llevado el incendio a muchos puntos, envolviendo la ciudad en una inmensa nube de humo. Fuera de las murallas vagaba la población sin albergue ni pan; las mujeres rodeaban el campamento de Sapihea implorando la caridad con gritos y lamentos; los niños morían de hambre en brazos de sus pobres madres; los suburbios se habían convertido, verdaderamente, en un valle de lágrimas.

Sapihea, como carecía de infantería y de cañones, esperaba la llegada del rey. Entretanto auxiliaba a los pobres, mandándolos a los lugares menos destruidos. Al ver que los ingenieros suecos habían convertido la ciudad de Varsovia en una fortaleza de primer orden, quedóse bastante turbado, y para ahuyentar los tristes pensamientos que le asaltaban celebraba fiestas diariamente, durante las cuales las copas circulaban con tal profusión, que aquellos valientes guerreros olvidaban hasta el servicio.

Sapihea suplía las deficiencias de la noche redoblando su actividad durante el día. Expedía correos, inspeccionaba personalmente las avanzadas... pero al aparecer la primera estrella se abandonaba a una loca alegría y no pensaba más que en banquetear y divertirse.

A consecuencia de esto, algunos oficiales, después de haber cumplido sus deberes durante el día, los descuidaban por la noche.

Los suecos no tardaron en sacar provecho de aquellas circunstancias. Dos días antes de la llegada del rey, Sapihea decidió dar una fiesta espléndida, para desahogar la alegría que experimentaba por la venida de los refuerzos, con los cuales se empezaría el asedio acto continuo.

A Kmita, Pan Juan, Zagloba y Estanislao, se les envió orden especial de que no faltasen, pues el capitán general quería honrarlos especialmente por sus grandes servicios.

Pan Andrés acababa de montar a caballo para ir con sus tártaros a practicar un reconocimiento, así es que el ordenanza le encontró ya fuera del campo con sus tártagos.

—No podéis hacerle un desaire al capitán general y pagar su benevolencia con una negativa —dijo el oficial.

Kmita se apeó y fue a pedir consejo a sus amigos.

—Una orden es una orden —dijo Zagloba—, y el soldado debe obedecer.

—Decidle que voy —contestó Kmita al ordenanza.

Fuése el oficial. Los tártaros salieron al mando de Akbah-Ulan, y Kmita vistióse de mala gana, diciendo:

—Hoy tenemos festín en honor de Su Majestad... mañana será en honor de los capitanes generales, y así sucesivamente.

—Dejad que venga el rey y las fiestas terminarán —respondió Volodiovski—, porque aun cuando nuestro soberano no aborrece las diversiones, el servicio se cumplirá mejor, pues todos, y Pan Sapihea en particular, tendremos que demostrar nuestro celo.

Tan pronto como Kmita estuvo dispuesto, sus compañeros montaron a caballo para encaminarse al cuartel general, que estaba precisamente en la parte opuesta de la ciudad.

Sapihea recibió a los oficiales como de costumbre, con los brazos abiertos, y como que estaba de buen humor se puso a bromear con Zagloba, por el que sentía tal debilidad, que jamás se ofendía por cualquier cosa que le dijese.

Empezó la fiesta, y cuando la alegría llegaba a su colmo, se oyó de pronto un grito tan fuerte que los convidados quedaron como paralizados.

—¿Qué ocurre? —preguntó por fin un coronel.

Mientras hacía esta pregunta, se oyó el estampido de los cañones y los disparos de los mosquetes.

—¡Una salida! —gritó Volodiovski—. ¡El enemigo avanza!

—¡A caballo! ¡A caballo! —gritaron cien voces.

Todos se precipitaron hacia la puerta: los oficiales, desde el umbral, pidieron sus caballos a los asistentes.

Pero en la confusión no era cosa fácil que cada uno encontrase el suyo. Entretanto, en la parte de fuera se oyeron voces espantadas de:

—¡El enemigo viene! ¡El enemigo avanza!

Todos corrieron a rienda suelta a unirse con sus escuadrones. La alarma se esparció por todo el campamento y la confusión fue indescriptible.

La salida de los suecos se había ejecutado con gran ímpetu, y asaltaron con ardor a los hombres de Kotvich, el cual, estando enfermo, no pudo asistir al banquete, y pudo, por lo tanto, oponer alguna resistencia. Pero como fue atacado por fuerzas muy superiores a las suyas, tuvo que retirarse. Oskierko fue el primero que se presentó con sus dragones, pero su auxilio sirvió de poco, pues no pudo resistir mucho tiempo, y tuvo que retirarse así mismo, dejando sembrado el suelo de muertos y heridos.

Entretanto los suecos avanzaban como un torrente hacia los cuarteles del capitán general. De la ciudad salían nuevamente otros regimientos que se dirigían hacia el campo.

Volodiovski, precipitándose fuera del cuartel general, encontró su escuadrón a medio camino, que siempre estaba dispuesto, y se dirigió al lugar donde sonaba el estrépito del combate, guiado por Roch Kovalski, el cual, como Kotvich, no había asistido al festín, sencillamente porque no habían sido Invitados. Bolodiovski dio orden de incendiar algunos



graneros para iluminar el campo, y se lanzó hacia el punto donde hervía la lucha. En el camino topó con Kmita, que conducía a sus terribles voluntarios y al resto de los tártaros que no habían ido con Akbah-Ulan, los cuales llegaron a tiempo para evitar a Oskierko y Kotvich un completo desastre.

Por fin llegó el capitán general con todas las tropas. La batalla se empeñó entonces con salvaje energía en toda la línea de Mokotov al Vístula.

De repente apareció Akbah-Ulan en el campo, y acercándose al capitán general, gritó:

—¡Effendi! Un cuerpo de caballería avanza de Bibitsi escoltando gran número de carros. Quieren entrar en la ciudad.

Sapihea comprendió en seguida lo que significaba aquella salida en la dirección de Mokotov.

—¡Corre a Volodiovski! —dijo al tártaro—. Di que con el escuadrón de Lauda, de Kmita y Vanshovich, se opongan al paso. Pronto enviaré refuerzos.

Akbah-Ulan espoleó el caballo y pocos minutos después transmitía a Volodiovski las órdenes de Sapihea.

Volodiovski ejecutó inmediatamente las órdenes recibidas.

Kmita con sus tártaros y Vanshovich con su escuadrón le siguieron.

Pero llegaron demasiado tarde. Casi doscientos carros habían entrado ya en la ciudad; el destacamento de caballería que los custodiaba había llegado al radio de la fortaleza. Sólo la retaguardia» compuesta de unos cien hombres, no se había puesto aún a cubierto de la artillería, y los oficiales, que cabalgaban a la cola, los instigaban a la carrera.

Apenas Kmita vio aquellos hombres a la luz del incendio, lanzó un grito terrible que espantó a los caballos más próximos; había reconocido la caballería de Bogislao, aquella que pasó por encima de su cuerpo y de sus tártaros en Yanov.

Sin pensarlo más, se precipitó como un lobo sobre ellos, se adelantó a sus hombres, y cayó como un loco entre las filas enemigas. Afortunadamente los dos Kyemlich, Cosme y Damián, se habían lanzado con él.

El cañón empezó a retumbar en las murallas; pero el cuerpo principal, sacrificando a la retaguardia, entró en la ciudad. Entonces los hombres de Lauda y las fuerzas de Kmita rodearon la retaguardia como en un círculo de hierro y empezaron a acuchillarla.

En aquel momento se oyó la voz vibrante de Volodiovski que gritaba;

—¡Deteneos! (Prendedlos vivos!

—¡Prendedlos vivos! —repitió Kmita.

Cesó el estrépito de las armas. Los tártaros ataron en un momento a aquellos hombres y los escuadrones se retiraron con sus prisioneros.

Kmita, llegado junto al pajar incendiado, miró atentamente el rostro de los prisioneros, para ver si entre ellos estaba Bogislao.

De pronto salió una voz de entre los tártaros, que gritó:

—¡Pan Kmita! ¡Coronel! Libertad a un antiguo conocido. Ordenad que me desaten las manos; quedo prisionero bajo mi palabra.

—¡Ketling! —exclamó Kmita.

Ketling era un escocés, ya oficial en el escuadrón del vaivoda de Vilna, que Kmita había conocido en Kyedani y a quien tenía gran afecto.

—¡Dejad libre al prisionero! —gritó Andrés al tártaro que lo conducía tras sí—. ¡Baja del caballo!

Ketling subió gimiendo a la silla. Kmita le tomó la mano y se la apretó como si quisiese estrujársela.

—¿De dónde? —preguntóle después ansiosamente—. ¿De dónde venís? ¡Por amor de Dios... hablad pronto!

—¡De Taurogi! —respondió el oficial.

Kmita lo estrechó más aún.

—Panna Billevich... ¿está allí?

—Sí.

—Y... ¿qué ha hecho el príncipe con ella?

—Nada. No ha conseguido nada.

Permanecieron un momento silenciosos. Después Ketling se quitó el gorro, se pasó la mano por la frente y dijo:

—¡Me han herido... pierdo sangre... me desvanezco!

## XXIX

La salida no había surtido el efecto deseado, aun cuando el escuadrón de Bogislao hubiese conseguido penetrar en la ciudad. Los escuadrones de Pan Kotvich y Oskierko habían sufrido mucho; pero los suecos habían dejado el suelo cubierto de cadáveres, y un regimiento de infantería, atacado por Volodiovski y Vanshovich, quedó destruido. Pan Sapihea había sufrido más que nadie, pensando que su fama podía haber quedado comprometida para siempre.

Ketling había sido conducido ante el capitán general y los coroneles que quisieron interrogarlo, y Pan Andrés se moría de impaciencia, pues le apremiaba el deseo de hablar con el escocés a solas.

Al atardecer recibió la orden de hacer un reconocimiento. Obedeció a regañadientes, aun cuando decidido a sacrificar todo interés privado al interés común.

A su regreso, encontró a Ketling en su tienda, pero tan enfermo que no podía hablar. Tenía fiebre y deliraba. Kmita, pues, tuvo que contentarse con lo que dijo Zagloba de sus confesiones, que afectaban a los negocios públicos, pero no a lo que más le interesaba.

—¿Dónde está Bogislao? —preguntó Kmita, a quien lo demás le importaba poco.

—Según dice Ketling, y no tiene motivo alguno para mentir, está con el hermano del rey atrincherado entre los ríos Narev y Bug, y manda una división de caballería —contestó Zagloba.

—¿Y el rey? —preguntó distraídamente Kmita.

—Ha marchado a Prusia. No sabe que estamos enfrente de Varsovia, y que agarraremos a Witemberg, sea como fuese. Debía ir allí por dos razones: primera, porque ha de vencer al Elector, aun a costa de la Gran Polonia, y después, porque las tropas que ha sacado de aquella trampa, en que se había metido, no pueden combatir por ahora.

La conversación fue interrumpida por la aparición de Volodiovski.

—¿Cómo está Ketling? —se limitó a preguntar.

—Con fiebre y delirando —contestó Kmita.

—Y tú, mi querido Miguel, ¿qué quieres saber de Ketling? —preguntó Zagloba.

—¿Acaso no lo sabes? —dijo el pequeño caballero con impaciencia.

—No recordaba que en el jardín de Bogislao se encontraba una flor que te interesa mucho. Pero me parece que no debías enfadarte por mi pregunta. Si quieres descargar tu mal humor sobre alguien, descárgalo sobre Bogislao.

—¡Permita Dios que me tope con él! —exclamó Miguel.

—Creo que Pan Babinich tiene igual deseo —observó Zagloba—, pero Bogislao está en guardia... y sin mis estratagemas no conseguiréis nada.

Los dos jóvenes se pusieron en pie exclamando:

—¿Tenéis algo pensado? ¡Hablad!

—Sin duda creéis que preparar una estratagema es tan fácil como sacar el sable de la vaina. Si Bogislao estuviese aquí, ciertamente podríamos hacer mucho; pero a semejante distancia no llega, no digo yo una estratagema, sino ni un cañonazo. Por lo demás, podíais interrogar a otro prisionero... pues no es Ketling el único.

—Ya les he interrogado, pero son soldados que no saben nada; Ketling, como oficial, tiene acceso a la corte —dijo Kmita.

—Es una razón plausible —respondió Zagloba—. Es preciso que yo también le hable; de lo que me diga a propósito de Bogislao puede nacer una buena idea. Ahora lo importante es concluir el sitio cuanto antes, porque después iremos seguramente contra las tropas acampadas sobre el Narev. Pero me parece que Su Majestad y los capitanes generales tardan un poco en presentarse.

Antes que le contestasen apareció Akbah-Ulan, que, volviéndose hacia Kmita, dijo:

—¡Effendi! Las tropas del rey se ven de la otra parte del Vístula.

Todos se precipitaron fuera de la tienda.

El rey, en efecto, llegaba. Aparecieron primero los tártaros mandados por Suba-Gazi, pero no tan numerosos como se esperaba; después seguían las tropas del reino, bien armadas y animadas de gran entusiasmo. Antes de la noche el ejército entero había pasado el puente construido por Oskierko. Sapihea esperaba al rey con los escuadrones formados en línea de batalla, y, con el bastón de mando en la mano, salió a pie al encuentro de Juan Casimiro, seguido de todos los dignatarios militares y civiles.

El rey avanzó montado en un magnífico corcel, regalo de Lyubomirski. Detrás del monarca cabalgaban el Nuncio del Papa, el arzobispo de Leopold, el obispo de Kamenyets, el sacerdote de Tesietssihovski, el vaivoda de Russ, el barón Lisola, el conde Bottingeg, Pan Kamenyets, el embajador de Moscú, Pan Grudzinski, general de artillería, Tyzenhauer y otros muchos. Sapihea se aproximó para tenerle el estribo, pero el rey saltó ligeramente de la silla, se apresuró a ir al encuentro de Sapihea, y sin pronunciar una palabra lo estrechó contra su pecho largo rato.

Los lituanos, que esperaban alguna desagradable muestra del rey hacia Sapihea, o a lo menos una fría acogida por haber dejado escapar a Carlos Gustavo de Sandomir y últimamente por sus descuidos en Varsovia, al ver aquella prueba de cordialidad estallaron en un solo y frenético grito de: «¡Viva Juan Casimiro!», al cual respondió todo el ejército con los de:

—¡Viva el rey; ¡Viva Lituania!

Estos gritos hicieron estremecer las murallas, y a los suecos detrás de ellas.

Después de los saludos, y una detenida revista de las tropas, el rey dio las gracias a los escuadrones de Sapihea entre generales aclamaciones, y todos juntos tomaron el camino de Uyazdiv. Las tropas ocuparon las posiciones designadas.

Algunos escuadrones se quedaron en Praga, otros acamparon en torno de la ciudad. Una larguísima fila de vehículos continuó atravesando el puente sobre el Vístula hasta el mediodía.

A la mañana siguiente, los alrededores de la ciudad estaban cuajados de tiendas. Innumerables grupos de caballos pacían en los prados circunvecinos. Detrás del ejército llegó una nube de armenios, judíos y tártaros ambulantes con sus mercancías. Una ciudad nueva más grande y tumultuosa que la sitiada apareció en la llanura.

Los suecos, alarmados por las fuerzas del rey de Polonia, no hicieron salidas durante los primeros días; por lo cual Pan Grodzinski, general de artillería, pudo recorrer pacíficamente el circuito de la ciudad y formar su plan de sitio.

Levantáronse trincheras aquí y acullá, según el plan del general, y pronto quedaron colocados los cañones pequeños, pues los grandes no llegarían sino dos semanas después.

Los trabajos se realizaban con la mayor rapidez posible.

Los suecos intentaron impedirlo más de una vez, y no pasaba día sin que hiciesen una salida, pero apenas los mosqueteros estaban fuera de las puertas, los polacos se precipitaban sobre ellos con tal furor, que el enemigo se veía obligado a escapar despavorido. En estas escaramuzas los hombres caían en gran número, y no habiendo tiempo para enterrar a los muertos, permanecían allí donde caían, apestando la ciudad como miasmas deletéreos.

A riesgo de grandes peligros, todos los días los habitantes se evadían y llegaban al cuartel general, suplicando que se ordenase el asalto. Los suecos estaban bien provistos, pero los ciudadanos morían de hambre. Las mujeres, los viejos y los niños habían sido arrojados de las casas ocupadas por las tropas, y toda aquella pobre gente se encontraba expuesta tan pronto a la lluvia como a los ardores del sol; las enfermedades se iban desarrollando y hacían gran número de víctimas.

Juan Casimiro se desesperaba oyendo tales narraciones y enviaba correo sobre correo solicitando el envío de los cañones de sitio.

Entretanto, los sitiadores se confortaban con la idea de que la guarnición concluiría por carecer de víveres, pues los caminos estaban de tal manera vigilados, que no podía pasar ni una rata sin ser vista, y los sitiados perdían ya toda esperanza de ser socorridos por las tropas de Douglas, las cuales estaban acampadas no lejos de Varsovia.

Por fin los polacos, sin esperar la artillería gruesa, abrieron el fuego con los cañones pequeños. Pan Groditski, por la parte del Vístula, levantó altísimos parapetos, se aproximó a unos doscientos pasos de los fosos y abrió fuego incesante sobre la infortunada ciudad.

El magnífico palacio Kazanovski fue destruido y los polacos no lo sintieron mucho, pues pertenecía al traidor Radzeyovski.

Pan Groditski dirigía el fuego sobre la llamada «Torre de los Bernardinos», habiendo determinado dar el asalto por aquella parte.

Entretanto, los voluntarios, impacientes por apoderarse de los tesoros acumulados por los suecos en la ciudad, pidieron permiso para intentar el asalto. De primeras rehusó el rey, pero consintió por fin. Un gran número de oficiales se brindaron a conducirlos, entre ellos Kmita, el cual estaba exacerbado sobremanera por aquella inacción forzosa y no había podido hablar todavía con Ketling, el cual yacía en cama, presa del delirio, y durante algunas semanas no estuvo en disposición de hablar.

Grodinski se oponía al asalto, sosteniendo, y con razón, que si no se abría una brecha ante todo, la ciudad no podía ser tomada; pero tuvo que callar, pues el rey había dado, su permiso.

El 15 de junio se juntaron cerca de seis mil hombres y se prepararon fajinas, haces de leña y sacos de arena. Al anoecer, a pie desnudo y armados la mayor parte con sables, fueron aproximándose a la ciudad. Apenas reinó la completa obscuridad, los hombres se lanzaron, a una señal dada, dentro del foso y empezaron a colmarlo. Los suecos los recibieron con un fuego mortífero de mosquetes, y entonces se empeñó un encarnizado combate a lo largo de la parte oriental de la ciudad.

A favor de la obscuridad los polacos colmaron en un instante el foso y llegaron a la muralla en desordenada masa. Pero Kmita, con dos mil hombres, se lanzó sobre un fortín que sobresalía cerca de la puerta de Cracovia y a despecho de la obstinada defensa de la guarnición se apoderó de él en breve tiempo.

Todos fueron pasados a filo de espada, sin que se salvase ni un solo hombre. Pan Andrés mandó que se apuntasen los cañones hacia la puerta, y algunos contra las murallas lejanas, para prestar auxilio a los que querían intentar la escalada.

El asalto fue rechazado por último; pero el fortín tomado por Kmita permaneció en manos de los cosacos. Por la mañana Witemberg, para el que aquel fortín tenía gran importancia, mandó un cuerpo de infantería, con la orden de que no volviesen sin haberlo recuperado; pero Grodinski envióle a Kmita un refuerzo, con ayuda del cual no sólo rechazó la infantería, sino que se echó encima y la destrozó.

Grodinski experimentó tal júbilo que fue a informar personalmente al rey.

Juan Casimiro, que estaba muy triste porque durante el asalto habían perecido inútilmente muchos hombres, se alegró mucho al saber aquello y preguntó al general:

—¿Quién ha tomado el fortín?

—¡Pan Babinich! —respondieron muchas voces.

El rey aplaudió diciendo:

—¡Siempre es el primero en todo!

Luego ordenó que le prestasen un caballo y le trajesen un antejo de campaña; saltó sobre la silla y galopó hacia el lugar donde Kmita se defendía tan valerosamente, manteniéndose en la posición conquistada, aunque una verdadera lluvia de balas, bombas y toda clase de proyectiles caía sobre el fortín.

El rey se detuvo largo rato contemplando aquel espectáculo. Por fin gritó:

—Babinich debe ser relevado del mando. Señores... ¿quién de vosotros ocupará de buen grado su puesto?

—¡Yo! —dijo. Pan Gryleski, oficial del escuadrón de ligeros.

—¡Yo! —gritó Tyzenhauer.

—¡Yo!... ¡Yo!... ¡Yo!... —gritaron algunas voces.

—Irá el que se ha ofrecido primero —dijo el rey.

Pan Topor Gryleski espoleó, sin más palabras, su cabalgadura y se alejó al galope, pero al poco tiempo Tyzenhauer exclamó de pronto:

—¡Gryleski vuelve! ¡Es preciso que Kmita haya caído o que los suecos hayan recuperado el fuerte!

El rey se cubrió los ojos con la mano. Gryleski llegó, detuvo el caballo y dijo anhelante:

—¡Señor!

—¿Qué sucede? ¿Ha muerto? —preguntó el monarca.

—Pan Babinich dice que está bien y no quiere que nadie tome su puesto; únicamente desea que le envíen algo de comer, porque no puede ya tenerse en pie de debilidad.

—¡Ese Babinich es un hombre verdaderamente extraordinario! —exclamó Juan Casimiro—. Pero es imposible que pueda resistir más tiempo.

—¡Señor, aquello es el fin del mundo! —añadió Gryleski—. Han caído ya muchos hombres, y cuando yo volvía, Grodinski le enviaba un refuerzo de infantería y ahora estarán batiéndose.

—Desde el momento que no podemos dar el asalto hasta no tener brecha abierta —dijo el rey—, debemos atacar el arrabal de Cracovia. Eso será lo mejor.

—El arrabal de Cracovia es casi una fortaleza —observó Tyzenhauer.

—No lo dudo, pero los suecos no abandonarán la ciudad para prestarle ayuda. Todos sus esfuerzos se dirigen contra Babinich. Daré orden de que se ataque al momento, pero ante todo quiero bendecir a esos héroes.

Así diciendo el rey tomó un crucifijo de oro de manos de su capellán, y elevándolo bendijo el lejano fortín exclamando:

—¡Oh Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, ten piedad de tu pueblo y recibe en tu seno a los que mueren! Amén.

—¡Amén! —repitieron todos los presentes.

## XXX

El sangriento asalto comenzó por la parte de Novy Svyat contra el arrabal de Cracovia, no siendo muy afortunado, pero sirvió al menos para distraer en parte la atención de los suecos del punto defendido por Kmita. Los polacos hubieron de retirarse, pero el rey tuvo el consuelo de comprobar que la milicia general corría a las murallas con redoblado ardor, y que después de las tentativas más o menos infructuosas, el entusiasmo no sólo no había disminuido, sino que, al contrario, crecía cada momento y confiaban en la victoria.

El afortunado acontecimiento del día fue la llegada de Pan Juan Zamoyski y de Charnieski. El primero conducía respetables fuerzas de infantería y cañones tan grandes como no había iguales en Varsovia. El segundo, de acuerdo con Sapihea, había venido a tomar parte en el sitio. Charnieski, como también los otros, esperaba que aquél fuese el último asalto.

La artillería gruesa, traída por Zamoyski, fue emplazada en la posición conquistada por Kmita, y empezaron bien pronto a vomitar fuego y hierro contra las murallas y las puertas, reduciendo en breve tiempo al silencio a los suecos. El mismo Groditski ocupó la colina, y Kmita volvió a reunirse con sus tártaros.

Pero apenas llegado a sus cuarteles, fue llamado a Uyasdov. El rey, en presencia de todo el Estado Mayor, alabó grandemente al joven caballero, y Charnieski, Lyubomirski y Sapihea unieron sus alabanzas a las del soberano. Entre otros le felicitaron Volodiovski, Pan Juan y Zagloba. Kmita estaba ennegrecido por la pólvora, con los vestidos destrozados y extenuado, pero su fisonomía manchada estaba radiante de gozo. Dio las gracias a sus compañeros, pero la primera pregunta que les hizo fue:

—¿Cómo está Ketling?

—Vuestros criados me han dicho que está bien, que ha empezado a hablar y que pide de comer.

—¿Le habéis visto? —preguntó Kmita a Pan Miguel.

—No, porque no he tenido tiempo. ¿Cómo pensar en otra cosa que en los asaltos?

—Voy, pues, ahora.

—Id primero a dormir —aconsejó Zagloba.

—¡Tenéis razón! ¡Apenas puedo sostenerme sobre las piernas!

Cuando llegó a su tienda, Pan Andrés siguió el consejo de Zagloba, tanto más cuanto que encontró a Ketling dormido. Zagloba y Volodiovski se reunieron con él por la noche. Los Kyemlich escanciaron a los caballeros hidromel centenario que el rey había enviado a Kmita y que ellos bebieron con el mayor placer. Ketling, pálido y demacrado, pareció reanimarse con aquella preciosa bebida.

Zagloba hacía chasquear la lengua y se enjugaba el sudor de la frente.

—¡Eh! ¡Cómo truenan los cañones! —dijo el joven escocés tendiendo el oído—. Mañana iréis al asalto... ¡Dios os proteja! Soy de sangre extranjera y sirvo a quien debo servir, pero tenéis toda mi simpatía.

Así diciendo, el escocés apartó los bucles rubios tras las orejas y levantó hacia el cielo sus azules ojos. Tenía un rostro verdaderamente hermoso y Zagloba lo miraba conmovido.

—Habláis el polaco tan bien como nosotros —le dijo—; haceos polaco si amáis esta patria y haréis un acto loable. No os será difícil obtener la naturalización.

—Tanto más fácil siendo yo noble —repuso el escocés—. Me llamo Hassling Ketling de Elgin. Mi familia es de origen inglés, si bien establecida en Escocia.

—Esos países de ultramar están muy remotos, y me parece que se debe vivir mejor aquí —dijo Zagloba.

—Sí... me encuentro aquí muy bien.

—Pero nosotros no —interrumpió Kmita, que se movía impaciente en la silla—, porque estamos ansiosos de saber lo que ocurre en Taurogi, y vos habláis de todo menos de eso.

—Preguntadme; os responderé.

—¿Habéis visto con frecuencia a Panna Billevich?

Sobre el pálido rostro de Hassling pasó una oleada de sangre.

—Todos los días —respondió.

Kmita le miró fijamente, añadiendo:

—¿Tanta amistad os unía? ¿Por qué os ruborizáis?

—Panna Billevich sabía que yo deseaba su bien y le he prestado algunos servicios. Pero es preciso, para que podáis comprenderme, que empiece por el principio. Ya sabréis, señores, que yo no estaba en Kyedani cuando llegó el príncipe Bogislao y condujo luego aquella doncella a Taurogi. No repetiré, pues, por qué fue así, diré únicamente que apenas llegaron, todo el mundo supo que el príncipe estaba locamente enamorado de ella.

—¡Que Dios lo castigue! —exclamó Kmita.

—Al principio dio grandes fiestas en su honor, como jamás se habían visto en Taurogi. Llegaban cartas, y embajadas de parte del Elector y del príncipe Juan. Sabíamos que éstos estaban estrechados por Sapihea y por los confederados, e imploraban auxilio por el amor de Dios; pero nosotros no nos movíamos. En los confines del Electorado, las tropas estaban dispuestas, los capitanes llegaban con cartas urgentes, pero el príncipe no se preocupaba sino de sus intentos y no se cuidaba de lo demás. Pensaba sólo en una cosa, y era inventar nuevos medios de diversión, esperando siempre conseguir su objeto. Tiraba el dinero a manos llenas y dio orden de cortar la selva a fin de que la joven pudiese gozar de una vista más amplia desde sus ventanas. Finalmente arrojaba flores bajo sus pies, y la trataba de tal modo, que no hubiese podido hacer más aun tratándose de la reina de Suecia. Muchos la compadecemos, pero pronto se comprendió que no era de las mujeres que se dejaban desviar del camino recto.

—¡Eso lo sé yo mejor que nadie! —exclamó Kmita poniéndose en pie.

—¿Cómo recibía Panna Billevich tales homenajes? —preguntó Pan Miguel.

—Primero cortésmente, si bien fuese evidente que sufría su corazón. Pero llegó por fin el día en que el príncipe cayó a los pies de la doncella y le suplicó que correspondiese a su amor. No se sabe qué le propondría; pero desde aquel día terminó toda amistad entre ellos. Panna Billevich permanece constantemente al lado de su tío. Pero el príncipe...

—¿Se atrevió a amenazarla... no es eso?

—¡Quiá! Se vistió de pastor griego, se fingió desesperado y se puso a dar paseos arriba y abajo al pie de sus ventanas, tocando el laúd. Yo creo, señores, que está de veras enamorado, y no me admira, porque Panna Billevich es mejor una diosa que una criatura humana.

Hassling enrojeció de nuevo, pero Pan Andrés no lo notó, transportado de orgullo y satisfacción y mirando con aire triunfante a Zagloba y a Volodiovski.

—Entretanto corrieron voces de que el príncipe se había enamorado como un loco y quería casarse —prosiguió Hassling—. La especie llegó a oídos de la princesa, esposa de Juan, que residía en Taurogi con su hija. Entonces empezaron las cuestiones, porque, como ya sabéis, Bogislao debe casarse con la hija del príncipe Juan, cuando ésta tenga edad de tomar marido. Pero él lo olvidó todo. La esposa de Juan, presa de violenta cólera, fuese con su hija a Curlandia aquella misma noche. Bogislao pidió la mano de Panna Billevich.

—¡Pidió su mano! —gritaron Zagloba, Kmita y Volodiovski estupefactos.

—Sí; primero al portaespada de Rossyeni, que no se maravilló menos, pero a quien fue gratisima la petición, porque hubiera sido un honor grande para los Billevich

emparentar con los Hadzivil. Presentáronse ambos a la doncella con toda la solemnidad que el caso requería, pero poco después corrió la estupenda nueva de que la joven había rehusado categóricamente.

—¡Que Dios la bendiga! —gritó Kmita.

—Así, pues, lo rechazó —continuó Hassling—, Bastaba ver al príncipe para adivinarlo. Aquel hombre, ante el cual habían cedido hasta las princesas, no pudiendo sufrir una contrariedad, perdía la cabeza. Había peligro en presentarse delante de él. Preveíamos que la cosa no pasaría tan sencillamente, y que el príncipe, tarde o temprano, recurriría a la fuerza. En efecto, el portaespada de Rossyeni fue trasladado a Tyltsa, a los confines del Electorado. Aquel día Panna Billevich suplicó al oficial de guardia que le diese una pistola cargada. El oficial no se negó, porque siendo noble y hombre de honor, tuvo compasión de ella, admirándola al mismo tiempo por su resolución tanto como por su belleza.

—¿Quién era aquel oficial?

—¡Yo! —dijo fríamente Hassling.

Pan Andrés lo estrechó entre sus brazos de tal manera, que el escocés, que estaba aún débil, exhaló un grito de dolor.

—¡No os quejéis! —exclamó Kmita—. ¡No sois mi prisionero, sino mi hermano, mi amigo!

—Dejadme que descanse —respondió Hassling respirando apenas.

Estrechó las manos que Miguel y Zagloba le tendían; y por último, viendo la ansiedad con que esperaban la continuación, prosiguió:

—Además yo la advertí de lo que todos sabíamos ya, esto es, que el médico del príncipe estaba preparando un filtro amoroso. Pero todo temor se desvaneció al fin, interviniendo la mano de Dios, que hirió al príncipe y lo redujo al lecho, donde permaneció enfermo más de un mes. ¡Y fue seguramente la mano de Dios y no otra cosa! El mismo creyólo así y tuvo miedo. Tanta verdad es, que cuando se restableció dejó en paz a la doncella, y permitió al portaespada que volviese de Tyltsa. Por otra parte, también es cierto que si el príncipe se curó de la enfermedad que le aquejaba, no lo ha dejado la fiebre, la cual aún le atormenta. Tan pronto como pudo levantarse fue a una expedición militar en la cual le esperaba un descalabro. Regresó de Tykotsin con más fiebre aún, y entonces fue cuando el Elector lo mandó llamar. Entretanto, en Taurogi ocurrió un caso bastante raro.

—¿Qué caso? —preguntó Zagloba.

—Durante la campaña de Tykotsin, antes del descalabro de Yanov, fue apresada una tal Panna Anusia Borzobogati y mandada a Taurogi.

—¡Aquí vienen los confites para ti, Pan Miguel! —dijo Zagloba.

Volodiovski empezó a temblar y exclamó:

—Espero que nada malo diréis, pues de otro modo...

—Aunque quisiera no podría —replicó Hassling—; pero si es vuestra prometida, permitiréis que os diga que os cuidáis bien poco de ella. El hecho es que en una semana se enamoraron cien hombres de ella, viejos y jóvenes. Parecía como si una epidemia de amor se hubiese declarado en la ciudad. Las disputas y los duelos estaban a la orden del día: ¿Y para qué? ¿Con qué fruto? Sencillamente porque cada cual esperaba ser correspondido tarde o temprano.

—¡Caballero! —exclamó Pan Miguel con tono amenazador.

—¡Pintada de mano maestra! —dijo Zagloba—. Todos saben que es una coqueta y tú mismo lo has dicho cien veces.

—En Taurogi —prosiguió Hassling—, Sakovich es el amo. Panna Anusia manda en él y en todos.

—¿Tan prendado está?



—Sí; y como que es un buen mozo y rico, confía en que será amado, con el tiempo. Pero la cosa más importante que quería deciros es que ambas jóvenes proyectaban huir del castillo en compañía del portaespada.

Volodiovski y Kmita se estremecieron.

—¿Dónde quieren ir? —preguntaron a la vez.

—Al bosque... y del bosque a Byalovyej.

La conversación fue interrumpida por un ordenanza de Sapihea, el cual entregó a Pan Miguel y Kmita un pliego cerrado. Volodiovski, apenas lo hubo abierto, dijo:

—Orden de ocupar las posiciones para mañana.

—¡Uf! ¡Qué calor! —exclamó Zagloba—. Mal día para un asalto. Sin embargo, más de uno se quedará frío a pesar del calor. ¡Soy demasiado viejo para un asalto! En campo abierto ya es otra cosa.

Otro oficial apareció en el umbral.

—Su Gracia Pan Zagloba, ¿está aquí?

—Soy yo.

—Por orden de Su Majestad el rey debéis encontraros mañana a su lado.

—¡Ah! Quiere impedir que tome parte en el asalto, porque sabe que el viejo avanza el primero antes de que suenen las trompetas. No sé si podré contenerme, porque cuando el ardor de la batalla me domina, no pienso ya en nada. Yo soy así. ¿Oís cómo suenan las trompetas? Bueno: ¡hasta mañana! ¡hasta mañana! A San Pedro le ha caído que hacer; debe preparar en seguida su libro. También en el infierno habrán destapado algunas barricadas de pez para los suecos... ¡Hasta mañana! ¡Hasta mañana!

### XXXI

El primero de julio, entre Povanski y el país llamado Marmont, se celebró una gran misa de campaña a la cual asistieron diecinueve mil hombres. El rey hizo voto de que, en caso de victoria, erigiría una iglesia bajo la advocación de la Virgen. Los dignatarios y los capitanes generales hicieron votos según sus medios, porque debía ser el último y definitivo asalto.

Todas las tropas estaban dispuestas a precipitarse en la brecha abierta por las piezas de grueso calibre, especialmente por las de Zamoyski. No se esperaba sino la respuesta definitiva de Witemberg a la carta que el gran canciller Korytinsky le había expedido. Cuando, hacia mediodía, el oficial regresó con una negativa, resonó el siniestro sonido de la trompeta alrededor de la ciudad y empezó el asalto general.

El ejército del reino, guiado por sus jefes, se lanzó hacia las murallas, como un furioso torrente, pero fue acogido con una lluvia de balas. Los hombres avanzaban no obstante, sin cuidarse de las numerosas víctimas que hacía la muerte en torno suyo. Cada cual atacaba furiosamente lo que tenía más próximo. La infantería sueca fue por último dispersada y entonces empezó aquel famoso asalto al palacio Zanovski y a la iglesia de los Bernardinos, que debían decidir en parte el éxito de la jornada.

En aquel punto mandaba Zagloba, pues el día anterior se había engañado creyendo que el rey lo había llamado para tenerlo a su lado.

Millares de hombres armados de hoces, de picos y de hachas se pusieron junto a la puerta tratando en vano de derribarla.

La defensa era tan obstinada como el ataque. De los pisos superiores de las casas llovían balas y pez hirviendo. De pronto Zagloba, con potente voz que dominó aquel infernal tumulto, ordenó:

—¡Poned una caja de pólvora debajo de la puerta!

La orden fue ejecutada inmediatamente. Zagloba mandó que se practicara una abertura por la cual pudiese únicamente pasar la caja. Cuando estuvo colocada, Zagloba mismo encendió la mecha y gritó luego:

—¡Apartaos! ¡Apretaos contra la pared!

Los que estaban próximos se refugiaron a ambos lados. De repente sacudió el aire una terrible detonación y densas columnas de humo se elevaron al cielo. Zagloba con sus hombres avanzó. La explosión no había hecho trizas la puerta, pero había removido los goznes y rajado algunos travesaños fortísimos.

Palancas, hoces, destales, empezaron a ser manejados con inaudita violencia; se oyó el crujido y cayó media puerta dejando libre acceso; el palacio estaba tomado.

En el interior se entabló una terrible lucha cuerpo a cuerpo. La sangre corría a ríos; todos los suecos fueron destrozados sin misericordia. El palacio había caído en poder de los polacos, pero la iglesia de los Bernardinos resistía aún, y los suecos que la defendían no daban señales de querer rendirse.

Zagloba hizo colocar pequeñas piezas en las ventanas del palacio y abrió contra la iglesia un fuego mortífero.

Los suecos fueron presa de un gran espanto cuando las paredes de la iglesia empezaron a temblar. La mampostería caía sobre ellos por todas partes. Un torbellino de polvo invadió el templo del Señor y mezclándose al humo amenazó con sofocar aquella gente extenuada.

—¡Izad bandera blanca! —gritaron desahoradamente algunos centenares de voces.

Erskhine, que mandaba la fuerza, enarboló él mismo la bandera. En aquel momento los sitiadores forzaron la entrada, y en el templo consagrado a Dios se realizó una matanza horrible.

—¡Deteneos! —mandó el vaivoda de Podliasye, pero los soldados no oían y avanzaban furibundos.

En aquel instante una bandera blanca apareció en la puerta de Cracovia. Charnieski, después de haber forzado el paso a través de la brecha, se había lanzado como un huracán en el interior de la fortaleza. Witexhfeerg vio que toda ulterior defensa era imposible. Los suecos hubieran podido defenderse aún en las casas de la ciudad vieja y en las de la ciudad nueva, pero los habitantes habían empuñado ya las armas, y la defensa hubiera terminado para los suecos con una carnicería inútil.

Las trompetas, pues, empezaron a sonar y se izaron banderas blancas por doquier, visto lo cual los jefes polacos dieron la orden de suspender el ataque. El general Lovenhaupt, seguido de muchos coroneles, salió por la puerta de la ciudad nueva y se presentó al rey. Juan Casimiro tenía en su poder la ciudad, y ansioso de poner término al derramamiento de sangre por ambas partes, dictó a Witemberg las condiciones de la rendición.

La ciudad debía entregarse con todo el botín que contenía. Cada sueco podía llevarse únicamente lo que había traído de su tierra. La guarnición saldría de la ciudad con los honores de la guerra, llevándose consigo los heridos y enfermos.

A los polacos que permanecían aún al servicio de Suecia se les otorgaba completa amnistía, en la persuasión de que no todos servían por su propia voluntad. Únicamente fue excluido Bogislao Radzivil.

Las condiciones fueron en seguida firmadas. Todas las campanas de las iglesias anunciaron a la ciudad y al mundo entero que la capital había pasado otra vez a poder de su rey legítimo.

Juan Casimiro asistió al otro día, con su Estado Mayor y el ejército, a la salida de las tropas suecas. Cuando apareció el viejo mariscal Witemberg, se elevó de pronto un gran tumulto y toda la milicia general, cerca de veinte mil hombres, desenvainaron los sables, cuyas hojas centellearon al sol, y de aquella enorme masa salió un terrible grito de:

—¡Muera Witemberg!

—¿Qué significa eso? —exclamó el rey palideciendo.

Nadie respondió. Pero Volodiovski, que estaba cerca de Sapihea, dijo:

—¡Esto es cosa de Pan Zagloba!

Volodiovski había adivinado. Apenas las condiciones de la rendición fueron publicadas y llegaron a oídos de Zagloba, el viejo noble fue presa de la rabia y por algún rato quedó mudo. Vuelto en sí, su primer acto fue presentarse entre las filas de la milicia general, soliviantando los ánimos de los nobles, que asintieron a sus palabras. Witemberg comprendió lo que ocurría. Se quedó pálido como un muerto, un sudor frío le bañaba la frente y ¡oh maravilla! aquel mariscal que hasta entonces no había cesado de amenazar al mundo entero, aquel vencedor de tantos ejércitos, aquel expugnador de tantas ciudades, aquel antiguo soldado estaba en aquel momento tan espantado por los gritos amenazadores, que perdió completamente la presencia de ánimo.

La turba avanzaba en actitud agresiva, y quizá no sólo Witemberg, sino los demás generales hubieran sido despedazados, si en aquel momento Volodiovski no se hubiera adelantado con los suyos para defenderlo. Voynilovich siguió el ejemplo de Volodiovski. Después acudió Vylchovski con el regimiento del rey, y unidos, defendiéndole incesantemente, condujeron al mariscal ante el rey.

El tumulto iba tomando mayores proporciones. Pareció luego que la multitud quería apoderarse de los generales suecos aun en presencia del rey. Witemberg se rehízo, pero el miedo no le consintió disimular más. Bajó del caballo y se postró a los pies del rey gritando:

—¡Señor! ¡Los pactos están firmados! ¡Salvadme! ¡Tened compasión de nosotros! ¡No permitáis que nos asesinen!

En vista de tal envilecimiento, el rey apartó de él su mirada con repugnancia y dijo:

—¡Mariscal... calmaos!

Pero Juan Casimiro estaba también palidísimo y aterrado, no sabiendo qué hacer. Miró a Charnieski, pero éste no hacía más que atormentarse la barba; tanta era su cólera por la indisciplina de la milicia general.

Entonces el canciller Koryetsinski se adelantó y dijo:

—¡Majestad! ¡Debemos cumplir los tratados!

—Ciertamente —dijo el rey—. ¿Pero qué hacer para dominar a estos locos?

—Si los mandamos a Prusia, cincuenta mil hombres les seguirán y les harán pedazos antes de que lleguen a Pultusk, á menos que no les escoltemos con todo el ejército regular, lo cual nos es imposible. ¿Oís, señor, cómo aúlla la milicia general contra Witemberg? Es necesario ante todo poner en seguridad su persona y enviarlo a su país cuando los ánimos se sosieguen.

—¿Pero dónde lo ponemos, entretanto? Aquí no podemos tenerlo, porque estallaría una guerra civil —dijo el vaivoda de Russ.

Entonces intervino muy oportunamente Pan Zamoyski, el cual, alargando el labio, dijo con su énfasis habitual:

—Señor, los conduciré a Zamost; estarán allí hasta que renazca la calma. Defenderé a Witemberg contra los nobles. ¡Que se guarden de tocarlo!

—¿Pero cómo defender al mariscal por el camino? —preguntó el canciller.

—¿No tengo infantería y cañones? Que vengan a quitárselo a Zamoyski.

Consintió el rey, y el canciller mandó varios oficiales para advertir a los nobles de que Witemberg no partiría, sino que sería mandado a Zamost. El tumulto, es cierto, no se calmó en seguida, pero la noticia consiguió apaciguarlo un tanto. Antes de la noche la atención fue atraída hacia otro punto. Las tropas empezaron a entrar en la ciudad, y la vista de la capital recuperada llenó de júbilo los corazones.

El rey estaba también sumamente contento, si bien el pensamiento de no poder cumplir las condiciones estipuladas y la indisciplina de la milicia general le turbaran grandemente.

—El hombre que ha ocasionado este desorden merecería ser arrastrado, atado a la cola de un caballo, sin consideración a sus buenos servicios —dijo.

Fueron dadas las más severas órdenes para que se buscara a Zagloba, pues para nadie era un secreto que la rebelión había sido suscitada por él; pero éste había desaparecido.

Una semana después, mientras el corazón del rey latía de gozo, dijo después de la comida:

—Decidle a Pan Zagloba que no tiene necesidad de estar escondido más tiempo, porque lo hemos perdonado. El que quisiera en esta República ser justiciero sin misericordia, se vería precisado a colocarse una piedra en el pecho en vez de corazón.

Al decir esto pensaba más en Babinich que en Zagloba; y tenía la mente en Babinich porque el joven se había postrado a sus pies la noche precedente, suplicándole que no le vedase el ir a Lituania, donde quería dar impulso a la guerra y atacar a los suecos como había atacado a Holvanski, y el rey había accedido a su petición.

Kmita tomó inmediatamente el camino de Lituania. Suba-Gazi, ganado mediante un regalo en metálico, le cedió quinientos tártaros; otros mil quinientos hombres escogidos marcharon con él; con aquella fuerza podía afrontar al enemigo. El corazón del joven caballero latía de satisfacción y de ansia de batallas y proezas militares. La esperanza de la gloria le sonreía; parecía que Lituania entera ya repetía su nombre con admiración y orgullo. Pero especialmente lo oía repetir de una boca adorada.

## XXXII

Aun cuando Ketling había estado al lado del príncipe Bogislao, no lo sabía todo, ni podía decir lo que ocurría en Taurogi, porque él mismo estaba ciego por el amor que profesaba a Panna Billevich.

Bogislao tenía otro confidente, Pan Sakovich, el *estarosta* de Osniana, y éste únicamente conocía la pasión avasalladora que sentía el príncipe por su hermosa prisionera y los medios que había puesto en juego para conseguir su amor.

Ese amor no era más que un inmenso deseo, pues el corazón de Bogislao no era capaz de otro sentimiento; pero el deseo era tan violento que nuestro príncipe perdía la cabeza.

Sakovich sugirióle un medio que creía infalible.

—¿No conoce vuestro médico alguna hierba mágica? —le dijo—. Ordenadle que prepare un filtro, y hoy o mañana vuestro deseo quedará satisfecho.

Pero a Bogislao no le agradaba dicho medio por varias razones. Ante todo el difunto Heráclito Billevich, abuelo de Olenka, se le había aparecido en sueños, y, sentándose a su cabecera, le había estado mirando amenazadoramente hasta el primer canto del gallo. El príncipe recordaba muy bien el sueño, porque, sin ser miedoso, dominábale la superstición y temía los maleficios, los sueños y las apariciones sobrenaturales hasta tal punto, que sentía un escalofrío en la medula de los huesos al pensar en la terrible forma bajo la cual aquel fantasma podía aparecerse por segunda vez si seguía el consejo de Sakovich. Este mismo alardeaba de incrédulo, pero, como el príncipe, temía los sueños y los encantamientos y titubeaba algo en dar semejantes consejos. La segunda razón de la perplejidad de Bogislao era que la «Dama Valaca», como todos llamaban a la princesa Radzivil, viuda del príncipe Juan, vivía con su hijastra en Taurogi, Esta señora, viniendo de un país donde las mujeres son más libres en sus maneras, no era demasiado severa; sin embargo, no hubiera permitido que a su lado un hombre, y sobre todo el futuro esposo de su hijastra, cometiese actos tales que pudieran atraerle la venganza del Cielo.

Pero aun después de la partida de la princesa con su hijastra para Curlandia, Bogislao no se atrevió a seguir en su designio. Los Billevich eran gente acaudalada y no hubieran dejado de entablar un proceso; y las leyes castigaban tales delitos con la pérdida de los bienes, del honor y de la vida.

Los Radzivil eran, en verdad, muy poderosos, lo bastante aun para sofocar la misma fuerza de las leyes; pero si la victoria se inclinaba del lado de Juan Casimiro, el príncipe podría verse en un grave aprieto. Las fuerzas del rey de Polonia aumentaban diariamente; el poder de Carlos Gustavo, por el contrario, disminuía por la continua pérdida de hombres y la escasez de dinero.

El príncipe Bogislao, hombre emprendedor pero calculador a la par, estudiaba la situación. Los deseos le atormentaban, la razón le aconsejaba refrenarse, y los supersticiosos temores le calmaban los ímpetus de la sangre. Al mismo tiempo su salud dejaba bastante que desear; surgían grandes y urgentes cuestiones con frecuencia inseparables de los destinos de la guerra, y todas estas circunstancias preocupaban al príncipe hasta el punto de enfermarle.

Se hallaba precisamente en una de estas crisis nerviosas y presa de alta fiebre, cuando una noche dijo a Sakovich:

—Me arden los pies y las manos; siento un hormigueo en la espalda y tengo la boca seca y amarga; nunca me he sentido como ahora. He de poseer a esa mujer, aun cuando tenga que casarme con ella.

Sakovich se puso serio y dijo:

—¡Alteza... ni siquiera pensarlo! Seguid más bien mi consejo, Haced preparar a vuestro médico un filtro y administradlo a la muchacha.

—Será preciso hacerlo así, antes que me vuelva loco! —exclamó el príncipe— ¡Al diablo los escrúpulos, al diablo todos los Billevich y toda Lituania con sus tribunales, y Juan Casimiro el primero!

El *estaroŝta* de Osniana contempló extático a Bogislao, al que jamás había visto excitado.

De pronto se golpeó la frente exclamando;

—¡Alteza, creo tener un medio mejor que todos los filtros!

—¿Qué medio? Habla, por Dios, habla pronto.

—Vive en Tyltsa un tal Plaska, que fue sacerdote en Nyevorani, pero que, renegado de su fe, se hizo luterano, se casó, se refugió cerca del Elector y ahora, comercia en pesca salada. El obispo Parchevski intentó seducirlo para que volviese a Imud, donde le

esperaba una hermosa hoguera para quemarlo vivo; pero el Elector no quiso dejarse arrebatarse un prosélito.

—¿Qué me importa a mí todo eso? —dijo el príncipe con impaciencia.

—¿Qué os importa? Pues os importa mucho; porque ese individuo os casará con la joven en la cual creará ver vuestra mujer legítima. Como ese sacerdote no pertenece a la iglesia católica, ésta no reconocerá como válido el matrimonio, y vos podéis retorcerle el cuello a ese bravo renegado, diciendo que os engañó. Pero antes de eso... «crescite et multiplicamini». Yo seré el primero en daros mi bendición.

—Comprendo y no comprendo —replicó el príncipe—. ¿Así, pues, deberé...?

—Vuestra Alteza hará una formal demanda a Panna Billevich y a su tío. Si rehúsan, haced que me desuellen vivo. Se puede rechazar a Radzivil cuando se trata simplemente de ser amante suya, pero no cuando se trata de ser su esposo. A su tío, empero, debéis decirle que por miramiento hacia el Elector y el rey de Suecia que quieren casaros con la princesa Dueponti, vuestro matrimonio debe permanecer secreto hasta que se firme la paz.

Bogislao guardó silencio durante un momento; después dijo:

—En tres días no puede hacerse todo eso, y yo tengo que salir contra Sapihea.

—¡Miel sobre hojuelas! Si hubiera tiempo disponible no se podría justificar la precipitación. Pero así, os veis precisado a echar mano del primer cura que tengáis al alcance y que bendiga vuestras nupcias, pudiéndoos llevar la novia al campamento.

La proposición de matrimonio llenó de alegría a Billevich, y Bogislao refería al día siguiente a Sakovich su entrevista con el anciano.

—No opuso la menor dificultad —decíale—, pero me gustará saber lo que dice la muchacha. Mas, ¿qué importa?... ¡Cuánto tarda ese viejo! ¿Y si nos da chasco Plaska?

—No faltará el bribón.

—¿Y bendecirá nuestro matrimonio siendo un bribón?

—No podría hacerlo si no lo fuera.

Los dos interlocutores lanzaron una carcajada que tenía algo de siniestra. Entretanto caía la noche rápidamente. Entraron los criados con candelabros y una ráfaga de aire hizo oscilar la luz.

—Mira —dijo el príncipe— cómo arden las velas. ¿Qué significa eso?

—Tal vez el espíritu del viejo Billevich...

—¡Estás loco! ¡Vaya una oportunidad para hablar de espíritus!

La llegada del portaespada Billevich interrumpió la conversación. Acompañábale Panna Kulviets. El príncipe se adelantó a su encuentro, apoyándose en el bastón, y Sakovich se levantó.

—¿De qué buenas nuevas sois portador? —preguntó Bogislao—. ¿Puedo presentarme a Olenka?

—Alteza, dice mi sobrina que el testamento de su abuelo le impide disponer de su mano y que, aun cuando no se lo prohibiese, no se casaría con Vuestra Alteza, porque no le ama.

—¿Has oído, Sakovich? —exclamó el príncipe con voz terrible.

—Algo sabía yo de ese testamento —continuó el portaespada—, pero al principio no me pareció un obstáculo insuperable.

—¡Me río yo de los testamentos de vuestros nobles! —repuso el príncipe.

—Pero nosotros no nos reímos —replicó Pan Tomás acalorándose—. Ese testamento la deja en libertad de casarse con Kmita o de ingresar en un monasterio.

—¿Quién? ¿Ese bellaco? ¡Ya le daré yo Kmita!

—¿A quién llamáis bellaco? ¿A Billevich?

Al decir esto, el portaespada se llevó la mano a la empuñadura de su sable con ademán furioso; pero Bogislao le dio tan fuerte golpe con la punta de su bastón en el

pecho, que el anciano lanzó un quejido y cayó desplomado al suelo. Luego le propinó un terrible puntapié y salió de la estancia.

—¡Qué infamia! —gritó Panna Kulviets.

Sakovich le puso un puñal en el pecho, diciéndole:

—Quietecita, prenda, quietecita, paloma, u os degüello como a una cordera. Sentaos; os es preciso que asistáis a la boda de vuestra sobrina.

Pero también por las venas de Panna Kulviets corría sangre noble, y al oír las palabras de Sakovich su terror se transformó en desesperación y frenesí.

—¡Rufián! ¡Bandido! ¡Pagano! —gritó—. Matadme, pues de le contrario sublevaré contra vosotros a la República entera. Mi hermano asesinado, mi sobrina ultrajada., ¿para qué quiero vivir?

Sakovich le cortó la palabra poniéndole una mano en la boca.

—¡Silencio, lechuza! —murmuró con los dientes apretados—. No te degollaré, pero taparé tu linda boca con tu propio pañuelo; luego tomaré el laúd y te cantaré mis... suspiros.

Así diciendo, el *estarosta* de Osniana amordazó con rara destreza a Panna Kulviets sirviéndose del mismo pañuelo que ella tenía en la mano, y la empujó hasta el sofá.

Al cabo de unos instantes se abrió la puerta y entró Panna Alejandra.

La doncella estaba palidísima y tenía el cabello enmarañado, la frente arrugada y los ojos amenazadores. Al ver a su tío tendido en el suelo se arrodilló junto a él y le pasó la mano por la cabeza y el pecho.

El portaespada lanzó un suspiro, abrió los ojos, medio se incorporó y paseó su mirada por la estancia como si despertase de un sueño. Finalmente, ayudado por Olenka, pudo mantenerse en pie. Sólo entonces echó de ver la joven que Panna Kulviets yacía en el sofá.

—¿La habéis asesinado? —preguntó a Sakovich.

—¡Dios me libre! —repuso el *estarosta* de Osniana.

—¡Quitadle inmediatamente la mordaza!

Había tanto imperio en aquella voz, que Sakovich se apresuró a obedecer sin replicar.

—Y ahora —continuó la doncella—, id a levantar a vuestro amo, que está tendido en el suelo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Sakovich asustado—. Tendréis que responder...

—¡Pero no a ti, vil criado! ¡Sal de aquí al punto!

Sakovich se lanzó fuera de la habitación como un poseso.

### XXXIII

Durante dos días Sakovich no se separó de la cabecera del lecho de Bogislao. El príncipe había sido acometido de una tremenda crisis nerviosa, y cuando se le calmaron los nervios le sobrevino una extraña debilidad. Pasó toda la noche con los ojos fijos en el techo sin despegar los labios. Al día siguiente tomó unas medicinas y cayó en profundo sueño. Se despertó a mediodía.

—¿Cómo os sentís, Alteza? —le preguntó Sakovich.

—Estoy mejor. ¿Hay cartas?

—Del Elector y de Steinbock; pero sería conveniente que dejaseis esa lectura para mañana, porque todavía estáis muy débil.

—No; tráelas en seguida.

Sakovich fue por las cartas, que Bogislao leyó dos veces.

—Mañana iremos a Podliasye —dijo al cabo de un largo silencio.

—Mañana estaréis en cama como hoy.

—¡Estaré a caballo! ¡Calla, y no hagas más observaciones!

Sakovich enmudeció y en la estancia reinó el más profundo silencio, que interrumpió al fin Bogislao diciendo:

—Te voy a referir lo que ha ocurrido. Corrí como un loco a la habitación de la muchacha. Sólo recuerdo que dijo: «¡Prefiero arrojarme al fuego!» Y, en efecto, se precipitó sobre la lumbre que ardía en aquella enorme chimenea. Afortunadamente, pude arrastrarla a tiempo hasta el centro de la sala. El fuego había prendido ya en sus vestidos y yo tenía que apagarlo y contenerla al mismo tiempo. En aquel momento sentí un vértigo, se me encasquetaron los dientes y quedé inerte. Pensé que alguien me había cortado las venas del cuello. Después me pareció que volaban chispas en mi alrededor y...

—¿Y qué más? —interrumpió Sakovich.

—No me acuerdo de nada más; experimenté una sensación terrible, como si me hubiesen arrojado a un abismo sin fondo. ¡Qué horror! Sólo al recordarlo se me erizan los cabellos. Y no era sólo terror, sino también un... no sabría explicarme, un vacío en el pecho, un malestar indefinible, un tormento inexplicable. Por fortuna, Dios vino en mi ayuda, pues de lo contrario, ahora no estaría hablando contigo.

—Vuestra Alteza ha tenido una fuerte crisis nerviosa, y eso produce visiones. Será preciso abrir un agujero en el hielo y precipitar por él al viejo.

—¡Que el diablo se lo lleve! No quiero pensar en nada. Mañana marcharemos.

—Si hemos de partir mañana, será mejor dejar que se vaya la muchacha.

—Ya se ha extinguido mi pasión.

—Me alegro. ¡Que se vayan al infierno todos!

—¡Imposible!

—¿Por qué?

—El viejo me ha confesado que en Billevich tiene escondido un inmenso tesoro. Le entretendremos aquí hasta que encontremos el dinero. En tiempo de guerra todo está permitido. Haremos excavaciones en el jardín. Mientras el viejo esté aquí no podrá gritar por toda Lituania diciendo que le hemos robado. Después de todo, si se ajusta la cuenta de lo que he gastado en fiestas para divertirla, no será más que una restitución.

Sakovich abrió la boca para decir algo, pero el príncipe no le dio tiempo a hablar.

—¿Han salido las tropas, según tenía yo ordenado? —le preguntó.

—La caballería salió para Kyedani, con orden de seguir hasta Kono y esperar allí. Nuestros escuadrones polacos están todavía aquí. No he querido mandarlos adelante. Parecen hombres leales, pero podrían tropezar con los confederados.

—Está bien.

—Kyritz con la infantería, debe marchar poco a poco a fin de que podamos contar con una escolta en caso de necesidad.

—¿Ha partido ya Patterson?

—Todavía no. Cuida a Ketling, a quien quiere mucho, que se ha herido de alguna gravedad con su propia espada. Si no conociera a Ketling diría que se ha herido intencionadamente para quedarse.

—Será preciso dejar aquí, así como en Rosseyeni y Kyedani, un centenar de hombres. Las guarniciones suecas son débiles y De la Gardie, según parece, pide cada día nuevos



refuerzos a Lovenhaupt. Cuando hayamos partido, los rebeldes se olvidarán de la derrota de Shavli y levantarán de nuevo la cabeza.

—Parece que se van reforzando. He oído decir que los suecos han sido batidos en Telski.

—¿Por los nobles o por los plebeyos?

—Por campesinos capitaneados por un cura; pero también hay ejércitos de nobles, sobre todo en los alrededores de Lauda.

—Los hombres de Lauda están con Volodiovski.

—Se han armado los viejos y los muchachos —replicó Sakovich.

—Es una fortuna que yo sea príncipe del Imperio —añadió Bogislao—, porque así no se atreverán a colgarme de un árbol por los pies. Si a lo menos pudiese entrar en mis posesiones... Pero basta, llama a Patterson.

Sakovich salió y volvió a los pocos momentos acompañado de Patterson.

En la alcoba de Bogislao se celebró un Consejo de guerra, en el cual se resolvió salir al amanecer para Podliasye a marchas forzadas.

Por la noche el príncipe se sintió tan restablecido, que festejó su propia curación con los oficiales y se divirtió hasta la madrugada.

—Siento que esta campaña me devolverá la salud —dijo a los oficiales que le rodeaban.

A lo que Patterson se permitió contestar:

—Afortunadamente, Dalila no ha cortado por completo la cabellera a Sansón.

Bogislao le miró, con tan extraña expresión, que el escocés quedó confuso; no dijo nada, pero un relámpago amenazador brilló en sus ojos.

Al amanecer, las tropas, a cuyo frente iba Bogislao, se pusieron en marcha. En Taurogi sólo quedaron Billevich, Olenka y Panna Kulviets, sin contar a Ketling y el viejo oficial Braun, que tenía el mando de la pequeña guarnición.

Billevich, de resultas del golpe que había recibido en el pecho, arrojó sangre por la boca durante algunos días; pero como no tenía ningún hueso roto ni daño interior de importancia, curó pronto, y entonces comenzó a pensar en la fuga.

Entretanto se le presentó un oficial con una carta de Bogislao.

El príncipe pedía que le disculpasen sus arrebatos, añadía que estaba arrepentido de lo que había hecho en un momento de desesperación, y se declaraba dispuesto a aceptar el dinero que cierto día le había ofrecido el portaespada.

Al llegar a este, punto Billevich interrumpió la lectura, dio un tremendo puñetazo sobre la mesa y gritó;

—¡Antes que reciba un ochavo mío me ha de ver en sueños!

—Proseguid —dijo Olenka.

El portaespada continuó:

«No queriendo molestaros y exponer vuestra salud en estos torbellinos para venir por el dinero, hemos dado orden de que lo desentierren y nos lo entreguen.»

Aquí Billevich perdió la voz, la carta se le escapó de las manos y cayó al suelo. Durante un rato pareció como petrificado; luego se metió los dedos entre el cabello y tiró con todas sus fuerzas.

—¡Otra injusticia! —exclamó Olenka—. El castigo está cercano, porque ya se ha colmado la medida.

## XXXIV

La desesperación del portaespada era tan grande, que á Olenka costó trabajo consolarle, asegurándole que no podía dar el dinero por perdido, puesto que la carta era una especie de recibo.

Pero como era difícil prever lo que sería de ellos mismos, especialmente si Bogislao regresaba victorioso a Taurogi, se dieron a pensar con más ardor en la fuga.

Olenka aconsejó a su tío diferirla hasta que Ketling estuviese completamente restablecido, porque Braun, soldado viejo de probada fidelidad, cumplía escrupulosamente las órdenes recibidas y no sería posible influir sobre él.

Olenka estaba segura de que Ketling se había herido intencionadamente para quedarse en Taurogi, y por eso confiaba en su ayuda.

Su conciencia le hacía algunos reproches, preguntándole si, para salvarse, tenía derecho a sacrificar la carrera y aun quizá la vida del joven; pero los peligros que la amenazaban en Taurogi sobrepujaban a los que se vería expuesto Ketling.

El joven podía encontrar poderosos protectores y servir una causa justa alistándose en el ejército polaco. La muerte sólo le amenazaba en el caso de que cayese en poder de Bogislao; pero éste no mandaba aún en toda la República.

Olenka mandó llamar al joven oficial en cuanto supo que estaba restablecido.

Ketling acudió inmediatamente al llamamiento. Estaba pálido, demacrado, y se conocía que había sufrido mucho. Al verle, Olenka lloró porque era el único amigo que tenía en Taurogi. La doncella le pidió noticias de su salud, y le dijo luego:

—Deberíais abandonar este servicio, porque un hombre tan honrado tiene necesidad de estar seguro de que sirve una causa justa y a un señor digno de él. ¿Cuándo termina vuestro compromiso?

—Dentro de seis meses.

Olenka levantó al cielo sus maravillosos ojos, que en aquel momento nada tenían de severos, y añadió:

—Escuchadme. Os hablaré como a un hermano. Podéis y debéis dimitir.

Dicho esto le confesó sus planes de fuga, para cuya realización contaba con su ayuda.

Cuando ella calló, el joven oficial dobló una rodilla, se pasó una mano por la frente y exclamó casi sollozando:

—¡No puedo, señora, no puedo!

—¿Os negáis? —le preguntó Olenka estupefacta.

—Señora, no sabéis lo que es para un soldado obedecer las órdenes que tiene recibidas —contestó Ketling—. No es sólo por deber por lo que el soldado obedece, sino por su propio honor. Me ata un juramento, señora, y más que un juramento, mi palabra de caballero. Soy soldado y noble; y, Dios mediante, no seguiré jamás en mi vida el ejemplo de los que traicionan el servicio y menoscaban su honor. No me conocíais señora, y os habéis engañado. Tened compasión de mí. Comprended que no puedo favorecer vuestra fuga. La orden es terminante, y Braun y los cinco oficiales que han quedado la han recibido al mismo tiempo. Yo daría por vos la vida sin vacilar, pero no puedo sacrificaros mi honor.

Dicho esto, Ketling se sacó del pecho un pliego y lo presentó a Olenka diciendo:

—Juzgad, señora, si la orden es terminante.

La joven leyó:

«Hemos sabido que Billewich se propone fugarse secretamente de Taurogi a fin de hostilizarnos. Recomendamos, pues, a los oficiales de la guarnición de Taurogi que vigilen

a Billevich y a su sobrina como a prisioneros de guerra, que impidan a toda costa su fuga, so pena de la ley marcial, de la pérdida, etc.»

—Esta orden se recibió al día siguiente de partir el príncipe —añadió Ketling.

—¡Hágase la voluntad de Dios! —exclamó Olenka tras una breve pausa.

Ketling comprendió que debía retirarse, y, sin embargo, no se movió. Parecía querer decir una cosa más, pero le faltaba la voz. Hubiera querido arrojarse a los pies de la doncella y pedirle perdón; pero viendo cuán angustiada estaba ella por sí misma, prefirió callar y sufrir en silencio. Así, pues, hizo una reverencia y salió.

Mas apenas se encontró en el corredor arrancóse las vendas y cayó desmayado. Una hora después le hallaron al pie de la escalera y le trasladaron a la enfermería, donde estuvo en cama cerca de un mes.

Cuando salió Ketling, Olenka se quedó unos instantes como petrificada. Luego la venció el dolor y prorrumpió en llanto.

En aquel momento entró su tío y al ver a la joven llorando lo adivinó todo.

—¡Por amor de Dios! ¿Qué ocurre?

—Ketling nos rehúsa su ayuda —repuso la doncella.

Pan Billevich apretó los puños con rabia, y deteniéndose delante de Olenka, le preguntó con voz entrecortada por la ira:

—¿Por qué se niega? ¿Por qué?

—Dice que el príncipe ha dado orden de que nos consideren como prisioneros de guerra, porque abrigáis proyectos hostiles contra él. Ketling se ve obligado a cumplir esta orden, porque se lo impone su honor.

—¡Pues bien, nos pasaremos sin la ayuda de herejes! —dijo el portaespada.

Olenka se enjugó los ojos, meneó la cabeza y dijo:

—¡Es imposible!

—Es necesario, y, por lo tanto, posible, aun cuando hubiéramos de escapar por esa ventana valiéndonos de cuerdas.

—Busquemos otro medio —repuso Olenka.

Pensaron, pero no encontraron nada; estaban estrechamente vigilados.

Determinaron, por último, no hacer nada hasta que llegaran nuevas noticias de Bogislao. En efecto, él podía caer enfermo y permanecer largo tiempo en cama; podía también ser muerto por Sapihea, y en ese caso las puertas de Taurogi se abrirían con facilidad.

Transcurrió un mes, largo y penoso para los pobres afligidos, antes de que llegase un correo.

Ketling, que desde el día de la última entrevista no se había atrevido a presentarse a Olenka, le mandó un escrito con la siguiente noticia:

«El príncipe Bogislao ha derrotado a Pan Cristóbal Sapihea cerca de Bransk; algunos escuadrones de caballería e infantería han sido destrozados. Ahora se dirige a Tykotsin, donde está acampado Korotkyevich.»

Esta noticia fue para Olenka un rayo. Habíase desvanecido por completo la esperanza de que Bogislao fuese derrotado.

Su tío la consolaba como mejor podía, y ella repetía incesantemente:

—¿Quién puede vencer a Bogislao? ¿Quién puede medirse con él?

Las noticias sucesivas parecieron confirmar los temores de Olenka.

Pocos días después, Ketling le enviaba otro escrito comunicándole la derrota de Korotkyevich y la toma de Tykotsin.

«Todo Podliasye —escribía— está en poder del príncipe, el cual, sin esperar a Sapihea, se mueve contra él a marchas forzadas.»

Pero después llegaron otras noticias más desconsoladoras para los desgraciados prisioneros.

Aunque con bastante retardo, se supo que Chenstohova había resistido los asaltos del enemigo, el cual se había retirado lleno de miedo y de oprobio.

El anciano y su sobrina pasaron muchos días dando gracias a la Virgen y fiando en su ayuda, sin desesperar ya de su liberación.

Pasó largo tiempo sin que llegasen noticias del príncipe. Los oficiales comenzaban a estar inquietos; pero las noticias no podían llegar porque precisamente en aquellos días el terrible Babinich precedía con sus tártaros al ejército de Bogislao y capturaba todos los correos.

### XXXV

Un día llegó a Taurogi Panna Anusia Borzobogati con una escolta de algunas decenas de soldados.

Braun la recibió muy cortésmente, según había ordenado Sakovich en una carta firmada por el príncipe.

La joven era alegre, vivaz, y algo coqueta, de modo que desde el primer instante comenzó a flechar a Braun con sus ojos fascinadores, y lo mismo hizo con los demás oficiales.

Baste decir que a los pocos días de su llegada mandaba en Taurogi como si estuviese en su propia casa.

Aquella misma noche hizo conocimiento con Olenka, la cual la acogió con desconfianza, pero con mucha cortesía, esperando saber por ella alguna consoladora noticia.

En efecto, Anusia llevaba muchas. Comenzó contando la historia de Chenstohova. El portaespada le escuchaba atentamente e interrumpía a menudo a la narradora exclamando:

—¡Alabado sea Dios!

Anusia continuaba hablando como una cotorra.

El corazón de Billevich se enternecía al oír de aquellos labios que la fortuna había vuelto la espalda a los suecos desde que osaron atacar a Yasna Gora. Olenka, que había permanecido seria y taciturna, prorrumpió de pronto en llanto.

Al ver esto, Anusia, que estaba dotada de un corazón muy sensible, se acercó a ella y echándole los brazos al cuello le dijo:

—No lloréis; me causáis pena. ¿Cuál es la causa de vuestras lágrimas?

Había tanta sinceridad en su acento que se desvaneció al punto la desconfianza de Olenka.

Anusia, añadió:

—Decidme, ¿por qué lloráis? ¡Sois tan hermosa!

—Lloro —contestó Olenka—, porque aquí somos prisioneros y no sabemos lo que será de nosotros.

—También soy yo prisionera —repuso Anusia—, y no me da por llorar. El príncipe es un traidor y un hereje, pero también es caballero y nos respeta.

—¡Ojalá que en el infierno le respeten como él respeta a las mujeres en este mundo! —exclamó el portaespada—. Vos no le conocéis y por eso habláis así. Dios quiera que Sapihea logre derrotarlo.

—¡Lo derrotará, sin duda! —replicó Anusia—. El príncipe Bogislao está muy enfermo y no dispone de grandes fuerzas; pero, aunque no fuera derrotado, no debéis afligiros, porque escaparemos de un modo u otro de este palacio antes de su vuelta.

—Ya lo hemos intentado —dijo Olenka.

—¿Y fracasasteis?

—¿Cómo no? Habíamos confiado el secreto a un oficial que creíamos dispuesto a ayudarnos, pero en vez de esto, dice que su honor le impone impedir nuestra fuga. El que manda aquí es Braun, y ese hombre es inflexible.

Anusia bajó los ojos y una fugaz sonrisa pasó por sus labios.

—Quizá me arriesgue yo a enternecerlo —dijo—, pero necesitaríamos esperar a que Pan Sapihea estuviese próximo, a fin de saber dónde refugiarnos.

—¡Dios nos lo envíe lo más pronto posible! —exclamó Pan Tomás—. Tenemos muchos parientes, conocidos y amigos en su ejército. Son antiguos oficiales del gran Jeremías Volodiovski, Kretuski, Zagloba... Les conozco a todos.

—Pero éstos no están con Sapihea. Si así fuese, especialmente Volodiovski, no me encontraría yo aquí, porque ese caballero no se hubiera dejado prender como Pan Kotchist.

—Conocéis a Volodiovski, a lo que se ve —dijo Billevich.

—Sí, porque hemos vivido durante muchos años en el mismo lugar.

—¿De veras? Quizá os amabais.

—No diré que no —respondió Anusia con cierta turbación—, pero seguramente a estas horas Miguel estará enamorado de otra o casado.

—No... no está casado.

—Y aunque lo estuviese, para mí sería igual.

Aquí Anusia empezó a contar la historia de su salida de Zamost y todo cuanto le había pasado en el viaje. En su relación, Babinich aparecía como un héroe de los antiguos tiempos: tanto, que el portaespada se devanaba los sesos para adivinar quién podía ser.

—Conozco toda Lituania —dijo—. Existen familias que llevan nombres semejantes; pero de un Babinich no he oído hablar nunca; puede ser un nombre supuesto, porque muchos que militan en el ejército polaco toman otro nombre a fin de que sus haciendas y sus parientes no padezcan atropellos del enemigo.

—Pan Babinich debe profesar un odio inmenso al príncipe Bogislao —añadió Anusia—, porque palidece y tiembla cada vez que se pronuncia su nombre.

—¡Pues será amigo nuestro! —observó el portaespada.

—¡Sin duda! Y huiremos con él si se deja ver por algún lado.

Pan Billevich y la doncella continuaron conversando cada vez con más animación; la misma Olenka, olvidando sus penas en parte, se puso más jovial.

—¡Es una muchacha de oro! —dijo Pan Tomás a su sobrina en cuanto Anusia hubo salido.

—Tiene un corazón sincero y me parece que seremos amigas —añadió Olenka.

Y no se equivocaba en su previsión. La amistad no tardó en surgir sincera y viva entre las dos jóvenes, y fue aumentando, quizás con más fuerza cuanto que eran de un carácter completamente opuesto.

Olenka adquirió bien pronto una gran influencia sobre su amiga, de la cual, con perfecta sinceridad, decía:

—Dice más ella en dos palabras que yo en ciento.

Pero la severa Olenka hubiese querido corregir a su amiga de un defecto que le parecía feo, esto es, de la coquetería... Esta coquetería irritaba a Olenka, tanto más, porque Anusia le había confesado que estaba enamorada de Babinich.

—Los otros me suplicaban —le decía Anusia un día a su amiga—, pero él prefería a sus tártaros. Jamás me hablaba sino en tono de mando. «¡Salid del carruaje, señora! ¡Comed, señora! ¡Bebed, señora!» Pero aun cuando fuese rudo en apariencia, sus hermosos ojos azules me decían que tenía un corazón tierno... ¡Tierno sí... pero para otra! —añadió Anusia suspirando.

Olenka inclinó la faz pensando que también el hombre amado tenía hermosos ojos azules y hablaba del mismo modo. Pero pensó también que aquel hombre era un traidor, sin fe y sin temor de Dios.

—No comprendo, querida mía —insinuó Olenka—, cómo podéis mostraros tan amable con todos los hombres teniendo un amor en el corazón.

—No lo hago así por capricho —replicó Anusia volviéndose hacia Billevich, que empezaba también a fijarse en su frivolidad—, sino porque es preciso, porque si no nos ayudan estos oficiales, no lograremos salir nunca de aquí.

—Braun no os dejará marchar seguramente. Es inflexible.

—¡Braun está vencido! —respondió»

—Pero, ¿y Fitz Gregori...?

—¡Vencido también!

—¿Y Ottenhagen?

—¡Vencido!

—¡Sois una hechicera! Veo que Ketling es el único que no habéis podido fascinar.

—No puedo soportarlo. Pero lo someteré otra cualquiera. Por otra parte, podemos irnos sin su permiso.

—¿Y creéis que cuando queramos escapar no nos lo impedirán todos ellos?

—¡Vendrán con nosotros!

—Siendo así, ¿qué esperamos? Quiero irme hoy mismo.

Pero luego que se discutió largamente hubieron de reconocer que era necesario esperar la llegada de Sapihea a las cercanías de Imud.

Ketling, entretanto, empezó a visitar de nuevo a Olenka; porque ésta, habiéndolo encontrado un día, le tendió la mano la primera... El joven sospechaba que a Bogislao le había ocurrido alguna desgracia. Según él, el príncipe, apenas hubiera conseguido la menor victoria, se habría apresurado a comunicarla, exagerando su importancia.

Pocos días después Ketling manifestó a Olenka aquella opinión suya. Llegaron, por fin, noticias. Las traía Pan Byes, un noble polaco que se había vuelto un extranjero para su patria. Habiendo servido desde niño en los ejércitos extranjeros, había olvidado el idioma nativo por completo. Profesaba a Bogislao profundo cariño e iba con una importante misión a Konisberg. Teniendo que pasar por Taurogi, se detuvo a descansar.

Braun y Ketling lo condujeron inmediatamente a Olenka y a Anusia, que vivían juntas.

Braun, volviéndose a Byes, le dijo:

—Esta señora es parienta de Pan Zamoyski y, por lo tanto, del príncipe nuestro señor, el cual ha ordenado que se le trate con toda consideración. Quisiera saber noticias del príncipe de labios de una persona que, como vos, ha estado al lado suyo.

Pan Byes se inclinó en silencio, y en lugar de hablar esperó que le interrogaran.

Anusia empezó por preguntarle dónde estaba el príncipe, y cuando el oficial respondió que retirándose sobre el Soroka, todos comprendieron que las cosas no eran propicias a Bogislao.

En efecto, contó que habían conseguido al principio una victoria sobre las tropas de Sapihea, y luego derrotado a Horotkyevich y reconquistado las ruinas del castillo de Tykotsin. Pero después surgió una gran confusión un día en que se creyeron rodeados por el enemigo, que, en efecto, les molestaba día y noche sin concederles un minuto de reposo.

—En Białystok —prosiguió Pan Byes—, el enemigo destruyó un destacamento entero, se apoderó de los carruajes del príncipe y de algunos cañones. El príncipe estaba fuera de sí. Deseaba una batalla general, y se veía obligado a sostener diez escaramuzas diarias, siempre con pérdidas. Se produjo un gran desorden. ¿Y quién puede describir nuestra confusión, nuestro espanto, cuando supimos que Sapihea no había llegado aún, y que delante de nosotros solamente había un destacamento numeroso, una horda de tártaros?

Estas últimas palabras del oficial fueron interrumpidas por un grito de Anusia, que echándose de improviso al cuello de Olenka, gritó:

—¡Pan Babinich!

El oficial quedó sorprendido al oír aquel nombre y calló por algunos momentos. Después añadió:

—Tal es, en efecto, el nombre de ese diablo salido del infierno. Su nombre, que vos, señora, habéis adivinado no sé cómo, es repetido ahora con terror; en nuestro campo lo pronuncian con rabia todos los labios.

—Conocí a ese Babinich en Zamost —dijo Anusia precipitadamente—, y si hubiera podido adivinar..

Interrumpióse y nadie pudo saber lo que hubiera ocurrido en tal caso.

—He dejado el campo en condiciones desesperadas —prosiguió el oficial—. El príncipe está atormentado por una fiebre maligna, y sus tropas disminuyen cada día. Bien pronto se librará una batalla general... Cómo terminará, sólo Dios lo sabe.

—¿Por qué os manda a Prusia? —preguntó Anusia.

—Si el príncipe pierde la batalla, toda la Prusia electoral queda indefensa, y puede suceder fácilmente que Sapihea pase la frontera y fuerce al Elector a deponer las armas. Voy a prevenirle, a fin de que preparen alguna defensa en aquellas provincias.

Anusia le hizo otras muchas preguntas, y apenas hubo salido el oficial de la estancia, empezó a besar a Olenka gritando:

—¡Y bien! ¿Eh? ¿Qué decía yo? ¿Quién ha vencido a Bogislao? ¡Pan Andrés! ¡Pan Andrés!

—¿Qué Andrés? —preguntó Olenka palideciendo.

—¿No os he dicho que se llama Andrés? El me lo dijo. ¡Pan Babinich! ¡Larga vida a Babinich! Volodiovski no lo hubiera hecho mejor... ¿Pero qué tenéis, Olenka?

Panna Billevich movió la cabeza como para substraerse a sus dolorosos pensamientos.

—¡Nada! —dijo—. ¡También hay traidores que llevan ese nombre!

—¡Venga al menos Pan Babinich! —añadió Anusia—. Esto es lo importante. Volveré loco a Braun. Sí, quiero sublevar toda la guarnición e ir con hombres y caballos al encuentro de Babinich.

—¡Hacedlo!... ¡Hacedlo! —gritó Billevich con entusiasmo.

—Y después... ¿Quién sabe?... Quizá olvide a aquella mujer y me otorgue su a...

Y paulatinamente bajó la voz y ocultó el rostro entre las manos. Pero de pronto un pensamiento pareció sacudirla, porque se puso en pie exclamando:

—¡Y si no... me casaré con Volodiovski!

## XXXVI

Dos semanas después había gran zozobra en Taurogi. Una noche llegaron grupos diseminados de las tropas de Bogislao, destrozados, sucios, con más aspecto de espectros que de hombres, con la noticia de la derrota del príncipe en Yanov. De los seis mil hombres que formaban su ejército, no volvían sino cuatro mil con Bogislao.

De polacos sólo quedaba Sakovich, porque los que no habían, caído en el campo de batalla se habían pasado a Sapihea con armas y bagajes.

El príncipe y Sakovich se detuvieron en Rossyeni. Ketling fuese inmediatamente a Olenka con la noticia.

—La cosa más importante para nosotros —dijo la joven— sería saber si Sapihea o ese Babinich persiguen al príncipe y si piensan traer la guerra a estas regiones.

—No he podido saber algo más preciso por los soldados —respondió Ketling—. Algunos llegan a decir que Babinich está por aquí; pero, como el príncipe y Sakovich han retrocedido, no creo que se les siga. Por lo demás, esto se sabrá pronto; ahora quiero hablar de otra cosa. El príncipe debe estar muy irritado, y por lo tanto, puede permitirse algún acto de violencia. Permaneced siempre en compañía de vuestro tío y de Panna Borzobogati.

—¡Os agradezco el consejo! —replicó Olenka.

—Era mi deber el dároslo —repuso el joven oficial.

—Y una suerte para mí —añadió Olenka—, que el consejo no lleve perjuicio a vuestro honor, y que el príncipe no haya dado orden de no advertirme.

Ketling comprendió el tiro, y, poniéndose serio, respondió:

—Cuando se trata de asuntos de servicio, mi honor me manda obedecer, y obedezco a costa de mi vida. Fuera del servicio soy libre de obrar como quiera, por lo que os dejo esta pistola y os digo. ¡Defendeos... porque el peligro está próximo: y en caso de necesidad, matad! Mi juramento me liga aún por cierto tiempo y yo me apresuraré a salvaros.

Ketling salió dejando el arma sobre la mesa. Afortunadamente, las provisiones del escocés no eran fundadas.

El príncipe llegó por la noche con Sakovich y Patterson, pero tan debilitado y enfermo, que apenas podía tenerse en pie. Además, no sabía si Sapihea le andaba pisando los talones o si habían mandado a Babinich en su persecución. Bogislao, ciertamente, había derribado a Kmita del caballo, pero no estaba seguro de haberlo muerto.

El príncipe no se proponía pasar en Taurogi sino dos o tres días, pues debía apresurarse a reunirse con el Elector y Steinbock, los cuales podían proveerlo de nuevas tropas.

Necesitaba dejar en Taurogi alguno de sus oficiales para comunicar órdenes al remanente del ejército, vigilar a los campesinos y a los nobles, defender la propiedad de los Radzivil y continuar la inteligencia de Lovenhaupt, comandante en jefe de los suecos en Imud.

Con este objeto, apenas llegado a Taurogi, y después de una noche de reposo, el príncipe llamó a Sakovich, el único hombre en quien podía fiarse y abrirle su corazón.

—Querido amigo —le dijo Bogislao—, después del desastre sufrido, debo entrar en Prusia para reclutar tropas. Tengo que dejar en Taurogi un hombre fiel y adicto. ¿Quieres quedarte?

—Sí. Eso pido. Nadie puede desempeñarlo mejor. Los soldados me temen a mí más que a nadie, porque saben que conmigo no se juega. Con el respeto debido a Lovenhaupt, es, necesario que aquí se quede una persona más enérgica que Patterson.

—¿Serás capaz de refrenar a los rebeldes?



—Aseguro a Vuestra Alteza que no habrá bastantes pinos en Imud para colgarlos si no se someten; quiero formar dos regimientos de infantería con los campesinos y adiestrarlos a mi modo. Estaré ojo avizor con la propiedad, y si los rebeldes atacan una, echaré en seguida la culpa a cualquier rico noble y lo aplastaré como se aplasta la cabeza de una serpiente. Mas de momento tengo necesidad de dinero para las pagas y el equipo de la infantería.

—Te dejaré lo que pueda.

—¿Me dejaréis el dinero de la dote?

—¿Qué dote?

—El dinero de Billevich que habéis tomado como anticipo de la dote.

—Si pudieses retorcerle el cuello a ese viejo, me harías un favor, porque tiene, mi carta,,.

—Probaré. Pero lo difícil es esto... ¿No habrá mandado la carta a cualquier parte? ¿No la tendrá la joven escondida en su pecho? ¿Por qué no procuráis cercioraros?

—Necesito pensarlo; pero ahora he de marchar, y por otra parte esta maldita fiebre me ha dejado sin fuerzas.

—Alteza, dejándome en Taurogi, me hacéis feliz...

—No comprendo por qué.

—Porque tengo intención de casarme.

—¿Con quién? —preguntó el príncipe.

—Con Panna Borzobogati.

—¡Buena idea! —exclamó Bogislao—. He oído hablar de cierto testamento...

—Sí... el testamento de Pan Longinos Podbipieta, de quien era prometida, y que le dejó toda su fortuna. Habrá litigios, conflictos, procesos para entrar en posesión de esta herencia, pero no importa, no cederé un ápice a nadie. La muchacha, además, me gusta muchísimo. Noté que cuando la prendimos su terror era fingido, pues me devoraba con los ojos.

—No impediré que te cases, pero escúchame bien... nada de excesos, ¿eh? Esta muchacha es protegida de los Visnovieski, y por mi estimación a la princesa no quiero ofender a Zamoyski.

—No hay necesidad de advertirme —respondió Sakovich—, porque pienso casarme en toda regla.

Bogislao aprobó complacido el proyecto de Sakovich y prometió su ayuda para el logro de sus intentos. Hacia mediodía, sintiéndose mejor, se vistió y fue, con tal objeto, a ver a Anusia.

—Vengo a vuestro lado como antiguo conocido —le dijo— para informarme de vuestra salud y preguntaros si os encontráis bien en Taurogi.

—¡Cuando se es prisionero, todo parece hermoso, porque todo nos es igual! —respondió Anusia suspirando.

El príncipe se echó a reír.

—Vos no sois prisionera. Habéis sido capturada con los soldados de Sapihea y di orden de que os trajesen aquí, pero por vuestra seguridad. Nada respeto en el mundo tanto como a la princesa Griselda, de quien sois afecta; los Visnovieski y los Zamoyski son queridas amistades mías. Aquí encontraréis toda la libertad y toda consideración. Vengo como un afectuoso amigo y para deciros que, si queréis marcharos, os daré una escolta, aun cuando tengo escasez de tropa. Por lo demás, os aconsejo que permanezcáis aquí para reivindicar la propiedad que os ha sido legada. Hoy no es momento de pensar en tal reivindicación; pero aun en tiempo de paz la ayuda de Sapihea sería nula en estas regiones, porque sólo tiene influencia y autoridad en Viteks. No quiero tratar el asunto personalmente sino por medio de intermediario. Necesitáis un amigo, un hombre de

confianza, experto, estimado y temido. Si tal hombre se encarga del asunto, no se dejará engañar ciertamente por nadie.

—¿Dónde podré yo, pobre huérfana, encontrar semejante protector?

—Aquí mismo, en Taurogi.

—¿Quizá Vuestra Alteza mismo? —preguntó Anusia, lanzándole una de sus miradas asesinas, tanto, que si el príncipe no hubiese estado enfermizo y preocupado, hubiese olvidado fácilmente que debía patrocinar la causa de Sakovich; pero, como tenía en la cabeza cosa de más importancia, respondió:

—Si pudiese ocuparme personalmente, no cedería a nadie tan precioso encargo, pero estoy a punto de marchar. Dejo en mi lugar, como comandante de Taurogi, al *estaro* de Osniana, Pan Sakovich, gran caballero, gran soldado y uno de los hombres más inteligentes de Lituania. Sakovich verá lo que puede hacer, y una vez que él tome la cosa por su cuenta, os garantizo que nadie en el mundo podrá conducirla ni mejor ni con más solicitud.

—Si Pan Sakovich quisiese acudir en ayuda de una pobre huérfana...

—Hará cuanto pueda por vos, pues vuestra hermosura le ha tocado el corazón.

—¿De veras? ¡Eso me parece imposible! —exclamó Anusia.

—¡Qué picarona! —dijo el príncipe entre sí, y después en voz alta—: Sakovich os lo explicará todo. Únicamente no le desairéis; porque es un hombre valeroso y de noble familia, y desea que nadie se burle de él ni le desprecie.

## XXXVII

A la mañana siguiente el príncipe recibió orden del Elector de marchar inmediatamente a Konisberg para asumir el mando de las nuevas tropas que debían salir para Marienburg o Danzig. La carta contenía los detalles de la atrevida campaña de Carlos Gustavo por toda la República, hasta los confines de la región rusa. El Elector presagiaba un fin desastroso para la campaña, pero precisamente por esta razón deseaba encontrarse a la cabeza del mayor número posible de tropas, para poder, en caso necesario, hacerse indispensable de un modo u otro.

El príncipe no tenía tiempo que perder, ni menos para descansar, por más que la fiebre continuase atormentándole.

Cuando hubo delegado su autoridad en Sakovich, le dijo:

—¡Forzosamente habrá que conducir a Billevich y a la muchacha a Konisberg. Allí sería más fácil tratar con firmeza a ese viejo soberbio y obstinado. En cuanto a su sobrina, la llevaré conmigo al campamento, porque no debo andarme con miramientos.

—¡Muy bien pensado! —respondió Sakovich sonriendo—. Os aseguro una buena distracción.

Una hora después el príncipe no estaba ya en Taurogi. Sakovich se quedó allí como jefe, no reconociendo otro poder superior al suyo como no fuese el de Anusia, con la cual empezó a galantear como en otra ocasión el príncipe con Olenka, tratándola, empero, con todo el respeto que un caballero debe observar con una señora cuya mano y corazón debe conquistar.

Pero es preciso confesar que la estancia en Taurogi era muy agradable a Anusia, pues experimentaba una verdadera satisfacción, pensando que todos los oficiales, jóvenes y viejos, suspiraban de amor por ella.

Como la mayor parte de las jóvenes, gozaba porque aquellos suspiros no eran por Olenka. Estaba, pues, contenta respecto a Babinich, porque se decía que ningún hombre podía resistirse a ella, y esperaba que, andando el tiempo, lograría enamorarle.

—El la olvidará, no hay duda, porque le corresponde con la ingratitud... y cuando la haya olvidado, sabrá dónde buscarme... y me buscará —pensaba entre sí.

Un mes después de la partida del príncipe, Sakovich le hizo una formal declaración, pero la astuta muchacha le respondió que no le conocía bastante, que no podía casarse sin el consentimiento de la princesa Griselda, y, en fin, que quería sujetarle a un año de prueba.

El *estarosta* devoró su rabia, y aquel mismo día dio orden de suministrar mil azotes a un soldado de caballería que había cometido una ligera falta, y que murió, naturalmente, de tan bárbaro castigo.

Si Anusia hubiese sabido que aquellas terribles consecuencias eran debidas a la respuesta que había dado a Sakovich, ciertamente se hubiese arrepentido amargamente. Los soldados y los habitantes temblaban en su presencia, porque no pudiendo desahogar de otro modo su despecho, les castigaba fuera de toda medida.

El terror que producía su nombre circundaba Taurogi; hasta los más considerables cuerpos de patriotas no osaban pasar por Rossyeni.

Bogislao no había podido encontrar un servidor más leal y terrible.

Pero con Anusia se mostraba cada vez más tierno, y para ella la vida transcurría alegremente; en cambio para Olenka era cada vez más triste y monótona.

Llegó la primavera. Un viento fuerte y cálido agitaba las aguas no menos cálidas del Báltico; florecían los árboles, las flores se abrían, el sol se volvía cada vez más ardiente, y la pobre joven esperaba en vano el fin de su doloroso cautiverio. Anusia no quería huir, y en el país la guerra era más áspera.

Fuego y hierro por todas partes, como si la piedad de Dios no debiera manifestarse nunca.

De vez en cuando llegaban a Taurogi noticias alegres y tristes, y tanto a unas como a otras la joven aplicaba sus plegarias vertiendo lágrimas de alegría o de dolor.

Se hablaba de un terrible y general levantamiento. Cuantas estrellas resplandecían en el cielo sereno, tantos eran los guerreros que salían contra los suecos.

Con maravilla de todo el mundo, la República, poco antes tan débil, había encontrado mayores auxilios, en su defensa, que el emperador de Germania o el rey de Francia.

Después vinieron noticias de Carlos Gustavo, que cada vez se internaba más en la República. Se esperaba de un momento a otro la muerte del rey y de todo el ejército de Suecia.

El nombre de Charnieski se oía repetir de confín a confín, llenando de terror a los suecos, y llevando el consuelo al corazón de todos los polacos.

Llegó por fin la noticia de que el rey de Suecia y sus tropas habían sido encerradas en un triángulo entre el Vístula y el San, y que de aquella trampa no saldría ninguno. Sakovich se volvió pensativo y escribió cartas a varias direcciones.

Billewich estaba frenético. Cada noche se precipitaba en la habitación de su sobrina con una nueva noticia. El viejo soldado ansiaba irse al campo de operaciones.

Finalmente una noche estrechó a Olenka entre sus brazos y le dijo:

—Querida niña, yo te amo como si fueses hija mía, pero la patria me es más querida.

Al día siguiente se marchó. Olenka encontró una carta en la que le pedía perdón por haberla dejado sola, pero habiendo considerado que el huir juntos era imposible, y no pudiendo permanecer por más tiempo inactivo en Taurogi, se había decidido a dar aquel

paso que a él le parecía muy cruel. Partía, pues, encomendándola a Dios y dejándola su bendición.

Olenka bañó con lágrimas aquel papel, pero sintió un afecto más fuerte a su tío, y su corazón latió de orgullo. Mientras tanto corrían por Taurogi diferentes rumores sobre la fuga de Pan Tomás. El mismo Sakovich corrió a Olenka, y sin quitarse siquiera el sombrero, le preguntó:

—¿Dónde está vuestro tío?

—Donde están todos, exceptuando los traidores, ¡en el campo! —respondió impávida la joven, la cual, en lugar de mostrarse atemorizada, avanzó algunos pasos y lo miró de pies a cabeza con infinito desprecio.

—¡Ah! ¡Si no fuese por el príncipe! —gritó Sakovich fuera de sí—. Vos responderéis al príncipe de esta fuga.

—¡Ni al príncipe ni a su siervo! Y ahora os ruego que me dejéis —añadió indicándole la puerta.

Sakovich se mordió los labios y salió.

Aquel mismo día se supo en Taurogi la noticia de la victoria de Varka, y tal fue el terror de los partidarios de los suecos, que el mismo Sakovich no se atrevió a castigar a los sacerdotes que cantaban públicamente el Tedeum en las iglesias.

—¿Pero qué puede ocurrir —se preguntaba más de una vez— si el Elector, temiendo la cólera de Juan Casimiro, le entregara todos los fugitivos?

No quedaba otro recurso que buscar la salvación al otro lado del mar, en Suecia.

Finalmente, después de una semana de tormentos y dudas, llegó a Taurogi un correo con una larga carta autógrafa del príncipe.

«Varsovia ha sido tomada a los suecos —escribía Bogislao—. Mi cuerpo de ejército y las armas se han perdido. Es demasiado tarde para retirarse, porque los consejeros del rey están tan encolerizados, que yo he sido excluido de la amnistía. Babinich ha deshecho mis tropas a las puertas de Varsovia. Ketling ha sido hecho prisionero. El rey de Suecia, el Elector y yo, con Steinbock y todas las fuerzas, marchamos hacia la capital, donde pronto se librará una batalla general. Carlos Gustavo jura que vencerá, aunque la valentía de Juan Casimiro en conducir su ejército le confunda no poco. ¿Quién habría podido prever tanta estrategia en un ex jesuita?

»—Varsovia debe ser recobrada —ha dicho Carlos Gustavo, y yo le he preguntado—: «¿Y después?»

»El me ha contestado: «Mientras nuestras fuerzas disminuyen, las de ellos aumentan. No tenemos nada con que empezar una nueva guerra.» Mi tío el Elector calla como de costumbre. Es duro bajar la cabeza, pero debemos hacerlo por fuerza. Yo espero en Dios, pero hay necesidad de prever el mal. Por eso, todo lo que podáis vender y reducir a moneda sonante, vendedlo. Después id con todas vuestras tropas a Birji, donde es más breve el camino para Curlandia. Yo os aconsejaría que os internarais en Prusia, pero por el momento aquel lugar no es seguro.

»A Babinich se le ha ordenado que marche a través de Prusia, hacia Lituania, donde debe evitar la rebelión. Habíamos intentado prenderle en Bug, y Steinbock mismo mandó contra él fuerzas considerables, pero nadie ha vuelto a dar noticias del desastre. No intentéis mediros con Babinich. Estoy curado de la fiebre. Os recomiendo a Dios.»

Esta carta desconcertó por un lado al *estarosta*, y por otro lo confortó. El príncipe estaba vivo y sano y no se encontraba en poder de Juan Casimiro. ¿Pero qué podía esperarse del porvenir? Quizá el príncipe habría podido salvarse de la ruina bajo el manto del astuto Elector, y él, Sakovich, se salvaría con el príncipe. ¿Pero qué podría hacerse de momento? ¿Ir a Prusia?

Pan Sakovich no tenía necesidad de que el príncipe le aconsejara que no se midiera con Babinich. Faltábale para esto fuerza de voluntad. ¿Debía permanecer en Taurogi? No, porque el terrible Babinich vendría a la cabeza de una poderosa horda de tártaros, todas las partidas armadas se le unirían y precipitaríase sobre Taurogi como un aluvión.

Decidió permanecer en Taurogi hasta que se supiesen nuevas noticias de Varsovia. Pero Braun de aquel consejo pasó a otro con Anusia.

Ambos disputaron largo rato. Por fin salió Braun con el semblante descompuesto, pero Anusia se precipitó en la habitación de Olenka.

—¡Olenka, ha llegado el momento! —gritó en el umbral de la puerta—. ¡Es preciso huir!

—¿Cuándo? —preguntó la valerosa muchacha.

—¡Mañana, mañana! Braun tiene el mando y Sakovich dormirá en la ciudad, habiendo sido invitado a un banquete por Pan Dzyhuk. Braun dice que irá él mismo a tomar cincuenta caballos. ¡Olenka! ¡Qué felices somos! ¡Qué felices somos!

—¿Y cómo es que antes no inducisteis a Braun a dar este paso si se podía dar? —preguntó Olenka con sorpresa.

—¡Podía! ¡Podía! ¡Oh Dios mío! ¿Vos no sabéis? ¡Pan Babinich marcha sobre Taurogi! ¡Sakovich se muere de miedo! Babinich avanza a marchas forzadas. ¿Y por qué se apresura a venir aquí?

—Por cualquier cosa que sea —exclamó Olenka levantando los ojos al cielo—, que Dios lo sostenga, lo guíe, lo bendiga y lo preserve de todo mal.

### XXXVIII

Kmita, queriendo dirigirse desde Varsovia, por Prusia, a Lituania, se había metido en un atolladero, porque poco distante de Varsovia, en Serotsk, había estacionado un numeroso cuerpo de suecos. Aquellas tropas debían impedir el asedio de la capital, pero ya que Varsovia había sido tomada, les había sido mandado que detuviesen la división que Juan Casimiro había enviado a Lituania eventualmente. A la cabeza de aquel cuerpo de ejército figuraban dos traidores polacos: Radzeyovski y Bogislao, con Douglas, experto general sueco. Cuando los jefes supieron de la expedición de Kmita, si bien era necesario de todos modos que se acercase a Lituania para salvar a Tykotsin, de nuevo asediada, decidieron encerrar en una trampa a Pan Andrés, en el triángulo existente entre el Bug y Serotsk por una parte, y Zlotorya por otra.

Kmita debía pasar a través de aquel triángulo, porque tenía prisa y aquel era el camino más breve. Pero se dio cuenta a tiempo del engaño, y estando acostumbrado a aquella clase de guerra no se desconcertó.

Por la noche pasó el Narev a nado, y asaltada la vanguardia sueca, llevó el pánico y el desorden a toda la división de Douglas.

El viejo general se quedó estupefacto del tal movimiento y declaró que aquel hombre debía tener al demonio de su parte.

—¡Es un perro rabioso! —decía Radzeyovski.

Bogislao pensaba entre sí que era también un jefe muy experto. Refirió con fanfarronería que había derribado de su caballo dos veces a aquel famoso guerrero. Douglas adivinó que debía existir entre los dos un odio personal.

El príncipe se lo negó, si bien no dio ninguna explicación; pero decidió sacar ventaja del odio mismo de Kmita para atraerlo a una trampa de la cual no podría escaparse.

—Es una vergüenza que estemos aquí fastidiados por ese ladrón —decía a Douglas y Radzeyovski—. El va por ahí como el lobo alrededor de la oveja. Yo le saldré al encuentro con un pequeño destacamento, y apenas él me asalte yo lo entretendré hasta que vengáis vosotros a reunirme; entonces veremos si podrá escapar.

Douglas, a quien fastidiaba desde algún tiempo esta caza, hizo una ligera oposición diciendo que no podía ni debía exponer a un tal dignatario a la probabilidad de ser hecho prisionero por un malandrín. Pero como Bogislao insistiese se rindió.

Se mandaron antes algunos hombres para que esparcieran la voz de que quinientos caballeros, al mando de Bogislao, avanzaban. Los generales calculaban que la gente del país informaría a Babinich, y en efecto, así sucedió.

El príncipe se dirigió, en el corazón de la noche, hacia Vansosh y Yolonka, pasó el río de Cherevino, y dejando la caballería en el campo abierto estacionó la infantería en los bosquecillos, de donde saldría inesperadamente. Mientras tanto Douglas debía avanzar a lo largo de la ribera del Narev, fingiendo ir a Ostrolenko. Radzeyovski había salido antes con la caballería ligera de Rsynejolope.

Ninguno de los tres jefes sabía dónde se encontraba Babinich en aquel momento, pero Douglas supuso que las fuerzas principales estarían en Synadov, y pensó rodearlas de modo que si Babinich se movía contra Bogislao le cortarían la retirada.

Todo parecía favorecer el plan de los suecos. Kmita se encontraba realmente en Synadov, y apenas tuvo indicios de la aproximación de Bogislao, se internó en la selva, para salir después inesperadamente cerca de Cherevino.

Douglas, pasando por una parte el Narev, encontró el rastro de los tártaros y siguió por el mismo camino detrás de Babinich, en la absoluta certeza de sorprenderlo y darle la batalla.

Finalmente, después de dos días de marcha llegó tan cerca de Cherevino que se veía el humo de las casas. Entonces se detuvo, ocupó todos los pasos y esperó.

Pero pasó el día y en la selva de Cherevino continuó reinando el más profundo silencio.

Douglas perdía la paciencia, y hacia el anochecer mandó delante un grupo de descubierta.

El grupo volvió a media noche sin haber visto ni oído nada. Al alba, Douglas avanzó con toda la división. Después de algunas horas de marcha llegaron a un lugar lleno de huellas del paso de tropas pero sin encontrar nada. Más lejos, en la selva, la vanguardia vio muchas huellas de caballería pesada y de caballería tártara. Un octavo de milla más adelante encontraron una flecha tártara despuntada. Era claro que Bogislao se retiraba perseguido por Babinich.

Douglas comprendió por todo esto que había ocurrido algo extraordinario. ¿Pero qué era?

Conocía demasiado bien al príncipe para no comprender que éste tendría buenas razones para retirarse. Así, pues, algo había ocurrido.

Solamente al siguiente día encontró la explicación. Pan Byes llegó de parte del príncipe Bogislao con un grupo de treinta caballos, para comunicarle que Juan Casimiro había mandado a la otra parte del Bug contra Douglas al vicecapitán general Goyevski, con seis mil caballeros lituanos y tártaros.

Cuando el príncipe recibió esta noticia se vio precisado a retirarse apresuradamente para reunirse con Radzeyovski, el cual podía ser destrozado.

—¿Dónde están el príncipe y Radzeyovski? —le preguntó el general.

—Diez millas distantes de aquí, cerca del río.

—¿El príncipe se ha retirado con todas sus fuerzas?

—Se ha visto obligado a dejar detrás la infantería que marcha a través de la selva para evitar a los tártaros.

Douglas se puso inmediatamente en camino para reunirse con el príncipe y Radzeyovski, el cual temía la prisión más que a la muerte, sabiendo que como traidor y como causante de todas las desgracias de la República tendría que rendir una terrible cuenta.

Pero Douglas no lograba comprender por qué Juan Casimiro mandaba a Goyevski al otro lado del Bug. El rey de Suecia y el Elector iban sobre Varsovia, donde tarde o temprano se daría una batalla general, y era extraño que el rey de Polonia, aun teniendo fuerzas abundantes, se desprendiese de seis mil hombres.

Verdad es que Goyevski había librado a Babinich del embarazo, pero no era preciso enviar una división entera para salvar a Babinich; luego la expedición debía tener algún secreto objetivo que el general no podía adivinar.

A los pocos días recibió una carta de Carlos Gustavo, en la cual éste manifestaba la opinión de que Pan Goyevski no había sido mandado para atacar a Douglas ni para ir a Lituania a ayudar a los insurrectos, sino para amenazar a Prusia, esto es, la parte oriental, que estaba completamente desprovista de tropas. La carta terminaba ordenando a Douglas que maniobrara con todas sus fuerzas de manera de impedir la entrada del vicecapitán general en Prusia.

Douglas se ciñó inmediatamente al cumplimiento de las órdenes del rey y logró impedir momentáneamente a Goyevski que avanzara hacia Ostrolenko. La falta de provisiones constriñó a los suecos a dividirse en pequeños grupos para que fuese más fácil la adquisición de mantenimiento, y en pocos días Babinich destruyó una gran parte de ellos.

Esto contribuyó a aumentar la fama de Babinich, el cual uniéndose poco después con Goyevski en Ostrolenko, cuando éste justamente acababa de recibir orden del rey de retroceder hacia Varsovia. Babinich pudo gozar de la compañía de sus amigos Zagloba y Volodiovski, que a la cabeza del escuadrón de Lauda seguían al capitán general, porque éste quería penetrar en Prusia, mientras ellos debían volver a Varsovia.

—Por amor de Dios —dijo Kmita a sus amigos antes de dejarlos—, mandadme noticias de la batalla que se prepara en Varsovia. Contaré los días y las noches hasta que sepa algo cierto.

Zagloba se apoyó un dedo en la frente, y dijo:

—Oíd mi profecía. O perderemos esa batalla, o la ganaremos.

—¡Valiente profecía! —exclamó Volodiovski.

—Suponiendo que la perdamos —continuó Zagloba sin hacer caso de la interrupción—, ¿sabéis qué sucederá? ¿No lo sabéis? Pues bien; yo os digo que no sucederá nada. Al punto a que han llegado las cosas, podemos perder cincuenta batallas y la guerra seguirá adelante, porque los nobles se agruparán continuamente para defender la patria, y con ellos el pueblo. Pero si los suecos pierden una gran batalla, el diablo se los lleva a todos a su casa y al Elector con ellos.

Y vaciando su vaso, el viejo continuó con mayor fervor:

—Escuchadme, porque no oiréis de ninguna boca lo que vais a oír de la mía. ¿Sabéis qué es lo que pende sobre la cabeza de esos vándalos? ¡La destrucción! ¿Sabéis lo que nos espera? ¡La victoria! Si nos derrotan cien veces, nosotros los derrotaremos la ciento una, y ésta será la última.

Kmita enrojeció de placer exclamando:

—¡Vive Dios que tiene razón! ¡Sí... ésa será la última!

—Y será así —añadió Zagloba—, porque Dios está con el justo, y, tarde o temprano, triunfan la verdad y la justicia.

Y volviéndose especialmente a Kmita, prosiguió:

—Vos mataréis al traidor Radzivil; iréis a Taurogi; recuperaréis la mujer amada, os casaréis con ella y Dios bendecirá vuestra unión. Que se me caiga la lengua si no es verdad lo que os digo. ¡Pero, por amor de Dios, no me ahoguéis!

Zagloba tenía razón al hablar así, porque Kmita lo tomó entre sus brazos, lo levantó y empezó a estrecharle de tal modo, que al viejo le faltaba la respiración. Apenas se hubo recobrado, cuando Pan Miguel, asiéndole una mano, le dijo:

—¿Y a mí no me pronosticáis nada?

—Dios te bendecirá, Miguel, y tú también serás feliz con aquella coquetuela que te dará una nidada de hijos.

—¡Viva! —gritó Volodiovski—. ¡Así sea!

—Pero antes que todo, es preciso acabar con los suecos —añadió Zagloba.

—¡Oh, sí! —gritaron los jóvenes coroneles golpeando el suelo con sus sables—. ¡Victoria para Polonia y muerte a los suecos!

### XXXIX

Una semana después Kmita atravesaba la línea de la frontera de Prusia electoral y llegaba a Raygrad.

Douglas, Radzeyovski y Bogislao, después de haber dejado reducidas guarniciones en los castillos, se pusieron en persecución de Goyevski.

Kmita tuvo informes de esto antes de pasar la frontera y se dolió mucho de no haber topado con su mortal enemigo cara a cara, tanto más cuanto que temía que Volodiovski, que también lo había jurado, le infligiese el merecido castigo.

Ahora, no pudiendo desahogar su venganza contra el traidor, la desahogó de una manera terrible en las tierras del Elector.

Kmita había tenido sujetos a sus tártaros con mano de hierro y al dejarlos libres cómo una bandada de aves de rapiña, se convirtieron en una horda salvaje que saqueaba y mataba. Los unos se adelantaban a los otros, y como no podían hacer prisioneros nadaban en sangre de la mañana a la noche.

Kmita avanzaba siempre hacia el Norte a lo largo de la frontera, incendiando y matando sin piedad. La tristeza le oprimía terriblemente. Hubiera querido encontrarse en Taurogi a la mañana siguiente; pero el camino era aún difícil y largo, porque al fin empezaban a tocar a rebato todas las campanas de la provincia prusiana.

Todos empuñaban las armas para resistir a los terribles invasores. Se llamaron todas las guardias de las ciudades más remotas y se formaron regimientos hasta de niños.

Pan Andrés hubiera podido entrar en la República, a despecho de los suecos, y dirigirse a Taurogi; pero desistió de ello porque no quería anteponer sus intereses privados al servicio de la patria.



En tanto llegó una noticia que dio valor a las poblaciones prusianas, pero que hirió ásperamente el corazón de Babinich, esto es, la noticia de la gran batalla de Varsovia perdida por el rey de Polonia.

—Carlos Gustavo y el Elector han derrotado las tropas de Juan Casimiro —repetían con placer los prusianos—; Varsovia ha sido recobrada. Esta es la mayor victoria de esta guerra y ahora se acabó la República.

Kmita se arrancaba los cabellos y se mordía los puños de rabia.

—Caeré yo también —dijo—, pero antes nadará en sangre todo este país.

Y empezó a combatir como un loco que busca la muerte.

En sus tártaros se desvaneció toda huella de humanos sentimientos; convirtiéronse en animales feroces.

Kmita les impedía que se cargasen de botín. Únicamente tomaban dinero y oro que cosían a la silla.

Pasó otro mes en batallas y fatigas superiores a toda resistencia humana.

Los caballos tenían absoluta necesidad de algunos días de reposo; y el joven coronel, deseando además adquirir noticias y cubrir las bajas en sus filas con nuevos voluntarios, se retiró cerca de Dospada en los confines de la República.

Las noticias llegaron pronto y tan agradables que Kmita se volvía loco de alegría; era cierto que el valiente desgraciado Juan Casimiro había perdido una gran batalla de tres días en Varsovia; pero, ¿por qué razón?

La milicia general en su mayor parte había vuelto a sus hogares, y la que había permanecido en el campo no había combatido con el mismo ardor que en la toma de Varsovia. Al tercer día se produjo un pánico, pero en los dos primeros la victoria estaba de parte de los polacos.

Las tropas regulares, sin embargo, habían demostrado tal fuerza de resistencia, que los mismos generales suecos habían quedado atónitos.

Juan Casimiro se había cubierto de una gloria inmortal y hasta se decía que se había mostrado tan gran capitán como Carlos Gustavo, y que si todas sus tropas hubiesen combatido al enemigo como él, habría ganado la batalla y con ella la guerra habría concluido.

Supo, además, que el mismo Elector pensaba más que nunca en la salvación, pues en Varsovia habían caído gran número de hombres suyos y los remanentes morían diezmados por las enfermedades.

Así que Kmita hubo llenado sus filas y hecho reposar los caballos, repasó los confines por Dospada y cayó de nuevo sobre los prusianos.

Otras bandas siguieron su ejemplo, encontrando poca resistencia. Entretanto llegaron noticias más consoladoras y felices.

Decíase que Carlos Gustavo se había corrido hacia Radom y se retiraba a toda prisa a Prusia. ¿Por qué? No se supo sino algún tiempo después, pero por fin el hombre de Charnieski resonó en toda la República. Había vencido en Lipets, en Stjhemmesno y en Rava, donde había destrozado la retaguardia de Carlos; después atacó y deshizo completamente dos mil hombres de a caballo, salidos de Cracovia. El coronel Forgell, hermano del general, trece capitanes y veinticuatro tenientes fueron hechos prisioneros. Algunos, en el calor de su entusiasmo, decían que Juan Casimiro no había sido vencido, y que su marcha a través de la República era una estratagema para destruir por partidas al enemigo. El propio Kmita era de este parecer. Soldado desde su adolescencia, entendía en asuntos de guerra y sabía que ningún vencedor se veía, después de la victoria, en peores condiciones que antes.

Pan Andrés recordó entonces las palabras de Zagloba, que las victorias no harían prosperar la causa de los suecos, que una sola derrota los destruiría.

Recordó también la profecía que le afectaba personalmente. Entonces sintió que le ardía la sangre en las venas; no quiso perder tiempo y decidió abandonar la matanza de prusianos para correr a Taurogi.

La víspera de su partida de Prusia, un noble de Lauda, del escuadrón de Volodiovski, le trajo una carta de éste.

«Vamos con Sapihea y el príncipe Miguel Radzivil contra Bogislao y Valdek —escribía Miguel—. Venid, ya que se nos abre vasto campo a la venganza; venid, porque hemos de hacer pagar a los prusianos el mal que han hecho a la República.»

Kmita no daba crédito a sus propios ojos; sospechó que el mensajero había sido enviado por algún comandante sueco para hacerle caer en una emboscada, pero en seguida reconoció al noble y se desvanecieron sus sospechas.

No vaciló un momento y corrió a marchas forzadas. Dos días después, ya avanzada la noche, se echaba en brazos de Volodiovski, y estrechándole, le dijo:

—Valdek y Bogislao están en Pratski y fortifican el campo. Saldremos hacia allí al rayar el alba, es decir, dentro de dos o tres horas.

—Un presentimiento me dice que Dios lo pondrá en mis manos —dijo Kmita conmovido.

—No os envidiaré esta fortuna, porque tenéis más graves razones que yo —replicó Volodiovski—. Además, habéis realizado grandes empresas; ni el propio Zagloba sería capaz de inventar, para alabarse a sí mismo, hazañas tan maravillosas como vos habéis realizado.

—¿Dónde está Zagloba?

—Se quedó con Sapihea llorando desconsoladamente por Kovalski.

—¿Ha muerto?

—Sí. ¿Sabéis quién lo ha matado?

—¿Cómo queréis que lo sepa?

—El príncipe Bogislao.

Kmita rechinó los dientes y se dejó caer en un banco cubriéndose el rostro con las manos.

—Roch Kovalski ha muerto como un Valiente caballero —añadió Pan Miguel—. El propio Carlos Gustavo, después de la batalla, ordenó que se le hiciesen funerales y que un regimiento de su guardia le rindiese honores al cadáver.

—Decidme lo que ha ocurrido, eso aumentará mi rabia —repuso Kmita.

Pan Miguel se escanció un vaso de vino, bebió y empezó:

—En el segundo día de la batalla, en que la suerte parecía incierta, los húsares de Lituania, mandados por el príncipe Polubinski, a cuyo cuerpo servía Kovalski, empezaron el ataque. Eran mil doscientos hombres. Vimos la infantería de Brandeburgo plantar sus picas en el suelo para rechazar el primer golpe. Comenzaron a disparar los mosquetes y todo quedó envuelto en humo. Por poco tiempo los húsares quedaron como invisibles, pero luego se sintió el estrépito del trueno. Miramos. ¡Jesús, María! Los hombres del Elector yacían todos por tierra. Los húsares galopaban a lo lejos; asaltaban un regimiento de caballería, y luego otro de infantería abatiéndolo todo. El tumulto era espantoso. Los húsares habían ido más allá del ejército enemigo, cuando encontraron un regimiento de la guardia real a caballo entre la cual iba el mismo Carlos Gustavo; lo atacaron como un torbellino y lo desbarataron.

Aquí Pan Miguel se calló y Kmita exclamó:

—¡Oh Madre de Dios! ¡Ver tal cosa y morir después!

—Jamás he visto un ataque semejante —continuó el pequeño caballero—; se nos ordenó a nosotros atacar y yo no vi nada más. Pero he oído de un testigo ocular que

Carlos Gustavo corrió el peligro de ser muerto. Los generales le suplicaban que se retirase, pero él no quiso escucharlos. Siguió hacia adelante y Kovalski le reconoció y se precipitó contra él. Chocaron los pechos de los dos caballos y el rey y su cabalgadura rodaron por el suelo. Carlos Gustavo se levantó prontamente, disparó una pistola y falló el tiro. El casco del rey había caído. Kovalski miróle la cabeza. Los suecos se estremecían de terror... cuando Bogislao, como vomitado por las entrañas de la tierra, disparó una pistola en el oído de Kovalski, y lo mató.

Pan Miguel hizo la señal de la cruz y añadió:

—¡Oh Señor! ¡Dale el eterno reposo y que la luz resplandezca para él eternamente!

—¡Por los siglos de los siglos! —respondió Kmita—. Recordad, señor, que Bogislao es enemigo vuestro porque es un hereje.

—Y un enemigo de la patria —añadió Pan Miguel—. Su fin se aproxima. Zagloba estuvo inspirado cuando lo predijo después de aquel ataque de los húsares.

—¡Si Dios me asiste pagará bien pronto todas sus traiciones! —exclamó Kmita.

Mientras decía así, se oyó a lo lejos el canto del gallo, y después el clamor de las trompetas. Bien pronto se puso en movimiento el campamento. Crujieron las armas, los caballos relincharon; obscuras masas de caballería se agrupaban en la carretera.

A los primeros reflejos de la claridad naciente, la vanguardia se ponía en marcha, con Kmita a la cabeza, hacia Protovski.

## XL

El 6 de septiembre las tropas polacas se detuvieron en Vansosh, para descansar antes de la batalla. Goyevski contaba entretenerse algunos días, pero los acontecimientos lo dispusieron de otro modo.

Babinich, que conocía bien la frontera, fue mandado a un reconocimiento con dos escuadrones de lituanos y un nuevo destacamento de tártaros, y se le recomendó que tomase gente que pudiese darle informes. Cuarenta y ocho horas después volvía con gran cantidad de prisioneros suecos y prusianos, entre los que se encontraba el renombrado Von Rossel, a las órdenes de Bogislao.

Babinich, poniendo la espada en la garganta del oficial, le había obligado a dar las informaciones que deseaba.

El comandante en jefe de las tropas era Valdek, pero en realidad dependía completamente de Bogislao, a cuya influencia estaba sometido el propio general sueco Israel.

Pero la información más importante de Rossel era que dos mil hombres escogidos de la infantería de Pomerania debían salir de Elko para reforzar a Pototski; pero el conde Valdek, temiendo que éstos fuesen alcanzados por la horda, quería dejar el campo fortificado, unirse con los regimientos de la Pomerania, y después atrincherarse de nuevo. Bogislao, al decir de Rossel, era contrario a este plan y sólo se adhirió a última hora. Goyevski quedó muy contento, porque tenía seguridad de la victoria. El enemigo podía defenderse en las trincheras por algún tiempo; pero ni la caballería sueca ni la prusiana podían luchar contra la polaca en campo abierto.

Bogislao estaba también persuadido de esto, y de aquí que no aprobara los planes de Valdek.

Volodiovski y Babinich condujeron a Rossel a sus cuarteles, para tener más informes acerca de Bogislao.

El capitán fue al principio asaltado por serios temores, pues sentía aún en la garganta la espada de Kmita. Pero el vino le desató la lengua. Como llevaba largo tiempo en la República, pudo contestar en polaco a Pan Miguel, que no sabía ni una palabra del idioma sueco.

—¿Servís mucho tiempo a las órdenes de Bogislao? —preguntóle Volodiovski.

—Yo sirvo al Elector, pero mi regimiento fue confiado al mando del príncipe.

—¿Conocéis a Pan Sakovich?

—Lo he visto en Konisberg.

—¿Con el príncipe?

—No; Sakovich se ha quedado en Taurogi.

Volodiovski suspiró y estremeciéndose.

—Decididamente no tengo fortuna —dijo.

—¡No os aflijáis! —añadió Babinich—. Vos lo encontraréis, y si no, lo encontraré yo.

Y volviéndose a Rossel:

—Vos sois un antiguo soldado y conocéis nuestra caballería de hace mucho tiempo.

¿Qué pensáis? ¿De qué parte puede decidirse la victoria?

—Si salen de las trincheras se decidirá por vuestra parte; pero no podéis tomar las trincheras sin infantería ni cañones, tanto más cuanto que todo ha sido ejecutado bajo la dirección de Radzivil.

—¿Lo reputáis, pues, como buen general?

—No sólo yo sino los demás. En Varsovia el rey de Suecia, siguiendo sus consejos, obtuvo la victoria.

—¿Está bueno ahora Bogislao? —preguntó Volodiovski—. Ha sufrido mucho tiempo de una fiebre que debe haberlo debilitado.

—Ahora está bueno y sano —replicó Rossel—, pero si no modera los ímpetus de su sangre no gozará de larga vida.

—Así lo creo —murmuró Babinich entre dientes.

—¿También se da a la galantería en los campamentos? —preguntó Pan Miguel.

—Sin duda —replicó Rossel—. Yo mismo he visto dos bellísimas jóvenes en su tienda... Los criados me dijeron que estaban muy amartelados, pero...

Al oír aquellas palabras, Babinich se puso de todos colores. Saltó en pie, y asiendo a Rossel por el brazo lo sacudió violentamente gritando:

—¿Eran polacas o alemanas?

—No son polacas... —contestó Rossel espantado.

Babinich miró a Pan Miguel y ambos exhalaban un suspiro de satisfacción.

—Señores —dijo Rossel—, permitidme que repose un poco. Los tártaros me han arrastrado diez millas con una cuerda al cuello, y no puedo tenerme en pie.

Kmita llamó a Soroka y le recomendó al prisionero. Después volvió al lado de Pan Miguel.

—Es preciso terminar —le dijo.

—Es preciso —replicó Volodiovski golpeando el sable.

En aquel momento sonaron las trompetas en el campo del vicecapitán general, a las que respondieron inmediatamente las de los escuadrones lituanos.

Una hora después las tropas se pusieron en marcha.

Aun no habrían recorrido cien millas, cuando se vio venir de Bieganski un mensajero del escuadrón de Korsak que traía la noticia de que había sido capturado un

destacamento. Interrogados los prisioneros confesaron que todo el ejército debía dejar a Pototski hacia las ocho de la mañana y que las órdenes habían sido dadas ya.

—Espoleemos los caballos —dijo Goyevski—, y si Dios quiere, antes de la noche ese ejército habrá dejado de existir.

Kmita con sus tártaros corrió delante de todos. A unas dos millas de Pototski se detuvieron para dar un breve descanso a los caballos.

Kmita, tomando un caballo de refresco, siguió adelante para espiar los movimientos del enemigo.

A la media hora topó con un destacamento mandado por Korsak, que iba a la descubierta.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntóle.

—No duermen; hay gran movimiento en el campo —respondió el comandante—. Ya habrían partido, pero no tienen suficientes carros.

Kmita subió a una altura cubierta de bosques, desde la cual podía observar al enemigo sin ser visto.

En efecto, nadie dormía y se preparaban evidentemente a la marcha, porque en el centro se notaba un gran movimiento.

Pan Andrés fue en busca del destacamento y dijo al comandante:

—Se disponen a marchar... pero antes de que se muevan se necesita bastante tiempo. Transcurrirán una o dos horas y entretanto el vicecapitán general ya estará aquí.

Así diciendo espoleó el caballo y volvió a rienda suelta hacia el escuadrón.

Encontró a Goyevski a caballo. Pan Andrés le contó minuciosamente lo que había visto. El vicecapitán le oyó con extrema satisfacción y avanzó inmediatamente con sus escuadrones.

Como Kmita había predicho, dos horas después se detenían al pie de aquella altura desde la cual había observado al enemigo.

El comandante del destacamento, viendo aproximarse a las tropas, se lanzó hacia ellas, informando al vicecapitán de que el enemigo, después de haber hecho retroceder a los piquetes al lado de acá del río, se había puesto en movimiento, y que la retaguardia salía en aquel momento de las trincheras.

Entonces Goyevski sacó el bastón de mando y dijo:

—Ahora no pueden volver atrás, porque los carros les interceptan el camino. ¡Adelante, en nombre de Dios!

Los escuadrones., el uno después del otro, subieron a la altura al trote.

Valdek no esperaba tan pronto a las huestes enemigas. Después de un cuarto de hora los dos ejércitos se encontraron uno enfrente del otro, separados únicamente por un río.

El primer disparo fue hecho por los prusianos contra los polacos.

La batalla había empezado.

El mismo vicecapitán general se lanzó hacia las tropas de Kmita, gritando:

—¡Adelante, Babinich, adelante en nombre de Dios, contra aquella línea!

Y señaló con el bastón un regimiento de caballería.

—¡Seguidme! —mandó Pan Andrés, y con la velocidad de una flecha partida del arco se dirigió al río.

En vista de esto el regimiento de caballería salió a su encuentro, primero al paso, después al trote. Cuando estuvieron a cien pasos del enemigo, se oyó la voz: «¡Fuego!», y en el mismo instante se levantaron mil manos armadas de pistolas.

Una nube de polvo cubrió el espacio; después los dos ejércitos chocaron de un modo terrible. Al primer ímpetu los caballos retrocedieron; sobre la cabeza de los combatientes brillaron los sables y en toda la línea empezó una terrible matanza.

Kmita mismo, cubierto de una malla, regalo de Sapihea, combatió como un simple soldado, teniendo al lado a los dos Kyemlich y a Soroka, encargado este último de velar por su jefe; y a cada momento uno de ellos se volvía a diestra o a siniestra descargando un terrible golpe.

Kmita se lanzaba con su caballo en medio de la batalla, empleando sus golpes secretos y su fuerza gigantesca, matando sin piedad.

Muchos retrocedían delante de aquel hombre terrible.

Finalmente, Pan Andrés golpeaba en la sien al abanderado, que cayó lanzando un fuerte grito y abandonó la bandera. En aquel momento el centro se dividió, y los flancos, desordenados, reducidos a dos informes masas, huyeron rápidamente hacia la línea más lejana del ejército.

Kmita dirigió la mirada al fondo del campo y de pronto descubrió un regimiento de dragones que volaba como el viento en ayuda de la caballería derrotada.

—¡No importa! —pensó entre sí—. ¡Volodiovski pasará pronto el vado para auxiliarme!

En aquel instante tronó el cañón tan fuerte que la tierra retembló, y la mosquetería de la trinchera disparó contra las filas más avanzadas de los polacos.

En medio del humo, Kmita con sus voluntarios y los tártaros se batían contra los dragones.

Pero de la parte del río nadie venía en su ayuda.

El enemigo había dejado pasar a Kmita el vado intencionadamente; después había arrojado sobre el río una tal lluvia de balas y granadas, que era imposible atravesarlo.

Entonces Goyevski se lanzó al galope, y viendo que era imposible vadear el río, arrugó el entrecejo, miró por un momento con el antejo la línea entera de las tropas enemigas y gritó a su ayudante:

—¡Corred a Hassan Bey, que haga pasar la horda como pueda, por otro punto, y después que ataque por el flanco al enemigo! ¡Todo lo que encuentren en los carros será para ellos!

El ayudante galopó y Pan Goyevski avanzó por entre el césped hasta donde estaba el escuadrón de Lauda.

Volodiovski estaba a la cabeza del escuadrón, triste y silencioso.

—¿Qué pensáis? —preguntó el vicecapitán—. ¿Pasarán los tártaros?

—Los tártaros pasarán, pero Kmita perecerá —respondió Pan Miguel.

—Si Kmita tiene tanto valor como inteligencia, puede ganar la batalla y no morir.

Volodiovski no respondió, pero pensó:

—Sería necesario no hacer pasar el río a nadie o a los cinco regimientos al mismo tiempo.

Y de pronto exclamó:

—Si Vuestra Gracia me lo ordenase de nuevo, probaría vadear el río.

—¡No daré esa orden! —exclamó Goyevski, con alguna aspereza—. Basta con que perezcan aquellos.

—Aquellos ya han perecido —respondió Volodiovski.

El tumulto llegaba cada vez más claro. Evidentemente Kmita se retiraba hacia el río.

—¡Esto es lo que yo quería! —gritó Goyevski, y con una gran carrera se reunió con el escuadrón de Voynilovich.

En efecto, Kmita se retiraba con sus hombres; se batía con las pocas fuerzas que le quedaban y con la sola esperanza de que alguien fuese en su ayuda.

Pasó otra media hora; de pronto el regimiento de caballería pesada de Bogislao se lanzó en auxilio de los dragones.

—¡La muerte viene! —pensó Kmita viéndole llegar.

Pero él era un hombre que no temía perder la vida y esperaba siempre en la victoria.

El regimiento de Bogislao avanzaba a todo correr y no estaba distante un centenar de pasos. En un momento hubiese destruido a los tártaros.

Pan Andrés se llevó entonces el silbato a la boca, y emitió un agudo silbido.

Los tártaros hicieron volver los caballos y con la rapidez del rayo huyeron.

El remanente de la caballería acorazada, los dragones rojos y el regimiento de Bogislao se precipitaron en seguimiento suyo.

El vado sólo estaba a un centenar de pasos.

Pocos momentos después la primera fila de los perseguidores empezaba a alcanzar con el sable a los tártaros que iban a la zaga.

De pronto sucedió una cosa extraordinaria.

Apenas la horda estuvo cerca del vado, resonó un silbido tremendo, y la masa inmensa de tártaros, en lugar de lanzarse al río, se dividió en dos alas que tomaron a la derecha y a la izquierda.

Los regimientos que los seguían no pudieron contener el ímpetu de la carrera y se precipitaron en el río. Goyevski no esperaba más que aquel momento.

Apenas la caballería estuvo en el agua, el terrible escuadrón real de Voynilovich se precipitó a su frente como un huracán. Después los de Lauda y de Kordask, el escuadrón de voluntarios y por último el de coraceros del príncipe Miguel Radzivil.

Antes que los dos regimientos prusianos hubiesen podido recobrase, ya estaban destruidos.

En un momento enrojeció el río.

Pan Goyevski estaba radiante de gozo, porque una vez que la caballería estuviese a la otra parte del río, la victoria era segura.

Entretanto, Valdek, Bogislao e Israel mandaron toda la caballería a detener el ataque, y se apresuraron a alinear la infantería.

Ni Bogislao, ni Valdek, ni Israel, se lisonjearon de que su caballería pudiese detener a la polaca.

Aconteció lo que preveían los jefes prusianos. El ímpetu de la caballería lituana fue tal, que los adversarios no resistieron sino un momento.

—¡En guardia! —exclamaron los oficiales del cuadro—. ¡Fuego!

Los mosqueteros hicieron una descarga cerrada, pero después de un instante la temible caballería polaca se precipitaba contra el cuadro y el regimiento quedaba disperso.

Se veían tan solamente grupos de soldados de infantería que huían en desorden.

Los caballeros grises los perseguían gritando:

—¡Lauda!. ¡Lauda!

Volodiovski con su escuadrón forzó el segundo cuadro.

Pero la victoria podía sonreír aún a los prusianos, porque tenían dos regimientos intactos.

Valdek estaba confuso. Sólo Bogislao velaba y disponía. Viendo el creciente peligro, mandó a Pan Byes que tomase aquellos dos regimientos.

Byes partió al galope; pero media hora después volvía con el terror pintado en los ojos.

—¡La horda ha penetrado en el campo! —gritó de lejos.

En efecto, se oyó en aquel momento un terrible alarido, que iba aproximándose cada vez más.

Pronto aparecieron grupos de soldados prusianos presa de gran pánico, que corrían al azar a campo traviesa.

—¡Hussan Bey ha penetrado en el campo sueco! —exclamó Goyevski radiante de júbilo.

De todo el brillante ejército sueco-prusiano no quedaba sino una masa confusa, y la batalla no era ya una derrota sino un completo desastre.

Bogislao, viendo que todo estaba perdido, resolvióse al menos a salvarse con el resto de la caballería. Logró reunir algunos grupos dispersos y con ellos huyó hacia el ala izquierda.

Estaba ya lejano cuando el príncipe Miguel Radzivil con sus húsares lo atacó por el flanco izquierdo y dispersó de un solo golpe el destacamento entero. Tras esto, los hombres de Bogislao escaparon en grupos aislados fiando en la velocidad de sus caballos.

Bogislao, sobre el caballo negro de Kmita, iba como el viento, llamando en vano a los pocos hombres que quedaban. Cada cual huyó por su cuenta, dichoso de no ver enemigos delante. Pero de pronto se oyeron próximos gritos de tártaros. Era Kmita que volvía del vado para cortar la retirada a los fugitivos.

Kmita buscaba a Bogislao. Por fin le reconoció en el caballo negro que montaba y por las plumas del casco. El príncipe, viendo un numeroso grupo que venía por un lado y a Kmita por otro, huyó como un ciervo acosado por los cazadores.

Pan Andrés, a la cabeza de cincuenta hombres, le perseguía.

Pero la distancia, en vez de disminuir, aumentaba.

Finalmente, desesperado, se alzó sobre la silla, y gritó con cuanta voz tenía:

—¡Huye, traidor! ¡Huye, vil, ante Kmita! ¡Pero yo te encontraré, si no hoy, mañana!

Apenas habían resonado aquellas palabras, cuando el príncipe, que las había oído, miró a sus espaldas, y viendo que sólo Kmita iba tras él, volvió el caballo y estoque en mano esperó el ataque.

Pan Andrés lanzó un grito de supremo gozo y sin frenar la carrera levantó la espada.

Los dos adversarios se juntaron de tal modo, que sus caballos se rozaban. Se oyó un terrible choque de aceros; la vista no podía seguir el fulmíneo centelleo de las armas, ni distinguir a los combatientes.

Bogislao, tras algunos golpes, cesó de despreciar a su adversario. El sudor corríale copiosamente por el rostro junto con los afeites. Bien pronto sintió cierta rigidez en el brazo, y queriendo terminar pronto, empezó a golpear con tal furia, que le cayó el casco.

Kmita paraba con tal fuerza, que el estoque de Bogislao se dobló; antes de que pudiese defenderse, Andrés le descargó un terrible tajo sobre la cabeza.

—¡Cristo! —exclamó el príncipe rodando sobre el suelo.

Pan Andrés quedó aturdido en el primer momento, pero se repuso inmediatamente, saltó de la silla y se acercó al príncipe.

Estaba terrible, pálido como un muerto por la emoción; llevaba pintado en el rostro un odio inexorable.

Bogislao, con ojos desencajados, lo miraba fijamente.

—¡No me matéis! ¡Me rescataré! —gritó de pronto.

Kmita, en vez de contestar, puso un pie sobre el pecho de Bogislao y apretó con toda su fuerza; después le apoyó la punta de la espada en el cuello. Pero no quería matarlo en seguida. Quería saciarse con aquella vista, hacer más dolorosa la muerte de su enemigo.

El príncipe, de cuya frente corría la sangre cada vez más copiosamente, habló aún, pero con voz sofocada, porque Kmita le oprimía el pecho.

—¡La joven... oídme! —dijo.

Apenas oyó Kmita estas palabras, separó el pie.

—¡Hablad! —dijo.

Bogislao suspiró profundamente y por fin dijo:

—La joven morirá si vos me matáis. He dejado órdenes.

—¿Qué habéis hecho? —preguntó Kmita.

—Respetadme la vida y os la daré. Lo juro sobre el Evangelio.

—¡No os creo, traidor! —exclamó Kmita.

—¡Sobre el Evangelio lo juro! —repitió el príncipe— Os daré un salvoconducto y una orden escrita.



—Sea, pues; os dejaré la vida. Me daréis la carta, pero, entretanto, os entregaré a los tártaros, de los cuales seréis prisionero.

—Está bien —repuso Bogislao con débil voz.

Luego murmuró:

—¡Me desvanezco! Pan Kmita, debe haber agua por ahí...

—¡Muere, parricida! —gritó Pan Andrés.

Pero el príncipe, que no había perdido la fuerza moral, dijo:

—Sois loco... Pan Kmita. Si muero, muere ella...

Sus labios palidieron y perdió la voz.

Kmita corrió a ver si encontraba algún estanque. El príncipe desmayóse, pero al poco rato volvió en sí, afortunadamente para él. En efecto, en aquel momento llegaba el primer tártaro el cual, viendo aquel enemigo que yacía en tierra, iba a rematarlo con su lanza. El príncipe lanzó un grito que hizo volver atrás a Kmita:

—¡Detente, perro! —gritó éste al tártaro.

Luego le mandó que fuese a buscar agua y se quedó con el príncipe, porque vio venir a lo lejos a los Kyemlich, Soroka y todo el destacamento.

—Akbah-Ulan —dijo Kmita—, he aquí el jefe del ejército que hemos vencido esta mañana, el príncipe Bogislao Radzivil. Lo dejo para que lo vigiléis, tened cuidado, vos me respondéis de su vida. Ponedle un lazo al cuello.

Después de esto montó a caballo, y con una parte de los tártaros marchó al campo. Vio a la distancia a los abanderados, con sus insignias, pero había pocos escuadrones porque los otros estaban en seguimiento del enemigo.

Kmita detuvo el paso y llegó hasta el vicecapitán general, que gritó:

—¡Viva Babinich!

—¡Viva Babinich! —gritaron todos—. ¡Viva! ¡Viva!

—¿Quién os ha enseñado el arte de la guerra, valeroso soldado —exclamó Pan Goyevski entusiasmado—, que en un momento sabéis lo que hay necesidad de hacer?

Kmita no decía una palabra de tan cansado que estaba, y únicamente se limitaba a saludar, inclinando la cabeza a diestra y a siniestra.

Los escuadrones volvieron uno tras de otro, y a medida que llegaban unían sus vítores a los otros en honor de Babinich.

—¡Esta es una de las más grandes victorias de la guerra! —exclamó Pan Goyevski—. Israel y Valdek son prisioneros; los coroneles han caído, el ejército ha sido destruido.

Y volviéndose a Babinich añadió:

—Vos estabais de aquella parte y debéis haber encontrado a Bogislao. ¿Qué ha sido de él?

—Dios lo ha castigado por mi mano. Y extendió la diestra.

En aquel momento el pequeño caballero se arrojó en sus brazos.

—¡Yendrek! —gritó—. Dios os bendiga.

Pero de pronto Pan Miguel Radzivil preguntó con voz grave:

—¿Ha muerto mi primo?

—No ha muerto —respondió Andrés porque le he hecho gracia de la vida; pero está herido, es prisionero, y mis tártaros lo conducen aquí.

A estas palabras el estupor se pintó en la faz de Volodiovski, mientras que el caballero miraba la altura, donde se descubría un destacamento de algunas decenas de tártaros que avanzaban lentamente.

Pan Goyevski y los oficiales vieron que conducían a un prisionero y reconocieron a Bogislao. Caminaba con una cuerda al cuello, al lado de un jinete tártaro, sin el casco, con la cabeza vendada y ensangrentado.

El príncipe Miguel se cubrió los ojos, porque al fin era un Radzivil al que se trataba con tanta humillación. Enrojeció su rostro y exclamó:

—¡Señores, éste es primo mío y es mi sangre! Consideraré enemigo mío a cualquiera que levante la mano contra ese desgraciado.

Los caballeros enmudecieron.

El príncipe Miguel era muy amado por su valor y por el amor que tenía a la patria. Por eso su voz encontró pronto un eco, y algunos oficiales, clientes de Radzivil, gritaron:

—¡Sacadlo de las manos de los tártaros! Dejemos que lo juzgue la República, y no permitamos que la sangre honrada sea insultada por los paganos.

—¡Quitémoslo a los tártaros! —exclamó el príncipe—. Lo pondremos en un sitio seguro y él pensará en rescatarse.

—¡Yo mismo me ofrezco en garantía a los tártaros! —dijo Pan Snoinski.

—Con permiso de Vuestra Alteza —gritó Kmita—. El príncipe es prisionero mío. Yo le he perdonado la vida bajo una condición, por la cual ha jurado sobre su herético Evangelio, y él no saldrá de las manos en que yo le he puesto, porque mantendrá el pacto jurado.

Dicho esto castigó al caballo y cerró el camino. Su salvaje naturaleza estaba excitada y pronto llegaría al último extremo.

—¡Silencio, señores! —gritó Pan Goyevski—. En virtud de mi autoridad de vicecapitán general, declaro que Pan Babinich tiene derecho sobre su prisionero.

El príncipe Miguel contuvo su cólera, y volviéndose a Pan Andrés le dijo:

—¿Qué queréis por su rescate?

—Que observe las condiciones antes de que vuelva a ser libre.

—Ya las cumplirá cuando sea puesto en libertad.

—¡Imposible! Yo no lo creo.

—Entonces, yo juraré por él; ¡por la Santísima Virgen! reconozco, bajo mi palabra de caballero, que todo será cumplido.

—Esto me basta —dijo Kmita—. Fío en vuestra palabra.

—Os doy las gracias, caballero —respondió el príncipe Miguel—. Por lo demás, no puedo yo dejarle libre. Lo entregaré al vicecapitán general y permanecerá prisionero hasta que el rey pronuncie su sentencia.

Hassan-Bey opuso una viva resistencia y solamente la promesa de que le darían once mil táleros por el rescate le convenció.

Aquella misma noche Bogislao se hallaba en la tienda de Goyevski. Fue curado con premura. Dos médicos no lo dejaban ni un sólo momento, y los dos garantizaron su vida, porque la herida no era muy grave.

Volodiovski no podía perdonar a Kmita el que hubiese dejado vivo al príncipe y por la cólera lo evitó todo el día. Pero por la noche el mismo Pan Andrés fue a buscarle.

—¡Por las llagas de Cristo! —gritó el pequeño caballero al verlo—. De cualquiera hubiera esperado esto, menos de vos.

—Escuchad antes de juzgarme —dijo Kmita tristemente—. En el momento de ir a atravesarle la garganta me dijo que los suyos tenían la orden de matar a Olenka si le mataban a él. ¿Qué debía hacer? Comprar la vida de ella con la vida del traidor.

Volodiovski reflexionó un instante y dijo:

—Os comprendo, pero me duele que Hayáis dejado vivir a un traidor que tanto daño puede ocasionar a la República.

—Haré penitencia —replicó Andrés mientras se sacaba una carta del pecho—. Ved, Miguel, lo que he obtenido. Es una orden para Sakovich y para todos los oficiales de Radzivil y comandantes suecos. Lo hemos obligado a escribir, aunque casi no podía tener la pluma en la mano. Yo no soy un Catón, como Pan Juan, y no quiero sacrificar a una joven inocente.

—¿Y ahora dónde pensáis ir? —le preguntó Miguel, que en su corazón no podía censurarle.

—Iré pronto adelante —replicó Kmita—. La Prusia está abierta. Haré la guerra con las pequeñas guarniciones que hay allí.

Pan Miguel suspiró.

—¡Ah! Sería una felicidad para mí si pudiera ir con vos. Pero es necesario que espere a mi escuadrón. ¡Dichoso de vos que lleváis voluntarios! Yandrek, escuchadme; si encontráis a las dos, tened cuidado de la otra, que no le ocurra ninguna desgracia. ¡Dios sabe! Quizá ella esté predestinada para mí.

Dicho esto, el pequeño caballero se arrojó en brazos de Pan Andrés.

## XLI

Habiendo conseguido Olenka y Anusia alejarse de Taurogi bajo la protección de Braun, llegaron con toda felicidad a la partida mandada por el portaespada que se encontraba en el presidio de Olsha no lejos de Taurogi.

El noble anciano lloró de alegría al verlas, y empezó en seguida a desahogar su entusiasmo por sus empresas militares asegurando al mismo tiempo a las jóvenes que si apareciesen Bogislao y aun el mismo rey de Suecia, sabría defenderlas.

Y no exageraba mucho, porque estaba trastornado, desconocido. Su energía revivía en el campo. Se encontraba en su elemento, y como buen soldado, había dado duras lecciones a los suecos.

Estos se habían vuelto más prudentes. Después que estalló la rebelión, los que no habían sido asesinados en los pueblos, permanecían en su mayor parte en las ciudades fortificadas, y no las abandonaban sino para emprender breves expediciones. Las campiñas, las selvas, y las ciudades de alguna importancia estaban en poder de los polacos, y solamente las ciudades de poca importancia estaban ocupadas por los suecos, que difícilmente podían desalojarlas.

La partida del portaespada era una de las mejores y la más numerosa.

Pan Billevich rechazó la idea de acuartelarse en Byalovyej, porque el camino era larguísimo y en muchos puntos estaba defendido por fuertes guarniciones.

—Dios nos favorece con un otoño seco —dijo a las jóvenes—, y por eso se está mejor al aire libre. Os proporcionaré una tienda y una buena mujer que os haga compañía, y estaréis con nosotros en el campamento.

Esta idea complació mucho a Anusia, porque en la partida militaban muchos jóvenes Billevich, gentiles caballeros, y además se decía continuamente que Pan Babinich marchaba en aquella dirección.

Anusia esperaba que, cuando Kmita hubiese llegado, despedazaría a los suecos en un momento. También Olenka juzgaba más prudente permanecer al lado de su tío, pero hubiera querido alejarse más de Taurogi, temiendo la persecución de Sakovich.

—Vayamos a Vodokty —decía—, allí estaremos en medio de nuestra gente. Aun cuando Vodokty haya sido incendiado, Mitruny y los demás lugares vecinos permanecen en pie. Es imposible que todo el país esté convertido en un desierto. En caso de peligro, Lauda nos defenderá.

—Pero todos los hombres de Lauda están con Volodiovski —dijo Billevich.

—Los viejos y los muchachos permanecen aún allí, y las mismas mujeres, en caso de necesidad, son capaces de defenderse.

—Es una excelente idea —exclamó Pan Tomás—, aquí no hacemos nada y allí podremos prestar mayores servicios.

De todas maneras el consejo era sabio en sí mismo, por lo cual fue aprobado por todos.

Pan Billevich marchaba despacio y con cautela. Las doncellas viajaban en un carro de campesinos y alguna que otra vez sobre jaquillas que el portaespada se había procurado para el objeto.

Anusia, a quien el joven Yur Billevich había regalado un pequeño y artístico sable, se lo puso valientemente al costado, y de vez en cuando se ponía a la cabeza de la partida como un jefe.

También Olenka revivía a una nueva vida desde que había dejado Taurogi donde la mataban el continuo temor y la incertidumbre del porvenir. El pensamiento de cualquier peligro no la asustaba en demasía. No se permitía galopar al frente de las filas, se atraía pocas miradas, pero gozaba del respeto de todos.

El sexto día llegaron, ya de noche, a Lyubich, situado en los confines de la región de Lauda. Los caballos estaban tan cansados que, contra la oposición de Olenka, fue imposible proseguir. Billevich quiso pernoctar allí y se alojó con las jóvenes en la única casa que no había sido quemada, pues la noche era cruda.

Aquella casa pertenecía a Kmita, y quizá el enemigo la respetó por orden del príncipe Juan.

Ningún cambio se veía en ella. Olenka penetró allí con dego de amarga pena pensando en la traición de Kmita. Volvió a ver en el comedor los retratos de los Billevich, sobre los cuales se veían huellas de sablazos.

Olenka pensó que no podría pegar los ojos en aquella casa profanada, y en efecto, le fue imposible conciliar el sueño.

Se abrieron de nuevo las heridas de su alma. La vergüenza le quemaba las mejillas; un inconmensurable dolor torturaba su pobre corazón, y pensó cuán diferente hubiera sido su destino si aquel hombre, en lugar de su salvaje temperamento y de su violencia, hubiese poseído un corazón recto. El suyo estaba tan dispuesto a la clemencia, que lo hubiera perdonado todo.

Anusia se fijó en la tristeza de su compañera y comprendió el motivo, porque el portaespada le había contado algo, y se esforzó en consolarla.

Al día siguiente, en toda la región circunvecina no se hablaba de otra cosa que de la presencia de Billevich y todos querían acudir a rendirle homenaje.

Hacía dos años que la tierra no recibía ni una reja ni una semilla. Los habitantes se habían refugiado en las selvas. Los hombres aptos estaban con Volodiovski, y los muchachos guardaban el poco ganado que quedaba.

Saludaron al portaespada como su libertador, creyendo que él y la joven volvían a sus antiguos lares, y esto era señal de que la guerra y los desastres terminarían pronto.

Los suecos estaban en el vecino punto de Ponyevyej, pero se hacía poco caso de esto, porque, si era necesario, las fuerzas de Billevich y las otras partidas podían ponerse a la defensa.

Pan Tomás se proponía atacar a Ponyevyej, pero antes de que hubiese terminado sus reconocimientos, llegaron noticias tan lisonjeras, que en todo el país resonaron gritos de júbilo.

Yur Billevich, que había ido a la descubierta con un puñado de hombres hasta Ponyevyej, fue el primero en tener noticias de la batalla de Prostki; acompañado de algunos prisioneros suecos, traía la funesta nueva.

Pocas semanas después empezó a repetirse por todas partes con entusiasmo el nombre de Babinich, el cual había sido el principal causante, de la ruidosa victoria y había herido por su mano y capturado al príncipe Bogislao. Otra noticia: Babinich llevaba a sangre y fuego la Prusia electoral, y avanzaba como el ángel exterminador hacia Imud, no dejando tras sí sino tierra y cielo.

Después: Babinich ha incendiado Taurogi y Sakovich ha huido, escondiéndose en los bosques.

Anusia estaba aturdida; reía y lloraba al mismo tiempo por la inmensa alegría que la poseía.

Desde Taurogi y Pongi hasta Birji y Vilkomir, no se oía otra cosa que el nombre de Babinich.

Sus fuerzas en aquella región aumentaban continuamente porque todas las partidas acudían a él.

Todo el mundo hablaba de las victorias de Pan Andrés, de modo que la derrota infligida a Pan Goyevski por Steinbock, cerca de Filipovo, no causó gran impresión.

Anusia suplicaba continuamente a Billevich que avanzase y se reuniese con el gran guerrero, y Olenka le apoyaba. Los oficiales y nobles unían sus ruegos a los de las jóvenes, movidos por curiosidad.

Pero no era cosa fácil unirse con el terrible jefe. Por otra parte, Billevich se encontraba en otra incertidumbre, pues con frecuencia Babinich desaparecía y no se oía hablar de él en una semana, para reaparecer de pronto cuando nadie lo esperaba; además, los suecos le cerraban todos los caminos con numerosas fuerzas; y, finalmente, más allá de Rossyeni había aparecido un notable cuerpo, mandado por Sakovich.

El portaespada, no sólo no podía ir al encuentro de Babinich, sino que conocía que quizá bien pronto sería peligroso para ellos el permanecer en Lauda. No sabiendo qué partido tomar, confió a Yur Billevich que era de opinión retroceder hacia los bosques de Rogovsk. Yur se lo dijo en seguida a Anusia, la cual corrió a ver al portaespada para manifestarle:

—Tío carísimo, sé que queréis huir. ¿No es una vergüenza para un viejo guerrero huir ante el solo nombre del enemigo?

—Vosotras queréis meter la cucharada en todo —replicó Pan Tomás, impacientado—. Esto no es negocio vuestro.

—Retiraos, pues; yo me quedo aquí.

—¿Para que Sakovich os aprese?

—Babinich me defenderá.

—Ya os he dicho que no podemos ir al encuentro de Babinich.

—Pero él puede venir a nosotros. Babinich me conoce. Si pudiese enviarle una carta, estoy segura de que pronto veríamos batido a Sakovich. Babinich me estima y correrá a salvarme.

—¿Pero quién llevará la carta?

—Se podía mandar al primer campesino que pase.

—No sería malo hacer venir a Babinich por este lado —replicó Billevich—, pues entonces nos reuniríamos fácilmente. Un mensajero fiel puede encontrarse.

Anusia era feliz. Aquel mismo día se encontró, no ya un mensajero, sino dos, y no campesinos por cierto; el uno era Yur Billevich, el otro Braun, Cada cual de ellos debía llevar una carta del mismo tenor, de modo que si uno caía, pudiese el otro cumplir su cometido.

Anusia escribió lo siguiente:

«Me dirijo a vos impelida por la extrema necesidad. Si os acordáis de mí, venid a salvarme. Estoy con Pan Billevich, portaespada de Rossyeni, el cual me ha ofrecido su

auxilio, porque he libertado de la esclavitud de Taurogi a su sobrina Panna Billevich. Ahora los suecos y un tal Pan Sakovich, ante cuyas molestias y solicitudes he huido, están para rodearnos.

»Ya sé que vos no me amáis, pero yo os quiero bien y os querré siempre de todo corazón. Pero, aun no amándome, espero que me libraréis de las rapaces manos del enemigo. Dios os lo premiará y yo rogaré por vos.»

Mientras los mensajeros abandonaban el campo. Anusia, pensando de pronto en los peligros que iban a correr, quiso detenerlos y se puso a suplicar al portaespada, con lágrimas en los ojos, que no los dejase marchar y que confiara las cartas a dos campesinos.

Pero Braun y Yur se obstinaron de tal modo, que ninguna razón pudo convencerlos. Querían sobrepujarse el uno al otro en su premura por servir a Anusia.

No imaginaban lo que les esperaba.

Una semana después Braun caía en manos de Sakovich, que lo hizo desollar; el pobre Yur fue fusilado más allá de Ponyevyej, mientras huía delante de los suecos.

Las dos cartas cayeron en manos del enemigo.

## XLII

Sakovich, después de haber desollado a Braun, atacó en seguida la partida de Billevich con Hamilton, comandante de Ponyevyej.

Babinich había desaparecido en el bosque hacía muchos días y no se sabía nada de él.

Sakovich, a pesar de su valor, experimentaba un instintivo temor a Babinich; pero esta vez, a costa de la muerte, quería vengarse. La fuga de Anusia lo llenaba de una salvaje rabia.

Sakovich era uno de esos hombres que califican de virtuoso y bueno solamente lo que les place a ellos, e injusto y malo lo que no les place. Así, a sus ojos. Anusia había cometido un terrible delito, y no veía bastante castigo para ella.

Deseando obrar sobre seguro, un hombre comprado llevóle al portaespada una carta firmada «Babinich», anunciando que aquella semana llegaría a Volmontoviki.

Billevich cayó en el lazo; y no sólo transportó sus fuerzas allá, sino que la noticia, corriendo como un relámpago, le atrajo toda la población de Lauda.

Entretanto, de la parte de Ponyevyej avanzaban los suecos de Hamilton y de Kyedani Sakovich.

Pero éste no sospechaba que pisándole los talones iba el terrible Babinich, el cual, sin ser invitado, tomaba parte en todos los asuntos.

Kmita, naturalmente, no sabía que Olenka se encontraba en la partida de Billevich. En Taurogi supo que había marchado con Anusia; pero creyó que se hubiera refugiado en Byalovyej, donde estaban ocultas las esposas de Pan Juan y otras mujeres, tanto más, sabiendo que Billevich había tenido muchas veces el pensamiento de llevarla allí.

No pudiendo ir de momento allá, Pan Andrés determinó atacar y destruir al enemigo en Imud. Y la fortuna le favoreció como de costumbre, ya que había conseguido desembarazar de enemigos toda la parte occidental de la provincia. Cuando supo la marcha de Sakovich, dejó aquel lugar y se lanzó en seguimiento suyo. Así fue cómo se encontraron ambos en las inmediaciones de Volmontoviki.

El portaespada había tomado todas las disposiciones para hacer comprender a Babinich que él era un hábil estratega, y esperaba con gran impaciencia su llegada.

¡Cuál fue su estupor, cuál su espanto, cuando de lejos, de más allá de un bosquecillo, llegó a sus oídos un estrépito de mosquetería, y vio después un pelotón, que había mandado a descubierta, avanzar al galope por el camino, llevando al enemigo a la espalda!

El portaespada corrió a dar órdenes a la infantería; el fuego subitáneo de ésta detuvo al enemigo, que había avanzado a rienda suelta. Las primeras filas retrocedieron con gran desorden.

En seguida el portaespada se puso a la cabeza de la caballería y ordenó a los que tenían pistolas o mosquetes que auxiliasen a la infantería.

Pero también el enemigo estaba provisto de mosquetes, por lo cual, después del primer asalto, empezó un fuego terrible.

Anusia había conseguido lo que deseaba: una batalla. Las jóvenes, por orden de Billevich, habían montado a caballo y permanecían detrás de la caballería.

Si bien Anusia mostraba valor en tiempo de paz, no era excesivo el que tenía en aquel momento. Estaba pálida como la cera, y se puso a sollozar como una niña: tanto, que el joven Pan Olesha de Kyemnat se vio precisado a tomarla en brazos para calmarla, entrecrándola un poco más de lo debido.

Olenka se mostraba bastante diferente. Al principio también palideció, pero venciéndola en seguida su sangre caballeresca: viendo que los oficiales avanzaban, la animosa joven avanzó con ellos.

La batalla se hacía más encarnizada a cada momento y el enemigo no cesaba de atacar la entrada del pueblo.

Billevich comenzó a alarmarse.

Tras él veíase un campo abierto atravesado por un riachuelo. Empezó a mirar de aquella parte como si de allí esperase el socorro. De pronto vio, en efecto, en medio de los sauces, que empezaban a sombrearse, lucir de armas, y luego una oscura masa de soldados.

—¡Babinich viene! —pensó.

Pero en aquel momento corrió Pan Ojanstovsld, que conducía la caballería.

—Del río avanza la caballería sueca —gritó con espanto.

—¡Entretenedla al menos una hora, y huiremos hacia la selva —gritó Pan Tomás fuera de sí.

El oficial partió al galope, y se lanzó al río al frente de doscientos hombres.

Billevich no esperaba conseguir una victoria, pero quería al menos salvar la infantería y los habitantes de Lauda, que habían ido a Volmontoviki para ver a Babinich.

Estaba rodeado; había caído en una trampa, de la cual no podía salir, porque la caballería enviada a entretener al enemigo había sido destrozada.

Al viejo portaespada no le quedaba otro recurso que morir con honor. Tiró del sable y se adelantó gritando:

—¡Caigamos uno tras otro! ¡Demos nuestra sangre por la fe y por la patria! ¿Pero qué significan estos inesperados sonos de las trompetas en las filas de Sakovich y ese redoble de tambores suecos? ¿Qué significan esos terribles alaridos que se oyen a lo lejos?

De repente cesó el fuego en las puertas. Algunos grupos de la caballería de Sakovich huían a todo escape y, en lugar de avanzar, se retiraron hacia el bosquecillo de sauces.

Entonces, del mismo bosque por donde había aparecido Sakovich, desembocaron hombres a caballo que avanzaban con la rapidez de un torbellino.

—¡Oh, gran Dios! —exclamó Billevich aturdido—. ¡Son los nuestros! ¡Debe ser Babinich!

—¡Babinich! —repitieron cien voces detrás de él.

—¡Babinich! ¡Babinich! —gritaban aterrorizados los hombres de Sakovich huyendo.

El campo estaba lleno de fugitivos; los recién venidos iban pisándoles los talones, hiriendo, aterrando, matando sin piedad. El estrépito de los sables, los gritos, los lamentos, llenaban el espacio.

La infantería de Billevich acabó por retirarse de la puerta y de las casas, donde ya no era necesaria la defensa. La caballería permaneció inmóvil en su puesto. El profundo silencio fue interrumpido por el rumor que producía una casa incendiada derrumbándose.

El pueblo apagó el incendio. La alegría era general, y todos, llorando, alzaban sus manos al cielo, y mirando de la parte de donde había venido Babinich gritaban:

—¡Dios te bendiga! ¡Dios te guarde! ¡Sin ti, hoy Volmontoviki hubiera sido arrasado!

—¡Ah! ¡Si supieran que aquel hombre que hoy salvaba la villa era el mismo que dos años antes la había entrado a sangre y fuego!

Extinguido el incendio, todos se dedicaban a recoger los heridos de Billevich, y Olenka se transformó en enfermera. Su ejemplo animó a todos, y la piadosa tarea continuó hasta que todos los heridos fueron instalados y curados.

Entretanto se recitaban plegarias por los difuntos.

Durante la noche nadie pegó los ojos. Todos esperaban el regreso del portaespada, que había seguido al enemigo, y de Babinich, a quien se quería recibir dignamente.

Sólo Anusia no pudo tomar parte en nada, porque desde el principio de la batalla había permanecido como aletargada, mientras su alegría posterior fue tanta que rayaba en la locura. Olenka tuvo que cuidarla, porque no hacía más que desvariar, llorando y riendo a un tiempo y repitiendo preguntas y exclamaciones incoherentes.

Hacia el alba oyóse trote de caballos; era la caballería de Billevich que volvía gritando y cantando.

El portaespada, jadeante, cubierto de polvo, pero lleno de júbilo, estuvo hasta la salida del sol relatando cómo había dispersado un cuerpo de caballería sueca, lo había perseguido durante diez millas y luego hecho pedazos.

También Billevich, como toda la tropa y los moradores de Lauda, tenía la convicción de que Babinich volvería. Llegó el mediodía, el sol empezó a descender y Babinich no pareció.

Anusia, ya anochecido, díjose:

—¡Sí, sólo se cuida de los suecos y no piensa en mí!... ¡Y, sin embargo, ha recibido mis cartas!

No sabía que las almas de Yur y Braun estaban hacía algún tiempo en un mundo mejor y que Babinich no había recibido las cartas.

Pasó otro día. Billevich no perdía la esperanza y no abandonó el pueblo.

—¡Me ha humillado terriblemente! ¡Pero me está bien empleado! —pensaba Anusia.

Al tercer día Billevich envió algunos hombres a practicar un reconocimiento. Estos volvieron a las veinticuatro horas con la noticia de que Babinich había tomado Ponyevyej, no dejando un sueco con vida, y que después se había ido, nadie sabía adónde.

—¡No lo encontraré hasta que él no quiera! —se dijo Billevich.

Anusia se puso tan irritable que ninguno de los jóvenes oficiales podía acercársele.



## XLIII

La derrota de Sakovich fue tan completa, que difícilmente pudo internarse en los bosques acompañado de cuatro hombres. Desde aquel día y durante un mes entero vagó por la selva sin atreverse a salir.

Babinich cayó sobre Ponyevyey, aniquiló la guarnición de infantería y se dio a perseguir a Hamilton.

El infortunado inglés huía como un ciervo acosado por los cazadores, y Babinich le perseguía como un lobo. Por lo mismo no volvió a Volmontoviki ni preguntó por aquel a quien había salvado.

Por último, Andrés alcanzó a Hamilton en Andronishki. Allí principió la batalla, y junto a Taurogi cayó el último sueco.

Hamilton murió como un héroe, batiéndose contra un grupo de tártaros que primero querían cogerlo vivo, pero que, exasperados por su resistencia, le hicieron pedazos con sus sables.

Pero los escuadrones de Babinich andaban tan fatigados que no tenían fuerza ni voluntad suficiente para llegar a la vecina Taurogi.

Kmita, a quien interesaba también conservar los caballos, no se opuso a que descansaran. Al día siguiente, levantóse temprano para contar sus pérdidas y proceder al reparto del botín.

El primero en presentarse fue Akbah-Ulan, que se arrodilló a los pies y le entregó un papel ensangrentado.

—Effendi, lo hemos encontrado en los bolsillos de un jefe sueco, y os lo doy en cumplimiento de las órdenes recibidas.

En efecto, Kmita había mandado que, una vez terminada la batalla, se le entregasen todos los papeles hallados entre las ropas de los cadáveres, porque de este modo se podrían descubrir los planes del enemigo y obrar en consecuencia.

Esta vez no era urgente el caso, por lo que, después de despedir a su camarada, dobló la carta y la metió en el bolsillo. Una vez distribuido el botín dispuso que los soldados emprendieran la marcha a Taurogi, donde podrían descansar sosegadamente y por más tiempo.

Los escuadrones desfilaron uno tras otro por delante de él, con los tártaros a la cabeza.

Terminado el desfile, se dio a pensar a dónde iría, si a Taurogi o en busca de los suecos.

En aquel momento se acordó del pliego que le habían entregado y lo sacó del bolsillo. Apenas vio el sobrescrito quedó asombrado; era letra de mujer y decía: «A su Gracia el caballero Babinich, coronel de los tártaros y voluntarios.»

—¡Para mí! —se dijo sin volver de su asombro.

Desdobló rápidamente el papel y leyó. Pero antes de terminar se estremeció de gozo y exclamó:

—¡Loado sea Dios! ¡Señor de misericordia! ¡De tu mano recibo el suspirado premio!

Era la carta de Anusia. Los suecos se la habían quitado a Yur Billevich, y ahora llegaba a manos de Kmita después de ser hallada en el cadáver de otro hombre.

Así, pues, Olenka no estaba en el bosque, sino en la banda de Billevich y él había llegado a tiempo para salvarla; y con ella había salvado la aldea de Volmontoviki, la misma que había incendiado él para vengar a sus viejos camaradas. Evidentemente, Dios había guiado sus pasos, de manera que de una sola vez pudiese reparar sus ofensas a Olenka y a Lauda.

Sí, al presente era otro hombre y tenía derecho de presentarse a la joven para decirle:

—Soy Kmita, vuestro salvador.

Y podía además decir a Imud entera:

—Soy Kmita, tu salvador.

Por otra parte, Volmontoviki no estaba lejos. Kmita había seguido a Hamilton durante una semana; pero en menos de una semana se pondría a los pies de Olenka.

—¡Pronto! ¡Mi caballo! ¡Pronto! —gritó a sus criados.

Fue obedecido inmediatamente, y mientras montaba, le dijo el criado que le tenía el estribo:

—Señor, vienen de Tropi algunos forasteros acompañados de Soroka.

—¡Qué me importa! —respondió Andrés.

Pero aquellos hombres distaban sólo algunos pasos. Uno de ellos se acercó con Soroka al galope, y quitándose el birrete dijo:

—Al fin me hallo en la presencia del caballero Babinich. Lo celebro infinito.

—¿Con quién tengo el honor de hablar? —preguntó el joven.

—Me llamo Wierchul, y soy ex capitán del escuadrón de tártaros a las órdenes del príncipe Jeremías Visnovieski. Vengo de mi país natal para reclutar gente con ocasión de una nueva guerra. Al mismo tiempo os traigo una carta del capitán general Sapihea.

—¡Una nueva guerra! —observó Kmita frunciendo el ceño—. ¿Qué decis?

—Esta carta lo explicará mejor —repuso Wierchul entregándole el escrito.

Kmita leyó lo siguiente?

«Queridísimo Babinich: Un nuevo diluvio amenaza nuestra patria. Se ha concertado otra liga entre Suecia y Rakotzy, y una parte de la República se adhiere al convenio. Ochenta mil húngaros, transilvanos, valacos y cosacos pueden entrar de un momento a otro por la frontera meridional del país. Como es necesario intentar un supremo esfuerzo para legar un nombre glorioso a las edades futuras, envío a Vuestra Gracia la orden de volver a nuestro lado a marchas forzadas. Nos encontraréis en Brest. El príncipe Bogislao está en libertad, pero Goyevski no quita ojo de Prusia y de Imud. Os recordamos la mayor solicitud, esperando que os servirá de estímulo el amor a la patria.»

Terminada la lectura, Kmita dejó caer al suelo la carta y preguntó a Wierchul con voz débil:

—¿Por qué permanece Goyevski en Imud y debo ir yo al Sur?

Wierchul se encogió de hombros y contestó:

—No lo sé. Preguntádselo al capitán general.

Repentino furor se apoderó del héroe, que dijo con voz tonante:

—No saldré de aquí. ¿Me entendéis?

—¡De veras! —profirió el enviado—. Yo he cumplido mi encargo; lo demás es cosa vuestra.

Y volviendo grupas se alejó.

Andrés permaneció inmóvil y silencioso. En su interior se libraba una lucha entre el amor y el deber»

Y el deber alcanzó al fin la victoria.

Y en el libro del Cielo donde se escriben las buenas y las malas acciones de los hombres, fueron borrados en aquel momento todos los pecados de Pan Andrés Kmita.

## XLIV

En ningún libro del mundo consta el número de batallas que contra el enemigo libraron los ejércitos, los nobles y el pueblo de la República polaca. Se combatió en los bosques, en las aldeas, en las casas solariegas, en las ciudades; se combatió en Prusia, en la Grande y Pequeña Lituania, en Imud.

Corrió por todas parte y en abundancia la sangre. Los nombres de los caballeros, sus proezas, su adhesión a la patria se borraron de la memoria; el cronista no los registró ni fueron celebrados por el poeta. Esto no obstante, la República resurgió y se hizo cada vez más terrible, pronta a luchar contra el mundo entero.

De nada valieron las nuevas levas y las nuevas legiones húngaras, valacas o cosacas. La nueva tempestad pasó por Brest, Varsovia y Cracovia, pero se estrelló contra los pechos polacos.

El rey de Suecia, que fue el primero en desesperar de la propia causa, volvióse a su país, donde le llamaba la guerra con Dinamarca. El Elector, humilde ante la fuerza, insolente con la debilidad, dobló la cabeza y marchó contra los suecos; las legiones de Rakotzy huyeron a Transilvania, en la que Pan Lyubomirski entró a sangre y fuego.

Pero les había sido más fácil invadir la República que salir de ella sin castigo, y tomados en su retirada, los condes de Transilvania pidieron misericordia de hinojos en el polvo, ante Pototski, Lyubomirski y Charnieski.

Poco a poco volvió a reinar la paz en las llanuras de Polonia. El rey siguió conquistando las fortalezas prusianas; Charnieski se disponía a llevar las armas polacas a Dinamarca, porque la República no quería limitarse a rechazar de su seno a los invasores.

Las aldeas y las ciudades se levantaron sobre sus propias ruinas; las poblaciones salían de los bosques; reaparecieron los arados en los campos.

En otoño de 1657, inmediatamente después de la guerra húngara, reinó la paz en gran parte de las provincias y los distritos, especialmente en Imud.

Aquellos hombres de Lauda que habían militado a las órdenes de Volodiovski estaban aún en el campo; pero se aguardaba de un momento a otro su llegada.

Olenka había residido por algún tiempo en Vodokty con Anusia y el portaespada. Pan Tomás no apresuraba su regreso a Billevich; en primer lugar, porque su casa había sido quemada, y luego, porque se hallaba mejor con la muchacha que solo. En el ínterin, y con la ayuda de Olenka, administraba la posesión de Vodokty.

Esta posesión, junto con Mitruny, debían constituir su dote al entrar en el convento; es decir, que pasaban a ser propiedad de las monjas benedictinas, en cuya comunidad la pobre Olenka pensaba empezar su noviciado el primer día del año.

En efecto, se hallaba convencida de que tal era la voluntad de Dios.

Entretanto, empezó a circular el rumor de que el famoso Babinich no era otro que Kmita. Algunos contradecían este aserto; otros lo apoyaban resueltamente.

Olenka no lo creía. Las malas acciones de Kmita la inducían a pensar que el famoso campeón del rey y la patria y vencedor de Bogislao no podía ser Andrés. Pero aparecía inquieta y abríanse las heridas de su corazón.

En la comarca reinaba la más espantosa miseria, y el que quería refugiarse entre los muros de un convento no sólo debía proveerse de pan para sí, sino que tenía que alimentar a la comunidad.

Olenka estaba dispuesta a ingresar en el monasterio y mantener a todas las monjas.

El portaespada, en vista de que su trabajo debía redundar en gloria del Señor, no se daba punto de reposo.

Visitaba los campos y las fábricas, activando las labores del campo, a fin de que la nueva primavera produjese sus frutos. A veces le acompañaba Anusia, que no pudiendo soportar los desdenes de Babinich, quería también hacerse monja y esperaba sólo el regreso de Volodiovski para despedirse de su leal amigo. Pero con mayor frecuencia el portaespada salía con Olenka, porque Anusia no gustaba de andar por el campo.

Un día cabalgaban tío y sobrina hacia Mitruny, donde se estaban construyendo algunos graneros y establos.

Por el camino visitaron la iglesia para conmemorar el aniversario de la batalla de Volmontoviki, de la que habían salido por la milagrosa intervención de Babinich. En seguida pasaron el resto del día en diversas ocupaciones, de modo que cuando pudieron regresar era de noche. Así como a la ida habían pasado por el camino que a la iglesia conducía, al volver tomaron por Lyubich y Volmontoviki. Alejandra, al ver a Lyubich, separó la vista y rezó para ahuyentar penosos pensamientos; el portaespada cabalgaba en silencio y miraba aquí y allá. Por fin, cuando hubieron pasado, dijo:

—Lyubich vale dos Mitruny y nos pertenece en justicia. Aquel desventurado habrá muerto hace tiempo, porque no lo hemos visto más, y prevalecerá nuestro derecho.

Y volviéndose a Olenka añadió:

—¿Qué opinas?

—¡Ese es un lugar maldito! —contestó la doncella.

Su conversación fue interrumpida por la llegada de un carro que no habían podido ver a causa de las revueltas del camino y al que seguían algunos jinetes.

—¿Quiénes serán? —preguntó el portaespada refrenando su caballo.

Olenka se detuvo también.

—¿A quién conducís? —preguntó Pan Tomás.

Uno de los jinetes se volvió y respondió:

—Conducimos a Pan Kmita, que fue herido por una bala húngara en Magyerovo.

—¡Cielos! prorrumpió Billevich.

Palideció Olenka. Faltábale el aliento y creyó que todos los objetos giraban en torno suyo.

—¡Jesús, María! ¡Es él! —se dijo.

Y clavó su mirada en el cuerpo inerte que yacía en el carro. Llevaba la cabeza vendada, pero a la luz de la luna se distinguía perfectamente el rostro pálido.

Sí, era él... Andrés Kmita, el abanderado de Orsha, con los ojos hundidos y cerrados y pálido como un cadáver.

—¿Está vivo o muerto? —preguntó a uno de los jinetes Olenka, con voz temblorosa.

—Vive, pero no tardará, en morir.

El portaespada miró a Kmita y dijo:

—No llegará a Lyubich.

—Tenemos orden de llevarle porque quiere morir allí.

—Pues bien, id con Dios —dijo el portaespada quitándose el birrete.

El carro volvió a ponerse en marcha y Olenka y Billevich galoparon en dirección contraria con la mayor rapidez. Atravesaron Volmontoviki y llegaron a Vodokty sin proferir palabra; sólo al apearse Olenka dijo a su tío con voz anhelante:

—Hay que enviarle un sacerdote. ¡Id volando!

El portaespada se apresuró a cumplir este deseo. Ella fue a arrodillarse ante la imagen de la Virgen.

Dos horas después se oyó resonar una campanilla en el silencio de la noche.

Era un sacerdote que se dirigía a Vodokty con el Santo Viático.

Alejandro pasó la noche orando.

—¿Ha muerto? —preguntó al día siguiente al sacerdote.

—No, vive —respondió éste.

Durante todo el día no cesaron de llegar mensajeros de Vodokty a Lyubich y todos volvían con la respuesta de que Kmita vivía aún. Por último afirmó uno que había oído decir al barbero (sangrador) que Kmita no sólo había mejorado, sino que curaría.

Alejandra sintió crecer su ansiedad y en su corazón despertó la antigua piedad por Kmita. Todo lo que podía servir de argumento para la defensa del joven, se presentó a su mente. Olenka había sufrido tanto en aquellos días que su salud empezó a decaer. Esto afligía al buen portaespada, y una noche en que se hallaban solos le dijo:

—Olenka, dime con franqueza tu opinión respecto al portaespada de Orsha.

—No quiero pensar en él; bien lo sabe Dios.

—Desmejoras de día en día. No quisiera que tú también... No insisto, pero me gustaría saber qué pensamientos se albergan en tu cabeza. ¿No te parece que has de cumplir la voluntad de tu abuelo?

—¡Jamás! —respondió Olenka—. Mi abuelo me dejó una puerta abierta, y el día primero del año llamaré a esa puerta. Así se cumplirá su voluntad.

—No creo —respondió Billevich— lo que dicen de que Babinich y Kmita son una sola persona. Pero en Magyerovo estaba con la República y derramó su sangre... La conversión resulta tardía, pero conversión al fin.

—También Bogislao sirve a su rey y a su patria —replicó la joven—. Se ha convertido ahora cuando su interés personal le mueve a ayudar al vencedor. ¡No hay traidores porque ya de nada sirve el ser traidor! Magyerovo no basta a borrar el pecado de traición.

—Cierto; no lo negaré —respondió Billevich—; aunque amarga, la verdad es siempre verdad.

—Sobre el portaespada de Orsha— prosiguió la doncella— pesan cargos más graves que los aducidos contra el príncipe Bogislao, porque Pan Kmita ofreció atentar contra la vida de su rey. ¡No, no, cúmplase la voluntad de Dios! Lo que está roto, roto quede. Confieso que celebraré que viva el portaespada, porque es evidente que Dios no le niega su favor. Pero no me basta. Seré feliz cuando sepa que ha borrado sus culpas. Mas no quiero otra cosa, aunque tenga que padecer hasta la muerte. ¡Que Dios le proteja!

Olenka, al llegar a este punto prorrumpió en amargo llanto. Con esto alivió su corazón y desde entonces reinó en él una paz absoluta.

## XLV

En verdad, aquella alma tenaz y atrevida no quería abandonar su vestidura terrenal, y no la abandonó. Un mes después de volver a Lyubich, las heridas de Andrés comenzaban a cicatrizar, y una mañana, al dirigir en torno suyo la mirada, advirtió dónde se hallaba. Entonces llamó a su leal Soroka.

—La misericordia divina —le dijo— me asiste y no moriré. Soroka, ¿quién está en Vodokty?

—La señora y el portaespada de Rosyeni.

—¡Dios sea loado! ¿Ha venido alguien a preguntar por mí?

—Han venido mensajeros diariamente hasta que se les anunció vuestra mejoría.

—¿Y luego?...

—Nada más...

—No lo saben; pero yo se lo diré de viva voz —exclamó Kmita—. ¿No has dicho a nadie que yo he combatido bajo el nombre de Babinich?

—No me disteis orden alguna —exclamó el soldado.

—Y los hombres de Lauda con Volodiovski, ¿han venido?

—No; pero pueden llegar de un momento a otro.

Dos semanas después Kmita se había levantado y podía pasear; a la siguiente quiso ir a la iglesia. Soroka no se opuso; engancharon un coche, se vistió elegantemente y, acompañado del sargento, se dirigió a Upita.

En la iglesia había poca gente. Andrés se apoyó en el brazo de Soroka, se encaminó al altar mayor y se arrodilló.

Tenía el rostro demacrado, y además la larga barba, crecida durante la guerra y la enfermedad, le llegaba hasta el pecho. Le tomaron por un noble que se hallaba de paso, porque el país estaba lleno de gente que volvía del campo a sus hogares.

Absorto en su plegaria, Kmita no veía a nadie. Le sacó de sus meditaciones el rumor producido por varias personas que en aquel momento se sentaban en un banco. Levantó la cabeza, y vio a su lado el rostro dulce y melancólico de Olenka.

Ella le vio a su vez, reconoció al punto y se echó atrás como asustada.

Al principio su rostro enrojeció y luego se cubrió de mortal palidez, pero supo dominar su emoción.

Kmita y ella inclinaron la cabeza y quedaron con el rostro oculto entre las manos. En tanto, sus corazones palpitaban con tal violencia que el uno sentía los latidos del otro.

El sacerdote subió al púlpito para el sermón. Kmita aguzó el oído, pero no pudo retener una sola palabra.

—¡Olenka aquí! ¡A mi lado! —se decía— Dios ha querido que por primera vez nos encontrásemos en una iglesia tras nuestra larga separación.

De pronto se oyeron delante del templo pisadas de caballos y estrépito de armas. Algunas voces desde el umbral de la iglesia exclamaron: «¡Los de Lauda que vuelven!» E inmediatamente resonó un gran rumor y alguien gritó:

—¡Lauda! ¡Lauda!

Todas las cabezas se volvieron hacia la puerta y se vio entrar en la iglesia un grupo de gente armada, entre las que venían Volodiovski y Zagloba. La multitud se separó para dejarlos pasar y ellos avanzaron y se arrodillaron ante el altar mayor.

Los soldados de Lauda se detuvieron en el centro sin saludar a nadie por respeto a la santidad del lugar.

Muchas mujeres buscaban en vano a sus esposos; muchos viejos inútilmente buscaban a sus hijos; por lo que se oyeron gemidos de dolor, mezclados con sollozos de alegría de aquellos que, más felices, veían a los suyos; en tanto que éstos, radiantes de júbilo y apoyados en sus sables, vertían lágrimas silenciosas que surcaban sus semblantes cubiertos de gloriosas heridas.

Sonó la campanilla en la puerta de la sacristía, cesó el llanto, cesaron los murmullos. Todos se arrodillaron. El sacerdote se levantó para terminar la misa y en pos de él se encaminaron Volodiovski y Zagloba.

Pero el sacerdote estaba tan conmovido, que cuando se volvió hacia la multitud para decir «Dominus vobiscum», su voz temblaba. Y cuando al Evangelio se desenvainaron todos los sables en señal de que Lauda estaba dispuesta a defender la fe, el sacerdote pudo apenas terminar.

Se cantó la última plegaria en medio de la emoción general y terminó la misa. Mas el sacerdote se volvió para anunciar que debía decir algo a los fieles.

Reinó el más profundo silencio.

Entonces el párroco les saludó con afectuosas palabras y luego leyó con voz clara, aunque temblorosa, una carta del rey, traída por el coronel del escuadrón de Lauda.

«Nos Juan Casimiro, rey de Polonia y gran duque de Lituania, Mazovia, Prusia, etc., etc. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. ¡Amén!

»Si los malos deben recibir el castigo que merecen en esta vida temporal, antes de comparecer ante el tribunal de Dios, por los delitos cometidos contra el rey y la patria, es justo también que la virtud reciba su recompensa.

»Por consiguiente, hacemos saber a todos los órdenes de la nobleza, esto es, a los hombres de armas y civiles que ejercen un cargo, a todos los habitantes del Gran Ducado de Lituania, y de Imud, que las acusaciones formuladas contra Pan Andrés, portaespada de Orsha, de Nos muy amado, deben borrarse de la memoria de los hombres, en vista de sus grandes méritos y servicios, y que no han de perjudicar a su honor y su gloria.»

Aquí el sacerdote suspendió la lectura y miró al banco donde se sentaba Kmita. Este se levantó, y volviendo a sentarse al punto reclinó su cabeza en el respaldo y cerró los ojos como si perdiese los sentidos.

Pero todos clavaron en él sus miradas y todos los labios murmuraron:

—¡Kmita! ¡Kmita! ¡Está allí, junto a los Billevich!

El sacerdote hizo una seña y todos callaron de nuevo; siguió leyendo la carta en la que se enumeraban los servicios prestados por Kmita a la causa del rey y de la República, bajo el nombre de Babinich.

Apenas resonó este nombre en la iglesia surgió un gran rumor.

—¡De modo que es Babinich! ¡El que ganó tantas batallas, el vencedor de los suecos, el libertador de Volmontoviki!... ¡Es Kmita!

Todos se levantaron para verle mejor.

—¡Dios le bendiga! —gritaron centenares de voces.

El sacerdote se volvió hacia aquel banco y bendijo a Andrés, que, apoyado en la balaustrada, estaba próximo a desvanecerse de felicidad.

«Y antes de recompensarle con el grado de *estarosta* de Upita, pedimos vivamente a nuestros queridos habitantes de la provincia de Imud que guarden bien en su corazón y en su mente todos los méritos que la misma justicia, fundamento de los Estados, nos manda imprimir en su memoria.»

Así terminaba la carta de Juan Casimiro.

Andrés sintió de pronto que una mórbida mano tomaba la suya. Miró... ¡era Olenka! Antes de que él pudiese retirarla, la joven la había levantado y la besaba en presencia de todos, ante el altar y el pueblo.

—¡Olenka! —exclamó Andrés atónito.

Pero ella se había levantado, diciendo al viejo Billevich:

—Vámonos, tío.

Y salieron por la puerta de la sacristía.

Andrés quiso levantarse para seguirla, pero no pudo. Le faltaban las fuerzas.

Un cuarto de hora después se hallaba en el atrio de la iglesia, apoyado en los brazos de Volodiovski y Zagloba.

La multitud se agrupó a su alrededor, para verle, para ver al salvador de Lauda, nuevo *estarosta* de Upita.

—¡Andrés! —decía Zagloba—. ¿No veis el presente que os traemos? No lo esperabais de seguro. Y ahora, a Vodokty a celebrar la boda.

Las últimas palabras de Zagloba se perdieron entre los gritos de los hombres de Lauda, mandados por Yuzva Butrym.

—¡Viva Kmita!

Viva! —repitió la muchedumbre—, ¡Salud al *estarosta* de Upita! ¡Viva!

—¡Todo el mundo a Vodokty! —prorrumpió Zagloba.

—¡A Vodokty! ¡A Vodokty! —gritaron millares de voces.

Kmita montó en su carro con Volodiovski y Zagloba. Durante el camino les abrazó repetidas veces. No podía hablar; tan grande era su emoción.

De improviso se inclinó al oído de Kmita y le dijo:

—¡Yendrek! ¿No sabéis dónde está la otra?

—En Vodokty.

Anusia no había ido a la iglesia porque permanecía a la cabecera de la señora de Kulviets, que estaba enferma y a la que velaban alternativamente las dos jóvenes.

Se había retirado a su estancia un momento para rezar, cuando oyó un gran ruido y Olenka entró en el cuarto.

—¡Jesús, María! ¿Qué ocurre? —gritó Anusia mirándola.

—¿No sabéis que Babinich está aquí! ¡Es Kmita!

—¿Quién os lo ha dicho? —preguntó la joven.

El párroco ha leído la carta del rey... La ha traído Volodiovski... Los hombres de Lauda...

—¿Ha vuelto Volodiovski? —preguntó Anusia, y se lanzó a los brazos de su amiga.

Olenka interpretó este arranque como una prueba de afecto hacía ella. Estrechó tiernamente a su amiga y luego empezó a contar con voz desfallecida lo que había ocurrido en la iglesia.

Este relato y los reproches que se dirigía a sí misma por haber prestado fe a la calumnia de Bogislao, vino a interrumpirlos el viejo Billevich, que entraba gritando:

—¡En nombre de Dios! ¡Toda Upita está aquí! ¡Están en la aldea y ciertamente ha venido con ellos Babinich!

En efecto, un gran rumor anunciaba la proximidad de la muchedumbre. El portaespada tomó la mano de Olenka y la llevó bajo el pórtico. Anusia les siguió.

Entonces apareció a lo lejos la multitud que avanzaba.

Por último se vio el grupo de los voluntarios de Lauda, entre los que aparecía el carro con Kmita, Miguel y Zagloba.

El carro se detuvo a poca distancia de la casa. Zagloba y Voladiovski saltaron a tierra y ayudaron a Kmita a bajar, tomándole de los brazos.

—¡Paso! —gritó Zagloba.

—¡Paso! —repitieron los voluntarios de Lauda.

La gente se separó y quedó un espacio libre por el que avanzaron los dos caballeros acompañando a Kmita. Este se hallaba intensamente pálido, pero andaba con la frente erguida, confuso y feliz al mismo tiempo.

Olenka se apoyó en el quicio de la puerta y permaneció inmóvil. Al ver a su amado rompió en llanto. El también lloraba ebrio de ventura» y no supo qué decirle.

La joven se arrodilló ante el nuevo *estarosta* gritando!

—¡Yendrek! ¡No soy digna de besar tus heridas!

En aquel momento recobró las fuerzas el caballero. La tomó en sus brazos, la levantó como si hubiese sido una pluma, y la estrechó contra su corazón.

Un inmenso grito brotó de la muchedumbre. Los voluntarios de Lauda dispararon sus pistolas; los birretes volaron por el aire, mil y mil bocas gritaron:

—¡Viva Kmita! ¡Viva Panna Billevich! ¡Vivan los desposados!

—Son dos parejas —gritó Zagloba, pero su voz se perdió en medio del ruido.



Vodokty parecía un campamento. Se mataron bueyes y carneros, y por orden del portaespada, de la bodega salieron barriles de hidromel y cerveza. Por la noche se celebró un banquete; los hombres más viejos y notables comieron en la sala, los demás en la cocina.

En la mesa principal se apuraron muchas copas en honor de las dos felices parejas, y al llegar la alegría a su apogeo, Zagloba pronunció el brindis siguiente:

—¡A ti me dirijo, valeroso Andrés, y a ti, mi leal amigo Miguel! No os basta haber expuesto la vida y derramado vuestra sangre haciendo pedazos al enemigo. No ha terminado aún vuestra misión, porque habiendo perecido mucha gente en esta guerra, es necesario dar nuevos habitantes al país, nuevos defensores a la República. Creo que no os faltarán para ello alientos y buena voluntad. ¡Valerosos señores, bebo a la gloria de las futuras generaciones! Qué Dios las bendiga y les permita conservar el legado que les dejamos, después de haberlo conquistado con nuestra sangre. Si vuelven los malos tiempos, acuérdense de nosotros y no desesperen considerando que no hay desgracia que no quepa remediar con la unión y con la ayuda de Dios.

\* \* \*

Andrés, poco después de su casamiento, tomó parte en una guerra que había estallado en la parte oriental de la República, pero la ruidosa victoria de Charnieski y de Sapihea sobre Dologoryki, y la de los capitanes generales del reino sobre Sheremetyeff, acabaron con aquella guerra, y Kmita volvió, ceñido de nuevos laureles, a su casa, estableciéndose definitivamente en Vodokty.

Su primo Yakub Kmita fue nombrado portaespada de Orsha, que perteneció más adelante a la desdichada confederación del ejército.

Pero Andrés permaneció fiel al rey y fue premiado con el grado de *estarosta* de Upita, y vivió mucho tiempo con ejemplar armonía y amor con los habitantes de Lauda y rodeado del respeto universal.

Sus detractores, ¿quién no los tiene?, dicen, en verdad, que quizá hacía demasiado caso de su mujer; él no se avergonzaba de esto, y, por el contrario, confesaba que en todos los asuntos importantes aconsejábale de ella.

FIN (1)

---

<sup>1</sup>() Las novelas tituladas *A Sangre y Fuego* y *Un Héroe Polaco*, del mismo autor y publicadas en esta Biblioteca, aunque independientes una de otra, constituyen, con EL DILUVIO, una serie histórica, especie de trilogía, por lo cual recomendamos la lectura de aquéllas.

**Contracubierta.**

Ambiente más que sangriento: trágico. Todas las desventuras que una palabra resume: guerra civil, las encierra esta obra magistral, en la que se describen patéticamente luchas fratricidas a mediados del siglo XVII.

Un amor arrebatado, heroico, llena con destellos de luz resplandeciente esas páginas, impresionado el espíritu de quien sigue los avatares de esas luchas, de las que quizá surja como bendición de Dios, como recompensa de los buenos, lo que anhelan todos: LA PAZ.